

Maurice Blanchot en la crítica literaria argentina: recepción y resistencia

Postulante: Lic. Federico Gabriel Cortés

Director: Dr. Alberto Giordano

Co-Director: Dr. Miguel Dalmaroni

Co-Director: Dr. Matei Chihai

Tesis para optar por el grado de Doctor en Letras

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad Nacional de La Plata

Octubre 2022

Índice

Introducción

- 0.1. La recepción de Blanchot como problema
- 0.2. Discusiones metodológicas: recepción, usos, circulación, resistencias
 - 0.2.1. Mariana Canavese y los “usos” de Foucault en Argentina
 - 0.2.2. Ruvituso y la circulación de saberes
 - 0.2.3. Sapiro y la reconstrucción del campo literario francés durante la Ocupación Alemana

 - 0.2.4. Blanchot en *La guerre des écrivains*, de G. Sapiro
- 0.3. Crítica literaria argentina y teoría literaria extranjera
 - 0.3.1. Historizaciones de la crítica literaria argentina, de Patiño a Crespi/Orsi
 - 0.3.2. Blanchot: Filosofía, literatura, cultura

Capítulo 1. Resistencia (neutro) como perspectiva

- 1.0. ¿Fin de la teoría?
- 1.1. Paul de Man
 - 1.1.1. La resistencia a la teoría
 - 1.1.2. Rousseau. La excusa genera la culpa que exonera
 - 1.1.3. La ironía (de la comprensión)
- 1.2. El problema del lenguaje en Hegel. Dialéctica como alegoría de la disyunción
 - 1.2.1. La dialéctica y el alma
 - 1.2.2. Lenguaje y representación
 - 1.2.3. La resistencia como tensión entre experiencia y lenguaje. *Gedachtnis* y *Erinnerung*: dos versiones de la memoria
- 1.3. Circularidad. Paul de Man lee a Blanchot
- 1.4. Blanchot
 - 1.4.1. Publicaciones en revistas
 - 1.4.2. 1964 en la NNRF. Interrupción y neutro
 - 1.4.3. Voz narrativa y lectura. Neutro
 - 1.4.4. *Athenaeum* y romanticismo
 - 1.4.5. La literatura y el derecho a la muerte. Hegel
 - 1.4.6. La palabra errante
 - 1.4.7. Dialéctica y cultura: impugnación

Capítulo 2. Primer momento de la recepción de Blanchot en la crítica argentina (1953-1979)

- 2.0. Presentación
- 2.1. Traducciones de Blanchot. Primer momento (1953-1973)
 - 2.1.1. René Char en *Poesía Buenos Aires*
 - 2.1.2. Sade y Lautréamont
 - 2.1.3. Proust
 - 2.1.4. *El espacio literario* (1969)
 - 2.1.5. Ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria. Oscar del Barco editor

2.2. Estudios y reseñas sobre Blanchot. Primer momento (1966-1973)

2.2.1. Reseña de J. Bosch en revista Sur

2.2.2. La escritura desencadenada, O. Del Barco

2.2.3. Leer Blanchot, O. Del Barco

2.3. Referencias, menciones, usos de Blanchot

2.3.1. Estética operatoria en sus tres direcciones, Luis Juan Guerrero

2.3.2. N. Jitrik, experiencia y obra

2.3.3. O. Masotta y el ensayo

2.3.4. N. Rosa, Barthes y Blanchot

2.3.5. Blanchot ¿estructuralista, nueva crítica? Lecturas de Romano Luperini, Beatriz Sarlo y Jaime Rest

2.3.6. En torno a Borges: Pezzoni, Molloy y Pizarnik lectores de Blanchot en la revista Sur

Capítulo 3. Segundo momento de la recepción de Blanchot en la crítica argentina (1979-)

3.0. Presentación

3.1. Blanchot, de las revistas a la Universidad

3.1.1. Revistas en el pliegue: Literal (1973-1975), Último reino (1979-1998) y Escrita (1980-1986)

3.1.2. Traducción: lectura y ensayo. La revista Sitio en torno a Blanchot

3.1.3. Paradoxa y Boletín del Centro de Estudios Teoría y Crítica Literaria

3.1.4. J. B. Ritvo: La edad de la lectura y Cátedra “Teoría de la lectura”

3.1.5. De Paradoxa al Boletín: A. Capdevila sobre Blanchot y la novela

3.1.6. Fuerza y resistencia: Maurice Blanchot. Un ejercicio de paciencia y “Notas para una política de la literatura” de Sergio Cueto

3.2. Institucionalización y recomienzo: Blanchot en investigaciones doctorales

3.2.1. A. Giordano: Modos del ensayo, Barthes. Literatura y poder

3.2.2. S. Mattoni, Las formas del ensayo en la Argentina de los '50

3.2.3. Judith Podlubne: Escritores de Sur: los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo

3.2.4. ¿Blanchot más allá? Entre crítica literaria y filosofía

Conclusiones

Bibliografía

Introducción

0.1. La recepción de Blanchot como problema

1.

El interés por leer la recepción de la obra de Maurice Blanchot en la crítica argentina surge de una constatación inicial: la presencia mínima y dispersa de dicha obra en el canon de la teoría literaria francesa con el que la crítica argentina ha mantenido una fuerte relación desde mediados del siglo XX hasta la actualidad. No nos referimos, como se verá, a la aparente ausencia de la lectura de Blanchot en trabajos o trayectos críticos de importancia – desmentida por presencias significativas aunque sin dudas escasas–, sino más bien al lugar incómodo, incidental, en apariencia a veces ausente, que Blanchot tiene en la enseñanza de la teoría literaria, en las citas de gran parte de los escritos de la crítica literaria local, así como también en los estudios históricos y críticos de estas disciplinas.

Si retomamos buena parte de los trabajos que se han encargado de historizar y categorizar la crítica literaria argentina, podemos dar cuenta de que esta presencia incómoda se torna más evidente con la recuperación y apertura democrática de las instituciones universitarias desde fines de 1983, cuando las lecturas y debates giran en torno de firmas como las de Barthes, Bajtín traducido por los franceses, Kristeva, Foucault, Deleuze o Derrida. De esta constatación inicial surge otro: la falta de estudios –ya sean de corte teórico, histórico, o que combinen ambos– que se hayan ocupado de estudiar el “caso Blanchot” en un contexto tan atento a la teoría francesa como el argentino. En nuestra tesina de licenciatura realizamos un primer registro razonado de los usos de la teoría de Blanchot por parte de la crítica argentina, en donde se pudo comprobar la presencia, sin dudas esporádica y cuantitativamente mínima en comparación con el canon teórico francés mencionado anteriormente, de la obra de Blanchot como apoyo o referencia teórica para distintas lecturas críticas. Por otro lado, es importante destacar que en dicho trabajo también hemos rastreado los alcances de la obra de Blanchot en algunos autores centrales de la teoría literaria extranjera del siglo XX, confirmando la importancia de su influencia (vg. en Foucault, De Man, Culler, Deleuze, Barthes, Badiou, Derrida, Nancy, Lacoue-Labarthe, Rancière, Agamben, Compagnon).

Esta tesis, entonces, parte de la hipótesis de que la resistencia a Blanchot tiene dos dimensiones complementarias: al mismo tiempo que hay una resistencia a que la obra de Blanchot integre el conjunto de referencias teóricas de la crítica literaria argentina, hay también una resistencia de la propia obra de Blanchot a dejarse apropiar. Esto ocurre en la medida en que, a partir de una problematización específica de los modos con los que el discurso crítico reduce la ocurrencia de una obra literaria a un fenómeno cultural, la perspectiva blanchotiana impugna la exigencia de intervención (en el debate cultural, social y político) propia de la crítica literaria, así como también la exigencia metodológica de lo aplicable o lo enseñable. Esto redundaría en la imposibilidad de situar a Blanchot dentro de los límites de cualquiera de los movimientos o escuelas teóricas que marcaron el proceso de recepción y circulación de ideas y saberes extranjeros durante la segunda mitad del siglo XX en Argentina (llámese marxismo, post marxismo, compromiso sartreano, estructuralismo, postestructuralismo, posmodernismo, etc.). Lo que resiste es el pensamiento de la literatura y la crítica de Blanchot basada en su apuesta por el “poder de impugnación” del arte y la literatura (Blanchot, 1976, 63), en contraste con la constante histórica según la cual la literatura –más allá del modo en que se efectúe y del modo en que sea leída– no puede sino intervenir en los debates culturales. En este contexto, el pensamiento de un poder del arte que busca sustraerse de las determinaciones propias del orden cultural, es decir que encuentra su agencia en el movimiento de desligarse de su función cultural, es introducido y retomado por la crítica argentina de modo tangencial: el juego entre la exigencia de intervención y el poder de impugnación blanchotiano puede ser una buena manera de comenzar a establecer las razones por las cuales la crítica literaria argentina construye cierta idea de teoría y de literatura –estableciendo cánones específicos para cada caso–. Teniendo esto en cuenta, en esta tesis construimos y analizamos un corpus de textos que conforman el espacio material donde ocurre el proceso de la recepción y los usos de la obra de Blanchot, indagando en los vínculos que se pueden establecer entre las distintas temporalidades rastreables en los episodios de recepción.

Es preciso advertir que en esta investigación trabajamos con ocurrencias o actos de recepción, no simplemente con fenómenos o hechos culturales. Desde nuestra perspectiva, la recepción es un acontecimiento múltiple que implica operaciones de comprensión, apropiación, traducción, asimilación, usos, pero, al mismo tiempo, movimientos imperceptibles de resistencia, y también, movimientos más o menos perceptibles de rechazo. Todos este conjunto de movimientos heterogéneos están envueltos en nuestro concepto de recepción. Así, partimos de la hipótesis de que en todo acto de recepción (circulación, usos,

traducciones, etc.) hay también rechazo y resistencia. Pero la resistencia es un aspecto conjetural de la recepción, en la medida en que no es un fenómeno observable y descriptible directamente, sino que sólo se puede valorar en tanto hay una interpretación del acto de recepción. Si solamente hubiese una historia de la recepción, no tendría sentido hablar de resistencia, en tanto la resistencia es algo que hay que conjeturar como operando de manera indirecta, en la dimensión de lo que no se ha realizado, de lo que se ha sustraído a la realización. Como veremos a lo largo de nuestro trabajo, para la descripción de la “resistencia” recuperamos principalmente los desarrollos de Paul de Man en el influyente ensayo “The Resistance to Theory” publicado por primera vez en el año 1982. En teoría literaria, dice De Man:

La resistencia bien puede ser un componente constitutivo de su propio discurso, de una forma inconcebible para las ciencias naturales e inmencionable para las ciencias sociales (...) Afirmar que esto sería razón suficiente para no plantearse hacer teoría literaria, sería como rechazar la anatomía porque no ha conseguido curar la mortalidad. El verdadero debate de la teoría literaria no es con sus detractores polémicos, sino con sus propios supuestos y posibilidades metodológicas (1986, 12).

Entonces, cuando hablamos de recepción, nos referimos a una serie de actos y acontecimientos de lectura e interpretación en los que se pone en juego una multiplicidad de fuerzas heterogéneas (apropiación y resistencia; traducción y rechazo; uso y desvío).

Para situar esta multiplicidad de fuerzas, tomamos como referencia el concepto de “ocurrencia” tal como lo desarrolla Paul de Man en el ensayo “Kant y Schiller” de *La ideología estética* (1996), donde analiza la recepción de Kant a partir de la lectura de *La crítica del juicio* que realizó Schiller. De Man establece que los actos de recepción pueden entenderse de la siguiente manera:

un movimiento desde la cognición, desde los actos de conocimiento o estados de la cognición, a algo que ya no es una cognición sino que es hasta cierto punto una *ocurrencia*, que tiene la materialidad de algo que realmente sucede, que realmente ocurre. Y ahí, el pensamiento de la ocurrencia material, algo que ocurre materialmente, que deja una huella en el mundo, que hace algo al mundo como tal—esta noción de ocurrencia no se opone en ningún sentido a la noción de escritura (...) lo que es verdadero, ocurrirá, tendrá lugar, eventualmente tendrá lugar, eventualmente ocurrirá. Y lo característico de la verdad es el hecho de que ocurre, no la verdad, sino aquello que es verdad. La ocurrencia es verdadera porque ocurre; por el hecho de que ocurre tiene verdad, valor de verdad, es verdadero (1996, 132)¹.

¹ Para correrse de este tipo de enfoques, alude a Chartier: “Entiendo que el concepto de apropiación, como una historia social de los usos (Chartier, 1994), elude algunas de las tensiones que genera la noción de recepción, entre una interpretación signada por la creación y la originalidad y otra en clave de pasividad y dependencia del original” (2015, 26).

Así, nos interesa marcar el aspecto material² que esta perspectiva tiene para concebir los actos de recepción, ya que es una materialidad que se ancla principalmente en la escritura. Desde esta perspectiva, la historia no se concibe como una progresión o regresión temporal sino que se piensa como una serie eventos o *ocurrencias*. Derrida en *Mémoires for Paul de Man* (1986) sitúa las coordenadas de este pensamiento de la materialidad, y la vincula con la resistencia:

una ‘materia’ que no encaja en las definiciones filosóficas clásicas de los materialismos metafísicos, así como no encajan las representaciones sensibles o las imágenes de la materia definidas por la oposición entre lo sensible y lo inteligible. La materia, una materia sin presencia ni sustancia, es lo que se resiste a estas oposiciones (...) La materialidad de la historia real es así lo que se resiste a la resistencia histórica, historicizante” (2008, 64).

Entonces, ante la dificultad de hablar en términos de recepción para un caso como el de Blanchot en la crítica literaria argentina, apostamos por mantener la utilización de términos que envuelven equivocidad o ambigüedad intentando habitarlos de manera crítica. La recepción entonces está ligada a los procesos de apropiación, traducción, usos, etc., que pueden reunirse bajo la lógica de la *comprensión*. En la medida en que se comprende, se recibe, pero en ese acto conjeturamos que también se ejerce imperceptiblemente cierta resistencia. Nuestra perspectiva busca leer la multiplicidad de elementos en juego en esta resistencia: allí donde algo se comprende se ejerce cierta resistencia. Mientras la comprensión se demuestra y argumenta, a la resistencia no queda más que conjeturarla e imaginarla. En este marco, la resistencia como una ocurrencia del acto de recepción puede ser un elemento suplementario que resta a la comprensión en tanto ejerce resistencia en el uso y la lectura. Pero también la resistencia puede tener una función estructurante: puede, secretamente, estar guiando todo el proceso de recepción. Suplementario y estructural: todas las operaciones de apropiación, uso, traducción, pueden estar guiadas por cierta resistencia por supuesto imperceptible, heterogénea e inconsciente a ese movimiento de recepción/comprensión. Paul de Man establece que la materialidad de los procesos de recepción se ubica en la ocurrencia de los textos, lo cual se conecta por el énfasis demaniano en la dimensión retórica del lenguaje, y en su hipótesis de que el lenguaje se estructura como un sistema de tropos (figuras retóricas). Dice De Man:

La recepción no es histórica, entre recepción e historia hay a separación absoluta, y tomar la recepción como modelo para los eventos históricos es un error (...) el evento, la ocurrencia, es resistida por medio de la reinscripción en la cognición de los tropos,

2 Las traducciones de Sapiro, salvo en el caso de *Sociología de la literatura*, son nuestras.

y esto es un movimiento en sí mismo tropológico y cognitivo, no histórico (1996, 134).

De esta manera, no vamos a trabajar este proceso como una historia, en la medida en que no hay historia posible de los acontecimientos. Éstos se repiten en tanto se los interpreta: es por esto que adoptamos una perspectiva genealógica en el sentido de Foucault (1988), para quien la genealogía es una crítica del presente, no la tentativa de reconstrucción de un pasado sino que genealogizar, en este caso, la recepción de Blanchot implica intervenir en un proceso haciendo sensible lo que ha ocurrido en él (la heterogeneidad de los actos de recepción) desde intereses del presente. Estos intereses responden, por un lado, al presupuesto de que el proceso de recepción no puede ser cerrado y, por otro, al hecho de que la presente investigación surge en el marco del PIP titulado “*La resistencia a la teoría en la crítica literaria en Argentina. Algunos episodios desde 1960 hasta la actualidad*” dirigido por Miguel Dalmaroni, co-dirigido por Judith Podlubne y en el que también participó Alberto Giordano. Consideramos conveniente adoptar una perspectiva genealógica para afrontar la dimensión histórica de nuestra investigación, dado que este proyecto de investigación plurianual financiado por CONICET puede pensarse como un episodio de recepción e institucionalización de la obra de Blanchot, en la medida en que allí se adoptaron varios elementos de su obra así como también de la propuesta teórica-metodológica de Paul de Man.

Al vincularnos con un fenómeno múltiple que es el acontecimiento de la recepción tal como lo describimos, también las tareas de lectura e interpretación son de distinta naturaleza y por tanto implican distintos compromisos. En la medida en que nuestro objetivo es reconstruir las modulaciones y ocurrencias del acontecimiento de la recepción de Blanchot en un determinadas coyunturas, también es preciso hacer un trabajo de descripción cultural e histórica que sirva como contextualización. El otro aspecto, el de la interpretación de actos de resistencia, requiere mantener cierta disponibilidad para imaginar o conjeturar la incidencia de la resistencia, requiere un trabajo heterogéneo a la reconstrucción historiográfica que se realiza a través de movimientos ensayísticos, en el sentido adorniano del ensayo como forma³ —de modo que las exigencias no se debilitan sino que se vuelven de otra naturaleza, en tanto responden a la incertidumbre de las causas y los efectos—.

2.

³ Probablemente, Sapiro se refiere a este aspecto cuando habla de la conversión de Blanchot a la “pura” literatura tras la Ocupación Alemana.

La obra de Blanchot no sólo ha sido influyente en firmas centrales de la crítica literaria argentina, sino que además conceptos, figuras y modos de leer de procedencia blanchotiana resultan comprometidos por la crítica en el estudio de escritores que forman parte del canon de la literatura argentina como Borges, Saer, Puig, Silvina Ocampo o Arlt. Proponemos, entonces, una periodización histórica inicial para desarrollar nuestro estudio: un primer momento entre la década 1950 y la de 1970 con las primeras traducciones y referencias críticas de la obra de Blanchot, la década de 1980 como punto crítico, y el momento que comprende las décadas de 1990 y los 2000 en el que se recupera y afianza la presencia de Blanchot especialmente en distintos trayectos de investigación doctoral. Por último, a partir del 2010 no sólo en la proliferación de referencias críticas en distintas publicaciones, sino también de eventos científicos sobre el tema. Teniendo en cuenta estas coordenadas generales, el recorte que propone nuestra investigación va desde las primeras traducciones, menciones, usos y estudios específicos sobre la obra de Blanchot a partir de los años 50, hasta el momento en que su obra comienza a involucrarse en investigaciones y tesis doctorales. Nos referimos específicamente a los trabajos de Alberto Giordano, Silvio Mattoni y Judith Podlubne, entre los años 1999 y 2007. Además, estos tres casos comparten la característica de incorporar en sus desarrollos distintas ocurrencias de la recepción de Blanchot de las décadas anteriores. De esta manera, el punto de llegada de nuestro recorrido realiza un gesto de retorno hacia sus inicios.

Aunque en nuestro trabajo analizamos el problema de la resistencia a Blanchot en la crítica literaria argentina, también es posible rastrear síntomas y ocurrencias de esta resistencia en otros contextos. Tomemos por caso el libro *Critique de la critique* publicado por Zvetan Todorov por la editorial francesa Du Seuil en el año 1984; aquí encontramos una de las primeras formulaciones de lo que llamamos la resistencia a Blanchot:

La obra crítica de Blanchot es tan brillante que termina planteando un problema. Sus frases, límpidas y misteriosas a la vez, ejercen una atracción indiscutible; sin embargo, el efecto final es paralizante: todo intento de interpretar a Blanchot con un lenguaje diferente al suyo –anota Todorov– se vuelve una tarea imposible y la alternativa a la cual uno se ve llevado parece ser la siguiente: admiración silenciosa (estupor) o imitación (paráfrasis, plagio)” (1991, 58).

La fortaleza y seguridad de esta sentencia ordena, a mediados de la década de los 80 cuando Blanchot aún continuaba publicando aunque con una frecuencia menor a los años anteriores, los modos en que –al menos hasta ese momento– se escribió sobre Blanchot. El apartado en el que se incluye este fragmento en el libro de Todorov se ocupa de “Los críticos escritores”, denominación que Blanchot comparte con Barthes y Sartre. De los tres, es por supuesto

Blanchot el que menos se ha constituido como objeto de investigaciones críticas y teóricas. El número 229 de la revista *Critique* publicado en 1966 es la primera, y hasta la década de los 80 la única, compilación de trabajos críticos *sobre* la obra de Blanchot. Según Todorov, de los ensayos allí incluidos sólo los firmados por Paul de Man y Georges Poulet escaparían a la tentación de la perífrasis para escribir sobre Blanchot (que sería lo que le ocurre a Michel Foucault, Jean Starobinski, Emmanuel Levinas, Françoise Collin, Jean Pfeiffer y Roger Laporte). Ahora bien, si como mencionamos la intervención de Todorov nos da una primera organización de los modos de la recepción de Blanchot, es más por lo que *muestra* que por lo que *dice*: además de la imitación o el silencio (que puede ser por admiración pero también por rechazo), la *resistencia* emerge como una ocurrencia propia de cualquier proceso de recepción o, para decirlo con un término en apariencia más simple, de lectura. ¿Dónde podemos ubicar la resistencia de un texto como el de Todorov? Partimos de la hipótesis de que la identificación con Nietzsche se constituye como uno de los factores que conjeturamos en el centro de esta resistencia: en *Crítica de la crítica* no se tolera el nihilismo blanchotiano, la idea de que el arte operaría para que podamos desprendernos del mundo de los valores, ya no para sustituir una moral por otra, sino para impugnar la propia posibilidad de los valores morales. Por más de que Todorov sitúa en la frecuente utilización que Blanchot hace del oxímoron la manifestación retórica de su pensamiento, la resistencia no se reduce a una reacción contra con un uso del lenguaje (es decir, contra la retórica “particular” de Blanchot), sino que se expresa en la renuencia a adoptar un nihilismo respecto de los valores – universales y europeos– en el contexto en el que:

después de la segunda guerra mundial, después de las revelaciones sobre el nazismo y el gulag, se descubre con horror hasta dónde puede llegar la humanidad cuando renuncia a los valores universales y pone en su lugar la afirmación de la fuerza. En ese momento de la historia Blanchot declara que no sólo no hay que lamentar la destrucción de los valores sino que hay que reclutar a la literatura y a la crítica para tan noble tarea: pisotearlos aún un poco más (Todorov, 1991, 63)⁴.

De esta forma, situamos provisoriamente en el lugar de las “causas” de la resistencia dos aspectos relacionados pero heterogéneos: tenemos, por un lado, cuestiones referidas a la particular, e incluso “difícil”, escritura de Blanchot, y por otro lado, a posicionamientos teóricos, filosóficos, estéticos y políticos vinculados con cierta cercanía con la obra de Nietzsche. Como ejemplo de la primera, mencionamos la siguiente afirmación de Mark Hewson en un libro clave para la recepción de Blanchot en la crítica literaria anglosajona:

⁴ Nos referimos específicamente a Michel Foucault, Jacques Derrida, Roland Barthes, Gilles Deleuze, Jean Luc Nancy, Philippe Lacoue-Labarthe, Jacques Lacan, entre otros.

Si se consideran las afirmaciones de Blanchot [sobre la literatura] en el contexto de la crítica literaria –incluyendo las formas variadas de crítica literaria de inspiración teórica– consideramos que debe decirse que este lenguaje [al que caracteriza unas oraciones más adelante como hermético] no tiene el carácter de generalidad conceptual que permitiría usarlo en investigación o enseñanza para la descripción o conceptualización de fenómenos culturales o literarios. (2011, 9).

Aquí no está en juego la cuestión del nihilismo y los valores, sino que se apela a la “forma” de la obra de Blanchot. Desde nuestra perspectiva, como veremos en el apartado del capítulo 1 que recupera la lectura de Paul de Man sobre las *Confessions* de Rousseau, este tipo de referencias a las “formas” pueden pensarse como una excusa en relación con la primera, la del “contenido”, que tendría un estatuto estructural en tanto responde a una particular manera de entender los vínculos entre literatura y cultura, entre teoría y política.

En relación con esto, los estudios que se han ocupado de pensar la relación entre la crítica argentina y la teoría literaria extranjera, si bien no tratan específicamente del caso Blanchot, dan indicios sobre las posibles razones para comenzar a explicar el particular modo de recepción que tuvo la obra de Blanchot en Argentina. En *Nuestros años sesentas* Oscar Terán asegura que fue el existencialismo sartreano la línea de pensamiento hegemónica con la que los críticos argentinos pensaron la relación entre teoría y política en aquella década (Terán, 2013), ya que les permitió ocuparse de temas políticos y sociales dentro de un encuadre filosófico, dándole sentido al mandato del compromiso intelectual que impulsó, según Terán, la alianza teórica entre marxismo y existencialismo. La relación entre Blanchot y Sartre es, sin dudas, un punto importante a considerar, no sólo para entender el lugar que ocupó Blanchot en el contexto francés durante buena parte del siglo XX, sino también para analizar su recepción en la Argentina. Como veremos en el capítulo 2, durante el primer momento de esta recepción, sobre todo en el caso de algunos participantes de la revista *Contorno*, podemos encontrar referencias simultáneas tanto a Sartre como a Blanchot –por supuesto, en mucho mayor cantidad en el caso del primero que del segundo–.

Recordemos que, tal como establece Jacques Rancière en *La palabra muda* (1998), Sartre critica las teorizaciones de Blanchot respecto de la literatura y la escritura “al denunciar en nombre de una perspectiva política revolucionaria, el sacrificio de la palabra y la acción humanas al prestigio de un lenguaje petrificado” (2009, 26). Como veremos en el capítulo 1, la tensión entre Blanchot y Sartre es referida de manera frecuente para analizar el contexto literario e intelectual francés de la segunda mitad del siglo XX, al punto que se los sitúa como dos polos heterogéneos en cuanto a sus posicionamientos teóricos, estéticos y políticos. En este sentido, el libro de Rancière es una intervención central para indagar en esta

relación problemática y analizar qué lecturas de Blanchot se involucran, sobre todo teniendo en cuenta que el propio Rancière parte de la obra de Blanchot para teorizar acerca de lo que denominó “régimen estético de las artes”. En la introducción de este libro Rancière propone que, mientras Voltaire sintetiza una noción de la literatura ligada al saber en tanto norma, para Blanchot la literatura supone una “experiencia radical del lenguaje, consagrada a la producción de un silencio” (2009, 15). No obstante, ambos compartirían una idea de la literatura en tanto “colección de las producciones del arte de hablar y de escribir” (2009, 15). Unas páginas más adelante, Rancière se aparta explícitamente de Blanchot al caracterizar su escritura como “especulaciones filosófico-poéticas” que encuentran su condición de posibilidad en el hecho histórico de que “pronto hará dos siglos, la poesía de Novalis, la poética de los hermanos Schlegel y la filosofía de Hegel y de Schelling confundieron irremediablemente el arte y la filosofía (...) en la misma noche de lo absoluto” (2009, 19). La crítica a estas especulaciones en tanto supondrían la idea de la literatura como “una tarea y un sacerdocio sociales” (2009, 20) no sólo omiten la filiación de Blanchot con Nietzsche, sino que también dejan de lado sus reformulaciones y relecturas de muchos de los postulados del primer romanticismo alemán.

De hecho, como veremos en el capítulo 1, en los últimos años se ha publicado un libro entero dedicado a este tema, titulado *Blanchot Romantique. A Collection of Essays* (2011), donde más de quince autores especializados se dedican a estudiar la relación entre Blanchot y el romanticismo alemán desde diversos puntos de vista. Así, la resistencia a lo ambiguo de una obra como la de Blanchot ocurre, no sólo en el hecho de que el mismo Rancière recomiende en nota al pie la lectura de *Crítica de la crítica* de Todorov para el desarrollo de la argumentación sintética que propone, sino también en lo convergentes con la obra de Blanchot que resultan afirmaciones presentes en *La palabra muda* del tipo “la literatura es el reino de la escritura” (2011, 28). Recordemos también la importancia de la escritura para el “régimen estético de las artes”, al punto tal que Rancière la sitúa como principio sobre el que se basa la “literatura emancipada”: “La contradicción de la literatura bien podría ser la tensión entre estas dos escrituras [representadas por Voltaire y Blanchot]” (2009, 21).

Es importante destacar que Blanchot ocupa un lugar central en el proceso de recepción de la tradición filosófica alemana en Francia durante buena parte del siglo XX, específicamente en relación con la literatura. En nuestra investigación, la relación de Blanchot con la filosofía alemana constituye uno de los puntos de anclaje privilegiados para describir y explicar tanto el desarrollo de su obra como su recepción en Argentina. Además de Todorov y Rancière, este aspecto también fue retomado por buena parte de la crítica

anglosajona especializada en Blanchot. Así, por ejemplo, en *The Blanchot reader* de Michael Holland (1995) se explican los distintos momentos de la obra de Blanchot por medio de referencias a distintos filósofos de la tradición alemana y a posicionamientos políticos específicos, relacionando cada cercanía filosófica con el desarrollo de una forma específica de escritura (por ejemplo, el momento “nietzscheano” de Blanchot se corresponde con una tendencia de su escritura hacia lo aforístico y fragmentario). Desde nuestra perspectiva, la atribución de "impenetrabilidad", "ilegibilidad" pone como pretexto su retórica porque en realidad lo que resulta más difícil de "aceptar" es su posición teórica respecto de las relaciones entre literatura y cultura. En Hewson, Ranciere o Todorov, si bien hay menciones de la resistencia respecto de la escritura de Blanchot, lo más difícil de asimilar son sus posicionamientos. En este sentido, una de las versiones más recurrentes de la resistencia a Blanchot es la que pone como excusa su retórica, mientras que otra menos habitual y más elusiva la conjeturamos en las búsquedas que vinculan a Blanchot con la perspectiva nietzscheana.

3.

El creciente impacto que la obra de Blanchot ha tenido en el ámbito académico, así como también la diversidad de documentos en los que se ha plasmado (libros, revistas académicas, congresos) y de enfoques disciplinarios (principalmente crítica y teoría literaria, filosofía y psicoanálisis), impide presentar las fuentes como un conjunto cerrado. A su vez, esto requiere una serie de distinciones metodológicas respecto de los estudios de recepción llevados a cabo por la sociología de la literatura y la historia intelectual –teniendo en cuenta que incorporamos distintos elementos que se desprenden del análisis metodológico de instancias como entrevistas, biografías, estudios sobre edición, traducciones, revistas literarias y culturales, publicaciones científicas, tesis doctorales, etc–. En relación con esto, mientras que una perspectiva historicista de este problema intentaría centrarse en las mediaciones entre la obra tomada como objeto y las condiciones sociales de su producción y recepción, nuestra investigación se propone como una lectura que analiza desde un punto de vista deconstructivo los cruces entre la obra de Blanchot y la crítica literaria argentina. Ya sea en el modo de la presencia, ausencia, silencio o rechazo, el foco estará puesto en leer a Blanchot en ciertas zonas de la crítica literaria desde su propia obra –movimiento doble habilitado por una lectura de resistencias en términos de Paul de Man, lo cual necesariamente

implicará alusiones a episodios de recepción argentina de Roland Barthes, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Michel Foucault y Friedrich Nietzsche—.

Es por esto que, a partir de Paul de Man⁵, entendemos la dimensión histórica de nuestra investigación (específicamente la historia “literaria”) como un proceso signado por la discontinuidad que se desarrolla a partir de un acto de lectura, con todo el peso hermenéutico del término (esto lo desarrollaremos en el apartado que contempla el trabajo con el ensayo de Paul de Man sobre Blanchot). Como veremos en nuestro trabajo, no sólo entre cada episodio de recepción hay vacíos y lagunas, que se resisten a ser incorporadas en una narrativa histórica como proceso causal que las contenga, sino que en los propios actos de recepción podemos identificar, por medio de la conjetura, distintas resistencias con modalidades particulares. De esta manera, nuestra investigación contempla un trabajo de historización discontinua, en la que describimos cómo se han vinculado lecturas de Blanchot y escrituras críticas argentinas. Trabajamos con momentos específicos donde se produjeron cruces de lecturas de teoría (Blanchot) en escrituras de crítica literaria en Argentina, que no necesariamente están articuladas en un proceso que ocurre sin hiatos. En ese sentido, es preciso advertir que hay una dificultad irreductible ante la posibilidad de pensar en términos de recepción (es decir, de relación entre una determinada “teoría” y un determinado “campo intelectual”) una obra como la de Blanchot (e incluso su “teoría”, entendida esta como un conjunto de tesis sobre determinados objetos).

De acuerdo con lo anterior, en cuanto al trabajo con metodologías de la historiografía y la sociología que retoman y reformulan los estudios de recepción, hay que tener en cuenta que sus modos están atados a una forma de concebir la relación entre literatura y cultura que la obra de Blanchot impugna. Entendemos este movimiento de impugnación según dos dimensiones, tomando como principal referencia el ensayo de Blanchot “Los grandes reductores” publicado por primera vez en el número 148 de la *nrf* en 1965 y reunido años más tarde en el libro *L’Amitié* (1971). En primer lugar, partimos de la traducción que Alberto Giordano (2017) adopta y promueve, en el ámbito de la crítica literaria argentina, de la palabra francesa “contestation” por “impugnación”, tomada de la traducción que realiza Isidro Herrera Baquero del “Prefacio a la transgresión” de Michel Foucault para la edición española del libro *De lenguaje y literatura* publicado en 1996 por Paidós. Allí Foucault delimita la propuesta blanchotiana de la literatura como impugnación en el marco de una tentativa filosófica específica que explora las posibilidades de búsqueda de una afirmación no positiva:

5 Citan el libro *Seducidos y abandonados, Carisma y traición en la transición democrática argentina* (1993).

Esta filosofía de la afirmación no positiva, es decir, de la experiencia del límite, es, creo, lo que Blanchot ha definido mediante el principio de impugnación. No se trata aquí de una negación generalizada, sino de una afirmación que no afirma nada, en plena ruptura de la transitividad. La impugnación no es el esfuerzo del pensamiento por negar existencias o valores, es el gesto que vuelve a conducir a cada uno de ellos a sus límites, y por eso al Límite donde se realiza la decisión ontológica: impugnar es ir hasta el corazón vacío donde el ser alcanza su límite y donde el límite define el ser. Allí, en el límite transgredido, resuena el sí de la impugnación (Foucault, 1996, 129).

Baquero –que también es traductor de Blanchot– explica en una breve nota que opta por traducir la palabra francesa “contestation” por “impugnación”, ya que “impugnar” etimológicamente significa llevar una pugna hacia el interior⁶. Tal como veremos en el capítulo 1, la propuesta blanchotiana que tomamos como eje de nuestra investigación consiste en pensar la literatura como “poder de impugnación” que afecta a la cultura pero también, en última instancia, a la literatura misma como poder. En segundo lugar, consideramos que ese mismo movimiento de la literatura como impugnación puede utilizarse para explicar la resistencia a Blanchot en el decurso de su recepción en el ámbito de la crítica literaria argentina.

En línea con esto, desde un punto de vista metodológico una de nuestras hipótesis principales es que las teorizaciones de Paul de Man en torno del problema de la resistencia a la teoría pueden también leerse como un modo indirecto de los avatares de la recepción de la obra de Blanchot. De esta manera, adoptar la resistencia a la teoría como perspectiva metodológica responde a la apuesta por investigar la recepción de Blanchot en Argentina desde un enfoque convergente con el de su propia obra. Así, partimos de que la resistencia a la teoría de Paul de Man no es un fenómeno históricamente determinable, sino que tiene que ver con el funcionamiento del lenguaje. Es en base a esto que explicamos el impacto de Blanchot en las formulaciones de De Man sobre la resistencia a la teoría, afirmación que también se sustenta en entrevistas brindadas por el propio De Man⁷, en numerosos estudios críticos como “History, Theory, and Influence: Yale Critics as Readers of Maurice Blanchot” publicado por Donald Marshall en 1983.

Resistencia a la teoría y deconstrucción son, quizás, dos de las conceptualizaciones por las que mejor se conoce la obra de Paul de Man. En ambos casos hay un modo particular de concebir las relaciones entre literatura, filosofía e historia, que se focaliza en la dimensión retórica y material de la escritura. Como dice Derrida, “la crítica demaniana o la deconstrucción es siempre, también, un análisis de las ‘resistencias’ y de los síntomas que

⁶ Las traducciones de este texto son nuestras.

⁷ Cursivas y corchetes en el original.

producen” (2012, 42). La escritura es el espacio que funciona como condición de posibilidad de estos discursos y saberes, a la vez que deconstruye las distinciones sobre las que estos discursos se fundan. En relación con esto, son conocidas las críticas y reformulaciones de Paul de Man en torno de la estética de la recepción desarrollada por Hans Robert Jauss, en textos como “Reading and History” (1986) o “Lyric and Modernity” (1971). Estas críticas focalizan sobre todo en la concepción dialéctica de la historia y de los procesos de recepción que Paul de Man lee en Jauss. Más allá de esta polémica específica, nos interesa reponer qué sentido de la historia desarrolla Paul de Man, pues la utilizamos como referencia para pensar la historicidad de la recepción de Blanchot en la crítica literaria argentina. Es por esto que, a modo de introducción, nos vamos a referir brevemente a dos textos de Paul de Man con el objetivo de establecer una serie de consideraciones en torno a las posibilidades de historizar un objeto como la literatura –o una escritura crítica como la de Blanchot tan cercana a la literatura– que adoptamos como perspectiva metodológica a lo largo de nuestra investigación.

En “Genesis and Genealogy”, de *Allegories of Reading* (1979), De Man afirma que en los estudios literarios hay una tendencia a que las estructuras de significado y significación se describan en términos históricos (e incluso psicológicos) y no semiológicos o retóricos, lo cual es problemático porque la “naturaleza histórica” del discurso literario no es algo que pueda darse por sentado tan fácilmente, mientras que su carácter lingüístico y verbal sí. De Man anticipa aquí su tesis de la resistencia a la teoría, al establecer que las razones detrás de este “alejamiento” o “detour” respecto del lenguaje “son complejas y llegan a revelar las propiedades semiológicas que están siendo eludidas” (1979, 79)⁸. Para De Man, estas razones explican la necesidad metodológica de resolver las preguntas que surgen de la significación literaria a partir de “modelos referenciales no-lingüísticos” utilizados en la historia literaria. A partir de este movimiento De Man impugna, entre otras cuestiones, los presupuestos epistemológicos de las clasificaciones y periodizaciones literarias. Estas dificultades responden a la problemática teórica del “patrón genético de la historia literaria y de los textos literarios que se supone que reflejan, por analogía o por imitación, este patrón” (1979, 79). ¿En qué consiste este patrón genético que Paul De Man sitúa como núcleo de una forma determinada de hacer historia literaria? “El mundo jerárquico de las Ideas y las Imágenes de las Ideas se convierte en un mundo de significados que se mueven hacia un fin y se ordenan en la temporalidad prospectiva de un movimiento genético” (1979, 79-80). En este punto, el principal intertexto filosófico De Man es Hegel, para explicar esta forma de concebir la

⁸ El número cuenta con textos de René Char, Georges Poulet, Jean Starobinski, Emmanuel Levinas, Paul de Man, François Colin, Jean Pfeiffer y Roger Laporte.

historicidad de la literatura como un movimiento genético –esto lo veremos específicamente en el capítulo 1–. De Man cita en alemán y traduce el siguiente fragmento de *La Fenomenología Espiritu*: “The outcome is the same as the beginning only because the beginning is an end” (1979, 30)⁹. Para Paul de Man la tendencia a estudiar la literatura en términos históricos reproduce un movimiento genético, en la medida en que se constituye como una diacronía animada por una “intención” teleológica que responde a la conformidad entre “fin” y “origen” planteada por la filosofía hegeliana:

Cualquier tema o evento particular, incluidos los textos, pueden ser ordenados como momentos dentro de esta conformidad; el acto interpretativo de ordenar y clasificar sitúa a la vez que comprende el evento en la diacronía del movimiento histórico. En un sistema así, la historia y la interpretación coinciden, siendo el concepto genético de totalización el principio común que media entre ellos” (1979, 81).

Las categorías conceptuales implicadas en este sistema de historización e interpretación son: “sujeto, intención, negación, totalización, sostenidas por las categorías metafísicas subyacentes de identidad y presencia (1979, 81). Es importante destacar que el problema específico sobre el que trabaja De Man es la historiografía sobre el Romanticismo en tanto período histórico, es por esto que se pregunta qué tipo de metodología historiográfica resulta adecuada teniendo en cuenta que el Romanticismo, en tanto concepto periódico, sería el momento que desafía el principio genético necesariamente implicado en toda “narrativa histórica”. En última instancia, la evidencia de que el Romanticismo impugna la historia sería la imposibilidad de escribir una historia sobre el Romanticismo.

En este sentido, De Man se posiciona contra una concepción genética y orgánica de la historia y toma como referencia a la obra de Nietzsche, que “participa en el rechazo radical de la teleología genética asociada con el idealismo romántico” (1979, 82). Así, por ejemplo, De Man lee la deconstrucción del “patrón genético” de la historia en *El nacimiento de la tragedia*, que tiene consecuencias fundamentales no sólo para la interpretación del texto de Nietzsche sino también para la historiografía y la semiología. Esta deconstrucción tiene lugar por la dependencia de los textos narrativos y continuos (como el de Nietzsche) en formulaciones aforísticas y discontinuas, lo cual se constituye para De Man en uno de los principios estructurales característicos de su obra. En la siguiente cita podemos encontrar una de las flexiones características de este tipo de lectura deconstructiva que adoptamos como perspectiva teórica en nuestra investigación:

Desde un punto de vista historiográfico, resulta instructivo ver una función narrativa genética como un paso previo que conduce a ‘insights’ que destruyen las afirmaciones

⁹ Traducido por Beatriz Sarlo y publicado por la revista *Punto de vista* en el número 12 del año 1981.

sobre las que se fundó la continuidad genética, pero que no podría haberse formulado si no se hubiera permitido el desarrollo de la falacia (1979, 101-102).

En sintonía con esto, del texto “Historia Literaria y Modernidad Literaria”, publicado en *Blindness and Insights* (1971), también tomamos una serie de propuestas metodológicas para resolver las problemáticas en torno al arrastre genético y dialéctico que el discurso de la historia impone a la hora de ocuparse de un objeto como la literatura. Como veremos a continuación, la propuesta consiste en enfatizar en el aspecto histórico del acto hermenéutico de la lectura. De Man parte de una distinción entre el historiador y el escritor de literatura que responde a una relación heterogénea respecto del lenguaje: mientras el primero puede permanecer distanciado de los actos que relata en la medida en que el lenguaje que utiliza y los “eventos” que su lenguaje denota son entidades diferentes, en el caso de la escritura literaria

el lenguaje es en cierto punto el producto de la propia acción; él [quien escribe] es al mismo tiempo historiador y agente de su propio lenguaje. Él es al mismo tiempo el historiador y el agente de su propio lenguaje. La ambivalencia de la escritura es tal que puede ser considerada al mismo tiempo como el acto y el proceso interpretativo que sigue a ese acto, con el que no puede coincidir. Así, afirma y niega al mismo tiempo su propia naturaleza o especificidad” (1971, 151)¹⁰.

La pregunta de De Man, que retomamos en el marco de nuestra investigación, gira en torno a si es posible una historia de una “entidad tan auto-contradictoria como la literatura” (1971, 163) –por supuesto, estamos ante una interrogación convergente con la recién mencionada sobre el Romanticismo–. La escritura es el espacio donde se ubica esta imposibilidad de definir de forma estable la literatura. Esto hace que, por ejemplo, una historia positivista de la literatura que la trate como un conjunto de fenómenos culturales empíricamente situables, en el mejor de los casos puede ser una “clasificación preliminar que abre el camino para un estudio literario genuino” (1971, 163). Los efectos metodológicos de esta forma de concebir la literatura y la escritura, que están en consonancia con la propuesta del propio Blanchot, al punto que Alberto Giordano retoma este mismo aspecto para discutir con las conceptualizaciones de las literaturas post-autónomas en “¿A dónde va la literatura? La contemporaneidad de una institución anacrónica” (2017), impugnan también según De Man los enfoques del estructuralismo francés o el formalismo ruso que dan por sentada la posibilidad de definir la especificidad de la literatura a partir de conceptos como el de

¹⁰ Principalmente, en torno al libro *La letra gótica: recepción de Kant en Argentina, desde el romanticismo hasta el treinta* de Jorge Dotti, publicado en 1992.

“literariedad”. Desde nuestra perspectiva, que no haya “esencia” posible de la literatura responde a que ella, en palabras de Blanchot, va hacia su desaparición.

4.

Como se puede ver, estas precisiones metodológicas recuperadas a partir de Blanchot, Giordano y De Man se ocupan específicamente del objeto "literatura". ¿En qué medida resultan convenientes o, incluso, válidas para una investigación como la nuestra, donde el corpus de textos de Blanchot que tomamos para estudiar su recepción en Argentina no son en principio definibles como "literarios" sino que son textos ensayísticos de crítica y/o teoría literaria?

En primer lugar, consideramos que la distinción entre "literatura" y "no-literatura" es difícil de sostener en una obra como la de Blanchot. El estado de la cuestión sobre su obra coincide en señalar esta indistinción como una de las características centrales de la propuesta blanchotiana, en la medida en que se la relaciona con las búsquedas del primer romanticismo alemán que el escritor francés retoma y reformula en varios momentos. De hecho, como afirma Paul de Man en un ensayo que analizaremos en el capítulo 1, la obra "crítica" de Blanchot puede pensarse como una lectura (metodológicamente imposible, dado la conocida exigencia del "noli me legere" presente en *El espacio literario*) de su obra "literaria", lo cual refuerza la pertinencia metodológica de pensar la obra de Blanchot más allá de la distinción —.

En relación con esto, más allá de la distinción entre literatura y no literatura, elegimos situar en la escritura y la lectura el espacio donde se desarrolla nuestra investigación sobre la recepción de Blanchot en la crítica literaria y cultural argentina. Así, teniendo en cuenta la dificultad de clasificar la obra de Blanchot en términos de crítica literaria, teoría literaria, literatura o, incluso, filosofía, focalizaremos en su escritura, concibiéndola dentro de los márgenes del ensayo como forma (Giordano, 2015). Retomamos, entonces, la pregunta que funciona como punto de llegada en el ensayo de Paul de Man sobre “Historia Literaria y Modernidad Literaria”:

¿Podemos concebir una historia literaria que no trunque la literatura situándonos engañosamente dentro o fuera de ella, que sea capaz de mantener la aporía literaria en todo momento, de dar cuenta al mismo tiempo de la verdad y la falsedad del conocimiento que la literatura comunica sobre sí misma, de distinguir rigurosamente entre el lenguaje metafórico y el histórico, y de dar cuenta de la modernidad literaria así como de su historicidad? (1971, 164).

Creemos que esta pregunta no sólo puede funcionar como guía para ingresar al proyecto crítico de De Man –que alcanza su punto cúlmine en el famoso ensayo "The Resistance to Theory"–, sino también como punto de partida para pensar la relación entre la dimensión histórica, retórica y teórica de nuestro trabajo. Entonces, siguiendo a De Man, contestar la pregunta implicaría revisar, de manera radical, las nociones de historia e incluso de tiempo y subjetividad sobre la que la historia misma se basa, abandonando el patrón genético que mencionamos anteriormente. La complejidad de la pregunta puede medirse en la simplicidad de la respuesta:

Todas las directivas que hemos formulado como guías para la historia literaria están más o menos presupuestas cuando realizamos la mucho más humilde tarea de leer y comprender un texto literario. Para ser buenos historiadores literarios, debemos recordar que lo que usualmente llamamos historia literaria tiene poco o nada que ver con la literatura, y que lo que llamamos interpretación literaria –siempre que sea una buena interpretación– es de hecho historia literaria. Si extendemos esta noción más allá de la literatura, simplemente confirma que los fundamentos para el conocimiento histórico no son hechos empíricos sino textos escritos, incluso aunque esos textos se disfracen de guerras o revoluciones (1971, 165).

Teniendo esto en cuenta, adoptamos la perspectiva de Paul de Man para nuestra investigación, ubicando en la lectura y la escritura los espacios donde se manifiesta el carácter histórico de la recepción de Blanchot. En el capítulo 1, específicamente en el apartado que recupera el análisis de Paul de Man sobre Blanchot, delimitaremos qué es lo que está en juego a la hora de realizar una “buena interpretación”. A su vez, esto también lo veremos en funcionamiento cuando analicemos la propuesta de Juan Bautista Ritvo en torno de la cátedra “Teoría de la lectura” en el capítulo 3.

De esta manera, nuestra investigación se propone ampliar y sistematizar el estudio de la recepción de la obra de Maurice Blanchot en el ámbito de la crítica literaria argentina, focalizando en las distintas manifestaciones de *resistencias* que emergen en el decurso de este proceso. Así, el estudio de orden histórico será un punto de apoyo a la hora de pensar las condiciones, efectuaciones y modalidades de la crítica literaria en la Argentina, vinculadas a la relación entre crítica y teoría literaria a partir del caso específico de la recepción de Blanchot. Por esta razón optamos por utilizar la categoría de “resistencia a la teoría” de Paul de Man para pensar vínculos entre teoría e historia que nos permitan establecer los distintos modos de recepción que tuvo la obra de Blanchot desde sus primeras traducciones alrededor de 1950 hasta la actualidad. Como se puede ver, esta investigación propone una metodología que intenta mantener la tensión entre el discurso histórico y el discurso teórico, partiendo del

presupuesto de que es imposible historizar las lecturas y escrituras crítico-teóricas sin asumir al mismo tiempo una interrogación teórica en torno a las evidencias de la historiografía.

5.

Teniendo esto en cuenta, en lo que sigue de la introducción realizaremos un breve recorrido por distintas investigaciones que retoman y reformulan los estudios de recepción pero desde las disciplinas de la historia y la sociología de la cultura, con el objetivo de recuperar de ellas distintas figuras que nos puedan servir como herramientas a la hora de realizar una investigación como la nuestra que no adopta una perspectiva historiográfica como parte de su metodología. Luego, vamos a reseñar un corpus de estudios que han planteado distintos panoramas históricos de los vínculos de la crítica literaria argentina con “teorías extranjeras” desde mitad del siglo XX en adelante, para después introducir los primeros lineamientos de las teorizaciones de Blanchot en torno a las relaciones entre literatura y cultura como impugnación, a partir de referencias a una entrevista brindada por Michel Foucault sobre este tema. El objetivo de este recorrido es reparar en las problemáticas que surgen cuando se contrasta la perspectiva blanchotiana con los presupuestos y las evidencias de un modo metodológico que desde una matriz dialéctica establece a la literatura, por medio de la comprensión, como fenómeno cultural determinado.

Posteriormente, en el capítulo 1 nos detendremos de manera detallada en el desarrollo de la *resistencia* como perspectiva metodológica de nuestra investigación, desarrollando los distintos aspectos que la distinguen y diferencian de los estudios que piensan los vínculos entre literatura y cultura desde un esquema dialéctico. Es por esto que en primer lugar analizamos distintos tramos de la obra de Paul de Man con el objetivo de vincular sus reflexiones sobre la resistencia a la teoría con la lectura de la dialéctica hegeliana como alegoría de la disyunción, ya que en este último aspecto podemos encontrar las razones filosóficas detrás de la hipótesis de la resistencia a la teoría como un fenómeno inherente al lenguaje. Luego, para ingresar en nuestra lectura de la obra de Blanchot, nos detenemos en el ensayo de Paul de Man “Impersonality in the Criticism of Maurice Blanchot”, que tiene la particularidad de que la traducción al español de este texto titulada “La circularidad de la interpretación en la obra crítica de Maurice Blanchot” fue determinante para la recepción de la obra del escritor francés en la crítica argentina, en tanto fue uno de los pocos textos que circularon sobre este tema.

A partir de este itinerario nos centramos en la obra crítica de Blanchot buscando delimitar, a lo largo de distintos ensayos, la construcción que allí se realiza de la literatura como impugnación de la dialéctica y la cultura, ya que nuestra hipótesis es que este aspecto de su obra es determinante para el estudio de su recepción en la crítica literaria argentina. Esto implica prestar especial atención a las lecturas que Blanchot realizó de varios segmentos de la filosofía alemana como Hegel, Heidegger, Nietzsche y el Romanticismo de Jena. En este sentido, las modulaciones del fragmento, la interrupción y lo otro como neutro, intervienen en la apuesta por alejar al pensamiento, y por tanto a la subjetividad, de la exigencia de unidad e identidad que caracteriza los sistemas filosóficos modernos. Este modo de subjetivación en particular, se efectúa y tiene su lugar *material* en la literatura como forma de escritura que opone una resistencia al poder unificante de la cultura y el mundo de los valores, y que constituye una alternativa que busca establecer una relación ética con el otro, como lo otro de uno mismo, que ya no se rija por la exigencia de la identidad.

Es importante destacar que en la construcción y el desarrollo de la perspectiva teórico-metodológica sobre la que se sostiene nuestra investigación, incluimos distintas referencias a autores argentinos que escriben sobre Blanchot y que, por tanto, analizaremos en los capítulos siguientes como episodios específicos de la recepción en Argentina. De esta manera, buscamos advertir a la vez que mantener esta tensión entre las dos partes de la tesis: nuestro trabajo se ubica en esa tensión, en la medida en que consideramos que el objeto de lectura inevitablemente se contamina con el modo de leer. No hay, desde nuestra perspectiva, una separación tajante entre sujeto y objeto.

A partir del capítulo 2 ingresamos al problema de la recepción de Blanchot en la crítica literaria argentina. Un primer acercamiento al corpus de esta investigación puede ser por medio del recurso a la periodización, es decir, a la construcción de distintas etapas temporales con las que abordar el objeto que nos compete. La decisión de separar el corpus en etapas ofrece en principio una serie de posibilidades pero también impone limitaciones: a la vez que permite buscar constantes temáticas, retóricas y materiales entre los distintos textos que conforman una determinada etapa, nos expone también al carácter artificioso e inestable de este tipo de periodizaciones –que pone en cuestión los propios límites que ella fija en la medida en que las relaciones que se establecen entre distintos textos de distintas etapas exceden su circunscripción temporal o tipológica–. Optamos entonces por presentar la recepción de Blanchot según un esquema de etapas que se delimitan de manera temporal pero también temática, con el objetivo de que el propio desarrollo del trabajo tense los límites establecidos para esta periodización a causa de los modos en los que esos textos pueden

relacionarse entre sí. Dice Derrida: “[la periodización] siempre tiene el valor de una ficción o una historia que nos contamos a nosotros mismos con el objeto de dramatizar, histórica y teleológicamente, un argumento no histórico” (2008, 126).

Así, el capítulo 2 contiene el trabajo con el primer momento de la recepción de Blanchot, que se inicia con las primeras traducciones en Argentina de textos de Blanchot y se extiende hacia finales de la década de 1970. En el conjunto de materiales que conforman esta primera etapa pueden distinguirse tres zonas que funcionan como los apartados del capítulo: traducciones al español de textos de Blanchot; artículos, ensayos y reseñas específicas sobre Blanchot y referencias, menciones y usos asistemáticos. En cuanto a las primeras, destacamos el carácter inaugural de las traducciones argentinas de *Sade y Lautréamont* (1967) y *El espacio literario* (1969), ya que abrieron el espacio para que la obra de Blanchot circule entre los lectores de habla hispana. La traducción de *El espacio literario* en la colección “Letras Mayúsculas” de la editorial Paidós constituye un punto de singular interés en nuestra investigación, en tanto involucró la participación de David Viñas como editor de la colección, y también de Jorge Jinkis como uno de los traductores del libro. Jinkis, además, por su participación decisiva en la revista *Sitio*, es un protagonista central del segundo momento de la recepción de Blanchot. Una figura similar es la de Oscar del Barco: el filósofo argentino, no sólo editó y tradujo parte de *La ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria* (1973), sino que también fue uno de los primeros –además de Jorge Bosch en la revista *Sur*– en escribir reseñas y trabajos específicos sobre Blanchot. Por último, en el apartado sobre las referencias, menciones y usos indagamos en distintos textos de Luis Juan Guerrero, Noé Jitrik, Oscar Masotta y Nicolás Rosa, donde Blanchot aparece en contacto con la de Sartre, configurando una presencia en apariencia improbable en críticos cercanos a la revista *Contorno*. De hecho, a partir de Oscar Masotta, comienza a ocurrir en la crítica argentina el vínculo entre la obra de Blanchot y la forma del ensayo como modo de lectura y escritura en contacto con la literatura. Ya los casos Jaime Rest y, principalmente, Sylvia Molloy y Enrique Pezzoni se constituyen como ocurrencias en las que, a partir de la lectura de ensayos de Blanchot, estos autores señalan los modos en que un sector de la crítica literaria (frecuentemente caracterizado como crítica “ideológica” o “culturalista”) aplanar, normaliza y reduce lo literario a un conjunto de valores culturales determinados. Nuestra hipótesis es que en estos episodios se actualiza, *ocurre*, la resistencia a la teoría y la lectura en términos de De Man, pero también, la resistencia a Blanchot. Así, la resistencia ocurre, se inscribe, en la propia historia de la crítica literaria argentina. Además, estos tres críticos se caracterizan por

desplegar una lectura de la obra de Borges en contacto con la de Blanchot que tendrá un fuerte impacto en otros itinerarios críticos de las décadas siguientes.

El capítulo 3 se ocupa del segundo momento de la recepción de Blanchot en la crítica literaria argentina. Este segundo momento cuenta con algunas particularidades que complejizan las decisiones metodológicas necesarias para su establecimiento. Tomemos como referencia el momento anterior: éste tiene toda la fuerza del comienzo, que podemos ubicar por ejemplo en la primera traducción de un texto suyo, o bien en la primera mención a su obra en un libro o revista publicado en Argentina. A partir de esto, ordenamos los distintos episodios de recepción en traducciones, reseñas o estudios específicos y, por último, menciones y usos. Ahora bien, las características de este segundo momento no se adecúan a la subdivisión mencionada anteriormente: a partir de la década de 1980, las traducciones argentinas de libros de Blanchot dejan de ser tan prolíficas y sus usos parecen no contar con la sistematicidad del momento anterior. No obstante, esto de ninguna manera implica que la recepción de Blanchot durante los años ochenta haya sido poco determinante. De hecho, los episodios de recepción en este momento se anclan en varios momentos claves para la historia de la crítica literaria y cultural argentina, inevitablemente marcada por el final de la dictadura cívico-militar, la Guerra de Malvinas, la recuperación democrática y la apertura universitaria.

En este momento, analizaremos entonces la recepción de Blanchot primero tomando como punto de anclaje revistas literarias y culturales argentinas, donde no sólo es posible encontrar referencias e incluso traducciones de textos de Blanchot, sino que también esas referencias ocupan un lugar clave para los distintos posicionamientos literarios, culturales e incluso políticos del corpus de revistas analizado. Así, rastreamos la incidencia, en distintos grados, de Blanchot en varias revistas literarias y culturales desde los años setenta en adelante: nos referimos a *Literal*, *Último Reino*, *Escrita*, *Sitio*, *Paradoxa* y *El Boletín*.

A su vez, este momento cuenta con una inflexión singular: el “ingreso” de la obra de Blanchot en el ámbito académico argentino. En este sentido, la creación de la cátedra “Teoría de la lectura” a cargo de Juan Bautista Ritvo en la Universidad Nacional de Rosario durante el año 1985, constituye uno de los episodios destacados, en la medida en que tendrá un claro impacto en la formación de un grupo de docentes e investigadores que hacia la década de los 90 afianzan su inserción institucional y, con ello, la obra de Blanchot circula con mayor frecuencia en el ámbito académico. Así, este momento resulta fundamental para entender nuestro objeto de investigación como un proceso de resistencias que se afectan mutuamente y obstaculizan su descripción, comprensión e interpretación según los esquemas metodológicos de los estudios de recepción, usos o circulación. En este sentido, tomamos como un caso de

resistencia el hecho de que la “institucionalización” de Blanchot en Argentina venga de la mano con el discurso sobre el ensayo en la crítica literaria y cultural argentina, que justamente se caracteriza por poner en cuestión las relaciones entre literatura y cultura tal como las construye el propio discurso de la crítica literaria. Así, las investigaciones doctorales de Alberto Giordano, Silvio Mattoni y Judith Podlubne despliegan una lectura de la obra de Blanchot con la construyen objetos de estudio que tienen la característica de coincidir, en buena medida, con los primeros episodios de la recepción de Blanchot en Argentina. Con esto buscamos destacar la forma circular y de recomienzo con la cual desarrollamos nuestra lectura de la recepción de Blanchot.

Situadas estas coordenadas, es interesante notar la forma en que este segmento del proceso de la recepción de Blanchot en Argentina, vinculado con su institucionalización y entrada al ámbito universitario, difiere por ejemplo de la entrada de Blanchot a la investigación y enseñanza universitaria de la carrera de Filosofía a partir de, principalmente, la figura de Mónica Cragolini. En el ámbito de Letras, la “institucionalización” de Blanchot posee el carácter marginal de una resistencia. Podemos situar este modo de recepción signado por la resistencia en el hecho de que, por un lado, esta institucionalización de Blanchot en el área de Letras esté profundamente orientada hacia el tema del ensayo literario en Argentina (que supone una impugnación a la crítica ideológica de los 60 y 70, y luego a los estudios culturales y la sociología de la literatura en los 80 y 90); y por otro lado, porque resulta imposible pensar la presencia de Blanchot en Argentina sin tener en cuenta el contacto con otras recepciones de escritores franceses que tendrán una circulación mucho mayor a la suya: el caso de Sartre en los comienzos, lo mismo ocurre con Barthes, Foucault, Derrida y Deleuze. Por último, es necesario destacar que situamos como punto de llegada de nuestro trabajo las primeras investigaciones doctorales argentinas en el ámbito de Letras que incorporan de manera determinante lecturas de Blanchot para su desarrollo, en la medida en que a partir de ellas la presencia de Blanchot en otros segmentos de la crítica literaria argentina aumenta considerablemente.

0.2. Discusiones metodológicas: recepción, usos, circulación, resistencias

Tomando como punto de partida el objetivo de esta investigación de realizar un estudio sobre la recepción de la obra del escritor francés Maurice Blanchot en la crítica literaria argentina, resulta pertinente presentar y sistematizar las recientes discusiones metodológicas en torno de los estudios de recepción. En este apartado entonces vamos a revisar los modos de análisis y enfoques de distintas disciplinas como la historia, la filosofía, la sociología de la literatura y, por supuesto, la teoría literaria. Aunque la perspectiva de la resistencia a la teoría que adoptamos en nuestra investigación impugne las posibilidades de historizar la literatura o concebirla como un conjunto determinable de fenómenos culturales, consideramos conveniente explorar los trabajos recientes en torno de los estudios de recepción debido a que, como intentaremos mostrar, de allí es posible inferir herramientas metodológicas necesarias para el desarrollo de nuestra investigación. Así, tal como se despliega en el modo de leer deconstructivo de Paul de Man, asumimos la necesidad de reunir perspectivas teóricamente heterogéneas en tanto no buscamos negar la temporalidad de los distintos episodios de recepción, sino advertir que la operación crítica de atribuirles una historicidad lo que hace es tramarlos en una narrativa que no hay que confundir con la ontología de los hechos.

El problema de la recepción de obras extranjeras en la Argentina, transversal a las distintas disciplinas, adquiere una modulación particular en el ámbito de la historia, sobre todo si tenemos en cuenta la importancia que adquieren los estudios de recepción para el pasaje de la “historia de las ideas” a la “historia intelectual”. En relación con esto, un antecedente fundamental es el número 8/9 de la revista *Políticas de la memoria* publicado en 2009, que contiene un dossier titulado “La Historia Intelectual y el problema de la recepción” basado en las investigaciones realizadas por Claudia Bacci y Mariana Canavese en torno a la recepción argentina de Hannah Arendt y Michel Foucault respectivamente. *Políticas de la Memoria* es el anuario del CeDInCi (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas), uno de los centros de investigación argentinos pioneros para el desarrollo de investigaciones sobre historia intelectual en nuestro país.

El número 8/9 plantea en su editorial el concepto de “cultura derivativa” para describir el sostenido intercambio de ideas entre Argentina y otros países de Europa. Esta

cuestión, que ha generado una multiplicidad de conceptos como transculturación, traducción cultural, hibridez, etc., se inscribe en el corazón de nuestra cultura según se afirma en la presentación del dossier “La historia intelectual y el problema de la recepción”: “durante casi dos siglos la configuración misma de la cultura argentina giró en torno al problema de la recepción de ideas y de sistemas de pensamiento externos” (2008, 95). Así, por ejemplo, el grupo de los denominados “universalistas” ve en la recepción de ideas europeas y norteamericanas la condición para la modernización y emancipación autónomas; mientras que la posición opuesta –“nacionalistas”– concibe ese mismo fenómeno como el principal obstáculo para el desarrollo del país. Más allá de que ninguna de estas posiciones está exenta de contradicciones, habría, según los presentadores del dossier, un problema inherente a toda traducción en los continuos y circulares debates entre nacionalismo y universalismo, que se expresa a partir de la teoría de Pierre Bourdieu: “los malentendidos propios de todos los procesos de transculturación, pues como ha señalado oportunamente Bourdieu, las ideas viajan sin sus contextos, los receptores las reinterpretan según las necesidades dictadas por su propio campo de producción” (2008, 95). A partir de esto, una de las principales apuestas del dossier consiste en visibilizar y reconceptualizar la incidencia de los estudios de recepción en distintos textos argentinos encuadrados en la historia de las ideas. El espacio de posibilidades para realizar esta operación está habilitado, según se lee en el dossier, por diversos enfoques teóricos como la hermenéutica de Gadamer, la teoría de la recepción de H.R. Jauss, M. Foucault y el posestructuralismo francés, y la sociología de la cultura dentro de la que se destacan autores como R. Chartier, R. Darnton y P. Bourdieu.

Entonces, teniendo en cuenta la importancia que adquieren los estudios de recepción para el pasaje de la “historia de las ideas” a la “historia intelectual”, en primer lugar analizamos las propuestas metodológicas de Mariana Canavese y Clara Ruvituso, quienes en sus recientes investigaciones doctorales sobre los usos de Foucault en Argentina y los diálogos entre con la filosofía alemana en la Argentina peronista respectivamente, retoman a la vez que reformulan los estudios clásicos sobre recepción. Es por esto que seleccionamos estas dos investigaciones de los numerosos y actuales estudios sobre recepción y circulación de saberes. A su vez, nos parecen interesantes estos dos casos porque dialogan con nuestro objeto de investigación sobre Blanchot en Argentina, según dos aspectos: por un lado, la íntima relación entre la obra de Blanchot y la filosofía alemana, por otro lado, el vínculo entre Blanchot y Foucault que puede rastrearse en varios pasajes de los trabajos de los dos escritores. A su vez, en el plano de la recepción en Argentina, es destacable que las primeras referencias a Blanchot aparecen justamente en contacto con la obra de Martin Heidegger, y

hacia finales de la década de 1980 los episodios de recepción de Blanchot se vinculan también con la referencia a Michel Foucault, cuya presencia en Argentina se extendía cada vez más por aquellos años.

Como mencionamos anteriormente, las propuestas de Canavese y Ruvituso se caracterizan por poner en cuestión, con enfoques diversos, los principales fundamentos metodológicos de los estudios de recepción. En el caso de Canavese, mediante el concepto de “uso”, y en el caso de Ruvituso a partir de un análisis en términos de “circulación” de ideas. De esta manera, teniendo en cuenta que ambas propuestas provienen del ámbito de la historiografía, nos interesa reparar en los modos en que retoman y problematizan los estudios de recepción de la perspectiva de la sociología de la literatura, principalmente en referencia a los estudios de Pierre Bourdieu y, más acá en el tiempo, de Gisèle Sapiro. De esta manera, nos detenemos específicamente en el caso de Sapiro con el objetivo de reponer sus aportes metodológicos para la conceptualización de los estudios de recepción, y también para indagar en los modos en que aparece la referencia a Blanchot en la descripción que Sapiro realiza del campo intelectual francés durante la Ocupación Alemana en Francia.

En un tercer momento, luego del recorrido metodológico, nos ocupamos de reunir y problematizar una serie de intervenciones que han procurado historizar la crítica literaria argentina –sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX–, intentando situar los efectos que tiene, en la construcción de ese relato, un determinado modo de pensar la relación entre literatura y cultura, así como también la dimensión histórica de esa relación. De esta manera nuestro objetivo es, a partir del caso de la recepción de Blanchot, articular una indagación metodológica con una histórica. ¿Podría la idea blanchotiana de la literatura como poder de impugnación de la cultura ser un elemento clave para explicar su recepción en Argentina? Para contestar esta pregunta e introducir una reflexión teórica sobre Blanchot, en el final de esta introducción nos centramos en una entrevista de Michel Foucault titulada “Folie, littérature, société” que nos sirve para presentar el movimiento de la literatura como impugnación de la cultura que, desde nuestra perspectiva, define el recorrido de la recepción de Blanchot en Argentina. Esto inevitablemente obtura la posibilidad de estudiarla con una metodología en la que predomine una matriz dialéctica para explicar la lectura, la comprensión y, en última instancia, las relaciones entre literatura y cultura. No obstante, como mencionamos, analizamos un conjunto de propuestas metodológicas de la historia y la sociología de la literatura intentando mostrar el fuerte sustrato dialéctico sobre el que conciben los estudios de recepción, lo cual constituye un punto de partida para pensar las limitaciones a la hora de ubicar la obra de Blanchot en este tipo de esquemas. De esta

manera, si bien resultan heterogéneas con la perspectiva de la resistencia a la teoría, los análisis que proponemos a continuación nos permiten dar con elementos y dispositivos teóricos necesarios para nuestra investigación.

0.2.1. Mariana Canavese y los “usos” de Foucault en Argentina

Ya desde el título del libro *Los usos de Foucault en la Argentina*, que reescribe la tesis de su investigación doctoral, Mariana Canavese se inscribe de manera crítica en el campo de los estudios de recepción y circulación de ideas a partir de un enfoque metodológico en particular que se caracteriza por estudiar los "usos" de Foucault por parte de los intelectuales y académicos argentinos en el ámbito de las ciencias sociales, y en menor medida de las ciencias humanas, entre 1958 y 1989. En cuanto a la definición del recorte temporal, este último año es marcado como punto de inflexión debido a las transformaciones en el ámbito político a nivel mundial, en cuyo marco tiene lugar una proliferación en la circulación de la obra de Foucault a partir de 1980.

Canavese distingue dos "situaciones" dentro de este proceso de recepción y circulación (términos que aparecen casi como sinónimos), que nos interesan como punto de referencia para nuestra investigación sobre Blanchot: una etapa hasta la recuperación democrática en 1983, marcada por el énfasis estructuralista y por las condiciones que impuso la dictadura militar. Luego, una ampliación de la recepción tras la recuperación democrática: "desde la década de 1990 se hizo visible en la Argentina una aceleración de la cita foucaultiana, desordenada y dispersa" (Canavese, 2015, 18). Para analizar este proceso, Canavese propone distinguir dos variables: una histórico-cronológica, propia de la historiografía, y otra problemática, en la que "se articulan lecturas, interpretaciones y usos estratégicos de las propuestas del filósofo" (2015, 16). Como mencionamos anteriormente, en cuanto a las decisiones metodológicas del trabajo historiográfico, se opta por la categoría de "uso" para problematizar los alcances de los estudios de recepción en el ámbito latinoamericano, y construir un estudio propio de la historia intelectual que analiza apropiaciones concretas y diversas de un determinado autor en un determinado contexto. Teniendo esto en cuenta, la apuesta específica de la autora busca incidir en la problemática metodológica de la relación entre un texto y su afuera: "en esa porosa frontera entre textos y contextos se trata de reconocer sentidos diversos que se producen en la lectura y de intentar comprender cómo ciertos contextos pueden subrayar aspectos terminados de los textos"

(2015, 22). Este posicionamiento nos interesa particularmente porque interviene en la recurrente oposición metodológica de los estudios de recepción entre orientar la investigación al autor estudiado como centro del análisis, o enfocarse en los elementos externos y contextuales que definen el espacio material de su circulación en un determinado tiempo y lugar. A su vez, podemos ver operando en la afirmación de Canavese la dicotomía entre los análisis intra o extra literarios que redundan como oposición conceptual en buena parte de los estudios literarios a lo largo del siglo XX.

De esta manera, la propuesta metodológica de Mariana Canavese para leer la recepción de Foucault en Argentina se enmarca en la crítica y reformulación de la tradicional historia de las ideas:

Desde el terreno de la historia intelectual entiendo por recepción la investigación de las formas de circulación, interpretación, apropiación o rechazo de las elaboraciones de Foucault entre los intelectuales y los académicos argentinos (...) Para seguir el rastro de esta recepción variada e inorgánica, he intentado rastrear lo manifiesto, el discurso efectivo (2015, 23-24).

Aquí leemos una modulación retórica y conceptual que resulta de mucho interés para nuestra investigación: ¿acaso toda recepción puede pensarse como un proceso variado e inorgánico? O para plantearlo de un modo opuesto ¿podemos concebir una recepción orgánica y uniforme? Desde nuestro punto de vista no, resulta imposible concebir un modo de recepción y circulación de textos por medio de lecturas que no sea inorgánica, en la medida en que no sólo es difícil postular un proceso o un decurso orgánico de los hechos, sino que también el acto de lectura tal como lo concebimos a partir de Blanchot, De Man y Ritvo, en tanto condición necesaria de cualquier proceso de recepción, se caracteriza justamente por resistir determinaciones como la de “organicidad”.

Destacamos este posicionamiento como antecedente inmediato de nuestra investigación, ya que habilita una serie de decisiones y operaciones metodológicas que utilizaremos en el transcurso de nuestro estudio. Así, por ejemplo, Canavese elige orientar su investigación "hacia las prácticas de lectura que ofrecen indicios acerca del uso que se les dio" (2015, 22) a los textos de Foucault, enfocando en las condiciones del contexto argentino que habilitaron la utilización de conceptos foucaultianos para pensar y describir ese mismo contexto, así como también en las experiencias personales de los distintos sujetos que realizaron esas lecturas y los círculos de legitimación de los que participaron. De esta forma, ya no se trata de juzgar la fidelidad de esas lecturas en relación con los textos originales, y de enmarcar esos "errores" en un contexto determinado, sino de analizar los usos como un acto "signado por la diferencia" (2015, 25). Adoptando esta perspectiva en favor de la categoría de

"uso", Canavese afirma superar preconceptos como el de "originalidad" y "dependencia", en la medida en que, por ejemplo, el análisis de un conjunto de traducciones y ediciones locales de Foucault suponen "una dinámica inversa al circuito 'tradicional' de migración internacional de las ideas del 'centro' a la 'periferia'" (2015, 26). En este punto, la posición de Canavese es taxativa: la recepción, apropiaciones¹¹ y usos no reproductivos entendidos como un espacio de "problemas inmanentes a la situación local" (2015, 27) supone, por un lado, un alejamiento de las concepciones de los estudios de recepción que rastrean el impacto de las "culturas centrales" en las "culturas periféricas" y, por otro lado, demanda la construcción de "un corpus variado de documentos" para analizar este problema que se ubican en eso que mencionamos como "discurso efectivo". Como veremos a continuación, la apuesta por sustraerse e invertir la polaridad entre "centro" y "periferia", es una de los aspectos que más nos interesan de las propuestas de Canavese y Ruvituso.

0.2.2. Ruvituso y la circulación de saberes

El libro *Diálogos existenciales. La filosofía alemana en la Argentina peronista (1946-1955)* de Clara Ruvituso también es producto de su investigación doctoral, en este caso sobre los cruces entre los filósofos alemanes y los filósofos argentinos con anclaje en el contexto político-económico de la Argentina durante el primer peronismo. Si bien el objetivo específico de su investigación es el estudio de la relación entre intelectuales filósofos y el primer peronismo, nos interesa específicamente para nuestra investigación la forma en que se involucra el estudio sobre la recepción de Heidegger para describir ese proceso, sobre todo teniendo en cuenta que en varios casos –como por ejemplo el del filósofo argentino Luis Juan Guerrero en *Estética operatoria en sus tres dimensiones* de 1956, que analizaremos específicamente en el capítulo 2– la presencia de Blanchot en textos argentinos aparece vinculada con la obra de Heidegger. En este sentido, las dos preguntas problema planteadas por Ruvituso resultan esclarecedoras: "¿Cuáles fueron los factores que influyeron en la centralidad de la recepción de la problemática figura de Martin Heidegger? ¿Qué importancia tuvo la filosofía en el campo político y cómo se estructuraron sus usos y funciones?" (2015, 16).

¹¹ Es importante destacar que durante este período la *nrf* tuvo fuertes vínculos con la revista argentina *Sur* que, como veremos más adelante, constituye uno de los lugares donde sucede la recepción de Blanchot en Argentina.

El relato histórico que se propone como condición de posibilidad del tema problema está marcado por el sintagma "crisis": los inicios del siglo XX en Argentina se explican en buena medida por la crisis del positivismo como visión hegemónica de la filosofía, que ya no puede responder a las nuevas bases estructurales y superestructurales: "Junto con las letras y la historiografía, los estudios filosóficos tomaron un fuerte impulso de institucionalización en las universidades reformistas" (2015, 13-14). En ese contexto, se da el debate sobre la recepción de ideas europeas, que despierta el ánimo de construir un "pensamiento original y propio de las jóvenes naciones (...) alimentado por la 'crisis de Occidente' como modelo de civilización" (2015, 14). El análisis de las redes intelectuales durante el período de entreguerras europeas da cuenta de la centralidad de la mediación española para la recepción de la filosofía alemana en Argentina, destacándose la intensa labor de Ortega y Gasset con la publicación de *Revista de Occidente*, en el marco del exilio en América Latina de numerosos intelectuales de España tras el triunfo de Franco: "a esta influencia se sumaron los viajes de estudios a Alemania y la emergencia de lectores y traductores locales" (2015, 14). Aunque este proceso se disminuye durante la Segunda Guerra Mundial, Ruvituso afirma que en ese período la recepción de filosofía alemana en Argentina se extiende al punto tal que desplaza la hegemonía del pensamiento francés en los ámbitos locales.

Ya en la posguerra, se destaca particularmente la intensa recepción de Martín Heidegger "y la diversidad de usos y funciones que tomó el discurso 'existencialista' en los debates intelectuales y políticos de los más diversos círculos intelectuales" (2015, 14). Aunque es posible trazar vínculos con la extendida, y problemática, recepción de Heidegger en Francia, "la recepción de Heidegger en Argentina no fue producto de la mediación francesa y se dio en un contexto muy diferente al de los llamados 'años sartreanos' (Winock 1997) que dominaron el campo intelectual francés después de la Liberación" (2015, 14). Ruvituso analiza este proceso en el marco de la situación de las universidades argentinas durante el peronismo, haciendo hincapié en las lógicas particulares de circulación de la obra de Heidegger en Argentina, es decir, sin explicarlas mediante el caso paralelo de la recepción de Heidegger en Francia. De esta manera, la investigación se enfoca en los intercambios y contactos que se dieron entre filósofos alemanes y argentinos a partir de 1949: "Una cuestión interesante es que la filosofía estuviese en el eje de la reanudación de los contactos culturales y académicos entre Alemania y Argentina" (2015, 15).

Teniendo en cuenta esta propuesta de análisis, en el desarrollo de los fundamentos teóricos y metodológicos de su investigación Ruvituso retoma específicamente el debate entre centro y periferia en el marco de los estudios sobre recepción de filosofía alemana:

El análisis sobre la producción filosófica en América Latina nos lleva inmediatamente al debate sobre centros y periferias en el campo intelectual internacional. Los filósofos latinoamericanos de la primera mitad del siglo XX problematizaron esta cuestión en términos de evolución (...) la 'dependencia' de la recepción de la filosofía europea era un paso necesario que acabaría en el desarrollo de un pensamiento filosófico propio y diferente del de Occidente (2015, 35).

Nos interesa destacar que los aspectos metodológicos que fundamentan esta lectura parten de considerar que el período de "crisis" producido por la guerra contribuyó a que los filósofos latinoamericanos cuestionaran el centralismo cultural europeo. El sintagma "crisis", además de englobar toda la complejidad de una realidad, habilita, en este caso, construcciones teóricas específicas: Ruvituso retoma a Klengel (2011), quien afirma que la disolución entre centro y periferia por la crisis, crea "un 'entre-espacio' (*Zwischenraum*) o 'espacio libre' (*Freiraum*) para la emergencia y reconocimiento de los intelectuales latinoamericanos en el centro" (2015, 36).

Por otro lado, en cuanto a lo metodológico, Ruvituso también retoma la ya mencionada sentencia de Bourdieu sobre los estudios de recepción entendidos desde la sociología de la literatura: la explicación que Bourdieu da para explicar el controvertido fenómeno de la centralidad de la figura de Heidegger en el ámbito marxista francés de 1950, puede explicarse por la lógica del "malentendido" que ocurre cuando un determinado "texto" se traslada y funciona sin su "contexto". Aunque Ruvituso destaque que en el contexto argentino también tuvieron lugar "apropiaciones heterodoxas" del pensamiento heideggeriano, propone diferenciarse "del concepto de recepción con foco en el 'malentendido' bourdiano" (2015, 37). Los enfoques de Ruvituso y Canavese convergen en este punto: no juzgan como "malentendidos" o "errores" a determinadas apropiaciones y usos de un corpus/obra en un contexto temporal y espacialmente diferente al de su publicación. En el caso de Ruvituso, esta crítica se basa, entre otros aportes, en el estudio de Rukser (1962) sobre Nietzsche en Hispanoamérica, donde el énfasis del análisis no consiste en explicar un determinado error o malentendido, sino responder a "la pregunta 'cómo y por qué se diferencia el punto de vista hispánico de otros'" (2015, 37). En esta línea crítica respecto de los procesos de recepción como malentendidos, Ruvituso ubica también a la propuesta de Jorge Dotti¹² sobre las "figuras conceptuales": "Dotti focalizó el estudio de recepción en Latinoamérica en tanto 'usos', 'funciones', 'sentidos' y 'resignificaciones' que se dieron a

¹² Estas "concomitancias estructurales" resultan particularmente interesantes para nuestra investigación dado que Blanchot participó, en mayor o menor medida, de ambos espacios.

diferentes autores y teorías foráneas entendiendo la recepción como un proceso intrínsecamente original" (2015, 37).

Teniendo en cuenta estos desarrollos, Ruvituso afirma: "entendemos que los 'malentendidos' son intrínsecos al proceso de recepción y a la libertad de 'usos' y 'resignificaciones' que los autores tienen, en parte, por estar en otros contextos" (2015, 38). Consideramos que es posible problematizar, con Blanchot, Ritvo y De Man, la idea de "lectura" que se desprende de esta conceptualización, desde una perspectiva de crítica hermenéutica. De esta forma, la propuesta inicial de no considerar a los procesos de "transferencia de ideas" como un proceso unidireccional que va desde un polo de producción a uno de recepción, implica/conlleva la construcción de distintos modos de análisis y objetos que analizar, para comprender los fenómenos de recepción "desde una perspectiva que involucra las miradas de ambos lados y sus 'entrecruzamientos'" (2015, 41). En este sentido, Ruvituso cita el concepto de "histoire croisée" de Werner y Zimmermann (2004), quienes también se distancian de los estudios de recepción unidireccionales, y proponen pensar el proceso en términos de "entrecruzamientos" que pueden introducir cambios novedosos durante, y por medio, del proceso de recepción.

0.2.3. Sapiro y la reconstrucción del campo literario francés durante la Ocupación Alemana

La propuesta teórica de Sapiro es especialmente relevante para nuestro trabajo porque retoma la teoría del campo de P. Bourdieu para reconstruir el campo literario francés durante la Ocupación Alemana –que es, como veremos en el siguiente apartado, un momento temporal donde se inserta buena parte de la obra de Blanchot–. Además, Sapiro es actualmente una de las referentes de los estudios sobre la circulación transnacional de las obras, renovando la propuesta bourdiana y también reformulando los aportes de H.R. Jauss en torno de la estética de la recepción. En Argentina, su propuesta de trabajo ha tenido un alto impacto, no sólo en el ámbito de la historia y la sociología de la literatura, sino también en los estudios literarios. Al respecto, se puede consultar el panorama trazado por Analía Gerbaudo (2018) en su reseña “Sobre *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización* de G. Sapiro”. Teniendo esto en cuenta, en primer lugar realizamos un breve panorama teórico-metodológico de su propuesta, para luego analizar el lugar que le da a Blanchot en su trabajo sobre el campo literario francés durante la Ocupación Alemana.

Nuestro objetivo es poner de manifiesto las limitaciones que un enfoque como el de la sociología de la literatura puede tener para analizar una obra con las características de la de Blanchot.

En el libro *Sociología de la literatura*, traducido al español en 2016, Sapiro se inscribe en esta disciplina cuyo objeto es la literatura entendida en tanto fenómeno social, asociada a un conjunto determinado de valores y a una visión del mundo. La sociología de la literatura propone estudiar las relaciones entre el texto y el contexto, planteando la tensión entre análisis interno –estructura de la obra– y el análisis externo –su función social–, pero constituyéndose como un modo de superar esta dicotomía al hacer foco en el análisis de las mediaciones entre las obras y sus condiciones de producción. Sapiro destaca especialmente los conceptos de “campo” y “autonomía” (Bourdieu) en la medida en que reemplazan la noción más mecánica de “reflejo”, al postular que el impacto de las determinaciones socioeconómicas al interior de las obras literarias es indirecto, es decir, está mediado por “las apuestas, la lógica de funcionamiento y los principios estructurales que organizan un campo en particular”¹³ (2012, 2). Como dijimos, son precisamente esas mediaciones las que la sociología de la literatura toma como objeto. Según este enfoque, existen tres tipos de mediaciones que encuadran lo que se da a leer y también implican tres niveles de autonomía: en primer lugar, las condiciones materiales de producción y circulación de las obras literarias –entendidas como manifestación de una conciencia colectiva y constantemente sometidas a presiones ideológicas y económicas efectuadas por el Estado, instituciones religiosas o el mercado–. El modo de comprender en qué medida esas condiciones tienen su impacto se encuentra en el segundo tipo de mediación: las modalidades de producción de las obras. Este es el objeto de estudio de la sociología de las obras que, como mencionamos anteriormente, pretende superar la oposición metodológica entre análisis interno y análisis externo para comprender de qué forma la obra refracta el mundo social. Desde un punto de vista metodológico, se presupone entonces que cada escritor crea en un espacio de dos dimensiones: la primera de ellas, compuesta por representaciones y discursos sociales; y la segunda, por “un espacio de posibles estructurado, que le ofrece géneros, modelos, maneras de hacer” (2016, 77), factible de ser reconstruido teóricamente a partir de una serie de elementos materiales, y desde el cual, por contraste, se podría establecer los grados de originalidad y singularidad de una determinada obra.

Por último, el tercer tipo de mediación lo componen las modalidades de recepción de las obras. Se parte del presupuesto de que “el sentido de una obra, irreductible a la intención

13 Las traducciones de este ensayo son nuestras. Cursivas en el original.

de su autor, nace en parte de las interpretaciones y apropiaciones de lectores” (2016, 109). Esas instancias están mediatizadas por diversos fenómenos como la puesta en libro, los juicios críticos e institucionales, las traducciones, los comentarios, etc., cuya conjunción termina por completar el contexto de producción en términos de Bourdieu. Sapiro destaca que este énfasis en la recepción de las obras retoma y amplía el programa de historia literaria antipositivista de Jauss –estructurado en el concepto de “horizonte de expectativas”– Si bien se reconoce el aporte de Jauss por ser de los primeros en postular la importancia de las instancias de recepción para pensar la comprensión hermenéutica de las obras, crítica la concepción de un “lector abstracto” mientras que la sociología se centra en los lectores reales a partir del análisis de la materialidad de las mediaciones.

De esta perspectiva metodológica nos interesa destacar, a los fines de nuestro trabajo, dos aspectos: por un lado, la importancia que se le otorga a la crítica literaria: “la crítica constituye una de las mediaciones principales en el proceso de recepción y valorización de las obras” (2016, 114). Por otro lado, el creciente interés en la circulación transnacional de las obras, que es planteado como “el nuevo ámbito de la sociología de la literatura en plena expansión” (2016, 119). En este ámbito, se destaca la traducción como una actividad social que cumple tres funciones: ideológica (en relación a sus posibles condicionamientos políticos), económica (porque amplía el mercado editorial) y cultural en la medida en que legitima obras extranjeras. La ventaja de este acercamiento consiste en que logra ampliar las fronteras para el análisis, teniendo en cuenta las constantes transferencias e intercambios culturales entre distintos países. De esta manera, nos interesa destacar que estas conceptualizaciones amplían y complejizan la teoría de la recepción de H.R. Jauss en la medida en que se incluyen los lectores “materiales” como agentes determinantes para estudiar un proceso de recepción. No obstante consideramos que la propuesta metodológica de Sapiro mantiene un horizonte dialéctico para explicar y analizar los distintos procesos de comprensión involucrados en la recepción, en la medida en que sigue dependiendo del concepto de “mediación” para estudiar estos fenómenos. La exigencia dialéctica asociada a la comprensión puede verse de forma clara en el programa inaugurado por H.R. Jauss en “Estética de la recepción y comunicación literaria”¹⁴. Allí, la relación entre autor, obra y público es descrita como un proceso dialéctico de producción y recepción de significado intermediada por la comunicación literaria. Jauss se propone una vuelta a la hermenéutica tras el acontecimiento del estructuralismo, pero sin entregarse a la exégesis inmanente. La pretensión dialéctica de este programa es notoria, ya que busca conciliar la comunicación

14 La traducción es nuestra.

literaria con el conocimiento histórico: “representar la historia de la literatura como proceso de comunicación supone reconstruir el rol activo de la comprensión en las relaciones de recepción e intercambio literario” (Jauss, 1981, 40).

El programa de Jauss ha sido ampliamente revisado y reformulado, sobre todo en lo que concierne a los modos de hacer historia literaria. En esta línea también se inscriben aportes como los de Darnton, De Certeau y Chartier, quienes durante los años 80 comienzan a discutir la idea de que la cultura de élite es la que genera progreso. Estos autores se proponen ampliar las fuentes históricas a la cultura popular, analizando la apropiación que los sectores populares realizan de los textos producidos por la élite. Como es de esperarse, este objeto se ubica en una diacronía en la que se estudia la variación de los usos a lo largo del tiempo. Así, por ejemplo, Robert Darnton estudia la presencia de la alta filosofía —el iluminismo— en lo marginal, poniendo el foco en los imprenteros, panfleteros y otros actores de la edición callejera, en tanto mediadores entre el Iluminismo y la Revolución Francesa. Una postura similar puede encontrarse en Roger Chartier, quien invierte el esquema interpretativo tradicional según el cual se pensó al Iluminismo como la corriente de pensamiento que influyó directamente en la Revolución Francesa, al afirmar que la revolución utilizó la filosofía de las luces en la medida en que necesitaba legitimarse por medio de un corpus textual. En términos generales, podemos ver que estas inversiones buscan discutir la orientación verticalista de la circulación de las ideas, haciendo hincapié en el impacto de las apropiaciones de los lectores “reales” a la hora de discutir el establecimiento del sentido de una determinada obra. Según este esquema, la explicación del cambio histórico posibilita “ilustrar cómo se expanden las ideas, a través de varios medios y ámbitos” (Darnton, 1993, 17).

0.2.4. Blanchot en *La guerre des écrivains*, de G. Sapiro

Ahora bien, teniendo en cuenta nuestro objeto de investigación sobre la recepción de Blanchot en Argentina, resulta interesante rastrear tanto el lugar como el modo en el que Blanchot aparece en la reconstrucción del campo literario francés durante la ocupación alemana realizada por G. Sapiro en su libro *La guerre des écrivains 1940-1953*, publicado en 1999 y traducido al inglés en 2014. Siguiendo la teoría de Bourdieu según la cual la estructura del campo es quiástica, dicotómica, donde los intelectuales disputan legitimidad, Sapiro plantea una representación geométrica del campo literario partiendo de la hipótesis de

que “las posiciones políticas están relacionadas con las posiciones que los agentes ocupan en el campo literario” (2002, 2), es decir, la posición política es homologable a la posición dentro del campo. Con el objetivo de explicar el estado del arte y la literatura en un tiempo y espacio determinados, esta postura teórica tiene un claro efecto en el modo en que se describen los distintos fenómenos relacionados con la literatura: el campo intelectual se presenta estructurado como una polaridad. Así, por ejemplo, el total de la producción literaria se divide en “restrictiva” y “amplia”: mientras que en la primera prevalece el campo literario, en la segunda rigen los principios externos ubicados en torno a la lógica del mercado y a la demanda política. Esto también implica dos principios de jerarquización al interior del campo literario. En él, la consagración puede ser simbólica o institucional, diferenciándose por su impacto temporal ya que el reconocimiento específico proveniente de los pares duraría más en el tiempo que el reconocimiento institucional. A su vez, este esquema genera dos tipos de posiciones dominadas, por un lado la vanguardia artística –asociada a las formas poéticas más radicales– y por otro el activismo político asociado al partido comunista. Esta doble división redundante en la postulación de cuatro tipos ideales de discurso: estético, moral, crítico y político. En el eje político, la polaridad se da entre el discurso dominante, ortodoxo y académico, y el discurso dominado, heterodoxo y politizado. En el eje literario, la oposición se da entre autonomía (discurso crítico sobre el arte focalizado en aspectos formales) y heteronomía (discurso que focaliza en el contenido).

Si focalizamos en el caso de Blanchot, podemos afirmar que su figura ocupa un lugar mínimo y secundario, quizás incómodo, en el relato histórico reconstruido por Sapiro, quien lo involucra según dos aspectos. En primer lugar, se mencionan sus primeras publicaciones literarias en la editorial Gallimard (*Thomas l'obscur* en 1941, y *Aminadab* al año siguiente) de las que se dice, especialmente en el caso de la primera de ellas, que si bien fue muy citada, contrastaba con el tipo de literatura de corte regionalista y realista que predominaba en el discurso de la prensa y la crítica literaria. El otro aspecto que se señala tiene que ver con su participación en la *Nouvelle Revue Française*¹⁵, revista que fue intervenida durante la ocupación alemana quedando bajo la dirección del escritor colaboracionista Drieu La Rochelle. La revista ocupaba un lugar central en el campo literario francés en asociación con la editorial Gallimard pero fue perdiendo paulatinamente su importancia a partir de 1940, razón por la que La Rochelle intentó, en repetidas ocasiones, convocar a Jean Paulhan –su anterior director– para sumarlo al proyecto en un intento por superar esa crisis. Según relata Sapiro, Paulhan reaccionó a aceptar esa propuesta, propone a Blanchot para que sea secretario de

15 La cursiva es nuestra.

Drieu La Rochelle, cargo que finalmente ocupará por tres meses entre marzo y junio de 1942. Las razones que reconstruye Sapiro para explicar este acontecimiento pertenecen tanto al campo político como al literario:

conocido por sus compromisos anteriores a la Guerra con la extrema derecha, pero habiéndose apartado de la escena política desde 1938, Maurice Blanchot era al mismo tiempo un recluta aceptable para Drieu La Rochelle (...) y un hombre en el que Paulhan sabía que podía confiar para que continúe el brillante estudio que le había dedicado a *Les Fleurs de Tarbes* bajo el título “¿Cómo es posible la literatura?” (2014, 347).

La figura de Blanchot se circunscribe entonces a la de un antiguo periodista de diarios de derecha que, desde finales de la década del 30, “se convierte a la ‘pura’ literatura” (2014, 275) y mantiene una intensa amistad con Georges Bataille. En el caso de Françoise Dosse y su *Historia del estructuralismo* (1991), uno de los trabajos de historia intelectual francesa más citados, Blanchot tampoco ocupa un lugar preponderante. De hecho, en los dos volúmenes de *Historia del estructuralismo*, Blanchot sólo aparece mencionado como una de las tempranas influencias de Michel Foucault: “A principios de los años cincuenta, Foucault también era un ávido lector de lectura y estaba particularmente interesado por la escritura de Maurice Blanchot, la cual impactó en el estilo de Foucault, especialmente en su uso sistemático del oxímoron” (Dosse, 1997, 148-149). Como veremos más adelante, podemos encontrar una valoración diferente de la obra de Blanchot en *Critique, une encyclopédie de l'esprit* (1999) de Sylvie Patron, ya que su hipótesis es que la elección por el posicionamiento de Blanchot y Bataille, en contraposición a Sartre, marca los destinos de la crítica literaria y la historia intelectual francesa durante la segunda mitad del siglo XX.

Ahora bien, ¿Qué otra cosa podemos decir de la obra de Blanchot? ¿Qué impacto real tuvieron sus escritos durante ese periodo y a lo largo de todo el siglo XX? ¿De qué manera circuló su obra en un país como Argentina? Consideramos que indagar sobre estas preguntas puede ayudarnos a tensionar los límites de los estudios de recepción y circulación transnacional de las obras, así como también a revisar los modos en que se ha historizado el discurso de la crítica literaria argentina, específicamente en su íntima relación con el discurso denominado “teoría literaria francesa”. Como veremos a continuación, en lo que respecta a la obra de Blanchot vale decir que durante el período estudiado por Sapiro, el escritor participa activamente en la vida intelectual de Francia, escribiendo numerosos artículos que le valdrán el reconocimiento de escritores franceses de distintas disciplinas.

Blanchot formaba parte activa de la revista *Journal des débats*, que durante la ocupación siguió siendo publicada ya que apoyaban abiertamente a Pétain y Vichy. A partir

de ese momento, abandonó abruptamente la responsabilidad política al tiempo que la revista asumió posiciones más duras. No obstante, continuó a cargo de una columna literaria¹⁶ semanal escribiendo un total de 174 textos a lo largo de tres años. Si bien no podemos extendernos en demostrar la relevancia de este corpus dentro de la obra blanchotiana, es importante destacar que Dyonis Mascolo junto con Gallimard deciden publicar 54 de esas columnas en 1942 con el título *Faux Pas* y que en 2007 se publican el total de las columnas bajo el título *Chroniques littéraires du «Journal des débats»: Avril 1941 - août 1944*. En 1944, luego de la liberación, Blanchot participa como editor en *Actualité* de Georges Bataille y al año siguiente se une junto a Camus a *L'Arche* donde publica 16 artículos de importancia ya que son sus primeros textos largos, de los cuales 13 se editarán en *La Part du feu* en 1949 –año que también marca la publicación de *Sade et Lautréamont*–. Durante 1946, publica en las revistas *Critique* y *Les Temps Modernes* –en un contexto en la que esta última estaba fuertemente influida por Sartre y su teoría del compromiso– textos influyentes sobre Sade, Nietzsche y Kierkegaard. Estas publicaciones son importantes porque constituyen, al interior de la obra de Blanchot, el paso de la escritura periodística a la escritura de investigación. Por último, para atenernos al período histórico que toma Sapiro, hay que mencionar que desde 1953 y durante seis años Blanchot publica artículos mensuales para la *Nouvelle Nouvelle Revue Française* que, en ese año, vuelve a estar dirigida por Jean Paulhan. Esa columna, que lleva el título de “Recherche”, suma un total de 128 artículos que contribuyen a los cuatro volúmenes de Blanchot dedicados a la crítica literaria: *L'Espace littéraire* (1955), *Le Livre à venir* (1959), *L'Entretien infini* (1969) y *L'Amitié* (1971)¹⁷. Señalamos esto porque el corpus de textos de Blanchot que tomamos en nuestra investigación, tanto para su análisis específico como para el estudio de su recepción en Argentina, surge de este conjunto de ensayos.

Teniendo en cuenta este relevamiento, resulta llamativo el lugar acotado que Sapiro le asigna a Blanchot, sobre todo si tenemos en cuenta que a finales del siglo XX muchos de los intelectuales más importantes de Francia ya lo habían situado como referencia central, incluso dedicándole libros enteros a su obra¹⁸. Consideramos que esto puede explicarse por las limitaciones metodológicas que un enfoque dialéctico presenta para estudiar una obra

16 La cursiva es nuestra.

17 Se pueden traducir de la siguiente manera: imaginación reproductiva, imaginación productiva e imaginación creadora de signos.

18 De Man propone que los siguientes elementos hegelianos son predominantes los estudios literarios del siglo XX: Historia literaria como articulación entre la era Helénica y la Cristiana, o entre el mundo Hebraico y el Helénico; La sistematización entre distintas formas y géneros artísticos como modos determinados de representación; y la concepción de la periodización histórica como desarrollo, progresivo o regresivo, de una conciencia colectiva.

como la de Blanchot que, como veremos más adelante, se caracteriza por impugnar el sustrato dialéctico de los estudios literarios y culturales. Esto se ve, por ejemplo, en el hecho de que Blanchot participó de revistas completamente antagónicas del campo literario francés según lo estructura Sapiro en *La guerre des écrivains 1940-1953* y, además, que las posiciones políticas y estéticas que sostuvo a lo largo de esos años tampoco puede reducirse a las oposiciones allí planteadas. No sorprende, entonces, la imposibilidad de ubicar esta obra en un campo literario e intelectual configurado de forma quiástica. Pero, más allá de un posible rechazo al nihilismo o a las dificultades de su retórica –aspectos que, como mencionamos, suelen ser los más frecuentes en la resistencia a Blanchot–, el lugar tan marginal que los estudios de Sapiro o Dosse le asignan a Blanchot contrasta con el volumen de su obra, el impacto en sus contemporáneos y su extendida participación en revistas literarias transversales al campo literario y cultural de la época. Hay en el caso de Blanchot una clara tensión entre literatura y política difícil de asimilar para estas perspectivas históricas que, evidentemente, no encuentran en esta obra elementos funcionales a sus hipótesis. Ahora bien, para continuar con este análisis e introducir el problema específico de la recepción de Blanchot en Argentina, nos centraremos primero en dos cuestiones: el discurso sobre las revistas literarias, y el discurso historiográfico sobre la relación entre la teoría literaria extranjera y la crítica literaria argentina. En relación con esto, nuestro énfasis de lectura consiste en delimitar el sustrato dialéctico de los modos de concebir los vínculos entre literatura, cultura e historia, con el objetivo de situar las dificultades que presentan para estudiar una obra como la de Blanchot.

0.3. Crítica literaria argentina y teoría literaria extranjera

Dado que nuestra investigación propone estudiar la recepción de Blanchot en el espacio de la crítica literaria argentina, a continuación introducimos una serie de lineamientos que nos ayudan a caracterizar dicho espacio, haciendo hincapié en las relaciones que escritores, críticos e intelectuales argentinos establecieron con textos, obras literarias y teorías de Francia. A su vez, focalizamos en estudios que trabajan con revistas literarias y culturales argentinas, ya que podemos encontrar en ellas distintos episodios de la recepción de Blanchot. Las revistas literarias y culturales ocupan un lugar central en gran parte del discurso histórico sobre la crítica literaria argentina. En ellas, se han construido y sostenido modos de lectura, polarizaciones, periodizaciones y genealogías. Las revistas como objeto

que permite estudiar la materialidad de la cultura, junto con el concepto de “campo intelectual” de Bourdieu, abrieron en las historizaciones la posibilidad de objetivar la superestructura –en línea con las reformulaciones teóricas del marxismo que realizaron autores como Antonio Gramsci y Raymond Williams–. Consideramos que una buena manera de problematizar la relación que la crítica literaria argentina ha establecido con las distintas escrituras crítico-teóricas puede ser la indagación de dos dicotomías, recurrentes en el discurso sobre la crítica: la delimitación de lo propio vs. lo ajeno, y la tensión entre la interioridad y la exterioridad del objeto (en cualquiera de sus modulaciones: la obra, el libro, el texto, la letra, etc.). En términos generales, como veremos, la manera tanto de resolver como de historizar estas dicotomías ha sido dialéctica. Nuestro objetivo será, por un lado, describir este movimiento en un corpus específico pero representativo de textos y, por otro lado, señalar las dificultades que la presencia de la obra de Blanchot supone en este tipo de esquematizaciones dialécticas.

Tomamos como punto de partida el artículo “Los discursos de la crítica literaria argentina y la teoría literaria francesa (1953-1978)” de Max Hidalgo Nácher (2015). No nos detendremos en discutir sus afirmaciones, sino que procuraremos reparar en las dificultades metodológicas que su enfoque plantea para pensar la relación entre la crítica argentina y la teoría francesa en un caso como el de Maurice Blanchot –con el mismo objetivo leeremos más adelante la propuesta de Roxana Patiño–. Hidalgo Nácher se propone como objetivos establecer las relaciones de la crítica literaria argentina con su propio discurso y trazar un panorama histórico desde *Contorno a Punto de vista* partiendo de la idea de que, en la recepción del pensamiento francés post Segunda Guerra Mundial, hay una tensión entre campo de origen y campo de recepción que genera efectos específicos. Los modos de concebir esta tensión, así como también los efectos que produce, definen los alcances y límites de esta apuesta crítica. Hidalgo Nácher parte de la clásica historización de Nicolás Rosa, cuando en 1981 propuso el trazado de un “mapa” o “cartografía” de la crítica literaria argentina en el período entre 1940 y 1980. En este escenario el año 1955, con el derrocamiento de Perón, habría estado marcado por una ruptura fundamental del mandato del compromiso sartreano, configurando dos espacios diferentes: el método sociológico y el inmanentismo estético. Siguiendo a Hidalgo Nácher, los estudios literarios entre 1940-1980 se repartirían entre “una inmanencia autosuficiente o una determinante trascendencia [que] pugnaban por comunicar el adentro y el afuera del texto” (2015, 107). En otras palabras, el par puede traducirse en enfoques textualistas o extratextualistas (como por ejemplo, los sociológicos). En este esquema, no sólo a cada posición le corresponde una revista, sino que

también cada posicionamiento aparece explicado por medio de una analogía con revistas y debates franceses. Hidalgo Nacher afirma que la revista *Contorno* se oponía “a los planteamientos de *Sur* del mismo modo que la teoría sartreana del compromiso (...) se oponía a la visión despolitizada del arte de Paul Valéry o en la *NRF* de antes de la II Guerra Mundial” (2015, 108). Hidalgo Nacher presenta una opción superadora de esta dicotomía, una tercera posición (“tercera vía indeterminada”) que busca sintetizar la dicotomía dialécticamente y que se situaría en la introducción del psicoanálisis y en el “trabajo colectivo” de autores como el mismo Rosa, Jitrik, Ludmer y Sarlo. Como veremos en los capítulos 2 y 3, la presencia de Blanchot ocurre de forma transversal en las distintas revistas aquí mencionadas. Desde nuestra perspectiva leemos esto, al igual que los casos de Sapiro o Dosse señalados anteriormente, como una ocurrencia de lo que llamamos la resistencia a Blanchot.

Así, no sorprende que la valoración de los ‘60 y ‘70 se efectúe explícitamente a partir de la teoría sociológica de Pierre Bourdieu: “El campo intelectual argentino se verá absorbido (...) por una ola de politización que tiende a limitar –cuando no abolir– su autonomía” (2015, 109). Hidalgo Nacher cita a José Luis De Diego, para quien los años ‘70 se caracterizan por una ausencia casi total de mediaciones entre el campo literario y el campo político, y también, a Jorge Panesi a propósito del discurso de la dependencia, aunque su intención sea correrse de estos planteos: “si renunciamos a hablar de dependencia pero no a pensar los discursos en relación a ese más allá que es su contexto de origen, parece que el concepto de uso puede sernos de ayuda” (2015, 111). Desde esta perspectiva, y en consonancia con la propuesta de Mariana Canavese, los usos son productores, transformadores, y constituyen una respuesta activa al discurso extranjero; esta categoría posee una fuerte dimensión pragmática que pretende desterrar el aura de pasividad de los estudios de recepción. Pierre Bourdieu en “Las condiciones sociales de la circulación” lleva al extremo esta postura, al afirmar que no se leen o comprenden textos sino que circulan slogans, preconcepciones, rumores intelectuales. El énfasis está puesto, entonces, en las mediaciones que determinan aquello que se da a leer en un tiempo y espacio específicos de una cultura, partiendo de la hipótesis de que existen “factores estructurales generadores de malentendidos” (Bourdieu, 1999, 161). En la circulación cultural, dice Bourdieu, “los textos funcionan sin su contexto de producción”, lo cual produce un desfase estructural por la asimetría entre el polo de la producción y el de la recepción. No obstante, y aunque parezca extraño, esta postura de Bourdieu no parece estar exenta de cierto tono inmanente en algunas de sus afirmaciones: “La fuerza intrínseca de las

ideas verdaderas se choca con resistencias debidas a los intereses, prejuicios, pasiones” (1999, 160).

A pesar de las coincidencias, Hidalgo Nacher se cuida de inscribirse en la tradición de la sociología de la literatura y elige citar a Nicolás Rosa para hablar de los usos y apropiaciones latinoamericanas del modelo o de la fuente europea. Esta postura puede resumirse en la siguiente frase: “Somos lectores de lo universal, pero sólo somos escritores de lo particular” (2015, 112). Nacher reorienta esta afirmación para referirse a la relación entre teoría extranjera y crítica argentina en un momento histórico específico:

las transformaciones de esa escritura de lo particular que es la crítica en Argentina irán ligadas, en gran medida, a partir de la segunda mitad de los años sesenta, a la teoría literaria a la que se accederá fundamentalmente a través de la irradiación del pensamiento crítico francés de después de la II Guerra Mundial que hace a los críticos argentinos lectores de lo universal (2015, 112).

Lo universal ocupa el lugar de lo ajeno, englobado en el discurso de la teoría literaria francesa, mientras que lo propio es lo particular, la literatura nacional y la crítica literaria que la promueve y estudia. El operador dialéctico que une estas dos polaridades es el “uso”.

En este marco, Hidalgo Nacher lee la relación entre teoría literaria francesa y crítica literaria argentina desde dos ejes que funcionan como variables de comparación entre los dos polos mencionados: el político y el epistemológico. El punto de partida es compartido por buena parte de la historia crítica (incluso por Roxana Patiño, como veremos más adelante): la introducción del estructuralismo y la teoría del compromiso sartreano transforman la crítica literaria en Argentina, rompiendo con “el espacio discursivo de *Sur* [o bien, la posición hegemónica en el campo intelectual] –la cual presentaba concomitancias estructurales¹⁹ con la *NRF*–” (2015, 112), dando lugar al surgimiento de una idea de la literatura ligada a la política cuyo lugar material de enunciación se encontraría en las nuevas revistas *Contorno*, *Los Libros* y *Literal* –en todas ellas, como veremos a partir del capítulo 2, encontramos rastros de la presencia de Blanchot–. Teniendo esto en cuenta, y en relación a las dos variables que plantea, la hipótesis de Nacher es que la discusión “epistemológica” es más fuerte y determinante en el campo de producción que en el de recepción. De esta manera, luego de reponer un debate entre Simone de Beauvoir y Claude Lévi-Strauss afirma que, en cambio, en Argentina “el existencialismo sartreano y el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss convivirán sin problemas incluso en la obra de un mismo autor” (2015, 114). La política –en tanto dimensión que posibilita el pasaje, por medio de una concepción específica de la

19 “La belleza estética como una manifestación externa de un contenido ideal que es, en sí mismo, una experiencia interiorizada, la emoción recolectada de una percepción pasada” (De Man, 1996, 100).

escritura, desde la interioridad a la exterioridad del objeto— es presentada como la causa de que en la crítica argentina hayan sido posibles estas aberraciones epistemológicas. Los nombres se repiten: Rosa, Masotta, Jitrik, de cuyas propuestas se concluye que “sólo pueden sostenerse desconociendo el diferendo que separa al estructuralismo del existencialismo” (2015, 117). Ante esto, *Punto de Vista* representa el nuevo punto de quiebre, tanto histórico como teórico, o mejor, histórico porque teórico, nucleado fuertemente en torno al nombre de Beatriz Sarlo. Para Nacher, esta revista *cierra* “toda una época de aportaciones teóricas”, que reemplazaría el énfasis por la escritura, por lo textual, proveniente de la teoría francesa por un “historicismo sociologicista” cuyos referentes teóricos serán Williams y Hoggart. Este nuevo período invertiría el énfasis puesto en la interioridad del objeto, lanzándolo a esa exterioridad llamada “cultura”. De este modo, para Nacher, “la relación de la literatura con lo social -más que con lo político- volvía a irrumpir” (2015, 127).

En relación con esto, recordemos que Jorge Panesi en “La crítica argentina y el discurso de la dependencia” destaca la importancia que tuvo la obra de Roland Barthes durante los setenta para que se produjese una de las operaciones críticas centrales durante esos años: la reivindicación de la cultura popular frente a la alta cultura, y la tentativa de ciertos sectores de la crítica por ampliar su campo de análisis hacia los discursos masivos (Panesi, 2004). La revista *Los libros* es, para Panesi, el mejor exponente de este momento de modernización y especialización teórica de la crítica argentina, al incorporar distintos discursos provenientes del estructuralismo, el psicoanálisis, la antropología y la sociología a partir de autores como Lacan, Althusser, Gramsci, etc. Asimismo, en *La palabra justa* Miguel Dalmaroni puntualiza en el fuerte impacto que tuvo el Barthes de *Mitologías* (1957) y *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault (1966) a la hora de introducir, en la crítica argentina, la terminología y la orientación saussureana. En lo que respecta a los años ochenta, Dalmaroni recuerda que son “los estudios culturales”, a partir de la figura de Raymond Williams principalmente, la tradición teórica extranjera relativamente dominante en la crítica argentina. Esta renovación del discurso crítico se explicaría en buena medida como rechazo a los excesos formalistas de la teoría francesa y de sus usos, y como búsqueda consecuente de un retorno a la historia (Dalmaroni, 2004); sin embargo, la hipótesis de Dalmaroni consiste en afirmar que “el inconsciente de la operación Raymond Williams no es inglés, ni historicista (...) Es parisino, estructuralista, semiólogo y esteticista: es Barthes.” (2004, 98).

0.3.1. Historizaciones de la crítica literaria argentina, de Patiño a Crespi/Orsi

Los tres artículos que seleccionamos de Roxana Patiño toman este momento histórico como punto de partida pero desde una perspectiva explícitamente sociológica, que consideramos necesario recuperar para nuestra investigación sobre la recepción de Blanchot en la medida en que nos sirve como punto de partida para problematizar los modos de la presencia de su obra en la crítica literaria argentina desde la perspectiva de la resistencia a la teoría. El período recortado por Patiño va desde finales de los '70 hasta 1987, y su anclaje no es sólo el caso argentino sino que se extiende a Latinoamérica, sobre todo en el texto "Debates teóricos en torno a la literatura latinoamericana: el surgimiento de un nuevo proyecto crítico (1975-1985)". Su propuesta consiste en buscar instancias de mediación entre los "conjuntos literarios" y la "totalidad social latinoamericana". América Latina es presentada como "un espacio social complejo, marcado por relaciones contradictorias entre diversos sistemas sociales que conviven, conflictivamente, en distintos estados de evolución" (2006A, 8). Para Patiño, las contradicciones "operan un proceso de descentramiento cuyos mediadores son, con frecuencia, lo sujetos productores de cultura" y, a causa de esto, "el estudio de los procesos de producción debería dar cuenta del modo en que un proyecto literario se vinculaba o no con ese espacio contradictorio" (2006A, 8). Esto nos permite plantear que, si Nacher hacía hincapié en el polo de la recepción, Patiño pareciera hacerlo en el de la producción. Parte de dos presupuestos: por un lado, la especificidad de la revista en detrimento del libro, en tanto objeto material dinámico que nos acercaría a los impulsos de un cambio cultural, permitiéndonos estar en contacto con lo nuevo de cada época. Por otro lado, el rol del intelectual como aquel que condensa las representaciones de ideas, valores y experiencias que permiten a los historiadores interpretar una determinada época.

El artículo "Revistas literarias y culturales argentinas de los 80" focaliza en el rol del intelectual durante la postdictadura, a través de esa intervención pública que es la revista, en un macro contexto que aparece caracterizado por un proceso de crisis del marxismo que eclosiona recién en los '90. Ante este panorama, la figura del intelectual tiene que repensar tanto las identidades político-ideológicas como los "nuevos" modos de relación entre cultura y política. Cabe preguntarse en qué medida no estamos siempre expuestos a este tipo de planteos, y no sólo en momentos de crisis. En cualquier caso, la exigencia es clara: la crisis supone una reconfiguración. En relación a esto, para Patiño "la literatura es uno de los

escenarios más privilegiados” para dar cuenta de este proceso, que se caracteriza por la ruptura del paradigma de izquierda y, también, del “fundamento revolucionario que había legitimado las prácticas culturales durante los 60 y 70” (2006B, s/n).

Dentro del campo intelectual y literario, los elogios se los lleva *Punto de Vista* a causa de su *coherencia*: “no tematizó su disidencia; su intervención apuntaba más a poner en circulación otros discursos (...) que en sí mismos implicaban una opción refractaria a los discursos autoritarios, políticos y culturales” (2006B, s/n). Pero el campo, ya no nos sorprende, aparece dividido en dos: de un lado *Punto de vista*, del otro lado la “vanguardia estética” de la revista *Sitio*. Si la así llamada “reconversión teórica” de *Punto de vista* le permite releer las vanguardias y a Borges, completando así la tarea de *Contorno* y llevando a cabo una “revisión crítica del paradigma marxista” (2006B, s/n), la valorización que Patiño hace de *Sitio* se da en la medida en que “invade o corrompe los discursos consolidados, sociales o literarios” (2006B, s/n) a partir de su absorción temprana de tópicos estructuralistas como la escritura en tanto diferencia, desvío o descentramiento. En ambas revistas, lo que se destaca son las apropiaciones teóricas extranjeras pero en tanto le permiten a la crítica argentina repensar y redefinir la dimensión de la cultura. A su vez, estas intervenciones específicas aparecen cargadas de una historicidad genealógica: *Punto de vista* sigue la línea de *Contorno*, y *Sitio*, la de *Literal*. Este paradigma es el mismo que opera en Hidalgo Nacher, quien dividía al “campo crítico de vanguardia” durante los ‘70 en dos: la vanguardia política de Sarlo y Altamirano, y la vanguardia literaria de Germán García y Osvaldo Lamborghini.

Por último, en “Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)” Patiño realiza un análisis pormenorizado de los dos polos planteados. Por cuestiones de extensión no nos detendremos en eso, aunque nos interesa reponer de qué manera Patiño presenta el final de este período en 1987: menciona que hacia 1986 ya se había completado el revisionismo en torno a los tópicos del marxismo, la cultura de izquierda, la identidad y posición política de los intelectuales y la tradición cultural y literaria argentinas. Esto la lleva a situar el final de las revistas en 1987 ya que “en el marco de una crisis mundial, la revolución ha desaparecido como modelo de sociedad” (1997, 26), perdiendo el intelectual su función. A partir de este momento histórico, dice Patiño, ya no se podría aglutinar “diferentes fracciones alrededor de problemáticas convocantes” (1997, 34).

En los últimos años, se han publicado una serie de textos que comienzan a discutir y problematizar estas historizaciones de la crítica literaria argentina. Tomaremos, a lo fines de este trabajo, “Historizar los setenta. Ensayos y debates de la posdictadura” de Maximiliano Crespi y Ana García Orsi, publicado en el volumen 12 de la *Historia crítica de la literatura*

argentina. Allí, los autores delimitan como tema-problema una *resistencia* a la historización de los años 70 en el período que va desde 1983 a 2010. Se sitúan en la línea de Eduardo Rinesi²⁰, quien sostiene que durante la posdictadura se deja de pensar el sustrato económico, estructural, de los debates, y se pone el eje en lo político, en el debate democrático y en la discusión teórica. También recuperan a David Viñas para afirmar que durante ese período se rechaza “no sólo un tipo de abordaje de la historia, sino también un determinado período de la misma” (2018, 149). Tomando este diagnóstico como punto de partida, Crespi y Orsi desarrollan dos tesis específicas y concomitantes a lo largo de este capítulo –el único de todo el volumen que posee un objetivo estrictamente historiográfico–.

La primera tesis consiste en afirmar que la intervención de *Punto de Vista* determina, desde 1978 en adelante, el modo de pensar la historia de la literatura, al construir una “retórica que acabó por imponerse como contraseña de pertenencia al orden científico e intelectual” (2018, 151). Esa retórica está determinada por el carácter “bifronte” de su programa que, como vimos en las descripciones de Patiño, procura releer el pasado a la vez que contribuir al “proceso de autonomización e institucionalización de los saberes” (2018, 151), en otras palabras, revisionismo histórico y secularización del discurso en contra del compromiso setentista. Siguiendo el argumento, esta dualidad es la que permite la coexistencia de dos modos de escritura: el ensayismo como mecanismo de intervención en el debate cultural y el paper con pretensión académica. A partir de esto, Crespi y Orsi realizan un movimiento interesante que consiste en reconstruir los distintos modos en que esa dualidad afecta las periodizaciones de los 60 y 70. Utilizando el término “matriz de interpretación”, recorren una serie de lugares comunes por medio de los cuales se reconstruyeron distintas instancias del período histórico analizado. Uno de ellos es el “proyecto inicial desviado”, utilizado para describir el devenir cambiante de las distintas revistas. De esta forma, en el revisionismo de la posdictadura existiría cierto consenso en que el rasgo dominante de los 60 y 70 tiene que ver con la articulación de dos procesos distintos: la modernización cultural/estética y la radicalización política –el desvío tiene lugar en la medida en que la fuerza exterior de la política se impone paulatinamente sobre la pretensión modernizadora–. Según Crespi y Orsi, aquello que leen en común figuras como De Diego, Terán, Sigal, Gilman y Sarlo, cuando afirman que lo político durante los 70 “fagocita” los distintos campos con autonomía relativa, es que suponen que la esfera política es “limitada” y

²⁰ El traductor de la edición de la *Enciclopedia* con la que trabajamos, recupera en nota al pie la frase original en alemán "Es ist in Namen, daß wir denken" que literalmente significa: "es en (los) nombres que pensamos" (2005, 506).

que los años 60 y 70 constituyen entonces una “transgresión” que el revisionismo de la posdictadura debe delimitar.

La segunda tesis del texto se relaciona con esto último, ya que afirma que el revisionismo planteó históricamente distintos grados de articulación entre literatura y política a condición de que se mantengan como dos esferas autónomas y, por tanto, diferenciables. Aquí podemos ver que la introducción de P. Bourdieu es clave para este proceso, porque “permite a los revisionistas concebir lo político como esfera exterior a las prácticas culturales” (2018, 153). Esto tendría su correlato en dos fenómenos interrelacionados que tuvieron lugar a partir de la normalización tras la dictadura: el ingreso de los críticos literarios a la Universidad y al sistema científico. De manera tal que la labor crítica es también intelectual y académica, pugnando por construir un espacio autónomo que sitúe a los críticos como agentes que definen y afirman “los límites entre ‘cultura democrática’ y la ‘cultura de politización autoritaria’ de los años previos, [que] trazan las fronteras entre un adentro y un afuera de la literatura y reclaman para el discurso intelectual una especificidad cuyos horizontes normativos delinea la lógica de la transición” (2018, 155). Con todo esto podemos ver que, si nos sustraemos de las polaridades y genealogías que en buena medida encuadran las historizaciones, el discurso de la crítica argentina luego de la llamada “politización” siguió pensándose en términos de agentes que debían intervenir en el debate cultural. La política y la historia parecen haber quedado englobadas bajo la palabra “cultura”. Entonces, como podemos ver en este recorrido, la crítica literaria argentina ha sido pensada –al menos desde mediados del siglo XX en adelante– a partir de una exigencia de intervención de la literatura y del discurso sobre la literatura en el plano de la “política” y la “cultura”. Esta exigencia, por supuesto, puede ser tanto de intervención como de no intervención. En cualquier caso, lo que se pone en juego es la necesidad de involucrar, como aceptación o como rechazo, toda esa serie de fenómenos y prácticas que reunimos bajo la palabra “literatura” en una narrativa que las determine según una conjunto variable de valores. En ese sentido, a continuación introduciremos la propuesta blanchotiana de la literatura como neutro y como impugnación de la cultura. Con esto, nuestro objetivo es situar la resistencia a Blanchot a partir de la exigencia de intervención de la literatura en el segmento histórico delimitado por el “compromiso político” y el “culturalismo”, junto con las demandas teórico-metodológicas, entre otras de “cientificidad”, que esos posicionamientos reclaman.

0.3.2. Blanchot: Filosofía, literatura, cultura

Ahora bien, para continuar este análisis e introducir la teoría de Blanchot en relación a la literatura y la cultura, recurrimos a una entrevista realizada a Michel Foucault en 1970 que se publica con el título “Folie, littérature, société”²¹. Partimos de la hipótesis de que la concepción de Blanchot de la literatura como una experiencia que se sustrae a la dialéctica y la interrumpe –esto lo vamos a analizar detenidamente en el capítulo 1–, plantea desafíos particulares a la hora de historizar su recepción. Recordemos que, tal como afirma Françoise Dosse, la influencia de Blanchot en Foucault fue fundamental para el desarrollo de su trabajo:

Examinar la razón mirando la locura, la medicina desde la perspectiva de la muerte, la ley desde el punto de vista de los crímenes, el código penal visto desde la prisión, todas estas inversiones sólo fueron posibles gracias a los experimentos de la literatura, y, en lo que respecta a la opinión de Foucault en particular, gracias a la obra de Maurice Blanchot” (Dosse, 1998, 207).

En la entrevista, Foucault comienza refiriéndose al concepto de “elección original”, y propone que “la filosofía es el lugar de una elección original que se encuentra en la base de toda cultura” (1994, 105). Esa elección no supone algo especulativo, propio del plano de las ideas, sino que “delimitaría un conjunto compuesto por el saber humano, las actividades humanas, la percepción y la sensibilidad” (1994, 106). Desde un punto de vista histórico, Hegel sería el último en entender la filosofía en tanto actividad autónoma. Su hipótesis es que después del siglo XIX las elecciones filosóficas parten de otros dominios que ya no pertenecen a la filosofía. Los casos que toma Foucault para sostener esto son conocidos por todos: Marx y la economía política, Freud y la sexualidad, Saussure y la lingüística. No obstante, sería un error suponer que se deja de lado la filosofía en beneficio de la ciencia y la política: “anteriormente la elección original fue realizada por la actividad de una filosofía autónoma, pero hoy se lleva a cabo en otras actividades, que son científicas, políticas o literarias” (1994, 107). Esta elección es, según Foucault, tanto histórica como metodológica, porque con ello explica que en los trabajos donde se trata temas históricos prefiere apoyarse en “análisis de obras literarias más que en obras filosóficas” (1994, 107).

Sobre el final de la entrevista, luego de ocuparse del tema de la literatura y la transgresión en su vínculo con la locura y la sexualidad como las elecciones originales del siglo XX, Foucault destaca que Blanchot es “el último escritor” –mientras que Hegel aparece

²¹ Recuperemos la cita trabajada anteriormente: “La resistencia a la teoría es una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje (...) una resistencia al lenguaje mismo o a la posibilidad de que el lenguaje contenga factores o funciones que no puedan ser reducidos a la intuición” (2002, 12–13).

caracterizado como “el último filósofo”-. Según Foucault, Blanchot es quien mejor ha delimitado ese *lugar sin lugar* que es la escritura: “el hecho de que dos de sus libros se titulen *El espacio literario* y *La parte del fuego* me parece la mejor definición de la literatura (...) el espacio literario es la parte del fuego” (1994, 123). La expresión francesa “faire la part du feu” es un uso figurado que alude al movimiento de permitir que la parte de un todo se incendie y se pierda con el objetivo de que al menos algo se preserve, como cuando ante la imposibilidad de apagar un incendio se orientan las llamas de una determinada manera para intentar controlarlo. La valoración que hace Foucault es determinante:

Blanchot es el Hegel de la literatura pero, al mismo tiempo, él se encuentra en el lugar opuesto a Hegel. Si digo que es el Hegel de la literatura, es en el sentido de que las obras importantes de la literatura alemana, inglesa o francesa (...) de las obras importantes producidas por la cultura occidental, no hay ninguna en la que Blanchot no haya tenido alguna repercusión (...) extrajo elementos importantes de todas las obras que le permiten, no solamente interpelarnos, sino formar parte del lenguaje que hablamos hoy. Si en el lenguaje que hablamos Holderlin, Mallarmé, Kafka existen plenamente, es justamente gracias a Blanchot (1994, 124).

Más allá de destacar el lugar que le otorga a Blanchot, detengámonos en la oposición con Hegel. Como veremos a lo largo de nuestra investigación, esta tensión entre Blanchot y Hegel puede situarse en torno del problema de la dialéctica. Teniendo esto en cuenta, queremos destacar que al menos parte de nuestro desarrollo hasta ahora ha sido mostrar el fuerte sustrato dialéctico sobre el que se erigen la sociología de la literatura, los estudios de recepción y buena parte de la crítica literaria argentina del siglo XX, lo cual podría ser un primer paso para pensar las limitaciones a la hora de ubicar la obra de Blanchot en este tipo de esquemas.

Para recapitular, y sin adentrarnos demasiado en la obra de Hegel que analizaremos en el próximo capítulo, consideramos que la lógica detrás de varias de las operaciones críticas, históricas y literarias hasta aquí descritas pueden leerse a partir del término hegeliano de “Aufhebung”. Recordémoslo: en la dialéctica, la síntesis se propone como una superación reunificadora de la oposición anterior entre una tesis y una antítesis. De ahí que el término “Aufhebung” usualmente se traduzca como “superación” para caracterizar el proceso dialéctico, es decir, el modo de resolución del conflicto, de la contradicción, conservando algo de los dos momentos previos a partir de la negación. Según Hegel, en esto radica la positividad y materialidad del movimiento:

la dialéctica tiene un resultado *positivo* porque tiene un *contenido determinado* o [lo que es lo mismo] porque su resultado no es verdaderamente la nada abstracta y vacía,

sino la negación de *determinaciones* [sabidas como] *ciertas*, las cuales se conservan en el resultado (2005, 184)²².

Esto puede verse en la compulsión a la superación que se impone en buena parte de las metodologías para las investigaciones históricas y literarias hasta aquí analizadas cuando se piensan, por ejemplo, como superación de dos enfoques opuestos para pensar el objeto literario (uno interno, otro externo). También entra en juego en la obsesiva construcción de polaridades, genealogías y periodizaciones propuestas para describir el campo literario argentino, así como también en la noción misma de campo –que se constituye como una objetivación unificada del sistema de relaciones entre agentes de una determinada cultura–. Esta palabra, cultura, tal como la entienden Foucault y Blanchot es el operador dialéctico por excelencia a partir del siglo XX.

Como vimos en Crespi y Orsi, Patiño e Hidalgo Nacher, en los años ‘80 la intervención en el campo de la cultura se convierte en una de los principales exigencias para la crítica literaria argentina. Teniendo esto en cuenta, ¿podría la idea blanchotiana de la literatura como poder de impugnación de la cultura ser un elemento clave para explicar su recepción en Argentina? Consideramos que esta pregunta desarma la posibilidad de estudiar la recepción como proceso dialéctico para el caso de Blanchot. Retomando la entrevista, Foucault utiliza el término “dehors” para describir la obra de Blanchot en oposición a la dialéctica hegeliana:

Blanchot se encuentra no solamente afuera de todos los libros en los que habla, sino afuera de toda literatura. Sobre este punto también, él es diferente a Hegel. Porque Hegel se consideraba como el summum de todos los filósofos e incluso de la filosofía misma. Hegel no saldría jamás de la filosofía (...) En cambio, Blanchot se sitúa fuera de la literatura (1994, 125).

Esta lectura es central para la recepción de Blanchot, no sólo en Francia sino también en Argentina, porque Foucault toma el término “dehors” del texto que le dedica a Blanchot llamado *La pensée du dehors* en el número 229 de la revista *Critique* enteramente dedicado a su obra²³ en 1966. Ese texto se publica por primera vez al español en la revista rosarina *Paradoxa* en el año 1986, donde también se escriben los primeros textos argentinos dedicados expresamente a Blanchot. *Paradoxa* es el antecedente inmediato del *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria* de la Universidad Nacional de Rosario en 1990, cuya publicación marca el ingreso formal de la obra de Blanchot a la academia argentina, no sólo por su utilización crítica en distintos artículos sino también por la

22 Las traducciones de este libro son nuestras.

23 Las traducciones de este texto son nuestras.

publicación de la traducción del ensayo “El lenguaje de la ficción” perteneciente a *La Part du feu* (1949).

Ahora bien, ¿en qué sentido se plantea esta heterogeneidad de Blanchot respecto de Hegel? Hay, a lo largo de la obra de Blanchot, una serie de términos que indican un modo particular de pensar las relaciones entre literatura, escritura y cultura, con los que podemos comenzar a situar esta tensión. A su vez, estos términos lo inscriben en la tradición filosófica alemana que va desde el primer romanticismo alemán a Nietzsche, demarcándose –aunque sin desconocerlos– de esquemas más sistemáticos como los de Kant, Hegel y Heidegger. Nos referimos a Afuera, Neutro, Desastre y Retorno. Según Blanchot, estas palabras son “nombres que, ciertamente, no conforman un sistema (...) debido a lo abrupto que tienen a modo de un nombre propio que no designa a nadie” (Blanchot, 2015, 56). ¿Qué potencialidad tiene pensar la literatura de esta manera? Para contestar esta pregunta, recurrimos al ensayo de Blanchot “Los grandes reductores”, del cual nos ocuparemos detenidamente en el capítulo 1. Este texto es central para la recepción de Blanchot en Argentina porque pone de manifiesto las dificultades que surgen cuando intentamos historizarla mediante esquemas dialécticos: “Los grandes reductores” y su teoría de la literatura como impugnación, a la vez que permite explicar la resistencia a Blanchot en la crítica literaria argentina, es uno de los textos más citados por aquellos críticos que han retomado su obra para leer distintas firmas de la literatura argentina. Creemos que este modo de ocurrencia contradictoria se da en la medida en que, al mismo tiempo que hay una resistencia a que la obra de Blanchot forme parte del conjunto de herramientas teóricas de la crítica argentina, hay también una resistencia de dicha obra a dejarse apropiar. Es por eso que pensamos la recepción de Blanchot como deconstrucción del par presencia/ausencia: es necesario reconstruirla donde efectivamente tiene lugar pero también allí donde, por distintos motivos, no ocurre. La ambigüedad del par presencia/ausencia adquiere en Blanchot la modulación del *neutro*, que analizaremos en detalle en el capítulo 1.

¿Cómo historizar lo neutro, cómo designarlo si quiera? La respuesta que da Blanchot se ubica en la intersección con la narrativa, con una forma literaria específica e históricamente determinable: la obra de Kafka, y en particular su uso de la tercera persona del singular para narrar. En Blanchot lo neutro siempre se tematiza a partir de la escritura de una lectura literaria específica –siendo Kafka el más recurrente–, es decir, en la lectura del movimiento retórico específico que se encarna en la ductilidad referencial de la forma de la tercera persona en la que se ancla la narrativa de Kafka. En este rasgo se juega la singularidad de la literatura que se sustrae de la síntesis cultural:

Tenemos tres términos definidos por alguna relación: escribir, un yo, un él, y todo el relato proviene de una dramática inversión de esos tres términos. De ahí que asistamos a los movimientos del yo que se crispa, se angustia, se defiende y sin embargo se expone (Blanchot, 1971, 196).

Lo neutro en Blanchot es aquella experiencia que no se dice pero que está en juego cuando se dice, cuando se cuenta: “lo neutro, si lo pensamos, liberaría al pensamiento de la fascinación de la unidad (ya sea lógica, dialéctica, intuitiva, mística)” (1971, 196).

Teniendo en cuenta todo el recorrido expuesto, cabría preguntarse si la *resistencia* de la obra de Blanchot puede explicarse por la sustracción a la exigencia de intervención de la crítica literaria (en el debate cultural, social y político). Lo que parece resistir es el pensamiento de la literatura y la crítica de Blanchot basada en su apuesta por el “poder de impugnación” del arte, en contraste con la constante histórica de que la literatura –más allá del modo en que se efectúe y del modo en que se la lea– *debe* intervenir en los debates culturales. En este contexto el pensamiento del poder del arte no cultural, que encuentra su agencia en el movimiento de desligarse de su función cultural, sólo puede ser introducido y retomado de modo tangencial: el juego entre la exigencia de intervención y el poder de impugnación blanchotiano puede ser una buena manera de comenzar a establecer las razones por las cuales la crítica literaria argentina se relaciona con cierta teoría, así como también qué elige leer –teniendo en cuenta que lo inclasificable resiste y retorna, no por ser algo excepcional o, como dice el cliché, algo “adelantado a su época”, sino porque opera como lo impensable para la clasificación de la historia en tanto progresión dialéctica–. Nuestra propuesta de leer resistencias de manera general, y leer la resistencia a Blanchot en la crítica literaria argentina específicamente, intenta responder a la lógica de la impugnación en lugar de la negación/superación –procurando, a la vez, no reducir nuestra propuesta a la idea de que la crítica literaria argentina resiste a una obra como la de Blanchot, ya que el dispositivo metodológico de la resistencia a la teoría que adoptamos como perspectiva incluye esa tesis pero también va más allá–. Es por esto que, luego de este recorrido histórico-metodológico y el planteo del tema-problema, desarrollaremos una lectura sobre literatura y resistencia a partir principalmente de las perspectivas críticas de Maurice Blanchot y Paul de Man –enfocando los diálogos con filosofía alemana– que nos permita situar de manera problemática la multiplicidad de conceptos y metodologías puestas en juego a la hora de investigar, como en nuestro caso, los modos en que un conjunto de escrituras críticas en francés (la “obra” de Blanchot) se lee y entra en contacto con escrituras críticas en castellano (“crítica literaria

argentina”), y cómo esos modos son rastreables en ensayos, artículos, reseñas, traducciones, tesis doctorales, etc.

.

Capítulo 1. Resistencia (neutro) como perspectiva

1.0. ¿Fin de la teoría?

Para introducir teóricamente el problema de la resistencia como perspectiva de investigación, y vincularlo con nuestro objeto específico de la recepción de Blanchot en la crítica literaria argentina, elegimos recuperar un reciente debate en torno a los postulados sobre el “fin de la teoría” que se publicó en el dossier de la revista *El taco en la brea* en mayo de 2017 bajo el título “Fin y resistencia de la teoría” –que reúne las comunicaciones del workshop organizado por el PIP CONICET “La *resistencia a la teoría* en la crítica literaria en Argentina. Algunos episodios desde 1960 hasta la actualidad” en la ciudad de Santa Fe a finales de 2015–. La presentación del dossier se titula “La edad de la teoría literaria” y fue escrita por Judith Podlubne. Nos interesa este texto porque allí podemos leer cómo, a partir de la referencia a una misma frase de “La resistencia a la teoría” de Paul de Man, se afirma tanto el fin de la teoría como la imposibilidad de dicho fin.

Podlubne retoma la obra de Paul de Man para discutir con los discursos que afirman la actual expansión y muerte de la teoría literaria. El punto de partida es una frase de Graciela Montaldo: “la teoría es hoy nuestra lengua franca”, escrita a partir de un panel de debate llamado “Teoría: un género del siglo XX” que tuvo lugar en 2013 en Boston. La afirmación de Montaldo recuperada por Podlubne es categórica: “La potencia de la teoría ya no la organiza hoy como una práctica discursiva radical” (2017, 84). Podlubne lee esta afirmación como “síntoma de un fin”: si la teoría, surge como modo de cuestionamiento e impugnación de los esquemas institucionales en el ámbito de las ciencias humanas, ¿qué ocurre cuando ella misma comienza a ser parte de un proceso de institucionalización, es decir, cuando se constituye como objeto de estudio ya sea en revistas, publicaciones editoriales, cátedras universitarias, proyectos de investigación, eventos científicos? Así, dice Podlubne que “el proceso de profesionalización de las humanidades habría derivado (...) en un progresivo desarrollo «teórico» de gran parte de las investigaciones” (2017, 84). El punto de llegada es claro: la teoría ya no es lo que era, y al menos parte de la explicación gira en torno al surgimiento de los estudios culturales, primero en Inglaterra luego en Estados Unidos, cuyo desarrollo contribuyó a responder activamente a la exigencia de interdisciplinariedad por

parte de las ciencias humanas y sociales, para pensar, analizar y describir los fenómenos culturales –dentro de los cuales se encuentra, obviamente, la literatura–.

Podlubne afirma: “Montaldo derivaba la idea de una expansión de la teoría, de su constitución en una especie de lengua franca, absolutamente heterogénea y confusa, hablada en sectores culturales ampliados, y capaz de conectar varias disciplinas” (2017, 85). En línea con esto, Podlubne lee en Marcelo Topuzian una intervención crítica similar a la de Montaldo, específicamente en la publicación del número 30 de la revista *Luthor*, cuyo título es “Eterno ocaso de la teoría”. Como mencionamos al comienzo de este apartado, lo interesante de este caso es la disyunción interpretativa en torno a la última afirmación del conocido ensayo de de Man “La resistencia a la teoría”:

la teoría no está en riesgo de hundirse [going under]; no puede evitar florecer, y mientras más es resistida, más florece, porque el lenguaje que habla es el lenguaje de la autoresistencia [self-resistance]. Lo que permanece imposible de decidir es si este florecimiento es un triunfo o una caída” (1986, 19-20)²⁴.

Mientras Podlubne lee en esa frase una apuesta por la indeterminación del sentido que, en tanto tal, excede a la temporalidad y difiere iterativamente –como la ironía, que siempre se puede leer a sí misma irónicamente–, anulando la certeza de la conceptualización, es decir, una apuesta por la imposibilidad de definir el objeto (es decir, la literatura) que obliga a la teoría a partir de cuestiones pragmáticas, Topuzian lee el triunfo de la teoría como una caída, no sólo a causa de su extensión hacia la frontera de los estudios culturales, sino también porque esa toma de posición confluiría en la afirmación teórica de que lo único que puede leerse en la literatura es la esencia indeterminada del lenguaje:

La teoría sería capaz de reponer en la literatura un momento original, genético, pero en el plano estrictamente formal (...) la teoría tiene que ser, entonces, el momento de la crítica literaria en que, en cada lectura efectiva, se recupera este mito lingüístico del origen del mundo. Sin embargo, *hoy* varias zonas de nuestra experiencia social e histórica conspiran contra la credibilidad de este mito de origen reactualizado en cada lectura (2003, 12)²⁵.

Ese *hoy* al que no le podemos asignar una referencia temporal clara más allá de la fecha de publicación tiene, sin embargo, una referencia intratextual anafórica que vincula la lectura de Topuzian con los discursos sobre el fin de la literatura:

24 Las traducciones de este texto son nuestras. Las cursivas están en el original.

25 Como veremos en el capítulo 3 de nuestra investigación, la traducción fue realizada por Sandra Contreras, mientras que Sergio Cueto escribió para la misma publicación un comentario homónimo sobre este ensayo. Este número del *Boletín* cuenta también con un artículo de Alberto Giordano titulado “De la subjetividad en la lectura” y uno de Analía Capdevila titulado “Apuntes sobre la novela corta”. En todo el número la presencia de Blanchot ocupa un lugar central, ubicándose como uno de los primeros eventos textuales en los que se referencia de esta manera a la obra de Blanchot en el ámbito académico argentino.

Lo que hoy vemos proyectado, en teóricos tan diferentes entre sí como Porta, Ludmer o Maingueneau, ya sea como evoluciones del objeto, de la cosa literaria, que por su mismo despliegue nos impediría a los críticos seguir leyéndola como lo veníamos haciendo –según los reiterados *ya no* de *Literaturas posautónomas* de Ludmer (...) lo podemos pensar en el elemento mismo de la teoría, es decir, en el de la elaboración conceptual (2003, 12).

Lejos de zanjar esta discusión, queremos reparar en dos elementos de la frase de Paul de Man que Podlubne y Topuzian parecen omitir. La primera aclaración apunta a la traducción, que ambos críticos manejan, de la afirmación “la teoría no está en riesgo de hundirse”: aquí la frase verbal “going under”, que de modo literal implica el movimiento por el cual se coloca un objeto debajo de otro que sirve como referencia, tiene al menos tres acepciones figurales según *Macmillian Dictionary*: hundirse bajo el agua, quebrar como empresa y quedar inconsciente por efecto de la anestesia. ¿Qué podemos decir si abrimos el juego que la fijeza unívoca de la traducción cierra? Difícilmente la teoría literaria tenga algo que ver con el agua, el mundo empresarial o las drogas. Definir el sentido de esta expresión, sobre la cual se enuncian dos modalidades divergentes acerca del presente y el futuro de la teoría, nos obliga a apostar por una decisión de la cual nunca podríamos estar seguros. Esto se complejiza aún más si tomamos otro uso idiomático de la misma frase: “going under the name of”, hacerse pasar por otra cosa, adquirir otro nombre, disfrazarse. La teoría gana su fuerza en el momento en que niega la esperanza del lenguaje de hacerse uno con el mundo fenoménico, y es a partir de este movimiento negativo que busca recuperar lo que se le escapa. La teoría, cuando se encuentra en y con la escritura, siempre se descentra de sí misma. De esto se deduce la segunda observación que queríamos marcar: “la teoría habla el lenguaje de la auto-resistencia”. Esta última palabra en inglés es “self-resistance”, que es tanto auto-resistencia como también resistencia del ser, del sujeto, de lo que hay.

El eterno retorno de lo que resiste y se anuncia como fin, más allá de la inserción institucional de las disciplinas, es el intento por pensar la singularidad *desde y en* la escritura –el punto neutro en el que la literatura se convierte en cultura e historia o, mejor, para decirlo con Nietzsche, cuando la vida se somete a la exigencia de la formación histórica–. La interrupción que implica este punto supone siempre un problema temporal y de referencialidad; lo que llamamos teoría literaria, en tanto estudio sobre modos de producción y recepción de significados, orientado hacia el lenguaje y la literatura en un sentido abierto, “contiene necesariamente un momento pragmático que la debilita como teoría pero le agrega un elemento de impredecibilidad y la convierte en una especie de comodín [wild card] en el serio juego de las disciplinas teóricas” (De Man, 1986, 8). La metáfora del juego no es casual

y menos aún inocente. Lo sabemos: a quien quiera que, por obra y gracia del azar, le toque el comodín (wild card), puede asignarle el valor que desee. En cualquier caso, la pregunta acerca de lo que acontece cuando lo que llamamos “teoría” comienza a ser parte de un proceso de institucionalización permanece abierta. Esto nos interesa particularmente para nuestra investigación dado que la obra de Blanchot ha sido leída por parte de la crítica argentina como una “teoría” que, por supuesto, mantiene una serie de relaciones particulares con otras “teorías” con mayor o menor impacto y que, además, no está exenta de los procesos de institucionalización de los saberes en las universidades y agencias de investigación de Argentina.

Proponemos el siguiente recorrido para el capítulo 1: en primer lugar vamos ingresar en la obra de Paul de Man con el objetivo de desarrollar la perspectiva teórica-metodológica de la resistencia que adoptamos para nuestra investigación –haciendo hincapié en las conceptualizaciones sobre la lectura retórica, la ironía, el problema del lenguaje y la dialéctica en Hegel y, por último, la resistencia como tensión entre experiencia y lenguaje–. En un segundo momento, proponemos una lectura de la obra crítica de Maurice Blanchot focalizada en una reflexión sobre la literatura que se caracteriza por involucrar en su desarrollo distintos segmentos de la tradición filosófica alemana. Nuestro punto de llegada es la conceptualización de la literatura como impugnación de la cultura, que Blanchot construye a partir de relecturas de la dialéctica hegeliana y la hermenéutica heideggeriana, en contacto con la obra de Nietzsche y también con el romanticismo alemán nucleado en torno a la revista *Athenaeum*. En relación con esto, partimos de la hipótesis de que el movimiento de la literatura como impugnación es una de las claves para pensar la recepción de Blanchot en la crítica literaria argentina en términos de resistencia. Por un lado, es una de las conceptualizaciones blanchotianas más retomadas en distintos trayectos de la historia de la crítica literaria argentina pero, por otro lado, también es uno de los aspectos que más resistencia ejerce en tanto contrasta con la constante de la crítica literaria de que la literatura no puede sino intervenir en los debates culturales. En este contexto, el pensamiento de un poder del arte sustraído de lo cultural, es introducido y retomado por la crítica argentina de modo tangencial e indirecta, marcado por la resistencia.

Como espacio intermedio entre los dos momentos situamos un ensayo de Paul de Man sobre Blanchot que nos ayuda a delimitar, además de aspectos específicos de la obra de Blanchot, hasta qué punto la propuesta demaniana puede pensarse a partir de Blanchot. De esta manera el desarrollo teórico de la resistencia a la teoría, para leer los distintos episodios de recepción de la obra de Blanchot en la crítica argentina, parte de la apuesta de recurrir a

una perspectiva metodológica convergente con el objeto de nuestra investigación. En línea con esto queremos destacar que, a lo largo del desarrollo teórico del capítulo 1, incluimos distintas referencias a autores argentinos que analizaremos más adelante como episodios específicos de recepción en los capítulos 2 y 3, en tanto resultan fundamentales para explicar conceptos y movimientos de la obra de Blanchot.

1.1. Paul de Man

1.1.1. La resistencia a la teoría

Una de las características más destacables de la empresa crítico-teórica de Paul de Man es la búsqueda de un *modo* de leer literatura que no caiga en las trampas de sentido que se presentan una y otra vez en el lenguaje literario. El comienzo del ensayo titulado “La resistencia a la teoría” apunta a una serie de consideraciones sobre la teoría literaria en general y, más específicamente, sobre su capacidad de dar cuenta o no de lo que ocurre en la literatura. Este ensayo puede entenderse a partir de dos motivos históricamente situables: por un lado, el contexto de expreso escepticismo que manifestaron los teóricos del denominado “New criticism” en los Estados Unidos ante la introducción de la terminología lingüística en el discurso crítico sobre la literatura. Y por otro lado, el hecho de que Paul de Man escribe este texto por encargo pero se lo rechazan por partir de la hipótesis de que el principal interés de la teoría literaria es justamente su imposibilidad de definición. No obstante, como establece el propio De Man, la resistencia es un fenómeno inherente al lenguaje que, por tanto, es heterogéneo respecto de los avatares históricos. Esto lo veremos en el apartado siguiente en relación con el problema del lenguaje en Hegel, donde es posible ubicar el fenómeno de la resistencia desde un punto de vista filosófico. De esta manera, teniendo en cuenta el objetivo de realizar un estudio sobre la recepción de Blanchot en Argentina desde la perspectiva de la resistencia a la teoría, nuestra hipótesis es que la obra teórico-crítica de Paul de Man puede leerse como una variante conceptual y metodológica de lo que el propio Blanchot escribe sobre la literatura y el lenguaje. Así, el hecho de que sea posible retomar y explicar a Paul De Man en contacto con Blanchot, demostraría que un punto de vista tan radical como el de Blanchot acerca de la literatura, es efectivamente explicable y teorizable, como lo demuestra el hecho de que la teoría de la literatura y el lenguaje de De Man sea tan compatible y ofrezca una en principio no buscada función explicativa de la obra que tiene un espesor retórico, poético y no académico tan importante como la de Blanchot.

Pero no nos anticipemos y prosigamos con el planteo de De Man. Al considerar el “canon” de la teoría literaria hacia 1960, hay que recalcar el lugar preponderante que ocupaban el estructuralismo francés y la escuela de Frankfurt, así como las ineludibles influencias de Saussure con la lingüística, Husserl con la fenomenología y Heidegger con la

hermenéutica. Según De Man, el surgimiento de la teoría tal como la entendemos hoy en día dependió de los usos de los aportes de la lingüística de F. Saussure, es decir, el comienzo de la teoría literaria se produce en el momento en que la lectura de los textos literarios dejó de sostenerse exclusivamente en referencias al contexto no lingüístico: “cuando el objeto del debate ya no es el significado o el valor sino las modalidades de producción y de recepción del significado” (2003, 648)²⁶.

El problema, desde la perspectiva demaniana, reside en que la terminología lingüística que se introduce en los estudios sobre literatura parte de una matriz de pensamiento referencial en cuanto a la función del lenguaje. La referencia se convierte en una preocupación central para la teoría literaria, cuyo objetivo Paul de Man describe así: “hay ese imperativo moral muy respetable que intenta reconciliar las estructuras internas, formales y privadas del lenguaje literario con sus efectos externos referenciales y públicos” (1990, 16). De Man toma distancia respecto de estudios que intentan hacer coincidir un significado supuestamente propio de la obra literaria analizada, con una referencia que es siempre externa y perteneciente al mundo, haciendo que la literatura se subyugue a lo que alguien o algo (un grupo, una tradición, un hábito cultural) postula como exterior a ella.

En relación con esto, la crítica de De Man al modo de lectura del estructuralismo gira en torno al problema de la fenomenalidad del significante. Para explicar esto, De Man parte de un análisis que Barthes hace de Proust (en “Proust et les noms”, 1967), en donde se afirma que el escritor es aquel que cree que la relación entre significante y significado es motivada. De esta manera, lo que se rescata de Proust es la continuidad entre significante (o sonido) y significado, considerándola como un simple *efecto estético* que el lenguaje puede alcanzar. De Man afirma que no se trata de una función estética del lenguaje sino de un tropo, es decir, de una función retórica que apunta justamente a postular la ilusión de un nexo entre el significante y el mundo al que se refiere. De Man no duda de la fenomenalidad del lenguaje en tanto manifestación de una materialidad, es decir, de un sonido o de la existencia escrita de las palabras: el error estaría en pensar que la relación entre la palabra y la cosa es fenoménica cuando, tal como lo demostró Saussure, es exclusiva y obligatoriamente convencional. En consonancia con esto, De Man pugna por una lingüística “no-fenoménica”, como él mismo la llama, en donde se cuestione la autoridad del lenguaje como instrumento para la cognición del mundo fenoménico. Una teoría literaria que fracase en dar cuenta de esto se equivocaría, por ejemplo, al confundir la materialidad del significante con la materialidad de lo que

²⁶ Para profundizar en la concepción blanchotiana de la lectura, ver el capítulo VI de *El espacio literario* (1955) titulado “La obra y la comunicación”.

significa. Recordemos que Paul de Man entiende por ideología “la confusión de la realidad lingüística con la material, de la referencia con el fenomenalismo” (2003, 653).

La resistencia que produce el discurso teórico, siguiendo a de Man, se da justamente porque es capaz de desentrañar ideologías como la mencionada, muchas veces ubicadas en el centro de su propio discurso; también ocurre porque se configura como un discurso emparentado con la filosofía aunque, en realidad, rompa con la tradición filosófica por el simple hecho de haber nacido en el seno de la lingüística; porque “desdibuja los límites entre el discurso literario y el no literario” (2003, 653). Pero a la vez, una dirección contraria de esta resistencia puede deducirse de las tensiones que surgen del proyecto mismo de la teoría literaria, que tienen su origen en la forma en la que se concibe a sí misma como disciplina: “La resistencia puede ser un constituyente inherente a su discurso” (2003, 654). Más adelante, De Man amplía la caracterización de esta noción: “La resistencia a la teoría es una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje (...) una resistencia al lenguaje mismo o a la posibilidad de que el lenguaje contenga factores o funciones que no puedan ser reducidos a la intuición” (2003, 655). Por intuición debe entenderse aquí la percepción en el sentido fenoménico del término. La resistencia inherente al discurso teórico se explica entonces por la disyunción radical entre teoría y praxis, lenguaje y mundo, forma y contenido, significante y significado. Desde nuestra perspectiva, como veremos más adelante cuando nos ocupemos de la obra de Blanchot, esta caracterización de la resistencia en contacto con una “disyunción radical” bien podría servirnos como puerta de entrada a la lectura de Blanchot.

Con el objetivo de situar históricamente esta resistencia, aunque por supuesto debe quedar claro que es un fenómeno que excede la historización, De Man introduce el modelo teórico del *trivium* para explicar la importante incidencia que algunos de sus preceptos tienen en el armado de la concepción de lenguaje que poseerán en los estudios sobre literatura que él critica. En la Edad Media, el *trivium* y el *quadrivium* componían las siete artes liberales. El modelo del *trivium* corresponde con la rama del lenguaje, y estaba compuesto por la gramática, la retórica y la lógica (o la dialéctica). El *quadrivium*, compuesto por la matemática, la geometría, la astronomía y la música, se ocupaba del conocimiento del mundo fenoménico, es decir, representan el contenido no verbal. De Man afirma que este modelo es “un conjunto de tensiones no resueltas” (2003, 656) que se relacionan, en este caso, con el problema de la fenomenalidad del lenguaje –es decir, con la capacidad del lenguaje verbal para referir al mundo no verbal–.

En la epistemología del siglo XVII, se instituye una continuidad incuestionada entre las matemáticas (pertenecientes al *quadrivium*, que representan el contenido no-verbal y nos

dan el conocimiento del mundo fenoménico) y las ciencias del lenguaje (tomando a la lógica como punto de partida); de esta forma, se establece una continuidad entre una teoría del lenguaje y una teoría del mundo. Al interior del lenguaje, el problema fundamental del *trivium* tiene su origen en la errónea relación isotópica, es decir, de continuidad que se establece entre la gramática y la lógica. Porque, tomando como punto de partida que la lógica, gracias a su intrínseca relación con el *quadrivium*, funciona como el nexo que posibilita el ingreso del mundo fenoménico al interior del lenguaje, es posible dar cuenta de que termina por establecerse también una relación isotópica de continuidad entre el lenguaje y el mundo fenoménico. El *trivium* es una teoría del lenguaje basada en la dimensión gramática, que era considerada la primera de las artes liberales porque el aprendizaje y el conocimiento empezaban por ella. Por el contrario, la retórica era la dimensión del lenguaje tradicionalmente postergada del *trivium*. En este esquema, la propuesta de Paul de Man es considerar la retórica justamente como el factor desestabilizador del modelo del *trivium*. Las figuras retóricas o los tropos son un componente que se sitúa *entre* gramática y retórica, y no puede ser reducido a ninguna de las dos dimensiones.

Según De Man, la teoría literaria debería dejar de lado este precepto continuista entre el lenguaje y el mundo, muchas veces supuesto en los estudios estructuralistas. La concepción “retórica” del lenguaje que propone de Man surge de la particular importancia que le asigna a esa dimensión del lenguaje, en comparación a la gramática y la lógica – respecto de las cuales la dimensión retórica es discontinua–. La propuesta central de su teoría consiste en pensar la retórica como el uso del lenguaje que tradicionalmente ha sido catalogado como “literariedad”, a raíz del efecto que tiene dicha dimensión del lenguaje sobre las otras dos. La retórica “interviene como elemento decisivo pero desestabilizador que (...) trastorna el equilibrio interno del modelo y, por consiguiente, también su extensión externa al mundo no verbal” (2003, 657).

La clave para entender la compleja relación entre gramática y retórica puede encontrarse en el lugar *ambiguo* que ocupan los tropos (las figuras del lenguaje), que pueden ser estudiadas tanto desde la gramática como desde la retórica. De Man afirma que los tropos “no siguen necesariamente el modelo de una entidad no verbal, mientras que la gramática es, por definición, capaz de generalización extralingüística” (2003, 659). Esta tensión irresuelta es lo que se manifiesta durante el acto de la *lectura*, ya que involucra simultáneamente tanto a la dimensión retórica como a la dimensión gramática del lenguaje. La noción de lectura es central, al punto que de Man la incorpora a su formulación sobre la resistencia a la teoría: “Resulta que la resistencia es, de hecho, una resistencia a la lectura” (2003, 659). Nos

interesa particularmente esta primera caracterización del acto de lectura, que más adelante ampliaremos a partir de los aportes de Blanchot, de De Man analizando a Blanchot y también de Juan Bautista Ritvo. En relación con este último, si bien lo vamos a analizar detenidamente en el apartado 1.4. del capítulo 3 en tanto constituye una ocurrencia fundamental de la recepción de Blanchot en Argentina, queremos destacar la simultaneidad y coincidencia en torno a la “lectura” se ubica en el fenómeno de la “resistencia” como un problema inherente al lenguaje y, por tanto, a la labor teórica. Para Ritvo, la “lectura” tiene una potencia radical, mucho mayor a lo que el discurso académico puede admitir, en la medida en que interrumpe el nexo de continuidad entre un determinado fenómeno y su construcción teórica, señalando así su propia causa: la disyunción entre lenguaje y percepción. Como vimos con Paul de Man, la resistencia a la teoría es una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje, y en el caso de Ritvo esto adquiere en el año 1985 una modulación similar pero orientado hacia una crítica a la hermenéutica: “¿Qué encubre el espíritu hermenéutico? Que hablar de lenguaje es obsceno, mientras que hablar del pensamiento es tranquilizador” (Ritvo, 2017, 32)²⁷.

1.1.2. Rousseau. La excusa genera la culpa que exonera

Ahora bien, ¿cómo se relacionan la resistencia, la lectura y la dimensión retórica del lenguaje? Nos interesa esta pregunta ya que a partir del capítulo 2, cuando ingresemos en el trabajo con los distintos episodios de recepción de Blanchot en la crítica argentina, los analizaremos utilizando como perspectiva metodológica la teoría de Paul de Man. Es posible encontrar un ejercicio de lectura retórica vinculada con la resistencia en el análisis que De Man hace de un episodio narrado por Rousseau primero en las *Confessions* y luego en la *Cuarta Reverie*. El episodio en cuestión inicia cuando Rousseau roba un lazo de color rosado y, una vez que se descubre el robo, él “acusa a una joven criada de haberle dado el lazo, dando a entender con ello que ella [Marion] intentaba seducirlo” (1990, 318). Como Rousseau se siente culpable de las consecuencias, no sólo de su robo sino también de su mentira, se encarga de excusarse a sí mismo por ambos actos, afirmando que él robó el lazo para regalárselo a Marion simplemente porque la deseaba, al punto tal que en el texto mismo se pretende que “el lazo «vale por» el deseo de Rousseau respecto a Marion” (1990, 322). La excusa de Rousseau es la siguiente:

27 La traducción es nuestra.

es extraño, pero la verdad es que mi amistad con ella fue la causa de mis acusaciones. Ella estaba en mis pensamientos, me excusé a mí mismo con lo primero que se me ofreció. La acusé de haber hecho algo que yo quería hacer y de haberme dado el lazo porque mi intención era dárselo a ella (1990, 327).

La frase que le interesa a De Man, en francés, es: “Je m'excusai sur le premier objet qui s'me offrit”. La frase es genera una cierta extrañeza en el lector, fundamentalmente porque está construida con un vocabulario signado por la contingencia (lo primero que se le ofreció a Rousseau para excusarse fue Marion, pero bien podría haber sido otra cosa), en un contexto (la excusa) de manifiesta causalidad: es sabido que para que la excusa efectivamente funcione, debe constituirse como un argumento lógico-causal. En un gesto típico del modo de exponer sus lecturas, De Man afirma una primera lectura para luego negarla:

dato que Rousseau desea a Marion, ella actúa sobre la mente de él y su nombre es pronunciado casi inconscientemente, como un desliz, un segmento del discurso del otro. Pero el uso del vocabulario de contingencia (le premier objet qui s'me offrit) dentro de un argumento de causalidad es impresionante y desarticulador (1990, 327).

Entonces, en un primer momento el propio De Man es quien presenta la (errada) lectura psicológica, del pasaje para luego optar por una lectura retórica del mismo. La lectura psicológica mantendría el error fenomenalista usual, mientras que la lectura retórica suprimiría desde el principio la posibilidad misma de tal error. La utilización, por parte de Rousseau, del nombre de Marion como excusa puede leerse como un “desliz” o acto fallido de Rousseau (es decir psicológicamente motivado, verosimilizado), pero el vocabulario *estrictamente* azaroso con el cual se construye la excusa deshace esa lectura.

De Man, en un caso típico de “lectura cerrada”, clausura una posible lectura psicológica de la frase en cuestión, mostrando que el propio texto niega la lógica que pretende construir. El nombre “Marion”, en la excusa de Rousseau, contrario a las necesidades lógico-causales del texto y a las intenciones explícitas del propio autor, no posee ningún tipo de motivación: abierto a una total arbitrariedad es, por tanto, incapaz de establecerse como el principio causal que garantizaría el normal funcionamiento de la excusa, haciéndola fracasar en tanto acto de habla performativo. La mentira alojada en el nombre “Marion” es casual simplemente porque el propio texto la presenta de esa manera, aunque la lógica del texto requiera que sea causal para que la excusa tenga sentido (es por esto que Rousseau intenta explicar esa mentira en términos causales diciendo que fue proferida a causa de su deseo por Marion). Mediante esta lectura De Man intenta hacer notar cómo, en repetidas ocasiones, los textos se resisten a ser explicados mediante su referencia externa: la

frase de Rousseau no puede leerse a partir de su condición genérica (es decir, como excusa), ni tampoco refiriéndonos a su contexto o a las intenciones de su autor.

Entonces, esta frase es para De Man “un anacoluto, un elemento extraño que altera el significado, la legibilidad del discurso apologético, y vuelve a abrir lo que la excusa parecía haber clausurado” (1990, 328) y, como tal, el anacoluto niega la propia intención de su autor. En una nota al pie, de Man aclara que la noción de anacoluto designa “toda discontinuidad gramatical o sintáctica en la que una construcción interrumpe a otra antes de completarse” (1990, 340). El anacoluto se alojaría entonces en la excusa de Rousseau que, entendida como mentira casual, rompe las expectativas de causalidad que el propio texto genera en el lector. Esta figura se caracteriza por la convergencia en un mismo punto de dos modos retóricos que, al negarse el uno al otro, producen una interrupción de la lectura que manifiesta la imposibilidad efectiva de dicha convergencia.

De Man se ocupa también del texto la *Cuarta Reviere*, escrito diez años después de las *Confessions*, alegando que en la *Reviere* el anacoluto se encuentra “diseminado” por todo el texto y no sólo en una frase. De Man percibe en la tensión expuesta entre las expectativas de causalidad y la mentira casual, la lógica misma de lo ficcional: “La ficción nada tiene que ver con la representación, sino que es la ausencia de todo vínculo entre enunciado y referente, independientemente de si el vínculo es causal, codificado” (1990, 330). La mentira casual (el nombre Marion) –que ocupa el lugar de la excusa– se caracteriza entonces por ser completamente inmotivada: “Rousseau emitía el primer ruido que le venía a la cabeza: no decía nada en absoluto, menos aún el nombre de alguien, porque así el enunciado puede funcionar como excusa” (1990, 331).

Es preciso recordar que De Man lee y analiza un escrito autobiográfico. En este sentido, es evidente que sin la culpa que le produjeron a Rousseau los efectos de su mentira casual, u otros episodios como este, Rousseau no tendría nada que excusar en las *Confessions*. Esto le sirve a de Man para exponer la tesis principal de su artículo:

Ya no es seguro que el lenguaje exista como excusa de una culpa anterior pero es igualmente posible que, dado que el lenguaje, como máquina, actúa de todos modos, tenemos que producir culpa (...) para hacer que la excusa tenga sentido. *La excusa genera la culpa que exonera* (1990: 337)²⁸.

Esta cita debe entenderse en el marco de la negación radical de la fenomenologización de la lingüística que De Man propone. Para que el lenguaje, entendido en este caso como excusa, tenga sentido y pueda comunicar de forma efectiva, es necesario que “inventemos”, por

28 Este ensayo cierra el libro *La parte del fuego*, publicado por Blanchot en 1949.

decirlo de algún modo, una realidad a la que el lenguaje pueda referir. Desarrollamos la argumentación detrás de esta particular inversión entre excusa y culpa, en la medida en que nos ayuda a caracterizar los modos de la resistencia a Blanchot: como mencionamos en la introducción, las distintas valoraciones que resisten o directamente rechazan la obra de Blanchot por su “forma” (su retórica), pueden pensarse como una excusa que inventa la “culpa” de evitar y rechazar de plano aquello que la obra de Blanchot nos propone: una manera particular de entender los vínculo entre literatura y cultura a partir de la lógica de la impugnación.

Pero volviendo a De Man, resulta pertinente tomar esto como una crítica a los modos de lectura que se proponen explicar la literatura recurriendo al mundo fenoménico siempre exterior a ella (intención del autor, contexto socio-histórico, etc.): “No hay excusa [lenguaje] que pueda hacerse cargo de tanta proliferación de culpa [realidad]” (1990, 337); aunque lo que verdaderamente ocurre para de Man es otra cosa: “nunca puede haber culpa suficiente para equiparar el infinito poder de excusarse de la máquina textual.” (1990, 338). La culpa, en este contexto, cumple una función performativa del lenguaje mientras que la excusa es una función representativa. La tensión irresoluble entre ambas manifiesta “la disyunción de lo performativo respecto a lo cognoscitivo” (1990, 337). Como en el caso del anacoluto de Rousseau, el análisis lingüístico de Paul de Man termina por negar cualquier tipo de explicación que se establezca sobre las intenciones del autor, lo cual sería un tipo de lectura esencialmente referencial. De Man parece querer convencernos de que lo específico de la literatura es eso que, en el acto de la lectura, no puede explicarse o, mejor, no puede ser asimilado ni por sus condiciones genéricas, ni por su contexto socio-histórico ni por las intenciones del autor. ¿Pero hay algo más que una negatividad radical en esta forma de concebir la literatura? Contestar esta pregunta nos lleva al ensayo “El concepto de ironía”, donde también podemos encontrar algunas figuraciones de la lectura como interrupción de la comprensión que nos permiten describir la lógica blanchotiana de la impugnación como un movimiento que excede la mera negación.

1.1.3. La ironía (de la comprensión)

La salida que De Man encuentra a los problemas que las teorías literarias de corte estructuralista o hermenéutica no pueden explicar es, fundamentalmente, retórica: es por eso que propone que podemos entenderlos y describirlos de modo acertado si los analizamos en

tanto figuras o tropos. El caso más representativo de esta imposibilidad de asir el sentido del lenguaje es la “ironía” (entendida como un modo de la ambigüedad). La ironía es caracterizada por De Man como “el tropo de los tropos” porque afecta el orden de la comprensión en el nivel gramatical y, a la vez, porque es incompatible con el análisis lógico. La ironía pone de manifiesto que el lenguaje no necesariamente va a estar supeditado a la intención de quien lo usa, o al mundo externo al que pretende referir. En el ensayo “El concepto de ironía”, De Man realiza una suerte de historización de las diferentes formas en las que se ha concebido a la ironía, con el objetivo de establecer una definición propia sobre dicho tropo. Comienza el artículo presentando diversas formas de concebir y de definir los tropos, por medio de las cuales expone su propia definición. Los tropos, entonces, implican siempre un alejamiento, un cambio, un desplazamiento de sentido. En relación a ellos, de Man establece que la ironía introduce un cambio radical respecto de los demás.

Dice De Man: “La ironía misma plantea dudas en el mismo momento en que se nos ocurre su posibilidad, y no hay ninguna razón intrínseca para interrumpir el proceso de duda” (2000, 235). Por lo tanto, el lector debe elegir entre un sentido u otro en el momento en el que la ironía lo intercepta, razón por lo cual de Man afirma que es “el deseo de entender la ironía la que pone fin a esta cadena” (2000, 235). Durante ese proceso de decisión, mientras reina la duda, tanto la lectura como la posibilidad de interpretación del lector se ven interrumpidas. No es siempre la obra misma la que necesariamente habilita esta posibilidad, sino que es el lector el que siente la extraña necesidad de interrumpirse si lo que lo moviliza es asignarle un sentido a lo que lee, o bien dar cuenta de que esa asignación es imposible. Pero si mediante la comprensión es posible controlar la ironía, “¿qué sucedería si la ironía fuera siempre la ironía de la comprensión, si lo que estuviera en juego en cuanto a la ironía fuera siempre la cuestión de si es posible comprender o no comprender?” (2000, 236). Si esto es cierto, entonces la comprensión nunca puede controlar la ironía, por lo cual la función de este tropo consistiría en problematizar “la posibilidad de la lectura, la legibilidad de los textos, la posibilidad de decidir sobre un significado” (2000, 236).

Seguido a esto de Man trabaja con un capítulo de *Lucinda*, una novela de Schlegel, en la que se presenta una especie de disquisición filosófica que, según recuerda de Man, puede leerse sin mayores dificultades —es sabido que de hecho lo fue— como “una reflexión sobre los aspectos puramente físicos de un acto sexual.” (2000, 239). Lo que se extrae de este caso es que ciertos discursos, cuando son escritos de una determinada manera, permiten ser leídos según un “doble código”. Resulta interesante dar cuenta que De Man plantea esta cualidad del lenguaje en términos de “amenaza”:

Estos dos códigos son radicalmente incompatibles entre ellos. Se interrumpen, se alteran el uno al otro de una forma tan fundamental que esta verdadera posibilidad de disrupción representa una amenaza para todas las asunciones que uno tiene acerca de lo que un texto debería ser. (2000, 239).

Yendo un paso más allá, de Man postula que todo sistema tropológico, todo lenguaje, toda obra literaria, “engendra una línea narrativa”. Ahora bien: por medio de su lectura de Schlegel, argumenta que la ironía trae consigo un “estado de ánimo interior” de sesgo interruptor (que podemos hallar en la poesía) cuya modalidad exterior sería lo bufo: “Lo bufo (...) es la interrupción de la línea narrativa, el aparte, el aparte para la audiencia, a través del que se rompe la ilusión de ficción” (2000, 251). Si siempre es posible identificar una “línea narrativa” y tomarla como *sendero* para que una lectura discurra y *corra* tras el sentido, también siempre –diríamos, fatalmente- la hay para que resulte interrumpida: constante e irremediablemente interrumpida. Fiel a sus motivaciones, de Man traduce todo esto al campo de la retórica, donde ubica los tropos de la “parábasis” y el “anacoluto” para mostrar cómo actúa la interrupción en el lenguaje y la literatura:

La parábasis es la interrupción de un discurso en virtud de un desplazamiento en el registro teórico (...) El anacoluto se emplea más a menudo como algo referido a los modelos sintácticos de los tropos (...) donde la sintaxis de una frase que crea ciertas expectativas es súbitamente interrumpida y, en vez de encontrar lo que se espera según la sintaxis establecida, se encuentra algo totalmente diferente, una ruptura en las expectativas sintácticas del modelo (2000, 252).

Antes de continuar, es necesario reponer cómo aparecen definidos estos dos tropos en investigaciones retóricas tradicionales. Helena Beristain define el anacoluto como una “ruptura del discurso debida a un desajuste sintáctico provocado por la elipsis de los términos concomitantes o subordinantes o coordinantes. Puede deberse a una confusión entre parataxis o hipotaxis” (Beristain, 1995, 46). Beristain destaca que este tropo suele utilizarse para imitar la lengua hablada y otorgarles más realismo a los personajes. Por otra parte, Marchese y Forradelas definen al anacoluto como un recurso estilístico en el que la frase se nos presenta desprovista de coherencia sintáctica, por adoptar el hablante, en el desarrollo del discurso, una construcción acorde con su cambio de pensamiento” (Marchese-Forradelas, 2007, 24). Mientras que definen parábasis como un caso particular de la digresión frecuente en la tragedia griega: “el autor, por medio de un corifeo, daba a conocer a los espectadores sus intenciones, sus opiniones (...) podría extenderse a los casos de intrusión del autor en la obra (Marchese-Forradelas, 2007, 102).

Estos dos tropos se encargan entonces de interrumpir esa línea narrativa que deviene del lenguaje, en tanto sistema tropológico, y si, como se dijo anteriormente, en la poesía la

ironía se encuentra en todas partes, entonces “la narrativa puede ser interrumpida por cualquier lugar”; existe algo así como una potencialidad latente de interrupción que viene a cortar la línea narrativa que es, ni más ni menos, que “la estructura narrativa que resulta del sistema tropológico (...) la alegoría de los tropos tiene su propia coherencia narrativa, su propia sistematicidad, y es tal coherencia, tal sistematicidad, lo que la ironía interrumpe, altera” (2000, 253-254). Lo que está en juego, de nuevo, es la (im)posibilidad que tenemos a la hora de comprender y, por medio de esta comprensión, de hacer inteligible o no la narración que estamos leyendo.

De Man vuelve a citar a Schlegel para decir que la poesía suspende “las nociones y leyes del pensamiento racional” (2000, 256), dejando expuesto “el caos original de la naturaleza humana (...) la lengua auténtica es la lengua de la locura, la del error, la de la estupidez” (2000, 256). Su “autenticidad” radica en que “es una simple entidad semiótica, abierta a la radical arbitrariedad de cualquier sistema de signos y, como tal (...) poco fiable.” (2000, 256). Para explicar esto, de Man introduce el concepto de “libre juego del significante”: fiel a su postura no-fenoménica, propone que la lengua se desliga de ataduras referenciales y es independiente de cualquier tipo de intención que poseamos a la hora de utilizarla. Una vez escrita, una obra literaria no podrá reducirse a ninguna explicación que focalice exclusivamente en entidades como el autor o el lector de la obra; la arbitrariedad de los significantes, no solo impide que estos sean gobernados por los que los usan, sino que también “echa a perder cualquier consistencia narrativa, y arruina los modelos reflexivo dialéctico, que forman, como se sabe, la base de cualquier narración” (2000, 257). En sintonía con esto, de Man afirma: “Un texto literario afirma y niega simultáneamente la autoridad de su propio modo retórico” (1990, 31). Esta premisa rige buena parte de las lecturas que de Man realiza, al punto tal que se caracterizan por buscar ese momento en que el texto se niega a sí mismo.

Lo que la ironía interrumpe, en tanto tropo que caracteriza al lenguaje literario, es la posibilidad de existencia de una estructura narrativa: “No hay narración sin reflexión, ni narrativa sin dialéctica, y lo que la ironía interrumpe (...) es precisamente esa dialéctica y esa reflexividad, los tropos. Lo reflexivo y lo dialéctico son el sistema tropológico” (2000, 257). Esta interrupción de la comprensión que apunta a cuestionar la estabilidad epistemológica del lenguaje tiene, paradójicamente, un efecto en extremo positivo para la labor crítica: “Parece como si acabásemos en una especie de seguridad negativa sumamente productiva para el discurso crítico (1990, 30). Es, desde nuestra perspectiva, el fenómeno de la resistencia a la lectura, que pone de manifiesto la imposibilidad de la lectura (pensada como práctica

cultural) para comprender la totalidad de una obra literaria por medio de un método reductivo y de identificación. Esto se entiende en línea con el movimiento de impugnación, que es un acontecimiento que ocurre en la cultura pero que intenta sustraerse al sometimiento de los juegos de poder culturales. La impugnación interrumpe el proceso cultural en tanto acontece al interior del mismo, sin implicar que este movimiento produce una dicotomía entre algo con el nombre de “literatura” y algo con el nombre de “cultura”.

En sintonía con esto, Dalmaroni en “Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría”, luego de constatar que en el ámbito de la crítica literaria latinoamericana existen muchos más estudios socio-históricos en torno al problema de la lectura que aproximaciones teórico-filosóficas, se pregunta: “¿se resiste la <lectura>, o algo de lo que mentamos con esa palabra, a una teoría que la interroga? ¿Es la crítica latinoamericana la que –por motivos entre los que podría contarse esa misma resistencia– se desentiende del tema o lo desvía?” (2015, 45). De esta manera, es posible afirmar que Dalmaroni reactualiza la polémica de Paul de Man con el estructuralismo y la hermenéutica cuando problematiza el estatuto ontológico-epistemológico de muchos estudios literarios de corte historicista, estatuto que funciona como presupuesto tácito a la hora de leer literatura, y que implica entender a la literatura como una práctica cultural entre otras tantas, confundiendo así lo acontecimental (es decir, el encuentro con el tenor retórico del lenguaje en el texto literario) con lo extraliterario o, como diría de Man, la realidad lingüística con la material. Mencionamos este panorama que traza Dalmaroni respecto de la resistencia a la teoría en la crítica literaria latinoamericana con el objetivo de situarnos en esas coordenadas para analizar el proceso de recepción de la obra de Blanchot en la crítica argentina

1.2. El problema del lenguaje en Hegel. Dialéctica como alegoría de la disyunción

En lo que sigue, vamos a reponer una serie de discusiones en torno del lenguaje en la obra de Hegel, con el objetivo de situar filosóficamente el fenómeno de la resistencia que venimos desarrollando a partir de Paul de Man en tanto perspectiva teórico-metodológica para nuestro estudio sobre la recepción de Blanchot. Así, nos detendremos brevemente en un conjunto de trabajos sobre la problemática del lenguaje en Hegel (incluyendo uno de Paul de Man), ya que nos va a permitir presentar la idea de la dialéctica como alegoría de la disyunción lo cual, a su vez, nos permite delimitar la propuesta blanchotiana de la literatura

como impugnación de la cultura y la dialéctica. La tensión entre Blanchot y Hegel es determinante para nuestra investigación ya que buscaremos leer los distintos episodios de recepción de Blanchot en la crítica literaria argentina a partir del movimiento de reducción de lo literario que supone el hábito crítico de exigir, demandar e instalar –para atribuir valor a la literatura– la moral de la correspondencia de una determinada obra literaria con significaciones culturales, históricas, políticas, ideológicas, etc. externas a ella. Esta operación de reunir una interioridad con una exterioridad la entendemos según la conceptualización hegeliana de la dialéctica y, específicamente, de las lecturas que De Man y Blanchot proponen sobre este tema. Hablamos de resistencia a Blanchot justamente porque la forma de concebir la literatura como poder de impugnación tensiona el hábito crítico mencionado anteriormente.

Nuestro primer punto de referencia es el libro *Essays on Hegel's Philosophy of Subjective Spirit* (2013) editado por David S. Stern. En la introducción al libro, Stern destaca que esta sección de la obra hegeliana es una de las áreas menos estudiadas y conocidas de la filosofía de Hegel: "Antes de 1970 virtualmente no existían estudios sobre la *Filosofía del espíritu* en inglés" (2013, 9)²⁹. Nos interesa particularmente este dato histórico porque en el texto que analizaremos de Paul de Man, previo a las fechas mencionadas por Stern pero en el ámbito de la teoría literaria y no de la filosofía, se retoman varios párrafos de esa sección.

Hegel comienza la sección sobre la *Filosofía del espíritu* afirmando que "en el alma se despierta la conciencia; la conciencia se pone como razón que está inmediatamente despierta respecto al saber de sí y que mediante su actividad se libera en orden a la objetividad y a la conciencia de su concepto" (2005, 440). El espíritu, al igual que el concepto, se desarrollan progresivamente hacia su meta: "hacerse y devenir para sí aquello que él es en sí" (2005, 440). La dialéctica es la ley que gobierna este movimiento por medio del cual el alma (entendida como el en-sí inicial del espíritu) se convierte en conciencia (entendida como el para-sí del espíritu), quedando disponible como objeto de conocimiento. Recordemos que luego de haber publicado la *Fenomenología del espíritu* (1807) Hegel se propone establecer la ciencia como lógica en su texto *Ciencia de la lógica* de 1812. Allí establece que la dialéctica no es un apartado de la lógica sino que son equivalentes, homologables. El método, dice Hegel, "no es en nada distinto a su objeto y contenido; pues es el contenido dentro de sí mismo, la dialéctica que él en sí contiene, lo que lo mueve hacia adelante" (2011, 203). De esta manera Hegel ontologiza la lógica, la convierte en *ser*, cuando

29 Nos referimos principalmente a los filósofos G.W.F Hegel, M. Heidegger y F. Nietzsche.

afirma que la dialéctica no "es un hacer exterior y negativo que no pertenece a la cosa misma" (2011, 204).

1.2.1. La dialéctica y el alma

En *La respiración del ser* (2018) Germán Prósperi estudia la sección de la *Enciclopedia* titulada "Antropología" –cuyo objeto es el "alma"–. Su argumentación comienza por considerar que este objeto "constituye de algún modo su núcleo gravitatorio y a la vez su mancha ciega" (Prósperi, 2018, 17). Si el movimiento dialéctico de la "idea" en Hegel consiste en salir hacia la "naturaleza" y luego recobrase en el "espíritu", para Prósperi la particularidad del objeto "alma" radica en que "no es ya el medio *a la vez* espiritual y natural que asegura la respiración del ser, sino el intersticio, *ni* natural *ni* espiritual (es decir neutro: *ne...uter*) que suspende el movimiento dialéctico y lo disloca por completo" (2018, 14). El "alma" en tanto objeto que no ha alcanzado la conciencia –objeto que todavía no es un "yo"– configura un lugar imposible, un punto límite en la medida en que es un objeto inherentemente *ambiguo* que, según Prósperi, señala "la imposibilidad del espíritu y de la naturaleza, el instante intangible que pareciera opacar el pensamiento eficiente de la dialéctica" (2018, 18).

A lo largo del libro, Prósperi analiza cuatro fenómenos específicos que aparecen desarrollados en la *Enciclopedia*: el niño en el vientre materno, el sonambulismo, la locura y el sueño. Prósperi parte de la hipótesis de que el alma puede pensarse como "imaginación", recurriendo por un lado a J. Reid para demostrar que la imaginación interviene en los cuatro fenómenos mencionados, y por otro lado a G. Bataille, quien en *La experiencia interior* (1943) nombró como "mancha ciega" a aquel "punto o límite que no puede ser asimilado por la lógica dialéctica" (2018, 35). De esta manera, su apuesta pasa por leer el espacio de la imaginación como ese punto inasimilable por el pensamiento dialéctico, en la medida en que funciona como "articulación de las grandes dualidades metafísicas: lo sensible y lo inteligible, el cuerpo y el alma, la naturaleza y el espíritu" (2018, 28). Entonces, si desde el punto de vista de la lógica, Hegel concibe la posibilidad de la "idea" como un devenir, como un desarrollo en el que la idea debe salir de sí, volver a la naturaleza, para luego recuperarse en el espíritu y poder alcanzar el autoconocimiento –figurable, *alegóricamente*, como los movimientos de inhalación y exhalación del proceso respiratorio de la "respiración de la

Idea”–, Prósperi utiliza la figura de la "apnea" para describir la interrupción/suspensión de este proceso dialéctico, destacando el lugar del "alma" como su condición de (im)posibilidad:

el proceso dialéctico (...) es la *respiración* de la Idea, en sus dos movimientos: expiración en la naturaleza, inspiración en el espíritu, exhalación material, inhalación material. El alma (...) es el medio que garantiza el tránsito de un movimiento a otro (...) entendida como suspensión o pausa, como hendidura neutra (*ni* material *ni* espiritual) como *apnea* (2018: 46).

Ahora bien, recordemos que la organización de la sección "El espíritu subjetivo" de la *Enciclopedia* está dividida en tres: la "Antropología", la "Fenomenología del espíritu" y, por último, la "Psicología", dedicadas al alma, la conciencia y espíritu respectivamente. De esta manera, queremos notar que la propuesta de Germán Prósperi, consistente en relacionar el alma con la imaginación, es un recorrido que va desde la sección sobre el alma a la sección sobre el espíritu – sección fundamental para nuestro trabajo porque contiene una de las pocas argumentaciones sistemáticas de Hegel sobre el tema del lenguaje–. En el mencionado libro *Essays on Hegel's Philosophy of Subjective Spirit*, el texto dedicado al lenguaje se titula "Hegel's Linguistic Thought in the Philosophy of Subjective Spirit. Between Kant and the Metacritics" escrito por J. Surber. Allí se reconstruye y analiza el apartado que Hegel le dedica a la "Representación", incluido en la sección "Psicología". Este apartado es sumamente importante para nuestro trabajo porque allí la Representación se aborda siguiendo tres instancias bien delimitadas: el recuerdo, la imaginación y la memoria. Nos detendremos a continuación en el análisis de esta sección de la obra hegeliana, utilizando como referencia el mencionado texto de Surber y "Signo y símbolo en Hegel" de Paul de Man.

1.2.2. Lenguaje y representación

Tal como aparece sugerido en el título de su artículo, Surber sostiene que Hegel mantiene y completa el enfoque trascendental elaborado por Kant, confrontando con el escepticismo metacrítico de Herder y Hamann –quienes desconfiaban de la posibilidad de desarrollar una filosofía sistemática por las limitaciones propias del lenguaje para construir verdades y principios universales–. En relación con esto, la propuesta de Hegel se destaca especialmente por la instancia de la *representación* como punto articulador para la reflexión lógica:

Hegel considera a la significación y al lenguaje como elementos esenciales de la representación, que es el fundamento necesario para el pensamiento (...) esto constituye un distanciamiento significativo de la valoración negativa que Kant realiza

del lenguaje como un asunto meramente empírico que no tiene ningún rol en la indagación trascendental" (Surber, 2013, 188).

El apartado sobre la "Representación" que, como dijimos anteriormente, se ocupa sistemáticamente del lenguaje, mediatiza entre la "Intuición" (cuyo objeto es la imagen) y el "Pensamiento" (que trata sobre el concepto). A raíz de esto, Surber establece que el abordaje dialéctico de Hegel permite dar cuenta de forma más acabada –respecto del enfoque trascendental kantiano– del rol que juegan el lenguaje y la significación en los distintos procesos de cognición.

Según Surber, esta dialéctica entre cognición y significación que opera en la representación, es uno de los aportes más novedosos de la filosofía hegeliana. Cada facultad cognitiva tiene entonces su correlato en un producto significacional que funciona como expresión objetiva, es decir, como "contenido" de dicha facultad. A continuación nos detendremos en detallar este proceso dialéctico según aparece definido en el apartado "Representación" de la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, teniendo en cuenta que al ser el lugar donde la imaginación se articula con el lenguaje, es posible localizar allí el punto en el que se sitúan la lectura crítica de Paul de Man.

La representación es internamente compleja en la medida en que contiene diversas facultades relacionadas entre sí. En tanto es un proceso dialéctico, puede ser descrita como el devenir de la "intuición" (es decir, del hecho de percibir por medio de los sentidos) al "concepto" (general, abstracto, que es la base del pensamiento). De esta manera, se parte de la "intuición" que *produce* una imagen sensible ("Bild") que no es discursiva y, por tanto, carece de la objetividad de los conceptos. La imagen sensible posee un "contenido sensible" porque es copia de la intuición sobre la que se basa, pero con la particularidad de existir *en* el sujeto y no como exterioridad. La siguiente instancia es la "recolección/recuerdo" ("Erinnerung") que produce una imagen física que ahora se sostiene en sí misma y no depende de la intuición, adquiriendo cierto grado de generalidad. Luego sigue la "imaginación" que se divide en tres tipos: "reproduktive Einbildungskraft", "productive Einbildungskraft o Phantasie" y "zeichenmachende Phantasie"³⁰. La primera de ellas produce ya una representación abstracta, siendo su función la de recuperar las imágenes previas para que puedan ser expresadas. La segunda, introduce la distinción entre "signo" y "símbolo", y se destaca por combinar libremente las representaciones de la instancia anterior. El símbolo es definido como una imagen que ya no tiene un sentido inherente sino un segundo sentido producto de la unión de dos representaciones abstractas cualesquiera; es una imagen

30 *Parole* es la palabra que Blanchot utiliza en francés.

internalizada que adquiere un sentido simbólico al conectarse con otra imagen internalizada. El signo, por su parte, emerge cuando un objeto "externo" se asocia, mediante la "imaginación productiva" con una representación abstracta ya internalizada. Por último, la "imaginación creadora de signos" toma esos signos y los combina para conformar así el lenguaje como unidad mayor. Todo esto desemboca en la "memoria" (Gedachtnis) que es la facultad cognitiva que produce los "nombres". Según Hegel, éstos son el contenido determinado pero sin dependencia de la imagen como en las instancias anteriores. En el nombre, el contenido y el significado de la intuición han desaparecido, quedando el signo en sí –libre de ataduras referenciales–; de este modo, en el vacío del sentido, puede aparecer el pensamiento como verdad y objetividad, desembocando finalmente en el "concepto". Los nombres, dice Surber, "a diferencia de las palabras o los signos, son libres de imágenes y representaciones, y por lo tanto son a–históricos, transculturales y objetivos, lo cual los convierte en el único vehículo posible para el pensamiento" (2013, 196).

Detengámonos aquí para medir las implicancias de este desarrollo. Si el "nombre", entendido como el signo ya despojado de la imagen e internalizado por el sujeto, funciona como condición de posibilidad para la existencia del pensamiento y el "concepto", esto significa que en última instancia habría una relación de identidad entre los nombres y los conceptos. Según Surber, esto implicaría que todas las determinaciones lógicas serían nombres, lo cual entra en contradicción con la propia afirmación hegeliana de que las determinaciones del pensamiento son los "conceptos". Es llamativo el modo en el que Surber se excusa y resiste a las conclusiones a las que él mismo llega, reduciendo la teoría de hegeliana de los nombres a una respuesta histórica. Dice Surber acerca de la contradicción que introduce esta identidad entre "nombre" y "concepto" según se deduce en el apartado "Representación":

Hegel no se refiere a este tema en la *Filosofía del espíritu subjetivo* ni en ningún otro escrito que yo conozca (...) En este punto sólo puedo concluir que, si la teoría de los nombres de Hegel fue de hecho una respuesta a los metacríticos (como he sugerido), genera potencialmente entonces problemas más difíciles para otras partes de su enfoque filosófico (2013, 196).

Destacamos esto porque consideramos que son estos "problemas" que hace emerger la consideración del lenguaje y de los nombres en Hegel, al interior de su sistema filosófico, los que son retomados por Paul de Man en el texto que analizaremos a continuación.

1.2.3. La *resistencia* como tensión entre experiencia y lenguaje. *Gedachtnis* y *Erinnerung*: dos versiones de la memoria

El texto de De Man se publica por primera vez en el libro *Aesthetic Ideology* (1996), que reúne las últimas clases dictadas entre los años 1977 y 1983. Dentro del conjunto de la obra de De Man, este libro se destaca porque su corpus de análisis se compone exclusivamente de textos filosóficos. Recordemos que De Man, junto con J. Derrida, es uno de los autores más fuertemente vinculados con la "deconstrucción" en el ámbito universitario estadounidense.

Tal como venimos desarrollando, el modo de lectura de De Man se caracteriza por hacer hincapié en la dimensión retórica del lenguaje como aquello que resiste a la lógica de la gramaticalización. Otro de sus rasgos más importantes, que se pone de manifiesto en toda su obra pero que se destaca especialmente en *Aesthetic Ideology*, es que propone un modo de lectura que metodológicamente no difiere en el abordaje de textos literarios y textos filosóficos –así, por ejemplo, en varios de sus textos lee de manera conjunta a Nietzsche con Baudelaire–. El intento de maniano por articular una reflexión conjunta del discurso literario y el filosófico alcanza entonces su culminación en *Aesthetic Ideology*; allí el gesto novedoso de De Man consiste en deconstruir los sistemas filosóficos de Hegel y Kant a partir de una consideración específica del lugar que en ellos ocupa la teorización sobre la "experiencia estética". A continuación, analizaremos este modo de lectura tal como se desarrolla en el texto "Signo y símbolo en Hegel", teniendo en cuenta que retoma las zonas de la obra hegeliana que estamos abordando en nuestra investigación. A su vez, estas teorizaciones de De Man son indispensables para dar cuenta de la apuesta filosófica detrás de la "resistencia a la teoría", que, como mencionamos, es la perspectiva metodológica que adoptamos aquí para leer la recepción de Blanchot en la crítica literaria argentina.

De Man parte de la tensión entre la experiencia (literaria, estética, de lectura) y la teoría, como modo de problematizar la pretensión del método (por caso, de los estudios literarios) de aspirar a rigor teórico y generalidad pero manteniendo intacto, o incluso pretendiendo facilitar, la apreciación estética o el potencial para el análisis histórico de la obra. Su tesis es que la estética hegeliana es la afirmación más sistemática de la estructura, la historia y la valoración del arte, en la medida en que la posibilidad de la "síntesis" descansa en el poder reunificador de la categoría de la "estética", ya que el poder de síntesis filosófica radica "en la posibilidad de la obra de reunir, bajo la protección de la estética, una causalidad

histórica con una estructura lingüística, un evento experimental y empírico en el tiempo con un hecho, indeterminado y no fenomenal, del lenguaje” (1996, 93)³¹. Esto queda plasmado en la organización de las tres fases de la historia del arte que propone Hegel: las dos primeras están signadas por términos históricos (artes "Clásico" y "Romántico"), mientras que la tercera se nombra a partir de un término lingüístico (arte "Simbólico").³²

La cuestión del símbolo es sumamente importante en la estética hegeliana, al punto tal que "la teoría de la estética, como noción histórica y filosófica, está predicada en una teoría del arte como símbolo” (1996, 93). La belleza, el goce estético, es entendida según este régimen simbólico que mediatiza entre la mente y el mundo físico. Para enmarcar el problema que esto supone, De Man pone en juego dos conocidas caracterizaciones de Hegel sobre el arte: el arte es a la vez manifestación sensible de la Idea (en tanto participa de lo bello) y “Para nosotros, cosa del pasado”.

De Man lee en serie estas dos formulaciones: si el arte es manifestación sensible de la Idea, y si para nosotros el arte es cosa del pasado, ¿esto significa que ya no podemos producir formas simbólicas, que la manifestación sensible de la Idea ya no es accesible para nosotros como forma? “Es una ironía que Hegel declare muerto al arte cuando el siglo XIX renueva sus formas; Hegel no puede leer a sus contemporáneos” (1996, 94). De Man propone que Hegel no puede dar cuenta del carácter metafórico de las poéticas que le son contemporáneas a causa de su inadecuada concepción del lenguaje. A partir de esto formula una pregunta retórica deconstructiva: ¿puede ser que no podamos leer lo que dice Hegel sobre el símbolo y el lenguaje porque esto desestabilizaría “el valor de la estética” (1996, 95)?

De Man rastrea la distinción entre “signo” y “símbolo” planteada por Hegel en *La enciclopedia* (1817) y *La estética* (1830), para proponer que el problema radica justamente en que esta distinción no se sostendría en el arte porque excluiría todas las formas de expresión no-representacionales. Retomando lo que vimos anteriormente, por un lado el signo “estresa la arbitrariedad de la relación entre el componente sensorial necesariamente involucrado en cualquier signo y el significado intencionado [intended meaning]” (1996, 96), de manera que no hay continuidad entre el contenido de la percepción y el contenido de lo significado. Por otro lado, el símbolo es definido como “una percepción cuya propia determinación [o

31 Silvio Mattoni en “Blanchot: la detención de Orfeo” retoma el nexo entre escritura y muerte para afirmar que uno de sus grandes aportes reside en discutir el lugar común de que se escribe contra la muerte: “se escribe para no morir, tal vez, pero también se escribe para hacer posible la representación de la muerte, que sólo esbozará una idea de obra en el instante de su cumplimiento, es decir, en el momento de inexistencia del escritor que hace existir a un autor” (2014, 23).

32 Los seis libros son: *Falsos pasos* (1943), *La parte del fuego* (1949), *El espacio literario* (1955), *El libro por venir* (1959), *La conversación infinita* (1969) y *La amistad* (1971).

significado] más o menos corresponde, esencial o conceptualmente, con el contenido que expresa en tanto símbolo” (1996, 96). De Man valora el signo por sobre el símbolo, en tanto el primero no depende de las propiedades referenciales a las que apunta para poder significar.

En este punto, queremos recordar que la distinción entre signo y símbolo aparece en el desarrollo dialéctico recién analizado, precisamente en el movimiento progresivo que va de la intuición al pensamiento y, luego, al concepto. De Man, en un gesto funcional a la argumentación de su apuesta teórica, realiza una apropiación retórica de Hegel al decir que su filosofía consiste en una dialéctica de la internalización: “La metáfora que organiza el sistema entero es la de la interiorización” (1996, 100). El arte y la literatura, entendidos como manifestación sensorial de un contenido interno— una entidad que ha sido internalizada por medio del proceso dialéctico que involucra los distintos tipos de "imaginación" analizados³³—, es en sí misma también un contenido externo. De Man extrema esta argumentación al afirmar que Hegel es el teórico de la internalización (en el recorrido que va desde la *Fenomenología del espíritu* a la *Estética*).

Nos detenemos en esta argumentación porque De Man involucra allí las dos versiones de la "memoria" que vimos en el apartado "Representación" de la *Enciclopedia*: nos referimos a la distinción entre "Erinnerung" y "Gedachtnis" —la primera se traduce por "recolección" o "recuerdo", mientras que la segunda se traduce por "memoria"—. De Man destaca la importancia de la “Erinnerung como base de la estética así como también de la conciencia histórica. Erinnerung, recolección, como acopio interno y la preservación de la experiencia, reúne historia y belleza en la coherencia de un sistema” (1996, 101). Ahora bien, si el arte —definido como la manifestación sensible de la Idea— ocurre en el modo de la recolección, es decir, como un proceso dialéctico que articula interioridad y exterioridad, De Man se pregunta “¿en qué parte, dentro del sistema hegeliano, puede decirse que el intelecto, la mente, o la idea dejan rastros/huellas [traces] sobre el mundo, y cómo tiene lugar esta aparición sensorial?” (1996, 101). Como veremos a continuación, este lugar lo va a ocupar el significante, la letra, como inscripción material.

Entonces, si "Erinnerung" se relaciona con la memoria entendida como recolección de recuerdos, "Gedachtnis" por su parte es la facultad de la mente que apunta al acto de “memorización” . Dice Hegel: “en el discurso ordinario [opuesto al filosófico] a menudo se la confunde con Erinnerung [recolección], y con representación e imaginación”. (2005,

33 Como vimos anteriormente, este mismo movimiento es el que lee J.Derrida en torno a su lectura de la partícula francesa *pas*.

500) De Man destaca la importancia de la memorización en relación con el pensamiento – que es precisamente el lugar de la contradicción que retomamos de Surber–:

La sorpresa, en Hegel, es que la progresión desde la percepción al pensamiento depende de la facultad mental de memorización (...). Para entender el pensamiento, primero tenemos que entender la memoria pero, dice Hegel, ‘entender el lugar y el significado de la memoria en el estudio sistemático del intelecto (...) es uno de los puntos más difíciles en el estudio de la mente’(1996, 101).

La memorización entonces se relaciona con los signos: la escritura aparece a posteriori como signo de signos. En el párrafo 460 de la *Enciclopedia* Hegel establece que el nombre es "el enlace de la representación como algo interior con la intuición como algo exterior, es el mismo *exterior*. El recuerdo [Erinnerung] de esta exterioridad es la memoria"³⁴ (2005, 505). Así, en este párrafo de Hegel el nombre es el espacio donde ocurre el pensamiento, en tanto es una exterioridad donde ocurre el enlace entre algo interior con otra exterioridad; los nombres no como objetos del pensamiento sino como el medio donde pensamos la cosa, el objeto. Dice Hegel: "es en el nombre donde pensamos" (2005, 506)³⁵. En relación con esto, la escritura como máquina del pensamiento es una de las figuraciones más recurrentes en De Man, por ejemplo en el ensayo sobre Rousseau que analizamos anteriormente.

Memorización (Gedachtnis) se distingue así de recolección (Erinnerung) e imaginación (Phantasie) porque es sin imagen (bildlos), pero igualmente posee materialidad. Para Hegel, aprender es “Auswendig lernen”, “to learn something by heart”, “aprender de memoria”, es decir, aprender por el registro de la materialidad, cuando el significado se borra y ya no se lo asocia con una palabra. Recuperamos a continuación un pasaje extenso de Hegel sobre este tema, ya que se conecta con lo que vimos en Surber y también funciona como referencia para la tesis principal de Paul de Man en el texto que veníamos analizando:

alguien sabe un texto de memoria solamente cuando las palabras no poseen ningún sentido (...) La memoria es de esta manera el paso a la actividad del pensamiento que ya no tiene ninguna significación, esto es, lo subjetivo ya no es algo distinto de su objetividad, igual que esta interioridad está–siendo en ella misma (...) La memoria como tal es de suyo la manera meramente exterior, el momento unilateral de la existencia del pensamiento (Hegel, 2005, 509).

34 Siguiendo con la lectura del Orfeo blanchotiano, Mattoni se pregunta qué queda entonces del acto insensato de escribir: “Ya en el descenso, en la intención de acudir al reino ausente para buscar la ilusión sensible de alguien presente –cuerpo, mirada y voz–, el que escribe se dio vuelta, se miró buscándose, y empezó a desaparecer en lo escrito” (2014, p. 24). Más adelante, Mattoni ensaya una respuesta: “todo desaparece, como Eurídice, pero también, antes del golpe, en el momento, todo brilla en el cielo de apariencia inmutable, como la constelación que trazó de una vez y para siempre la corona de Ariadna divinizada” (2014, 26).

35 Las traducciones de este texto son nuestras.

A partir de esto, Paul de Man responde la pregunta que se había planteado sobre la aparición sensorial de la Idea: ésta ocurre entonces en la memorización de un nombre en tanto que es inseparable de su notación, inscripción material, escritura. Dice De Man:

La idea, en otras palabras, hace su aparición sensorial, en Hegel, como la inscripción material del nombre. El pensamiento depende enteramente de una facultad mental que es completamente mecánica, tan carente como sea posible de los sonidos y las imágenes de la imaginación, o de la mina oscura de la recolección [Erinnerung], que yace más allá del alcance de las palabras y del pensamiento (1996, 102).

La memoria como Gedachtnis es el punto donde se sitúa la apuesta demaniana de que lo "bello" no es la manifestación sensible de la Idea, sino su inscripción material. Para De Man, hay memoria en la medida en que se olvida el recuerdo de la intuición y se alcanza la exterioridad mecánica de la palabra. Pensamos en los nombres pero ellos son, en tanto signos, "la inscripción muda [silent] donde la relación entre lo que uno percibe y lo que comprende, entre letra escrita y significado, es sólo exterior y superficial" (1996, 102), lo cual difiere completamente de la noción de símbolo como garante del goce estético que referimos anteriormente. Si volvemos a las dos afirmaciones de Hegel sobre el arte, la explicación de De Man es que el hecho de que el arte sea cosa del pasado, y que sea simbólico, equivalen a la misma afirmación:

En la medida en que el paradigma del arte es el pensamiento más que la percepción, el signo más que el símbolo, escribir más que pintar o la música, también va a ser memorización más que recolección. Como tal, pertenece de hecho al pasado que, en palabras de Proust, nunca puede ser capturado, *retrouvé*. El arte es cosa del pasado en un sentido radical, porque, como la memorización, deja la interiorización de la experiencia siempre detrás suyo. El arte pertenece al pasado en tanto inscribe materialmente, y así olvida, su contenido ideal (1996, 103).

Como se puede ver, mediante el desarrollo de la tensión entre "memorización" y "recolección" De Man toma partido por el signo en detrimento del símbolo para problematizar el lugar que ocupa la estética en el pensamiento hegeliano. Si lo bello, en tanto manifestación sensible de la Idea, toma la forma del "símbolo", ¿existe en Hegel un tipo de arte no simbólica y, por tanto, no estética, que tome la forma de lo que describimos como "signo"? Recuperamos la respuesta de De Man a este interrogante, no sólo porque concluye la argumentación de su texto, sino también porque consideramos que es una buena herramienta para pensar varias de las relecturas que se hicieron de Hegel a partir del siglo XX – entre las que se encuentran las intervenciones que analizamos en este trabajo–.

La apuesta demaniana consiste en afirmar que en Hegel la teoría del signo se manifiesta en las formas de arte "feas", es decir, no estéticas, entre las cuales la "alegoría" es

la principal. La alegoría, al igual que la parábola o la imagen, son considerados géneros inferiores porque no presentan, como sí lo hace el símbolo, los significados siguiendo su adecuación a la realidad. Podemos decir que la *inversión dialéctica* es la lógica que rige todo el texto de De Man, revalorizando la mecanicidad del signo y la memorización por sobre el aura estética del símbolo y la recolección. Sobre el final del texto leemos: “los costados negados del canon hegeliano son quizás articulaciones maestras en lugar de los muy llamativos juicios sintéticos que recordamos como los lugares comunes de la historia del siglo XIX” (1996, 104) . Esto se conecta con la hipótesis central de Paul de Man, quien afirma que la filosofía de Hegel “es de hecho una alegoría de la disyunción entre filosofía e historia, entre literatura y estética, entre experiencia literaria y teoría literaria” (1996, 104). La siguiente cita de Derrida nos ayuda a circunscribir los alcances de esta forma de concebir la alegoría que enfatiza en su aspecto secuencial y narrativo:

la alegoría no es sólo una forma de lenguaje figurativo entre otros; representa una de las posibilidades esenciales del lenguaje: la posibilidad que permite al lenguaje decir lo otro y hablar de sí mismo mientras habla de otra cosa: la posibilidad de siempre decir algo diferente de lo que ofrece a la lectura” (Derrida, 2008, 25).

Teniendo en cuenta lo visto hasta ahora, proponemos interpretarlo de la siguiente manera: la dialéctica, mientras cuenta la historia de la síntesis y la superación, *realiza performativamente* su disyunción, es decir, la interrupción de su poder de síntesis. Acordamos con Paul de Man en cuanto a que el motivo de esta disyunción no es historizable, en la medida en que son razones “inherentes al lenguaje, en su necesidad que también es imposibilidad, de conectar al sujeto con su predicado o al signo con sus significaciones simbólicas” (1996, 104). El hecho de que esta disyunción sea inherente al lenguaje se conecta con una de las sentencias más recordadas de De Man sobre la *resistencia a la teoría*, pues justamente establece que es una “resistencia inherente a la empresa teórica misma” (2002, 12)³⁶. De esta manera, proponemos que la resistencia es el modo en el que se manifiesta la tensión entre experiencia y teoría, es decir, entre experiencia y lenguaje. A los fines de nuestra investigación, nos interesa destacar las implicancias filosóficas de la perspectiva de la resistencia a la teoría, sobre todo en lo que respecta a Hegel, ya que como veremos a continuación la propuesta de Blanchot involucra la filosofía hegeliana de forma decisiva en su argumentación.

36 Las traducciones de este texto son nuestras.

1.3. Circularidad. Paul de Man lee a Blanchot

Luego de este recorrido por Paul de Man, basado en el desarrollo de la perspectiva teórico-metodológica de la resistencia, proponemos ingresar en el análisis de la obra crítica de Blanchot, con el objetivo de delimitar distintos aspectos de su obra que luego pondremos en juego para leer los distintos episodios de recepción. En este apartado tomamos como referencia el ensayo de Paul de Man “Impersonality in the Criticism of Maurice Blanchot”, que aparece publicado en el libro *Blindness and Insight* de Paul de Man en 1971. No obstante, la primera versión de este ensayo se publica en el número 229 de la revista *Critique* (1966) dedicado enteramente a la obra de Blanchot –como veremos en los capítulos 2 y 3, este dossier es fundamental para analizar la recepción de Blanchot en Argentina ya que muchos de los textos allí reunidos son traducidos al español y, por tanto, sirvieron como puntos de referencia en un contexto donde los estudios sobre el tema eran escasos–. Allí el título del ensayo, además de la lengua en la que está escrito, es diferente: “La circularité de l’interprétation dans l’oeuvre critique de Maurice Blanchot”. En su mayoría, la versión en inglés de 1971 es idéntica a la de 1966. Los cambios consisten en una breve introducción en la versión de 1971 donde Paul de Man enmarca la apuesta crítica de Blanchot en el contexto intelectual francés de la posguerra. Paul de Man sitúa a Blanchot por fuera de las “modas intelectuales” que tuvieron un lugar en la literatura francesa después del final de la guerra: Sartre, Camus y el existencialismo humanista, seguido por el experimentalismo del nuevo teatro y el *nouveau roman*. A partir de la tendencia moderna que inaugurarían las vanguardias, el contexto intelectual europeo aparece caracterizado por “un constante entrecruzamiento entre la práctica literaria y la teoría crítica. Sartre y su grupo eran los exponentes teóricos de sus propios dispositivos estilísticos, y la afinidad entre la crítica estructuralista y el *nouveau roman* son obvios” (De Man, 1971, 61)³⁷. Blanchot complejiza esta constante de la relación entre literatura y crítica, obviando pronunciarse en debates públicos, ya sean literarios o políticos. En ese contexto, De Man establece que se lo conoce principalmente como crítico a partir de las numerosas columnas literarias que publica en la *NNRF* entre otras revistas:

Un número considerable de lectores han seguido sus ensayos, que a menudo aparecen en la forma de reseñas de libros [topical book-reviews] en varias revistas que no son particularmente esotéricas o de vanguardia: *Journal des débats*, *Critique* y *La Nouvelle revue française* donde Blanchot contribuye con un artículo mensual (...) Más filosófica y abstracta que Charles du Bos y menos propicio a la aplicación práctica

³⁷ Recordemos que en “Los grandes reductores” se postulan cuatro puntos de resistencia: “la política, el juego del deseo, la poesía, el pensamiento” (Blanchot, 1971, 59).

que las teorías de la imaginería material de Bachelard, la crítica de Blanchot se ha mantenido aparte de los recientes debates y polémicas metodológicas (...) más que incidir directamente en los métodos críticos existentes, su obra pone en cuestión la posibilidad de elaboración de todo discurso crítico en un modo que alcanza un nivel de conciencia [awareness] que ningún otro crítico contemporáneo ha alcanzado (1971, 61).

Paul de Man parte de la hipótesis de que Blanchot deriva sus lecturas críticas respecto de la obra de otros a partir de su propia experiencia como escritor de prosa narrativa. A causa de esto, siempre según De Man, sería más fácil ingresar a la obra ficcional de Blanchot desde su obra crítica que al revés. Justamente, la particular relación entre obra crítica y obra ficcional en Blanchot es para De Man lo que hace de Blanchot uno de los escritores “más importantes del siglo [XX]” (1971, 62).

De esta manera, Paul de Man describe el movimiento de interpretación que caracteriza a las “lecturas” de Blanchot, principalmente a partir de *El espacio literario*, tomando como punto de partida esta relación entre crítica y ficción. En uno de los pocos momentos donde Paul de Man realiza una suerte de fenomenología de efectos de lectura como punto de partida para caracterizar la obra de Blanchot:

Leer a Blanchot difiere de cualquier otra experiencia de lectura [cuando lo leemos] rápidamente olvidamos todo lo que asumimos saber acerca del escritor tratado. Esto no ocurre porque las insight de Blanchot necesariamente nos obliguen a modificar nuestra propia perspectiva (...) si volvemos a leer al autor en cuestión, nos encontraremos en el mismo punto, nuestra comprensión apenas se ve enriquecida por los comentarios del crítico. Blanchot, de hecho, nunca intentó performar una tarea de exégesis que combine un conocimiento previamente adquirido con nuevas elucidaciones. La claridad de sus escritos críticos no se debe a su poder exegético; parecen claros, no porque penetren en un dominio oscuro e inaccesible, sino porque suspenden el acto de comprensión. La luz que arrojan sobre los textos es de una naturaleza diferente. Nada, de hecho, puede ser más oscuro que la naturaleza de esta luz (1971, 62-63).

Entonces, como mencionamos, Paul de Man propone un acercamiento, tanto a la obra crítica como a la obra literaria de Blanchot, a partir de sus teorizaciones sobre la lectura y la interpretación. En este sentido, De Man destaca que la obra de Blanchot se caracteriza por una puesta en cuestión de la posibilidad misma de elaboración del discurso crítico, razón por la cual su propia crítica nunca intenta ser una suerte de exégesis aclaratoria de la obra que tiene por objeto. Esta ética blanchotiana de la crítica, como lúcidamente lo nota De Man, es ante todo una ética de lo que el proceso de lectura es o debería ser: Blanchot ubica la lectura “más acá o más allá del acto de comprender” (1971, 63), gesto que, a las claras, rompe con los presupuestos de la crítica tradicional de aquel entonces vinculada con el estructuralismo y la hermenéutica. Para De Man, las reflexiones críticas de Blanchot no nos ofrecen

confesiones personales o experiencias íntimas, obstaculizando nuestro acceso como lectores a la ilusión de que podemos acceder a la conciencia del otro por medio de la escritura. Ese retraimiento se constituye no obstante como una forma de la intimidad impersonal, en la medida en que:

no pertenece a un ser en particular, teniendo en cuenta que su prosa no revela nada acerca de su experiencia privada (...) y aun en los artículos claramente inspirados en consideraciones literarias, su lenguaje está lejos de ser de evaluación u opinión (...) Cuando leemos a Blanchot, no estamos participando en un acto de juicio, simpatía o comprensión. Como resultado, la fascinación que experimentamos es seguida por un sentimiento de resistencia, por un rechazo a dejarnos confrontar con algo opaco de lo que la conciencia no puede aferrarse [on which our consciousness can find no hold]" (1971, 63).

En esta cita estamos ante una de las primeras modulaciones de la resistencia a Blanchot. De Man ahonda en la teoría literaria de Blanchot partiendo de la construcción que éste hace del acto de la lectura. De Man parte de la siguiente cita de *El espacio literario*:

la lectura no hace nada, no agrega nada; deja ser lo que es; es libertad, no libertad que da el ser o lo toma, sino libertad que acoge, consiente, dice sí, sólo puede decir sí y, en el espacio abierto por ese sí, deja afirmarse la decisión trastornante de la obra, la afirmación de que es, y nada más (Blanchot, 1992, 182).

La obra literaria, siguiendo la interpretación de Paul de Man, no poseería para Blanchot ninguna entidad más allá del acto de lectura, al carecer de cualquier tipo de condición objetiva. A su vez, la obra no representaría, tal como lo establece Blanchot, un campo en el cual, tanto el autor como el lector, escenifiquen una relación de diálogo entre ellos (en el sentido hermenéutico del término). Más bien, lo que ocurre en la lectura es un proceso en el que lector y autor se desprenden de todo eso que los caracteriza y los define como tales: “[la lectura] devuelve al lector, por un momento, a lo que podría haber sido antes de tomar la forma de un ser en particular.” (1971, 64). En otros términos, podemos decir que el lector transita una desobjetivación que implica una suerte de ruptura de las expectativas culturales que posee, en tanto toda experiencia de lectura literaria necesariamente nace de una lectura cultural que se ve continuamente asediada por un residuo de indeterminación, en palabras de De Man, que no se deja reducir a los parámetros y demandas de la cultura sino que, por el contrario, impide que tales parámetros tomen o sigan su curso.

El acto de lectura es el que abre este espacio, teniendo en cuenta que la posibilidad de ser leído por Otro transforma el lenguaje del escritor de un proyecto a una obra (Mallarmé) que de ahí en más va a estar siempre separada de él; y sitúa al lector ante la presencia de la anterioridad difiriente del origen, que siempre se sitúa más allá del alcance de cualquier

búsqueda. La lectura para Blanchot, entonces, “no agrega nada”, a diferencia de la interpretación cuyo movimiento consistiría en “generar un lenguaje en contacto con otro lenguaje, una especie de sobre-lenguaje [over-language] que se agrega al de la obra” (1971, 64). De Man se cuida de distinguir este acercamiento de los modelos de interpretación objetivos e intersubjetivos (entre el positivismo y la hermenéutica). El giro de Blanchot, que forma parte de los enfoques formalistas/textualistas del siglo XX inaugurando lo que años más tarde se denominará deconstrucción, consiste en entender la lectura a partir de la obra y no de los sujetos que la constituyen, pero sin darle, como los estructuralistas, un estatus objetivo a lo que ellos llamarán “texto”.

Entonces, la forma en la que Blanchot lee se caracteriza por la (auto)exigencia de no agregar nada a lo que ya está ahí. Pero ocurre que la lectura remonta al lector al origen mismo de la obra, arrastrándolo a lo que Blanchot llama “la experiencia original”, experiencia que puede pero no debe saturarse con “ninguna adición, ya sea en la forma de una explicación, un juicio o una opinión” (1971, 64) lo cual nos alejaría como lectores de ese centro al que la lectura de la obra nos convoca. Este acto de lectura, “pasivo” si se quiere, porque no pretende agregar nada, es según De Man “la definición de un lenguaje verdaderamente interpretativo” (1971, 65). El adjetivo “verdaderamente” presenta dificultades, sobre todo si tenemos en cuenta que el acercamiento de Blanchot busca escaparse de designaciones de ese tipo. Consideramos que es posible leer la presencia incómoda de este adjetivo en línea con lo que el propio De Man afirma los vínculos entre lectura e historia: “lo que llamamos interpretación literaria –siempre que sea una buena interpretación– es de hecho historia literaria” (1971, 165). Esta “buena” interpretación que supone la construcción de un lenguaje “verdaderamente” interpretativo se debe explicar entonces a partir de la lectura de De Man sobre Blanchot que estamos desarrollando.

Es importante destacar que De Man centra su análisis sobre Blanchot a partir de la tesis, presente en *El espacio literario*, de que un escritor nunca podrá leerse a sí mismo, es decir, de la imposibilidad de la auto-lectura. Esta postura, crucial para entender a Blanchot, implica que no puede haber lectura de uno mismo sino que el que lee siempre es el otro, y se conecta también con “la dificultad de renunciar a la creencia de que toda literatura es un nuevo comienzo, que la obra es una secuencia de comienzos” (1971, 65). Pero esta creencia, como venimos viendo, no es más que una ilusión: “El poeta sólo puede comenzar su obra porque está dispuesto a olvidar que este supuesto comienzo, en realidad, no es más que la repetición de un fracaso previo, que resulta precisamente de la incapacidad por comenzar de nuevo” (1971, 66), un escritor jamás podría escribir una obra si piensa que ella ya está

escrita, si sabe que su labor forma parte de un movimiento de recomienzos que no sólo lo trasciende sino que se hunde en el origen antropológico del hombre –del lenguaje y del arte–. En la lectura no estamos ante la inminencia de un comienzo que nos pondría de cara al origen de la obra, sino que “asistimos a la reafirmación de la imposibilidad del comienzo y del origen, de la imposibilidad de comenzar” (1971, 66). Todo parte de la imposibilidad del comienzo, de la creencia de que todo comienzo no es más que un recomienzo en tanto no hay plenitud posible en el origen. Esto es lo que Blanchot da por supuesto para construir su teorización. El lector bien puede optar por olvidar el hecho de que la obra testifica la imposibilidad de que ella misma exista pero, siguiendo a Blanchot, si el escritor se lee a sí mismo no podría evocar esa imposibilidad propia de la creación de la obra literaria porque, si esto ocurriese, tal descubrimiento “paralizaría cualquier intento posterior de crear literatura.” (1971, 66). A partir de esto, de Man arriba a la siguiente conclusión:

La lectura, así como también la crítica (entendida como la actualización en el lenguaje, del lenguaje potencialmente involucrado en toda lectura) puede devenir en interpretación genuina, en el sentido más profundo del término, siempre que entre el autor y su obra se establezca una relación de total extrañamiento, rechazo y olvido (1971, 66).

En *El espacio literario*, Blanchot abre y cierra el libro a partir de esa figura: al inicio, la modulación se realiza en torno a la frase latina “noli me legere”. Esta imposibilidad de leer no es un movimiento puramente negativo, sino la única aproximación posible del autor con la obra. Todo depende de la construcción de la obra que Blanchot realiza: “la imposibilidad de leer es el descubrimiento de que ahora, en el espacio abierto por la creación, ya no hay sitio para la creación, y que el escritor no tiene otra posibilidad que la de escribir siempre esa obra” (Blanchot, 1992, 18). Es una suerte de “autonomía” de la obra, pero no la que distingue la polaridad positiva entre sujeto y objeto, o la síntesis dialógica que alcanzaría la hermenéutica, sino que arroja al escritor a la “soledad” de quien escribe (en relación con la cultura y la historia) –propuesta al menos desde *Faux pas* en adelante–. También es el punto donde introduce la noción de “espacio” y de “imagen”: “la imagen y no al objeto, a lo que hace que las palabras mismas puedan transformarse en imágenes, apariencias, y no en signos, valores, poder de verdad” (1992, 18). El movimiento de la imposibilidad de autolectura entonces da cuenta de que el escritor, al no poder leerse, no puede “aprender” y seguir escribiendo en base a ese aprendizaje, la lectura es siempre lectura del otro, y entendida de este modo uno no puede ser el otro para sí mismo, y seguir escribiendo en base a ese aprendizaje, quedando condenado a volver a escribir sobre lo mismo, convirtiendo cada comienzo en recomienzo. Al final del libro, se retoma esta figura a propósito de René Char:

El escritor nunca puede leer su obra por la misma razón que le crea la ilusión de leerla (...) es necesario que la obra terminada se le escape, espase de quien la hace, se concluya alejándolo, se realice en ese “alejamiento” que lo desposee definitivamente, alejamiento que toma precisamente entonces la forma de la lectura (y en el que la lectura toma forma) (...) La lectura nace entonces en ese momento en que el ‘vacío’ que durante la génesis de la obra señalaba su inacabamiento, señalaba también la intimidad de su progresión, el impulso de ‘el ser que proyecta’; la lectura nace en ese momento en que la distancia de la obra respecto de sí misma cambia de signo y ya no indica su inacabamiento sino su *realización* [*accomplissement*], ya no significa que aún no ha sido realizada, sino que nunca hubo de serlo (1992, 189).

El lector, de esta manera, es siempre futuro: lector por venir. Leer no es obtener comunicación de la obra, sino “hacer” que la obra se comunique, realizarla como acto comunicativo, a partir de esos dos poderes llamados leer y escribir. Tomando como referencia nuestro trabajo sobre la recepción de Blanchot en Argentina, podemos encontrar en los casos de Eduardo Grüner (específicamente, en “El ensayo un género culpable”) y de Juan Ritvo una modulación particular de esta forma de concebir las relaciones entre “lectura” y “escritura” que focaliza en sus implicancias en el campo del saber . Dice Ritvo en la clase inaugural de la cátedra “Teoría de la lectura” –que, junto con el ensayo de Grüner, lo analizaremos en detalle en el capítulo 3–:

Pero eso que he leído, eso que de algún modo he entendido, es algo familiar, pero familiarmente extraño, puesto que no lo sé. El escándalo de la lectura revela el reverso de la operación hermenéutica. Revela que he entendido cosas que no sé. Que estoy, como lector, dividido por ese saber que me implica y que no hago más que interrogar, hacia atrás, qué es lo entendido. Pero para tratar de captarlo en el futuro, como un saber por venir, que habrá de venir (Ritvo, 2017, 32).

Volviendo al desarrollo de De Man, ante la imposibilidad por comenzar (sólo la palabra divina escribe de la nada y postula la realidad), para Blanchot el acto de escribir es posible en tanto se está dispuesto a *olvidar* dicha imposibilidad. El lector puede dar cuenta de este olvido cuando lee la palabra escrita por otro, pero si dirigiese este poder interpretativo hacia sí mismo no podría volver a escribir. La ilegibilidad entonces puede pensarse como modulación de la auto-ilegibilidad, y en el esquema de Blanchot es la variable que delimita la relación entre la obra y el escritor, y entre la obra y el lector. En Blanchot, lo ilegible distingue la potencia de lectura y la potencia de escritura (1971, 66). Esto le permite a De Man construir su tesis central sobre la relación entre la obra crítica y la narrativa de Blanchot: “Podría mostrarse que la crítica de Blanchot prefigura la auto-lectura hacia la cual él está, en última instancia, orientado” (1971, 67). La obra “crítica” de Blanchot se orienta entonces hacia esa auto-lectura imposible de su obra “literaria”. Este movimiento se aclara si recuperamos la imagen de la “circularidad”, palabra presente en la primera versión del ensayo

publicado en el número 229 de *Critique*. Como veremos en los próximos apartados donde trabajaremos específicamente con la obra de Blanchot, esta relación de “circularidad” entre literatura y crítica no sólo es uno de los aspectos centrales de su obra, sino que también es determinante para leer su recepción en la crítica literaria argentina.

1.4. Blanchot

La *obra* del escritor francés Maurice Blanchot está íntimamente ligada a sus publicaciones en distintas revistas y periódicos a lo largo de más de treinta años. De hecho, sus libros de crítica y teoría literaria son, en su mayoría, compilaciones de textos publicados anteriormente en revistas. Esta afirmación requiere una serie de aclaraciones y distinciones metodológicas. En primer lugar, la decisión de denominar ese conjunto de textos como de crítica y teoría *literaria* se basa en que el objeto de estas reflexiones y de la escritura de Blanchot, en la mayoría de los casos, tiene que ver con la literatura. En este sentido, existe cierto consenso en las investigaciones sobre la obra de Blanchot en dividirla según cuatro registros o tipologías genéricas: escritos políticos, crítica literaria, *récits* ficcionales y un género híbrido que cruza la reflexión filosófica con el relato ficcional a partir de la forma del fragmento (a esta última zona pertenecen los libros publicados por Blanchot, *El paso (no) más allá* (1973) y *La escritura del desastre* (1980)). No obstante, es muy difícil de sostener esta distinción de manera rigurosa: la escritura de Blanchot resiste y desbarata cualquier intento por estabilizarla, nominarla u organizarla. Esta indistinción puede ser leída como una de sus principales apuestas. La dificultad que supone escribir *sobre* Blanchot es uno de los motivos que se repiten una y otra vez, tanto en sus detractores como Tzvetan Todorov como en algunos de los escritores sobre los que mayor influencia tuvo –entre los que se destacan Roland Barthes, Jacques Derrida y Michel Foucault–. Por supuesto, en nuestra investigación sobre su recepción en la crítica literaria argentina nos hacemos cargo de esa dificultad, no sólo porque aquí escribimos *sobre* Blanchot, sino también porque nuestro objeto está constituido por escrituras que refieren en mayor o menor medida a la obra de Blanchot en contacto con lecturas de literatura y de crítica argentina. Buscamos indagar en estas “dificultades” a partir de la perspectiva de la resistencia que venimos desarrollando, articulada con una lectura de la obra de Blanchot focalizada en el movimiento de la literatura como impugnación de la cultura. Es por esto que en primer lugar reconstruimos las diversas publicaciones de Blanchot en revistas literarias y culturales francesas que posteriormente se

compilan en libros, luego vamos a focalizar en un corpus específico de ensayos publicados en la *Nouvelle Nouvelle Revue Française* durante 1964 –donde aparecen los temas de interrupción, voz narrativa, neutro y también las relaciones de Blanchot con el romanticismo alemán–. Por último, nos detendremos en una lectura detallada del ensayo “La literatura y el derecho a la muerte”, focalizando en los modos en que Blanchot reformula los sistemas filosóficos de Hegel y Heidegger. Nuestro punto de llegada es la presentación del movimiento de la literatura como impugnación de la cultura –entendida ésta como un proceso dialéctico–, ya que nuestra hipótesis es que dicho movimiento resulta fundamental para explicar el desarrollo de la recepción de Blanchot en la crítica literaria argentina. .

1.4.1. Publicaciones en revistas

Blanchot comienza a publicar en la prensa periódica durante la década de 1930 principalmente en diarios de la derecha nacionalista francesa, entre los que se destacan *Combat*, *L'Insurgé*, *Aux Ecoutes* y *Journal des Débats*. En algunos de ellos, incluso, llegó a ocupar posiciones de gestión editorial. Si bien en los primeros años Blanchot escribe sobre temas políticos, en 1937 también comienza a escribir columnas semanales sobre literatura donde pone en juego la exigencia de producir textos críticos a un ritmo rápido. En 1940, con la Ocupación Alemana en Francia, Blanchot abandona definitivamente el periodismo político y empieza a publicar crónicas literarias en el *Journal des Débats* entre 1941 y 1944. En total son 171 columnas, de las cuales 54 se reimprimen en *Falsos Pasos* (1943), el primer volumen de crítica literaria de Blanchot. La demanda de la lógica de la prensa hace que este conjunto de textos sea variado, al combinar comentarios, reseñas y ensayos. No obstante, este comienzo nos permite delimitar un rasgo que se repetirá en los años posteriores: la escritura en contacto con la obra del *otro* como modo de indagación y autoreflexión.

Con el fin de la guerra en 1944 empieza el período más prolífico de Blanchot, durante el que publica en revistas y también libros. Ya en contacto con Georges Bataille, participa activamente en los primeros años de la revista *Critique*, donde publica 9 artículos que, sumados a distintas colaboraciones en *L'Arche* y *Les Temps Modernes*, conforman *La parte del fuego* (1949). Si tomamos el conjunto de la obra de Blanchot, podemos notar que la publicación de estos dos primeros libros marca el paso del tono periodístico al de investigación. De hecho, a partir de 1953, Blanchot comienza a publicar un artículo mensual para la columna "Recherche" de la *Nouvelle Nouvelle Revue Française*. En total, son 128

artículos que conforman sus tres siguientes libros: *El espacio literario* (1955), *El libro que vendrá* (1959) y *La conversación infinita* (1969).

Teniendo en cuenta este recorrido, ¿cómo explicar que un escritor, influyente en el campo intelectual francés del siglo XX, pase de escribir en diarios de derecha a participar activamente durante las protestas de mayo de 1968? Este interrogante puede leerse en el libro *The Blanchot reader* publicado por Michael Holland en 1995; libro que ocupa un lugar inaugural en la recepción de la obra de Blanchot en lengua inglesa ya que no sólo se traducen allí varios textos de Blanchot inéditos en esa lengua sino que también contiene uno de los primeros estudios sistemáticos de la trayectoria intelectual del escritor francés. Para explicar este particular recorrido Holland hace referencia al giro, a la conversión de Blanchot a la literatura, tras los acontecimientos políticos de la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, con la Ocupación Alemana en Francia:

La existencia de Blanchot es enteramente tomada por la literatura. La literatura se convierte en el lenguaje de la realidad que consiste simplemente en el lenguaje reducido al silencio y la deriva de lo imaginario (...) La literatura constituía para Blanchot un modo de indiferencia respecto de los eventos al convertir en una ausencia al sujeto que los vive (...) esta indiferencia lo convierte en escritor (Holland, 1995, 12).³⁸

La propuesta crítica de Michael Holland es un intento por explicar el movimiento mencionado: los libros que Blanchot publica entre 1969 y 1980 son explicados por el posicionamiento político comunista que adquiere su figura a partir de mayo del 68 y por la referencia directa a Nietzsche; esto se plasma, en el plano de la forma, en la escritura fragmentaria que adquiriría su obra en el período mencionado, mientras que en el plano del contenido lo hace en el constructo teórico de la idea de *comunidad*. El movimiento, según Holland, se explica también por el supuesto intento de Blanchot por *purgar* los posicionamientos políticos conservadores que sostuvo durante las décadas del 30 y del 40, donde la referencia filosófica central no sería tanto Nietzsche como Heidegger. Teniendo en cuenta las filiaciones políticas de Heidegger, este cambio no es en ningún modo casual dentro del esquema que se pretende construir. Holland demarca que hasta *El espacio literario* (1955) las referencias pasan por la filosofía de Heidegger, y que en 1958 con el regreso de Blanchot al mundo de la política, regreso marcado por su participación en la resistencia al golpe de Charles de Gaulle:

con el objetivo de superar a Heidegger, Blanchot recurre a otro filósofo: Nietzsche (...) Puede decirse que es en compañía de Nietzsche que Blanchot realiza su última

³⁸ Cabe destacar que en la traducción al español de este texto la palabra “contestation” aparece traducida como “contestación” (Blanchot, 1976, 63).

transición, *el paso (no) más allá* cuya conjunción va a proveerle, después de 1969, con el espacio y el lenguaje para el modo de escritura fragmentario (Holland, 1995, 261).

El argumento de Holland es que la obra de Blanchot hasta los 50 se divide entre el lenguaje literario (los *récits*) y el lenguaje no literario (las reseñas), distinción que además aparece teorizada en *El espacio literario*. Holland destaca que desde 1930 hasta finales de 1950:

Blanchot atravesó la división entre literatura y crítica al practicar ésta última como un rechazo sistemático de las versiones falsas de la literatura, desde dentro del "mundo" de su propia experiencia como escritor. La crítica no hizo más que arbitrar el límite entre el lenguaje de su "mundo" y el lenguaje del mundo. Con su retorno al mundo de la política, y la consecuente pérdida de distinción entre ese mundo y el "mundo" de la literatura que había habitado durante tanto tiempo, la división original sólo podía desaparecer (Holland, 1995, 259).

Si bien Holland acierta al afirmar que el medio en el que se juegan estas divergencias políticas es el lenguaje –un conflicto entre dos formas de lenguaje–, creemos que esto lo lleva a sostener en una valorización de la escritura de ficción, de los *récits*, por sobre la escritura crítica de los ensayos y reseñas. Esta sistematización tiene lugar a partir de una serie de paralelismos que convergen en un mismo punto: las formas de la escritura y la filosofía que la sostiene serían el correlato de los cambios de posicionamiento político. El punto de llegada es, entonces, la filosofía de Nietzsche, la forma del fragmento heredada del romanticismo alemán y las teorizaciones sobre la *comunidad*. El cambio de posicionamiento político de Blanchot –que en un primer momento lo aleja del mundo de la política, refugiándose en la literatura como forma de denegar los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial– explica luego la desaparición de la literatura y la emergencia de la filosofía que caracteriza sus últimos escritos con el retorno a la participación política activa. Desde esta perspectiva, el final de este proceso culmina con la distinción original entre los dos lenguajes, el literario y el crítico, quedando establecido el tono filosófico y la forma híbrida del fragmento y la conversación. Proponemos que esta manera de esquematizar la obra de Blanchot se sostiene por un lado en el afán por rescatarlo de las lecturas que lo rechazan por los posicionamientos políticos durante su juventud. Pero por otro lado, este esquema también supone una concepción de la literatura como lugar de refugio del que el sujeto, en este caso Blanchot, entra y sale según su afán de involucrarse o no con el mundo de la política. Como intentaremos mostrar a lo largo de este trabajo, el espacio de la literatura, si bien implica una relación particular con el mundo de la cultura, del trabajo y de la política, *resiste* a ser reducido a una instancia de escape del mundo.

Aunque resulta indudable que, a partir de 1953, puede leerse en el conjunto de columnas escritas por Blanchot en la *NNRF* un proceso de autonomización de su pensamiento y de énfasis en sus propias búsquedas, con una presencia cada vez más fuerte de reflexiones sobre textos filosóficos, también es cierto que muchas de estas preocupaciones se encuentran presentes desde los años 40. Esto es así incluso para el caso que toma Holland: las referencias de Blanchot a Nietzsche, aunque aumentan considerablemente a finales de los 50, están presentes ya en 1949 con el ensayo "Del lado de Nietzsche" publicado en *La parte del fuego*.

1.4.2. 1964 en la *NNRF*. Interrupción y neutro

Si analizamos los artículos publicados por Blanchot en la *NNRF*, podemos notar que el proceso de acercamiento a la discusión filosófica puede leerse, a finales de 1959, a partir de dos modulaciones que caracterizarán el posterior desarrollo de su obra: nos referimos a la modulación del *neutro* y el recurso a la forma del *diálogo* o *conversación* como modo de escritura. A continuación, con el objetivo de circunscribir este problema, nos vamos a detener en cuatro textos publicados por Blanchot en la *NNRF* en 1964 que cinco años más tarde formaron parte de *La conversación infinita*: "La interrupción", "El Athenaeum", "La voz narrativa" y "El puente de madera". Más allá del criterio temporal que los reúne, consideramos que estos textos permiten organizar buena parte del recorrido de la obra de Blanchot focalizando en la lógica de la *interrupción* en contacto con una una de sus preocupaciones más recurrentes: la reflexión sobre el acto creativo literario, en la medida en que introduce una relación específica entre un yo y un otro que interrumpe el funcionamiento dialéctico de la cultura.

En el capítulo VIII de *La conversación infinita*, titulado "La interrupción (como sobre una superficie de Riemann)", Blanchot indaga acerca de la naturaleza de la conversación. La presuposición es que, para que el habla (*parole*) entre dos personas se convierta en conversación (*entretien*), es indispensable que exista una pausa que posibilite que el habla pase de un interlocutor a otro. Este silencio es visto como la parte motriz del discurso, al punto tal que Blanchot afirma que la interrupción en la conversación representa el enigma del lenguaje: "quisiera mostrar que esta intermitencia, mediante la cual el discurso se convierte en diálogo, es decir, en dis-curso, se presenta según dos direcciones muy diferentes" (Blanchot, 2008, 93).

Este texto, en el que se ensaya una distinción entre dos modos de interrupción,

llevando al extremo la conjetura sobre las posibilidades de esta diferenciación, puede leerse como una teorización sobre el movimiento que mejor caracteriza el pensamiento de Blanchot: el *desdoblamiento* como expresión de la diferencia. La distinción, la diferenciación, en Blanchot toma la forma de un desdoblamiento en el que un mismo objeto se escinde en dos posibilidades heterogéneas, simultáneas y, por tanto, en tensión. Lo que está en juego en este caso es qué relación se establece con el *otro* en una conversación: la exigencia dialéctica del habla tiende a la unidad, es decir, supone que la comunicación es efectivamente posible y que un yo y un otro pueden reunirse en un conocimiento mutuo que los incluya y en el que se reconozcan como tales. En esta línea, Blanchot propone tres maneras de relacionarse y de concebir al otro: como posibilidad fáctica e impersonal del mundo (objeto de estudio); como otro yo que comparte conmigo, justamente, el poder de decir yo; y como tentativa de relación íntima e inmediata. En estos tres casos "el «Yo» quiere anexarse al otro (identificarlo consigo) (...) estudiándolo como una cosa, o bien quiere recuperar en el otro a otro yo, ya sea por el reconocimiento libre o por la unión instantánea del corazón" (Blanchot, 2008, 95). Esto supone la creación de un *espacio* interrelacional donde la palabra circula según la lógica de la comunicación y de la mutua comprensión. Podemos identificarlo con el espacio de la cultura donde la lógica que opera es la de la duplicación de lo mismo, y no la de la diferenciación de lo otro.

El segundo modo de interrupción se caracteriza por la exigencia no-dialéctica. A diferencia de la instancia anterior, en este caso el énfasis está puesto en "todo lo que me separa del otro, es decir, el otro en la medida en que estoy infinitamente separado de él" (Blanchot, 2008, 95). Esta distancia, aunque inabarcable, en lugar de obstaculizar la relación con el otro "pretende fundar mi relación con él en esta interrupción" (Blanchot, 2008, 95). Así, lo otro se entiende en tanto neutro, como "lo desconocido en su distancia infinita" (Blanchot, 2008, 95) que orienta la búsqueda de esta exigencia no-dialéctica. Ante la pregunta por cómo relacionarse con el otro de manera tal que se respete su alteridad, podemos notar que esta exigencia supone un posicionamiento ético respecto al otro en el que se busca fundar un modo de subjetividad que no responda a la lógica de la identidad dialéctica. Es necesario destacar también la modulación de la *búsqueda* en la que se realiza esta exigencia porque se conecta con la lectura del romanticismo alemán que realiza Blanchot. Por otro lado, como dijimos anteriormente, la estrategia de escindir un objeto en dos, pero generando una diferencia que sea imposible de recomponer y reunificar dialécticamente, es uno de los movimientos recurrentes de Blanchot. La dialéctica es justamente el operador para distinguir entre los dos tipos, o "exigencias" según las llama

Blanchot, de interrupción. Como veremos más adelante, esta perspectiva se aplica también para distinguir al lenguaje literario del no-literario. El desdoblamiento apunta a la no identidad consigo mismo del sujeto, entendiendo que multiplicar la identidad (tipologizarla, volverla clasificable) es una forma de conservarla. Al desdoblar la identidad ante la presencia del otro, esta se vuelve autodiferente y entra en tensión consigo misma. Duplicar es la estrategia de la metafísica: dada una realidad se la duplica para entenderla, volverla aprehensible y clasificable. En Blanchot la apuesta es capturar el instante del desdoblamiento, es decir, la emergencia de la no identidad consigo mismo de un determinado objeto. La distancia es la condición del encuentro del desdoblamiento entendido como auto-diferenciación.

Proponemos leer la interrupción ligada al neutro, entendido éste como alteridad inalcanzable y como lo desconocido, como interrupción de la exigencia de la identidad. Que Blanchot involucre en este esquema la palabra *dialéctica* apunta a que la problematización de la lógica de la identidad se refiere a la filosofía de Hegel. Si bien este tema excede los límites de nuestro trabajo, nos interesa destacar este contacto con Hegel, en particular con *Ciencia de la lógica* (1812), donde Hegel realiza una crítica al concepto de identidad. La novedad introducida por Hegel consiste en pensar la unidad entre espíritu y naturaleza, entre lo subjetivo y lo objetivo, ya no como una entidad absoluta y estable sino que la identidad se concibe dialécticamente. Esto significa que la identidad contiene en sí misma la diferencia, es decir, se describe como un proceso dialéctico de afirmación, negación y síntesis que se sucede a lo largo del tiempo y se expresa en el devenir de la historia. Como se puede ver, la alteridad y la diferencia inherentes al otro son resueltas por el movimiento dialéctico de la identidad. Es precisamente ese movimiento el que se interrumpe por la aparición del otro como neutro que propone Blanchot, en la medida en que es una alteridad imposible de apropiarse y, por tanto, de conocer. ¿Qué posicionamiento ético me exige pensar en el otro como inalcanzable, y no ya como aquello de lo que me puedo apropiarme? ¿Qué implica establecer un límite al pensamiento y al lenguaje, orientarse de cara a lo que no puede ser nombrado? ¿Cómo concibo al otro cuando me comunico con él? ¿Qué hacer con lo que no se puede conocer?

En el *espacio comunicativo*, lo otro en tanto neutro supone “una distorsión que impide toda comunicación recta y toda relación de unidad” (Blanchot, 2008, 96) y le corresponde al habla inscribirla en sí misma. Blanchot reafirma su tesis en relación a la fuerza de la presencia neutra en la comunicación: “A este hiato – la extrañeza, la infinidad entre nosotros– responde, dentro del lenguaje mismo, la interrupción que introduce la espera” lo cual

conlleva “un cambio en la forma o la estructura del lenguaje (cuando hablar es en primer lugar escribir)” (Blanchot, 2008, 96). Este cambio lleva implícita la decisión de liberarse de la exigencia de unidad del discurso coherente, intentando darle “la palabra a la intermitencia, habla no unificante” (Blanchot, 2008, 96). Teniendo esto en cuenta, es la literatura la que pone en juego ese cambio radical en la estructura del lenguaje del cual habla Blanchot –que no es otra cosa que decir que la literatura opera con el lenguaje de una manera tal que altera su funcionamiento en tanto lenguaje de comunicación–.

Entonces, por un lado, tenemos dos grandes modalidades de interrupción que se distinguen, principalmente, por la exigencia dialéctica del habla sobre la que actúan. La interrupción de ser, al no tener que vérselas con la unidad, tampoco se establece según la forma dialéctica en la que un yo y un otro busquen una síntesis tranquilizadora: Blanchot nos ofrece “la pausa que permite el momento; la espera que mide la distancia infinita.” (Blanchot, 2008, 98). En sintonía con esta tentativa de romper con la exigencia de unidad, el diálogo y la conversación son la alternativa del habla que ayuda a compartir el peso de esta tarea. No obstante, es importante destacar que Blanchot advierte que la diferencia entre los dos modos de interrupción es en sí misma ambigua e indecible. Cuando el discurso se interrumpe, no podemos saber qué es lo que está operando. De esta manera la interrupción, al ser indecible, genera ambigüedad.

1.4.3. Voz narrativa y lectura. Neutro

Antes de ocuparnos del segundo ensayo de 1964, detengámonos en uno de los artículos de la década del cuarenta en el que Blanchot escribe a propósito de Kafka, porque allí es posible leer un antecedente de la formulación del *neutro* que aparece en “La voz narrativa” y “El puente de madera”. Nos referimos al ensayo “El lenguaje de la ficción” que, además, es central en el proceso de la recepción académica de la obra de Blanchot en la Argentina ya que aparece publicado por primera vez en español en el *Boletín / I del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria* de la Universidad Nacional de Rosario en el año 1991³⁹. También buscamos destacar la importancia que tienen esas primeras lecturas críticas en los textos con un tono más teórico y filosófico de los años sesenta. Como veremos a continuación, si bien hay un mayor grado de sutileza y precisión en los textos posteriores, estas primeras lecturas de Blanchot también parten del movimiento de desdoblamiento que ya

39 La cursiva es del original. El texto citado está en el apéndice de este trabajo.

caracterizamos. “El lenguaje de la ficción”, incluido en *La parte del fuego*, indaga entonces sobre el problema de la distinción entre la significación poética y la discursiva, haciendo hincapié en la diferencia que esos dos modos de significación pueden presentar en el transcurso de una lectura. Blanchot escoge una frase de *El castillo* (1926) de Kafka –“El jefe de la oficina ha telefoneado”–, con el objetivo de marcar las lecturas disímiles que se pueden hacer de ella. El punto de partida para analizar esta diferencia es el siguiente: “Admitamos que las palabras en un poema no desempeñan el mismo papel y no mantienen las mismas relaciones que las del lenguaje común” (Blanchot, 2007a, 73). La relación que se establece entre el sujeto que lee y las palabras se puede explicar, en gran medida, a partir de esta distinción fundamental que prefigura los dos tipos de interrupción vistos anteriormente. Pero ¿qué es lo que cambia? Ciertamente, las palabras son las mismas, la lectura en tanto proceso cognitivo tampoco sufre cambios, pero indudablemente estamos ante dos tipos de lecturas diferentes. Pensar en estos términos los dos tipos de lectura se origina en la dispar relación que cada una entabla con el espacio del *saber*. Si, por un lado, cuando esa frase es leída en la cotidianidad de una oficina

sé quién es mi jefe, conozco su oficina, sé muchas cosas, relativas a lo que él es, a lo que dice (...) mi saber es en algún modo infinito (...) estoy por todas partes prensado por la realidad”, por el otro, esa frase leída de *El castillo* exige que, como lector, no sólo sea “ignorante de todo lo que pasa en el mundo que se me evoca, sino que esta ignorancia forma parte de la naturaleza de este mundo, desde el momento que el objeto de un relato se presenta como un mundo irreal (2007a, 73-74).

Así como la interrupción no dialéctica busca fundar mi relación con el otro a partir de la distancia inabarcable que nos separa, la lectura literaria comienza también con esta irrelación respecto al espacio del saber.

Podemos decir entonces que en el acto de la lectura⁴⁰ está en juego la relación que se establece con el saber, es decir, con el espacio de la cultura. Esto se desarrolla a partir de un modo particular de concebir al lenguaje:

En la existencia corriente, leer y escuchar suponen que el lenguaje, lejos de darnos la plenitud de cosas en las que vivimos, esté separado de ellas, porque es un lenguaje de signos, cuya naturaleza no es llenarse con lo que señala, sino ser su vacío (Blanchot, 2007a, 74).

Blanchot sostiene que, cuando se lee esta frase en la cotidianidad, instantáneamente se

40 En su estudio sobre la recepción de Foucault en Argentina, Mariana Canavese destaca que la traducción era una salida laboral para muchos jóvenes estudiantes de la Universidad de Buenos Aires en la década de 1960. Citamos a continuación el testimonio de Emma Kestelboim, la traductora argentina de *Maladie mentale et personnalité* de Michel Foucault: “Aceptaba todo lo que me ofrecían, por simple supervivencia. De modo que no elegí este texto, como ningún otro de los que traduje para Paidós en esa época, era simplemente mi trabajo (...) No creo que yo supiera de la existencia de Foucault antes de empezar esa traducción” (Canavese, 2015, 41).

pierde registro de las palabras utilizadas, haciendo que la lectura quede a la deriva de una compleja y vasta red de intenciones, relaciones y signos que se encuentra garantizada por el sentido mismo de esas palabras. Sin embargo, en la lectura literaria, aunque las palabras que se leen también son signos, se dice que “no partimos de una realidad dada como la nuestra” (2007a, 75) sino de lo que Blanchot llama un *mundo irreal*. En ese espacio el saber tal como lo conocemos deviene en *no-saber*, en ignorancia de las leyes que rigen el mundo de, por ejemplo, la obra *El castillo*. La tesis de Blanchot en relación al no-saber es que “esta pobreza es la esencia de la ficción que consiste en hacerme presente lo que la hace irreal, accesible únicamente a la lectura, inaccesible a mi existencia [cotidiana]” (2007a, 74). Si en la lectura cultural el sentido es el operador clave que ata al lector a la red de significaciones que garantizan el saber, en la lectura literaria el sentido nunca se puede dar completamente por supuesto, ni tampoco puede operar un nivel de determinación comparable al que hacemos funcionar en el ámbito de la cultura. A raíz de esto, Blanchot propone que en la literatura las palabras no pueden ya contentarse con su puro valor de signo –como si fuera precisa toda la realidad y la presencia de los objetos y los seres para autorizar esta maravilla de nulidad abstracta que es la charla de cada día–, a la vez que adquieren importancia como bagaje verbal y hacen sensible y materializan lo que significan. Podemos ver entonces que la significación involucrada en la literatura tiene en su origen más profundo esta irrelación con el no-saber, es decir, la *impugnación* de lo que llamamos *cultura*. Esa falta que Blanchot percibe en la obra de Kafka es el punto central si se quiere explicar las diferentes lecturas que se han hecho de ella: “Esta carencia podría explicar la incertidumbre que hace inestable, sin cambiar su dirección, la forma y el contenido de su lectura. Pero esta carencia no es accidental. Está incorporada en el sentido mismo que mutila” (2007, 13). Carencia que se traduce en imposibilidad de saber con exactitud qué se lee, o mejor, qué significa lo que se lee. Como veremos a continuación, esta *carencia* es lo que años más tarde se identificará con la palabra *neutro*.

En el transcurso de dos décadas, lo expresado en “El lenguaje de la ficción” (la primera edición es de 1949) tomó la forma teórica del ensayo “La voz narrativa” de *La conversación infinita* (editado en 1969), pasando antes por el capítulo I de *El espacio literario* (1955) titulado “La soledad esencial” –este último libro es fundamental para nuestra investigación dado que, además de ser uno de los libros de Blanchot más influyentes, su primera traducción al español se realizó en Argentina en el año 1969 y constituye uno de los episodios centrales de su recepción–. Pero volvamos a “La soledad esencial”, este capítulo es una reflexión en torno, principalmente, al problema de la escritura. Allí se establece que

“escribir es romper el vínculo que une la palabra a mí mismo, romper la relación que me hace hablar hacia «ti» (...) es retirar el lenguaje del curso del mundo” (1992, 20). Desde esta perspectiva, cuando alguien escribe literatura se comunica *neutralizando* el aparato formal de la enunciación (aparato por el cual el «yo» se dirige siempre a un «tu»), de manera que esa escritura interrumpe la enunciación discursiva. En otras palabras, se interrumpe el dispositivo identificatorio de la enunciación según el cual el «yo» es idéntico a sí mismo, el «tú» como relativo al «yo», y el «él» como lo otro cierto de lo que se habla. La apuesta es por comunicar suspendiendo la función identificatoria del aparato formal de la enunciación. Es por esto que la escritura entendida de esta manera introduce en el lenguaje una transformación radical con respecto al habla cotidiana, lo cual incide inevitablemente en el tipo de lectura que esa escritura exige. De nuevo, como se puede esperar, Blanchot piensa en Kafka:

Kafka señala con sorpresa, con un placer encantado, que se inició en la literatura cuando pudo sustituir el «Él» al «Yo» (...) El escritor pertenece a un lenguaje que nadie habla, que no se dirige a nadie, que no tiene centro, que no revela nada. (1992, 20).

Se evoca aquí al poder impersonal de la literatura que apunta a la impersonalidad inherente al lenguaje en su comienzo, poder ubicado bajo esa forma de la tercera persona que borra al «yo» del autor y lo convierte en otro. Nos interesa destacar el movimiento por el cual esta propuesta, que comienza en *La parte del fuego* como lectura crítica desemboca, veinte años después, en la forma teórica de *voz narrativa* incluida en *La conversación infinita*. Movimiento que pone de manifiesto la importancia de las primeras lecturas críticas de Blanchot, que operan como punto de referencia ineludible para sus textos posteriores asociados a la teoría y la filosofía. De hecho, esta continuidad que puede leerse en torno, por ejemplo, a la nominación de lo *neutro*, resiste a la esquematización de Michael Holland que recuperamos al inicio de este trabajo.

La interrupción introduce en la obra de Blanchot esa presencia de lo otro como neutro que, como vimos, se desprende de las reflexiones sobre la escritura y la lectura literarias. En este sentido, al final del ensayo sobre "La interrupción", Blanchot vincula la exigencia no-dialéctica de la interrupción con la escritura al preguntarse si responder a esa exigencia significa “pretender involucrar el afuera de toda lengua en el lenguaje mismo, es decir, hablar en el interior de este Afuera (...) Escribir: trazar un círculo en cuyo interior vendría a inscribirse el afuera de todo círculo” (2008, 98). Esta idea es central para comenzar a analizar la figura de *voz narrativa* de Blanchot y, a la vez, manifiesta la relación que se da entre el *afuera*, el lenguaje y la literatura.

En 1964 Blanchot también publica el ensayo "La voz narrativa", que luego conformará el capítulo XIV de *La conversación infinita*. En este texto se retoma y amplía la metáfora espacial del círculo, pero trasladando al dominio de la narrativa la relación entre el *afuera* y el lenguaje: "el relato sería como un círculo que neutraliza la vida, lo que no quiere decir que carezca de relación con ella, sino que se relaciona con ella mediante una relación neutra" (2008, 488). En un relato, nos dice Blanchot, podemos presentir que "alguien habla por detrás" (2008, 488); esa voz espectral funciona como el centro del relato. Lo importante es que ese centro, a partir del cual se organiza el relato, no está dentro del mismo sino que se establece detrás de él: la voz narrativa es el afuera del círculo/retrato. Entre la voz que narra y lo narrado existe una distancia infinita, que exige, tal como lo establecimos, una interrupción que sea capaz de medirla. En otras palabras: ser capaz de narrar, de abarcar esa distancia, sería equivalente a "hablar el límite, es decir, conducir hasta el habla una experiencia de los límites" (2008, 488). Nos gustaría notar que la figura del círculo puede leerse como una modulación del *espacio literario*, como ese evento en que el sentido del lenguaje y la comunicación están dados a partir de una distancia, de un retiro que se constituye como el centro ex-céntrico del relato. Aquí es importante destacar que no debemos considerar este *afuera* del relato como un espacio trascendente que funcionaría como la verdad y el sentido de la obra, sino como un espacio de errancia.

En términos lingüísticos, la propuesta de Blanchot sobre la voz narrativa gira en torno a la extraña naturaleza del pronombre de la tercera persona: "Sí, como fue demostrado, escribir es pasar del «yo» al «él» (...) queda por saber lo que está en juego, cuando escribir responde a la exigencia de ese «él» incharacterizable" (2008, 489). La experiencia narrativa, que implica un distanciamiento entre el narrador y lo narrado, que no siempre se cuenta pero que está presente siempre que se cuenta, está bajo la máscara de la tercera persona. La referencia para esta teorización nuevamente es Kafka, ya que a partir de su obra esta distancia pierde el carácter objetivo, desinteresado, que identifica a las novelas de Flaubert, produciendo un distanciamiento del personaje principal que lo corre del centro de la acción, en la medida en que "constantemente descentra la obra, de un modo no mensurable y no discernible, al mismo tiempo introduce en la narración más rigurosa la alteración de otra habla o de lo otro como habla (como escritura)" (2008, 493). Esta distancia involucra entonces la *experiencia narrativa*; es el hecho casi irreal de que exista alguien que nos está contando una historia y que se debate entre hacerse notar o pasar desapercibido: "El «él» narrativo (...) marca así la intrusión de lo otro –entendido en neutro– con su irreductible extrañeza, con su retorcida perversidad. Lo otro habla. Pero cuando lo otro habla, nadie

habla” (Blanchot, 2008, 495). La afonía de la voz narrativa surge como consecuencia de este pronombre que no se corresponde con nadie en especial, no refiere a nadie y gracias a eso puede establecer un vacío al interior de la obra, construyendo el discurso en torno de un centro que se sitúa fuera de ese discurso, al estar radicado en una forma gramatical completamente vacía, que puede apuntar a infinitos lugares o a ninguno. Esa voz narrativa, entendida como neutra, es el acontecimiento de lo exterior al relato, del afuera blanchotiano. Afuera que se relaciona con ese relato, a partir de la voz narrativa, de una forma neutra. La particularidad de esta relación pasa entonces por el hecho de que exhibe la naturaleza del lenguaje, la forma en la que el lenguaje se vincula con aquello que está intentando nombrar.

En *La conversación infinita*, el ensayo sobre la voz narrativa es seguido por "El puente de madera (la repetición, el neutro)" que también apareció en la *NNRF* en el año 1964. En este caso, la modulación del neutro es utilizada a propósito de un comentario al libro de Marthe Robert *Lo antiguo y lo nuevo: de Don Quijote a Kafka* (1963). De modo que la reflexión gira en torno de las condiciones de posibilidad del ejercicio crítico o, como lo denomina Blanchot, del *habla de comentario* –lo cual constituye una novedad en el conjunto de textos que estamos analizando, ya que "La interrupción" teoriza sobre las modalidades de la conversación y "La voz narrativa" sobre el relato–.

Podemos formular de la siguiente manera las preguntas que guían este ensayo: ¿por qué comentamos una obra? ¿no alcanza con la obra? Para Blanchot el acto crítico pone en juego la repetición de la obra, pero eso que se repite es justamente el vacío, la distancia que funda la experiencia narrativa. El llamado de la obra a interpretarla, a comentarla, expone la existencia de un vacío en ella: en el momento en el que el intérprete asume la tarea de comentar la obra, como si ella llamara al intérprete, ratifica en ese mismo acto la existencia de un vacío que busca ser colmado. Se parte de la presuposición de un vacío inicial sobre el que se constituirá, rodeándolo, la palabra literaria:

Esa falta, esa distancia, inexpresada porque está recubierta por la expresión, es ese algo a partir de lo cual la obra, aunque dicha una vez (...) tiende irresistiblemente a volver a decirse (...) La repetición del libro por el comentario es el movimiento gracias al cual un habla nueva, que se introduce en la falta que hace que hable la obra (...) pretende llenar, colmar, esa falta (2008, 501).

El comentario entonces pretende llenar ese vacío y completar la obra por medio de la exégesis, el análisis y/o la valoración. Pero al hacerlo la traiciona, la hace ingresar y participar del espacio de la cultura, del mundo de los valores, la convierte en objeto de comunicación. No hay en Blanchot, y quizás esto sea una de sus apuestas fundamentales, una solución dialéctica que sintetice esta tensión entre espacio literario y espacio cultural. A esto

nos referimos cuando afirmamos que la literatura *impugna* la cultura.

La identificación del vacío de la obra –que es, al mismo tiempo, vacío del lenguaje y de la subjetividad– arruina la posibilidad de teorizarlo. La modulación del neutro apunta justamente en esta dirección:

Elijamos momentáneamente nombrarlo con el nombre más modesto, más discreto y más neutro, eligiendo precisamente llamarlo neutro -porque nombrar el neutro es quizá, es con seguridad disiparlo, pero necesariamente aún a beneficio de lo neutro (...) lo neutro no podría ser representado ni simbolizado ni siquiera significado (2008, 509-510).

El ensayo incluye una reflexión sobre la nominación del neutro que propone el interrogante: ¿cómo y por qué nombrar ese vacío que resiste a ser nombrado? La apuesta que involucra esta pregunta pasa por el carácter conjetural de esta modulación retórica específica. Responder a lo imposible, a lo desconocido, a la exigencia no-dialéctica, es un acto de escritura. El ensayo culmina con la pregunta "¿por qué ese nombre?", luego se interrumpe y continúa con un diálogo en letra cursiva, separado del cuerpo del texto, donde se retoma esta pregunta convirtiéndola en el tema de la conversación. En el diálogo, una de las voces afirma que se necesitan dos personas para hablar sobre el neutro porque, de esta manera, el que lo intenta nombrar siempre es el otro. Podemos leer aquí cómo se teje esta relación entre interrupción, diálogo, lo otro y lo neutro, focalizando en el carácter especulativo, conjetural y teórico de la escritura como medio y modo del pensamiento. Como afirma Sergio Cueto, que como veremos en el apartado 1.6. del capítulo 3 escribe el primer libro en Argentina dedicado enteramente a Blanchot, la modulación de lo neutro apunta a aquello que permanece como resto una vez que “la cultura o las fuerzas culturales-políticas lo han recuperado todo para el movimiento dialéctico (...) la obra sólo dice que es, y nada más, enuncia el azaroso, incausado, inefectivo, neutro, irreductible ser de la literatura” (1993, 3).

1.4.4. Athenaeum y romanticismo

La decisión de dejar para el final el análisis sobre "El Athenaeum", publicado en el año 1964, responde por un lado a la tentativa de relacionar la propuesta de Blanchot en torno a la interrupción y al neutro con su lectura del romanticismo alemán y, por otro lado, porque esto permite destacar el rol central que ocupa este ensayo para la recepción del romanticismo en Francia. Esto se puede ver en el libro *Blanchot romantique* (2011), publicado por la editorial Peter Lang como parte de la colección "Romanticism et après en France". Este volumen está compuesto por una serie de artículos, en inglés y en francés, escritos a partir de una conferencia que tuvo lugar en Oxford en el año 2009, cuyo tema fue el impacto de las referencias de Blanchot al romanticismo de Jena en los años sesenta. Aunque la composición de este libro sea variada, debido a que es una colección de artículos escritos por distintos autores de distintas nacionalidades, es posible encontrar algunos puntos en común. Uno de ellos consiste en ubicar el libro *El absoluto literario* (1978) de J.L. Nancy y P.L. Labarthe como punto de inflexión para la canonización del romanticismo alemán en Francia. En relación con esto, también hay consenso en destacar el carácter inaugural del ensayo de Blanchot "El Athenaeum": "Así, el artículo "El Athenaeum" fue provisto, en 1978, de una dimensión inaugural para *El absoluto literario*, el gran libro que Lacoue-Labarthe y Nancy consagraron a la teoría de la literatura del romanticismo alemán" (2011, 69-70)⁴¹. Si bien este ensayo es la referencia principal en este conjunto de artículos, también contiene varias de las lecturas del romanticismo alemán que Blanchot realiza en *El paso (no) más allá* y *La escritura del desastre*. El ensayo "El Athenaeum" constituye entonces una puerta de entrada para organizar la inflexión propiamente romántica de los movimientos de lectura y escritura efectuados por Blanchot en el conjunto de textos que venimos analizando.

Desde un punto de vista histórico podemos decir, a partir del título del ensayo, que el romanticismo para Blanchot es alemán y se sitúa en Jena en torno a la revista *El Athenaeum* fundada por los hermanos Schlegel en 1798. La importancia del romanticismo como acontecimiento histórico se da en la medida en que es la época donde obra la ausencia de la obra: si algo destaca Blanchot de Friedrich Schlegel o Novalis –los dos autores a los que más refiere, no sólo en este ensayo sino también en *El paso (no) más allá* y *La escritura del desastre*– es que sus proyectos quedaron incompletos: "El romanticismo termina mal, es verdad, pero porque él es esencialmente lo que comienza, lo que sólo puede terminar mal"

41 Las cursivas son nuestras.

(2008, 453). De esta manera, el romanticismo opera como el acto propiamente performativo donde la palabra y la experiencia intentan, en vano, acortar la distancia inabarcable que las separa. La afirmación blanchotiana de que la literatura se dirige hacia su origen, que es su desaparición, puede entenderse entonces primero como un guiño al Heidegger de “El origen de la obra de arte”, pero mientras en Heidegger ese origen de la obra funciona como su esencia y verdad, Blanchot recurre al romanticismo para vaciar ese origen y proponer que la esencia de la literatura es la desaparición, la ausencia de la obra. Según Emmanuel Levinas en su libro *Sobre Blanchot* (1975), este es el punto en que Blanchot se distancia de Heidegger: si para este último el arte conduce hacia la verdad del ser, en Blanchot el arte nos lleva a el error del ser, a la errancia y lo inhabitable:

en Blanchot la obra descubre un descubrimiento que no es verdad, una oscuridad. La diferencia es que para Blanchot el arte no hace al mundo habitable [sino que] da a nuestra estancia su esencia de exilio, y a las maravillas de nuestra arquitectura su función de cadáver en el desierto (...) no se trata de volver atrás. Pero para Blanchot la literatura recuerda la esencia humana del nomadismo” (Levinas, 2000, 44).

Incorporamos esta cita en la medida en que nos servirá como referencia en el capítulo 2 cuando analicemos la presencia de Blanchot vinculada Heidegger en Luis Juan Guerrero. Lo importante es retener que para Blanchot la literatura constituye el espacio oscuro y nocturno de la no-verdad que, como venimos viendo, puede modularse a partir del movimiento *neutro* que la vacía de esencia y la conduce a la desaparición.

De este modo, luego de esta breve aclaración sobre la conceptualización que Blanchot hace del “origen”, podemos decir que la enseñanza que toma del romanticismo pasa por los medios para establecer la relación entre obra y su ausencia. La literatura opera entonces como obra de su propia teoría y el ejercicio de la crítica se expande de tal manera que se confunde con el de obra creativa. Entre estas formas de escritura en principio divergentes, se establece una relación de infinidad que introduce una discontinuidad que no puede ser resuelta dialécticamente. Sobre este tema funciona una de las intervenciones críticas más decisivas de Blanchot en torno al romanticismo: nos referimos a la centralidad otorgada al *fragmento* como forma de la ironía romántica –la cual constituye la potencia de subjetivación propia de la estética romántica–. Teniendo en cuenta la importancia del diálogo, no sólo como modo del habla sino también del pensamiento en el que es posible involucrar al otro como neutro, Blanchot destaca que tanto Schlegel como Novalis “afirmaron que el fragmento, en forma de monólogo, es un sustituto de la comunicación dialogada, puesto que «un diálogo es una cadena o guirnalda de fragmentos» (Schlegel) y, profundamente, es una anticipación de lo que podría llamarse habla plural” (2008, 460). El fragmento, la interrupción y lo otro como

neutro vienen a intervenir en la apuesta por alejar al pensamiento, y por tanto a la subjetividad, de la exigencia de unidad e identidad que caracteriza los sistemas filosóficos modernos. Apuesta de subjetivación que se efectúa y tiene su lugar *material* en la literatura como forma de escritura que opone una resistencia al poder unificante de la cultura y el mundo de los valores. Constituye una alternativa que busca establecer una relación ética con el otro, como lo otro de uno mismo, que ya no se rija por la exigencia de la identidad. Blanchot sitúa al romanticismo alemán como punto de partida para este modo de concebir a la literatura, enlazándolo con la filosofía de Nietzsche:

la literatura va de ahí en adelante a llevar consigo esta cuestión –la discontinuidad o la diferencia como forma–, cuestión y tarea que el romanticismo alemán, y en particular el del *Athenaeum*, no sólo presintió, sino que ya claramente propuso, antes de entregárselas a Nietzsche, y más allá de Nietzsche, al porvenir (2008, 461).

1.4.5. La literatura y el derecho a la muerte. Hegel

Como venimos viendo, la presencia de distintos segmentos de la tradición filosófica alemana de finales del siglo XVIII en adelante resulta insoslayable para dar cuenta de la propuesta blanchotiana en relación con la literatura. Nuestra hipótesis es que esta articulación particular se efectúa de forma excepcional en el ensayo “La literatura y el derecho a la muerte”, sobre todo en lo que concierne a la relectura que Blanchot realiza de la filosofía hegeliana. De esta manera, en relación con nuestra investigación, consideramos imprescindible destacar estos vínculos entre tradiciones filosóficas y literarias tanto de Francia como de Alemania, porque como veremos a partir del capítulo 2 impactan de manera decisiva en las lecturas que se hicieron de Blanchot en Argentina. Así, la obra de Blanchot se constituye así como un lugar de *paso*, utilizando la figura de Derrida, entre tradiciones variadas. Pero, ¿qué puntos de anclaje podemos encontrar para delimitar esta complejo entramado de lecturas y escrituras? Desde una perspectiva de la historia intelectual, la revista francesa *Critique* ocupa un lugar destacado en la circulación de saberes en Francia que, además, tuvo una fuerte pregnancia en la crítica literaria argentina.

Critique comienza a publicarse en 1946, a cargo de Georges Bataille y Pierre Revost, quienes buscaban diferenciarse del proyecto filosófico e intelectual de J.P Sartre y la dominante revista *Temps Modernes*. Maurice Blanchot fue un colaborador frecuente de *Critique*, donde publicó quince ensayos entre los años 1946 y 1952. Las distintas

intervenciones de Blanchot en la revista han sido leídas como respuesta al existencialismo y la teoría del compromiso, generalmente disputando los modos de leer la relación entre arte y política en el surrealismo (Bailey Gill, 1996). De todos modos es necesario matizar la resonancia de la intervención de Blanchot en esta disputa, en la medida en que su obra ha ocupado un lugar marginal en los estudios sobre el campo intelectual francés durante el período de la posguerra europea, frente al carácter dominante y hegemónico de la figura de Sartre (Sapiro, 2014, 463). No es hasta finales del siglo XX que comienza a revisarse el impacto de las publicaciones de Blanchot, así como el rol de la revista *Critique* en la reconfiguración del discurso académico de las ciencias humanas. En los años 90 Sylvie Patron en el libro *Critique, une encyclopédie de l'esprit* afirma:

todo el esfuerzo de la crítica y teoría literaria en Francia hasta principios de los años 90 consiste en reactualizar la elección de Bataille y de Blanchot contra la elección de Sartre – la elección de la poesía (o, en otros términos, la intransitividad, la negatividad, el sentido de la fiesta, la inquietud sobre el lenguaje, el saber del saber, la experiencia de los límites, la revolución, etc.) en la literatura (1999, 12).

En este contexto, "La literatura y el derecho a la muerte" de Maurice Blanchot aparece publicado por primera vez en el número 20 de la revista *Critique* en enero de 1948⁴². Se trata de un ensayo que ocupa un lugar central en el conjunto de la variada y extensa obra de Blanchot. Podemos leer en este texto una impugnación crítica de las pretensiones de objetividad científica que el *estructuralismo* erigió como bandera para analizar, entre otros fenómenos, textos literarios; así como también, una primera aproximación a los fundamentos teóricos de un modo de leer que décadas más tarde se agruparía bajo el nombre *deconstrucción*. Esto puede explicarse, desde un punto de vista histórico, por el rol que tuvo Blanchot en el proceso de recepción de filosofía alemana⁴³ en el ámbito intelectual francés – como lo demuestra los textos ya mencionados *Blanchot Romantique. A Collection of Essays*

42 En un artículo reciente titulado "Variaciones sobre el 'telquelismo' de la revista *Los libros* (Buenos Aires, 1969, 1976), Carlos Walker repone, en consonancia con Woolf, las complejas y heterogéneas variaciones de *Los libros* con respecto a *Tel Quel*, partiendo de la ya mencionada convivencia de dos orientaciones divergentes en el comienzo de *Los libros*. Su tesis es que en *Los libros* no es posible encontrar el vínculo entre escritura y política característico de *Tel Quel*. Walker destaca la centralidad de *De la gramatología* en *Tel Quel* para la vinculación entre escritura y revolución entre los años 1968 y 1971 principalmente a partir de la labor intelectual de Sollers. Walker afirma que "la unidad entre escritura y revolución, el autoproclamado "materialismo semántico" de *Tel Quel*, no tienen asidero en *Los Libros*, donde la atención se desplaza hacia la noción de cultura" (2016, 21). Esta conclusión refuerza el papel de la revista como uno de los espacios privilegiados para la introducción de los estudios culturales en Argentina, principalmente en torno a la figura de Beatriz Sarlo. Si bien esto resulta difícil de discutir, sobre todo si consideramos que Beatriz Sarlo firmó para *Los libros* más de 19 textos entre 1969 y 1975, resulta llamativa la ausencia de Del Barco en la conclusión de Walker ya que, no sólo en sus contribuciones a la revista efectivamente es posible encontrar un vínculo claro entre escritura y revolución (tal como lo recuperan Bosteels y Carranza) sino que además fue uno de los traductores de *De la gramatología* –que, siguiendo a Walker, es el texto que cifraría ese vínculo en *Tel Quel*–.

43 Es la versión que tomamos en cuenta para nuestra investigación.

(2011) o “History, Theory, and Influence: Yale Critics as Readers of Maurice Blanchot” (1983). Como veremos, Blanchot apuesta por pensar y conceptualizar de una forma singular la palabra poética y la experiencia literaria, como aquello que interrumpe la dialéctica y suspende el poder de comprensión hermenéutica.

Asimismo, en línea con Sylvie Patron, podemos situar como un contrapunto ineludible para el pensamiento francés de la posguerra la publicación de “La literatura y el derecho a la muerte” que, de hecho, ha sido leído como una respuesta a “¿Qué es la literatura?” de Sartre: luego de los acontecimientos políticos que marcaron la primera mitad del siglo XX en Europa y las discusiones en torno al rol del intelectual como escritor comprometido, Blanchot propone un retorno a la pregunta *específica* sobre la literatura, que también se caracteriza por intentar romper con la visión esencialista del mandato del arte por el arte. Esto se evidencia en la forma interrogativa con la que Blanchot busca indagar el objeto y la experiencia *literatura*: en lugar de preguntarse por el ser de la literatura – mediante la forma interrogativa *¿qué es?*–, rodea la experiencia literaria a partir de tres interrogantes: ¿Cómo es posible, a dónde va y qué puede la literatura? Parafraseando a Blanchot, podemos ordenar las respuestas de la siguiente manera: la literatura es posible por la ausencia (*manque y vide* en francés) que se ubica en el centro del lenguaje y deviene ambigüedad; la literatura va hacia su esencia, que es la desaparición; el poder de la literatura consiste en impugnar la cultura y el mundo de los valores.

Así, en este apartado retomaremos aportes fundamentales de la obra de Blanchot en torno a la relación entre literatura y filosofía, buscando indagar en la reformulación que el autor realiza de algunos conceptos de la filosofía de Hegel y Heidegger –ya que, como ya mencionamos anteriormente, esa relación con los pensadores alemanes nos ayuda a delimitar la propuesta blanchotiana de la literatura como impugnación de la cultura–. Para realizar esto, en primer lugar nos detendremos en el análisis de “La literatura y el derecho a la muerte” dado su carácter inaugural en la obra de Blanchot, luego analizaremos las versiones de la palabra errante en *El espacio literario* para problematizar la relación entre literatura y filosofía según Blanchot y, por último, indagaremos en el vínculo entre la literatura como palabra errante y lo neutro blanchotiano como formas de impugnar el funcionamiento dialéctico de la cultura.

El punto de partida de “La literatura y el derecho a la muerte” consiste en la imposibilidad de que la palabra *literatura* sea objeto de una pregunta reflexiva: desde esta perspectiva, podemos decir que la literatura *resiste* a la conceptualización, es decir, resiste a la pregunta por su ser o su esencia. ¿Qué hacer ante esta parálisis inicial? Por un lado,

Blanchot retoma la propuesta del romanticismo alemán y afirma que la literatura comienza cuando se convierte en su propia cuestión (*question*, en francés, también alude a la forma interrogativa), cuando ya no es objeto de otro discurso –la historia o la filosofía– sino que reclama su propio *derecho*. Por otro lado, Blanchot se aproxima a este objeto particular saturando la dialéctica hegeliana, subvirtiéndola por medio de un *exceso* de negatividad introducido por la experiencia de la muerte como manifestación de lo radicalmente desconocido, de lo imposible. La pregunta por el *en sí* de la literatura y del lenguaje, que Blanchot delimita a partir de una negatividad radical, lo conduce en última instancia a afirmar que "la literatura es el lenguaje que se hace ambigüedad" (2007a, 301). Esto se da en la medida en que la ambigüedad "viene entonces del derecho de la literatura va a afectar a cada uno de sus momentos y a cada uno de sus resultados con signo negativo o con signo positivo" (2007a 300-301). El problema de la ambigüedad, tal como lo recupera Blanchot, se relaciona con el tratamiento romántico de la "ironía" que vimos en Paul de Man. Al respecto, recordemos que en "El concepto de la ironía" se establece que "la ironía misma plantea dudas en el mismo momento en que se nos ocurre su posibilidad, y no hay ninguna razón intrínseca para interrumpir el proceso de duda" (2000, 235).

Desde un punto de vista teórico-filosófico, es importante destacar que Blanchot sitúa la discusión en la fenomenología general de Hegel y no tanto en su filosofía estética –aunque su preocupación principal, como dijimos, sea el cuestionamiento de la posibilidad de definir la literatura en cuanto tal–. El análisis de Blanchot en "La literatura y el derecho a la muerte" se centra en dos instancias: la relación entre el sujeto que escribe y su obra *literaria*; y la negatividad radical del lenguaje *literario*. Retomando a Hegel, Blanchot parte del movimiento según el cual la palabra niega, *mata*, la realidad del objeto que nombra y la recubre con su concepto general, facilitando el intercambio comunicativo. El poder destructivo del lenguaje, en su versión hegeliana, se convierte en una fuerza positiva que permite la comunicación y, con ella, la interpretación entendida en términos hermenéuticos. Blanchot refiere explícitamente a la lectura que Kojève realiza de Hegel cuando afirma que en su sistema filosófico la comprensión equivale a un asesinato y: "Así, dicen Hegel y Marx, se forma la historia, por el trabajo que realiza el ser negándolo y lo revela al término de la negación" (2007a, 281). Pero, como decíamos, la literatura involucra una negatividad radical, una impugnación: la apuesta de Blanchot consiste en afirmar que en el lenguaje literario la palabra mantiene la negatividad, negando tanto el objeto como su concepto, en la medida en que esa palabra se libera de su función de representar y comunicar, creando así un espacio propio –el *espacio literario* entre quien escribe la obra y quien la lee. Allí, la obra ya no le

pertenece a quien la escribió (que tampoco la tuvo antes de escribirla: el escritor pierde así lo que nunca tuvo), y la obra *se dice* de nuevo en cada lectura. Cuando Blanchot afirma que en el centro de la obra literaria hay un vacío, una falta, apunta al hecho de que no puede haber ninguna realidad externa que le confiera un significado estable –ya sea la intención del autor, la lectura en la recepción o el contexto histórico en el que aparece–, discutiendo así con las distintas tendencias metodológicas de la teoría literaria tal como se desarrolla en el siglo XX. No obstante, la experiencia de la literatura puede ensayarse como el deseo de esa falta, es decir, el deseo que es falta: "El tormento del lenguaje está en eso que él deja escapar por la necesidad que tiene de ser lo que se le escapa. Ni siquiera puede nombrarlo" (2007a, 290).

Entonces, ¿cómo es posible la literatura? Por el vacío que se ubica en el centro del lenguaje, su diferencia irreductible consigo mismo. En este esquema, la experiencia literaria se da como manifestación de ese vacío, experiencia que nos entrega la ausencia (que es la palabra) como ausencia (de sentido). La literatura, la escritura, la obra, no se conciben ya como "manifestación sensible de la idea" (Hegel), sino como soluciones activas ante la *ambigüedad* –las equivocaciones y contradicciones irreconciliables que el lenguaje necesariamente introduce en la subjetividad y comunidad humanas–. Hay una ambigüedad inherente al lenguaje que cuenta por sus efectos más que por la reflexión que se pueda hacer de ella, es decir, más allá de su establecimiento como objeto de conocimiento. Siguiendo a Blanchot, el modo de enfrentar la ambigüedad marca una distinción entre el lenguaje cotidiano y el literario: mientras que en el primero se la intenta suprimir, reducirla al mínimo, controlarla por medio de la comprensión en favor de la comunicabilidad, en la literatura la ambigüedad no se suprime sino que se mantiene como efecto de la experiencia. Es posible dar cuenta de estos efectos si consideramos al lenguaje como un evento ambiguo, del que nunca podemos decidir –con estabilidad lógica, a ciencia cierta– qué tipo de objeto es: "No sólo cada momento del lenguaje puede llegar a ser ambiguo y decir alguna otra cosa que no dice, sino que el sentido del lenguaje es incierto, de él no se sabe si expresa o representa, si es una cosa o la significa" (2007a, 301).

Recuperamos este pasaje de la obra de Blanchot porque consideramos que esta ambigüedad inherente al lenguaje introduce, en la relectura que hace de Hegel, la aparición de la alteridad –de lo otro como lo desconocido e infinitamente distante–. El lenguaje, o el habla⁴⁴, no sólo como experiencia de lo que siempre puede ser otra cosa, sino también como aquello que significa *para* el otro. En este punto el lenguaje establece su nexo con la experiencia de la muerte –que es el principal resorte en la teoría de Blanchot– en tanto es una

44 Este texto aparece traducido al español en el N° 238 de la revista colombiana *Eco* en agosto de 1981.

experiencia imposible de vivir: el que muere siempre es el otro (yo no puedo morir, en el sentido de que no puedo experimentar mi propia muerte —el cadáver es para Blanchot la imagen plena—) y, por ello, cada subjetividad debe reclamar su propio derecho (si no puedo morir, no puedo *ser* humano)⁴⁵. Pero también, según Blanchot, es la posibilidad de morir la que ofrece el ser al lenguaje, convirtiéndolo así en objeto de conocimiento:

cuando hablamos, nos apoyamos en una tumba, y ese sepulcro vacío es lo que produce la verdad del lenguaje, pero al mismo tiempo el vacío es realidad y la muerte se hace ser. Hay ser —es decir, una verdad lógica y expresable— y hay mundo, porque podemos destruir las cosas y suspender la existencia (2007a, 297).

La ambigüedad, entonces, es operante en la medida en que involucra el deseo de esclarecerla: "uno de sus medios de seducción es el deseo que provoca de ponerla [la ambigüedad] en claro" (2007, 301). En relación con esto, la literatura se destaca por desear no la palabra como plenitud de la vida del sentido sino la ausencia como ausencia, es decir, deseo del punto donde se suspende el poder lógico de nombrar y comprender: "A nivel del mundo, la ambigüedad es posibilidad de comprensión; el sentido se escapa siempre en otro sentido; el equívoco sirve al entendimiento, expresa la verdad de la comprensión que consiste en no comprender nunca definitivamente" (1992, 251). En su obra, y particularmente en *El espacio literario* (1955), Blanchot alude indirectamente a este punto trazando dos alegorías: la literatura desea al Lázaro muerto, al cadáver que busca ser revivido por la frase "Lázaro veni foras"; y desea a la Eurídice fantasma en el instante en que Orfeo se da vuelta e intenta alcanzarla con la mirada. La literatura desea la oscuridad de la vida, no su claridad: "no era la belleza de Eurídice lo que debía devolverse a la luz del día, sino su punto indescriptible, aquello que la puso en el instante detenido del deseo" (Mattoni, 2014, 23). Teniendo en cuenta el objetivo de nuestra investigación de realizar un estudio de la recepción de Blanchot en la crítica argentina, recurrimos a Mattoni porque como veremos hacia el final del capítulo 3 fue uno de los primeros en involucrar la obra de Blanchot en una investigación doctoral.

¿Qué hay en la voz (*voix*) que clama por el cuerpo de Lázaro, qué hay en la mirada (*regard*) que busca la imagen imposible de Eurídice? ¿Por qué la ambigüedad se ancla en esas dos instancias? En la búsqueda de la referencia, de la causa precedente que funcione como origen del lenguaje y el pensamiento, no emerge el sujeto (cartesiano, trascendental)

45 El dossier está compuesto por los siguientes textos: "Conversation avec une grappe, en hommage à Maurice Blanchot" de René Char, "Maurice Blanchot, critique et romancier" de Georges Poulet, "Thomas l'obscur, chapitre 1" de Jean Starobinski, "La servante et son maître" de Emmanuel Levinas, "La pensée du dehors" de Michel Foucault, "La circularité de l'interprétation dans l'oeuvre critique de Maurice Blanchot" de Paul de Man, "L'un et l'autre" de Françoise Colin, "La passion de l'imaginaire" de Jean Pfeiffer y "Le oui, le non, le neutre" de Roger Laporte.

sino las materialidades que operan como su condición de posibilidad: la voz y la mirada como partes del cuerpo que vinculan al yo con el otro. Estas dos instancias aparecen en Blanchot siempre ligadas a la experiencia de la literatura, siendo la voz generalmente asociada a Kafka, y la mirada, a Orfeo. Son instancias que se sitúan en el *espacio* entre yo y otro, que configuran ese espacio para hacer posible la circulación de un lado a otro, espacio inabarcable entre quien ve y la imagen que mira, entre quien habla y quien escucha. La ambigüedad de estos "objetos" no constituye un límite donde la reflexión dialéctica debe detenerse. Más bien, forman el lugar poroso de pasaje hacia el afuera (de la literatura y el lenguaje). Recordemos que J. Derrida ubica ese lugar de paso en la insistencia del uso que Blanchot hace de la partícula *pas* en varios de los títulos de sus libros (por ejemplo *Faux Pas* o *Le Pas au-delà*), ya que en francés esta partícula funciona como negación (*no*) o como sustantivo (*passo*). Según Derrida, allí está el punto de juntura que nombra a la vez que *es* lo que sucede en el devenir imagen de la palabra (Derrida, 1986).

1.4.6. La palabra errante

Como mencionamos, las referencias a Lázaro y a Eurídice se encuentran principalmente en *El espacio literario*, publicado en 1955, cuya primera traducción al español se realizó en Argentina en el año 1969. Este es el más sistemático de los seis volúmenes de crítica publicados por Blanchot⁴⁶, probablemente a causa de la reflexión tan específica que en este libro se presenta sobre la experiencia de la escritura, en una corpus determinado de autores: Mallarmé, Kafka, Rilke, Char y Hölderlin. En este libro Blanchot menciona a Emmanuel Levinas en un par de ocasiones, de las que nos interesa especialmente la referencia al “il y a” levinasiano, ya que aparece también en “La literatura y el derecho a la muerte”. De hecho, la cercanía de la propuesta blanchotiana en torno a la literatura y el neutro con el “il y a” de Levinas o la noción de “no-saber” de Levinas ha sido desarrollada por varios autores, generalmente asociada a una reformulación del pensamiento fenomenológico⁴⁷. Como veremos a continuación, es la proximidad con Levinas la que le permite a Blanchot apartarse de la indiferencia ética que conlleva la apuesta heideggeriana por la anterioridad del *ser* respecto del *ente*. Sabemos que el encuentro y la amistad con

46 Bident afirma que esta publicación “llevó a la primera tesis universitaria y prefiguró los primeros libros, que aparecían entre cinco y ocho años después. Françoise Collin, que en 1971 fue el primer autor en publicar un libro sobre Blanchot, ya había participado en un volumen de *Critique*” (2019, 365).

47 No extraña que Del Barco, habiendo traducido ya *De la gramatología*, encuentre semejanzas entre estas afirmaciones de Blanchot y la “archi-escritura” de Derrida.

Levinas durante sus estudios en la Universidad de Estrasburgo tuvo profundas implicancias para los dos escritores (Bident, 2019, 24).

Si nos enfocamos en la lectura de *El espacio literario*, ya en la breve nota introductoria aparece la referencia al apartado sobre “La mirada de Orfeo” como el centro móvil, desplazado, al que se dirige toda la obra. En líneas generales, es posible notar en este libro un fuerte distanciamiento respecto de Heidegger pero que no toma la forma de un rechazo total o absoluto, en la medida en que Blanchot recupera conceptualizaciones de Heidegger para distanciarse de él desde el interior mismo de su pensamiento. Este alejamiento es recuperado por Levinas en su libro *Sobre Blanchot* (1975), donde afirma que hay una proximidad entre la noción heideggeriana de *ser* y la *obra de arte* blanchotiana, en tanto esta última se concibe como la presencia material de la ausencia que son las palabras. Pero a diferencia de Heidegger, para quien el arte lleva a la verdad del ser, en Blanchot el arte conduce al error del ser, a la errancia y a lo inhabitable. La literatura es para Blanchot el mundo de la no-verdad, lo cual lo distancia de la propuesta de Heidegger. Podemos describir este movimiento a partir de la alegoría de Orfeo: la torsión hacia atrás, la búsqueda de la anterioridad como garantía y verdad del *ser*, termina en un fracaso: Euridice se desvanece y la verdad del *ser* resulta en su error. Silvio Mattoni, en la misma línea, afirma: “la mirada retrospectiva procura volver de la noche de la escritura con algo tangible. Sin embargo, lo que se trae nunca coincide con el impulso originario” (2014, 23).

En *El espacio literario* las zonas de contacto entre Blanchot y Heidegger son numerosas y exceden los límites de este trabajo, por lo que optamos por destacar las figuraciones en torno a *la palabra errante*, que aunque recorren todo el libro, se concentran en el primer apartado del capítulo tres que se titula “La obra y la palabra errante”. Es posible leer dos versiones de la palabra *errante*: por un lado, es la palabra que deambula sin rumbo fijo, y por otro, es la palabra equivocada, fuera de lugar, que se plantea como error. Entendemos la lógica de este movimiento desde el apartado “Las dos versiones de lo imaginario”. Allí Blanchot retoma la relación palabra-muerte pero en términos de imagen. Las dos versiones serían entonces:

ese hecho por el que la imagen si bien puede ayudarnos a recuperar idealmente la cosa y es entonces su negación vivificante; puede al mismo tiempo remitirnos no ya a la cosa ausente, sino a la ausencia como presencia, al doble neutro del objeto en quien la pertenencia al mundo se ha disipado (1992, 251).

Blanchot no reduce dialécticamente esta duplicidad a una elección subjetiva que despeje el sentido, sino que opta por sustraer el movimiento de la imagen dejándola a la intemperie de

lo ambiguo⁴⁸. De esta manera, en las dos versiones de lo imaginario, la ambigüedad ya no funciona como operador de la comprensión dialéctica (A o B) sino que se presenta en simultáneo: la imagen a veces es el sentido del mundo, a veces nos arroja al tiempo infante de la fascinación donde la lógica del sentido se detiene, a veces es el umbral del espacio literario donde la lectura nos permitiría “disponer de las cosas en su ausencia” (1992, 252). Más allá de esta distinción, nos interesa retener el movimiento que posibilita la locución adverbial *a veces*, ya que desde la consideración gramática el adverbio es una construcción que no tiene una función sintáctica que impacte directamente sobre el significado de la oración: ni sujeto ni objeto, es un elemento neutro que puede o no estar presente.

Si se consideran las distintas modulaciones de *la palabra errante* en conjunto, podemos ver que generalmente aparecen vinculadas con palabras recurrentes en la obra de Blanchot como *exilio* y *afuera*. Estas palabras indican experiencias imposibles que se articulan en la escritura de Blanchot para figurar la experiencia creadora de la escritura literaria. Una tarea así sólo parece encararse en el modo de una búsqueda que está, desde el comienzo, condenada al fracaso, al error y al recomienzo. Sergio Cueto en *Maurice Blanchot: el ejercicio de la paciencia* (1997) –que analizaremos en el capítulo 3– conceptualiza los puntos de contacto entre Blanchot y Heidegger a partir de la noción de “experiencia”: “El arte tiene que convertir a la errancia en camino (...) El arte es un camino errante. Este camino errante es lo que Blanchot denomina experiencia” (1997, 33). En relación con esto, en el apartado “La obra y la palabra errante” de *El espacio literario* se conjetura sobre qué le ocurre al lenguaje en la cercanía del espacio literario. Allí el lenguaje ya no detenta un poder, ya no es el poder de comunicar por la negatividad radical que describimos anteriormente. Esta cercanía suspende el poder de comprensión, de modo que leer ya no es comprender según la inflexión propiamente hermenéutica del término. No hay, en el origen de la palabra, ninguna verdad que garantice su sentido. En este apartado la palabra errante aparece relacionada con la palabra neutra:

Cuando la neutralidad habla, sólo quien le impone silencio prepara las condiciones del sentido, y sin embargo, lo que hay que entender es que esa palabra neutra, lo que ya siempre fue dicho, no puede dejar de decirse y no puede ser entendido. Esta palabra es esencialmente errante, siempre está fuera de sí. Designa el afuera infinitamente distendido que tiene lugar en la intimidad de la palabra (Blanchot, 1992, 45).

48 Participó de la Editorial Argonauta y la Editorial Minerva. Estuvo a cargo de la sección de Publicaciones del Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde creó varias colecciones de libros de filosofía. En 1942 co-editó el volumen *Filosofía alemana traducida al español. Repertorio bibliográfico*. En 1948 fue Secretario de Actas del Primer Congreso Argentino de Filosofía, organizado por la Universidad Nacional de Cuyo.

La descripción de la palabra errante como aquello que está fuera de sí coincide con la descripción que Blanchot realiza de la experiencia del exilio como la condición del poeta: “pertenece a la insatisfacción del exilio, siempre está fuera de sí mismo, fuera de su lugar natal, pertenece al extranjero, a lo que es el afuera sin intimidad y sin límite” (1992, 226). Todas estas figuraciones apuntan a establecer que la literatura no pertenece al dominio de la verdad, como en Heidegger, sino que escapa de ese movimiento. La obra literaria para Blanchot⁴⁹ se vincula con el error, y arroja a quien la escribe y a quien la lee a la experiencia errante que obstaculiza el poder de comprensión y apropiación que ejercemos sobre las palabras. Como veremos en el apartado sobre la revista *Sitio* del capítulo 3, las modulaciones de la palabra errante son decisivas en “El ensayo, un género culpable” de Eduardo Grüner, uno de las ocurrencias textuales donde se condensan buena parte de las problemáticas de la recepción de Blanchot en la crítica argentina.

A continuación, buscaremos trasladar esta lectura de la palabra errante en *El espacio literario* a un corpus de ensayos posteriores en su obra, donde el énfasis está puesto en la literatura y lo neutro como impugnación, suspensión, de la dialéctica y la cultura. Estos ensayos también circularon en la crítica argentina como veremos en el capítulo 3, por ejemplo en la revista rosarina *Paradoxa*, particularmente en el caso de Alberto Giordano, quien ha sido el crítico argentino que con mayor frecuencia ha involucrado el movimiento blanchotiano de la literatura como impugnación.

1.4.7. Dialéctica y cultura: impugnación

En "El pensamiento y la exigencia de discontinuidad", publicado en *La conversación infinita* (1969) Blanchot encuadra su crítica a la dialéctica hegeliana a partir de la siguiente hipótesis histórica: desde Aristóteles en adelante, la *continuidad* se convirtió en el lenguaje de la filosofía por medio de los tres principios de la coherencia lógica (identidad, no contradicción y tercero excluido). El asistemático salto que da Blanchot, propio de un modo exhaustivo a la vez que anómalo de leer filosofía –que no difiere de su modo de leer

49 Destacamos, por el carácter inaugural de esta intervención para la circulación de los románticos de Jena en Argentina, los cursos sobre la filosofía del arte del Romanticismo alemán: “el primero, ‘Formación de la Estética romántica alemana’ (1933), versó sobre las concepciones del *Sturm und Drang* y del ideal estético del clasicismo, focalizándose en la primera parte de la *Crítica del Juicio* y las *Cartas sobre la educación estética del hombre* de Schiller; el segundo, ‘Desarrollo de la Estética romántica’ (1934), estuvo consagrado al Cenáculo de Jena (los hermanos Schlegel, Novalis, Schleiermacher, Wackenroder, Tieck), la influencia de Fichte, el ‘Programa de sistema más antiguo del idealismo alemán’, *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer (parágrafos 30-52) y el plan general de la *Estética* de Hegel” (Ibarlucía, 2008, 31).

literatura–, le permite afirmar que es a partir de Hegel y su dialéctica que esa continuidad se constituye como totalidad en movimiento, al engendrarse a sí misma yendo de lo abstracto a lo concreto. Blanchot llama a este movimiento *exigencia circular* por dos motivos: porque responde tanto al principio de entendimiento (sólo se satisface con la identidad por repetición) como al principio de la razón (es decir, desea la superación dialéctica por medio de la negación). En Hegel, sujeto y objeto coinciden en última instancia, es decir, la circularidad se da en la medida en que la forma de la búsqueda y el en-sí del objeto que se intenta conocer deben coincidir. Blanchot concibe esta exigencia circular de continuidad como un fenomenal mecanismo de inclusión: con la dialéctica hegeliana, la razón se convierte en un modo total de incluir, de identificar, de someter lo otro a lo uno.

En este sentido, creemos que uno de los aportes centrales del pensamiento de Blanchot puede formularse de la siguiente manera: en el siglo XX, la dialéctica se convierte en el patrón de funcionamiento de la cultura, que se plasma específicamente en el modo en que la cultura intenta reducir, apropiarse y explicar la experiencia literaria. De este modo, la dialéctica incorpora como fenómeno cultural ese momento de discontinuidad radical que es la literatura. La dialéctica lo incluye todo: "ella va de un término a su opuesto, por ejemplo, del Ser a la Nada (...) el tercer término, el de la síntesis, va a llenar aquel vacío y a colmar el momento" (Blanchot, 2008, 7).

¿De qué forma y con qué matices aparece la palabra *cultura* en Blanchot y qué lugar ocupa la literatura en ese esquema? Para empezar, la cultura es la máquina de *poder* que lleva adelante el trabajo de asimilación, unificación e identificación de valores comunes a todos – es decir, los grandes reductores–. La importancia de la labor de la crítica literaria para este proceso pasa por la identificación de las obras literarias con la cultura, es decir, por entenderlas como un objeto que, aunque con cierta especificidad, no deja de ser una práctica cultural entre otras. Blanchot no niega este proceso, de hecho él mismo se considera un crítico, sino que teoriza justamente a partir de la necesidad al mismo tiempo que de imposibilidad de sustraerse a él mismo de ese proceso. Así, cuando afirma en línea con Mallarmé que la literatura va hacia su propia desaparición, expresa que “la esencia de la literatura es escapar a toda determinación esencial, a toda afirmación que la establezca o incluso que la realice: ella nunca está allí, siempre está por encontrarse o por reinventarse” (2012, 273)⁵⁰. La institución de la cultura, “gran potencia impersonal (...) sustancia plena, su

50 Según reconstruye Ibarlucía, al momento de irse Guerrero sólo había estudiado tres meses de alemán y contaba con ocho materias aprobadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su contacto en Alemania era Abad de Santillán, quien en los años previos al viaje le enviaba por correo libros y revistas solicitadas por Guerrero. Los dos fueron nombrados delegados de la “Federación Obrera Regional

espacio es un espacio continuo, homogéneo, sin falla y sin curvatura” (1971, 67)⁵¹, produce entonces el trabajo de asimilación por el que las obras, reducidas a valores, pasan a formar parte del saber y la comprensión universal en el movimiento progresivo de la historia. Pero esta voluntad de asimilación esconde una estructura de exclusión: “el afuera –eso que rechazamos sin saberlo– no está determinado de una vez por todas, y nuestra manera de excluir trabaja en nuestra voluntad de asimilar todo, ahí donde nos enorgullecemos de nuestro don de comprensión universal” (1971, 60).

Cabe preguntarse ¿por qué las obras? ¿qué designa este nombre? Aquí entra en juego lo neutro. La experiencia literaria es para Blanchot una efectuación más⁵² de la extrañeza radical que la cultura intenta una y otra vez asimilar. Si el modo de comprender de la dialéctica hegeliana y la hermenéutica heideggeriana se caracteriza por la fuerza de la negatividad, la literatura nos propone la lógica de la *impugnación*: “La literatura es quizá esencialmente (no digo única ni manifiestamente) poder de impugnación: impugnación del poder establecido, impugnación de lo que es (y del hecho de ser), impugnación del lenguaje y de las formas del lenguaje literario, en fin, impugnación de ella misma como poder” (1971, 63). Seguimos a Alberto Giordano (2017) en la traducción de la palabra francesa “*contestation*” como “*impugnación*”⁵³ –que, como mencionamos en la introducción, surge de la traducción que Isidro Baquero realiza de “Prefacio a la transgresión” de Foucault–, ya que de esta manera se enfatiza que el movimiento del verbo no responde simplemente a una oposición negativa sino que involucra un *suplemento*. Esta operación es fundamental para nuestra investigación sobre la recepción de Blanchot en la crítica literaria argentina, ya que nuestra hipótesis es que la conceptualización de la literatura como poder de impugnación es el aspecto que ejerce, y sobre el que se ejerce, lo que denominamos la resistencia a Blanchot. Teniendo en cuenta que esta hipótesis retoma la operación de traducción de Giordano, quien,

Argentina (FORA) a la Conferencia de Innsbruck, organizada por la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) a comienzos de diciembre de 1923” (Ibarlucía, 2008, 19).

51 Recordemos que el texto de Benjamin que cita Guerrero es la versión francesa de “L’oeuvre d’art à l’époque de sa reproduction mécanisée”, publicado en *Zeitschrift für Sozialforschung* (1936): “Es en este contexto que primeramente deberíamos situar en la obra de Guerrero la circulación del nombre de Benjamin, un *alemán* (conocido primeramente por Guerrero como teórico del romanticismo) escribiendo en *francés*, para una revista de *exiliados políticos* del nazismo, el esbozo de *una crítica radical de los cimientos de las teorías estéticas hegemónicas de su Alemania natal*” (2014, 67).

52 Menciona a David Viñas, Juan José Sebreli, León Rozitchner y Noé Jitrik.

53 “[Jaime Rest] lo retrató como uno de los profesores de la Universidad de Buenos Aires que ‘abrieron al pensamiento argentino zonas que hacia 1930 todavía permanecían inéditas y llevaron a cabo una tarea similar a la que Ortega y Gasset cumplió en España’ y sostuvo que su estética fue ‘una de las contribuciones más originales de la filosofía argentina al estudio de la instauración y el reconocimiento de la obra de arte’, principalmente, ‘por la resolución dialéctica que proporciona al viejo conflicto entre autonomía y función social del hecho poético, que reconoce el mundo exclusivo de las formas creativas y al mismo tiempo reconoce el impacto que recibe de las formas de vida y el influjo que, a su vez, ejerce en estas’” (Ibarlucía, 2008, 67-68).

además, es uno de los protagonistas de la recepción de Blanchot a partir de mediados de la década del 80, la perspectiva metodológica que proponemos en este capítulo encontrará su proyección en el apartado 1.7. del capítulo 3, cuando nos dediquemos a analizarlas investigaciones de Giordano.

De esta manera la impugnación, a diferencia de la negación y la superación hegelianas, interrumpe la conciliación dialéctica. Ante la voluntad de comprensión total, la especificidad de la literatura pasa por proponer una experiencia “por la que somos puestos a prueba de lo absolutamente otro, de lo que escapa a la unidad” (1971, 60). La exigencia dialéctica de la unidad supone que la estructura de las diferencias es, en sí, binaria: “y se reduce a una oposición rigurosa de términos a términos siempre separados dos a dos” (1971, 147). La pluralidad entonces se concibe *a priori* como reducible en dos: lo bajo y lo alto, lo dominante y lo dominado, vanguardia estética y vanguardia política, lo nacional y lo extranjero, análisis intratextual y extratextual. Según propone Blanchot, la discontinuidad vacía que recubre la conjunción copulativa y en todos estos casos es el elemento *neutro*, siempre diferente, que implica un corte inevitable porque es suplementario a la unidad y funcionalmente nulo: “el corte –la disyunción– infinitamente pequeño conservaría la no-relación radical a la que el Uno no podría aplicarse” (1971, 148). Es importante destacar que la palabra “impugnación” proviene de un verbo con sentido activo, es decir, un verbo transitivo que supone una acción con un objeto determinado. De hecho, en francés también existe el verbo “impugne”, que difiere de la palabra “contestation” que efectivamente en aparece en el texto en francés. De modo que la decisión de traducir por el español “impugnar” es una operación crítica ensayística que para nosotros permite marcar el camino de lo que ocurre con Blanchot en la crítica literaria argentina. Nuestra hipótesis es que lo que Blanchot llama “literatura” se despliega como su poder de impugnación. Pero ¿de qué? De los valores, pero también de ella misma como poder. Si bien la fórmula “literatura como poder de impugnación” mantiene cierta connotación dialéctica en tanto la voz “impugnar” tiene un sentido activo y transitivo, ésta se deconstruye hacia el final de la cita de Blanchot cuando afirma que es impugnación de ella misma como poder. Pero, ¿cómo lo hace? ¿es un ejercicio, una acción, un efecto que va de suyo? Consideramos que este poder de impugnación se efectúa en dispositivos que venimos desarrollando como la voz narrativa, la interrupción no-dialéctica, el afuera, la desobra, la palabra errante y el neutro.

En este sentido, el pensamiento de lo neutro, de clara ascendencia nietzscheana, es uno de los aportes centrales de la obra de Blanchot. Como hemos visto, esto tiene un antecedente evidente en la formulación de la *palabra errante*. Lo destacable de esta apuesta

es que conjuga aportes de la filosofía, la literatura y la historia. Blanchot parte de la hipótesis de que “toda la historia de la filosofía podría ser considerada como un esfuerzo por domesticar lo neutro o por recusarlo – así es constantemente reprimido de nuestros lenguajes y nuestras verdades” (1971, 195). Lo neutro entonces puede entenderse como el acto de impugnar: se sustrae al juego de las oposiciones, de los géneros, de la negación o la afirmación. La relectura de Hegel que propone Blanchot parte de la complejización de la dinámica que se establece entre literatura –entendida no ya como manifestación sensible de la Idea sino como una manifestación particular del lenguaje– y dialéctica –que, al interior del sistema hegeliano, ocupa un lugar determinante para el progreso racional y lógico de la historia–. La literatura opera como el límite de la dialéctica, cuyo trabajo de inclusión está garantizado justamente por la existencia en el mundo de aquello que no puede incluir, a saber, la singularidad de la experiencia que llamamos literaria. La cultura trabaja para controlar aquello que la interrumpe y la impugna, reduciendo la obra literaria a valores morales y comunicables.

Entonces, el modo en el que Blanchot concibe la literatura se caracteriza por sustraerse, por el movimiento de la impugnación, tanto de los sistemas filosóficos como la hermenéutica heideggeriana y la dialéctica hegeliana. Este contacto tan estrecho entre filosofía y literatura puede ser uno de los motivos que expliquen la impar circulación de su obra, que termina siendo considerada como demasiado literaria para el ambiente filosófico y como muy filosófica para la crítica literaria. Figuras como la palabra errante, como lo neutro, que apuntan justamente a la disyunción que el lenguaje introduce en la subjetividad y la comunidad humana, a la disyunción entre teoría e historia que los sistemas filosóficos intentan controlar, tienden a generar resistencias en su circulación en el ambiente académico. Seguimos a Paul de Man (2008) al afirmar que esta resistencia, que tiene efectos históricos específicos, es a la vez una resistencia inherente al lenguaje que surge por la disyunción radical que existe entre la palabra y su afuera. De modo que la resistencia inherente al discurso teórico se explica entonces por la disyunción radical entre teoría y praxis, lenguaje y mundo, forma y contenido, significante y significado.

Es posible encontrar, en las reformulaciones que Blanchot realiza de las filosofías de Hegel y Heidegger, una forma singular de concebir la literatura como aquello que impugna y suspende el funcionamiento de la cultura. En esta perspectiva, el espacio neutro de la escritura, la palabra errante, resulta heterogéneo al espacio de la cultura. La escritura en la literatura interrumpe el funcionamiento del lenguaje según el cual decir responde siempre a la exigencia de representación y ordenamiento que impone el sentido, y según el cual leer es

siempre comprender lo leído según los términos del saber y la cultura. El advenimiento de la escritura puede entenderse entonces como manifestación de la resistencia inherente al lenguaje que mencionamos anteriormente, ya que la escritura según Blanchot resiste a concebirse “como la aprehensión inmediata de una presencia, ya sea de interioridad o exterioridad” (2008, 335), implicando un corte con el pensamiento como proximidad inmediata y una ruptura con la posibilidad de una conciencia entendida en términos fenomenológicos como experiencia de la subjetividad. Consiste, por lo tanto, en experiencia de lo desconocido, de lo no manifiesto, entendida en *neutro*.

Capítulo 2. Primer momento de la recepción de Blanchot en la crítica argentina (1953-1979)

2.0. Presentación

Nuestra investigación acerca de la recepción de la obra del escritor francés Maurice Blanchot en el espacio de la crítica literaria argentina apunta hacia dos direcciones heterogéneas: una teórica y una histórica. La tensión entre teoría e historia recorre toda la investigación, afectando las distintas decisiones metodológicas en la medida en que tomamos como punto de partida la imposibilidad de historizar la teoría sin asumir al mismo tiempo una interrogación teórica en torno a las evidencias de la historiografía. Es por esta razón que optamos por describir los distintos modos de la recepción de Blanchot como fenómenos o manifestaciones de una *resistencia*, con el objetivo de pensar vínculos posibles entre teoría e historia que nos permitan establecer los distintos modos de recepción que tuvo la obra de Blanchot desde sus primeras traducciones alrededor de 1950 hasta la actualidad. Debido a ello, el estudio de orden histórico será menos un objetivo que una herramienta a la hora de pensar las condiciones, efectuaciones y modalidades de la crítica literaria en la Argentina, vinculadas a la relación entre crítica y teoría literaria.

Un primer acercamiento al corpus de esta investigación puede ser por medio del recurso a la periodización, es decir, a la construcción de distintas etapas temporales con las que abordar el objeto que nos compete. La decisión de separar el corpus en etapas ofrece en principio una serie de posibilidades pero también impone limitaciones: a la vez que permite buscar constantes temáticas, retóricas y materiales entre los distintos textos que conforman una determinada etapa, nos expone también al carácter artificioso e inestable de este tipo de periodizaciones –que pone en cuestión los propios límites que ella fija en la medida en que las relaciones que se establecen entre distintos textos de distintas etapas exceden su circunscripción temporal o tipológica–. Optamos entonces por presentar la recepción de Blanchot según un esquema de etapas que se delimitan de manera temporal pero también temática, con el objetivo de que el propio desarrollo del trabajo tensione los límites establecidos para esta periodización a causa de los modos en los que esos textos pueden relacionarse entre sí. Dice Derrida: “[la periodización] siempre tiene el valor de una ficción o

una historia que nos contamos a nosotros mismos con el objeto de dramatizar, histórica y teleológicamente, un argumento no histórico” (2008, 126).

El primer momento que tomamos se inicia con las primeras traducciones en Argentina de textos de Blanchot, por lo que se extiende entre los años 1953 y 1979. En el conjunto de materiales que conforman esta primera etapa pueden distinguirse tres zonas: traducciones al español de textos de Blanchot; artículos, ensayos y reseñas específicas sobre Blanchot y referencias, menciones y usos asistemáticos.

2.1. Traducciones de Blanchot. Primer momento (1953-1973)

2.1.1. René Char en *Poesía Buenos Aires*

La primera traducción de un texto de Blanchot en Argentina aparece en el número 11-12 de la revista *Poesía Buenos Aires* en el año 1953, un número enteramente dedicado a la obra del poeta francés René Char que tuvo una tirada de 500 ejemplares. El traductor de todo el número fue Raúl Gustavo Aguirre, uno de los máximos exponentes de la revista junto con Edgardo Bailey. En “Prolongaciones de la vanguardia”, Mariano Calbi destaca la importancia de René Char para Aguirre: “Nos resta ahora demostrar cómo la lectura de René Char (marcada por el cruce de Heidegger y Blanchot) se constituye en otro de los elementos que participan de las posiciones de Aguirre” (1999, 244). Por otro lado, en el prólogo de la edición facsimilar de *Poesía Buenos Aires* editada por la Biblioteca Nacional en 2014, Rodolfo Alonso afirma sobre este número:

Para señalar con claridad el calibre de Raúl Gustavo Aguirre, por ejemplo, baste sólo mencionar esto: en las *Obras completas* de René Char, magníficamente editadas por Gallimard para su exigente *Bibliothèque de la Pléiade*, la primera traducción al castellano que aparece registrada es el número 11-12 (1953) de la revista, cuyas treinta y dos páginas dedicadas en su totalidad al gran poeta francés fueron devotamente seleccionadas, traducidas, editadas y anotadas por Aguirre, en una primicia que constituye a la vez una de las mejores perspectivas para calibrar con nitidez los dominios y el alcance de Char (14, 2014).

El ensayo de Blanchot, titulado “René Char”, había sido publicado por primera vez en el número 5 de la revista *Critique* (1946), y luego fue compilado en *La part du feu* –el segundo libro de Blanchot, editado por Gallimard en 1949–, libro de donde fue tomada la versión del texto que tradujo Aguirre, según lo expresa él mismo en la bibliografía y la “Nota del traductor” publicado al final del número.

Las distintas historizaciones de la crítica literaria en Argentina, a partir de su compulsión por estructurar la discusión intelectual en una polaridad, usualmente han ubicado a esta revista en una posición antagónica a *Contorno*. Así, por ejemplo, Verónica Stedile Luna advierte en un artículo sobre *Poesía Buenos Aires* que “si Sartre y Goldman en el cruce entre humanismo y marxismo habían significado una influencia suficiente en escritores como David Viñas, Bataille y Blanchot demorarían algunas décadas en producir efectos críticos concretos en Argentina” (2017, 227). Esta afirmación pone de manifiesto dos cuestiones: por

un lado, la referencia a Blanchot en la medida en que participa en una disputa extranjera acerca del compromiso intelectual en un contexto ajeno al argentino y, por otro lado, la resistencia que habría encontrado la obra de Blanchot en la crítica argentina durante al menos la década de los 50 y 60. Antes de detenernos en el análisis del ensayo de Blanchot sobre Char, intentando establecer de qué modos este texto puede haber intervenido en el contexto mencionado, nos gustaría revisar esta afirmación sobre los efectos críticos del pensamiento de Blanchot en Argentina. Más allá de que la especificidad propia del desarrollo de nuestro trabajo recuperará varios episodios de recepción de la obra de Blanchot en los 50 y 60 que resultan decisivos en tanto tienen un impacto sostenido en el tiempo, la decisión metodológica de tomar como objeto las traducciones de Blanchot busca resaltar la importancia de éstas en la circulación del saber entre distintos países. No solo por la incidencia de lo material como condición de posibilidad, es decir, no puede haber lectura y recepción de un texto que efectivamente circula, sino también porque sin esas traducciones al español la recepción de Blanchot se reduce a las personas que pueden leerlo en francés. De esto se deduce uno de los rasgos característicos de esta primera etapa de recepción: si tomamos el año 1953 como *comienzo* de la recepción de Blanchot en Argentina, la escasez de traducciones completas de los tres libros de ensayos que Blanchot había publicado hasta ese momento –*Faux pas* (1943), *La Part du feu* (1949) y *Lautréamont et Sade* (1949)– sin dudas moldeó su recepción al restringir la posibilidad de lectura de sus textos a aquellas personas que podían conseguirlos y leerlos en francés. De esta manera, la comparación por ejemplo con la fuerte presencia de la obra de J.P. Sartre en una revista como *Contorno* pierde relevancia, considerando que la recepción de Sartre se ancla inicialmente en el circuito académico de la llamada “generación del 25” (Savignano, 2016, 39) y que la obra publicada de Blanchot hasta ese momento consistía en relatos literarios y tres volúmenes de ensayos originalmente publicados en revistas literarias francesas. En Argentina, la presencia de Blanchot en estos años es sin dudas asistemática, marginal y ajena al ambiente universitario.

Ahora bien, si nos centramos en el ensayo de Blanchot sobre René Char, una lectura textual no agrega demasiado a la reconstrucción histórica de este primer episodio de recepción de su obra en Argentina. En la mencionada “Nota del traductor” de Aguirre, único lugar donde el editor y traductor de este número firma con su propio nombre, no encontramos expresados ninguno de los acercamientos específicos de Blanchot a la obra de Char. La pregunta por el impacto y la motivación de esta traducción específica sobre Aguirre y el grupo de *poesía buenos aires* permanece abierta: ¿debemos leerla como una publicación circunstancial o está motivada por algún interés particular? Al respecto, Stedile Luna afirma:

La publicación de este artículo en el número 11 de poesía buenos aires puede entenderse como una proposición más ambiciosa que engordar honrosamente el especial sobre René Char, ya que ciertamente introduce uno de los temas que obsesionaron también a Raúl Gustavo Aguirre: el modo en que la realidad se presentifica en la poesía sin recurrir por ello a la representación o mimesis, y cómo salir de lo que reconocían agotado en el surrealismo (2015, 6).

Más allá de esta pregunta, que excede los límites de nuestra investigación porque supone un trabajo sobre las relaciones entre el surrealismo en Argentina y en Francia, nos interesa detenernos en algunos elementos y figuraciones que se desprenden de la lectura del ensayo de Blanchot, que merecen ser explicados en la medida en que constituyen núcleos teóricos que se repetirán a lo largo de toda su obra e impactarán en su recepción en Argentina. Específicamente nos interesa reparar en las zonas del ensayo que anticipan propuestas teóricas que aparecen, con un desarrollo más acabado, en *El espacio literario* (1955) –que analizaremos en el apartado 1.4 de este capítulo–. Una de ellas es el particular modo en el que Blanchot concibe al objeto “poema”, como aquello que pertenece tanto al poeta como al lector pero en la medida en que es el poema el que los funda. Aquí se presenta una de las paradojas propias de lo que años más tarde se denominará el “espacio literario”:

Ambos, poeta y lector de ese poema, reciben de él su existencia y están fuertemente conscientes de depender, en su existencia, de ese canto por venir, de ese lector por devenir (...) el poema es su obra, el movimiento más verdadero de su existencia, pero el poeta es lo que le hace ser, lo que debe existir sin él y antes que él (2014, 134).

Por otro lado, la valoración al extremo positiva que Blanchot hace de René Char surge del hecho de que “su poesía es revelación de la poesía, poesía de la poesía y, como más o menos dice Heidegger de Hölderlin, poema de la esencia del poema” (1949, 105). En estos dos gestos hay una jerarquización ontológica de la poesía, del poema, por sobre todo lo demás que la rodee. De hecho, hay una *esencialización* de la poesía que por buenos motivos suele ser mal vista por los discursos sobre la literatura, el arte y la cultura. Creemos que esa esencia del poema y de la literatura puede entenderse por la exigencia romántica que recuperamos en el capítulo anterior, es decir, la esencia de la literatura es justamente su ser inesencial, carecer de esencia. Desde un punto de vista metodológico y epistemológico, este movimiento tiene una implicancia específica en el modo de leer literatura de Blanchot: a lo largo de su obra hay una obsesión por retomar una y otra vez aquellos casos (siendo Char, Kafka y Mallarmé los ejemplos predilectos) en que la literatura posibilita hablar sobre ella misma. Este posicionamiento parte del presupuesto de que a partir de la literatura no se puede construir otro conocimiento (ya sea histórico, cultural, social, etc) que no sea sobre la literatura misma. Es decir, no es representación de otra cosa que de su propio movimiento.

La descripción que se hace de la *imagen* en el poema a partir de Char, hacia el final del ensayo, puede ser una buena forma de explicar esta forma de pensar la literatura –además, este pasaje funciona como antecedente de “Las dos versiones de lo imaginario” uno de los textos más comentados de Maurice Blanchot–. En ambos casos, la conceptualización de Blanchot disputa explícitamente con una versión que haga énfasis en el aspecto representativo de la imagen:

La imagen, en el poema, no es la designación de una cosa, sino la manera en que se cumple la posesión de esta cosa o su destrucción (...) la imagen es ante todo una imagen, puesto que es la ausencia de todo lo que ella nos da y nos hace alcanzar como la presencia de una ausencia (2014, 135).

2.1.2. Sade y Lautréamont

Recién en 1967 aparece la primera traducción al español de un libro entero de Blanchot. Se trata de *Sade y Lautréamont*, traducido por Marcia Cerretani para Ediciones del mediodía en la ciudad de Buenos Aires. El hecho de que la primera traducción al español de Blanchot se haya producido en Argentina destaca la importancia de considerar la recepción de su obra en el ámbito de la crítica literaria argentina. A su vez, en el caso de este libro, podemos conjeturar que en esos años el interés que motiva esta traducción tiene más que ver con los autores allí tratados que con la propia obra de Blanchot, interés que se vincula con la presencia y circulación del surrealismo en Argentina en contacto con lo que ocurría en Francia. Esto también lo veremos en el apartado 1.4., ya que la colección donde se publica la traducción de *El espacio literario* también cuenta con libros sobre Sade y sobre Lautréamont.

A pesar de la importancia que revistió esta publicación por su carácter inaugural, no hemos encontrado referencias a esta traducción en el corpus de revistas literarias y culturales que tomamos para esta investigación (es decir, parecería ser que no se lo reseñó), ni tampoco se han desarrollado estudios sobre la editorial mencionada. En la contratapa podemos encontrar algunas consideraciones sobre este libro que nos permiten conjeturar, aunque sea de modo indirecto, acerca del espacio crítico de recepción de *Sade y Lautréamont*. Además de incorporar una reseña temática sobre los contenidos del libro, los editores dedican dos párrafos a describir específicamente aspectos de la lectura crítica de Blanchot. Aparece en la contratapa:

hacemos estas aclaraciones a falta de un estudio especializado sobre el lenguaje de Maurice Blanchot que quisimos omitir, dado el carácter de esta obra. Agregar al estudio *especializado* de M.B. Sobre *Sade* y sobre *Lautréamont* un estudio

especializado sobre M.B. hubiese sido excesivo. Demasiadas especializaciones para un solo libro (1967, s/p)⁵⁴.

Las aclaraciones mencionadas refieren al “estilo” de un modo de exposición caracterizado por una escritura que, según afirman, no está carente de excesos o incluso de “cierto barroquismo elegante”, pero también por la utilización contrapuesta del razonamiento “dialéctico”. Según la descripción de la contratapa, Blanchot utiliza a la vez un lenguaje de iluminación dialéctica y frases “oscuras” que arruinan esa conciliación dialéctica y la arrojan a una suspensión del razonamiento que parece interminable. Nos interesa destacar esta lectura porque, aunque sea breve, apunta a una cuestión recurrente en la obra de Blanchot: nos referimos a la impugnación, la suspensión del proceso dialéctico que la experiencia de la literatura supone para las distintas modalidades de producción de sentido del espacio de la cultura.

Como mencionamos anteriormente, en Francia el libro *Lautréamont et Sade* fue publicado por el sello Les Éditions de Minuit en el año 1949. Al igual que el resto de los libros de ensayos de Blanchot, este libro se compone de textos publicados previamente en revistas literarias muy heterogéneas como *Les Temps Modernes* (nº25, 1947), *Critique* (nº25, 1948) y *Cahiers d' art* (1948). Los años previos a la publicación de este libro fueron particularmente intensos para la actividad crítica periodística de Blanchot, con contribuciones influyentes por ejemplo en la publicación de julio de 1947 de *Les Temps Modernes*, donde su ensayo “A la rencontre de Sade” encabeza este número de la revista. De esta manera, es posible encontrar ensayos de Blanchot en las dos revistas que la historiografía literaria francesa sitúa como las que ocupan el lugar vacante de la *nrf* en la posición dominante del campo intelectual francés de la posguerra, nos referimos a *L'Arche* y *Les Temps Modernes*. Este dato resulta llamativo por lo paradójico, sobre todo si consideramos que la línea editorial de G.Bataille en *L'Arche* estaba lejos del existencialismo sartreano de *Les Temps Modernes*, al punto tal que la sociología de la literatura las describe a partir de la posición antagónica que ocuparían en ese constructo denominado campo intelectual. A propósito de esto, Christophe Bident afirma que Blanchot “era el único escritor aparte de Michel Leiris (miembro del comité editorial de *Les Temps Modernes*) que mantenía alguna relación entre las dos revista que eran los nuevos faros del campo literario e intelectual” (2019, 194). Considerado desde un punto de vista histórico, no quedan dudas de que la presencia de la obra de Blanchot tensiona las polaridades metodológicas que se establecen con frecuencia en la historiografía literaria.

54 El tercer tomo, interrumpido por la muerte de su autor, se publicó diez años más tarde.

Aquí también podemos trazar un vínculo con el ensayo “René Char”. Si tenemos en cuenta el conjunto de textos que publica entre 1944 y 1949 sobre el surrealismo –uno de ellos publicado también en *La part du feu*–, la apuesta de Blanchot por Char puede pensarse como una disputa con respecto a las lecturas existencialistas. Este movimiento supone la construcción de un modo de pensar la literatura y el mundo de discursos que la rodean –incluyendo especialmente el mundo político–, descrito anteriormente mediante la lógica del *desdoblamiento*, que ha pasado desapercibido por muchos críticos e historiadores, incluso por especialistas en Blanchot, que tienden a señalar un alejamiento por parte de Blanchot de la discusión política en el ámbito público tras su participación en diarios nacionalistas de derecha durante la década de 1930 (Sapiro, 2014; Holland, 1995). Es importante destacar que, si bien la tensión con Sartre alcanza su cenit en “La literatura y el derecho a la muerte”, hay un corpus de ensayos amplio donde es posible rastrear esta divergencia, por ejemplo en “L'échec de Baudelaire” y “Les romans de Sartre” entre otros.

Volviendo a *Sade y Lautrémont*, queremos destacar el ensayo “Qu'en est-il de la critique” que funciona como prefacio de este libro y que fue traducido por Marcia Cerretani como “Acerca de la crítica”. No nos detendremos ahora en analizar esta traducción porque más adelante la recuperaremos para compararla con otra versión del mismo texto que Jorge Jinkins publica en el número 4/5 de la revista *Sitio* en 1985. Sin embargo, nos gustaría destacar la interrogación que se lleva adelante en este texto en torno a la tarea de la crítica, en la medida en que se involucra también con las disputas por los modos de leer literatura que venimos reconstruyendo y porque serán retomadas, años más tarde, en otros episodios de la recepción de Blanchot en Argentina. En este texto temprano de su obra, Blanchot presenta la crítica en su papel de mediación, ligándola al ámbito de la universidad y el periodismo como dos formas de institucionalización de la literatura. La crítica es una de las formas en que “no solamente la literatura, sino la Universidad y el periodismo se afirman, y toman prestada su importancia de la realidad de esas potencias considerables, estática la una, dinámica la otra, ambas firmemente orientadas y organizadas” (1967, 9). Es importante destacar que la obra crítica de Blanchot se inscribe en el periodismo y no en la universidad, ya que como mencionamos la gran mayoría de sus ensayos fueron publicados originalmente en revistas literarias. Desde este lugar de enunciación ajeno a la sistematicidad y exhaustividad académicas pero profundamente vinculado con una formación específica sobre filosofía alemana (nos referimos a Kant y los románticos de Jena), Blanchot se pregunta por qué es necesaria la crítica, por qué aparece, ¿no basta con la obra como palabra creadora? Uno de los tantos modos de concebir la obra de Blanchot podría ser como respuesta a este interrogante,

que como ya veremos se reactualiza y reaparece a lo largo de distintos ensayos. En este caso, la crítica aparece como un híbrido de lectura y escritura que actualiza la palabra creadora intentando, en el mejor de los casos, no distinguirse de ella. La crítica es *búsqueda*, afirmación del vacío de sentido (histórico, estético, referencial) de la obra:

la razón crítica de Kant es la interrogación de las condiciones de posibilidad de la experiencia científica, la crítica está ligada a la búsqueda de la posibilidad de la experiencia literaria, pero esta búsqueda no es solamente teórica, es el rumbo en el cual la experiencia literaria se constituye, y se constituye experimentando, comprobando, por la oración, su posibilidad (1967, 12).

Si bien no realizaremos una reconstrucción del desarrollo conceptual de este libro, es decir, en la lectura detallada de los distintos argumentos que Blanchot identifica en Sade y Lautréamont, nos parece relevante detenernos en “Escribir y morir” porque allí se cifran varias cuestiones sobre la relación entre escritura y muerte que son recurrentes en su obra . En este breve ensayo Blanchot indaga en el espacio de ruptura entre *Les Chants de Maldoror* y *Poesies*, utilizando como referencia para el análisis una carta escrita por Isidore Ducasse – de la que Blanchot afirma es su “última” carta aunque no coloque en el texto ninguna referencia al respecto –. Empecemos por el final del ensayo, donde Blanchot afirma que con la escritura del “Prefacio” de *Poesies*:

Lautréamont comienza a presentir qué clase de negación exige su fidelidad a la luz: no una negación referente al sentido de las palabras o a las palabras en sí, sino una negación verdadera, una destrucción de sí mismo, un sacrificio de todo el ser para alcanzar, glorificar y asegurar el frío movimiento de la razón impersonal (1967, 240).

Más allá de los tópicos recurrentes que se pueden leer en este fragmento, nos interesa poner en juego el modo en que Blanchot extrae algunos elementos de la *vida* de Ducasse y los vincula con su obra. En los años previos a la exigencia metodológica de la “muerte del autor” en los estudios literarios, el modo en que Blanchot describe la relación entre el escritor y su obra tiene que entenderse por el movimiento de *impugnación* descrito anteriormente.

La historia de Isidore Ducasse y la complicada, por no decir fallida, publicación de *Les Chants de Maldoror* es conocida. La carta que Blanchot repone en su ensayo da cuenta tanto de esas dificultades como del posterior proyecto del libro *Poesies*. El énfasis del análisis está puesto justamente en las expresiones verbales usadas por Ducasse en el momento en que encadena un proyecto con otro. Son dos los pasajes que Blanchot destaca por encima del resto: “Todo quedó en la nada. Eso me hizo abrir los ojos” y “Por esta razón he cambiado completamente de método”. La primera frase refiere al fracaso de la publicación de *Maldoror* que le hace abrir los ojos y, dice Blanchot “tomar conciencia de sí mismo en tanto ser

cambiado y, sin duda, cambiado gracias a esta obra, pero también diferenciado completamente de la obra por causa de la obra misma” (1967, 233). Por otro lado, el cambio de método al que se alude responde al nuevo registro autoimpuesto por Ducasse a la hora de escribir *Poésies*, una obra compuesta por aforismos de lo que podríamos llamar “crítica literaria”, con una retórica alejada ya de la poesía oscura, terrible y amarga de *Maldoror*.

2.1.3. Proust

Pasemos ahora al año 1969, que marca un punto de inflexión para esta historia de la recepción de Blanchot en Argentina, con la traducción de *El espacio literario* realizada por Jorge Jinkins y Vicky Palant para la colección “Letras mayúsculas” dirigida por David Viñas en la editorial Paidós.

Es también el ese año en que se publicó el libro *Proust* en la Editorial Jorge Alvarez con un conjunto de diferentes textos sobre el autor entre los que se encuentra “La experiencia de Proust” de Maurice Blanchot, originalmente publicado en Francia en el número 20 de la *NNRF* en 1954, y luego compilado en *Le Livre à venir* (1959). El libro sobre Proust fue traducido por Patricio Canto y formó parte de la colección “Perfiles”. En la nota introductoria de Jorge Álvarez se afirma: “nuestro empeñamiento ha ido conformando una colección: *Perfiles* es la insistencia en una misma dirección: ir publicando recopilaciones, al mejor nivel posible, de ensayos sobre las figuras clave de la literatura contemporánea”. El nombre de Jorge Álvarez se encuentra fuertemente vinculado con la escena editorial y discográfica de la Ciudad de Buenos Aires en las décadas de 1960 y 1970, al punto que existen varios estudios recientes que se han ocupado de su labor editorial desde los estudios de la edición. En ellos podemos encontrar un emplazamiento de la labor de Jorge Alvarez que sigue la lógica del par materialista de “estructura/superestructura”: por un lado, se destaca la emergencia de esta editorial en el segundo período de auge de las editoriales argentinas tras una primera “Edad Dorada” que se extendió entre 1930 y 1955 (Román, 2016; Moya, 2016; Collado, 2013). Por otro lado, se sitúa su intervención en el marco de la reconstrucción de los “sesenta” y “setenta” realizada por la parte del canon de la historia intelectual argentina (Gilman, 2003; Sigal, 1991; Terán, 1991), focalizada en el desplazamiento entre dos modelos de intervención hegemónicos: del compromiso existencialista sartreano a la militancia directa de los artistas y escritores, “subordinando la especificidad de su labor a los criterios de la lógica política según la concepción del intelectual orgánico gramsciano” (Collado, 2013, 2). En este

esquema se vincula a Jorge Álvarez con la “nueva izquierda cultural”, a caballo entre la modernización cultural y la emergente radicalización política, en la medida en que su librería funcionó como lugar de encuentro de muchas personas vinculadas con la “nueva izquierda” y por la centralidad que ocuparon mucho de los libros que se publicaron con este sello. Entre el año 1963 y 1979 la *Editorial Jorge Álvarez* publicó más de 200 títulos, tanto argentinos como extranjeros (Catta, 2015, 10). Recuperamos a continuación algunos de los títulos porque tienen especial relevancia para nuestra investigación: *Literatura argentina y realidad política*, de David Viñas (1964); *Sexo y traición en Roberto Arlt*, de Oscar Masotta (1965); *El grado cero de la escritura*, de Roland Barthes (1967) y *Happenings*, de Oscar Masotta (1967).

El año de esta traducción tiene sus particularidades. Recientemente *Cuadernos Lirico*, la revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia, dedicó un número entero con más de veinte artículos que se tituló “Un año. Literatura argentina 1969” dirigido por Carlos Walker. En la presentación Walker afirma:

para la política y para la literatura argentina 1969 es un año monumental, un año mayúsculo, un umbral que anuncia lo que vendrá y que reordena lo que pasó. En él es posible encontrar un acervo de acontecimientos que puestos en fila dan como resultado inobjetable: un año mayor (2016, 4).

Su análisis busca destacar la simultaneidad de esos “acontecimientos” políticos tan importantes como el Correntinazo, el Rosariazo y el Cordobazo, junto con la publicación de libros y revistas que serán claves en lo sucesivo, como *Cicatrices* de Saer, *El fiord* de Lamborghini, *Boquitas pintadas* de Puig y la revista de crítica literaria *Los libros*. El antecedente principal de esta propuesta es el artículo “Historia literaria y corpus crítico (aproximaciones williamsianas y un caso argentino)” publicado por Miguel Dalmaroni. Nos interesa recuperar brevemente la argumentación metodológica presente en este último texto porque encontramos allí herramientas para construir un modo de lectura que permita dar cuenta de la singularidad de la traducción de *El espacio literario* en el año 1969. Sobre la extraordinaria coincidencia de las obras literarias que se publicaron en este año, Dalmaroni afirma:

una literatura que, lejos de ser utilizada por una sensibilidad crítica que la aglutina en un corpus para darse la razón, anticipa y en cierta medida engendra una sensibilidad cultural histórica; esto es, lo que en términos williamsianos se llama ‘una estructura del sentir’: la configuración fechable de un dislocamiento conflictivo entre la experiencia de unos sujetos históricos y lo que el sistema dominante de valores y

expectativas formalizaba y prescribía como experiencia posible (Dalmaroni, 2005, 15-16).

Hacemos esta mención debido a que no hemos encontrado estudios específicos, más que algunas menciones aisladas, sobre la traducción de *El espacio literario* ni de la colección “Letras mayúsculas” de la editorial Paidós. No hay referencias en el estado de la cuestión que hemos consultado acerca de la obra crítica y el trayecto intelectual de David Viñas, ni en los estudios sobre la edición en Argentina, lo cual llama la atención por la actual profusión de esas líneas de investigación. Con esto buscamos situar este episodio de recepción como configuración fechable de una ocurrencia que surge como una disyunción difícil de asimilar, tal como se puede ver en la falta de estudios específicos que recuperen este tema. Es por esto que a continuación nos detendremos brevemente en la contribución de Alejandrina Falcón al dossier mencionado, titulada “Traducir, aclimatar, argentinizar: la importancia literaria en 1969”, con el objetivo buscar elementos que nos permitan situar la aparición de esta traducción así como también su escasa, por no decir nula, repercusión.

Falcón destaca que los últimos años de la década del sesenta fueron el último período favorable para la edición en Argentina, con una mayor proporción de publicaciones nacionales y latinoamericanas. Es en ese contexto que lee el lugar de las traducciones en un momento en el que la proporción era "menor que nunca". Su perspectiva metodológica busca postular nexos entre las publicaciones locales y los acontecimientos sociales, económicos y políticos nacionales pero también internacionales: "Estudiar la circulación internacional de las ideas y de la literatura a través del análisis de los libros traducidos permite medir la intensidad del diálogo nacional con la tónica discursiva impuesta por el contexto internacional" (2016, 32). Teniendo esto en cuenta, la autora afirma que a finales de los sesenta hubo una significativa cantidad de traducciones de textos de ciencias sociales y humanidades, realizadas por las editoriales “nacidas en el período de 1939-1950, como Losada, Sudamericana, Emecé, Rueda o Paidós" (2016, 35). La autora señala cuatro tendencias generales de la traductografía de este período: en primer lugar publicaciones de ciencias humanas y sociales (estructuralismo, marxismo y psicoanálisis), en segundo lugar publicaciones vinculadas a lo que Horacio Tarcus (2008) denominó "recepción del mayo francés", principalmente en editoriales independientes, es decir, traducciones vinculadas al "contexto internacional"-. En tercer lugar, Falcón ubica la traducción de revistas extranjeras convertidas en libros, como por ejemplo la traducción de Paidós del número de *Tel Quel* dedicado a la obra Sade, también dentro de la colección “Letras mayúsculas”. Por último, Falcón destaca las traducciones literarias, que son su objeto de análisis en el artículo, en las

que predominan las traducciones del inglés, francés y alemán. En la nota al pie en la que se detallan los títulos de las traducciones, encontramos la referencia tanto a *El espacio literario* como al volumen dedicado a *Proust* que mencionamos anteriormente. Como veremos a continuación, tanto por las circunstancias de su traducción como por las particularidades de su propuesta para leer literatura, *El espacio literario* de Blanchot se constituye como una excepción difícil de asimilar en el esquema de Falcón que venimos desarrollando.

2.1.4. El espacio literario (1969)

Como ya señalamos, la traducción en 1969 de *El espacio literario* en el marco de la colección “Letras mayúsculas” dirigida por David Viñas en la editorial Paidós marca un verdadero punto de inflexión en la historia de la recepción de la obra de Maurice Blanchot en Argentina, ya que habilitó la posibilidad de que muchos lectores puedan acceder a uno de sus libros más importantes sin necesidad de contar con competencias en la lengua francesa – sobre todo si tenemos en cuenta que recién en el año 1992 se reeditó esta traducción por la misma editorial pero esta vez en la ciudad de Barcelona con el prólogo de Anna Poca “De la literatura como experiencia anónima del pensamiento”-. Además, esta traducción es de suma importancia para leer la recepción de Blanchot argentina ya que durante más de dos décadas es la única edición disponible de uno de los libros centrales de la obra de Blanchot, que por tanto tendrá efectos residuales en muchos de los episodios que siguen.

En la revista *Los libros* Oscar del Barco publicó una reseña de esta publicación titulada “La escritura desencadenada”. Dada su especificidad la analizaremos con detenimiento más adelante, pero no queríamos dejar de mencionarla ya que se publica en uno de los espacios claves para la circulación de nuevos saberes en el ámbito de la crítica argentina durante aquellos años. Además, en *Los libros* la editorial Paidós publicita en más de una oportunidad las publicaciones de “Letras mayúsculas”, así como también otras colecciones. En el número 2 publicado en agosto de 1969 hay una página entera dedicada a “Novedades Paidós”, encabezada por el anuncio de la publicación de *El espacio literario* de Maurice Blanchot. Se publicitan en total seis títulos de la “Biblioteca Letras Mayúsculas”, y treinta y seis más de las colecciones “Biblioteca de Psicología social y sociología”, “Biblioteca de Cultura clásica”, “Biblioteca Psicologías del siglo XX”, “Biblioteca Mundo moderno”, “Biblioteca Letras argentinas”, “Biblioteca de Psicometría y psicodiagnóstico”, “Biblioteca Historia”, “Biblioteca de América Latina”, “Biblioteca del Educador

contemporáneo”, “Biblioteca del Hombre contemporáneo” y “Biblioteca Ciencia e historia de las religiones”. Un año más tarde, en el número 12 publicado en octubre de 1970, Paidós publica en la primera página de la revista un anuncio celebrando los veinticinco años de la editorial. Hacemos esta mención porque en el aviso la publicidad se encuentra acompañada de un texto breve con distintos datos que nos permiten notar tanto la variedad como el volumen de esta editorial:

Un cuarto de siglo dedicado por Paidós a editar 800 títulos en 30 colecciones. En 1945 Paidós introdujo en los países de lengua castellana una bibliografía psicológica entonces prácticamente inexistente y las primeras bibliotecas especializadas, a nivel universitario, en psicoanálisis, sociología, psicometría. En 1970 cuenta con uno de los fondos editoriales importantes del mundo en Ciencias del Hombre. Por todo ello agradece a los colaboradores, autores, impresores, traductores, agentes literarios, correctores, dibujantes, grabadores, encuadernadores, corredores y, muy especialmente, a los librerías y a los lectores de todos los países de lengua castellana que han hecho posible la edición de los tres millones doscientos mil ejemplares que Paidós ha lanzado en ese cuarto de siglo (1970, 2).

Teniendo esto en cuenta, creemos que la colección “Letras mayúsculas” dirigida por David Viñas tiene un carácter excepcional por la diversidad y casi extrema heterogeneidad de su catálogo, lo cual bien puede ser una de las razones posibles para explicar la falta de estudios específicos sobre esta colección, es decir, estudios que la tomen como objeto. A continuación, transcribimos los títulos de la colección y la presentación que David Viñas escribe para la colección en el libro sobre Levi-Strauss:

- 1- *LÉVI-STRAUSS: Estructuralismo y dialéctica*, B. Pingaud, L. de Heusch, J. Pouillon, C. Lévi-Strauss y otros.
- 2- *SARTRE: El último metafísico*, B. Pingaud, P. Trotignon, R. Bellour, J.P. Sartre y otros.
- 3 - *VERNE: Un revolucionario subterráneo*, R. Bellour, M. Butor, M. Foucault y otros.
- 4- *DESPUÉS DE LA ALIENACIÓN: La novela norteamericana actual*, Marcus Klein.
- 5- *EL TEATRO DE LA IRA*, John Russell Taylor.
- 6- *EL NOVELISTA COMO FILÓSOFO*, John Cruickshank.
- 7- *LA NOVELA POLICIAL*, Boileau-Narcejac.
- 8- *EL PENSAMIENTO DE SADE*, P. Klossowski, R. Barthes, Ph. Sollers y otros.
- 9- *ILUSIÓN Y REALIDAD*, Ch. Caudwell.
- 10- *EL ESPACIO LITERARIO*, Maurice Blanchot.
- 11- *TIEMPO Y NOVELA*, Jean Pouillon.
- 12- *NUEVA NOVELA LATINOAMERICANA*, M. Vargas Llosa, A. Rama, J. Lafforgue, C. Blanco Aguinaga y otros.

- 13- *DE GIDE A SARTRE: Puntos de partida*, Francis Jeanson.
- 14- *LITERATURA Y SENSACIÓN*, Jean-Pierre Richard.
- 15- *KAFKA*, Marthe Robert.
- 16- *LITERATURA ARGENTINA Y REALIDAD POLÍTICA*, David Viñas.
- 17- *LAUTRÉAMONT*, R. Jean, B. Borderie y otros.

Con LETRAS MAYÚSCULAS, que este volumen inaugura, Editorial Paidós pretende llenar un vacío: falta en la actual bibliografía en español una colección dedicada *exclusivamente* a la amplia problemática planteada por la literatura y su crítica. Sobre todo, si se tienen en cuenta las recientes aportaciones provenientes de diversas y aun contrapuestas perspectivas que configuran un espectro amplio y matizado. Nuestro criterio ha sido, en primer lugar, el de una actualización informativa lo más vasta posible: desde las tendencias influidas por el formalismo ruso a la crítica impregnada por la fenomenología, desde los seguidores de Bachelard a los discípulos de Lukacs, pasando por el *New Criticism* o las obras de Jean Pouillon y Jean-Pierre Richard, formadas en el grupo de *Temps Modernes*.

Pero esa actualización de la bibliografía crítica cumpliría solamente un aspecto de difusión, si no se complementara con los productos de la vanguardia crítica de nuestro país y de América Latina: así es como figuras clave de nuestra literatura o momentos especialmente significativos (como puede ser la actual narrativa latinoamericana) serán tratados por aquellos autores que han sabido asimilar las teorías propuestas por las nuevas corrientes para aplicarlas al análisis de nuestra producción.

Por otra parte, las zonas temáticas analizadas irán cubriendo lo más inmediato con un criterio de contemporaneidad y, sobre ese amplio marco de referencia, paulatinamente se irán insertando las obras monográficas que profundicen o sistematicen los aspectos parciales más relevantes.

De esta manera, LETRAS MAYÚSCULAS aspira a contribuir con un criterio de actualidad y vanguardia al conocimiento riguroso de la literatura entendida como interpretación, comentario, elaboración o cuestionamiento de los problemas más dramáticos y concretos que vive el mundo contemporáneo (1968, 9-10).

Queremos destacar de esta presentación el manifiesto interés de Viñas por renovar y ampliar la circulación de textos que se ocupen de pensar la literatura y la crítica como objetos, buscando establecer nexos entre esas tendencias extranjeras y la actividad crítica y literaria en América Latina. Resulta llamativo también el afán de contemporaneidad, de intervención en el presente que se puede leer en esta presentación –que, según la hipótesis que argumentamos en nuestra investigación, tensiona con el movimiento blanchotiano de la literatura como impugnación–. Hay una confianza en que el estudio riguroso del fenómeno literario puede contribuir a repensar la situación actual del mundo. La fuerza de esta intervención de David Viñas en la gestión editorial no ha sido estudiada en detalle, lo mismo ocurre con la figura de Del Barco que analizaremos más adelante.

Situamos entonces en este contexto la publicación de *El espacio literario*, traducido por Vicky Palant y Jorge Jinkis. Como veremos en el capítulo 3, el nombre de Jinkis ocupa un lugar fundamental para la recepción de Blanchot en la Argentina, no sólo por esta traducción, sino también por su posterior participación en la revista *Sitio* en la década de 1980. Debido a la falta de estudios sobre esta traducción, hemos entrevistado personalmente a Jorge Jinkis con el objetivo de recuperar las circunstancias que condujeron a esta publicación:

No recuerdo el año. En la librería francesa Galatea en la calle Viamonte nos encontramos con Viñas, él habló de una colección que iba a sacar Paidós, hablamos poquísimo, casi nada. Yo sin saber francés le pedí traducirlo y me dijo que sí, conversando alrededor de unos libros. Es una traducción que hice con una amiga que tuvo que exilarse, y tardé el triple de lo que Paidós quería, así que me reclamaron la traducción mucho tiempo hasta que se la di. Todo el encuentro fue bastante azaroso, no planeado respecto de la circunstancia, apareció como una ocurrencia. Yo no conocía toda la militancia nacionalista de Blanchot que se empezaron a publicar mucho después, no me animé a conocer esa parte de Blanchot porque lo amaba. Fue una traducción sin planear y sin reflexionar (Comunicación personal, 31 de mayo de 2021)⁵⁵.

Según afirma Jinkis, esta traducción fue un proyecto más bien espontáneo, al punto que ni siquiera se conocían otros aspectos de la figura de Blanchot vinculados con su participación periodística en diarios de la derecha nacionalista francesa. El azar, cierto viento de cola en el mercado editorial para la traducción y publicación de títulos extranjeros, la reconocida apertura de los lectores argentinos al pensamiento francés, la intrepidez de un joven psicoanalista y la destacada versatilidad de David Viñas para conformar una colección tan diversa como “Letras mayúsculas”, confluyeron en la aparición de un libro clave para la recepción de la obra de Blanchot en Argentina.

La referencia a la librería Galatea, donde se dio el encuentro entre Viñas y Jinkis, nos permite especular que allí comenzó a circular la versión francesa de *L'espace littéraire*. Esta librería tuvo un rol destacado en la circulación de libros franceses en la Ciudad de Buenos Aires, tal como se verifica en la “Encuesta sobre librerías, libros, editoriales y lecturas” realizada a escritores, intelectuales y profesores por Ana Clarisa Agüero y Horacio Tarcus para el N° 10/11/12 de *Políticas de la memoria* (2009-2011). Allí, por ejemplo, César Aira cuenta: “Cuando vine a vivir a Buenos Aires (1967; y vine como causa principal por las librerías que no había en Pringles) (...) la librería que más satisfacciones me dio fue Galatea” (2011, 160); también la nombra Jorge Dotti: “Galatea, una joya circunscripta a lo francés, con

55 “Origen’ dice advenimiento de una iniciación artística en la revelación y acogimiento de la obra de arte. Es, por tanto, el poder de una obra particular para darse su propio comienzo, para originarse a sí misma y, de ese modo, comenzar una orientación histórica (...) la obra de arte *es su propio origen*. No tiene por ‘origen’ al artista, como vulgarmente se repite; ella tiene su comienzo en sí misma” (Guerrero, 2008, 450-451).

todo lo bueno y todo lo malo que eso significa/ba” (2011, 165); y Jorge Monteleone entre varios otros: “Con mi estudio del francés, algo irregular, iba a Galatea a comprar mis Rimbaud, Baudelaire y Verlaine” (2011, 172).

Volviendo al libro, al igual que *Sade y Lautréamont*, la traducción de *El espacio literario* no cuenta con estudio introductorio, prefacio ni nota editorial. Recurrimos entonces nuevamente a la contratapa, que en este caso tiene la particularidad de ser una traducción de la contratapa de la edición francesa. Allí se afirma:

Este libro de Maurice Blanchot *no es* solamente un ensayo de elucidación de la crítica literaria y artística, sino también una exploración paciente, precisa y atormentada de lo que está en juego para el hombre, y para el hombre de hoy, por el hecho de que ‘existe algo como el arte y la literatura’ (...) *El espacio literario no es* un libro dogmático; es en sí mismo una experiencia largamente proseguida, cuya forma, movimiento y unidad no importan menos que las afirmaciones que en él se desarrollan (...) Tal vez *no existe* una meditación tan rigurosa y tan rica sobre las conductas creadoras en toda la historia de la crítica (1969, s/p)⁵⁶.

¿Qué hay en esta obra que solo parece poder definirse por la negativa, por todo aquello que no es? La reiteración de la negación como forma de aproximarse a una caracterización de *El espacio literario* puede leerse como manifestación de la resistencia que buscamos caracterizar en esta investigación. La fuerza de esta negación encuentra su correlato en la última oración de la cita, que valora esta obra de Blanchot de manera excepcional con respecto a las posibilidades de reflexionar sobre las “conductas creadoras”, es decir, sobre la aparición en el mundo de la escritura literaria. Para 1955 Blanchot ya había dedicado varios años a la escritura narrativa, la publicación de textos críticos en 1952 (*Critique y Les Temps Modernes*) y el comienzo de la columna mensual "Recherche" en la *NNRF* que se extenderá por seis años. Esta columna será el lugar de mayor repercusión para la obra de Blanchot. Como mencionamos anteriormente, casi la totalidad de los ensayos de esta columna se reúnen en los cuatro libros de Blanchot dedicados a la crítica y teoría literaria. Tomadas en su conjunto, puede leerse en ellas el desarrollo conceptual y retórico de las figuraciones clave en

56 Esto se puede ver claramente en el pasaje sobre Orfeo: “Cuando Orfeo desciende a los Infiernos, el arte es ese saber –sedimentado y latente, pero siempre operante– que guía sus pasos en medio de la noche. Y Eurídice es el punto extremo que el arte puede alcanzar (así sea bajo un nombre que la disimule y un velo que la cubra) (...) ¿Por ventura, comenta Blanchot, si no se hubiera vuelta hacia Eurídice, no habría cometido también una traición? Porque Orfeo ya ha sacrificado la vida feliz y la claridad del día, bajando a los Infiernos, para mirar en la noche lo que disimula la noche (...) desde su primera experiencia, Orfeo ya ha violado la ley: esa ley que le prohíbe volver hacia atrás. Pero Orfeo ha cometido un error imperdonable: el deseo de poseer a Eurídice (...) Mirar a Eurídice, sin preocupación por el canto, en la impaciencia e imprudencia del deseo que olvida la ley; *tal es la inspiración...* La mirada inspirada y prohibida conduce a Orfeo a perder todo, no solamente a sí mismo, no solamente la seriedad del día, sino también la esencia de la noche... La inspiración dice la ruina de Orfeo, la certidumbre de su ruina, y ni siquiera promete, en compensación, el éxito de la obra, como tampoco afirma, en la obra, el triunfo ideal de Orfeo, ni la supervivencia de Eurídice” (1956, 73-74).

su obra, que tendrán, en los ensayos que se publican en *El espacio literario*, un punto de inflexión entre las primeras lecturas en *Falsos pasos* y *La parte del fuego*, y las posteriores de *El libro por venir*, *La conversación infinita* y *La amistad*.

Sumado a esto, *El espacio literario* es el más “sistemático” de los seis volúmenes de crítica publicados por Blanchot, probablemente a causa de la reflexión tan específica que en este libro se presenta sobre la experiencia de la escritura en un conjunto determinado de autores: Mallarmé, Kafka, Rilke, Char y Hölderlin. De esto se deducen dos cuestiones: por un lado, que los autores que analiza Blanchot escriben principalmente en lengua alemana, y por otro, que Blanchot recurre a la experiencia del otro para poder pensar su propio acto de escritura (siguiendo la línea de C. Bident (2019) y de P. de Man (1986)). Recordemos que, hacia 1955, la obra literaria de Blanchot era considerablemente mayor a su obra crítica. La primera edición de *El espacio literario* incluye una lista de los títulos publicados por Blanchot entre 1941 y 1953 que tiene la particularidad de ensayar una división de su obra literaria por género: “Romans” (*Thomas l'Obscur*, *Aminabab* y *Le Très-Haut*), “Récits” (*Thomas l'Obscur* (nueva versión), *L'Arrêt de mort*, *Au moment voulu* y *Celui qui ne m'accompagnait pas*) y “Essais critiques” (*Faux pas* y *La Part du Feu*). Todos publicados por la editorial Gallimard y, además, allí se consigna también los dos títulos publicados por Editions de Minuit: *Lautréamont et Sade* y *Le Ressassement Éternel*. En lo que sigue de este apartado nos detenemos en el desarrollo teórico presente en *El espacio literario* sobre el acto de “lectura”. Si bien en principio esta digresión no responde a un trabajo específico sobre la recepción de Blanchot en Argentina, consideramos que es necesario realizarlo por dos motivos: por un lado, ya que allí podemos ubicar varios aspectos relacionados con la forma en que Blanchot concibe los vínculos entre literatura (a partir específicamente de la conceptualización de la “obra”) y historia, que son justamente los que tomamos como referencia para la perspectiva metodológica de nuestra investigación. Por otro lado, porque estas teorizaciones impactan de forma decisiva en los posteriores episodios de recepción: *El espacio literario* es, sin duda, uno de los libros de Blanchot más retomados por la crítica literaria en Argentina.

Ya en la breve nota introductoria aparece la referencia al apartado sobre “La mirada de Orfeo” como el centro móvil, siempre desplazado, al que se dirige toda la obra. En líneas generales, es posible notar en este conjunto de ensayos un fuerte distanciamiento respecto de Heidegger pero que no toma la forma de un rechazo total o absoluto, en la medida en que Blanchot recupera conceptualizaciones de Heidegger para distanciarse de él desde el interior mismo de su pensamiento. Como mencionamos anteriormente, este alejamiento es

recuperado por Levinas en su libro *Sobre Blanchot*, y puede ser descrito a partir de la alegoría de Orfeo: en la torsión hacia atrás, esa búsqueda de la anterioridad como garantía y verdad del Ser termina en un fracaso. Euridice se desvanece y la verdad del ser resulta en su error. Sabemos que el encuentro y la amistad con Levinas durante sus estudios en la Universidad de Estrasburgo tuvo profundas implicancias para los dos escritores. En *El espacio literario*, Blanchot cita a Levinas en un par de ocasiones, de las que nos interesa especialmente la referencia al "il y a" levinasiano, ya que esta referencia también aparece en "La literatura y el derecho a la muerte" (reunido en *La part du feu*) que es, para nosotros, uno de los textos fundamentales de Blanchot. Como se ha dicho en repetidas ocasiones, es la proximidad con Levinas la que le permite a Blanchot apartarse de la indiferencia ética que conlleva la apuesta heideggeriana por la anterioridad del Ser.

La descripción y el énfasis que Blanchot pone en el acto de "lectura" puede tomarse también como parte de esta reformulación de Heidegger, en este caso vinculado con la hermenéutica como modo de interpretación. En *El espacio literario*, la importancia del lector se da en la medida en que "es aquel por quien la obra se dice de nuevo, no dicha de nuevo en una repetición cansadora, sino sostenida en su decisión de palabra nueva, inicial." (Blanchot 1992, 202). En sintonía con el análisis sobre la primacía del poema en el ensayo sobre René Char, Blanchot sitúa al lector, en relación a la obra, en el mismo nivel de importancia que el autor, ya que es por medio de su lectura que la obra nace de nuevo, recomienza. Pero, ¿qué ocurre cuando la obra, concebida por Blanchot como "el otro de todo mundo" (1992, 203), como lo que posee una lógica diferente e irreductible al mundo en tanto conjunto de significaciones establecidas y determinadas, comienza a involucrarse con la historia y la cultura? En el momento que comienza, la obra irrumpe de forma súbita en el curso de la historia: "la obra es historia, es un acontecimiento, el acontecimiento mismo de la historia y esto ocurre porque su pretensión más firme es dar toda su fuerza a la palabra comienzo." (1992, 203). La obra no podría sino interrumpir el normal devenir de la historia porque ella misma es una instancia que nada tiene que ver con los parámetros de lo conocido por la cultura: "En el mundo en que surge y donde proclama que ahora hay una obra, en el tiempo usual de la verdad en curso, surge como lo desacostumbrado, lo insólito, lo que no tiene relación con este mundo ni con este tiempo." (1992, 203). Doble condición de la obra: si, por un lado, interrumpe la historia por su carácter desconocido, por el otro lado también encarna y lleva consigo la esencia de la historia- es "el acontecimiento mismo de la historia." (1992, 203).

La obra comienza e interrumpe el curso de la historia: “La obra dice la palabra comienzo, y lo que pretende dar a la historia es la iniciativa, la posibilidad de un punto de partida.” (1992, 204). Pero es en su calidad de recomienzo que la obra se remonta hacia el origen antropológico del sentido del hombre, del lenguaje y del arte mismo: “y finalmente es muy antigua, lo que se pierde en la noche de los tiempos, siendo el origen que siempre nos precede y que siempre está dado antes que nosotros” (1992: 204). ¿Qué es ese origen? La respuesta a esta pregunta nos introduce en el corazón de la teoría blanchotiana de la lectura: el lector, necesariamente inmerso en el mundo de la cultura y la historia, busca fervientemente en la lectura la “verdad” que garantice su saber de la obra y del mundo. Pero ocurre que su lectura, su búsqueda, fracasa en el momento en el cual encuentra, no el lugar de lo verdadero, sino el lugar donde lo verdadero nace: “El lector ve en la claridad maravillosa de la obra no lo que se aclara por la oscuridad que lo retiene y se disimula en ella (...) sino lo que es claro en sí mismo, la significación, lo que se comprende y de lo que se puede disponer y gozar tomándolo y separándolo” (1992, 205). Para Blanchot, entonces, la lectura de la obra nos brindaría el movimiento propio del lenguaje y la significación, es decir, cómo este significa, cómo construye y cómo lleva en sí lo que tradicionalmente entendemos por sentido. En vez de dar con el sentido de lo culturalmente verdadero, el lector da con la verdad profana del sentido antes de que este engendre la noción de “verdad” o cualquier otra noción. Esta tesis de Blanchot parte de la presuposición, antropológica también, de que el arte no puede pensarse sino como una manifestación sucesiva de recomienzos, una figura que –como se ve– resulta correlativa y complementaria con la de interrupción. En otras palabras, la creencia de que cada obra de arte no puede simplemente comenzar desde cero, sino que su propia posibilidad de existencia está dada por el “conjunto” de obras que la preceden (lo cual, de ningún modo, implica que la obra de arte deba moverse en el espacio del saber y de la comprensión).

No obstante, una vez que el lector da con la experiencia original e inaccesible por excelencia, el peso de la historia recae sobre él con tanta fuerza que se ve obligado a “transformarla en lenguaje corriente, en fórmulas eficaces, en valores útiles” (1992, 205). En este sentido, Blanchot reinterpreta la frase de Nietzsche, “Tenemos arte para que la verdad no nos hunda (no nos haga tocar fondo)”, y propone: “Tenemos arte para que lo que nos hace tocar el fondo no pertenezca al dominio de la verdad.” (1992, 213). De esta forma, pareciera que Blanchot hace hincapié en la necesidad antropológica de que la literatura, en tanto forma de arte, funcione como una suerte de reducto en el cual la experiencia –verbalizada como “lo que nos hace tocar fondo”– sea posible gracias al movimiento de la lectura que

necesariamente debe escaparse del mundo de la verdad y de la comprensión, de la historia y la cultura. Liberada de este peso, la lectura es el acontecimiento gracias al cual experimentamos que el arte “como imagen, como palabra y como ritmo indica la proximidad amenazante de un afuera vago y vacío, existencia neutra, nula, sin límite, sórdida ausencia, asfixiante condensación donde, sin cesar, el ser se perpetúa en forma de nada.” (1992, 217). El arte nos pone de cara a lo que sería el mundo antes de su comienzo, antes aún de que las ideas mismas de comienzo y de mundo sean verdaderamente posibles. Siguiendo a Blanchot, entonces, el arte sitúa al hombre frente a lo que era su imagen en el instante previo a que se constituya como hombre en el lenguaje.

2.1.5. Ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria.

Oscar del Barco editor

A comienzos de la década de los 70 aparece una traducción de Blanchot que, aunque mínima, tiene algunos aspectos singulares. Nos referimos a una pequeña entrada del volumen V de la *Historia de la literatura universal* editado por el CEAL en 1971 dedicado a la poesía, con el título “Mallarmé y el lenguaje”. Este volumen surge de la colección *Capítulo universal. La historia de la literatura mundial / Biblioteca básica universal* dirigido por Luis Gregorich que comienza a publicarse a partir de 1968 tras el éxito de *Capítulo argentino*, que era una historia de la literatura argentina publicada en fascículos; el objetivo consistía en extender el objeto del formato a la “literatura mundial”. Los fascículos de publicación semanal fueron agrupados luego en once volúmenes que respondían a distintos períodos históricos, mientras que el segmento que identifica a la literatura contemporánea fue también reunido en cinco tomos clasificados por género –en el quinto volumen, dedicado a la poesía, aparece el fragmento de Blanchot–. Además, en el equipo de trabajo de la colección participaban Jaime Rest, en carácter de asesor, Josefina Delgado como secretaria de redacción y también Esteban Fassio. Nos interesa particularmente la presencia de Rest, ya que conjeturamos que la inclusión de Blanchot en la colección puede haberse debido a su injerencia: como veremos en los siguientes apartados, Rest fue uno de los críticos argentinos que durante la década de 1960 y 1970 incorporó menciones a Blanchot en sus trabajos.

Tal como aparece consignado al final del texto, la entrada consiste en un fragmento tomado del ensayo “Le mythe de Mallarmé” publicado en *La part du feu*. Lo curioso es que la traducción se realizó específicamente para esta ocasión, ya que recién en el año 2007 se

publica *La parte del fuego* por primera vez completo en español. Como se puede ver, la referencia a Blanchot en este caso vinculada con la obra poética de Mallarmé nos muestra que, al menos en el contexto de esta publicación de la *Historia de la literatura universal*, se lo tomó como autor de referencia sobre el poeta francés. En el fragmento escogido se destaca la lectura blanchotiana de la impersonalidad en la poesía de Mallarmé que, como vimos en el caso de Paul de Man (1971), es uno de los aspectos más retomados para caracterizar la obra de Blanchot. Este modo de concebir al lenguaje de la poesía supone un acercamiento en dos direcciones que no necesariamente se complementan: en tanto existencia independiente y absoluta respecto de un escritor o un lector, el lenguaje del poema “es así una especie de conciencia sin sujeto que, separada del ser, es desprendimiento, oposición, y capacidad infinita de crear el vacío y de situarse en una ausencia” (Blanchot, 1971) , pero como vimos en “La literatura y el derecho a la muerte”, esa ausencia es también una conciencia encarnada, seducida ante la forma material de las palabras, ante su sonoridad, ante su vida. Lo que en esta perspectiva queda siempre por dilucidar es a qué tipo de conocimiento nos daría acceso el análisis, la lectura, de esa ausencia encarnada que son las palabras en el lenguaje literario. En el transcurso de la obra de Blanchot, es posible encontrar distintas respuestas a este interrogante que se pueden organizar tomando como variable el acercamiento o alejamiento respecto de las distintas tradiciones filosóficas provenientes de Alemania (Hegel, Heidegger, Nietzsche y los románticos de Jena). Señalamos esto para destacar que si bien el fragmento traducido y publicado es muy breve, condensa de manera precisa una problemática recurrente en la obra de Blanchot.

En el año 1973 se produce un episodio clave para la historia de la recepción de Blanchot en Argentina: Oscar del Barco publica en la colección “El hombre y su mundo” de la editorial Caldén⁵⁷ *La ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria*. Del Barco ocupa un lugar destacado en nuestra investigación porque hacia 1973 escribió el ensayo

57 “Conviene recordar, al respecto, el siguiente texto de Blanchot: ‘La obra exige que el artista pierda toda naturaleza, todo “carácter”, y que, cesando de relacionarse con los otros y consigo mismo por la decisión que lo vuelve un yo, se convierta en el lugar vacío donde se anuncia la afirmación impersonal. Exigencia que no es tal, porque ella nada exige, ni tiene contenido y es solamente el aire que hace falta respirar, el vacío sobre el cual uno se mantiene, la usura del día donde se vuelven invisibles los rostros que uno prefiere. Y así como los individuos más valerosos sólo afrontan el peligro bajo el velo de un subterfugio, muchos piensan que responder a este llamado es responder a un llamado de verdad: son los que tienen algo que decir, los que tienen que liberar un mundo metido en ellos mismos, los que deben asumir un mandato o justificar una vida injustificable. Es verdad que si el artista no se entregara a la experiencia original que lo pone al abrigo –que pone en ese abrigo lo desposeído de sí mismo–, si no se abandonara a la desmedida del error y a la migración del infinito recomienzo, la palabra “comienzo” se perdería. Pero esta justificación no aparece al artista, ni se da en la experiencia; por el contrario, está excluida, y el artista puede conocerla bien “en general”, de la misma manera que cree en el arte en general, pero su obra no lo sabe, y su investigación, que lo ignora, prosigue al abrigo de esa ignorancia’. Bajo ese abrigo, la potencia de iniciación es el comienzo de una corriente estilística” (1956, 207-208).

“Leer Blanchot” que funcionó como introducción para el libro recién mencionado y, además, fue el encargado de reseñar la traducción de *El espacio literario* para la revista *Los libros* en 1969. Su labor crítica, editorial e intelectual es ampliamente reconocida en Argentina, no solo en el ámbito de la crítica literaria, sino también en un contexto más amplio de la historia intelectual. Así, por ejemplo, en el volumen 10 de *Historia crítica de la literatura argentina* Horacio Crespo destaca el itinerario de Del Barco en “Poética, política, ruptura”, un artículo que reconstruye el lugar de la literatura en el vínculo con la sociedad y la política, a partir de “los principales núcleos ideológicos y orgánicos de la izquierda argentina” en el período que va desde el golpe de estado de 1955 a comienzos de la década del 70. En este extenso panorama, en 1963 empieza a publicarse en Córdoba la revista *Pasado y Presente*, por una nueva generación de intelectuales comunistas entre los que se encontraba Oscar del Barco. Crespo destaca que Del Barco entró en contacto con la revista *Tel Quel* durante un viaje a Francia en 1961. Del Barco cuenta sus impresiones sobre esta revista en una entrevista realizada por Crespo: “era la primera etapa de *Tel Quel*, una etapa en la que se trataba de vincular lo social, lo político, lo revolucionario, con la vanguardia del pensamiento y la vanguardia estética. Lo estético como la fuerza disruptiva en el mundo” (1999, 444). En esta entrevista Del Barco sitúa a Blanchot como uno de los “pilares teóricos” sobre los que se basaba *Tel Quel* en ese momento, junto con autores como Artaud, Bataille, Derrida, Barthes y Foucault. Aunque no haya publicado en esta revista, los ensayos de Blanchot fueron influyentes en muchos de sus colaboradores más frecuentes y representativos, tal como lo reconstruye Philippe Forest en *Histoire de Tel Quel* (1995, 233).

Por otro lado, desde el ámbito de la historia intelectual, Mariana Canavese destaca la importancia de Oscar del Barco para la recepción de Foucault en su estudio sobre *Los usos de Foucault en Argentina* (2015). Según Canavese, es a partir de la revista *Tel Quel* que Del Barco entra en contacto con la obra de Foucault, especialmente con sus primeros textos sobre literatura y *Las palabras y las cosas*. Canavese afirma lo siguiente sobre la actividad de Del Barco:

Traductor de Althusser, Derrida y otros, colaborador de la revista *Los libros*, militante del PC hasta su expulsión y profesor, Del Barco dirigía además la colección *El hombre y su mundo*, de ediciones Caldén –de su amigo el poeta y editor José Luis Mangieri– que contenía en gran parte sus propias lecturas –muchas de ellas traídas de una estadía en París en 1961– (2015, 61).

Apelando a la historia del conocimiento y los saberes, Canavese sitúa a Del Barco en la línea de intelectuales que indagaron distintas corrientes del pensamiento europeo como la filosofía existencialista, la fenomenología, el estructuralismo y el psicoanálisis lacaniano (2015, 60).

En ese contexto, y teniendo en cuenta la afiliación política de Del Barco, para Canavese la revista *Tel Quel* “se afirmaba en esos años guardando distancia respecto del modelo de compromiso sartreano y haciendo sistema con la lingüística, el estructuralismo y Lacan” (2015, 60).

En el estado de la cuestión sobre la revista *Pasado y presente*, es posible encontrar varios estudios sobre las políticas y prácticas editoriales que confluyeron en la publicación de un libro como este en la colección “El hombre y su mundo” dirigida por Oscar del Barco. En “¿De la ilustración a la revolución? Apuntes sobre la actividad editorial de *Pasado y Presente* en los sesenta” Diego García repone las disputas entre legalidad e ilegalidad que tuvieron lugar a causa de la edición en 1968 del libro *Sade. Filósofo de la perversión* por Ediciones Garfio en Montevideo, que era una traducción firmada por Rodolfo Bracco del número de *Tel Quel* dedicado a Sade:

como sabemos gracias a las reconstrucciones de Raúl Burgos y de Ignacio Barbeito, son nombres de fantasía que ocultan la verdadera identidad de los involucrados en la publicación: el traductor (Bracco) no es más que un anagrama poco elaborado de Oscar del Barco, Ediciones Garfio —que señala sin rodeos la ilegalidad de la operación— está en lugar de Ediciones Nagelkop, y Montevideo, por último, ocupa el lugar de Córdoba (2014, 209).

El conflicto se desencadenó porque la editorial Paidós tenía los derechos de edición del número de *Tel Quel* y lo publicó con el título *El pensamiento de Sade* justamente en la colección “Letras mayúsculas” de David Viñas. Más allá de este conflicto, García afirma que la actividad editorial clandestina coexistió en relativa paz con la producción legal de libros, no como un espacio aparte o paralelo sino integrado en el circuito editorial. De esta manera, en su artículo se intenta pensar el trabajo editorial como una de las formas de intervención política, en la medida en que la tan mentada renovación teórica de los años 60 y 70 funciona como articuladora entre la praxis política y la intelectual, materializada en este caso en el trabajo de edición. La conclusión a la que se arriba en este artículo funciona para el caso de Del Barco y también para el de David Viñas: “La figura del editor pasa en general inadvertida como agente de la cultura o la política, y lo mismo sucede con el perfil editorial de una figura que es reconocida por otros atributos, sean intelectuales o políticos” (2014, 214-215). Esta breve reconstrucción nos permitirá conjeturar sobre las decisiones editoriales, políticas y teóricas de Oscar del Barco que habilitaron la publicación de *La ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria*. En el apartado que sigue nos ocuparemos de los estudios específicos sobre la obra de Blanchot que se publicaron en este primer período de la historia

de su recepción en la crítica literaria argentina, entre los que la figura de Del Barco ocupa un lugar destacado.

La ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria no es un libro publicado como tal por Blanchot, sino que Del Barco reúne en una misma publicación dos ensayos de Blanchot y un texto firmado por él. De esta manera, el libro tiene una composición tripartita: “Leer Blanchot” de Oscar del Barco, “L’Absence de livre” traducido por Alberto Drazul y publicado inicialmente en el n°10 de la revista *L’Éphémère* (1969) y “Nietzsche y la escritura fragmentaria” que, según consta en las páginas iniciales de este libro, “fue tomado de la revista *Eco*, de Bogotá”. Esta extraña composición merece una serie de aclaraciones a causa de sus múltiples fuentes, así como también por las operaciones editoriales y de traducción que suponen. Para empezar, tal como afirma Carlos Riccardo, el nombre Alberto Drazul no era más que otro seudónimo que utilizaba Oscar del Barco para firmar los prólogos y las traducciones de aquellos textos de los que no contaba con derechos de publicación (2017, 11). En cuanto a las fuentes para este libro, *L’Éphémère* fue una revista francesa que se publicó entre 1967 y 1972 en la que participaron poetas y críticos como Jacques Dupin, Gaëtan Picon, Yves Bonnefoy y Louis-René Des Forêts, que se reúnen tras el cierre de la paradigmática *Mercur de France* (Mascaraou, 1998). Blanchot contribuyó solamente con dos artículos, el mencionado “L’Absence de livre” en 1969, y “Détruire” en el n°13 de 1970. Por otro lado, de la revista colombiana *Eco* se “toma” el texto de Blanchot sobre Nietzsche ya traducido al español, que originalmente se publicó en dos partes en la *Nouvelle Nouvelle Revue Française* en el n°159 (1966) y en el n°169 (1967). La revista *Eco* publicó 272 números entre 1960 y 1984 fruto del objetivo inicial de establecer nexos culturales entre Colombia y Alemania, aunque tuvo varias etapas con líneas editoriales diferentes (Jaramillo-Zuluaga, 1989, 3). En un primer momento, *Eco* se definía a sí misma en el subtítulo como una “revista de la cultura de occidente”, concebida como una publicación del Instituto Colombo-Alemán. Jaramillo-Zuluaga destaca como rasgo característica de la revista que, a diferencia de otras publicaciones realizadas por escritores para escritores, *Eco* estaba pensada por lectores y para lectores:

En ella, la traducción y la reseña eran más frecuentes que la colaboración a título personal y enseñaban una pasión por la lectura que no ha vuelto a manifestarse de una forma tan clara. Sus traductores llegaron a ser más de cientos y alcanzaron a reunir un millar de textos que tomaban de libros alemanes, franceses o ingleses (1989, 8).

Las traducciones fueron numerosas en la primera época de la revista hasta mediados de la década del 60, y paulatinamente fueron dejando lugar a una mayor cantidad de publicaciones

latinoamericanas. No obstante, la traducción de textos extranjeros siguió teniendo un peso especial en la revista, destacándose los números monográficos dedicados a escritores y filósofos alemanes. Entre ellos se encuentra el número dedicado a Nietzsche en el n° 114-115 en 1969 que incorpora el ensayo de Blanchot tomado por Del Barco, y también se destacan los monográficos sobre Brecht en el n° 85-56 (1967), Hölderlin en el n° 183-184 (1970), Hesse en el n° 196 (1978) y Kant en el n°235 (1981). Además, en la revista *Eco* se publicó el ensayo de Blanchot “La novela, obra de mala fe” en el número 253 de 1982, y “La circularidad de la interpretación en la obra crítica de Maurice Blanchot” de Paul de Man en el número 238 de 1981. De esta forma, la revista ocupa un lugar destacado en la recepción de la obra de Blanchot en la crítica argentina, ya que estos textos tuvieron una importante circulación en un momento en el que no había muchos libros de Blanchot traducidos al español.

2.2. Estudios y reseñas sobre Blanchot. Primer momento (1966-1973)

En el primer período que estamos considerando, se publicaron en Argentina solamente tres textos que se detienen en describir, valorar y analizar distintos aspectos de la obra crítica y también literaria de Blanchot: “Maurice Blanchot o el esplendor del espacio literario” de Jorge Bosch publicado en la revista *Sur* en 1966, “La escritura desencadenada” de Oscar del Barco publicado en 1969 en la revista *Los libros* y, del mismo, autor, “Leer Blanchot” publicado en *La ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria* en 1973. Es un número relativamente menor en comparación con las traducciones que circularon en el mismo período, lo cual nos permite conjeturar que, a diferencia de lo que ocurrirá años más tarde, la presencia de la obra de Blanchot en la crítica literaria y cultura de Argentina no tuvo demasiadas repercusiones en este período. En este sentido, los textos de Bosch y Del Barco poseen a las claras un carácter excepcional que, en el caso del segundo de ellos, tendrá una influencia decisiva en las décadas siguientes. Nos detendremos a continuación en el análisis de los textos mencionados.

2.2.1. Reseña de J. Bosch en revista *Sur*

“Maurice Blanchot o el esplendor del espacio literario” apareció en el número 302 de la revista *Sur* publicado en el año 1966. Tal como lo menciona Judith Podlubne en “*Sur* en los 60. Hacia una nueva sensibilidad crítica”, la década de los sesenta fue considerada como el período de “decadencia” de la revista en las distintas caracterizaciones de las historias intelectuales. Podlubne se propone complejizar esta caracterización. Para esto, analiza dos momentos vinculados: la conformación de un grupo en torno a Enrique Pezzoni, y la lectura crítica que este grupo propone de Silvina Ocampo en tanto “desencadena una nueva forma de sensibilidad crítica en la Argentina. Una forma, renuente a los emblemas culturales y los fetiches ideológicos de una época, dispuesta a dejarse afectar por la rareza impar de la experiencia literaria” (2012, 44).

Involucramos el estudio de Podlubne porque su modo de releer y problematizar las historizaciones que se han realizado sobre la revista *Sur* nos brinda algunos elementos para

intentar situar la residual y heterogénea presencia de Blanchot en una revista como esta. Ahora bien, en este punto nos resulta necesario introducir una aclaración metodológica. Las investigaciones de Judith Podlubne tienen para nosotros un carácter doble: son al mismo tiempo estado de la cuestión del período que estamos analizando, y objeto central de nuestra investigación en el período de institucionalización de Blanchot, porque sus estudios sobre la crítica literaria argentina involucran de manera decisiva algunos aspectos de la obra blanchoteana para la construcción de sus problemas teóricos y metodológicos. Teniendo en cuenta que esos trabajos fueron escritos entre finales de la década de 1990 y principios de los 2000, no analizaremos ahora los modos en que la escritura y la propuesta crítica de Podlubne incorporan elementos de Blanchot que vuelven productiva su obra, sino que nos limitaremos a recuperar en este apartado sus conclusiones sobre la historia de la crítica argentina que nos permiten complejizar el lugar de Blanchot en el período que estamos tomando.

El texto de Jorge Bosch se inscribe entonces en esa etapa de supuesta declinación de la revista *Sur* marcada por una desactualización del programa intelectual de la revista en un contexto social y político específico; la revista *Sur* no habría podido “sortear las profundas transformaciones que se suscitaron en la segunda mitad del siglo XX” (2012, 48). Desde un punto de vista metodológico, Podlubne propone que esta sentencia sobre los años sesenta de *Sur* se sostiene en que las aproximaciones de las historias intelectuales sobre la revista construyen un objeto homogéneo y sistemático que garantiza un enfoque continuista de la temporalidad de este proyecto. Para lograr esa continuidad “debieron segregarse las contingencias, los desfasajes y las disrupciones que tensionaban la revista en ese momento” (2012, 48). Así, el ejercicio crítico de Podlubne consiste en detenerse en esos desfasajes, a partir de la hipótesis de que esos restos irradian en muchos proyectos críticos y literarios de las décadas siguientes. Podlubne discute por ejemplo con las reducciones realizadas por Oscar Terán, quien afirma que con el advenimiento del estructuralismo y la profesionalización de la crítica literaria, *Sur* mantiene un estilo tradicional para concebir al hecho literario. Para discutir esta postura que apunta a la “obsolescencia” del proyecto de *Sur*, Podlubne toma como contraargumento la publicación del ensayo reseña de Pezzoni sobre *Otras inquisiciones* en el año 1952. Ubica este texto en un corpus conformado por los siguientes libros sobre Borges: *Borges y la nueva generación*, de Adolfo Prieto; *Las letras de Borges*, de Sylvia Molloy; *Borges y el cine*, de Edgardo Cozarinsk; *Borges ante la crítica argentina*, de María Luisa Bastos. Recuperamos esta mención porque en el apartado siguiente nos ocupamos de rastrear la presencia de la obra de Blanchot en Enrique Pezzoni, Sylvia

Molloy y Alejandra Pizarnik. Situamos entonces el ensayo de Jorge Bosch en esta línea, como un avatar más de la escasa pero heterogénea recepción de Blanchot en la revista *Sur*.

Jorge Bosch no tuvo una participación activa en la revista *Sur*. De hecho, además del ensayo sobre Blanchot, solamente publicó una reseña al libro *Origen y naturaleza de la ciencia* de José Biandini en el n° 152 de 1947 y el ensayo “Acerca de un teatro concreto” en el n° 315 de 1968. Teniendo en cuenta la escasa y asistemática participación de Bosch en *Sur*—no es posible encontrar puntos de contacto en los distintos textos mencionados—, analizaremos el ensayo “Maurice Blanchot o el esplendor del espacio literario” de manera aislada. Desde el vamos, el título es engañoso: esperaríamos encontrar en el texto referencias a *El espacio literario*, más aún si consideramos que cada página de la publicación tiene en el margen superior izquierdo el título del ensayo, y en este caso aparece directamente “el espacio literario”. Pero nos encontramos con que, no sólo no es el caso, sino que la lectura de Jorge Bosch se centra en las obras literarias de Blanchot. Esto resulta particularmente extraño si tenemos en cuenta que esta faceta de su obra es la menos retomada por la crítica literaria argentina.

Hay en el ensayo afirmaciones de mucha admiración respecto de la obra de Blanchot, que pueden entenderse a partir de la retórica humanista y culturalista, en el sentido más occidental posible de la palabra, de Jorge Bosch: “Las novelas irreales de Blanchot, en cambio, se asientan sobre toda la cultura humana, y sus raíces van tan lejos como ha podido llegar el pensamiento de los hombres” (1966, 36). Bosch percibe que esa alta cultura de occidente se ve amenazada por el influjo popular de las sociedades contemporáneas, por “la estupidez sin remedio de sus canciones populares, de sus espectáculos, de su sentido del drama” (1966, 37). En ese contexto la obra literaria de Blanchot viene a ofrecer una suerte de refugio para los valores espirituales de occidente. Como se puede ver, este es un caso de resistencia en la recepción positiva, porque Bosch valora mucho la obra de Blanchot pero en el modo de hacerlo transmite cierta inclinación hacia lo trascendental que no parece hacerse eco del nihilismo de Blanchot respecto de los valores. Así, en la recepción se ejerce la resistencia, siendo dos caras del mismo fenómeno.

No nos sorprende entonces que la resistencia a Blanchot, es decir, la dificultosa y escasa recepción de sus textos, sea tomada por Bosch como un signo cultural y moralmente positivo. El punto de referencia para esa interpretación es la pregnancia de la novela objetivista en el discurso de la crítica literaria, no sólo francesa sino también argentina. La literatura de Blanchot es tan revolucionaria que obstaculiza su propia consagración cultural:

es reconocido y respetado por una élite de primer orden en los círculos literarios de París, pero el movimiento de vanguardia de la novela aparece firmado por los escritores que han dado de llamarse objetivistas: Robbe-Grillet, Michel Butor, Nathalie Sarrute, etc. Sin embargo, antes que ellos, Blanchot había escrito y publicados novelas mucho más revolucionarias (1966, 39).

Bosch involucra en su lectura citas de tres libros de Blanchot: *Le Livre à venir*, *Thomas l'Obscur* y *L'Attente l'oubli*. Con la particularidad de que en 1966 no había traducciones al español publicadas de ninguno de esos libros, ya que las primeras traducciones al español aparecieron en 1969, 1982 y 2004 respectivamente. Las citas aparecen de manera irregular: la de *Le Livre à venir*, que es la única referencia a un ensayo crítico de Blanchot, se transcribe en francés, mientras que las citas a *Thomas l'Obscur* y *L'Attente l'oubli* aparecen en español. La lectura crítica de Bosch involucra entonces un ejercicio de traducción, con las decisiones e implicancias que esa tarea conlleva. ¿Qué citar en lengua original? ¿qué traducir al español? Estos interrogantes nos interesan particularmente porque se repiten en otros episodios de recepción de Blanchot, sobre todo en esta primera etapa, en los que la escritura crítica se hace cargo del acto de traducir un texto que en ese momento aún no circula en lengua española. ¿A quién le habla entonces un ensayo como el de Bosch? La pregunta parece no tener una respuesta posible que no sea confusa, sobre todo si consideramos que ya desde su título el ensayo parece estar refiriendo a los escritos críticos y teóricos de Blanchot sobre literatura – textos que, como venimos viendo, están empezando a circular en Argentina–, pero en su desarrollo el énfasis está puesto en dos textos literarios que tardarán varias décadas en ser traducidos al español. El descentramiento del gesto de Bosch es radical: no sólo son textos exclusivamente accesibles para lectores y hablantes del francés, sino que también se refieren al corpus de la obra de Blanchot históricamente más ajeno para la crítica literaria y cultural argentina.

De la lectura de Bosch nos interesa detenernos en aquellas reflexiones que describen la narrativa de Blanchot como relatos cuyo objeto no es ninguna realidad exterior ni interior, sino el “hecho literario”. A diferencia de la tradición de novelas objetivistas o realistas francesas, la de Blanchot es una “novela irreal” en la que la literatura ya no aparece como un hecho social, económico o político:

La primera vez que se escribe una narración no representativa, la primera vez que el hecho literario no pertenece a un mundo exterior al lenguaje sino que se identifica con él, la primera vez que el hecho literario es rescatado de los poderosos engranajes de la ficción, la primera vez en que la novela es real y no realista, la primera vez en que el significado convencional desaparece y queda sólo el signo –con su inmenso poder turbador– en el centro del espacio literario, la primera vez, en fin, en que el espíritu del hombre logra ahuyentar a todos sus fantasmas para dejar sólo al símbolo desamparado en un espacio de fantasmas, la primera vez en que se escribe una

literatura concreta, purificada de toda irrealidad, es un acontecimiento que comienza en 1932 y concluye varios años después: *Thomas l'Obscur*, de Maurice Blanchot (1966, 40).

Resulta particularmente llamativo lo trascendental de esta valoración. Esta hipótesis se argumenta en el ensayo a partir del análisis de un par de segmentos de *Thomas l'Obscur* donde Bosch busca poner de manifiesto lo que denomina como el modo irreal, contra representativo, de las imágenes narrativas que en esa obra se construyen. Este modo es definido como un irreversible proceso de abstracción –para decirlo con Blanchot, es un movimiento de desaparición– de todas las entidades que se presentan en la novela: “desaparecen las referencias al ambiente, a los gestos mundanos, a los móviles psicológicos; incluso terminan por desaparecer los nombres de los personajes” (1966, 42-43). En esta desaparición extrema se aloja, para Bosch, tanto el mérito “cultural” de la literatura de Blanchot como la causa que explica su dificultosa recepción. El movimiento hacia la desaparición la convierte en una literatura que narra el “hecho literario”, siempre que entendamos a este “hecho” como una desaparición en sí misma. No nos sorprende ya la excepcional importancia que Bosch le otorga a esta obra: “con Maurice Blanchot se muestra por primera vez en todo su esplendor concreto el hecho literario” (1966, 41).

2.2.2. La escritura desencadenada, O. Del Barco

En noviembre de 1969 Oscar del Barco publica “La escritura desencadenada” en el número 5 de la revista *Los libros*, una reseña dedicada a la traducción de *El espacio literario* realizada por Jinkins y Palant. De los 44 números de la revista *Los libros* publicados entre los años 1969 y 1976, Del Barco contribuyó con tres textos más: “El enigma de Sade” (sobre *La filosofía de tocador* del Marqués de Sade) en el número 1 (1969), “El silencio sobre Bataille” (sobre *Documentos* de George Bataille) en el número 9 (1970) y “Respuesta a ‘Puntos de partida para una discusión’ - Editorial N° 20 sobre CUBA” en el número 22 (1971). La figura de Oscar del Barco ocupa un lugar insoslayable para la historia intelectual y la crítica literaria en argentina, como lo demuestra la gran cantidad de estudios que han tenido de objeto su trabajo como profesor, traductor, editor, escritor y militante. Como mencionamos anteriormente, en la historia de la recepción de Blanchot en Argentina, sus aportes fueron decisivos no sólo por haber sido de los primeros en leer al menos parte de su obra, traducirla, publicarla y escribir sobre ella, sino porque esas tareas tuvieron un impacto específico en la

formación de otros críticos argentinos que también formaron parte activa del proceso de recepción décadas más tarde, principalmente en la ciudad de Córdoba.

Teniendo en cuenta el trayecto político de Del Barco en aquellas décadas, resulta difícil explicar qué puede tener en común con un acercamiento tan conservador como el de Jorge Bosch en la revista *Sur*. Si analizamos el proceso de la recepción de Blanchot en este primer período, es evidente que las distintas lecturas y escrituras que refirieron a la obra del escritor francés pueden ubicarse en los márgenes más extremos del arco intelectual y político. En el conjunto de las cuatro contribuciones de Del Barco en *Los libros* se traman una serie de relaciones entre escritura y revolución que permiten enlazar las dos dimensiones heterogéneas que la crítica literaria argentina suele destacar de la figura de Del Barco: la exigencia política y la importación teórica.

En un artículo de 1995, Wouter Bosteels y Luz Rodríguez Carranza analizan con detalle el lugar de Del Barco en *Los libros* a partir de una lectura de sus textos y también de las incidencias que tuvieron en otras contribuciones de la revista. Frente a la cristalizada estructuración de *Los libros* según la polaridad populistas vs. científicistas, ubican a Del Barco en el grupo de

ensayistas que leen a Blanchot, a Bataille, a Barthes y a Sollers con delectación, y que importan de Francia el placer de la escritura y la amoralidad del juego del lenguaje. A principios de los 70 estos críticos (...) mezclaban gozosamente el erotismo del texto y el del cuerpo, Barthes y Marcuse, Lacan y el ‘flower power’, Blanchot y el ‘cordobazo’. Las urgencias políticas impusieron sin embargo a los ensayistas la tarea de relacionar más claramente sus búsquedas textuales con las revolucionarias” (1995, 314).

El vínculo de *Los libros* con *Tel quel* y la recepción del estructuralismo francés en Argentina forma parte ya de un estado de la cuestión cristalizado en la historia intelectual argentina (Woolf, 2009). En esta línea, Bosteels y Carranza afirman que la apropiación del mandato metodológico de la autonomía del texto y la autosuficiencia de la escritura culmina en un discurso sacralizador de la escritura como aquello que desbarata las concepciones burguesas del arte y la literatura. Este proceso “resacralizador” de la literatura a partir del concepto de texto se organiza a partir de una metáfora doble: texto como organismo vivo y como vacío o silencio. Esta última metáfora es explicada a partir de la reseña de Del Barco a *El espacio literario*, y apunta a la construcción teórica que justifica la autonomía de la obra literaria respecto de los discursos externos a ella. Lo interesante del artículo es que rastrea esta idea construida en contacto con la obra de Blanchot en otras zonas de la revista como en las lecturas de Eduardo Gudiño Kieffer acerca de los graffiti, de Schmucler sobre *62. Modelo*

para armar de Cortázar, de Santiago Funes sobre *Sagrado* de Tomás Eloy Martínez (en esta última, se vincula lo literario con la revolución) y de Nicolás Rosa sobre la pornografía o sobre Severo Sarduy.

Para referirse a la inflexión más política de los textos de Del Barco, los autores retoman la reseña sobre Bataille en el número 9 de *Los libros*, destacando allí la inscripción de Del Barco en línea nietzscheana de lo dionisiaco como modo de rechazar la idea de Sistema en términos hegelianos. Del Barco construye una red de relaciones donde, por ejemplo, se equipara al "concepto" con la "ideología burguesa" de modo que la revolución, la escritura y el erotismo son las fuerzas involucradas contra la ideología burguesa y el Sistema en el sentido más amplio posible. Siguiendo este esquema, en "El enigma de Sade" se compara directamente a Sade con Marx, comparación que se sostiene en la fuerza compartida de "destrucción": mientras que en Marx se destruyen las estructuras, en Sade se destruye el texto, y esta destrucción es la posibilidad del surgimiento de algo nuevo en el estado de cosas del mundo: "Lo subversivo de la obra sadiana era, para Del Barco, la imposibilidad de leerlo y de definirlo porque su obra no propone referentes exteriores sino que existe en el espacio autónomo de la escritura" (1995, 332). En sintonía con las lecturas francesas de Sade, esa imposibilidad ligada a una escritura que tensiona los límites de lo cultural y moralmente permitido, estaba inevitablemente destinada a la persecución, el encierro de la cárcel y el silencio. El factor revolucionario se postula a partir de, y en, el poder de transgresión de la escritura⁵⁸, lo cual debe entenderse a partir de los vínculos que venimos desarrollando respecto del impacto del Blanchot lector de las obras de Sade y Lautreamont.

La ambigüedad del título "La escritura desencadenada" puede entenderse entonces en dos direcciones: la forma del adjetivo se deriva del verbo "desencadenar" que literalmente significa quitar las cadenas a algo o alguien, pero también metafóricamente tiene un sentido que apunta a que comienza a producirse una determinada acción que antes no tenía lugar. Hay además un énfasis en el modo en que ocurre eso que antes no ocurría: la acción desencadenada suele ser descontrolada, apasionada o incluso violenta. ¿Qué o quién desencadena la escritura? Un modo de concebir una lectura que contradice la lectura institucionalizada, encerrada por una exigencia metodológica y un posicionamiento teórico: el texto como una entidad objetiva, anterior y exterior al acto de lectura. Según Del Barco, Blanchot crítica ese modo de leer en *El espacio literario* a partir de "la experiencia poética de

58 "Esta *Cronología* ha sido redactada con el propósito casi exclusivo de complementar el ensayo de Noé Jitrik y atentos al carácter de divulgación con que se proyectó la colección" (Jitrik, 1959, 9). Luego del Golpe de Estado de 1955, y ya en el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962), esta edición fue financiada por la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia.

Mallarmé, Kafka, Rilke” (1969, 20). Esta lectura crítica se pliega al texto que lee, se deja afectar por él, no lo considera como un objeto externo con el que debe establecer relaciones según la lógica de la dialéctica o la hermenéutica: “leer es escribir y escribir es leer, ha sido necesario desencadenar la escritura del Logos para encontrar la archi-escritura” (1969, 20).

El espacio literario blanchotiano deconstruye el esquema que concibe el fenómeno de la literatura según la tríada autor-obra-lector, que se relacionan según el presupuesto de que la obra representa *algo* de la realidad por medio del poder simbólico del lenguaje. El modo en que Blanchot concibe la obra desbarata ese esquema porque lo que está en juego ya no es el poder de representar algo externo a ella. Del Barco, al igual que Bosch antes que él, destaca la potencia de Blanchot para pensar la literatura por fuera del realismo: “abrir ese espacio donde la obra muestra (fuera de toda distinción epistemológica) su esplendor autónomo y su fuerza desencadenante” (1969, 20). Es este gesto el que desencadena y abre el espacio de encierro en el que las dualidades metafísicas ubican a las palabras. Del Barco describe con precisión el nexo entre literatura y filosofía que caracteriza a Blanchot: “Se trata de las condiciones ontológicas de una aparición y no, aún es necesario repetirlo, de un ente (la obra) *fuera del ser*. La obra se inscribe en el círculo del ser y su topología pertenece a la topología de lo humano” (1969, 20). En la cita aparece la distinción heideggeriana entre ente y ser que, como vimos, es uno de los puntos de partida de Blanchot *El espacio literario*, que se complejiza a partir de la introducción de la lógica del desdoblamiento. La escritura se desdobra entonces en “palabra bruta” y “palabra esencial”, pero esa palabra esencial no supone el descubrimiento de una verdad trascendente y originaria. Del Barco establece con claridad que el movimiento de desdoblamiento no supone una valoración positiva de lo esencial, justamente en la medida en que esa palabra esencial es una palabra errante, exiliada. Del Barco deduce de esto la “soberanía” y la “rebeldía” de la escritura y la lectura como operaciones de la cultura:

¿Cuál sería, entonces, la misión del escritor? Ninguna. El escritor no existe salvo como medio. Es preciso aclarar esta pesada confusión (piénsese en el escritor ‘comprometido’). La soberanía de la obra literaria libera las viejas determinaciones del autor como dueño del sentido, del lector como paciente y extraño, de la obra como mediadora, cargada de utilidad, entre la sociedad y el hombre y de los géneros como dominación de una idealidad clasista sobre el salvajismo liberador del texto (...) Así, en el escritor emerge la rebeldía esencial, no ‘su’ rebeldía, sino la rebeldía sin posesivo (...) El escritor, despersonalizado, se enrola en la ruptura del encierro del habla, del escrito (1969, 20-21).

Esta manera de concebir al arte y la literatura ya no al servicio de Dios o del humanismo, arrojan la obra a un espacio sin trascendencia, un espacio de exilio por fuera del mundo de los

valores y de la verdad. Esta apertura radical es, para Del Barco, “el desencadenamiento: (erótico, revolucionario, poético)” (1969, 21). No extraña que la reseña concluya con la ya mencionada relectura que Blanchot hace de Nietzsche en *El espacio literario*: “tenemos arte para que la verdad no nos hunda” (Nietzsche), “tenemos arte para que lo que nos hace tocar fondo no pertenezca al dominio de la verdad” (Blanchot).

2.2.3. Leer Blanchot, O. Del Barco

“La escritura desencadenada” encuentra su continuación en “Leer Blanchot”, el texto firmado por Del Barco que funciona como introducción a *La ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria* de 1973. De hecho, en *La intemperie sin fin* publicado por Del Barco en 1985 en la Editorial de la Universidad Autónoma de Puebla de México, que es un libro compuesto por distintos ensayos publicados en revistas en las décadas anteriores, sólo encontramos “Leer Blanchot” y no “La escritura desencadenada”. Además, en el libro aparecen los siguientes ensayos: “Bataille y el erotismo”, “Antonin Artaud y el texto revolucionario”, “El enigma-Sade”, “Macedonio Fernández o el milagro del ocultamiento” y “Notas nietzscheanas”.

Según Silvio Mattoni, en estos ensayos de Del Barco es posible encontrar una teoría de la escritura como “práctica material que impugna el funcionamiento normal del Sistema” (2008, 9), entendido en términos económico-políticos, pero también como la matriz metafísica que sitúa al “sentido” como origen y centro del pensamiento humano. En el ámbito de la literatura, este esquema se manifiesta en la abstracta figura del “autor” como causa y agente del sentido del texto: “no se refiere al cuerpo de quien practica la escritura, sino que se trata de una idea, bajo la cual todo cuerpo es intercambiable” (2008, 9). Del Barco lee a aquellos autores que toman como punto de partida el carácter imposible del pensamiento unitario e identitario, y que conciben al lenguaje y la escritura como el espacio discontinuo donde se piensa, se escribe y se pretende construir la continuidad del pensamiento. La noción blanchotiana de obra, puesta a jugar en el ámbito de la literatura, busca romper con el poder de la matriz del pensamiento: “esa unidad ausente, imposible, no deja de ser una experiencia. Es la obra, como aquello que la escritura constituye pero al mismo tiempo niega, difiere. Porque la escritura desarma toda obra, la deja incompleta, e incompatible por definición” (2009, 10).

Mattoni marca diferencias significativas entre los ensayos del 70, la primera edición de 1985 de *La intemperie* en México y la reedición aumentada publicada en Córdoba en 2008. Las diferencias refieren al ámbito de la poética y la política. En la versión de 1973 de “Leer Blanchot”⁵⁹ encontramos: “¿Cómo pensar al margen de los movimientos populares, de las mareas revolucionarias?” (1973, 10). Mientras que en el libro la interrogación adquiere otro matiz: “¿Cómo pensar al margen de las constantes mareas que relanzan lo propio a lo indeterminado, a órdenes disímiles, a espejos?”. Para Mattoni, esta reformulación que indaga sobre lo inapropiable de la escritura es “más coherente” con el pensamiento de Blanchot. En esta línea lee también la supresión de algunos énfasis en las imágenes que construye Del Barco, en las que la confianza en el poder de las palabras ya no existe. De esta manera, ya no hace falta poner en minúsculas a palabras como “dios” o “noche”, que aparecen de esa manera en la versión del 73 pero en la del 85 vuelven a aparecer en mayúscula.

“Leer Blanchot” da cuenta del extenso impacto que el escritor francés tuvo en la escritura Del Barco en aquellos años, así como también del conocimiento que tenía sobre su obra. El comienzo del ensayo apunta en esta dirección:

La lectura de estos dos textos [*La ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria*] presupone, por lo menos, la lectura de *El espacio literario* y de *El libro que vendrá*, ambos editados en español (...) el *Espacio literario* es otra forma de *L'Attente l'oubli*, y *L'Attente l'oubli* es una forma de *El libro que vendrá* o de *Thomas l'Obscur* o de *L'arret de mort* o de *Sade y Lautréamont* (1973, 6-7).

Del Barco utiliza la figura del “círculo” para describir el movimiento iterativo de la obra de Blanchot, que siempre parece estar volviendo al mismo punto: una reflexión sobre el lenguaje que es, en palabras de Del Barco, “un cuestionamiento del lenguaje sobre sí mismo” (1973, 8). Este movimiento circular en torno a un centro que termina siendo una ausencia, un vacío, se establece también para explicar la posibilidad de diferenciar de manera clara entre los distintos modos de la escritura de Blanchot: las novelas, los trabajos críticos o la filosofía. Ahora bien, aunque no aparezca citado, Paul de Man había utilizado también la palabra “circularidad” para describir los nexos entre la obra literaria y no literaria de Blanchot en “La circularité de l'interprétation dans l'oeuvre critique de Maurice Blanchot”⁶⁰, un artículo que formó parte del n°229⁶¹ de *Critique* publicado en 1966 enteramente dedicado a este autor. Es

59 Nos referimos a “La lectura de Kafka”, “Kafka y la literatura” y “El lenguaje de la ficción”.

60 Como veremos en el apartado siguiente, esta cita de Jitrik es fundamental para nuestro trabajo en la medida en que es retomada por Oscar Masotta en *Sexo y traición en Roberto Arlt*.

61 El fragmento traducido por Jitrik es el siguiente: “Para Kafka, estar excluido del mundo, quiere decir estarlo de Canaán, errar en el desierto, y es esta situación que se hace lucha patética y esperanza desesperada, como si, arrojado fuera del mundo, en el error de una migración infinita, le hiciera falta luchar ininterrumpidamente para hacer de ese afuera otro mundo y de ese error el principio y el origen de una nueva libertad” (1959, 107).

posible inferir que Del Barco contaba con este número de *Critique* porque, además de esta referencia indirecta a De Man, hay también citas explícitas a otros textos y autores del dossier: Michel Foucault, Georges Poulet y Roger Laporte.

Después de la muerte de Bataille en 1962, Jean Piel queda como director de la redacción de *Critique*, y Michel Foucault y Roland Barthes ingresan al comité editorial por pedido suyo. El número 229 de *Critique* comenzó a proyectarse en 1965, cuando Jean Piel le pide a Michel Foucault y Roger Laporte que preparen un dossier en homenaje a Blanchot, en el que fue la primera publicación colectiva que abordó su obra como objeto y tema (Bident, 2019, 364)⁶². Todos los autores del dossier destacan la llamativa falta de estudios sobre Blanchot, y el vacío de esa falta sólo es comparable con la importancia que le dan al pensamiento blanchotiano sobre el lenguaje, la literatura y la filosofía en el contexto de la posguerra europea. El dossier rompió en alguna medida con ese silencio al poner en circulación los primeros textos que tomaban como objeto distintos aspectos de la obra de Blanchot. En Argentina, podemos ver su impacto ya en “Leer Blanchot” de Del Barco y durante las décadas siguientes el dossier continuará siendo uno de los pocos materiales de referencia que circulaban sobre este tema.

Así, el texto de Del Barco retoma varios aspectos de “El pensamiento del afuera” de Foucault, principalmente para situar que la crítica a la filosofía occidental de un autor como Blanchot se da en el plano del lenguaje. Del Barco piensa a Blanchot en una “red textual”, un tejido superpuestas, heterogéneo y sin centro de escrituras como las de Marx, Freud, Lautréamont, Mallarmé y Artaud entre otros. Es el espacio de la deconstrucción del sentido, del sistema y del logos. Se deconstruye una lógica, “no sólo una economía basada en la propiedad privada y en la explotación, ni una ética, una ciencia, un arte, una filosofía, sino un funcionamiento que abarca cada una de las partes y el todo” (1973, 13). En esta línea se puede leer la imagen de la “ausencia del libro”, ya que el libro, soporte material y condición de posibilidad de la escritura, es pensado por Hegel como sustitución del Saber Absoluto. De manera similar a Derrida o Deleuze, la crítica de Blanchot a este modo de concebir el pensamiento pasa por negar que el libro sea el a priori del saber. La ausencia y la desaparición socavan el estatuto fenomenológico de la subjetividad y el saber: “La ausencia de Libro (o de Obra) sería el otro extremo(...) la obra ya no se vincula a su realización sino a

62 En la nota al pie Jitrik traduce y cita sólo un fragmento del libro de Sartre, y nada de Blanchot. El fragmento que incorpora es el siguiente: “Así, desde el comienzo, el sentido no está más contenido en las palabras puesto que es él quien, al contrario, permite comprender el significado de cada una de ellas; y el objeto literario, aunque se realice a través del lenguaje, nunca está dado en el lenguaje; el objeto literario es por naturaleza, al revés, silencio y refutación de la palabra” (1962, 16).

su desastre” (1973, 20). Del Barco agrega un matiz muy particular a este tipo de consideraciones teóricas y filosóficas, que puede pensarse en contacto con la trayectoria intelectual y política de Bataille en Francia, cuando afirma que posibilidad de pensar el más allá de la deconstrucción del sistema y del logos pasa por:

la experiencia de los límites/revolución, pero entendida no como presencia a sí de un Sentido que a partir del orden político sería ‘representada’ por las distintas capas del todo social, sino como espacio donde la violencia, la destrucción, la deconstrucción, trabajan en una discontinuidad esencial: no hay *un* centro, *un* sentido del acto revolucionario, sino que la dispersión autónoma y no autónoma del acto destructivo nos permite avizorar el afuera de la clausura de este sistema (1973, 15).

En esta experiencia del afuera, construida a partir de Blanchot y Foucault, Del Barco sitúa las potencialidades de la escritura entendida en su dimensión *revolucionaria*. Afuera del logos quedan los movimientos de fragmentación, de dispersión e incluso la locura, que se sustraen a la lógica de posesión de la propiedad entendida en términos filosóficos pero también económicos. Del Barco siguiendo a Blanchot afirma que la ausencia del libro es “ausencia de lo *cerrado*; el Libro como presencia sería lo cerrado, la clausura del acto soberano de la escritura: de nuevo, a través del Saber absoluto, afirmaría su dominio el Sistema” (1973, 22)⁶³. Del Barco, en una de las interpretaciones políticamente más radicales de la obra de Blanchot en Argentina, afirma que si la deconstrucción del sistema ya ha ocurrido, si el libro ha desaparecido, si dios ha muerto, si se han roto los esquemas del sistema, “entonces ‘todo está permitido’, todo es posible, la escritura sin libro, sin autor, sin poseedor, despliega su trazo /la revolución/ borrando para siempre este Sistema espectral de la propiedad” (1973, 24).

63 “Se afirma frecuentemente que el novelista es el escritor capaz de hacer vivir seres distintos, cuya libertad dispondría de él. Pero, cuando se atribuye a la literatura el poder de crear una vida, diferente de quien la crea, es para admirar la potencia de libertad de la ficción y no para reconocer en esta libertad el medio, buscado por el autor, de poner en juego el sentido de su libertad propia. El autor, ha sido mostrado tomado por sus héroes, librado a ellos y poseído por ellos: Jarry convirtiéndose en Ubu. Esos casos “dramáticos” tienen escaso interés a causa de la noción excesivamente simple de personaje, entendido como un carácter, un temperamento petrificado y asimilado a una cosa. Muy diferente es el poder de ensayarse uno mismo, de arriesgarse en esta experiencia vitalmente peligrosa que sería el arte para el artista, la novela para el novelista y, de una manera más general, el hecho de escribir para el que escribe” (Blanchot, 1949, 217. En: Jitrik, 1962, 111).

2.3. Referencias, menciones, usos de Blanchot

Uno de los desafíos que se plantean en los estudios de recepción es qué hacer con las menciones, los usos y las referencias que parecen ser aisladas, pequeñas o azarosas. ¿Qué lugar darles? ¿Cómo leerlas? Si la tentación de la investigación académica pasa por construir sistemas, generalidades, continuidades, las menciones o usos aislados son difíciles de inscribir en un arco historiográfico o teórico determinado. En el período que estamos considerando en este apartado, hay una gran proliferación de referencias a Blanchot en apariencias menores, que optamos por organizar siguiendo criterios de agrupamiento heterogéneos: revistas literarias, grupos intelectuales, tendencias teóricas y libros.

2.3.1. Estética operatoria en sus tres direcciones, Luis Juan Guerrero

La presencia de Blanchot en escritos filosóficos argentinos es menor en comparación con lo que ocurre en el ámbito de la crítica literaria, y hubo que esperar hasta la década de los 90 para encontrarla con mayor asiduidad. En este primer período podemos ver que la recepción de su obra en Argentina está estrechamente vinculada con la literatura o, a partir de Del Barco, con la crítica que la literatura habilita en el espacio de la filosofía y de la cultura. El caso de Luis Juan Guerrero es excepcional en este esquema, ya que en su libro más conocido *Estética operatoria en sus tres direcciones* (1956) hay algunas referencias a la obra de Blanchot. Sumado a esto, según estudios recientes que han revalorizado la obra filosófica de Guerrero, es posible encontrar huellas de su obra en críticos literarios como Oscar Masotta, Noé Jitrik y Jaime Rest, quienes también participaron activamente de la recepción de Blanchot en Argentina.

Nos referimos a los trabajos de Ricardo Ibarlucía y Luis Ignacio García García. El primero estuvo a cargo de la edición, el estudio preliminar y apéndice bibliográfico de la reedición de *Estética operatoria en sus tres direcciones* en el año 2008, mientras que García García publicó en 2014 la tesis doctoral *Modernidad, cultura y crítica: la escuela de Frankfurt en la Argentina 1936-1983*, en donde se reconstruyen los estrechos vínculos entre la labor de Guerrero y la primera recepción de la escuela de Frankfurt en Argentina. En ambos trabajos se destaca el lugar incómodo de la obra Guerrero para la historia intelectual

argentina: el título del estudio introductorio de Ibarlucía es “Luis Juan Guerrero: el filósofo ignorado”, y en García García habla de su “olvidada” obra. Este olvido se acentúa cuando se cataloga a lo olvidado como una de las “operaciones fundamentales para la cultura filosófica en la Argentina, tanto institucionales como intelectuales” (García García, 2014, 54), o cuando se afirma que “Luis Juan Guerrero, desconocido en todo el ámbito de la lengua castellana, fue uno de los más grandes filósofos argentinos, sino el mayor” (Ibarlucía, 2008, 67).

Hay en la obra de Guerrero una completa y sistemática actualización bibliográfica de filosofía en lengua alemana y en lengua francesa, que se puede ver en la cuidadosa confección de las notas de cada capítulo. Allí Guerrero consigna las referencias en lengua original de todas las obras y estudios que cita en el cuerpo del texto; como vimos en casos anteriores, aquellas citas que no están en castellano aparecen directamente traducidas por el autor. Como lo desarrolla Ibarlucía, el perfil de Guerrero es particularmente complejo porque conjugó una labor muy activa en el campo de la docencia, la investigación, la traducción y la edición, focalizando en tres grandes áreas de estudio: la estética, la filosofía de la historia y la ética. Entre 1918 y 1956, año en el que publicó el primer tomo de la *Estética operatoria*, Guerrero coordinó numerosas editoriales y publicaciones universitarias⁶⁴ y dictó cursos⁶⁵ en varias universidades argentinas como la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional del Litoral.

Si bien no nos detendremos aquí en reponer la trayectoria intelectual de Guerrero, nos gustaría destacar que en 1923 Guerrero viaja a Alemania⁶⁶ y se graduó en Filosofía en la Universidad de Zurich en 1925. Como afirma Ibarlucía: “Guerrero regresó al país en los primeros meses de 1928, convertido en el primer filósofo argentino con una tesis doctoral publicada en Alemania” (2008, 23). A los fines de nuestra investigación, queremos destacar que en 1924 Guerrero asistió al seminario “Introducción a la investigación fenomenológica”, el primer seminario dictado por Martin Heidegger en la Philips Universität de Marburgo, al que asistieron también jóvenes filósofos como Hannah Arendt y Hans-Georg Gadamer. La

64 El fragmento traducido y subrayado por Jitrik en nota al pie es el siguiente: “Maurice Blanchot, *Le livre à venir*, París, 1959, pág. 23, dice: “... ese tiempo del relato en el cual, aunque diga “yo” no es más el Proust real, ni el Proust escritor quienes tienen poder para hablar, sino la metamorfosis de ambos en esta sombra que es el relator convertido en “personaje” del libro, el cual escribe en el relato un relato que es la obra misma y produce a su vez las otras metamorfosis de sí mismo que son los diferentes “yo” de quienes cuenta las experiencias. Proust ha llegado a ser inasible porque ha llegado a ser inseparable de esta cuádruple metamorfosis que no es más que el movimiento del libro hacia la obra” (Jitrik, 1962, 60).

65 Es preciso aclarar que, aunque la publicación *Sexo y traición en Roberto Arlt* es de 1965, el contacto de Masotta con la obra de Blanchot se remonta a la década del 50, ya que el segmento donde Masotta lo cita aparece en el ensayo “La plancha de metal” publicado previamente en el número 13 de la revista *Centro* en 1959 (Podlubne, 2017).

66 La cursiva es nuestra.

influencia de Heidegger en Guerrero es decisiva y, como veremos, las referencias a Blanchot se dan justamente en relación con la filosofía heideggeriana.

Rastreando la presencia de Walter Benjamin en Guerrero, García García reconstruye el sistema de referencias de la *Estética operatoria* y delimita un fuerte énfasis en torno a la fenomenología de Hegel y Vico, así como también destaca el giro conceptual otorgado por los trabajos de Heidegger sobre este tema. Las referencias a Heidegger se circunscriben mayormente a “El origen de la obra de arte”, el ensayo de Heidegger que se publica en *Holzwege* (1950). Por el lado de los franceses, se destacan las lecturas de Blanchot, Sartre, Merleau-Ponty y Malraux: “La notable presencia de Maurice Blanchot en los desarrollos de Guerrero podría ser inscripta dentro de esta impronta heideggeriana general. En cambio, Sartre y Merleau-Ponty no actúan en la *Estética* a la sombra de Heidegger” (García García, 2014, 65). Entonces mientras Blanchot aparece en la medida en que depende de Heidegger, Sartre y Merleau-Ponty aparecen sus propias obras *¿Qué es la literatura?* y *Fenomenología de la percepción*: “son orientaciones materialistas con peso propio en la obra de Guerrero, potencialmente adversas a la orientación general heideggeriana” (2014, 66). García García destaca que, si bien la presencia de Walter Benjamín en este sistema de referencias es considerablemente menor con respecto a las de Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty y Malraux, aparece situado de manera estratégica en lugares centrales de la *Estética operatoria*, influyendo directamente en esta obra para ejercer de contrapeso a la visión de la estética puramente especulativa y contemplativa de Heidegger⁶⁷. De esta manera, la hipótesis de García García es que la presencia de Benjamin introduce en la obra de Guerrero una tensión con el pensamiento heideggeriano que le permite a Guerrero subvertir un acercamiento contemplativo de la estética y llevarlo “una radical renovación de la estética en una dirección decididamente materialista que precisamente viene a exceder los límites ‘contemplativos’ o ‘especulativos’ de la estética tradicional” (2014, 67).

Entonces si el Heidegger de “El origen de la obra de arte”, mediante la distinción que propone entre *das Werk*, *das Zeug* y *das Ding*, le permite a Guerrero introducir una escisión entre lo instrumental y lo estético a la hora de considerar las obras de arte, no deja de ser importante que el propio Guerrero manifiesta en su *Estética* por un lado los límites de esta concepción heideggeriana que reduce lo estético a un dominio contemplativo, y por otro lado la diferencia respecto de la exacerbación especulativa de un pensamiento del Ser. Mientras

67 “El cruce de semiología y psicoanálisis, estaba dicho, podía conducir a ‘un callejón sin salida’. La sospecha se acentuaba en el cierre del artículo. ‘El encuentro entre lingüística, semiótica y psicoanálisis es hoy, una tarea bien difícil’” (Podlubne, 2017, 908).

Heidegger aporta una comprensión anti-utilitaria del arte, Benjamin aporta una comprensión anti-contemplativa y, por tanto, anti-heideggeriana. De esta manera, Guerrero culmina en una “inversión” de Heidegger (García García, 2014, 73) en la que las obras de Walter Benjamin y también de Jean-Paul Sartre juegan un rol central y registran, a la vez, una incipiente recepción de teorías que problematizan la política en el arte:

el Benjamin de la ‘politización del arte’ dialoga indirectamente con el Sartre de *¿Qué es la literatura?*, sólo que si en Sartre la obra ‘*apela a nuestra libertad*’ (E I, 131), no lo hace aún con las connotaciones explícitamente *colectivas* que tendrá en Benjamin (García García, 2014, 77).

En línea con esto, Ibarlucía destaca la importancia de un seminario dictado por Guerrero en la Universidad de Buenos Aires en 1952, donde presentó los lineamientos generales de lo que cuatro años más tarde se publicaría en el primer tomo de la *Estética operatoria*, porque el seminario tenía como bibliografía dos obras de Sartre: *Lo imaginario* y *¿Qué es la literatura?*:

El seminario de Guerrero fue sin duda una novedad y cabe preguntar si ejerció algún influjo sobre el existencialismo de los integrantes de la revista *Contorno*, fundada en 1953. Una breve referencia al primer tomo de *Estética operatoria en sus tres direcciones* en el libro de Oscar Masotta, *Sexo y traición en Roberto Arlt*, que retoma artículos publicados entre 1975 y 1959, parecería corroborar esta presunción (Ibarlucía, 2008, 59).

Esta presencia de Guerrero en la ensayística de Masotta parece ser una excepción, ya que no hay rastros equivalentes en la historia de la recepción del existencialismo de Carlos Correas y, según cuenta Ibarlucía sobre conversaciones que mantuvo con algunos de los protagonistas de *Contorno*⁶⁸, en la mayoría de los casos éstos negaron la influencia de Guerrero en la revista. Dentro de ese grupo, la otra excepción fue Noé Jitrik: “que cursó estética en 1950, dijo recordar ‘muy gratamente’ a Guerrero; sin embargo, negó tener conocimiento del mencionado seminario sobre Sartre” (2008, 59). Es realmente llamativo que tanto Jitrik como Masotta, casos excepcionales según la reconstrucción de Ibarlucía, son también dos de los primeros ensayistas en los que se puede encontrar referencias a la obra de Blanchot en sus lecturas críticas. En el ámbito de la crítica literaria, la otra referencia a Guerrero que destaca Ibarlucía es Jaime Rest, quien reconoce la influencia de Guerrero en el prefacio de *Mundos de la imaginación* (1978) y destaca la importancia que tuvo para la recepción en Argentina de obras inéditas⁶⁹. Como veremos en el siguiente apartado de nuestra investigación, Rest junto

68 La traducción y el énfasis son nuestros.

69 “‘Lo que no se tolera es que el lenguaje pueda hablar del lenguaje’. En la idea de que la crítica era una *metalenguaje verosímil* (es decir, no verdadero) –una idea que recorría los *Essais critiques* y se afianzaba en *Critique et vérité*– resonaban sus afirmaciones futuras” (Podlubne, 2017, 909).

con Masotta y Jitrik constituyen uno de los núcleos fundamentales para la recepción de la obra de Blanchot en el período que estamos describiendo.

Nos centraremos ahora en la presencia de Blanchot en los dos primeros tomos de la *Estética operatoria en sus tres direcciones* de Luis Juan Guerrero, publicados por la editorial Losada en los años 1956 y 1957 respectivamente bajo el cuidado de Jorge Lafforgue⁷⁰. Podemos pensar esto de manera análoga a la forma en que García García describía la presencia de Walter Benjamin en Guerrero: significativamente menor respecto de Heidegger, Sartre o Malraux, pero decisiva y estratégica para la orientación general del pensamiento de Guerrero. Los textos de Blanchot referidos en la *Estética operatoria* tienen la particularidad de estar citados, casi en su totalidad, en sus versiones publicadas en revistas y no en libros. Todos los ensayos que cita Guerrero corresponden al año 1952 y son las publicaciones en lengua francesa: “L'art, la littérature et l'expérience originelle”, publicado en el n° 79 y 80 de *Les Temps Modernes*; “Mallarmé et l'expérience littéraire”, publicado en el n° 62 de *Critique* y “Kafka et l'exigence de l'oeuvre”, publicado en el n° 58 de *Critique* en 1952. Todos estos ensayos forman parte de *L'espace littéraire*, publicado por Gallimard en 1955. Este es el único libro que cita Guerrero en su *Estética*.

Las referencias a Blanchot en el primer tomo del libro de Guerrero se encuentran al principio y al final del mismo, y se centran en el ensayo “L'art, la littérature et l'expérience originelle”. La primera mención funciona, tal como afirma García García, en línea con el pensamiento heideggeriano:

Pero si penetramos en el destino artístico de estas tres etapas, podemos elaborar otro esquema, sugerido por las últimas obras de Heidegger y, hasta cierto punto, expuesto por Blanchot: a) Primero el arte fue el lenguaje. b) Cuando ellos desaparecieron, fue el lenguaje que expresaba la nostalgia (o en todo caso, la sustitución) de su desaparición. c) Hoy se ha convertido en el lenguaje que esa desaparición misma ha cesado de aparecer. Por eso actualmente sólo habla este olvido. Así, el arte debe a la desaparición de las formas históricas de lo Sagrado el tormento tan extraño y la pasión que tan seria que hoy lo animan (Guerrero, 2008, 125-126).

70 El objetivo de Masotta es deconstruir la polaridad literatura de derecha y literatura de izquierda, así como también la alta cultura y la cultura popular. Resulta particularmente interesante el otro caso que toma en esta línea, comparable con Blanchot, es el de Borges: “Adolfo Prieto, basándose en Sartre, ha dicho que su poesía no era poesía, que sus ensayos no eran más que hojas o apuntes esporádicos. Todo basándose en Sartre y afirmando que el prestigio de Borges reenviaba a la mentalidad estéril de un grupo de exquisitos. Mientras todo ocurría dentro del libro de Prieto, Sartre conocía en Francia la obra de Borges y la hacía publicar en una revista que ha testimoniado lo suficiente sobre su modo de comprender el compromiso como para ser tachada de exquisita” (2010, 220). Teniendo todo esto en cuenta, podemos decir que hay en estas páginas de Masotta un ensayo que analiza y problematiza la circulación de saberes en un espacio que excede la geografía de un estado nación determinado, y conjuga heterogeneidades tales como dos países (Argentina y Francia) e incluso reúne lo que pasa “dentro” de un libro como el de Prieto, con lo que ocurre en otro país que redunda en un espacio textual como *Les Temps Modernes*.

Sobre el final del primer tomo, en el apartado “Origen”, Guerrero vuelve a citar este mismo ensayo en nota al pie pero aclarando: “Para este tema seguimos la presentación, llena de claro-oscuros, de Maurice Blanchot” (2008, 495). No obstante, mientras esta afirmación nos haría esperar algún tipo de distanciamiento y crítica respecto de Blanchot, esto no ocurre en tanto la relación que Guerrero establece entre “origen” y “obra” es homologable a la de Blanchot⁷¹. Esta sintonía aparece también en otro de los grandes tópicos de la obra blanchotiana, la palabra poética como desaparición. En esta cita la tensión entre presencia y ausencia teorizada por Blanchot aparece de manera casi literal :

“Precisamente refiriéndose a Mallarmé, escribía Blanchot en cierta ocasión, que las palabras del poema tienen el poder de hacer *desaparecer* las cosas y así, de hacerlas aparecer en tanto desaparecidas: aparición que es la de una desaparición, presencia que se vuelve ausencia, por ese movimiento de erosión que es la vida de las palabras, pues de ellas saca luz en tanto se apagan, y claridad en tanto se oscurecen” (Guerrero, 2008, 454).

Una de las distancias entre Guerrero y Blanchot puede encontrarse al comienzo del capítulo “Escena de entonación: potencia de inspiración” del segundo tomo de la *Estética operatoria*, cuando Guerrero propone que la “inspiración” es la anterioridad trascendental de la obra respecto a quien la crea, y establece explícitamente que esta anterioridad trascendental no es “simplemente ‘esencial’, como sostienen algunos autores” (1956, 71-72), y pone como ejemplo de esta afirmación el ensayo “L'art, la littérature et l'expérience originelle”. Pero también en este mismo capítulo, unas páginas más adelante, Guerrero retoma buena parte de la lectura blanchotiana del mito de Orfeo. En este aspecto la cercanía entre ambos es sustancial, al punto que Guerrero afirma: “Todo lo que sigue es una transcripción, a menudo literal, pero también a menudo divergente en el criterio interpretativo, de un denso ensayo de M. Blanchot contenido en su reciente libro *L'espace littéraire*” (1956, 105). Además de la llamativa contemporaneidad entre ambas obras ya que el libro de Guerrero se publica solamente un año después del de Blanchot, nos interesa destacar de esta cita la pregnancia formal que tiene la transcripción “literal” que realiza Guerrero, en la medida en que él mismo advierte que la divergencia se da en el plano interpretativo. Es como si el impacto se diera en la letra, en esa forma tan particular que caracteriza la escritura de Blanchot y que podemos reconocer en varios de los pasajes de la *Estética* de Guerrero⁷². La última referencia a Blanchot en el tomo dos de la *Estética* es al ensayo “Kafka y la experiencia de la obra”. Aquí

71 Publicado en el número 10 de la revista *Sigma* en 1966.

72 Encuentro que se produce en 1967 cuando Sarlo lee *Mitologías* y *El análisis estructural del relato*. A Sarlo le atrae el método científico que puede adquirir una lectura: “es el momento en el que Barthes suministra un modelo” (Podlubne, 2019, 5).

Guerrero traduce una larga cita⁷³ de Blanchot en castellano de un texto aún inédito en esta lengua, para argumentar que la originalidad de la obra radica en su irreductibilidad respecto del artista.

2.3.2. N. Jitrik, experiencia y obra

La presencia de Blanchot en algunos de los intelectuales nucleados en torno a la revista *Contorno* es, sin dudas, fundamental a la hora de estudiar la recepción de su obra en la crítica literaria argentina. Esta presencia tiene sus particularidades, por ejemplo, en comparación con la de Jean-Paul Sartre que es la principal referencia que recuperan los estudios críticos e historiográficos de la revista y el período. Como veremos a continuación, mientras Noé Jitrik y Oscar Masotta fueron los críticos cercanos a *Contorno* que más incluyeron a textos de Blanchot en sus propios ensayos, fue también David Viñas quien editó la primera traducción al español de *El espacio literario* y, según relata Jitrik en *Fantasmas del saber (Lo que queda de la lectura)*, fue por consejo de León Rozitchner que leyó *La part du feu* de Maurice Blanchot. Este fue el libro que “le cambió la cabeza” y generó una “enceguecedora impresión” que modificó su manera de concebir el “hecho literario” (Jitrik, 2017, 40). Es posible encontrar huellas de esa lectura en varios ensayos de Jitrik escritos a finales de los cincuenta y principios de los sesenta. En diversas entrevistas Jitrik ha dado cuenta de la importancia que tuvo la lectura de Blanchot para pensar diversos aspectos de su propio trabajo como crítico y ensayista. Reponemos brevemente una respuesta de Jitrik en la

73 Luego de esta afirmación, Sarlo incluye a manera ilustrativa un fragmento de *El espacio literario*, sin incluir número de página ni referencia a la edición. Según nuestra reconstrucción, Sarlo incluye el siguiente fragmento del capítulo 1 titulado “La soledad esencial”, de la traducción al español de *El espacio literario* publicada por la editorial Paidós: “La soledad que alcanza el escritor mediante la obra se revela en que ahora escribir es lo interminable, lo incesante. El escritor ya no pertenece al dominio magistral donde expresarse significa expresar la exactitud y la certeza de las cosas y de los valores según el sentido de sus límites. Lo que se escribe entrega a quien debe escribir a una afirmación sobre la que no tiene autoridad, que es inconsistente, que no afirma nada, que no es el reposo, la dignidad del silencio, porque es lo que aún habla cuando todo ha sido dicho, lo que precede a la palabra, porque más bien le impide ser palabra que comienza, porque le retira el derecho y el poder de interrumpirse. Escribir es romper el vínculo que une la palabra a mí mismo, romper la relación que me hace hablar hacia ‘tí’, porque me da la palabra con el sentido que esta palabra recibe de ti porque lo interpreta; es la interpelación que comienza en mí porque termina en tí. Escribir es romper ese vínculo. Además, es retirar el lenguaje del curso del mundo, despojarlo de lo que hace de él un poder por el cual, si hablo, es el mundo que se habla, es el día que se edifica por el trabajo, la acción y el tiempo. Escribir es lo interminable, lo incesante. Se dice que el escritor renuncia a decir ‘Yo’. Kafka señala con sorpresa, con un placer encantado, que se inició en la literatura cuando pudo sustituir el ‘Él’ al ‘Yo’. Es verdad, pero la transformación es mucho más profunda. El escritor pertenece a un lenguaje que nadie habla, que no se dirige a nadie, que no tiene centro, que no revela nada. Puede creer que se afirma en este lenguaje, pero lo que afirma está completamente privado de sí. En la medida en que, como escritor, hace justicia a lo que se escribe, ya no puede expresarse nunca más, ni tampoco recurrir a tí, ni siquiera dar la palabra a otro” (Blanchot, 1969, 20).

entrevista que le hicieron a propósito de la publicación en inglés de un conjunto de ensayos con el título *The Noé Jitrik Reader*. Ante la primera pregunta, que indaga sobre si hubo cambios en su “punto de vista ideológico o interpretativo” a lo largo de los años, Jitrik afirma que no cree que su modo de lectura haya cambiado drásticamente a lo largo de los años, y destaca las figuras de Blanchot y Barthes como definitorias para su formación, a la vez que incómodas para las demandas del campo académico en el que se inscribe:

reconozco la importancia que tiene el pensamiento de alguien como Michel Foucault, pero debo declarar que nunca me ha contagiado. En cambio, Maurice Blanchot o Roland Barthes sí me han impregnado, o sea, desde mi perspectiva, me han enriquecido. ¿Por qué mi simpatía por una propuesta y no por otra? No lo puedo explicar y eso me aísla porque pareciera que en mi campo académico una posición semejante, tan pretendidamente personal, no puede ni debe sostenerse; en ciertos momentos no apelar a determinado teórico parece subversivo o al menos insólito (Kefala, 2008, 2).

La figura de Jitrik como ensayista, así como también la de Masotta, han sido trabajadas por Silvio Mattoni en su tesis doctoral *Las formas del ensayo en la Argentina de los años 50*, defendida en el 2002. De la misma manera que en el caso de Judith Podlubne, teniendo en cuenta que la investigación de Mattoni involucra de manera decisiva la obra de Blanchot, nos ocuparemos específicamente de ella más adelante en nuestro trabajo.

En el ya clásico tomo 10 de la *Historia crítica de la literatura argentina* Susana Cella, la directora del volumen, sitúa “la irrupción de la crítica” en parte del período que estamos considerando. Las fechas significativas para situar el fenómeno de la irrupción de la crítica son entre 1955 y 1976, es decir, entre el Golpe de Estado que derrocó al presidente Perón y proscribió al peronismo, y el último Golpe de Estado que se extiende hasta 1983. La contextualización de un fenómeno de la historia intelectual en un marco histórico-político tan definido, requiere también de la afirmación de la autonomía relativa de la literatura que habilita el estudio de sus movimientos internos y propios, pero también permite vincularlos con “el conjunto de los discursos sociales y de todo eso que denominamos realidad” (Cella, 1999, 7). Este período se caracteriza por prácticas y “actitudes cuestionadoras” sobre distintas áreas de los saberes y de la sociedad. Estas prácticas se concentran en la revista *Contorno*, “momento inaugural de la irrupción de la crítica” (1999, 8), por haber analizado la “tradicción literaria argentina” desde un punto de vista histórico. Esto se conjuga con la aparición de un conjunto de saberes estrechamente vinculados con la literatura en sus prácticas, concepciones y lecturas compartidas, entre los que se destacan el psicoanálisis y la semiología.

Siguiendo la caracterización de Cella, la crítica literaria del período se caracteriza por pasar de un estudio centrado en lo propio de lo literario para “leer hacia afuera en el doble

sentido de mostrar lo que de la sociedad, el hombre y la historia, la literatura dice o debe decir” (1999, 34). Este viraje necesariamente está acompañado por una modificación tanto de la metodología como de los objetos de estudio, pero lo que se mantiene constante es el enfoque en el tiempo presente, y en una indagación histórica cuyo sentido justamente es el de culminar en un presente determinado. Es un sentido hegeliano de la historia en el que el gesto crítico consiste en desmitificar las ideologías dominantes y naturalizadas. En este esquema el pensamiento francés ocupa un lugar privilegiado en tanto “centro cultural”, pero a su vez se empieza a cuestionar esa dependencia cultural y a focalizar el interés en las producciones artísticas e intelectuales provenientes de norteamérica. Como mencionamos anteriormente, *Contorno* se constituye como un punto de viraje en un sistema que, según la reconstrucción de Cella y en línea con los estudios de historia intelectual sobre este período, se estructura como una polaridad en la que existen

dos posturas extremas de autonomía literaria y heteronomía literaria (...) si por una parte se insiste en la necesidad de tener en cuenta el contexto, en la importancia de la literatura para comprender el proceso histórico y social y como incidente en la conformación del pensamiento y de la acción, por la otra, no se trata de privilegiar una literatura en relación de dependencia o subordinación de un programa partidario, de una ideología en sentido limitativo y estrecho (1999, 46-47).

Estas posturas antagónicas aparecen representadas en esta reconstrucción por la revista *Contorno*, de un lado, y la revista *Sur* o *La nación* por el otro. Cella denomina “perspectiva sociológica” al modo de leer basado en el concepto de “autonomía relativa”, que funciona como el operador metodológico que permite delimitar un acercamiento crítico con el objeto literario sin que desatienda la relación entre literatura y sociedad. En cuanto a los saberes que circulan con mayor asiduidad en este período, Cella destaca el existencialismo, el marxismo, el psicoanálisis y el estructuralismo.

La figura de Jitrik se inscribe en la línea de la revista *Contorno*, de la que formó parte activa junto con Viñas, Prieto, Rozitchner y Gigli como el “núcleo más característico de la revista” (1999, 40). No obstante, Jitrik con la publicación *Horacio Quiroga, una obra de experiencia y riesgo* (1959) y *Leopoldo Lugones mito nacional* (1959) ocupa un lugar especial en la medida en que “se va configurando una línea de pensamiento crítico que si inicialmente parte de la atmósfera sartreana de *Contorno*, toma una dirección singular procesando aportes como los de Maurice Blanchot y los estructuralistas franceses” (1999, 54).

A los fines de nuestro trabajo, nos centraremos en dos libros de la vasta y ecléctica obra de Jitrik: *Horacio Quiroga, una obra de experiencia y riesgo* (1959) y *Procedimiento y*

mensaje en la novela (1962). En estos libros es posible encontrar una fuerte presencia de la obra de Blanchot, principalmente a partir de referencias a la *La part du feu*, que orientan de manera decisiva el modo de lectura de Jitrik y su forma de concebir la literatura. Por otro lado, en este corpus podemos encontrar también varias menciones a la obra de Jean-Paul Sartre. Esto confirma uno de los aspectos más particulares de esta primera recepción de Blanchot en Argentina: como en el caso de Guerrero, las primeras menciones a Blanchot aparecen en sintonía con Sartre. Evidentemente, las publicaciones de Blanchot en *Les Temps Modernes* contribuyeron a presentar un perfil intelectual cercano, aunque con diferencias, al de Sartre. A su vez, tal como se puede ver en la última cita que tomamos del texto de Susana Cella, el ingreso de Blanchot en la crítica argentina se da en simultáneo con el comienzo de la circulación del estructuralismo francés.

Si tomamos el conjunto de referencias a Blanchot en estos dos libros de Jitrik, podemos ver que sobresalen las menciones a *La part du feu*, especialmente al ensayo “Gide et la littérature d'expérience” publicado en *L'Arche* en enero de 1947, pero también hay referencias a *L'espace littéraire* (1955) y a *Le Livre à venir* (1959). Tal como se afirma al comienzo de *Procedimiento y mensaje en la novela*, Jitrik traduce todas las citas provenientes de textos extranjeros: “Las citas que se hacen a lo largo de este trabajo corresponden a las ediciones que se indican. Cuando éstas son extranjeras, la traducción de los trozos me pertenece” (1962, 9). Como venimos viendo, este es un caso de recepción de Blanchot que antecede la circulación sensiblemente más extensa de su obra a partir de las traducciones al castellano. Antes de que las traducciones tengan lugar, ya circulaban citas, “trozos” de la obra blanchotiana en la escritura de críticos y filósofos argentinos que la incorporan para pensar la literatura y el arte de una forma que complejiza los límites temporales y espaciales de esta recepción. Además, no es un dato menor que esa forma de pensar la literatura, en la relación por ejemplo con su *afuera* o con la historia, desarticule los esquemas polares con los que la historiografía ha estudiado este período de la crítica argentina.

Horacio Quiroga, una obra de experiencia y riesgo se publicó por Ediciones Culturales Argentinas en 1959, e incluyó una cronología⁷⁴ de la vida de Quiroga realizada por Oscar Masotta y Jorge Lafforgue, y una bibliografía firmada por Horacio Jorge Becco. Ya en título del ensayo encontramos la palabra “obra”, decisiva en Blanchot, para referenciar a lo que será el objeto de la lectura, en los tiempos de la irrupción del estructuralismo y su fuerte énfasis en el “texto” como operador metodológico para leer literatura. En la introducción del

⁷⁴ Las citas de Rest incorporadas por Ibarlucía corresponden a *Mundos de la imaginación* (1978, 17) y *El cuarto en el recoveco* (1982, 152).

libro, podemos notar marcas de la lectura que Jitrik hizo de Blanchot, por ejemplo cuando parte de la consideración de la literatura como un “universo diferente” que permite distinguir el “Mundo real y el mundo de la literatura”. Este es título de uno de los apartados de la introducción, donde Jitrik fija su postura como crítico ensayista a la hora de vincular la literatura con el mundo externo que la contiene: “haciéndonos cargo del compromiso entre la irrealidad de la obra y la realidad del mundo en que aquella se aliment, la obra se dinamiza y postula las mismas o parecidas complejidades que el mundo real” (Jitrik, 1959, 45). La diferencia entre el mundo de la obra y el mundo real nos remite a los ensayos sobre Kafka de *La part du feu*⁷⁵, donde Blanchot delimita las diferencias entre el lenguaje literario y el no literario, entre el mundo de la literatura y el mundo cotidiano. Jitrik retoma esta distancia irreductible para tomarlo como principio crítico de lectura que posibilita escaparse de la opción entre una crítica romántica o una crítica estilística: “No debemos dejarnos arrastrar por simpatías que no tienen nada que ver con la obra ni nos sentiremos acongojados por la falta de coherencia o de interés que padezcan los escritores en su vida corriente” (1959, 45). El otro aspecto de importancia en la introducción tiene que ver con el concepto de “experiencia” que Jitrik construye y sitúa como el punto de central interés en su trabajo. En el apartado sobre “Las cuatro líneas de la obra de Quiroga” Jitrik afirma:

es el sentido de la experiencia como rasgo fundamentalísimo de la literatura contemporánea y motivación del estilo de Quiroga. Este elemento colorea todos los demás, que vienen a constituirse en una suerte de objetos o contenidos de la disposición para la experiencia y son: la presencia de la actividad como forma expresa de una situación del hombre contemporáneo, la presencia de la soledad como camino para el descubrimiento y la aceptación de los propios límites y la presencia de la muerte como instancia vital más importante que exige la más dificultosa adecuación de la literatura (1959, 47).

El vínculo entre la experiencia de la literatura y la experiencia vital se constituye en Jitrik en torno al acto de “escribir” como experiencia límite. El autor afirma que ese vínculo es el que hace que novelas como *Alimentos terrestres* de Gide, *Nadja* de Breton o *La condición humana* de Malraux, aunque diferentes, “tengan algo esencial en común, como lo afirma Maurice Blanchot, un algo aglutinante que hace que todas se instrumenten en la función de aproximarnos a cosas tal vez imprecisables, pero urgentes” (1999, 57). Unas páginas más adelante, en el apartado “Vivir para escribir: escribir para vivir” Jitrik cita el

75 Rest traduce e incorpora dos citas de *La part du feu*: “Hölderlin, Mallarmé y, en general, cuantos escribieron poesía cuyo tema era la esencia de la poesía advirtieron que el hecho de nombrar es un fenómeno maravilloso pero inquietante” (1976, 192) y “Pronuncio mi nombre y es como si pronunciara mi sentencia de muerte; me separo de mi mismo y dejo de ser mi presencia o mi realidad, para convertirme en la presencia objetiva e impersonal de mi nombre, que está más allá de mí y cuya petrificada inmovilidad hace las veces de una lápida que descansa sobre el vacío” (1976, 193).

ensayo de Blanchot sobre Gide para afirmar: “Todo lenguaje es enemigo de la sinceridad, ya sea por decir demasiado, ya sea por decir poco (...) toda literatura, pues, es una experiencia dudosa y deshonesta donde se triunfa sólo fracasando” (1959, 61)⁷⁶. Jitrik problematiza en este apartado el vínculo entre escritura y vida, que se complejiza irremediabilmente a partir de la aparición de la “experiencia literaria”. Si la originalidad de la obra de Quiroga consiste en una “disposición especial para la experiencia” (1959, 60), la experiencia, cuando es “literaria”, desestabiliza el vínculo entre vida y escritura por el carácter “insincero” del lenguaje. Por ellos, es posible afirmar que la literatura es tanto para Jitrik como para Blanchot:

una experiencia esencialmente engañosa y en eso consiste su mayor valor puesto que el que escriba entra en la ilusión, pero la ilusión, al engañarlo, lo arrastra, y al arrastrarlo por el movimiento más ambiguo, le otorga la posibilidad de perder lo que había creído encontrar o de descubrir lo que ya no podrá obtener (Jitrik, 1959, 61).

Además, en este libro, Jitrik realiza un gesto crítico consistente en tomar una lectura crítica de Blanchot y hacerla funcionar de forma análoga – anotando las diferencias pertinentes – para leer en este caso a Quiroga. Jitrik traduce y cita un fragmento de *El espacio literario* sobre el exilio en Kafka⁷⁷ y a continuación acota: “Hay en Quiroga una dimensión dramática similar [a la de Kafka], aunque expresada en forma diferente.” (1959, 107). Quiroga y Kafka compartirían entonces una concepción del mundo que tiene al exilio como experiencia de la soledad y el destierro, y es a raíz de esta consonancia que Jitrik se anima a conjeturar si es posible que ambos escritores, totalmente desconectados el uno con el otro, hayan dado con una experiencia común para la humanidad de la primera mitad del siglo XX. Las diferencias apuntan más al cómo que al qué: ambos escritores comparten la misma experiencia, pero la expresan de manera diferente. Esto se nota por ejemplo en torno a la utilización del “símbolo”, común en Kafka pero ajeno a la escritura de Quiroga quien no la utiliza para “expresar la soledad y el desencuentro” (1969, 107). Las consonancias y diferencias se estructuran entonces a partir de la polaridad forma-contenido: “Pero no porque Quiroga no utilice símbolos deja de expresar contenidos similares a los que hay en aquellos símbolos. La comunidad de los contenidos expresados por ambos hay que buscarla en el universo que se levanta de sus cuentos” (1959, 107).

76 Entre 1962 y 1968, Pizarnik publica “Zona prohibida” (n° 275), “El poeta desinteresado” (n°278), “El ojo” (n°291), “El verbo encarnado” (n°294), “El demonio de la armonía” (n°295), “Sabios y poetas” (n°306), “Dominios ilícitos” (n°311) y “A tiempo” (n°314).

77 Aunque Pizarnik no aclara la referencia, podemos conjeturar que se refiere al ensayo “Freud” publicado en el número 45 de *La Nouvelle Revue Française* de 1956, que luego se compila en *L'Entretien Infini* (1969) con el título “La Parole Analytique”.

En *Procedimiento y mensaje en la novela* (1962) Jitrik reflexiona sobre los aspectos teórico-metodológicos puestos en juego en la lectura crítica, al punto que cita su propio trabajo sobre la obra de Horacio Quiroga. En las páginas iniciales del libro podemos leer: “Dedico este ensayo a mis camaradas de *Contorno*” (1962, s/n). Rescatamos esta dedicatoria para enfatizar que la búsqueda teórica de Jitrik toma la forma una forma ensayística, y también para poner de manifiesto que este ensayo se puede inscribir en el marco del grupo de *Contorno*. De hecho, al comienzo del ensayo se destaca la importancia de la idea sartreana del compromiso, entendida como compromiso con una posición determinada que impacta en un modo específico de vivir, pensar o actuar en un contexto determinado e inmediato (Jitrik, 1962, 12-13). Luego de hacer esta aclaración, Jitrik agrega en nota al pié que la noción del compromiso del escritor no es hegemónica en el cuerpo de la crítica argentina, salvando los casos de David Viñas, Ismael Viñas, León Rozitchner, Oscar Masotta y Adolfo Prieto, de quienes Jitrik destaca “el valor crítico” de sus trabajos (1962, 13).

Procedimiento y mensaje en la novela tiene un claro enfoque teórico.metodológico, orientado específicamente al estudio de la narrativa. El primer capítulo, “El relato y los puntos de vista del autor”, indaga sobre la relación entre la subjetividad del autor y los personajes y el relato que construye; Jitrik se demarca los análisis que se centran en la relación entre autor y protagonista: “¿Hasta qué punto, o dentro de qué límites, el autor se expone como persona en la novela?” (1962, 12). No quedan dudas que una pregunta así se complejiza mucho si tenemos en cuenta el horizonte del compromiso del escritor que Jitrik destacaba como preferible. Jitrik da cuenta de las dificultades inherentes al proyecto crítico-teórico que busca encarar, discutiendo incluso con la “estilística” como matriz de lectura porque sólo se queda en el “verbalismo” y ahoga “los efectos trascendentes que puedan estar contenidos en una obra literaria” (1962, 16). A partir de esto, afirma que el único objeto posible de la lectura crítica consiste en el análisis de las relaciones que se producen en una obra literaria (1962, 17).

Es interesante notar que Jitrik en el final de este capítulo tanto a Blanchot como a Sartre para advertir que en su propia postura “está implícita la crítica a la creencia en la eficacia de la palabra, actitud que recorre todo este trabajo” (1962, 16). Sin ningún reparo, Jitrik cita el último capítulo de *La part du feu*, específicamente el ensayo *La Littérature et le droit à la mort*, y también *Qu’est-ce que la littérature*⁷⁸ de Sartre. Como venimos viendo en el proceso de recepción de Blanchot en Argentina, el vínculo con Sartre no es casual y no por

78 Este recorte temporal no es inocente, teniendo en cuenta que en 1952 se publica *Otras inquisiciones* así como también la reseña de Pezzoni en *Sur* sobre este libro.

eso deja de ser problemático, sobre todo si tenemos en cuenta que en el estado de la cuestión escrito a partir de los años 90 sobre el tema hay una clara tendencia a considerar el ensayo de Blanchot como una respuesta impugnatoria al de Sartre (Bayley Gill, 1996; Patron, 1999). En el caso de los libros que estamos considerando de Jitrik, escritos a finales de los años 50 y principios de los 60, el vínculo de Blanchot con Sartre aparece sin mayores reparos. De hecho, además de esta aparición en el comienzo de *Procedimiento y mensaje en la novela*, esta alianza aparece también en el final del texto de Jitrik como una suerte de punto de llegada:

Por último, una idea esencial recorre en la superficie y en la profundidad este trabajo. Es la idea de la totalidad de la obra entendida como un ciclo compuesto de escritor, libro y lector. Esta idea ha sido tomada de trabajos de Maurice Blanchot y Jean Paul Sartre, citados varias veces. Su importancia reside en que especifica con mayor realidad el ámbito de la obra literaria al mismo tiempo que favorece la comprensión de la necesidad de socialización que tiene el hecho literario (1962, 142-143).

El punto de llegada aparece auto-figurado por Jitrik como “una suerte de introducción a una crítica literaria” (1962, 143). El movimiento de simulación detrás de la figura “una suerte de” apunta a poner en cuestión una forma determinada de la labor “crítica”, en favor de construir condiciones de pensamiento y escritura que posibiliten “la tarea de acordar un fenómeno literario con la realidad de la cual procede y sobre la cual quiere actuar” (1962, 143).

Más allá de situar a Blanchot en el horizonte deseable del trabajo crítico, Jitrik cita en varias ocasiones distintos fragmentos de su obra, principalmente extraídos de *La part du feu*. Al igual que lo que ocurre en el ensayo sobre Quiroga, volvemos a dar aquí con la importancia para Jitrik de la lectura de “Gide et la littérature d'expérience”. Hay una cita extensa⁷⁹ que Jitrik extrae y traduce del texto sobre Gide, y la utiliza en dos ocasiones diferentes en este libro: primero para poner en cuestión la relación entre el autor de determinada obra y sus personajes a partir de la obra de Pirandello, y en segundo lugar lo utiliza en el anteúltimo capítulo del libro “Procedimiento del autor ‘ausente’”. Allí Jitrik retoma esta problemática tensión entre autor y personaje para sostener que es conveniente, desde un punto de vista metodológico, considerar al personaje como una “creación”, un objeto de ficción que sin dudas está construido en base a “materiales” que viene del autor pero que es esencialmente irreductible a él, al punto que el propio personaje puede terminar influyendo al autor (1962, 110). En este punto la referencia de Jitrik es Gide y, también, la ya

79 Según reconstruye María Luisa Bastos en *Borges ante la crítica argentina, 1923-1960*, el vínculo de Roger Caillois con la revista *Sur* durante su exilio en Argentina en los años de la Ocupación Alemana en Francia fue clave para la traducción de Borges al francés, entre otros escritores argentinos. Si bien Caillois en 1946 le pide a Paul Verdevoye que traduzca ficciones para la editorial Gallimard, la publicación recién vería la luz en 1952 en la colección “La croix du Sud” de la mencionada editorial (Bastos, 1974, 135).

citada lectura de Blanchot en *La part du feu*, de la que Jitrik destaca el concepto de “experiencia” en la novela, “concepto de extraordinaria fecundidad para comprender la relación del autor con el relato y, en especial, con los personajes” (1962, 110). El equilibrio de la propuesta metodológica de Jitrik es sumamente inestable: si, por un lado, se quiere a partir de Sartre sostener una relación de compromiso de la literatura con la realidad como horizonte dialéctico del ejercicio crítico, por otro lado también se afirma con Blanchot la irreductibilidad de la “experiencia” literaria respecto de sus dos instancias materiales más cercanas: el autor y el lector. Jitrik apuesta por la correcta comprensión de los límites que se establecen entre los distintos elementos que rodean esa experiencia literaria.

¿Cómo sostener en la escritura impulsos tan heterogéneos? Creemos que es posible encontrar indicios de una respuesta en otra de las referencias de Jitrik a Blanchot en *Procedimiento y mensaje en la novela*. Nos referimos a la única mención⁸⁰ que no pertenece a *La part du feu* sino al ensayo sobre Proust que se encuentra al comienzo de *Le livre à venir*. Se trata de la diferencia blanchotiana entre libro y obra, siendo el libro el ente material que circula con toda su materialidad en el ámbito de la cultura y de la historia, y el ser-obra como horizonte deseable de aquello que se denomina “experiencia literaria”. Jitrik afirma que el fragmento de Blanchot sobre Proust “ilustra nuestro texto en lo que concierne a la calidad de las relaciones de autor-relator-personaje que se dan en la obra de Proust y que atienden al centro del procedimiento narrativo mismo” (1962, 61). Como podemos ver en esta última cita, lo destacable de esta propuesta es que la reflexión metodológica que busca conjugar una propuesta como la de Sartre con una con la de Blanchot, radica en una forma específica de lectura *narrativa*. Es en el ámbito de la literatura donde se dirimen debates, posturas y criterios políticos, históricos y filosóficos.

2.3.3. O. Masotta y el ensayo

⁸⁰ En este ensayo publicado en el número 78 de la *Revista Iberoamericana* en el año 1972 Pezzoni incluye, traducida por él mismo, una larga cita de Blanchot sobre Mallarmé: “Las reflexiones de Octavio Paz coinciden en buena parte con las de Maurice Blanchot en su exégesis de la empresa mallarmeana. ¿Qué entiende Mallarmé –se pregunta Blanchot– cuando asigna al Libro la misión de una ‘explicación órfica de la Tierra’ que sea a la vez una explicación del hombre? Exactamente lo que la palabra significa: ‘El desarrollo de la tierra y del hombre en el espacio del canto. No el conocimiento de lo que el uno y la otra son naturalmente, sino el desarrollo del hombre y su mundo más allá de su realidad dada y de lo que ambos tienen de misterioso, de no iluminado, por la fuerza dispersadora del espacio y el poder condensador del devenir rítmico’” (Pezzoni, 2009, 158).

El problema que representa la coexistencia del primer período de recepción de Blanchot con una circulación más extendida de Sartre en la crítica argentina aparece también en Oscar Masotta, otra de las firmas centrales de este recorte en particular y de la historia intelectual argentina en general. Los textos de Masotta que tomamos como objeto para nuestra investigación se inscriben en una multiplicidad de registros: participante activo del grupo *Contorno*, protagonista principal de la introducción del psicoanálisis en Argentina así como también de la primera recepción de Barthes, crítico de la cultura de masas y figura clave en el ensayismo argentino de mitad del siglo XX en adelante. Entre todos estos aportes hay que agregar entonces el de haber sido uno de los primeros lectores de la obra de Blanchot y, además, de haber influido con sus textos en otros sectores de la crítica literaria argentina y también del psicoanálisis. Podemos encontrar huellas directas de la lectura blanchotiana de Masotta en autores como Luís Gusmán, Germán García, Alberto Giordano y Silvio Mattoni entre otros.

Las referencias de Masotta a lecturas de Blanchot se concentran en textos escritos durante la década de 1960, en la que fue la así llamada “primera etapa” del “joven Masotta” estrechamente vinculado con el ensayismo y la crítica literaria (Giordano, 1991; Peller, 2010). El corpus que tomamos está compuesto por los siguientes textos: “Sobre crítica literaria en la Argentina”, el texto con el que Masotta responde a una encuesta organizada por Adolfo Prieto en el Instituto de Letras de la Universidad del Litoral y publicada en 1963, *Sexo y traición en Roberto Arlt* de 1965, la presentación de ese libro titulada “Roberto Arlt, yo mismo” también en 1965, y por último *Conciencia y estructura* de 1968 que reúne varios textos escritos en años anteriores. Es importante destacar que, de manera similar al caso de Jitrik, la presencia de Blanchot en Masotta es considerablemente menor a la de Sartre por ejemplo, y se conjuga con nombres como los de Lacan, Leiris y Barthes. Esto puede verse de forma muy clara en *Sexo y traición en Roberto Arlt*: es un libro plagado de menciones al psicoanálisis (principalmente a Freud, en menor medida a Lacan), así como también al marxismo y, particularmente, al *Saint G n t* de Sartre. De modo que la tan característica mixtura de la obra de Masotta que conjuga filosofía, literatura y psicoanálisis, nos ayuda a delimitar una de las variantes de ese espacio ambiguo en el que se desarrolló la recepción de Blanchot en Argentina: en este caso, *entre* literatura y psicoanálisis.

Ahora bien, tal como lo desarrollan Alberto Giordano (1991) y Silvio Mattoni (2003) es el ensayo como forma el espacio textual donde se desarrollan estas conjunciones temáticas metodológicas y disciplinares realizadas por Oscar Masotta, así como también los múltiples (Sartre, Barthes, Lacan, Blanchot) procesos de recepción de los que participó. Estamos ante

una línea de trabajo de la crítica literaria y cultural en Argentina que reconoce al ensayo como problema del campo del saber, como apuesta deconstructiva a la crítica de las ideologías. En este sentido, hay en Masotta un momento inaugural de este proceso, que involucra a la obra de Blanchot y también impacta, a lo largo del tiempo, en otros críticos literarios como Giordano, Mattoni y Podlubne, entre muchos otros. Destacamos estos tres nombres porque, como venimos diciendo, son los que participan activamente de lo que llamamos la institucionalización de la obra de Blanchot en Argentina desde la década de 1990 en adelante. Aunque no haremos ahora un análisis detallado de las lecturas críticas que se hicieron de Masotta desde 1990 en adelante, nos detendremos en el artículo “La pérdida de la inocencia: los primeros lectores de Barthes” (2017) en el que Judith Podlubne destaca la labor compartida de Oscar Masotta y Nicolás Rosa en la primera recepción de la obra de Barthes en Argentina. Teniendo en cuenta que ambos críticos también formaron parte de la recepción de Blanchot, esto nos permite establecer puentes entre las recepciones en Argentina de estos dos escritores franceses que han tenido un vínculo personal y crítico muy particular que ha suscitado numerosos trabajos de investigación al respecto (C. Bident, 2012; M. Vilena, 2016; L. Hill, 2010; É. Marty, 2010; J.M. Conforte, 2013).

Nos interesa rastrear, al interior de la lectura histórico teórica de Masotta que propone Podlubne, de qué manera la presencia de Blanchot afectó el recorrido intelectual de Masotta, dado la importancia que tuvo en el desarrollo en el campo de la crítica literaria y cultural en Argentina, así como también del psicoanálisis. En primer lugar, Podlubne destaca que las lecturas de Barthes y Blanchot por parte de Masotta se dieron en simultáneo, y que éstas influyeron en “la lectura *desmitificadora* de los motivos que naturalizaban la figura del novelista comprometido, encarnada en David Viñas” (2017, 901). Según Podlubne, el gesto que toma Masotta para la lectura desmitificadora de Viñas, compartido por Barthes y Blanchot, consiste en la crítica al mito de la sinceridad del lenguaje. La referencia aquí es *Sexo y traición en Roberto Arlt*, donde Masotta polemiza con el hecho de que la crítica tradicionalmente haya leído a Arlt como “un monstruo de sinceridad y autenticidad.” (1982, 58). Masotta, a partir de Blanchot, se pone en la vereda opuesta de este modo de lectura –en la que es la única referencia a la obra de Blanchot en este texto–. En una nota al pie, Masotta afirma:

Contra esta crítica habría que realizar una tarea purificante, y comenzar por el comienzo. Habría que recordar entonces, como lo han probado las profundas

reflexiones de Maurice Blanchot (*La part du feu*), que el acto de escribir es constitutiva y fundamentalmente insincero (1982, 58)⁸¹.

Inmediatamente, Masotta afirma que en *Horacio Quiroga, una obra de experiencia y de riesgo*, Jitrik parte de la misma idea pero para leer a Quiroga, razón suficiente para que sea visto por Masotta como “una rara excepción en nuestra literatura crítica” (1982, 59). La idea de Blanchot, para los dos compañeros de *Contorno*, entra en las disputas de las morales críticas de la época en Argentina, operando a la manera de un matiz: hay un modo de leer crítico que caracteriza de “sincero” a un autor (en este caso, Roberto Arlt) porque, *contra* ese modo es preciso realizar una tarea “purificante”

No obstante, según el argumento de Podlubne, la desmitificación de la figura de Viñas es una excusa para el desarrollo/la puesta en funcionamiento de una “crítica ideológica sutilizada por una biblioteca disímil: Sartre, Merleau-Ponty, Blanchot, Bataille, Barthes” (2017, 902) cuyo objeto es el lenguaje y la subjetividad:

No se trataba simplemente de *desenmascarar* a Viñas —el esporádico afán denunciador de Masotta se había sofisticado con las lecturas—, sino de afirmar la ineludible consistencia de *máscara* que ostenta cualquier referencia al *sí mismo* en el lenguaje (...) *Interferido por Blanchot*, el principio fenomenológico que reconoce en el desgarramiento la condición de la conciencia se convertía, para Masotta, en preludeo de su interés por la opacidad del sujeto en el discurso (2017, 902)⁸².

De esta manera, la “interferencia” que supone la presencia de Blanchot en ese conjunto de lecturas tan disímiles, aparece como uno de los ejes para explicar el movimiento anticipatorio que habilitaría el viraje de Masotta hacia el psicoanálisis, plasmado en su interés por la teoría de Jacques Lacan. La intersección del psicoanálisis con la semiología en Masotta puede leerse entonces como una apuesta epistemológica con respecto al campo del saber, con un especial énfasis en las distorsiones que se establecen entre lenguaje, subjetividad y teoría. Como veremos más adelante en las intervenciones de Alberto Giordano y Silvio Mattoni, este posicionamiento con respecto al saber encuentra su lugar en una concepción particular de la escritura que tiene al “género” ensayo como forma.

La propuesta de Masotta al realizar estos cruces era reflexionar sobre los conceptos y su formación, teniendo en cuenta que estaban compuestos por palabras. Teniendo esto en cuenta, es posible establecer vínculos entre la tentativa de Masotta y las reflexiones de Paul de Man sobre la “Resistencia a la teoría”, es decir, a la resistencia que produce el uso del

81 “Digamos brevemente que siempre se puede firmar el libro, que permanece indiferente a quien lo firma, la obra —la Fiesta como desastre— exige la reasignación, exige que quien pretenda escribirla renuncie a sí y deje de designarse. ¿Por qué entonces firmamos nuestros libros? Por modestia, para decir: una vez más, no son sino libros, indiferentes a la firma” (Molloy, 1999, 49).

82 “Precisamente porque olvido leo” (Molloy, 1999, 49).

lenguaje sobre el lenguaje. De esta manera, podemos ver cómo la presencia de Blanchot en este tramo de la crítica literaria y cultural argentina se ancla fuertemente en la resistencia que produce, y que se produce, siempre que en el campo del saber se reflexiona sobre el estatuto verbal de las formaciones conceptuales. Proponemos leer entonces como un avatar de esa resistencia inherente al lenguaje, la puesta en cuestión que realiza Masotta de la posibilidad real de encuentro entre lingüística, semiótica y psicoanálisis⁸³, en la medida en que alude a la crítica lacaniana de la idea de metalenguaje en el Seminario 5 *Las formas del inconsciente* (1957-1958). Esa crítica a la posibilidad de un metalenguaje es homologable a la formulación de Paul de Man de la resistencia a la teoría: “La resistencia a la teoría es una resistencia al uso del lenguaje *sobre* el lenguaje” (1986, 12)⁸⁴. Sobre esto, la hipótesis principal del artículo de Podlubne apunta en dos direcciones: por un lado, destaca que la afirmación demaniana “reescribe” la sentencia de Barthes en *Crítica y verdad* (1966)⁸⁵ en su polémica con Raymond Picard y, por otro lado, afirma que el posicionamiento epistemológico de Masotta en relación con las posibilidades e imposibilidades de la tarea crítica a partir de la radical puesta en cuestión entre subjetividad y el saber que supuso en la historia de la ciencia la publicación de *La interpretación de los sueños* de Freud “abría aguas, no siempre bien diferenciadas, en los destinos de la crítica literaria y cultural argentina” (2017, 909). Creemos que el aporte de Blanchot en su labor crítica y teórica consiste en considerar los efectos de la subjetividad y del lenguaje en la configuración de los saberes. Sobre todo, si tenemos en cuenta que tanto en la conceptualización de De Man sobre la resistencia a la teoría, y las sentencias de Barthes en *Crítica y verdad*, son modulaciones en contacto con la obra de Blanchot.

Podlubne, en este estudio sobre las primeras recepciones de la obra de Barthes en Argentina, marca la clara influencia que tuvo el posicionamiento de Masotta en Nicolás Rosa, quién fuera uno de los primeros traductores y difusores de su obra en Argentina. Pero ocurre que también podemos encontrar rastros de lecturas de Blanchot por parte del mismo Rosa –

83 Molloy incluye una parte de la cita en el cuerpo del texto, y otra en nota al pie. En la primera parte leemos: “la seguridad de una composición determinada de antemano, pero a la vez lo contrario: la felicidad de la creación, que coincide con la pura *indeterminación* de la obra, que la pone a prueba pero sin reducirla sin privarla de todas las posibilidades que contiene” (1999, 57); y en nota al pie: “Añade Blanchot un comentario, en el que incluye una cita de los cuadernos de James, que igualmente podría aplicarse a Borges: ‘¿Qué nombre dar a esa presión a la que somete su obra, no para limitarla sino al contrario para hacerla hablar enteramente, sin reserva, dentro de su secreto sin embargo reservado? ¿A esa presión firme y suave, a esa solicitud urgente? El nombre mismo que ha elegido como título para su relato fantástico: *Otra vuelta de tuerca*’” (1999, 57).

84 También en nota al pie Molloy incorpora la cita de Blanchot sobre este tema: “Las Sirenas: parece que por cierto cantaban pero de un modo que no satisfacía, que sólo daba a entender en qué sentido se abrían las verdaderas fuentes y la verdadera felicidad del canto” (1999, 160).

85 Nos detendremos más adelante en el análisis de este texto, ya que tiene la particularidad de aparecer publicado en *El Boletín* del Centro de Teoría y Crítica Literaria de la Universidad Nacional de Rosario, que es una de las publicaciones fundamentales en el proceso de institucionalización de la obra de Blanchot en la crítica literaria argentina.

que analizaremos en el próximo apartado—, de modo que se impone en este trayecto de la recepción de Blanchot pensarla en simultáneo con los destinos de Barthes en la crítica argentina. Queremos destacar que, en el recorrido expuesto hasta aquí de la investigación de Podlubne sobre la recepción de Barthes, hay una presencia, aunque marginal, constante y múltiple de Blanchot en distintos segmentos de esta historización: podemos encontrarlo en Oscar Masotta y Nicolás Rosa, pero también en Paul de Man y Roland Barthes. Recordemos, por ejemplo, que De Man escribió un elogioso ensayo sobre Blanchot para el número 229 de la revista *Critique* dedicado enteramente a su obra; mismo año en el que Barthes publica el ensayo recién mencionado *Crítica y verdad*, donde también podemos encontrar referencias claves a la obra de Blanchot para pensar nada menos que su concepto de “crítica”.

Volviendo a Masotta, además de este uso de Blanchot para la construcción de un modo crítico de lectura que impugna las pretensiones de objetividad de la crítica ideológica, hay un par de menciones positivas para con el escritor francés que nos permiten deslindar la importancia de su encuentro. Una de ellas la podemos encontrar en “Roberto Arlt, yo mismo”, la presentación de *Sexo y traición en Roberto Arlt* en 1965 donde Masotta reflexiona sobre este libro que empezó a escribir siete años antes, en 1958. En el contexto de una escritura marcada por el tono autobiográfico, Masotta afirma:

Lo que ocurría era que mi fe en la literatura se iba deteriorando. Quiero decir: lo que se deterioraba era la aceptación de esa mala fe necesaria para creer en la palabra escrita, o para escribir ficción. Pero puesto que pensaba todavía en escribir una autobiografía, mi fe no se había terminado de quebrar. Es que me había salvado por la lectura. Si podía pensar en escribir no era a causa de la vida, sino de los libros. Dos ensayistas franceses me sugerían el camino: Maurice Blanchot y Michel Leyris (1982, 99).

En este caso, el vínculo entre escritura y vida aparece como el motivo en el que Masotta involucra a Blanchot, justo en el momento en que su confianza en la literatura se perdía. Pero hay una valoración aún más llamativa en otro texto de Masotta: nos referimos a su respuesta al cuestionario del Instituto de Letras de la Universidad del Litoral en el año 1963, que Masotta incluye en *Conciencia y estructura* de 1968 con el título “Sobre crítica literaria en Argentina”, y que también apareció en el único número de la revista *Literatura y sociedad* publicado en 1965 y dirigida por Sergio Camarda y Ricardo Piglia. En este número se incluyeron como “Reportajes” las respuestas de Oscar Masotta, Juan José Sebrelí y Noé Jitrik a esa encuesta. Curiosamente, además de la referencia a Blanchot de Masotta, podemos encontrar también una referencia de Noé Jitrik:

El crítico que más considero desde el punto de vista metodológico, como también en cuanto a lo que puede ser una crítica literaria, es el francés Maurice Blanchot. Pienso

que es quien resume con su método la mayor cantidad de posibilidades de este género. No puedo decir lo que siga, sino que es quien más me ha impresionado. Por mi parte, quisiera que mis enfoques críticos no abandonaran nunca los textos y que a partir de ellos pudiera encontrar las relaciones de la obra con la realidad en los aspectos que la obra aspire a destacar más. Creo en los conceptos confluyentes para lograr ese objetivo, es decir que lo sociológico no puede excluir lo psicológico y que ambos en su correspondencia, se traducen estéticamente no dejando por eso de lado lo individual, en su perfil de intención política o filosófica (1965, 51).

De modo que la presencia de Blanchot en este sector de la historia intelectual argentina ligada a la revista *Contorno*, aparece claramente vinculada con las problemáticas y posibilidades de la crítica literaria. Su lugar, como veremos a continuación con Masotta, es el de la referencia eminente que llega a un punto tal en que se convierte en inimitable. No por eso deja de ser un modelo y horizonte preferible, por sus posibilidades metodológicas, para la práctica de la crítica.

Para analizar la respuesta de Masotta a la encuesta “Sobre crítica literaria en Argentina”, partimos de la propuesta de Alberto Giordano, quien en *Modos del ensayo* (1991) propone leerla como un ensayo. Como dijimos anteriormente, Masotta incluye este ensayo en *Conciencia y estructura* (1969), libro que tiene una composición tripartita dividida según tres ejes en el siguiente orden: “Filosofía y psicoanálisis”, “Crítica y literatura” y “Estética de vanguardia y comunicación de masas”. En el prólogo a la reedición de este libro publicada en 2010, Diego Peller destaca que estas tres secciones de *Conciencia y estructura* coinciden con los “tres momentos” de Masotta, pero advierte que hay una disyunción entre los períodos de su recorrido intelectual y las áreas de este libro. Así, por ejemplo, la segunda sección “Crítica y literatura” retoma los textos escritos que corresponderían al “primer Masotta” entre 1959 y 1965, en ámbitos como la revista *Centro* y *Contorno*. A partir de esto, Peller afirma que no es posible hablar de una evolución lineal de Masotta “‘primero’ intelectual comprometido y sartreano, ‘luego’ semiólogo y vanguardista y ‘finalmente’ psicoanalista y lacaniano” (2010, 14). Según Peller, fue Alberto Giordano a principios de 1990 uno de los primeros en destacar la importancia de los ensayos del “joven Masotta” para la crítica literaria argentina que, como venimos viendo, es el corpus textual donde se concentran las referencias a la obra de Blanchot. En este episodio, que analizaremos con detalle más adelante, nos permite ver de qué manera la recepción de Blanchot en Argentina confluyó con el recorrido intelectual de Masotta, fenómeno de vital importancia para la historia intelectual en Argentina y, particularmente, para la crítica literaria y cultural.

De las seis preguntas que componen la encuesta que Masotta contesta con la forma de un texto sin distinguir, por ejemplo como lo hacen Sebrelí y Jitrik, a qué número de pregunta

se está contestando, las referencias a Blanchot se concentran en la primera de ellas, que indaga sobre la “actitud profesional ante el ejercicio de la crítica” según tres dimensiones diferenciadas: el tiempo y la remuneración salarial que esta tarea le supone y, por último, el “prestigio” que la cultura le asigna. Masotta da cuenta de la heterogeneidad de estas dimensiones, que conjugan por un lado razones económicas con razones culturales, y sitúa el caso de Blanchot en esa intersección, analizando lo que ocurre con el “prestigio” de una obra que, tanto en Francia como en Argentina, resulta “difícil” de leer:

Para leer a un crítico excelente como Blanchot –un crítico ‘perfecto’ al decir de Étiemble, otro crítico excelente– es preciso un determinado nivel cultural, una formación y un cierto nivel de ‘gusto’, una experiencia suficiente como lector de buena crítica, todo lo que limita bastante la posibilidad de que Blanchot –aún en Francia– pueda llegar más allá de un determinado y reducido grupo de lectores. En nuestro país Blanchot ha sido traducido más de una vez por el grupo Poesía Buenos Aires, pero si interrogo a cinco egresados de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, es problemático que uno de los cinco haya oído hablar sobre el crítico. ¿Diré entonces que Blanchot carece de prestigio? ¿O diré que su prestigio se sitúa entre sectores de ‘iniciados’, entre exquisitos? Ni una cosa ni la otra: Aguirre y su gente tienen razón de traducir al crítico [y agrega en el párrafo siguiente] Ignorado en los círculos especializados, Blanchot tiene derecho a ser conocido, y a mi entender, quien quiera escribir crítica entre nosotros no puede dejar de leer *La part du feu*. No es que no se puede hacer crítica sin leer este libro apasionado y tumultuoso, sin pasar por las reflexiones de Blanchot sobre la imposibilidad de sinceridad en literatura, sino que el escaso prestigio de un autor no dice nada respecto del valor de su obra (2010, 218).

Este pasaje de Masotta es, para nuestra investigación sobre la recepción en Argentina de Blanchot, un verdadero punto de quiebre. Podemos leer aquí no sólo una primera constatación de lo que denominamos “la resistencia a Blanchot”, sino también una de las primeras especulaciones y explicaciones de esta resistencia, a partir del motivo del “prestigio”. Masotta aclara en su texto que no está del todo seguro acerca de lo que en la pregunta se nomina como “prestigio” pero que, de todos modos, ensayará la siguiente definición acerca de su significado: “La palabra reenvía a la relación del crítico con el lector, relación bastante complicada como para que intente describirla aquí” (2010, 218). Masotta especula acerca de una dificultad la tarea crítica en relación con el lector al que apunta, dificultad propia del discurso crítico que puede pensarse en los términos que mencionamos anteriormente acerca de la resistencia inherente del lenguaje para hablar de sí mismo (De Man, 1986; Podlubne, 2017). Y es justamente en ese punto en el que sitúa a la obra crítica de Maurice Blanchot, cuya escritura “difícil” resiste y atenta contra una circulación masiva o extendida de sus textos. No obstante, Masotta apuesta por no reducir este avatar según la lógica reversible del “prestigio”, que valora positiva o negativamente a un escritor por su

cantidad de lectores: si tiene muchos lectores, es un signo positivo; pero ocurre también que si tiene llamativamente pocos lectores, quizás también sea un signo positivo que responde a la “altura” de un pensamiento difícil de asimilar. Es posible entender entonces el “ni una cosa ni la otra” de Masotta como un gesto “neutro” a la manera de Blanchot, como un modo de impugnar –en el espacio de la escritura– el funcionamiento dialéctico de la cultura que reduce la literatura a un conjunto de valores determinados. Pero Masotta da un paso más, y establece que en última instancia el problema del prestigio es un problema ideológico:

A la pregunta sobre la relación entre prestigio y medio ambiente se debe contestar entonces con una pregunta: ¿de qué crítico se trata? ¿Cuál es su ideología? Su crítica ¿es de tendencia? Y eso que se debe analizar entonces es la relación de la ideología con los sectores sociales a los que tiende y con el público real. El lector virtual puede coincidir o no con el lector real, y el prestigio del autor le puede venir no sólo de la calidad del texto sino de su ideología (2010, 219)⁸⁶.

2.3.4. N. Rosa, Barthes y Blanchot

Si tomamos en cuenta la hipótesis de Judith Podlubne desarrollada en el apartado anterior, el caso de Nicolás Rosa puede vincularse mediante el contacto con Masotta, teniendo en cuenta que ambos participan de esa primera recepción de Barthes y, a la vez, coinciden en la lectura desmitificadora del Viñas novelista. Podlubne destaca que entre 1965 y 1970, el mismo período que en este apartado estamos analizando para el caso de Blanchot, Rosa se ocupó de leer, traducir y utilizar diversos libros de Barthes (*Le Degré zéro de l'écriture* (1953), *Mythologies* (1957), *Essais critiques* (1964), *Éléments de sémiologie* (1965), *Critique et vérité* (1965)) de manera simultánea, “sin establecer diferencias ni acusar contradicciones, manipulando los textos según sus propias necesidades críticas. Leyó ese Barthes multifacético en compañía de Sartre, Merlau-Ponty, Freud, Lévi-Strauss, Blanchot, Jakobson, Benveniste y otros tantos” (2017, 913).

Podemos ver que la enumeración de la biblioteca de lecturas de Rosa coincide en buena medida con la de Masotta, y en ambas aparece el nombre de Blanchot en medio de otras firmas teóricas que tuvieron mucha mayor pregnancia en la crítica literaria y cultural argentina. Si nos centramos en los textos escritos por Rosa en la década de 1960, podemos encontrar menciones a Blanchot en “Sexo, traición, Masotta y Roberto Arlt” en el número 6

86 “Las intervenciones de Ricardo Ibarlucía y, sobre todo, de Ricardo H. Herrera, se traslucen algunas reflexiones acerca de la noción estética de lo romántico y del concepto de ironía del romanticismo alemán en relación con lo infinito, para reconocer la fluctuante adecuación de *Último Reino* a ellos, es decir, para establecer si *Último Reino* era o no una publicación estrictamente romántica” (Battilana, 2009, 100).

de la revista *Setecientosmonos* (1965), “Nueva novela latinoamericana ¿Nueva crítica?” publicado en el número 1 de *Los libros* (1969a) y “La crítica como metáfora” en el número 2 de *Los libros* (1969b). A diferencia de lo que ocurre con Masotta o Jitrik, las referencias de Rosa a Blanchot son bastante más aisladas, en la medida en que no participan de una reflexión metodológica o conceptual específica.

En la historia de la revista rosarina *Setecientosmonos*, que se publicó entre los años 1964 y 1967, Nicolás Rosa tuvo un rol preponderante al incorporarse primero como colaborador, luego como secretario de redacción y, finalmente, como director a partir del número 6 (Aguirre, 2012, 21; Di Crosta, 2012, 35-36). El ingreso de Rosa tiene sus efectos en el mayor espacio que adquieren en la revista tanto la crítica como el ensayo, al punto que según Juan Martini la literatura, entendida como narración y ficción, comienza a articularse con el ejercicio de la escritura crítica (2012, 36). Junto con Rosa, también comienzan a participar en la revista firmas críticas como Adolfo Prieto, María Teresa Gramuglio y Josefina Ludmer: “estas nuevas incorporaciones a la revista no sólo definen una determinada política de la literatura y de la cultura, que se evidencia en los ensayos publicados sino también en los detalles de organización y modo de enunciar del staff” (Di Crosta, 2012, 36). Siguiendo a Di Crosta, la característica principal del posicionamiento político de la revista consistió en tematizar la relación entre literatura y política no en “mero debate ideológico [sino] en los objetos de lectura y lo que se decía de esos objetos, es decir, no se redujo la literatura a una simple expresión ideológica, y por ende a una simple función instrumental: comunicar determinada ideología” (2012, 38). Esta descripción de la política de la literatura y la cultura de *Setecientosmonos*, encontrará su correlato en algunas revistas de los años ochenta que tomamos como parte del corpus, ya que compartirán en buena medida este posicionamiento.

Podemos rastrear, tanto la importancia de la figura de Masotta como la reflexión sobre qué vínculos establecer entre literatura y política, en el ensayo “Sexo, traición, Masotta y Roberto Arlt” que Rosa publica en *Setecientosmonos*. En el comienzo del ensayo, Rosa involucra a Blanchot y a Sartre para configurar un modo de concebir la literatura:

Sartre, a propósito de Nathalie Sarraute, hablaba de una mala fe necesaria de todo novelista. Maurice Blanchot señalaba la anomalía inicial de todo acto literario, ambiguo por definición; como la vida: un salto en el vacío. Estamos en el reino de la verdadera literatura, aquella que ha comenzado a cuestionarse a sí misma, que niega su propia existencia, su sentido (Rosa, 1965, 20).

Este comienzo tan fuerte marca uno de los núcleos conceptuales más problemáticos y decisivos de este conjunto de tres ensayos que tomamos como corpus: la tensión entre la

exigencia de síntesis dialéctica y su desbaratamiento en manos de lo que se identifica como “literatura”. Podemos decir que, tanto en Jitrik, en Masotta y en Rosa, esa tensión emerge en el contacto que estos críticos establecen entre las obras de Sartre y las de Blanchot. En relación con esto, recordemos el contrapunto que se desarrolla entre estos autores franceses en torno de textos como *¿Qué es la literatura?* (1947) y *La literatura y el derecho a la muerte* (1948). No obstante, es preciso advertir que en el caso de los críticos argentinos el libro de Sartre que suelen tomar como referencia no es *¿Qué es la literatura?* sino principalmente el *Saint Genet* (1952).

En el ensayo de Rosa, que es una reseña al libro de Masotta analizado anteriormente, se afirma que la obra de Roberto Arlt constituye para la literatura argentina el *comienzo* de esa “verdadera literatura” que se define en tanto tal en la medida en que se cuestiona a sí misma. Rosa no duda en afirmar que en Masotta “la fenomenología existencial tiene una preeminencia casi absoluta en la elaboración de sus premisas básicas” (1965, 20), que se traduce en lectura de la obra de Arlt como manifestación de una dialéctica entre conciencia y mundo. En esta línea Rosa analiza con detalle los distintos movimientos críticos realizados por Masotta, sin volver a remitir a Blanchot en ningún momento. Si tenemos en cuenta la heterogeneidad de la propuesta blanchotiana en relación con la fenomenología existencial, heterogeneidad que responde justamente al pensamiento de la “literatura” como modo de impugnación de la dialéctica, no resulta extraño que las referencias a Blanchot aquí no sean constantes y sólo aparezca en el inicio del ensayo. Esto, sin duda, no le quita fuerza a la aparición de Blanchot en este contexto, que emerge en el modo de la *resistencia* como un cuerpo extraño en los distintos textos críticos que venimos analizando. En palabras de Rosa, es “la fenomenología existencial (Sartre, Merleau-Ponty) es la que ha aportado un nuevo y rico instrumental crítico para mostrar la obra de arte: hacerla aparecer ante nuestros otros en todas sus posibles significaciones y, al mismo tiempo, en su profunda unidad de sentido” (1965, 28).

La segunda referencia a Blanchot por parte de Rosa aparece en “Nueva novela latinoamericana ¿Nueva Crítica?” publicado en el primer número de la revista *Los libros* en 1969. El texto de Rosa es una reseña de la ya mencionada compilación *Nueva novela latinoamericana* realizada por Jorge Lafforgue para la colección Letras Mayúsculas de Paidós. En el apartado sobre los fundamentos de la nueva crítica, Rosa afirma:

La preocupación por el contacto directo con la obra –a través del instrumental lingüístico y antropológico como antes fueran Sartre, Lukács, Blanchot, Bachelard, etc.– aparece como la inquietud expresa de algunos nuevos críticos. Es evidente que la lingüística es la que ha creado el clima necesario para el acercamiento a lo concreto

real de la obra –hecho de palabras– y la posibilidad de la creación de un instrumental científico para abordarla” (Rosa, 1969a, 6).

Blanchot aquí vuelve a aparecer en una enumeración incómoda y aporreada, en la que también funciona como una heterogeneidad respecto de los enfoques materialistas y fenomenológicos entre los que se lo incluye. Teniendo en cuenta el lugar aglutinador que Rosa le da a la lingüística en esta afirmación, es posible conjeturar que es la énfasis de las reflexiones blanchotianas en torno a la palabra poética y literaria lo que permite considerarlo como un intertexto válido en el núcleo de teorías extranjeras que circulaban y funcionaban como referencia para los críticos y escritores en Argentina. Sobre todo si tenemos en cuenta que en el circuito de críticos que venimos estudiando en este apartado, lo que más circulaba de los libros de Blanchot es *La part du feu*, donde aparecen las reflexiones en torno a la palabra literaria en escritores como Kafka y Mallarmé. Esto lo podemos ver también en la tercer mención a Blanchot de Rosa, en “La crítica como metáfora”:

El inconsciente considerado como un lenguaje (Freud-Lacan), el ‘fondo’ de la obra considerado como un vacío (el silencio: Mallarmé-Blanchot), o el ‘contenido’ como metáfora de la ausencia (Barthes) nos liberan de la tentación realista, pero pueden conducirnos –por premura, por incomprensión, por renunciamento– a la ‘agramaticalidad’, una decisión de la escritura que se solaza y se encanta en el peligro de la pura ‘foné’” (Rosa, 1969b, 5).

En este texto sobre Sarduy, la mención a Blanchot es aislada respecto de las distintas afirmaciones que se van desarrollando en el ensayo, pero tiene la misma forma que venimos viendo de incluir su nombre en un conjunto de referencias teóricas y literarias extranjeras, entre los cuales, quizás a excepción de Mallarmé en este caso, el nombre de Blanchot fue el que tuvo menor circulación en el ámbito de la crítica literaria y cultural en Argentina.

2.3.5. Blanchot ¿estructuralista, nueva crítica? Lecturas de Romano Luperini, Beatriz Sarlo y Jaime Rest

Teniendo en cuenta que, tal como mencionamos anteriormente, buena parte del estado de la cuestión historiográfico sobre la crítica literaria en Argentina coincide en señalar la centralidad de las apropiaciones y la circulación de la corriente denominada “estructuralismo”, no sorprende encontrar distintos textos en los que se involucra el nombre de Blanchot bajo esa etiqueta. En relación con esto, es interesante notar que ya en estas menciones aisladas la obra de Blanchot aparece en tensión, o incluso en abierta

contradicción, con el método estructuralista. Este es el caso, por ejemplo, del artículo “Estructuralismo” publicado por Romano Luperini en el número 36/37 de la revista *El escarabajo de oro* (1968), que es una suerte de reseña de un ensayo de Barbieri Squarotti titulado “Critica como struttura”⁸⁷. El punto de partida de lo que se considera como “estructuralismo” se establece con dos posicionamientos: contra la crítica historicista (“idealista” y “marxista posbélico” son las caracterizaciones que aparecen en el texto de Luperini) y, a causa de esto, a favor de una metodología cuyo objeto sea el “interior” de la obra y que se centre en el análisis “técnico” que procure determinar la “estructura” del texto analizado. En este contexto, la referencia a Blanchot aparece como exponente metodológico de un enfoque “formalista” de la obra literaria que la analiza sin tener como horizonte la decodificación de su sentido:

Porque una de dos: o bien la obra es un mero artificio (‘suma global de todos los artificios estilísticos contenidos en ella’, como dijo Chklovski), construcción abstracta de materiales insignificante según un puro orden geométrico, y entonces el único método válido de búsqueda será el de un Blanchot y de todos los que interrogan la obra sin preocuparse por su sentido; o bien es una ‘construcción cognoscitiva del mundo’ (como admite Barbieri Squarotti), y entonces limitarse a un análisis de los significantes (como propone el propio Barbieri Squarotti) sin considerar que están organizados tampoco con miras a un sentido general, constituye una acción parcial y arbitraria” (Luperini, 1968, 8).

Como se puede ver aquí, la perspectiva de Blanchot se presenta en contraposición al acercamiento estructuralista del autor italiano que Luperini está reseñando. La diferencia se ubica, más que en el hecho de considerar a la obra como artificio, en no considerar al “sentido” de la obra como factor determinante para la indagación crítica.

Es posible encontrar otra manifestación de esta posición incómoda de Blanchot con las corrientes y metodologías dominantes en el número 49 de la revista *Capítulo Universal* “El estructuralismo y la nueva crítica” (1971) publicado por Beatriz Sarlo en la editorial del Centro Editor de América Latina. En este caso, tal como sucede con Oscar Masotta y Nicolás Rosa, este tramo de la recepción de Blanchot coincide en los espacios textuales y en los protagonistas con la recepción de Barthes. A su vez, esta coincidencia se ancla en el fenómeno de recepción del estructuralismo en Argentina, del cual Barthes fue uno de sus protagonistas centrales. En relación con esto, Podlubne destaca que Sarlo fue una “protagonista impar” de la recepción y usos de Barthes en Argentina, en tanto fue contemporánea de los distintos momentos del recorrido crítico del escritor francés, y también

87 “Es la palabra la que crea su oportunidad e inaugura un tiempo ingobernable” (1981, 4).

por los efectos que tuvo en Sarlo este encuentro⁸⁸ (2019, 3). La reconstrucción de esta etapa de la labor crítica e intelectual de Beatriz Sarlo realizada por Podlubne, nos permite conectar los modos de recepción y circulación de Blanchot en este tramo, con la recepción de Barthes y el estructuralismo en Argentina. Beatriz Sarlo

Coordina los fascículos número 45 y 49 de la serie *Capítulo Universal* del Centro Editor, dedicados a una y otra escuela respectivamente. Tiene 29 años cuando los escribe bajo la supervisión técnica de Jaime Rest. Selecciona y prologa los textos que componen el volumen *Ensayos estructuralistas* para la Biblioteca Básica Universal que acompaña el fascículo 49, e incluye ‘El discurso de la historia’ de Barthes (2019, 6).

Justamente en el número 49 de *Capítulo Universal* dedicado al estructuralismo y la nueva crítica, Sarlo incluye una pequeña columna con el título “Maurice Blanchot y el ‘espacio literario’”, que se inserta entre los dos apartados principales del número: “Introducción al estructuralismo”, en el que principalmente se desarrolla el enfoque antropológico de Lévi-Strauss, y “Barthes y el análisis del relato”, de quien se afirma que fue “probablemente el estructuralista más inteligente y paradójico de la década del 60” (Sarlo, 1971, 152).

La inclusión de Blanchot entre estos nombres y bajo la etiqueta del “estructuralismo” y la “nueva crítica”, aunque pequeña, no deja de ser significativa. Evidentemente, la circulación del nombre de Blanchot estaba lo suficientemente instalado como para aparecer en una publicación de divulgación que trata sobre la crítica estructuralista. La inclusión de Blanchot en el estructuralismo y/o la nueva crítica puede leerse como respuesta cultural del momento, en la que se denominaba “estructuralismo” a casi todo aquello que tuviese que ver con una reflexión sobre el lenguaje. En una breve descripción Sarlo, de manera circunstancial, lo incluye como representante de la nueva crítica pero lo separa del estructuralismo, porque el estructuralismo supone un enfoque imanentista respecto de la obra literaria, mientras lo que Sarlo comenta en la descripción de Blanchot como un pensamiento cercano a la filosofía, es la idea de la crítica como un diálogo en la que interviene algo del autor:

La actitud del crítico francés Maurice Blanchot ante la literatura parece oponerse a la de los críticos estructuralistas. Blanchot afirma, en una práctica crítica que se acerca por momentos a la reflexión filosófica, ciertas características existenciales del escritor y su relación con el libro. La obra literaria representa una apertura hacia un mundo secreto, la comunicación de una experiencia interior. La función del crítico es convertirse en el primer lector del libro que al incluirse en una historia de la literatura se degrada, pierde su sentido. Descubrir el impulso primero que generó la obra es, en

⁸⁸ Recuperamos esta cita porque vamos a partir de estas coordenadas cuando analicemos la traducción que Jinkis realiza del ensayo de Blanchot para el número 4/5 de *Sitio*.

parte, la tarea del discurso crítico, mientras que el discurso literario, afirma Blanchot, tiene como destino la soledad (Sarlo, 1971, 152)⁸⁹.

Aunque los términos de Sarlo no sean tan precisos, es destacable el hecho de que lo separa del estructuralismo y lo identifica con un tipo de retórica más filosófica que semiológica o lingüística, que eran las dominantes en el estructuralismo. La cita que propone Sarlo puede pensarse como modo ilustrativo de lo que ella está afirmando, por eso podemos leer allí el diálogo con la experiencia interior del autor. Si, como afirma Podlubne, “en el ámbito de la crítica literaria el estructuralismo había llegado provisto de su cuestionamiento” (2019, 18), podemos afirmar que, una vez instalado el estructuralismo, el modo en que se lo va a descomponer, desde dentro, con Derrida, Barthes y Foucault, ya está anunciado en Blanchot.

Ahora bien, teniendo en cuenta que este es un texto que podría considerarse de la juventud de Beatriz Sarlo, y que luego su trayecto intelectual no se caracteriza por referirse o incorporar crítica y teóricamente aspectos de Blanchot, podemos conjeturar que esta inclusión que venimos analizando del escritor francés se debe a la influencia que pudo haber tenido Jaime Rest en tanto supervisor de la publicación en cuestión. En Rest podemos encontrar rastros y usos activos de textos de Blanchot en varios momentos de su labor crítica, principalmente en torno a la obra de Sade y también de Borges. En ambos casos, la presencia de Blanchot puede leerse en la conferencia “El marqués de Sade y la crisis del racionalismo” (1971) y en *El laberinto del universo. Borges y el pensamiento nominalista* (1976).

Por un lado, en cuanto a la conferencia, tal como afirma Maximiliano Crespi, la discusión de Rest se da en torno a la censura literaria y la propaganda totalitaria (Crespi, 2013, 320), de manera que la obra de Sade es pensada como una literatura libertina, del mal, que permite problematizar de manera crítica la tradición iluminista de la filosofía europea. De modo que la referencia a Blanchot aparece junto con otros escritores que han interpretado, y defendido, la obra literaria de Sade en esta línea. Por otro lado, la presencia de Blanchot en contacto con Borges adquiere una relevancia mayor en Rest, lo cual nos permite también vincular este episodio de recepción con el que analizaremos a continuación a partir de los casos de Enrique Pezzoni y Sylvia Molloy en torno a la revista *Sur*. En este punto, el ensayo que Blanchot le dedica a Borges puede leerse en conjunto con los textos que también le dedican los “nuevos críticos” franceses, a partir de lo cual se suele afirmar que son ellos

⁸⁹ Es importante destacar el fuerte efecto que tiene el modo en el que están dispuestos los textos en la edición impresa de la revista: como los entredichos no llevan título, están firmados al comienzo del texto en lugar de al final y, además, no hay ninguna marca más que un espacio en blanco para señalar el pasaje de un entredicho al siguiente. Así, inmediatamente después de que concluye el entredicho de Jinkis aparece el nombre de Grüner y después el epígrafe de Blanchot, que de esta manera afecta tanto al entredicho del primero como al del segundo.

quienes catapultaron a Borges a nivel mundial. Esto puede verse también en la entrevista de Masotta analizada anteriormente, cuando destaca que en *Les Temps Modernes*, la revista de Sartre, leían a Borges de un modo que la revista argentina *Contorno* no podía leer.

El vínculo entre literatura y filosofía es una particularidad destacable de los ensayos que Rest le dedica a Borges. En este sentido, un acercamiento como el de Blanchot resulta compatible con la propuesta de Rest, en la medida en que Blanchot problematiza de manera recurrente dicho vínculo a lo largo de distintos ensayos y en relación a varios autores. A su vez, resulta sugerente el hecho de que Rest reconozca en el filósofo Luis Juan Guerrero, uno de los tempranos protagonistas de la recepción de Blanchot en Argentina, a uno de sus maestros. Ricardo Ibarlucía, en el estudio preliminar a la reedición de la *Estética operatoria en sus tres direcciones*, destaca a Jaime Rest como una de las pocas firmas críticas en reconocer la importancia de Guerrero:

Además de admitir su deuda con Guerrero en el prefacio de *Mundos de la imaginación*, lo retrató como uno de los profesores de la Universidad de Buenos Aires ‘que abrieron al pensamiento argentino zonas que hacia 1930 todavía permanecían inéditas y llevaron a cabo una tarea similar a la que Ortega y Gasset cumplió en España’ y sostuvo que su estética fue ‘una de las contribuciones más originales de la filosofía argentina al estudio de la instauración y reconocimiento de la obra de arte’, principalmente ‘por la resolución dialéctica que proporciona al viejo conflicto entre autonomía y función social del hecho poético, que reconoce el mundo exclusivo de las formas creativas y al mismo tiempo reconoce el impacto que recibe de las formas de vida y el influjo que, a su vez, ejerce en éstas’” (Ibarlucía, 2008, 67-68)⁹⁰.

Reconocemos entonces, en esta afirmación de Rest sobre las resoluciones dialécticas del conflicto entre literatura y mundo, una de las claves de lectura para pensar el proceso de la recepción de Blanchot en Argentina, atendiendo de esta manera a los vínculos entre literatura y filosofía.

El laberinto del universo. Borges y el pensamiento nominalista se publica en el año 1976 en Ediciones Librerías Fausto. Tal como afirma Maximiliano Crespi en su tesis doctoral sobre Rest, el libro se compone de ensayos dedicados a Borges que fueron publicados en la primera mitad de los años 70 en la revista *Hispanamérica*, a los que luego se le sumó un prólogo y un “importante epílogo” (Crespi, 2013, 365). Hacemos esta mención al epílogo porque es una de las zonas del libro donde es posible encontrar referencias a Blanchot. La otra es el tercer y último capítulo del libro, titulado sugestivamente “El espacio literario” que aparece publicado por primera vez con el mismo nombre en el número 11/12 de la revista *Hispanamérica* en 1975.

90 En el número 6 hay un extenso trabajo sobre la Ley de obediencia debida.

Como vimos en la entrevista de Masotta, leer y escribir sobre Borges en los años 70 no era un acto cualquiera. Crespi afirma que la publicación de *El laberinto del universo* exhibe la “excéntrica” y “marginal” política de lectura de Rest, en la medida en que marca “con nitidez su posicionamiento específico frente a las modulaciones de la crítica sociológica e ideológica vernácula, que siempre exhibió una relación de incomodidad respecto de la producción literaria de Borges” (2013, 370). En este sentido, si como dice Crespi el corpus que Rest construye para leer a Borges supone un posicionamiento “a contrapelo de la agenda crítica de los 70” (2013, 370), cabe preguntarse si la referencia teórica a Blanchot puede entenderse en esta misma línea.

Otro aspecto, vinculado con lo anterior, que permite circunscribir la presencia de Blanchot en la lectura restiana es el debate metodológico respecto del enfoque “formalista”. Recordemos que Romano Luperini en su artículo sobre el “estructuralismo” situaba a Blanchot dentro del “formalismo” en la medida en que su análisis de la obra literaria que la analiza no suponía necesariamente la decodificación de su sentido. En el caso de Rest, el enfoque formalista para leer a Borges es el punto en que se distancia de los modos de leer de la crítica ideológica (Crespi, 2013, 373).

“El espacio literario”, entonces, es una de los segmentos del libro de Rest que podemos leer como parte del proceso de recepción de Blanchot en Argentina. En el primer apartado del capítulo, titulado “Función de la crítica”, Rest relaciona la literatura de Borges con una puesta en cuestión radical de las posibilidades referenciales del lenguaje: “Borges sospecha que en todo enunciado opera una dialéctica entre la imposibilidad de transcribir la realidad en forma literal y la aptitud de indicarla o circundarla con el auxilio de metáforas. El lenguaje recae de manera inevitable en la ficción” (1976, 127). Esta forma de ver al lenguaje, y específicamente al lenguaje literario, tiene implicancias metodológicas que, según Rest, “fascinaron” a algunos de los críticos identificados como parte de la “nueva crítica” francesa. Junto con Pierre Macherey y Gérard Genette aparece Maurice Blanchot, de quien se menciona el ensayo sobre Borges “El infinito literario: el Aleph” presente en la traducción de *El libro que vendrá*, publicada por la editorial venezolana Monte Ávila en 1969. Rest conjetura que “los ha seducido la noción combinatoria de Borges, que admite ser articulada perfectamente en la doctrina lingüística de Saussure: las infinitas posibilidades que se van concretando en la literatura se nutren de un limitado número de metáforas” (1976, 134). De manera similar a Sarlo y Luperini, el modo de leer literatura que se le asigna a Blanchot se caracteriza por pensar la literatura como “un ámbito que se estructura de acuerdo con leyes propias y que no es posible abordarla con pautas extrínsecas” (1976, 133).

En cuanto al epílogo, titulado “El ‘silencio privilegiado’”, Rest involucra a varios autores para afirmar la opción del “silencio como alternativa del lenguaje literario” (1976, 191). Georges Bataille, Maurice Blanchot y Louis-René des Forêts son los representantes de esta tendencia. A los fines de nuestra investigación, y teniendo en cuenta la importancia que tuvo la lectura sobre Borges de una figura como la de Jaime Rest para la crítica literaria argentina, resulta llamativa/destacable la valoración de Rest sobre Blanchot como parte especial de la nómina de autores franceses recién mencionados:

De estos tres autores el que requiere mayor atención es Blanchot, en virtud de que ha sido quien encaró con mayor rigor teórico el exámen en cuestión, especialmente en sus páginas sobre ‘la literatura y el derecho a la muerte’, incluidas en *La part du feu*. Por debajo de su argumentación se percibe la subsistencia de la concepción nominalista según la cual las palabras sólo nos proporcionan *flatus vocis*, sin que haya un vínculo natural o necesario con la realidad (...) Para ser algo se requiere tener una realidad, pero por su misma naturaleza la escritura priva de realidad a lo mentado, de modo que esto inevitablemente se convierte en nada. De ello se desprende que el lenguaje siempre es *hablar de nada*, es intentar una declaración del mundo a través de una mediación en el que éste se manifiesta como una ausencia. Cuanto escuchamos en el texto es aquello que se presenta como un silencio de la existencia, como la pura ficción conjurada por la materia verbal (Rest, 1976, 192).

Citamos este pasaje en extenso ya que posee varios niveles de análisis para nuestra investigación. En primer lugar, dado que *La part du feu* todavía no estaba traducido al español, este episodio de la recepción de Blanchot puede pensarse en conjunto con los casos de Masotta, Jitrik, Rosa y Guerrero en los términos de un acto crítico, una escritura, como traducción⁹¹. En segundo lugar, además de la positiva valoración de Rest sobre Blanchot, resulta aún más destacable el hecho de que establezca un vínculo tan fuerte entre las teorizaciones blanchotianas en torno al lenguaje presentes en “La literatura y el derecho a la muerte” y la elección de Borges por el “pensamiento nominalista”, que es, justamente, el objeto central de la lectura restiana. Como afirma Crespi: “Rest no duda en hacer de Blanchot un escritor radicalmente contemporáneo a Borges, en el sentido de que sus obras comparten las mismas preocupaciones y las mismas reticencias sobre la relación entre lenguaje y realidad” (2013, 379-380). De esta manera, podemos ver en la propuesta crítica de Rest la forma en que se recepciona la teoría blanchotiana en torno al lenguaje y la literatura, para leer nada menos que una de las obras centrales de la literatura argentina como la de Borges. En este sentido, analizaremos a continuación / más adelante, los modos en que Enrique Pezzoni y Sylvia Molloy también involucran la obra de Blanchot para leer a Borges.

91 “Ha votado por Palacios sin ser socialista, por Frondizi sin ser desarrollista, por Cámpora-Perón sin ser peronista, y lo hará (lo hizo) por Alfonsín, sin por eso renovarse ni cambiar para nada” (1985, 7).

2.3.6. En torno a Borges: Pezzoni, Molloy y Pizarnik lectores de Blanchot en la revista *Sur*

Como mencionamos anteriormente en el análisis de la reseña Jorge Bosch publicada en el número 302 de la revista *Sur* durante 1966, es posible rastrear la presencia de Blanchot en distintos avatares textuales en torno a esta clásica revista, principalmente en los casos de Enrique Pezzoni y Sylvia Molloy, y en menor medida en Alejandra Pizarnik. Los tres formaron parte del período que las historias intelectuales catalogaron de supuesta “decadencia” de la revista (Podlubne, 2012, 44). A su vez, la presencia de Blanchot en *Sur* nos permite indagar en los modos en que su obra estuvo involucrada en las lecturas sobre Borges. Para este apartado tomamos como referencia el trabajo de Judith Podlubne “*Sur* en los 60. Hacia una nueva sensibilidad crítica”, en tanto consideramos que la especificidad del modo de revisión historiográfico de la lectura que allí se despliega para analizar el período de la revista que nos interesa supone una puesta en valor de la “experiencia literaria” como variable para deslindar cristalizaciones históricas sobre la revista. Esto lo analizaremos específicamente en el apartado 1.9. del capítulo 3, con el objetivo de argumentar que Podlubne involucra de forma decisiva varios aspectos de la obra de Blanchot para la construcción de este modo de leer que focaliza en la pregunta por lo literario para visitar así las evidencias de la historia intelectual sobre un período determinado. En lo que concierne a la revista *Sur*, nuestra hipótesis es que la pregunta por el valor y el lugar de lo literario es lo que resiste en las historizaciones de la revista que ven en este período específico un momento de decadencia y desacople con las morales intelectuales. Como intentaremos mostrar, este gesto vuelve productiva la pregunta por la presencia de Blanchot en textos de Pezzoni, Molloy y, en menor medida, Pizarnik.

En el caso de Pizarnik, las referencias a Blanchot se concentran principalmente en sus diarios y no en su obra crítica y ensayística. No hay referencias a Blanchot en los artículos y ensayos que se publican en su *Prosa completa* (2001), donde se reeditan entre otros los ensayos publicados por Pizarnik en la revista *Sur*⁹². Entonces si bien en este corpus de textos Blanchot no es una referencia explícita, sí podemos dar cuenta de las lecturas que Pizarnik realizó de su obra a partir de distintas menciones en sus *Diarios*, que se dan en el mismo recorte temporal en que publica los ensayos en la revista *Sur*. De esta manera, es posible

92 El subrayado es nuestro.

encontrar referencias a Blanchot en los *Diarios* de Alejandra Pizarnik en distintas entradas fechadas entre diciembre de 1961 y noviembre de 1969, que dan cuenta de lecturas de Blanchot sobre alguno de sus autores predilectos como Lautréamont y Kafka. Es el caso de la entrada del 4 de diciembre de 1961: “Es posible la perfección retórica en una mente erosionada? Ver Lautréamont (comentario de Blanchot) y Nerval (Aurélia. Estilo purísimo). En ambos: décalage entre estilo clásico y fondo convulsivo” (2013, 450); sobre Kafka, una referencia puede leerse el 24 de noviembre de 1967: “Olvidar la «idea» del libro. Cada poema *está* solo. Hay pocos poemas solos que sean válidos o que sienta yo con ellos el antiguo mínimo grado de perfección (...) Temas – Blanchot y Bataille sur Kafka” (2013, 650). En esta misma línea, en la entrada del 3 de marzo de 1968 Pizarnik vuelve a incluir a Blanchot y Bataille (junto con Brod, Bunce y Marthe Robert) en el conjunto de lecturas obligatorias sobre Kafka. En este conjunto de referencias, es necesario destacar, más allá de las menciones aisladas y particulares, la presencia la entrada de 1967 de la apuesta blanchotiana del “olvido” del “libro” y la presencia plena, a la vez que solitaria, del “poema”. A su vez, en la entrada del 9 de agosto de 1968, podemos encontrar la filiación más intensa de Pizarnik con Blanchot a propósito del ensayo sobre Freud⁹³: “Lectura del artículo de Blanchot sobre Freud. Los avatares de la palabra errante, de la palabra inútilmente profunda. Describe mi conflicto esencial con el lenguaje” (2013, 685). Aunque un trabajo específico sobre la presencia de estas ideas en la extensa poética de Alejandra Pizarnik excede los límites de nuestra investigación, no queremos dejar de destacar el impacto que pudo haber tenido la lectura de la obra de Blanchot en una de las poetisas más importantes de la literatura argentina. Sobre todo respecto de la afirmación sobre la “palabra errante”: la identificación de una poeta como Pizarnik con esta modulación de Blanchot, que trabajamos específicamente en el apartado 1.4.6. del capítulo 1, constituye un punto de especial interés para nuestra investigación.

Ahora bien, ¿hay puntos de contacto entre este episodio y los de Pezzoni y Molloy? Tomando como referencia nuestra investigación que analiza los distintos episodios de

93 Podemos encontrar otra modulación de esta tensión en “El príncipe y la rana. El problema del método en Adorno y en Benjamin” que Giorgio Agamben incluye en *Infancia e historia* (1979). En este caso, el énfasis está puesto en la crítica de Adorno por la ausencia, en la lectura benjaminiana, de “mediación universal” con la que Hegel fundamenta la idea de totalidad. Según su versión del marxismo, los fenómenos culturales no deberían analizarse en su singularidad –como en Benjamin– sino mediados por el proceso global e histórico al que pertenecen y, en última instancia, refieren. Esto forma parte de la mezcla entre elementos de la estructura y la superestructura a la que alude Ritvo, pero mientras él explica la discusión deconstruyendo retóricamente los pares metáfora/concepto y sujeto/objeto, Agamben recurre a la historia en un sentido marxista: si Adorno critica a Benjamin por su utilización de la teoría marxista, Agamben afirma por el contrario que Adorno olvida la crítica marxista a la dialéctica hegeliana. Agamben toma partido por el método de Benjamin: el marxismo de Adorno es más hegeliano que marxista.

recepción de la obra de Blanchot desde la perspectiva teórica de la resistencia, el caso de Pizarnik difiere de Pezzoni y Molloy ya que, si bien podemos encontrar en los tres una identificación con la particular forma en que Blanchot piensa el lenguaje y la literatura, Molloy y Pezzoni van un paso más allá que Pizarnik en la medida en que ponen en juego esta perspectiva para intervenir y discutir con otros modos de leer –quizás más dominantes– de la crítica literaria. Como veremos a continuación, la especificidad de estos episodios radica en que son momentos donde dos firmas centrales de la historia de la crítica literaria argentina sitúan, en relación con la crítica sobre Borges, el fenómeno de la resistencia al poder de impugnación de la literatura. _

De esta manera el caso de Enrique Pezzoni, quien fue una de las figuras clave para los desplazamientos de objetos de lectura y modos de leer en el período de supuesta “decadencia” de la revista *Sur*, cuenta para nuestra investigación con más aristas que el de Pizarnik, sobre todo porque contribuye a establecer los vínculos entre la obra de Blanchot y la de Borges en el espacio de la crítica literaria argentina. Situemos la trayectoria de Pezzoni: En “*Sur* en los 60. Hacia una nueva sensibilidad crítica” Podlubne refiere al trabajo crítico Enrique Pezzoni para discutir y contraargumentar las reducciones realizadas por ejemplo por Oscar Terán en *Nuestros años sesenta* (1991), quien afirmaba que con el advenimiento del estructuralismo y la “profesionalización” de la crítica literaria *Sur* mantuvo un estilo tradicional para concebir el hecho literario que redundaría en la falta de eficacia teórica-metodológica para describir las relaciones entre literatura y realidad. Aunque no presente un análisis en detalle, Podlubne destaca el ensayo de Pezzoni sobre *Otras inquisiciones* de Borges publicado en *Sur* en 1952 como manifestación de un modo de leer novedoso para la época, que influyó en otros trabajos críticos como *Las letras de Borges* de Sylvia Molloy. Ahora bien, teniendo en cuenta nuestro objeto de investigación, cabe preguntarse si la presencia de Blanchot en los escritos críticos de Enrique Pezzoni puede contribuir a delimitar alguna de las particularidades de su modo de lectura.

En “Transgresión y normalización en la narrativa argentina contemporánea” publicado en el n°100 de la *Revista de Occidente* (1971), años más tarde compilado en *El texto y sus voces* (1986), Enrique Pezzoni problematiza los modos en que la “historia de la literatura” incorpora e institucionaliza aquellas obras que se conciben “transgresoras” respecto de los códigos de legibilidad en un determinado tiempo y lugar; de modo que podemos ver aquí en funcionamiento una modulación de la idea blanchotiana de la literatura como impugnación. El enfoque de Pezzoni en este ensayo se caracteriza por releer y criticar los modos de lectura dominante de la crítica literaria y cultural argentina, haciendo énfasis en

las intrincadas relaciones entre literatura y cultura. Esto se puede ver en afirmaciones como la siguiente:

La novedad, o más bien la aspiración a la novedad, se impone como un valor *per se*. La burguesía argentina asimila imperturbable obras agresivas, deliberadamente enigmáticas, pero erizadas de halagos y trampas sonrientes, que las editoriales publican en tiradas cada vez mayores y las revistas de circulación masiva comentan con entusiasmo y vocabulario seudotécnico (...) El aplauso a la transgresión hace de la ruptura un simulacro (Pezzoni, 2009, 19-20).

Situado en estas coordenadas, Pezzoni cuestiona el rol del intelectual que se encarga de realizar esta tarea de inclusión y normalización de la literatura, ya sea por medio de la labor periodística o de la investigación. Recordemos que Blanchot analiza el ejercicio de la crítica como mediación justamente ligada al ámbito de la universidad y el periodismo en “Qu'est en til de la critique?” traducido por Marta Cerretani en el libro *Sade y Lautréamont* (1967). A su vez, como veremos en el apartado 1.2. del capítulo 3, Jorge Jinkis realiza otra traducción de este ensayo para el número 4/5 de la revista *Sitio* (1985). No queremos dejar de recuperar estas referencias ya que la propuesta blanchotiana en torno a las tensiones que emergen durante los procesos de institucionalización de la literatura en los que la crítica literaria participa constituye uno de los argumentos centrales para leer su recepción en Argentina. Así, leemos en este conjunto de textos de Pezzoni una ocurrencia de lo que denominamos la resistencia a Blanchot en la crítica argentina: consideramos la normalización de la transgresión por parte de la crítica literaria que Pezzoni identifica, como una modulación de la tesis sobre la resistencia a la teoría de Paul de Man o, para decirlo en términos blanchotianos, resistencia al poder de impugnación de la literatura.

Continuemos con el desarrollo de la argumentación del ensayo. Pezzoni comienza a desarticular el enfoque normalizador a partir de dos fenómenos: por un lado, la “rebelión surrealista”, y por otro las obras de Proust, Joyce y Kafka, a partir de las cuales la literatura se liberaría de sus ataduras referenciales. No obstante, y aquí Pezzoni menciona los trabajos de Marthe Robert sobre la obra de Cervantes, este movimiento no es excluyente de la narrativa de principios del siglo XX. En este segmento de la argumentación aparece la referencia a Blanchot, con la destacable particularidad de que se lo relaciona explícitamente con Borges:

‘La búsqueda de la literatura es la búsqueda del momento que la precede’, dice Maurice Blanchot. Y Jorge Luis Borges: ‘Cada escritor crea a sus precursores’. Los novelistas del siglo XX nos enseñaron a leer a Cervantes, o a Dostoievski, o a Galdós; nos revelaron que su realismo es crítica, indagación y hallazgo: procedimiento (Pezzoni, 2009, 22).

Si bien no se consigna la referencia, la frase citada de Blanchot pertenece a uno de sus ensayos fundamentales, “La literatura y el derecho a la muerte”. Desarticulando entonces las lecturas evolutivas y genealógicas de las historias de la literatura que incorporan obras “transgresoras” en una narrativa mayor que las explica como acontecimientos sucesivos, para Pezzoni el horizonte del trabajo crítico con la literatura debe tender a “señalar qué hubo en ellas de invención y hallazgo” (2009, 23), es decir, identificar sus procedimientos particulares. De esta manera, podemos decir que el modo de lectura que Pezzoni construye y destaca como preferible es, básicamente, formalista; entrando en disputa con la “crítica social” que somete la literatura a una realidad exterior a ella. En cuanto a este enfoque “formalista”, recordemos que la perspectiva de Jaime Rest trabajada anteriormente también adoptaba ese apelativo y, como ocurre con Pezzoni, también para leer a Borges. Con estos críticos argentinos que construyen un modo particular de leer a Borges, la obra de Blanchot adquiere una de sus utilidades más activas y singulares en el ámbito de la crítica literaria argentina. En la siguiente formulación de Pezzoni encontramos condensada una forma de concebir el ejercicio crítico que, no solo impugna los modos de lectura dominante de la época, sino que propone a partir de esa misma impugnación un programa de lectura:

Revalorar las transgresiones (es decir, comprobar si continúan siéndolo): esa es la misión del intelectual y el escritor. En vez de concebir la historia de la literatura como un suceder de rupturas y cambios al margen de las obras que acatan el prestigio, ¿por qué no plantearla como el registro de esos hitos en que la tradición de la ruptura se sale de quicio: el de las formas acatadas, el de las transgresiones normalizadas por el prestigio? (Pezzoni, 2009, 26).

En la segunda parte del ensayo, Pezzoni toma estas consideraciones teórico-críticas como punto de partida para evaluar sus implicancias en una relectura de la narrativa argentina contemporánea a su época. Los casos que analiza son: Borges, Marechal y Cortázar. Por las razones que venimos exponiendo, nos centraremos aquí en la lectura que propone de Borges, en la medida en que también nos permite visitar el ensayo que le dedica a *Otras inquisiciones* en el año 1952 para la revista *Sur* – que, en la compilación de *El texto y sus voces* es ubicado justamente a continuación de “Transgresión y normalización en la narrativa argentina contemporánea”–.

Los tres casos analizados por Pezzoni se destacan en la medida en que suponen un desafío a los lectores: “Cada uno de estos autores irrumpió en el ámbito cultural argentino con un estallido de transgresiones y rupturas” (2009, 27), que demanda y construye un público lector activo que pueda ir contra los códigos de legibilidad establecidos. En este sentido, la literatura de Borges aparece marcada por el “decoro”, en la medida en que trabaja

con modelos literarios y filosóficos “universales”, pero también por la “ruptura” ubicada por Pezzoni en la indistinción borgeana entre ensayos y narraciones: “ensayos que se proponían como curiosas narraciones, relatos que intercalaban pseudoensayos” (2009, 27-28). Según Pezzoni la destreza formal que sostiene esa ambigüedad, junto con su contenido “universal”, son los dos aspectos señalados por la crítica borgeana entre 1925 y 1950⁹⁴.

En el análisis del “La supersticiosa ética del lector” podemos encontrar varios aspectos de las descripciones de Pezzoni que pueden leerse en sintonía con Blanchot, incluso cuando no aparece citado, como por ejemplo la idea de la “desaparición” de la literatura. En este ensayo Pezzoni toma por igual la reacción tanto de los admiradores como de los detractores de Borges, quienes entendieron como una ironía el menosprecio y la crítica borgeana a las posibilidades representativas y comunicativas del lenguaje en este ensayo. Dice Pezzoni sobre esto: “Borges los dejó en el error y al final del ensayo sentenció que el destino de la literatura y de lo que la hace posible, el lenguaje, es su desaparición” (2009, 29). Esta perspectiva le permite a Pezzoni cuestionar la separación entre “mundo real” y “mundo irreal” utilizada por la crítica para leer a Borges. El posicionamiento crítico que parte de esta idea de la literatura como desaparición, permite deconstruir las operaciones de separación como la recién mencionada –operaciones que se sostienen en posturas epistemológicas determinadas acerca de la relación entre literatura y cultura–, habilitando nuevos modos de leer:

Tal vez ha llegado el momento de revisar las interpretaciones de la obra de Borges como la propuesta de un mundo irreal. La irrealidad supone el cotejo con la realidad, es decir, cuenta con ella porque necesita oponérsele y desmentirla. Las invenciones de Borges son previas, en todo caso ajenas a la idea de realidad. Se proponen como ámbitos que sólo se explican por sus propias, irónicas leyes. La paradoja como método de conocimiento; el conocimiento como ficción, como aceptación simultánea de afirmaciones opuestas (2009, 30).

Aunque no aparezca citado podemos conjeturar que Pezzoni había leído el ensayo de Blanchot sobre Borges, porque cuando publicó en 1971 el texto “Transgresión y normalización en la narrativa argentina contemporánea”, ya circulaba la traducción de *El libro que vendrá* (1969) de la editorial venezolana Monte Ávila. Además de esta coincidencia histórica, la valoración que propone Pezzoni de “lo irreal” no como fuga de la “realidad” sino como una forma auténtica que implica un poder específico de conocimiento, también está en el ensayo de Blanchot sobre Borges en términos casi idénticos⁹⁵.

94 Los títulos de los ensayos son: “The Return to Philology”, “Hypogram and Inscription”, “Reading and History”, “Conclusions: Walter Benjamin’s *The Task of the Translator*” y “Dialogue and Dialogism”.

95 La propuesta de Gadamer también es una de las más criticadas por Paul de Man en diversos momentos de su trabajo.

Así, consideramos que la paradoja, la ironía y la impugnación de las oposiciones dialécticas se involucran en una perspectiva epistemológica que relee de forma crítica los vínculos entre literatura, cultura e historia: son movimientos habilitados por la consideración del lenguaje y la literatura como desaparición, compartidos tanto por Borges como por Blanchot. La frase de Borges “el fraude de la palabra”, presente en el poema “Isidoro Acevedo”, es la elegida por Pezzoni para sintetizar esta perspectiva. Así entendidas las palabras escapan a la oposición verdadero/falso, construyendo su propio espacio de circulación, y “parecen inscribirse en un nuevo código cuya validez es radicalmente distinta de la que acatamos en la comunicación cotidiana” (2009, 31). Recordemos que una de las operaciones principales de la temprana obra de Blanchot, en sus ensayos sobre Kafka y Mallarmé, consiste justamente en realizar la distinción entre el lenguaje “literario” y el lenguaje “cotidiano”. La impugnación de la dialéctica, la *neutralización* de la oposición fundamental entre lo verdadero y lo falso, son las claves de lectura propuestas por Pezzoni para el caso de Borges, cuyo resultado se expresa también en términos blanchotianos: “conocimiento último que no compromete más recompensa que la actividad de buscarse a sí mismo” (2009, 31).

El problema del par confianza/desconfianza en el lenguaje está presente también en “Aproximación al último libro de Borges” publicado en la sección de *Crónicas y notas* del número 217-218 de *Sur* en 1952. Al igual que en el ensayo analizado anteriormente, aquí Pezzoni también toma como punto de partida un análisis sobre la recepción de la obra de Borges, que generó por igual “oscuros rechazos” y “elogios de sus admiradores” (2009, 41). Pero el problema de la recepción que se plantea en este ensayo puede analizarse en varios aspectos: ya desde el comienzo, Pezzoni hace mención a la traducción francesa de *Ficciones* en la editorial francesa Gallimard en 1952⁹⁶. Este dato no es menor, ya que es la misma casa editorial que publicó la gran mayoría de los libros de Blanchot, incluido *Le Livre à venir* (1959) que Pezzoni citará años más tarde en el ensayo “Blanco: la respuesta al deseo”⁹⁷ sobre Octavio Paz, y que tiene entre sus capítulos el único ensayo que Blanchot le dedica a Borges.

El problema de la recepción es analizado no sólo específicamente acerca de la obra de Borges (con sus detractores y admiradores), sino que se enlaza con la recepción de la cultura extranjera en Argentina y las tensiones que ese problema supone en la cultura local. De

96 “En Blanchot la obra descubre un descubrimiento que no es verdad, una oscuridad. La diferencia es que para Blanchot el arte no hace al mundo habitable [sino que] da a nuestra estancia su esencia de exilio, y a las maravillas de nuestra arquitectura su función de cadáver en el desierto (...) no se trata de volver atrás. Pero para Blanchot la literatura recuerda la esencia humana del nomadismo” (Levinas, 2000, 44).

97 Ya en el contexto del *Boletín*, el trabajo de Capdevila sobre la novela es en colaboración con Nora Avaro, quien además firma “Apuntes sobre la novela corta II” en el número 2 de 1992.

hecho, según el argumento de Pezzoni, el común denominador tanto en las valoraciones negativas como en las positivas “su obstinación en recibir la obra de Borges como denuncia de nuestra indigencia intelectual y, en una palabra, espiritual [su obra] parecía señalar el vacío que la rodeaba y nuestro propio desamparo” (2009, 43). La sensación de inferioridad respecto de la cultura extranjera fue compartida por admiradores y detractores de Borges por igual. De este modo, la lectura de Pezzoni siempre está pensando en los vínculos entre Borges y la “cultura”, procurando sustraerse de las opciones opuestas más comunes en la recepción de la obra borgeana. La forma de hacerlo pasa por impugnar la relación entre la “obra Borges” y la “cultura” que intercede en ella tanto externa como internamente: “La obra de Borges se bastaba a sí misma, sólo en sí misma era necesaria; no buscaba, no ofrecía apoyos” (2009, 45).

Pezzoni señala que la particularidad de la propuesta borgeana radica en la imbricada relación entre realidad y cultura, entendida esta última al mismo nivel que la primera, unidas ambas por la posibilidad de ser sometidas a un orden único. Anticipando las propuestas de análisis “formalistas” que mencionamos anteriormente, podemos ver en este temprano ensayo de principios de la década de 1950 un posicionamiento claro de Pezzoni a la hora de juzgar cuál es la lectura crítica preferible: “—la mejor parte— de la crítica literaria investiga las obras como frutos de un proceso mediante el cual el artista logra objetivar su sentir, su concepción del mundo, su intención creadora, utilizando un material al que debe atenerse: el lenguaje” (2009, 47). Para Pezzoni, es por medio de un particular uso del lenguaje que Borges funda los más singulares vínculos entre realidad y ficción: “Para Borges sus relatos son la realidad: lo ficticio no alterna en ellos con lo verídico por mera travesura, sino con derecho” (2009, 58). Sin dudas, el hecho de que esto sea así es inseparable de la particular concepción del lenguaje que venimos desarrollando, en la que Borges y Blanchot parecen converger. Sobre este tema, de la lectura de Pezzoni resulta interesante el hecho de que marca simultáneamente actitudes de confianza y desconfianza de Borges respecto de las posibilidades referenciales y comunicativas del lenguaje. Como si fueran dos caras de la misma moneda, esta actitud frente al lenguaje está en el centro de la lectura de Pezzoni. Luego de recuperar una mención positiva de Borges respecto del lenguaje, Pezzoni se pregunta: “¿Cómo conciliar esas afirmaciones con otras en que parece traslucirse un recelo sobre la eficacia del lenguaje como vehículo expresivo y aun como instrumento de la comunicación práctica?” (2009, 59).

Pezzoni desarrolla en detalle mediante distintos ejemplos la actitud borgeana de confianza/desconfianza en el lenguaje, que se constituye como condición preparatoria para el análisis específico de los ensayos de *Otras inquisiciones* hacia el final de su texto. En este

punto, nuevamente el énfasis está puesto en el influjo de la ficción en la realidad, aludiendo esta vez a uno de los temas literarios modernos por excelencia: “La inserción del mundo del lector en el del libro” (2009, 68). Para Pezzoni esta es la preocupación central de los ensayos de *Otras inquisiciones*, sobre todo a partir de los casos del *Quijote*, *Hamlet* y algunos segmentos de la literatura oriental. La contaminación de realidades, los vínculos entre el mundo “real” y el mundo de la “literatura”, nos adentra según Pezzoni en el universo de Borges, “el universo de los retornos infinitos, de los innúmeros lenguajes posibles, de los conmovedores encuentros (...) esas dos realidades nuevas se apoyan e intercambian sus elementos y acaban confundándose” (2009, 68). La singularidad del trabajo de Pezzoni, catalogado por María Luisa Bastos en *Borges ante la crítica argentina 1923-1960* como “una aproximación diferente” (1974, 176), tanto para la escena crítica argentina de mediados del siglo XX como para nuestro trabajo sobre la recepción de Blanchot, cobra especial relevancia en la medida en que impacta en *Las letras de Borges* de Sylvia Molloy, publicado en 1979, donde también es posible encontrar usos de la obra de Blanchot para leer a Borges.

Además del ensayo de Pezzoni que Molloy cita al comienzo de su libro, podemos mencionar al menos dos antecedentes más de *Las letras Borges* publicados por la propia autora y, también, relevantes para nuestro trabajo. En primer lugar, el ensayo publicado en el número 318 de la revista *Sur* con el título “Borges y la distancia literaria” (1969), que se encuentra diseminado en distintos capítulos de *Las letras de Borges*. En segundo lugar, el libro *La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XXe siècle* publicado por la Pr. Univ. de France en 1972, donde Molloy trabaja con la recepción de Borges en Francia. En ambos casos el problema de la recepción, ya sea en Argentina como en el caso de Pezzoni o en Francia como en Molloy, aparece como una problemática central para la labor crítica en torno a la obra de Borges. En una entrevista brindada al suplemento de cultura “Primer Plano” del diario *Página/12* en agosto de 1992, Molloy destaca la importancia del trabajo realizado sobre la recepción francesa de Borges para la génesis de *Las letras de Borges*: “Surgió de mis reflexiones sobre Borges a partir del desconcierto y la inseguridad que ya había observado en su recepción en Francia. Quise seguir la pista de esa inseguridad dentro del texto, ver cómo la materia misma del texto borgeano es desasosiego” (Molloy, 1992, 2).

A partir de las lecturas de Molloy y de Pezzoni, podemos pensar esta conflictiva recepción de la obra de Borges en términos de “resistencia”, tal como lo venimos desarrollando en nuestro trabajo para describir la recepción de Blanchot en Argentina. De esta manera, Pezzoni y Molloy son críticos argentinos que leen *en* la crítica argentina, y desde una perspectiva blanchotiana, efectuaciones y ocurrencias de lo que De Man denomina

resistencia a la teoría. Es destacable que, en ambos casos, lo que está en juego son modos de lectura crítica en torno de la obra de Borges. Así, en el libro de Molloy encontramos una modulación convergente con la hipótesis de Paul de Man de que el problema de la resistencia es inherente al lenguaje y, por tanto, emerge en cada acto de lectura y delimita el horizonte metodológico de la crítica y la teoría literaria en tanto disciplinas cuyo objeto es la literatura. Molloy remite al ensayo de Pezzoni “Aproximación al último texto de Borges” como un antecedente inmediato para argumentar su hipótesis de que es la disyunción entre palabra y realidad el elemento que produce irritación y desconfianza del texto borgeano en los intentos por circunscribirlo dentro de los márgenes del realismo:

la imposibilidad de conjugar una vaga realidad extratextual con un elemento personal fijo (personaje, geografía, anécdota) que la centre implacablemente en lo escrito, volviéndola ‘viva’—produce en este caso una irritación que poco tiene que ver con la provechosa irritación textual que propone, de manera general, la obra de Borges. A las ficciones parecería reclamárseles la seguridad de un *déjà vu*, de un eje fijo y reductor establecido por un marco y un personaje pobremente realistas —pautas que en ningún momento rigen el texto borgeano (Molloy, 1999, 21-22).

Ahora bien, enfocándonos en Blanchot, podemos encontrar referencias a su obra a lo largo de todo el libro. El capítulo 2 titulado “Rúbricas textuales” comienza con un epígrafe bastante extenso de Blanchot tomado de *L’Entretien Infini*⁹⁸ y uno más breve de *S/Z*⁹⁹ de Roland Barthes. El epígrafe de Blanchot hace referencia a la disyunción entre “libro” y “obra”, a una de las operaciones teóricas determinantes de la obra del escritor francés y, también, de las que más pregnancia tuvieron en la crítica argentina: mientras el libro puede ser firmado, la obra permanece ajena a quien la escribió y sólo se dice de nuevo en el espacio abierto por cada lectura. La otra publicación de Blanchot que aparece citada por Molloy es *Le Livre à venir*, con la particularidad de que no cita el ensayo de Blanchot dedicado a Borges (“El infinito literario: El Aleph”) que está compilado en ese libro, sino otro titulado “La vuelta de tuerca” en el que Blanchot se ocupa mayoritariamente de Henry James y, en menor

98 La cita de Deleuze y Guattari es: “La novela corta —dicen— está relacionada fundamentalmente con un *secreto* (no con una materia o con un objeto del secreto que habría que descubrir, sino con la forma del secreto que permanece inaccesible)...”, y la de Blanchot: “Ese modo de merodear siempre alrededor de un secreto que, en tantos de sus libros, pone a actuar la anécdota, y que no sólo es un verdadero secreto —algún hecho, algún pensamiento o verdad que podría ser revelado—, que ni siquiera es un recoveco del alma, sino que escapa a toda revelación” (en Capdevila, 1991, 16).

99 La frase en cuestión “La literatura es quizá esencialmente (no digo única ni manifiestamente) poder de contestación: contestación del poder establecido, contestación de lo que es (y del hecho de ser), contestación del lenguaje y de las formas del lenguaje literario, en fin, contestación de ella misma como poder”, es tomada directamente de la traducción española de *L’Amitié* realizada por Taurus en 1976. Allí, como mencionamos anteriormente, la palabra francesa “contestation” aparece traducida literalmente como “contestación”. Esta es la versión que maneja el grupo durante la década de 1990, y recién años más tarde Giordano propone modificar esa traducción por “impugnación”, que es la variante que utilizamos en nuestra investigación.

medida, también de Borges. Además, sobre el final del libro también hay una referencia al ensayo inaugural de *Le Livre à venir* titulado “El canto de las sirenas”.

Las articulaciones con Blanchot ocurren en lugares fundamentales de la apuesta crítica de *Las letras de Borges*. Es el caso del capítulo 2 recién mencionado, cuyo primer apartado “Las letras de un libro” sostiene la argumentación de Molloy en torno al problema de la “letra” que es justamente lo que le da el nombre a su libro. En este sentido, la hipótesis de Molloy es que la ficción borgeana se caracteriza por interrumpir el esquema que supone que la comunicación es un proceso basado en las instancias de emisor-mensaje-destinatario. Esta interrupción se sitúa en la instancia de lo que Molloy denomina “letra”: “En el texto borgeano la letra escrita interrumpe la comunicación directa entre los hablantes reversibles, interpolando su propio espacio y exigiendo su propia voz, perturbando la ya precaria comunicación entre autor-lector y lector-autor” (1999, 50). Molloy recorre largamente, a partir de esta idea, el “Pierre Menard” de Borges – del que señala que no inaugura su obra ficcional sino que la afirma (Molloy, 1999, 52)–. En línea con la lectura de Pezzoni, Molloy afirma que en la obra de Borges nos invita como lectores a desconfiar de todos los elementos que componen el relato, empezando justamente por la propia labor del narrador y la figura del personaje. De esta manera, las expectativas formales de sus lectores se ven arruinadas de manera radical, en todos los puntos de apoyo posibles de la obra, configurándose como “una reflexión lúcida sobre los elementos que intervienen en todo acto de escritura, en todo acto de lectura” (Molloy, 1999, 55).

Si bien es posible reconocer en este esquema varios posicionamientos críticos convergentes con los de Blanchot, como por ejemplo la idea de que la literatura interrumpe la comunicación entendida como un proceso lineal y aporético, el punto específico donde explícitamente se lo menciona tiene que ver la noción de “presión narrativa” que Blanchot desarrolla en el ensayo sobre Henry James. La figura que mejor define este uso específico de la obra de Blanchot es la analogía: para Molloy su propia lectura acerca del problema de la “letra” en Borges y la “presión textual” que eso genera en un texto como “Pierre Menard”, es análoga a la lectura que Blanchot hace de James:

Lo que pasa en y por ‘Pierre Menard’ es por fin una letra, que al perder sus cabales – como el protagonista del *Quijote* original– es sometida a la presión encantada que Maurice Blanchot destaca en la obra de Henry James. Pura presión textual, en el caso de ‘Pierre Menard’ (...) coincide con lo que Maurice Blanchot, al hablar de James, llama la paradoja apasionada (1999, 56).

Además del hecho de que Molloy cite aquí un ensayo muy poco retomado por la crítica literaria argentina, resulta destacable que la articulación con Blanchot se dé en un tema tan

preponderante para su propuesta crítica: “toda la letra escrita presiona, que toda letra escrita inscribe una tensión [los textos de Borges] literalmente *indeterminan* el lugar fijo, el momento horaciano en el que a menudo se entierra a la literatura” (1999, 57). Justamente en la cita de *Le Livre à venir* incorporada por Molloy, podemos leer una de las modulaciones blanchotianas que sí tuvieron mucha repercusión en la crítica argentina: la idea de que la obra está marcada por la pura indeterminación¹⁰⁰. De esta manera, mediante un uso análogo de las lecturas realizadas por Blanchot acerca de otra obra, Molloy vuelve productiva su recepción al emular el gesto y emplearlo para leer en este caso a Borges.

En el capítulo 3 titulado “Codicias y fragmentos” Molloy continúa con el desarrollo de las estrategias narrativas de la obra borgeana, incluyendo también una referencia a Blanchot pero esta vez ya no se da en el modo de la analogía sino que directamente vincula a Borges con Blanchot a partir de la idea de “argumento”. Molloy describe en términos de “nivelación” el movimiento mediante el cual la ficción borgeana suspende e impugna las expectativas de los lectores en torno a lo que un relato es o debería ser. La nivelación de los distintos elementos narrativos problematiza la idea de personaje como “unidad mimética” (1999, 69), situándolo al nivel de la letra en el mismo espacio que el resto de los elementos narrativos. De esta manera no habría en los relatos de Borges *un* personaje que se posicione en una “situación” capaz de dar cuenta del texto, sino que el texto presenta una “situación plural” (1999, 70). Para completar este movimiento, la operación de Molloy consiste en definir la palabra “situación” a partir de lo que tanto Borges como Blanchot entienden por “argumento”:

Entendamos por la palabra *situación* lo que Borges en el prólogo a *La invención de Morel*, James en sus cuadernos, y Blanchot en un ensayo donde habla de Bioy, James y Borges, llaman –valga un común denominador que sin duda desatiende matices– organización de un *argumento* (...) Entendamos que se trata de una organización estructural y significativa de elementos, como los formalistas rusos entendían la palabra *sujet* (1999, 70).

Este desarrollo, signado por un enfoque “formalista” para analizar la literatura de Borges, apuesta entonces por neutralizar las diferencias que pueden existir entre “situación” y “personaje” para sostener la hipótesis de que la “pulverización” del personaje es justamente la situación o argumento narrado.

100 En el encabezado de la publicación en Diario de poesía, aparece la siguiente información: “Durante 1992, y 1993, el Grupo de Estudios de Teoría Literaria, coordinado por Alberto Giordano, realizó una investigación sobre ‘Las fuerzas políticas de la literatura y de la crítica ideológica’. Sus resultados, firmados por, entre otros, el mismo Giordano, Analía Capdevila, Jorge Panesi y Sergio Cueto, fueron publicados en los números 3 y 4 del Boletín del Grupo” (1995, 13). De allí se transcriben “algunos párrafos” del trabajo de Sergio Cueto.

La última referencia a Blanchot la encontramos sobre el final del capítulo 6 “Placer y desconcierto: la desarticulación del hiato”. Al igual que en la anterior mención, aquí también hay una operación de Molloy que busca reunir la obra de Borges con la de Blanchot, en este caso respecto de uno de los atributos de Borges más destacados por la crítica: la cita erudita y la referencia cultural. Para Molloy éstas son un elemento que tiende a la desaparición, lanzadas siempre como una promesa hacia el porvenir de un nuevo texto que complete y garantice su sentido: “Como las sirenas que evoca Blanchot, la erudición borgeana atraerá siempre por su lejanía agujijoneante” (1999, 160)¹⁰¹. En este gesto de Molloy podemos reconocer una las problemáticas que venimos trabajando desde el inicio: la particular relación que se busca establecer entre literatura y cultura, signada por el movimiento de impugnación. Los casos de Molloy y Pezzoni, sobre todo sus intervenciones críticas respecto de la obra de Borges y la crítica especializada sobre el tema, proyectan una particular condensación de los intereses de nuestra investigación, en la medida en que proponen modos de leer literatura que se caracterizan por poner en discusión presupuestos críticos que la reducen a un fenómeno cultural y, además, involucran aspectos de la obra de Blanchot para hacerlo. Según la perspectiva teórica de nuestra investigación, son ocurrencias textuales que ponen en juego, en un momento determinado y sobre un tema determinado, la hipótesis de la resistencia a la teoría y de la literatura como poder de impugnación.

En el proceso de la recepción de Blanchot en Argentina, este problema reaparecerá años más tarde en los desarrollos en torno a las singularidades del ensayo como escritura de la lectura literaria, como el caso de Alberto Giordano quien no sólo va a proponer una relectura de los ensayos de Borges a partir de una concepción específica de la “ironía”, sino que también escribe la presentación de la reedición de *Las letras de Borges* en 1999 titulada “Lo novelesco de la crítica”¹⁰² que focaliza justamente en términos blanchotianos el problema de la relación entre literatura y cultura. Pero para finalizar con el libro de Molloy, incluimos una cita extensa del final del capítulo 6 donde se incorpora a su vez una cita de Blanchot para explicar, en un juego de cajas chinas, el funcionamiento de las citas borgeanas:

Las citas de su texto no son sino un llamado, una versión más del canto insatisfactorio y encantador de las sirenas, canto también de orillas que atraía a los navegantes: ‘canto real, canto común, secreto, canto simple y cotidiano, que de pronto reconocían inevitablemente, cantado por fuerzas ajenas y, por así decirlo, imaginarias, canto de abismo que, una vez oído, abría un abismo en cada palabra e invitaba poderosamente a desaparecer en él’ (Blanchot, 10). El texto de Borges invita a un abismo semejante,

101 Para este caso tomamos como referencia la edición de 2005 que lleva el título *Modos del ensayo: de Borges a Piglia*, también publicada en Beatriz Viterbo, ya que allí se incluyen todos los ensayos de la primera edición pero también se agregan algunos más.

102 Gesto que se replica, con referencias similares, también en el caso de Silvio Mattoni.

planteado por cada elemento narrativo, cada cita erudita, cada palabra consciente de su múltiple gravitación (1999, 163).

Capítulo 3. Segundo momento de la recepción de Blanchot en la crítica argentina (1979-)

3.0. *Presentación*

El segundo momento recortado para describir la recepción de la Blanchot en la crítica literaria argentina cuenta con algunas particularidades que complejizan las decisiones metodológicas necesarias para su establecimiento. Tomemos como referencia el momento anterior: éste tiene toda la fuerza del comienzo, que podemos ubicar por ejemplo en la primera traducción de algún texto suyo, o bien en la primera mención a su obra en un libro o revista publicado en Argentina. A partir de esto, ordenamos los distintos episodios de recepción en traducciones, reseñas o estudios específicos y, por último, menciones y usos. Ahora bien, las características de este segundo momento no se adecúan a la subdivisión mencionada anteriormente: a partir de la década de 1980, las traducciones argentinas de libros de Blanchot dejan de ser tan prolíficas y sus usos parecen no contar con la sistematicidad del momento anterior. No obstante, esto de ninguna manera implica que la recepción de Blanchot durante los años ochenta haya sido poco determinante. De hecho, los episodios de recepción en este momento se anclan en varios momentos claves para la historia de la crítica literaria y cultural argentina, inevitablemente marcada por el final de la dictadura cívico-militar, la Guerra de Malvinas, la recuperación democrática y la apertura universitaria.

En este momento, analizamos entonces la recepción de Blanchot tomando como punto de anclaje algunas revistas literarias y culturales argentinas del período, donde no sólo es posible encontrar referencias e incluso traducciones de textos de Blanchot, sino que también esas referencias ocupan un lugar clave para los distintos posicionamientos literarios, culturales e incluso políticos del corpus de revistas analizado. A su vez, este momento cuenta con una inflexión singular: el “ingreso” de la obra de Blanchot en el ámbito académico argentino. En este sentido, la creación de la cátedra “Teoría de la lectura” a cargo de Juan Bautista Ritvo en la Universidad Nacional de Rosario durante el año 1985, constituye uno de los episodios destacados, en la medida en que tendrá un claro impacto en la formación de un grupo de docentes e investigadores que hacia la década de los 90 afianzan su inserción institucional y, con ello, la obra de Blanchot circula con mayor frecuencia en el ámbito académico. Así, este momento resulta fundamental para entender nuestro objeto de

investigación como un proceso de *resistencias* que se afectan mutuamente y obstaculiza su descripción, comprensión e interpretación según los esquemas metodológicos de los estudios de recepción, usos o circulación. En este sentido, tomamos como un caso de *resistencia* el hecho de que la “institucionalización” de Blanchot en Argentina venga de la mano con el discurso sobre el ensayo en la crítica literaria y cultural argentina, que justamente se caracteriza por poner en cuestión las relaciones entre literatura y cultura tal como las construye el discurso de la crítica literaria. El texto de Grüner “El ensayo, un género culpable” publicado en el número 4/5 de la revista *Sitio* es, como veremos, una ocurrencia donde se condensa la problemática recién referida.

Situadas estas coordenadas, es interesante notar la forma en que este segmento del proceso de la recepción de Blanchot en Argentina, vinculado con su institucionalización y entrada al ámbito universitario, difiera por ejemplo de la entrada de Blanchot a la investigación y enseñanza universitaria de la carrera de Filosofía a partir de, principalmente, la figura de Mónica Cragolini. En el ámbito de Letras, la “institucionalización” de Blanchot posee el carácter marginal de una resistencia. Podemos situar este modo de recepción signado por la resistencia en el hecho de que, por un lado, esta institucionalización de Blanchot en el área de Letras esté profundamente orientada hacia el tema del ensayo literario en Argentina (que supone una impugnación a la crítica ideológica de los 60 y 70, y luego a los estudios culturales y la sociología de la literatura en los 80 y 90) ; y por otro lado, en contacto con otras recepciones de escritores franceses que tendrán una circulación mucho mayor a la suya: el caso de Sartre en los comienzos, lo mismo ocurre con Barthes y Foucault, y Deleuze.

3.1. Blanchot, de las revistas a la Universidad

3.1.1. Revistas en el pliegue: *Literal* (1973-1975), *Último reino* (1979-1998) y *Escrita* (1980-1986)

La decisión de analizar en conjunto la presencia de Blanchot en estas tres revistas, así como también ubicarlas en un espacio de contacto entre el primer momento y el segundo, tiene que ver, en el caso de *Literal*, con que la revista comparte algunos miembros y líneas de interés con *Sitio* y, a partir de ella, también con *Paradoxa* –dos revistas centrales para la recepción de Blanchot en este segundo momento–. En cuanto a los casos de *Último reino* y *Escrita*, lo que nos interesa destacar con esto es que son dos proyectos que comienzan en torno a 1980 pero que luego se extienden durante varios años más, atravesando una década de transformaciones claves para el ámbito académico y cultural argentino.

Empecemos por *Literal*. Aquí las referencias a Blanchot no sólo no son numerosas (aparece en dos oportunidades) sino que tampoco puede decirse que estén involucradas en alguna de las apuestas políticas, estéticas o teóricas de la revista. De esta manera, para nuestra investigación lo más destacable de *Literal* tiene que ver con que aparece en un entorno en el que la presencia de Blanchot puede encontrarse en varios de sus protagonistas y colaboradores, como por ejemplo Germán García, Luis Gusmán y Oscar Masotta. Lo primero que hay que mencionar de esta lista de nombres es que todos están ligados al psicoanálisis: lo mismo ocurre con Jorge Jinkis (traductor de Blanchot y uno de los integrantes de *Sitio*) y Juan Ritvo (quien también participó en *Sitio* y, además, dirigió la revista *Paradoxa*). Este tramo de la recepción de Blanchot en Argentina presenta entonces la particularidad de darse en un espacio de contacto entre literatura y psicoanálisis. En este sentido la prolífica *Conjetural. Revista Psicoanalítica* que cuenta con 72 números publicados entre 1983 y 2021 reunió a varios de los psicoanalistas que venimos mencionando (Jorge Jinkis, por ejemplo, fue director de la revista, mientras que Luis Gusmán y Juan Ritvo formaron parte del consejo de redacción). Aunque nuestra investigación no contemple un trabajo específico con *Conjetural*, dado que nos enfocamos en la crítica literaria y cultural argentina mientras que ésta como lo dice en su título es una revista psicoanalítica, no queríamos dejar de hacer mención a ella por ser un espacio que compartieron muchos de los protagonistas de la recepción de Blanchot.

Volviendo a los vínculos de Blanchot con el psicoanálisis en Argentina, creemos que la centralidad de la figura de Oscar Masotta puede ayudarnos a delimitar los motivos por los que la obra de Blanchot tuvo tanta pregnancia entre psicoanalistas. En una entrevista realizada en homenaje a Oscar Masotta, Germán García cuenta su participación en los grupos a cargo de Masotta entre 1969 y 1974:

Conocí a Masotta como ensayista a partir del libro *Sexo y traición en Roberto Arlt*, que había publicado en 1965 en la editorial Jorge Álvarez. Por el año 1968, '69 publicó *Conciencia y estructura* que era una recopilación de artículos. Por esa misma fecha sale la revista Los Libros que dirigía Héctor Schmucler -que había estudiado con Roland Barthes en París, y volvía-, y que era una revista que difundía lo que entonces se llamaba 'el estructuralismo'. Yo en ese momento estaba estudiando lingüística, estudiaba un poco de lógica, iba a unos cursos que hacía Klimovsky. Me acuerdo porque lo necesitaba para entender las cosas de la lingüística. Estaba interesado fundamentalmente en la crítica literaria, estaba trabajando en lo que después fue un libro que se llamó Macedonio Fernández. La escritura en objeto. Por ese entonces me encontré con Osvaldo Lamborghini e hice un epílogo para su libro *El fiord*. Se lo muestro a Masotta, -yo había ido a estudiar lingüística con él- y me dice que era muy lacaniano. Aún yo no había leído a Lacan. Él se refería a que yo usaba cosas de Blanchot, que tienen un sonido parecido: hablar del otro, y esas cuestiones. Entonces me invitó a leer Lacan (Germán García, entrevista realizada por Emilia Cueto 26/02/2009).

Esta alianza entre Lacan y Blanchot, en el interior del espacio del psicoanálisis, es una de las particularidades más sobresalientes de la recepción de Blanchot en Argentina. Dado que este proceso empieza con Masotta, pero luego se extiende a las revistas y grupos de estudios desde los ochenta en adelante, elegimos ubicarlo en un espacio entre el primer momento y el segundo momento de nuestra investigación. A propósito del anclaje de Blanchot en el ámbito del psicoanálisis, Germán García en un ensayo sobre *La comunidad inconfesable* escrito a mediados de la década del noventa recuerda la lectura de ese texto: "renovó su actualidad para mí, cuando pusimos en práctica las exigencias institucionales que Jacques Lacan introdujo en el psicoanálisis" (1996, s/n). Que Blanchot aparezca involucrado como manera de intervenir ante determinadas exigencias institucionales de espacios académicos e intelectuales vinculados con alguna forma del saber, constituye para nosotros un fenómeno de *resistencia*, en la medida en que la perspectiva blanchotiana se caracteriza por impugnar exigencias como las institucionales. Este movimiento lo veremos más adelante, principalmente a partir de *Sitio y Paradoxa*, cuando la obra de Blanchot aparece en el marco de un sector de la crítica literaria y cultural argentina que ubica, en el ensayo como forma, una alternativa preferible para delimitar los vínculos entre literatura y cultura. Paradójicamente, en una modalidad que podemos definir como *resistencia*, este discurso

sobre el ensayo en la crítica literaria argentina también encuentra su institucionalización cuando varios de sus protagonistas ingresan a las universidades tras la recuperación y apertura democrática.

Veamos ahora los momentos en que la referencia a Blanchot aparece en *Literal*, como por ejemplo el caso de “El espejo y la muerte”, publicado sin firma en el número 2/3 de 1975. Este texto es una reflexión sobre una serie de libros de Federico Gorbea, y también puede pensarse como una glosa del extenso fragmento de Blanchot con el que comienza el ensayo. El fragmento está incorporado en el cuerpo del texto, aclarando la referencia a su autor pero sin mencionar de dónde se extrae la cita. Leemos allí:

Ese medio de la fascinación, donde lo que se ve apodera de la vista y la hace interminable, donde la mirada se inmoviliza en luz, donde la luz es el resplandor absoluto de un ojo que no se ve, y que sin embargo, no deja de ver porque es nuestra propia mirada en espejo, ese medio es por excelencia atrayente, fascinante, luz que también es el abismo, luz horrorosa y atractiva en la que nos abismamos (2011 [1975], 203).

También podemos encontrar una referencia a Blanchot en “Martinez Estrada: el olvido y el incesto”, un ensayo firmado por Luis Gusmán sobre el relato *Marta Riquelme* de Martinez Estrada. Allí se incluye un epígrafe de Blanchot y, más allá de eso, no se lo involucra para pensar específicamente algunos de los temas que trata el ensayo. Funciona, más bien, como una cita de autoridad y de orientación general de la búsqueda ensayística:

Cuando nos falta una palabra olvidada, aún se designa por esa falta. La hemos como olvidado y así la reafirmamos en esta ausencia. Espacio para el cual parecía estar hecha, para llenarlo y disimular. En la palabra olvidada captamos el espacio a partir de la cual ella habla y que ahora nos remite a su sentido mudo, no disponible, prohibido y siempre latente (2011) [1977], 393).

Este modo de la recepción en tanto marca de una orientación de un proyecto cultural e intelectual aparece también en la revista *Último reino*. Mientras que en *Literal* Blanchot aparecía en torno al psicoanálisis, en la segunda es en torno al romanticismo y las posibilidades del discurso crítico sobre poesía. Es importante aclarar, en relación con la hipótesis de nuestra investigación respecto de la resistencia a Blanchot, que en ambos casos los usos y referencias constituyen un fenómeno más bien aislado e indirecto, en comparación con otras revistas que analizaremos más adelante (como *Paradoxa* y *Sitio*) donde la circulación y presencia de Blanchot cobra mayor relevancia.

La presencia de Blanchot de *Último reino* es considerablemente mayor que en *Literal*, ya que traducen varios textos suyos en distintos números de la historia de la revista que se extendió desde 1979 a 1998. En la tesis doctoral *Crítica y poética en las revistas de poesía*

argentinas (1979-1996) de Carlos Battilana, se destaca que *Último reino* ocupó un lugar gravitante en el ámbito poético argentino desde 1979 hasta mediados de los años ochenta (Battilana, 2008, 160). A partir de 1986 la periodicidad de la revista se torna errática y, según Battilana, comienza a perder terreno en la escena poética a causa de dos razones: “una de carácter histórico, el retorno de la democracia a fines de 1983, y otra de carácter editorial, la aparición de *Diario de Poesía*, que transformará los pactos de lectura en el campo poético” (2008, 161).

Victor Redondo, Mario Morales y Horacio Zabaljáuregui son, entre otros, los principales protagonistas de esta etapa inicial de la revista, que coincide entonces con el momento en el que más fuerza tiene su proyecto poético. Es importante destacar que los inicios de *Último Reino* están marcados por una fuerte impronta romántica que irá cediendo con el correr de los años y que, además, no estuvo exenta de polémicas. Battilana afirma que las polémicas en torno a *Último Reino* tiene dos dimensiones, una estética y otra política, aunque desde nuestra perspectiva ambas pueden circunscribirse al posicionamiento romántico de la revista. En cuanto a la dimensión política, Battilana recupera la polémica con Perednik quien asoció las búsquedas poéticas de la revistas con los “deseos” del régimen militar, en la medida en que el énfasis en la temática nocturna implicaría un correlato con los “horrores” de la Dictadura acontecidos también en la noche. De esta manera, los tópicos románticos de la “noche” y el “sueño” fueron los puntos de crítica más fuerte en relación con lo político. En cuanto la dimensión estética, resulta llamativo que la discusión también giró en torno al romanticismo de la revista: Battilana repone un debate que se da en *Diario de Poesía* cuando Ricardo Ibarlucía y Ricardo Herrera ponen en cuestión el carácter estrictamente romántico de *Último Reino*¹⁰³. Hacemos esta mención en torno a los debates sobre el romanticismo ya que la presencia de Blanchot en la revista puede pensarse desde esas coordenadas como una referencia central para la construcción del discurso sobre la crítica y la poesía en *Último Reino*. Al igual que lo ocurrido en Francia, como vimos en el capítulo 1, la filiación de Blanchot con el romanticismo alemán resulta imprescindible para pensar su recepción.

En cuanto a la construcción del “discurso crítico” de la revista, Battilana señala como característica principal la mención a autores heterogéneos de la historia de la literatura occidental, que contrasta con la escasez de referencias bibliográficas sobre los textos citados. Los posicionamientos crítico-teóricos de la revistas pueden rastrearse entonces en sus

103 “Nos referimos a una operación según la cual [dos modos de enunciación, dos registros enunciativos] son afirmados por su diferencia, es decir, no son objetos de afirmación simultánea sino en la medida en que su diferencia es también afirmada, es afirmativa” (Giordano, 2005, 46)

epígrafes, contratapas y traducciones de ensayos de escritores extranjeros. Battilana denomina este movimiento como la “discreción crítica” de *Último Reino*, ya que no cuenta con ensayos programáticos sobre las consideraciones de la revista en torno a la poesía y la crítica, sino que esas consideraciones aparecen desperdigadas a lo largo de los distintos números en las voces de otros que se toman como propias. En este sentido, Battilana afirma: “*Último Reino* puede ser entendida como una revista de poesía en el sentido literal del término, pues privilegia y concibe una idea de la poesía en la que el juicio crítico no es corte, sino prolongación y despliegue del propio discurso poético” (2009, 194). De esta manera, en la estela del pensamiento de Friedrich Schlegel, el acto crítico es concebido como una extensión de la palabra poética. Como vimos en nuestro trabajo cuando analizamos los vínculos entre Blanchot y el romanticismo alemán, este modo de concebir la relación entre literatura y crítica es una de las marcas distintivas de su obra.

Es posible situar estos temas ya en el primer número de la revista, donde se publica el ensayo de Blanchot titulado “Reflexiones sobre la joven poesía”. Al final del ensayo, se incorpora en un pequeño recuadro un texto firmado por Victor Redondo donde, a diferencia de lo que plantea Battilana en la tesis, se da cuenta detalladamente la referencia bibliográfica y, además, se explica cuáles fueron las motivaciones de incorporar el ensayo de Blanchot. Allí leemos:

El artículo de Maurice Blanchot pertenece al libro *Falsos Pasos*, (Editorial Pre-Textos, Valencia, España, 1977), del cual se distribuyeron escasísimos ejemplares en nuestro país. La edición original (*Faux Pas*, Editions Gallimard) es del año 1943. Creímos necesario rescatar este texto pues en él se plantean cuestiones fundamentales para cualquier poeta, para reflexión sobre la poesía de su tiempo y sobre su propia obra. Y especialmente para nosotros, el grupo que se nuclea alrededor de esta revista que retoma (re-inventa) los aspectos fundamentales del Romanticismo, sobre todo el alemán, que es uno de los ÚLTIMOS REINOS, y, no obstante, se siente también vinculado a lo que Octavio Paz llamó la Tradición de la Ruptura (Redondo, 1979, 19).

La pregnancia del pensamiento blanchotiano sobre la poesía y la literatura en *Último Reino* puede verse de manera clara y contundente en este momento inicial de la revista, que además tiene la característica de recuperar un texto temprano de Blanchot de un libro poco mencionado en la crítica argentina a causa de la escasa circulación que tuvo (recién se traduce al castellano en España durante 1977).

Años más tarde, aunque todavía dentro del primer período de la revista, Blanchot vuelve a aparecer en el número 10 de 1982 dedicado en gran parte a Georges Bataille, de quien se publican el “Prólogo a *Madame Edwarda*”, “La moral de Henry Miller” y un fragmento de “La Belleza”. En este contexto, incluyen el ensayo “La amistad” de Blanchot

dedicado a Bataille tras su muerte, que cierra el libro *L'Amitié* traducido como *La risa de los dioses* por la editorial madrileña Taurus en 1976. Ya por fuera de lo que Battilana establece como el período principal de la revista, Blanchot vuelve a aparecer una última vez en el número 21 del año 1994. Se trata del más singular de los tres episodios de recepción de Blanchot en *Último reino*: la traducción del ensayo “El último en hablar” (“Le dernier à parler”) realizada por Carlos Riccardo. La singularidad de este episodio radica en que es el único de los textos de Blanchot de la revista cuya traducción no está tomada de una edición española. De hecho, es la primera traducción al español de ese texto ya que recién en 1999 la Editorial Tecnos de España reúne y publica como libro *La bestia de Lascaux. El último en hablar*, traducido por Alberto Ruiz de Samaniego. “Le dernier à parler” es un largo ensayo dedicado a Paul Celan que contiene un análisis pormenorizado de algunos de sus poemas. Aparece publicado por primera vez en un número de *La Revue des Belles Lettres* consagrado a Paul Celan en 1972, que en 1984 la editorial Fata Morgana publica en forma de libro.

Para cerrar este apartado nos referiremos al caso de la revista *Escrita*¹⁰⁴, publicada entre 1980 y 1986 en la ciudad de Córdoba bajo la dirección de Antonio Oviedo. La revista cuenta con ocho números, y en su Consejo de publicación así como también entre sus colaboradores, encontramos varios nombres que ya aparecieron vinculados en nuestro trabajo con la obra de Blanchot, como por ejemplo Oscar del Barco y Carlos Riccardo. En las “Anotaciones preliminares” de la edición facsimilar de *Escrita* (2013) firmadas por Antonio Oviedo podemos encontrar varios elementos para circunscribir el impacto de la obra de Blanchot en este proyecto. En estas notas Oviedo argumenta contra una posible crítica: el hecho de que la complejidad del contexto histórico marcado por el final de la dictadura, la Guerra de Malvinas y la recuperación democrática, parezca no irrumpir directamente en la revista —algo que sí ocurre, como veremos a continuación, en la revista *Sitio*—. Oviedo recurre a Blanchot en una pregunta retórica para sentar su posición acerca de que “semejante contexto” no aparezca “testimoniado” en la revista:

¿Esto es así? ¿Hay alguna razón o sencillamente la revista se apartó, dejó de lado esa posibilidad? ¿En nombre de qué? ¿Acaso estaba presente una observación de Maurice

104 Con Rest, destaca la fuerza opuesta que constituye el ensayo respecto a la ciencia. También aquí se introducen tópicos propios del primer romanticismo. Sitúa, a partir de Jaime Rest, tres elementos en la frontera del ensayo: lo teórico, lo biográfico y la crítica literaria —que funciona como mediación entre las dos primeras—. Aquí se sitúa la especificidad de la crítica literaria: “Este tercer elemento, que podríamos situar como mediación de los otros dos, permite y aun requiere la dialéctica entre las impresiones subjetivas que determinan la lectura y el rigor conceptual que exige la atención a la letra de los textos. Es decir que en ese punto crítico, donde nace el crítico literario moderno que ya no es un escoliasta anónimo, son posibles lo biografiable y lo teorizable sin que sea preciso acudir a las anécdotas, puesto que siempre se describirá una biografía de lecturas, ni tampoco acudir a la ciencia comprobable y sistemática, puesto que la literatura no cumple con las características del fenómeno repetible del experimento, ni su deriva puede sustentar un sistema que la describiera en su totalidad” (2003, 40).

Blanchot en virtud de la cual advierte que “si escuchas ‘la época’ aprenderás que ella te dice en voz baja no hablar en su nombre sino callarte en su nombre”? (Oviedo, 2013, 11).

Luego de estas preguntas iniciales, Oviedo afirma que la dimensión testimonial de la revista debería rastrearse en sus intereses y preocupaciones: la literatura, la filosofía y también el psicoanálisis. En relación con lo último, Oviedo destaca que “se trata del psicoanálisis de Lacan, a través de la presencia intrépida (¿de qué otra manera llamarla?) de Germán García en esta ciudad” (2013, 11). García, no sólo participó de actividades de enseñanza a partir de grupos de estudios, sino que también participó de las conversaciones previas al surgimiento de la revista. Oviedo resalta la importancia de estas conversaciones, dado que García había tenido “un rol fundamental en el proyecto y en las innovadoras formulaciones teóricas de la revista *Literal*” (2013, 11). De esta manera, resulta productivo considerar la recepción de Blanchot en el marco de los intercambios que se sucedieron entre distintas revistas y grupos de intelectuales, de varias provincias de Argentina, a partir de la década de 1980. En este sentido, en el texto de Oviedo también encontramos referencias a escritores y psicoanalistas que, en su mayoría, componen el grupo estable de la revista *Sitio* a partir de 1981. Nos referimos a Luis Gusmán, Jorge Jinkis, Eduardo Grüner y Oscar Masotta: todos ellos publican textos en *escrita*. Aunque Masotta no haya formado parte del grupo encargado de la revista *Sitio* su impacto en la revista es fundamental y además, como veremos más adelante, aparece como colaborador circunstancial.

Si nos enfocamos en la presencia de referencias a Blanchot en la revista *escrita*, podemos encontrar tres menciones en el ensayo “Kafka, la ficción de las cartas”, publicado por Antonio Oviedo en el número 4 de 1982. Las citas de Blanchot que se incorporan en este ensayo pertenecen a la edición francesa de *La part du feu* de 1980, por lo que conjeturamos que las traducciones de las citas corren por cuenta del propio Oviedo. A su vez, todas las citas corresponden a ensayos de Blanchot sobre Kafka: “Lo que es asombroso, dice Blanchot, es que, en la literatura, el engaño y la mistificación no sólo son inevitables sino que constituyen la honestidad del escritor, la parte de esperanza y de *verdad* que hay en él”¹⁰⁵ (Oviedo, 2013, 267). Más adelante, vuelve a aparecer Blanchot como cita de autoridad:

Para decirlo con los términos de un autor que ha escrito, a mi juicio, las páginas más atraídas por la espuma de oscuridad que impregna la obra de Kafka, ‘es difícil conservar el enigma y la solución, el malentendido y la expresión de ese

105 Cita la edición de Oscar del Barco que analizamos previamente.

malentendido, la posibilidad de leer en la imposibilidad de interpretar esa lectura' (Oviedo, 2013, 274).

El impacto de la lectura blanchotiana de Kafka en Oviedo es evidente, al punto que cierra su ensayo con una tercera cita de Blanchot: “Ausencia y perpetuo disfraz, afirma Blanchot, la ficción progresa por caminos oblicuos, y la evidencia que le es propia tiene la duplicidad de la luz” (2013, 278).

El otro episodio que queremos destacar de *escrita* tiene que ver con la reseña que escribe Carlos Riccardo a la traducción española del texto de Blanchot *La sentencia de muerte* publicada por Pretextos en 1985. La reseña se publica en el número 8 de *Escrita* del año 1986. Como mencionamos anteriormente, Carlos Riccardo también fue traductor de Blanchot (en *Último Reino* publica una traducción de “El último en hablar” en 1994). De esta manera, en la recepción de Blanchot en Argentina la singularidad de la figura de Carlos Riccardo se debe a que tanto la traducción como la reseña no pertenecen a la obra “crítica” de Blanchot sino a la “literaria” –la cual, como venimos viendo, tuvo una circulación considerablemente menor que la primera–. En la reseña Riccardo reflexiona por un lado sobre los ensayos de crítica de Blanchot y, por el otro, sobre su obra ficcional. De estas últimas, afirma: “en tanto fugaces encarnaciones de la escritura originaria (...) las novelas y relatos de Blanchot se despliegan fascinados en el vértigo de la ausencia” (Riccardo, 2013, 103). Riccardo afirma que en *La sentencia de muerte* el sentido no está oculto detrás de las palabras, sino que “nace y muere” en la misma exposición que la escritura presenta. Nos interesa destacar esto ya que encontramos en los efectos del reconocimiento de la suspensión del sentido en Blanchot una manifestación de lo que venimos trabajando en términos de *resistencia*. A lo largo de nuestra investigación registramos distintas manifestaciones de las tensiones que surgen en el contacto con la escritura de Blanchot: ya sea por sus particularidades retóricas o por posicionamientos teórico-críticos vinculados con el movimiento de impugnación, el efecto de suspensión del sentido que situamos en la escritura es el aspecto recurrente que emerge en las distintas manifestaciones de lo que denominamos *resistencia*. Es en estos términos que entendemos la siguiente afirmación de Riccardo, cuando se pregunta:

¿Puede, entonces, la crítica interpretar un sentido subyacente bajo unos signos que recusan su presencia en el momento mismo de aparecer; se puede analizar una estructura que tiende a desarticularse, a deshacerse en su hacerse y a expandirse en la construcción de su imposibilidad, en esa duración artificial (...) imposiblemente posible del texto?” (2013, 104).

De esta manera, incluso cuando analizamos casos de lecturas críticas o reseñísticas de sus textos ficcionales, encontramos aquí también las manifestaciones de lo que llamamos la resistencia a Blanchot. Recuperamos esta cita porque pone en juego la pregunta acerca de la posibilidad de que el discurso crítico pueda o no interpretar el sentido que se desprende de la escritura de Blanchot. Como veremos en el análisis de los distintos episodios que configuran el segundo momento de la recepción del escritor francés en la crítica literaria argentina, el desafío de escribir *sobre* Blanchot delimita los modos en que se efectúa su presencia y circulación desde los años ochenta en adelante.

3.1.2. Traducción: lectura y ensayo. La revista *Sitio* en torno a Blanchot

La revista *Sitio*¹⁰⁶ (1981-1987) es uno de los casos paradigmáticos para el estudio de la recepción de Blanchot en la crítica literaria argentina. De distintas maneras y con intensidades divergentes, la revista volvió productiva su obra para pensar la problemática del ensayo como parte de una política de la literatura y de la cultura. Aunque cuantitativamente los estudios e investigaciones sobre *Sitio* son mucho menores con respecto a por ejemplo *Punto de vista*, la revista ocupa un lugar destacado tanto en los estudios de historia intelectual como los de crítica literaria en Argentina.

La revista nucleó a un número importante de escritores, psicoanalistas e intelectuales, entre los que se destacan los nombres de Ramón Alcalde, Eduardo Grüner, Luis Gusmán y Jorge Jinkis. Recuperamos estos nombres porque son figuras que participaron en otras instancias de la recepción de Blanchot en Argentina, como por ejemplo en las revistas *Literal*, *Escrita* y *Paradoxa*. Recordemos también que Jorge Jinkis fue uno de los traductores de la primera edición en castellano de *El espacio literario*, libro publicado en 1969. A su vez, como veremos más adelante, la recepción de Blanchot en el momento siguiente con su ingreso a los ámbitos académicos y relativa institucionalización está ligada a la problemática del ensayo en la crítica literaria y cultural argentina. Teniendo esto en cuenta, podemos encontrar en la revista *Sitio* uno de los episodios inaugurales para este desarrollo, particularmente en el dossier sobre el ensayo publicado durante mayo 1985 en el número 4/5,

106 Los títulos son: “‘De la forma del mundo’ (a propósito de ‘La continuación’ de Silvina Ocampo)” en el número 4 de 1995, “Las lecturas de Silvina Ocampo” en el número 5 de 1996, “El pensamiento de la crítica (Beatriz Sarlo y Horacio González)” en el número 6 de 1998 y “Juego de escondite. La narración de la infancia en *Viaje olvidado* de Silvina Ocampo” en número 7 de 1999

donde se publica la traducción de un texto Blanchot con el título “¿Qué es la crítica?” realizada por Jorge Jinkis.

En este sentido, nuestro enfoque busca considerar el modo en que los desarrollos en torno a la traducción y al ensayo funcionan como una vía para leer la ya mencionada tensión entre literatura y política como una ética de la lectura. Como intentaremos mostrar, la presencia de Maurice Blanchot resulta fundamental para el planteo inicial de la revista, de manera que, cuando en el anexo sobre el ensayo aparezca la traducción de uno de sus textos, nos parece necesario preguntarnos por los modos de efectuación de esa traducción, teniendo en cuenta el cariz de esa intervención en el marco del dossier y las decisiones tomadas por Jorge Jinkis —quien además de traducir este texto, fue junto con Vicky Palant uno de los traductores de la primera edición al castellano de *El espacio literario*—. A partir de estos interrogantes, sugerimos que esta traducción funciona como una paradójica puesta en acto de los caminos que toma esa tensión originaria en la revista entre la literatura y la política.

Los estudios sobre *Sitio* coinciden en señalar la tensión entre literatura y política como uno de los aspectos centrales de la revista, sobre todo a partir de los debates en torno a la Guerra de Malvinas, la situación de los exiliados y la Ley de Obediencia Debida (Giordano, 1999; Gasparri, 2015; Crespi y Orsi, 2016; Idez, 2017). La apuesta inicial de la revista por mantener esa tensión vira con el correr de los números hacia uno de sus polos, el de la política, justificado por las demandas del contexto social, político y económico de Argentina. Podemos ubicar el punto de inflexión de este recorrido en el dossier sobre el exilio en el número 3 de 1983. Sin embargo, a pesar de que las transformaciones son evidentes, esto no impidió que la tensión original entre literatura y política continúe emergiendo a lo largo de los distintos números.

A los fines de nuestro trabajo, aunque por supuesto referiremos a varios pasajes de la revista, nos centraremos principalmente en el número 2 y en el 4/5, ya que en el primero cuenta con una extensa discusión y reflexión teórica sobre la tarea de la traducción, mientras que en el segundo se publica un dossier con el sugestivo título “El ensayo que vendrá” que cuenta con la mencionada traducción de Jinkis del texto de Blanchot. Entonces, ¿qué significa traducir a Blanchot; cómo interviene esta traducción en el marco de un dossier sobre el ensayo; y qué manifiestan las decisiones tomadas por Jinkis para su traducción? El modo en que Jinkis traduce a Blanchot puede funcionar como una especie de parte por el todo de lo que ocurre a las tensiones entre literatura y política de la revista como proyecto colectivo. Así, creemos que es posible leer la tensión entre política y literatura en la traducción que Jinkis hace de Blanchot.

Tal como se ve en el título de este apartado, los términos que guían este recorrido son traducción, ensayo y lectura. Partimos de la hipótesis de que en el marco de *Sitio* la teoría de la traducción y la teoría del ensayo pueden pensarse en consonancia con la propuesta blanchotiana sobre la relación entre literatura y cultura –donde, como vimos en el capítulo 1, la lectura juega un papel central en tanto disyunción de polaridades–. Nuestra propuesta consiste en tomar la traducción como pensamiento del ensayo, teniendo en cuenta que el problema de la traducción en *Sitio* se recepciona en términos de una escritura del ensayo, es decir, la posibilidad de ensayar sobre la literatura. La traducción, pensada como “experiencia”, supone y postula un modo específico de relación con el “saber”, que se encuentra en la línea del “ensayo como forma”. Tanto la traducción como el ensayo pueden pensarse en *Sitio* desde una ética específica de la literatura, en la que los distintos elementos encuentran en el ensayo como forma un posicionamiento singular en relación con el saber.

Entendemos la traducción según dos modos: como “importación” de saberes culturales (rastreado en un relevamiento de todo lo que aparece traducido en la revista), pero también como instancia de puesta en acto de una escritura crítica (en tanto pensamiento del ensayo) que afirma la irreductibilidad de la literatura con respecto a la cultura. *Sitio* es una revista donde “en” traducción aparecen numerosas firmas críticas y escritores, entre ellos Maurice Blanchot y Antoine Berman; pero también hay traducción de literatura, tanto narrativa como poesía. La teoría de la traducción en el marco de *Sitio* se recepciona en consonancia con la “forma” blanchotiana de pensar las relaciones entre literatura y cultura. Traducción como pensamiento del ensayo. Los temas de traducciones se recepcionan en términos de una escritura del ensayo, es decir, la posibilidad de ensayar sobre la literatura.

Como punto de partida para el análisis tomamos una cita del trabajo de Roxana Patiño –que forma parte también del conjunto de artículos suyos que recuperamos en el capítulo 1– sobre las revistas literarias publicadas durante la postdictadura argentina, en la que *Sitio* se enmarca en un panorama del campo intelectual de la época:

Otra zona del campo literario que debemos auscultar en este periodo es la representada por la vanguardia estética, cuya mejor representación en la revista *Sitio*, que publicó 6 números entre 1981 y 1987. (...) *Sitio* proyecta en la década del 80 las tendencias desplegadas por su antecesora *Literal* (1973-1977), dirigida por Germán García, Osvaldo Lamborghini y Luis Gusmán. Desde el ensayo a la poesía, una voluntad de cruce de textualidades residuales, coloquiales y eruditas, un trabajo implacable con los significantes, recorre este discurso neo-barroco (o neo-barroso, como lo definiría Perlongher) que invade y corrompe los discursos consolidados, sociales o literarios (Patiño, 1999, s/n).

Resulta complejo sostener la posición de que *Sitio* fue una revista de vanguardia, básicamente porque los puntos de apoyo en los que se fundamentó la lectura vanguardista en *Literal*, no tienen lugar del mismo modo en la revista. Por ejemplo: en *Sitio* los artículos llevan firma y no solo eso, el espacio de enunciación de principios por antonomasia que es el “editorial”, adquiere el nombre de “entredichos”, en un sentido radical: no solo se pone en entredicho los discursos con los que la revista polemiza, sino también el propio discurso en tanto dispositivo o lo que fuera creado a partir del lenguaje. En el análisis histórico de Patiño podemos leer las dificultades que emergen cuando se establecen genealogías entre ocurrencias textuales diferentes en sí y en su historicidad.

Con respecto a los “Entredichos”, en este primer número se afirma que la decisión de no tener un espacio editorial tiene que ver con el rechazo del tono declarativo, así como también a la presuposición de principios que merecen ser declarados. De esta manera, los “entredichos” mantienen una ambigüedad entre lo que se dice a medias, lo que está prohibido y lo que está *entre* el decir, apostando por mantener estas direcciones heterogéneas de manera simultánea en una escritura que se niega a declarar al tiempo en que afirma su renunciamiento a la declaración. Aquí situamos la distancia entre esta revista y un proyecto de corte vanguardista: en *Sitio* asistimos –al menos en el primer número–, no sólo a la pretensión de suspender e impugnar los actos declarativos, sino también a la afirmación de una figura autoral individual, por medio de la firma, en lugar de la construcción de un autor colectivo. A su vez, en la frase que cierra la presentación de los “Entredichos” leemos la tendencia de la revista hacia una orientación psicoanalítica: “Aquí se exponen algunos de esos deseos entredichos en aquellas conversaciones” (1981, 3). El entredecir se piensa como forma de acceso a lo prohibido, a lo reprimido, a la transgresión.

Sitio no es una revista estética (como las de vanguardia), pero tampoco es una revista política y mucho menos una académica. Es una revista de literatura, en el sentido que la piensa Alberto Giordano en “*Sitio: ensayo y polémica*” (1999) cuando describe los nexos construidos en la revista entre una perspectiva ética y una literaria para pensar la dimensión política:

situarse desde una perspectiva ética supone, en primer lugar, no querer apreciar la literatura desde la política, es decir, no querer identificar el valor de los textos literarios según las evaluaciones implicadas en conflictos morales anteriores y exteriores a la existencia de esos textos, sino más bien apreciar la política desde la literatura, es decir, interpretar, desde la excentricidad de la perspectiva literaria, el juego de diferencias singulares que envuelven imperceptiblemente esos conflictos (1999, 101).

El problema es que la misma *Sitio* resiste a esta formulación en varios momentos donde se dedica expresamente a “leer” la “política”. Aunque se pretenda que el poder de la literatura es liberar el sentido y abrir la unidad de la interpretación de los "hechos", los momentos en que la "política" "ingresa" a la revista nos presentan un panorama que difiere respecto de la pretensión inicial. Si para *Sitio* el lugar de la diferencia es la lengua, esa diferencia sólo puede ser señalada por la literatura, y tanto la traducción como el ensayo se constituyen como otros discursos que pueden bordear esa diferencia en la medida en que se relacionan de una determinada manera con el “saber”: pensamiento ético, forma y escritura son compartidas por el ensayo, la traducción y, principalmente, la literatura. En esta línea entendemos artículo de Maximiliano Crespi y Ana García Orsi (2016) donde afirman que, a diferencia de la figura de Beatriz Sarlo y *Punto de vista*:

La posición de Grüner y de *Sitio* se afianza en la convicción de no abandonar el combate por la verdad. Su intervención no se articula con relación a la lógica de institucionalización del discurso o un ‘supuesto saber’ por el cual se deduce que [Hystericus] nunca está exactamente donde dice estar y por lo cual él mismo se encandila con la tranquilizadora ‘ilusión de tener que presentarse como un margen, para situar su propia academia frente a la oficial’ (1985: 8). Se planta en la convicción de que el pensamiento crítico está tan ligado a la voluntad de comprender como a la voluntad de estilo que reverbera en las escrituras. Si el estilo es el hombre, la escritura es la polis (Crespi y Orsi, 2016, 46).

La postura que se lee en *Sitio* puede entenderse entonces, tanto en una dimensión ética como epistemológica, como una forma específica de concebir la relación entre literatura, lenguaje y subjetividad cuyo efecto más inmediato es impugnar el vínculo determinante y unívoco entre literatura y cultura.

A partir del número 1 publicado en diciembre de 1981 podemos encontrar las teorizaciones que venimos describiendo sobre la relación entre literatura y política en los “Entredichos”, así como también referencias a la obra de Blanchot y varios pasajes que destacan la importancia que tendrá la traducción en la revista, como por ejemplo “El lugar de la traducción” de Antoine Berman traducido por Beatriz Castillo y una breve nota firmada de “los traductores” al español del *Ferdydurke* de Witold Gombrowicz donde reflexionan sobre el acto de traducción de este libro. Para entender la importancia de esta revista en la recepción de la obra de Maurice Blanchot en Argentina, debemos tener en cuenta que también en este primer número de *Sitio* publicaron ensayos Enrique Pezzoni (“Silvina Ocampo: la nostalgia del orden”) y Sylvia Molloy (“Voracidad y solipsismo en la poesía de Rubén Darío”). En el marco de nuestra investigación, proponemos leer entonces el recorrido de la revista *Sitio* desde este primer entredicho firmado por Jinkis a la traducción que realiza

años más tarde del ensayo “¿Qué es la crítica?” de Maurice Blanchot en el Dossier sobre el ensayo en el número 4/5 de 1985. Teniendo en cuenta que Jinkis fue uno de los primeros traductores de Blanchot al español, varios aspectos de su propuesta pueden ser leídos a partir de la obra del escritor francés aunque no aparezca específicamente mencionado en este entredicho.

Jorge Jinkis en el entredicho que firma para el primer número de *Sitio* reflexiona teóricamente acerca de las limitaciones para pensar una política de la literatura y de la cultura, en el marco de un fuerte cuestionamiento a la pregnancia de la crítica ideológica en el ámbito intelectual argentino del momento. Este cuestionamiento tiene dos dimensiones de índole epistemológico; si bien Jinkis señala que la crítica ideológica toma del discurso filosófico la pretensión de totalidad, también afirma que no siguen un proceder lógico/científico: “Las ideologías a las que se han enlazado y en las que quedaron enlazados la mayoría de nuestros intelectuales (...) tienen de la filosofía que se ocupan de todo, de las ciencias nada, esto es el olvido de la lógica” (1981, 3). En línea con el entredicho firmado por Eduardo Grüner en el mismo número, la crítica de Jinkis disputa un posicionamiento respecto no sólo del saber sino del sujeto del saber, en relación con el lenguaje y la historia. Teniendo esto en cuenta, no sorprende que la tensión entre literatura y cultura esté en el centro a la hora de repensar estas problemáticas.

Dice Jinkis: “Me place recordar que una *política de la cultura* se ha vuelto un sintagma impotente, y aunque la palabra ‘política’ resiste inexplicablemente los anacronismos del pensamiento reglamentado, ‘cultura’ se ha corroído hasta pudrirse” (1981, 3); y lleva al extremo su postura cuando afirma que la “función más siniestra” del intelectual es justamente “enunciar una política literaria” (1981, 4). El límite en el que se posiciona Jinkis es bien difuso, en la medida en que resulta difícil definir hasta qué punto su denuncia en contra de la enunciación de una política literaria no es en sí misma una toma de posición acerca de una política literaria preferible. Pero Jinkis asume esta imposibilidad por medio de un modo específico de concebir el decir, la enunciación y la palabra¹⁰⁷:

107 Toma como referencia el estudio de Julien Benda *La France Byzantine ou le Triomphe de la littérature pure*, escrito entre 1940 y 1944 estando exiliado de la Ocupación Nazi: “Su crítica se inscribe en el marco de las distintas reacciones contra los representantes de la literatura pura, identificados desde la primera década del siglo con la Nouvelle Revue Française, que se presentan en Francia, sobre todo cuando, en el momento de la ocupación, su editor, Gastón Gallimard, negocia con los alemanes el relanzamiento de la revista, bajo la dirección de Pierre Drieu La Rochelle. Los ataques de Benda, judío excluido de la Nouvelle Revue Française de Drieu, son explícitos y furibundos” (2011, 140).

No hay palabra que *no quiera decir* (...) Si alguien se equivoca de palabra, la crítica construirá una historia sobre el eje de la traición, y esto en el plano de la política como del arte o de la literatura. Se trata de un invento casi argentino: juzgar algo por lo que no es, ante la impotencia de considerarlo por lo que es (1981, 4)¹⁰⁸.

En el razonamiento de Jinkis, la impronta de Blanchot se hace fuerte cuando ubica en el centro a la pregunta –que uno podría decir es la pregunta del crítico ensayista– en torno a cómo distinguir eso que llamamos literatura “del uso que cada momento histórico hace de los textos para determinar un sentido y encontrarle una función en la cultura” (1981, 4). Pensemos, por ejemplo, en lo que hace la crítica con la literatura en el intervalo en el que arrastra su poder para operar como transgresión respecto de los discursos de la cultura, hacia la transformación de esa misma transgresión en valor cultural deseable; en línea con Blanchot, para Jinkis estos movimientos son inevitables: “Pues la literatura vive de esa imposibilidad de responder a las demandas sociales y del disentimiento con el bien supremo de la moral de turno. ¿Cómo hacer lugar para este no-lugar de lo injustificado?” (1981, 5). La respuesta, apelando al título de la revista, consiste en no hacer “de sitio un sitio único”.

Resulta productivo entonces reparar en la presencia de Blanchot en *Sitio* a la hora de considerarla como una revista de literatura, así como también para examinar el lugar que la literatura adquiere en una revista como *Sitio*, donde la crítica literaria no tiene una presencia uniforme sino que comparte el espacio con el ensayo, la crítica cultural, la traducción, el psicoanálisis e incluso el comentario histórico y político. En este sentido, el entredicho¹⁰⁹ que sigue inmediatamente al de Jinkis firmado por Eduardo Grüner comienza con un largo epígrafe de Blanchot donde podemos ver en funcionamiento cómo la literatura puede operar como un modo específico del saber:

Identificar separando, habla de entendimiento. Superar negando, habla de razón. Queda el habla literaria que supera redoblando, crea repitiendo y, por infinitas reediciones, dice una primera y una sola vez hasta esa palabra de más en que desfallece el lenguaje (1981, 5).

Para Grüner la literatura es el lugar de la interrogación que desbarata los intentos por pensarla según su utilidad social, en la medida en que su fuerza no es la resolución sino la paradoja y

108 Es notable que Todorov sitúa el “nihilismo” blanchotiano a partir del ensayo “Qu’en est-il de la critique?” que, como veremos más adelante en nuestro trabajo, ocupa un lugar privilegiado en la recepción argentina de Blanchot ya que fue traducido en dos oportunidades.

109 “Para mí un modelo como el de Blanchot sigue siendo muy revelador, porque era un crítico que también era escritor, y que no se preocupaba en absoluto como crítico de justificarse como escritor, ni como escritor de preocuparse como crítico. Curiosamente, en la misma persona no está el mismo sujeto, no hay una intención por coordinar lo que sea que se denomine como “creativo”, sin que esté en relación con el otro, y él pudo reunirlos en algunos textos sin ninguna dificultad. No hay ningún sentimiento de inferioridad del crítico respecto del escritor” (De Man, 1986, 120).

la contradicción. Por su parte Luis Gusmán, en el entredicho siguiente, expresa la imposibilidad de pensar la diferencia propia de la literatura respecto del medio “sociocultural” en que se inserta justamente en términos de *resistencia*. La literatura resiste a la estabilización de un sentido utópico, y el lugar de esa resistencia se ubica en la escritura en tanto esta dimensión:

la arroja a un lugar cualquiera donde se vuelve inútil hacer algún cálculo sobre ella. Es por eso que tal literatura resiste a los embates de la interpretación que pretende adjudicarle un sentido. Su existencia es su imposibilidad misma (...) la literatura no tiene ningún destino; se diría que lo encuentra, desde Mallarmé, en esa manera de disponerse que suprime a aquel mismo que la realiza (1981, 7).

Como en los casos de Molloy y Pezzoni, consideramos que todos estos señalamientos pueden leerse como *ocurrencias* de lo que denominamos la resistencia a Blanchot. Momentos en los que en la propia historia de la crítica argentina se inscribe y actualiza la tesis de la resistencia a la teoría de Paul de Man.

Sin embargo, a partir del segundo número de *Sitio* esta pretensión inicial parece ceder justamente ante las demandas de la realidad histórico-política de la Argentina a principios de la década de 1980 –este fenómeno es, en el estado de la cuestión sobre la revista, uno de los aspectos más señalados–. A propósito de la Guerra de Malvinas, los entredichos del número dos ya no son individuales sino que componen un único texto titulado “Las Malvinas argentinas. Del trabajo a la guerra y de la guerra al trabajo ¡Argentinos a recomponer!” firmado conjuntamente por R. Alcalde, H. Grifasi, E. Grüner, L. Gusmán, J. Jinkis y H. Savino. Este posicionamiento de *Sitio* en relación con la Guerra de Malvinas, que implica también una forma particular de concebir tanto la literatura como el acto crítico, suscitó la respuesta de Néstor Perlongher, quien señaló la tensión respecto de la posición inicial de *Sitio*. El señalamiento devino polémica, de manera que el número 3 publicado en 1983 contiene un largo anexo titulado “Del exilio” en el que se publican tanto el texto de Perlongher “La ilusión de unas islas”, como una serie de ensayos reactivos de los integrantes de *Sitio* donde la respuesta a Perlongher –así como también la defensa de la propia posición– pasa por el señalamiento de su condición de exiliado y la reflexión sobre las limitaciones que supone el exilio¹¹⁰.

El número 4/5 de *Sitio* de 1985 se ubica entonces entre el número anterior que contiene la polémica en torno del exilio y la Guerra de Malvinas, y el número 6 de 1987 donde la discusión en torno al ensayo, la crítica y la literatura pierde terreno¹¹¹. Los entredichos del número 4/5 están firmados colectivamente por Alcalde, Grüner Gusmán y

110 Las traducciones de este texto son nuestras.

Jinkis, aunque llamativamente el texto está escrito en la primera persona del singular. Crespi y Orsi (2016) afirman que la redacción estuvo a cargo de Eduardo Grüner, lo cual se confirma cuando se incorpora el texto en el volumen *Un género culpable* (2013) del mismo autor. Este dato no es menor, ya que contribuye a delimitar la incidencia de Grüner en la conformación de todo el dossier “El ensayo que vendrá”, en el que la presencia de Blanchot es fundamental.

En el entredicho entonces se toma como punto de partida la conjunción entre las palabras “decadencia” y “ensayo” para describir al menos parte del conflicto en términos de políticas de la cultura que se ancla en el período de la apertura democrática en Argentina. La palabra “decadencia” se elige en lugar de la palabra “crisis” que, si bien contribuiría a la búsqueda de consensos en torno al negativo estado actual de la situación que se describe, impone también la idea de que la “crisis” es una oportunidad para el desarrollo de algo nuevo. En cambio la posición de *Sitio* es tajante: según su ellos, se asiste a la “decadencia (degeneración/ruina/corrupción/bastardía) del ensayo argentino” (1985, 5). Luego de proponer un breve recorrido por lo que allí se postula como la tradición ensayística argentina, en la que Borges es el maestro “de un ensayo conjetural y arbitrario que comparte fronteras con una ficción donde las teorías se trabajan como personajes” (1985, 6), el texto vira hacia una descripción de las circunstancias particulares del ensayo cuyas coordenadas no aparecen delimitadas de manera temporal, sino que se construyen a partir de la figura del “Hystericus” como el perfil intelectual que convoca la decadencia del ensayo. De esta manera, *Sitio* parece estar discutiendo el estado del ensayo en un contexto determinado cuyos límites, sin embargo, se encarga de difuminar. El estado de decadencia se enmarca en “las tibiezas del ‘universitarismo’ y el mercado cultural, que promueve la figura del ensayista aséptico y profesional, que no escribe: se limita a describir, o a declamar un recocado ecléctico de discursillos ajenos” (1985, 6), construyendo una figura intelectual y un modo de leer que no existía antes en la tradición del ensayo argentino. A los fines de nuestro trabajo, es interesante destacar que la figura que construye *Sitio* para combatirla se define por la especificidad del trabajo de recepción con teorías, saberes, disciplinas provenientes de un espacio distinto al propio, que se localiza geográfica y culturalmente en Europa y Norteamérica.

“Hystericus” es el nombre con el que se identifica de forma peyorativa a la perspectiva con la que *Sitio* polemiza. ¿Cuáles son sus características? En primer lugar, la construcción de la “novedad” como un valor cultural que la crítica debe perseguir. Aquí

111 “Das Resultat, ist nur darum dasselbe, was der Anfang, weil der Anfang Zweck ist” / “El resultado es el mismo que el comienzo sólo porque el comienzo es un fin”.

podemos leer una referencia indirecta que direcciona el embate de *Sitio* hacia un grupo o sector específico del ámbito intelectual argentino de su época: la búsqueda de la novedad está detrás de los “*postmarxistas*”, que según *Sitio* podrían ser también “*ex-marxistas*” o “*marxistas arrepentidos*”, en el marco de la reconfiguración de las orientaciones teóricas de los intelectuales argentinos con la recuperación y apertura democrática: “Sí sabemos esto: es un inequívoco cambio en el *punto de vista*” (1985, 7). La cursiva en el original apunta directamente a la revista *Punto de vista* dirigida por Beatriz Sarlo. Es aquí que la disputa se ubica, además de posicionamientos políticos específicos, en aspectos vinculados con el saber y con la recepción de saberes y teorías extranjeras. Luego de describir el itinerario político partidario del “compañero *Hystericus*”¹¹², se enlazan las decisiones políticas con posicionamientos respecto de figuras intelectuales extranjeras:

Y uno se siente tentado de extender: *Hystericus* ha ‘ensayado’ primero con Sartre o con Althusser, después con Roland Barthes, Derrida o la Kristeva. Eso sí, casi siempre con el último francés, para que no haya dudas de que es ‘el primer trabajador’ de la cultura argentina (1985, 7).

El combate por la verdad al que referimos anteriormente a partir del trabajo de Crespi y Orsi, se articula entonces en la dimensión política de la recepción de saberes extranjeros por parte de la crítica literaria y cultural argentina. En este sentido, la dimensión particular que funciona como condición de posibilidad para la construcción de la figura del “*Hystericus*” (en la que *Sitio* también se inscribe) tiene que ver explícitamente con la situación social, y también académica, de Argentina tras la recuperación democrática: “cualquiera sabe que, saliendo de una dictadura, el pueblo tenía un apetito insoportable de Cultura. Y los intelectuales trabajadores de la cultura –que por algo merecemos ese nombre–, ¿hemos estado a la altura de las circunstancias?” (1985, 7). De esta manera, *Sitio* debate abiertamente los modos de la política de la literatura y de la cultura en el contexto histórico específico en el que la propia revista está inscrita, siendo la “*decadencia del ensayo argentino*” el síntoma fundamental para analizar el estado de situación: “La *decadencia del ensayo* es la corrupción de un imaginario de la Verdad, que no ha dejado de producir efectos verdaderos en la cultura, más allá de los contenidos de ‘verdad’ que sostuvieran sus afirmaciones” (1985, 8).

Teniendo todo esto en cuenta, veamos ahora los contenidos del anexo sobre el tema del ensayo que se publica en el número 4/5 de *Sitio* que lo hacen uno de los episodios clave de la recepción de Blanchot en Argentina. Como mencionamos anteriormente, ya desde el título “El ensayo que vendrá” podemos notar la referencia blanchotiana, que se torna

112 Las traducciones son nuestras.

determinante con el texto “El ensayo, un género culpable” de Grüner y con la traducción que cierra el dossier de “¿Qué es la crítica?” de Maurice Blanchot realizada por Jorge Jinkis. En el anexo también publican buena parte de los colaboradores estables de *Sitio*, como el recién mencionado Grüner, Luis Gusmán (“El ensayo de escritores”) y Ramón Alcalde (“Un libro de relatos de Carlos Correas y varias cuestiones conexas controversiales”), y también Juan Bautista Ritvo (“El filósofo sublime”) en la que es su única participación en la revista. Mencionamos esto porque Ritvo es otro de los protagonistas fundamentales de la recepción de Blanchot en Argentina, sobre todo, como veremos más adelante, por su trabajo en la cátedra “Teoría de la lectura” de la Universidad Nacional de Rosario, y también por su participación en la revista *Paradoxa*. En lo que sigue de este apartado, primero analizamos el texto “El ensayo, un género culpable” de Grüner y luego nos detenemos en la traducción del ensayo de Blanchot “¿Qué es la crítica?”.

El texto de Eduardo Grüner despliega una teoría de la lectura donde la referencia a Blanchot es decisiva para vincular las temáticas de la lectura y el ensayo. De hecho, hay allí un mayor interés por la lectura, en la medida en que cuando trata sobre el ensayo lo que está en juego específicamente es el ensayo de lectura. De manera que el texto de Grüner constituye, junto con la clase inaugural de la cátedra “Teoría de la lectura” de Juan Ritvo que veremos más adelante, un episodio destacado en la recepción de Blanchot en Argentina porque, además, impacta en varias escrituras críticas de las décadas siguientes sobre todo por la articulación que plantean entre ensayo y lectura –por ejemplo en el caso de Alberto Giordano que, desde una perspectiva declaradamente blanchotiana, conjugó en sus trabajos aportes tanto de Ritvo como de Grüner–. La principal diferencia entre ambos casos radica en que la intervención de Grüner no se da en un contexto marcadamente universitario.

El ensayo de Grüner, como decíamos, teoriza sobre la lectura de forma crítica y, además, polemiza –si tenemos en cuenta el marco que provee el “Entredicho” del número 4/5 de *Sitio*– con otros modos de leer que circulaban en ese momento. En este sentido, es un posicionamiento contra la teoría pero que es a la vez un gesto teórico: Grüner discute con la hermenéutica, con la teoría de la recepción y el inmanentismo estructuralista desde una forma de concebir la lectura que, como vamos a mostrar, le viene de Blanchot. Esto se puede ver en la enorme cantidad de referencias a autores extranjeros¹¹³ de distintas tradiciones, lo cual

113 Por ejemplo, C. Bident afirma en el artículo “Le Neutre est-il une notion romantique?” publicado en *Blanchot Romantique* (2011): “En un primer momento, en la proximidad del il y a de Levinas y del no-saber de Bataille, un cierto número de investigaciones y formulaciones trastornan el pensamiento fenomenológico y el pensamiento de la escritura. Un trastorno al que "Blanchot" nunca pondrá fin, porque es inseparable de una poética, y en primer lugar de su propia poética, la de sus novelas, sus relatos y sus fragmentos (2011, 78). La traducción es nuestra.

contribuye a delimitar la apuesta por la obra de Blanchot en un contexto de múltiples lecturas sobre la problemática del ensayo y su relación con el espacio del saber.

Además, al igual que en los casos de Pezzoni y Molloy, esta es una ocurrencia donde lo que se señala es la “resistencia a la teoría”, en términos de De Man, de los modos de leer dominantes en el ámbito intelectual argentino de la época. Como venimos viendo en nuestra investigación, estas ocurrencias se dan en textos donde la presencia de Blanchot es decisiva para la argumentación que allí se propone. No obstante, si bien se recupera y destaca la importancia del ensayo de Grüner en varios trabajos de la historia intelectual y de la crítica en Argentina, no se repara en la presencia de Blanchot en él. Por ejemplo, en el artículo de Crespi y Orsi (2016) ya citado, sólo se incorpora una referencia a Blanchot como epígrafe del cuerpo del texto¹¹⁴. Así, la resistencia a Blanchot ocurre en dos dimensiones: por un lado, Blanchot aparece en el discurso de un crítico argentino para impugnar la pretensión de científicidad y marcar las resistencias de otros modos de leer y concebir la relación entre literatura y cultura. Por otro lado, aunque hay estudios que destacan la importancia del ensayo de Grüner en la historia de la crítica argentina, no se identifica el rol que Blanchot allí juega ni mucho menos el aporte que da a la orientación general de las búsquedas de la revista –esto se puede ver en la tesis de maestría “La revista *Sitio* y las figuras del intelectual sobre el fin de la dictadura” de Ariel Idez, una de los primeros trabajos que toman a la revista como objeto de investigación que, no obstante, no recupera la orientación blanchotiana de *Sitio* en ningún momento–.

Entonces, como mencionamos, la referencia a Blanchot en “El ensayo, un género culpable” opera en la articulación entre “ensayo” y “lectura”. Luego de situar como antecedentes las lecturas de Benjamin y Olson sobre Kafka y Melville, Grüner establece: “El ensayo (literario) es esto: identificar un lugar fallido, localizar un *error*” (1985, 52). La potencia del error como modo de lectura se sitúa a partir de la obra de Blanchot. De esta manera la modulación de “la palabra errante” blanchotiana, que analizamos en el apartado 1.4.6. del capítulo 1, se actualiza en el ensayo de Grüner para intervenir e impugnar la pretensión de científicidad de los estudios literarios y culturales:

Inútil decir que la idea no es nueva: la hemos leído, desde ya, en Blanchot: todo escritor está atado a un error con el cual tiene un vínculo *particular* de intimidad. Todo arte se origina en un defecto excepcional, toda obra es la puesta en escena de

114 En textos como “Historia literaria, modernidad literaria”, “Lectura e historia”, “La resistencia a la teoría” y “Génesis y genealogía (Nietzsche)”

esa *falta*: ‘Hay un error de Homero, de Shakespeare, que es quizá, para uno y para el otro, el hecho de no haber existido (Grüner, 1985, 52).

En los años en que la modulación de la “muerte del autor” comienza a circular con cada vez más fuerza en los estudios literarios argentinos, la obra de Blanchot se proyecta como un antecedente ineludible para los críticos argentinos que buscaban argumentos situados en el espacio –la escritura– *entre* la literatura y la filosofía, para discutir teóricamente los fundamentos epistemológicos dominantes en el ámbito intelectual. Grüner ubica la obra blanchotiana “al revés” de la crítica “científica” –que, para constituirse como tal, “*debe* suponer un Autor en el origen de la escritura” (1985, 52)–. Este modo de leer está referenciado en la “crítica llamada estructural” que, según Grüner y contrario a lo que ella misma establece, no se sostiene en la presunción y búsqueda de la “inmanencia del texto”, sino que su operación consiste en “adaptar” los textos a la inmanencia de la semiótica narrativa. Entonces, ¿cuál es el lugar de la enunciación de la crítica científica? La respuesta que se da en el ensayo es tajante: la Universidad. Pero, es preciso agregar un dato que en el ensayo no se menciona: más allá del ente abstracto al que se denomina “Universidad”, hay que destacar que el ámbito universitario argentino se encontraba, hacia mitad de la década de los ochenta, atravesado por los procesos de recuperación y apertura democrática tras los años de la Dictadura.

Como veremos a continuación, en “¿Qué es la crítica?” se establece que los dos lugares por excelencia de institucionalización de la literatura son justamente la crítica universitaria y la periodística. En este sentido, la figura de Blanchot que nunca tuvo inserción académica e institucional más allá de sus columnas literarias en la *nmrj*, se mantuvo como una suerte de reducto por fuera de las exigencias teóricas y metodológicas que encuadran la tarea de la crítica literaria. Así, Blanchot para Grüner es “nombre de ensayista por excelencia”, en una afirmación que recuerda la de Masotta en su respuesta a la “Encuesta: la crítica literaria en la Argentina” realizada por Adolfo Prieto en 1963. De forma que la obra de Blanchot se involucra aquí en una argumentación donde es posible leer cierto tono anti-academicista, contra la institucionalización de la literatura y la crítica literaria, y en favor de la forma del ensayo como medio para dialogar con la literatura. En este punto surge una paradoja que delimita el recorrido de este segundo momento de la recepción de la obra de Blanchot en la crítica literaria argentina: la apuesta por el ensayo ejerce su fuerza contra la pretensión de cientificidad de los discursos sobre la literatura, pero, desde mediados de la década de 1980 en adelante, esta apuesta se convierte en perspectiva de distintos itinerarios de docencia e investigación con inserción institucional –cátedras como la de “Teoría de la lectura” de Juan

Ritvo o, incluso, tesis doctorales como las de Alberto Giordano, Silvio Mattoni y Judith Podlubne-. Esta paradoja es una ocurrencia de lo que denominamos la resistencia a Blanchot en la crítica argentina.

Pero volvamos a “El ensayo, un género culpable”. Decíamos que el *error* en el origen, el origen como error y no como plenitud, encuentra en el ensayo su forma de impugnar la exigencia de científicidad:

El ensayo, pues: su diferencia con la “ciencia literaria” es que no se propone, al menos *a priori*, restituir ningún origen –ni el Autor, ni el Código, ni el Sentido– ni tampoco anticipar ningún Destino, sino constituirse como testimonio de ese acontecimiento por medio de la escritura (Grüner, 1985, 53).

En relación con esto, Grüner afirma que la “ideologización de la figura del autor” es la causa principal que explica las dificultades para desarrollar una “teoría de la lectura”. No obstante, este énfasis en la “lectura” tiene que cuidarse de no caer en la trampa de hacer de la figura del “lector” –la metáfora del “Destino” que aparece en la cita– una nueva instancia plena que legitime el acto crítico ensayístico. Esta es una argumentación que recuerda a la que hace Paul de Man en su crítica a la estética de la recepción de Jauss¹¹⁵. En cambio, la teoría de la lectura en la que está pensando Grüner resulta

inseparable (...) de una teoría de la escritura, y ambas como propiamente *imposibles* (si se acepta el postulado de la imposibilidad de una ciencia de lo particular), en el sentido de que tendría que ser una teoría informada por su propia práctica, una teoría *cada vez única*, que se funda y a la vez se disuelve con cada lectura (incluso del mismo texto): ¿cómo podría, en efecto, haber una teoría de la lectura o de la escritura *anterior* a la lectura o escritura mismas? (1985, 52-53).

La pregunta del final de la cita, que recuerda al De Man de “The resistance to theory”, reflexiona sobre la imposibilidad inherente del acto teórico. De manera que intercambiar “origen” por “destino” (los lectores), no es para Grüner una ventaja en sí. En cambio, la apuesta se da en la lectura que se actualiza *en* la escritura. Es aquí donde la principal articulación del texto tiene lugar, ya que el ensayo es siempre ensayo de lectura: “una lectura que *actualiza* la escritura, que constituye al sujeto de lectura *en el mismo lugar* en el que se constituye el sujeto de la escritura: el presente perpetuo (continuo, si se quiere gramaticalizar) de la *enunciación*” (1985, 52).

El error, la excepción, lo excluido, lo particular, son las modulaciones que se ponen en juego para delimitar aquello sobre lo que el ensayo escribe. De todas ellas, nos interesa particularmente la del “error” por dos motivos. En primer lugar, porque como venimos viendo el propio Grüner alude a Blanchot para pensar las distintas dimensiones del “error” en

115 Cursivas en el original.

los actos de lectura y escritura, pero en segundo lugar también nos va a permitir analizar los modos en que Jinkis traduce el ensayo de Blanchot ya mencionado. Dice Grüner que Blanchot cuando habla del “‘error’ de Mallarmé, a saber el de haberse propuesto una empresa imposible como es la de aislar la esencia misma de lo poético” de forma que “un ensayo es la escritura de la lectura de ese error, de ese ‘acto fallido’” (1985, 53). Así, la teoría de la lectura en tándem con la forma del ensayo como escritura, encuentra en las modulaciones blanchotianas del “error” un punto de partida fundamental. Al respecto, reponemos una última cita del texto de Grüner que nos sirve de guía para el análisis de la traducción de Jinkis: “todo error –en literatura, al menos– es absolutamente único: ningún modelo general previo podría dar cuenta de él sino bajo la forma de su expulsión como anomalía” (1985, 53).

El texto que cierra el Anexo “El ensayo que vendrá”, y define así su orientación, es “¿Qué es la crítica?” de Maurice Blanchot. Inicialmente publicado como prefacio del libro *Lautréamont et Sade* (1949), Blanchot analiza aquí la tarea de la “crítica” en su papel de mediación, siendo la Universidad y el periodismo las dos formas de institucionalización de la literatura. Pero esta frase es sometida a reflexión: ¿por qué es necesaria la crítica, por qué aparece? ¿No basta con la obra como palabra creadora? Las preguntas que se hace este temprano ensayo de Blanchot son preocupaciones constantes y recurrentes de su obra –que podemos localizar también por ejemplo en el ensayo “El puente de madera” donde la relación entre crítica y literatura ya se establece en los términos del *neutro*–. Las respuestas a estas preguntas pueden entenderse a partir de la lógica del “desdoblamiento” que describimos anteriormente: además de mediación, la crítica también aparece en este ensayo según el ideal romántico de “híbrido de lectura y escritura (...) actualización necesaria de la palabra creadora, sin distinguirse” (Blanchot, 1985, 75). La crítica está marcada por la búsqueda, afirmación del vacío de sentido que como vimos se identifica también con lo *neutro*. La búsqueda no es sólo teórica, sino que “es el sentido por el cual la experiencia literaria se constituye, y se constituye probando, impugnando, por la creación, su posibilidad” (1985, 76); búsqueda que se sustrae del sentido intelectual, y se entiende “como acción en el seno y con miras al espacio creador” (Blanchot, 1985, 76).

Esta forma de concebir la crítica en relación con la literatura apunta al modo en que Blanchot describe la “obra literaria”, en un lugar tan central de su propia obra como lo es *El espacio literario*, como aquello que se sustrae al mundo de los valores que la rodean. La crítica y la obra pertenecen al mismo espacio, y la primera hace la experiencia de la segunda como aquello que “no se evalúa, la toma como profundidad y también como ausencia de profundidad, que escapa a todo sistema de valores, más acá de lo que vale, rechazando por

adelantado toda afirmación que quisiera adueñarse de ella para valorizarla” (Blanchot, 1985, 76). A raíz de esto, la crítica y la literatura tienen la que es para Blanchot la tarea más difícil de su tiempo:

la tarea de preservar y liberar al pensamiento de la noción de valor *ideológico*¹¹⁶, y en consecuencia, la de abrir también la historia a lo que en ella se desprende de todas las formas de valor y se prepara a otra forma completamente distinta –aún imprevisible– de afirmación (Blanchot, 1985, 76).

No obstante, tal como afirma el propio Jorge Jinkis en el primer entredicho de *Sitio*, no hay palabra que no *quiera decir* y, siguiendo su argumentación, debemos atrevernos a analizar las palabras por lo que son con la esperanza de que nos puedan decir algo. En este caso se trata de una traducción, de modo que además de contemplar “lo que escribió” Blanchot inicialmente, también tenemos que describir las operaciones realizadas por Jinkis a la hora de traducirlo. Sobre este tema, Jinkis afirma:

Cuando lo traduje, no tenía ninguna ideología explícita respecto de la traducción. Es muy posible que las cosas de la traducción como práctica las haya leído mucho después. En ese momento, no tenía una ideología explícita sobre las operaciones que podía implicar traducir de una lengua a la otra. Estaba guiado por la seducción que me producía Blanchot (Comunicación personal, 31 de mayo de 2021).

Creemos que la primera frase de la cita refiere a la traducción de *El espacio literario* de 1969, ya que cuando traduce “¿Qué es la crítica?” en 1985, Jinkis ya tenía cierto contacto con teorías de la traducción, como lo demuestra el hecho de cuatro años antes en el primer número de *Sitio* se publica un texto de Antoine Berman sobre la traducción, así como también la breve nota sobre la traducción de Gombrowicz. Además, en el número 2 de 1982 *Sitio* también publica el anexo “Joyceanas”, no sólo con distintas traducciones del *Ulises* de James Joyce sino también con una discusión al respecto.

Pero respecto de la traducción de Blanchot en *Sitio*, hay dos decisiones que llaman la atención. La primera tiene que ver con el título: en francés, lleva el ensayo lleva el nombre “Qu'en est-il de la critique?” que se puede traducir como “¿Qué pasa con la crítica?”, mientras que Jinkis elige traducir como “¿Qué es la crítica?” y Marcia Cerretani en su traducción de *Sade y Lautréamont* (1967) traduce como “Acerca de la crítica”. La decisión de Jinkis resulta difícil de sostener, sobre todo si tenemos en cuenta la renuencia de Blanchot a formular preguntas con la forma “qu'est-ce que c'est”, como vimos por ejemplo en el caso de “La literatura y el derecho a la muerte” y la impugnación de la pregunta sartreana sobre el ser

¹¹⁶ Recordemos que para Adorno el ensayo, por su composición formal, es al mismo tiempo la forma crítica por excelencia y el modo más riguroso del acto teórico, por el uso experimental y reflexivo de los conceptos (Adorno, 1962).

de la literatura, en la medida en que así formulada se presupone una esencia del objeto. La fórmula que utiliza Blanchot en “Qu’en est-il de la critique?” apunta, más que a una esencia, a una interrogación sobre la actualidad de la crítica, sobre el juego de fuerzas de sus búsquedas. Pero lo que más llama la atención respecto de las decisiones tomadas por Jinkis se encuentra hacia el final del ensayo: en la versión de Jinkis leemos que la tarea de la crítica y la literatura es “preservar y liberar al pensamiento de la noción de valor ideológico”, lo cual resulta llamativo debido a que Blanchot no se caracteriza por realizar lecturas desmitificadoras y/o desideologizantes. Si vamos al texto en francés, leemos que la tarea de la crítica es “préservet et de libérer la pensée de la notion de valeur”, y en la versión de Cerretani “preservar y liberar al pensamiento de la noción de valor”. El adjetivo “ideológico” en la traducción de Jinkis es, evidentemente, un agregado que busca ser explicativo, a la vez que responde a los avatares del ámbito intelectual argentino en relación con la “crítica ideológica” tan cuestionada por los integrantes de *Sitio*. La inclusión de esta palabra no es inocente, y tampoco debe considerarse un mero error: hay que tomarla por lo que es y analizar qué puede decirnos. En este sentido, podemos considerarla una manifestación de la *resistencia* a Blanchot: incluso entre las personas que más lo utilizaron, entre quienes más lo leyeron e incluso entre sus primeros traductores al castellano, podemos encontrar signos de esta resistencia. La nietzscheana tarea de liberar al pensamiento de la noción de valor, incluye también la noción de valor ideológico. La potencia de la frase de Blanchot se ve limitada por esta inclusión.

El resaltado que realizamos al término “ideológico” busca señalarlo como incrustación, incluso, como lo que Antoine Berman denomina “clarificación”, una “tendencia deformante” de la traducción que tiende a definir lo que en el original se presenta como indefinido. Lejos de la búsqueda blanchotiana por evitar lecturas desmitificadoras y/o desideologizantes, la traducción de Jinkis cae en la tentación de reponer un significado unívoco y direccionado a lo que en el texto en francés Blanchot enuncia como crítica. El adjetivo “ideológico” en la traducción de Jinkis puede entenderse, entonces, como un agregado explicativo motivado por la polémica que en el marco de este número en torno al ensayo los integrantes de *Sitio* mantenían con el ámbito intelectual argentino y su “crítica ideológica”. Ahora bien, al mismo tiempo, la elección falsea lo que *Sitio* proponía en su número de comienzo cuando proponía una ética de la literatura: la elección de un valor por impugnar se produce en la medida en que el vacío de sentido se llena con un sentido, de modo que la tensión entre estética y política, paradójicamente, se debilita. La inclusión de

esta palabra no es inocente, y tampoco debe considerarse un mero error: hay que tomarla por lo que es y analizar qué puede decirnos.

A partir del recorrido propuesto hasta aquí realizado, consideramos que la presencia de Blanchot en *Sitio* despliega una serie de problemáticas –”lectura”, “ensayo” y “traducción”– para pensar la tensión entre literatura y política que los estudios específicos sobre la revista suelen destacar como una de sus aristas fundamentales. Así, las distintas operaciones involucradas en la traducción del ensayo “¿Qué es la crítica?”, ponen de manifiesto el fenómeno de la “resistencia” operando en los dos modos de la traducción que mencionamos anteriormente: la traducción como “importación” de saberes en otras lenguas entra en tensión con la apuesta por una escritura crítica que busca afirmar la irreductibilidad de la literatura respecto de la cultura. Traducir y publicar este ensayo de Blanchot sin dudas exige cierto grado de explicación que, en este caso, se despeja por medio de involucrar su perspectiva en las disputas de *Sitio* respecto de otros modos de leer literatura.

3.1.3. Paradoxa y Boletín del Centro de Estudios Teoría y Crítica Literaria

En *La institucionalización de las Letras en la universidad argentina (1945-2010)*, Analía Gerbaudo repara en la importancia que tuvieron los grupos de estudio durante la dictadura y la postdictadura para la recepción de teoría literaria extranjera. Si bien destaca la existencia de investigaciones ya realizadas “sobre los grupos radicados en Buenos Aires y a cargo de Josefina Ludmer y Beatriz Sarlo, también sobre sus derivas en la enseñanza universitaria, en la gestación de publicaciones” (Gerbaudo, 2014, 58), señala también la ausencia de investigaciones sobre este mismo fenómeno pero en la ciudad de Rosario en torno a Nicolás Rosa, Juan Ritvo y Alberto Giordano. Estos grupos de estudio, así como también el posterior ingreso como docentes a la Universidad de Rosario de muchos de sus participantes tras la recuperación y apertura democrática, constituyen uno de los puntos de anclaje centrales para pensar la recepción de la obra de Blanchot en la crítica literaria argentina. En lo que sigue nos proponemos reconstruir la historia de los grupos de investigación rosarinos, focalizando en las revistas literarias y académicas que publicaron a partir de la segunda mitad de la década de 1980, ya que en ellas la obra de Blanchot constituyó una de las referencias fundamentales. De esta manera, pondremos en juego una reflexión que busca articular aspectos históricos y teóricos, focalizando en la lectura de resistencias en el marco del estudio sobre la recepción de la obra de Blanchot.

La revista *Paradoxa. Literatura/Filosofía*¹¹⁷ se publicó en la ciudad de Rosario entre 1986 y 1996, con un total de ocho números. Juan Bautista Ritvo fue el director de los dos primeros números mientras que Alberto Giordano, Sergio Cueto y Roberto Retamoso conformaron el Consejo de Redacción. En el número siguiente se producen una serie de movimientos que terminan por orientar la conformación del grupo "estable" de la revista: Giordano comienza a compartir con Ritvo la dirección, Roberto Retamoso se retira del Consejo de Redacción, al que se suman Darío González y Horacio Tubbia, quien se aleja del proyecto al año siguiente. La revista también contó con la participación activa de Analía Capdevila, Sandra Contreras y Jorgelina Núñez, además de contribuciones de las contribuciones de Héctor Piccoli, Miriam Garate, Carlos Kuri, Rubén Chababo, Claudia Caisso, Luis Peschiera, Jorge Monteleone, Nora Avaro, Adriana Kanzevolsky, Adriana Astutti, César Aira, Juan Pablo Dabove, Judith Podlubne, Jorge Panesi y Guillermo Saavedra.

La historia de la conformación del grupo nucleado en torno a *Paradoxa* se inscribe en los tiempos de la apertura democrática en el ámbito universitario a principios de la década de los 80, durante el final de la última dictadura cívico-militar y la recuperación democrática en Argentina. Como se sabe, los grupos de estudios fueron una práctica de intercambio y formación frecuente en aquellos años. En la ciudad de Rosario, Alberto Giordano asistió primero a los grupos organizados por Nicolás Rosa, y a partir de 1982 comenzó a participar de un grupo de estudios dictado por el entonces profesor de filosofía Juan Ritvo. Las lecturas con Ritvo fueron variadas y los saltos temáticos no estaban delimitados por circunstancias disciplinares, sino que se guiaban por "problemas" que respondían a los intereses tanto del profesor como de los estudiantes (la mitad pertenecía a la carrera de Filosofía y la otra mitad a la de Letras). Así, como podemos ver en *Una poética de la interrupción. Ensayos para Juan Ritvo* (2011), comienzan leyendo y estudiando los vínculos entre ciencia y epistemología (desde Popper y Kuhn hasta Althusser y Koyré). Leen *La filosofía del no* de Bachelard y *La pregunta por la cosa* de Heidegger. De las lecturas de Althusser pasan a "La estructura, el signo y el juego" de Derrida y *La lógica del sentido* de Deleuze. En el apartado sobre "El acontecimiento" del libro de Deleuze dan con la referencia a la obra de Blanchot, que los traslada a la lectura de *El espacio literario* traducido por Vicky Palant y Jorge Jinkis para la colección Letras Mayúsculas dirigida por David Viñas en la editorial Paidós. Ritvo,

117 Dice Baquero en su nota del traductor: "Si se ha preferido 'impugnación' por 'refutación' es por evitar, primero, el sentido lógico que ésta conlleva y, en segundo lugar, porque parece que lo refutado es aquello que queda anulado, es decir, negado por lo que se le opondrá. 'Impugnar' tiene el sentido de una pugna que se dirige al interior (in-pugnare) de aquello que combate, primordialmente mediante la palabra, y que no predetermina más que el límite de su enfrentamiento, pero no su resolución, afirmando, de esa manera que no es positiva, y liberando ambos términos" (Foucault, 1006, 129).

amigo de Jinkis, venía estudiando Blanchot en contacto con Heidegger desde la década de 1970. Otra vertiente destacada del grupo eran los estudios sobre teoría y retórica de la enunciación: “Tiempo y argumentación” de Perelman y la teoría de los actos de habla de Austin habilitaban una reflexión sobre el lenguaje y la subjetividad que circundaba las áreas de letras, filosofía y psicoanálisis. En esos años, la obra blanchotiana aporta una suerte de deconstrucción del estructuralismo, con la particularidad de que en su mayoría fue escrita en los años previos a la eclosión estructuralista en Francia. En Blanchot está la presuposición de que la literatura *piensa*, y que eso demanda inevitablemente un diálogo con la filosofía. En un contexto en el que las teorías de mayor circulación eran las de Bajtin o Bourdieu, donde los vínculos que la literatura establece se enfocan principalmente en su dimensión social, un acercamiento como el de Blanchot, caracterizado por este contacto tan fuerte con la filosofía, distingue a los miembros de este grupo.

Con la recuperación democrática, las discusiones del grupo se trasladan al ámbito universitario. En 1984 Juan Ritvo comienza a dictar las materias “Problemáticas del sujeto” en la carrera de Psicología y “Epistemología” en la carrera de Filosofía, ambas pertenecientes al tronco común de las carreras de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Alberto Giordano y Sergio Cueto, quien no había formado parte de los grupos de estudio, asisten a sus clases. En el marco de los numerosos cambios curriculares que se producen de manera precipitada en ese contexto, en 1985 se abre en la carrera de Filosofía la cátedra “Teoría de la lectura” a cargo de Juan Ritvo. Alberto Giordano ingresa como profesor adjunto ad-honorem, mientras que Darío González, estudiante de Filosofía, cursa la materia y Sergio Cueto, reciente graduado de Letras, asiste en calidad de oyente. A comienzos del 86, Giordano luego de intentar sin éxito efectivizar el cargo, abandona la cátedra. No obstante, obtiene los cargos rentados como JTP de “Análisis y crítica I” y “Análisis del texto” de la carrera de Letras. Por su parte, Darío González, luego de cursar “Teoría de la lectura” y de que Giordano abandonara su cargo como profesor adjunto, comienza a trabajar allí como ayudante. Los grupos de estudio coordinados por Ritvo finalizan con su ingreso como docente en la Universidad, donde los jóvenes que estudiaban con él podían cursar sus materias de manera libre y gratuita. De esta manera, ni Darío González ni Sergio Cueto ni Horacio Tubbia formaron parte de los grupos de estudio como Giordano, ya que entraron en contacto con Juan Ritvo directamente en el ámbito universitario. Giordano, a su vez, comienza en 1984 a coordinar grupos de estudios en los que participaron Contreras, Capdevila, Avaro, Nuñez, Podlubne y Astutti. Así se produjeron entonces diversos cruces entre espacios de la carrera de Filosofía y de la carrera de Letras.

Otro antecedente relevante que marcará la publicación *Paradoxa* ocurre en el seminario dictado por Nicolás Rosa, también en 1985, llamado “Ciencia y literatura”. Rosa había tenido una participación muy activa en Rosario durante la dictadura, organizando varios grupos de estudio. De hecho, muchas de las personas que participaron y se formaron en esos grupos van a entrar a la Universidad en 1984 en distintas cátedras, pero no es lo que ocurre con Rosa a quien sólo le asignan un seminario al año siguiente. El seminario se extendió durante todo el año 1985 de manera quincenal con la siguiente metodología: se armaban grupos de antemano, se asignaban temas y cada grupo se hacía cargo de una exposición; todo bajo la coordinación de Nicolás Rosa. Este seminario reúne a Sergio Cueto, Analía Capdevila, Alberto Giordano y Jorgelina Núñez, quienes proponen y realizan una exposición sobre *El espacio literario* de Blanchot. La vinculación de Analía Capdevila con la obra de Blanchot también puede rastrearse en *Paradoxa*, ya que en el número 2 de 1987 publica el ensayo “Blanchot y la novela”. Teniendo en cuenta que las investigaciones de Capdevila sobre la novela repercutirán también en el *Boletín*, nos ocuparemos de analizarlo más adelante

Hacemos esta referencia a las historias particulares y a los diversos movimientos que se sucedieron al interior de la Universidad Nacional de Rosario porque dan cuenta de los avatares a partir de los cuales surgió el proyecto colectivo de la revista *Paradoxa. Literatura/Filosofía*, que ya desde su título se plantea no solo en tensión con el discurso de la doxa, sino como un espacio intersticial, que se sostiene de manera formal y material en la escritura ensayística que allí se realiza. Con la idea inicial, más o menos fructífera, de reunirse para discutir sus trabajos, los integrantes del grupo *Paradoxa* llevaron a cabo una intensa labor de investigación, hemerografía, traducción y escritura que confluyó en una publicación cuyo gesto apuntaba al espacio de contacto entre/de la literatura y/con la filosofía. Esto puede verse tanto en el ordenamiento que suponen las secciones establecidas y recurrentes de la revista, así como también en los distintos dossiers temáticos que se incorporan a lo largo de los números. Las secciones recurrentes se dividen en: “Argumentos literarios”, “Notas”, “Documentos”, “Libros” y “Más allá de la representación”. Los dossiers temáticos, en orden cronológico, son los siguientes: “El campo retórico”, “La forma romántica”, “El instante”, “El decadentismo en el Río de la Plata”, “Las formas de la superficie”, “El arte de narrar: Puig y Saer”, “El escritor argentino y la tradición”, “La genealogía del monstruo” y “Decadencia y decadentismo”.

Paradoxa. Literatura/Filosofía fue una revista de ensayos donde tuvieron lugar acontecimientos singulares de la historia intelectual en general, y la crítica literaria en

particular -sobre todo en su relación con lo que usualmente se identifica con la “teoría literaria europea”: en la sección “Documentos” del número 1, se publica la primera traducción al español del ensayo “El pensamiento del afuera” de Michel Foucault, originalmente publicado en el número 266 de la revista francesa *Critique* dedicado a Blanchot, que Sergio Cueto encuentra en la biblioteca de la Universidad mientras realizaba búsquedas hemerográficas. La labor de traducción y difusión de la revista es una de sus características destacadas, tanto por la reflexión teórica sobre el acto de traducir, como por las traducciones de los ensayos de Foucault, Jean-Bertrand Pontalis y Roland Barthes. Era el momento en el que también parte del grupo comenzaba a estudiar de manera sistemática a Gilles Deleuze (principalmente, *Proust y los signos* y *Diferencia y repetición*), en el que fue una de las escenas inaugurales de la recepción de la obra del filósofo francés en la crítica literaria argentina.

En este punto, la historia de *Paradoxa* se conecta con la formación del entonces “Grupo de estudios de Teoría Literaria” que, en marzo de 1991, publica el *Boletín / 1*. Tal como afirman Judith Podlubne y Julieta Yelin en la introducción a *2021. Veinte ensayos sobre literatura y vida en el siglo XXI*, en agosto de 1990 el Grupo de Estudios de Teoría literaria inscribe en el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR el proyecto “El lugar de la literatura en el pensamiento filosófico de Gilles Deleuze”. El grupo estaba compuesto por Astutti, Capdevila, Contreras, Cueto y Giordano. En 1992, la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNR les otorga un subsidio para el proyecto “Las fuerzas políticas de la literatura y la crítica ideológica”, dirigido por Jorge Panesi. Finalmente, en este proceso de institucionalización, en 1995 el grupo se amplía y forma el “Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria”. Podlubne y Yelin leen las fundamentaciones teóricas e históricas del grupo de investigación en el marco de la modificación en los modos de concebir las relaciones entre literatura y cultura tras la recuperación democrática:

En plena posdictadura, el interés dominante entre los críticos locales apunta a revalorizar la dimensión histórica y cultural de su práctica, retomando una tradición de lecturas historicistas, tributaria de la revista *Contorno*. El culturalismo de Raymond Williams y la sociología de Pierre Bourdieu ayudan a modular las relaciones entre literatura y sociedad, entre cultura y política. Los conceptos deleuzianos de ‘micropolítica’ y ‘devenir menor’ proporcionan a los miembros del grupo una vía novedosa para examinar los problemas establecidos y releer, a partir de allí, la literatura argentina del siglo XX (2021, s/n).

Estos posicionamientos teóricos específicos son los que definen las búsquedas del grupo de profesores e investigadores rosarinos agrupados en *Paradoxa* y el *Boletín*, búsquedas que se

establecen como disputas teórico-críticas en torno a los modos de leer literatura. Si bien en este punto la referencia fuerte es Deleuze y Barthes, teniendo en cuenta la reconstrucción que venimos realizando sobre los orígenes del grupo, podemos situar también la presencia de Blanchot como un caso de resistencia tal como lo desarrollamos en nuestro trabajo –que se involucra, en este caso, en una reformulación de los modos de entender las relaciones entre literatura y cultura en el ámbito específico de la universidad–.

La centralidad de esta presencia de Blanchot radica en que, por ejemplo, a Deleuze y a Barthes los leen desde su obra –por ejemplo, la idea de lo “menor” en el primero y de “poder” en el segundo–. La pregunta es entonces por qué Blanchot, en los distintos escritos que se desprenden de los grupos y proyectos que venimos estudiando, no aparece con tanta asiduidad como otros teóricos franceses. Esto se puede ver en la presentación realizada por Jorge Panesi del libro *Barthes. Literatura y poder* (1995) de Alberto Giordano, que se publicó en el número 5 del *Boletín* (1996). Allí, Panesi destaca que la especificidad de la lectura de Giordano sobre Barthes radica en que la hace *desde* Blanchot, no como aparato teórico, metodología o marco conceptual, sino como “operador de intensidad” (Panesi, 1996, 118). Dice Panesi:

Y sólo conozco a un lector que haya leído con tal intensidad la narrativa de Blanchot. Es Jacques Derrida, cuyo gesto me recuerda este libro de Giordano. Digo y repito la palabra ‘intensidad’, y quiero decir, tanto para uno como para el otro, aprender a teorizar en la literatura para que la teoría no se convierta en otro fetiche de certezas (1996, 118)¹¹⁸.

El carácter extraño de la perspectiva consiste en que no aparece de manera directa como referencia o como objeto, justamente por su dificultad o inaprehensibilidad. Lo que emerge como síntoma de la resistencia es que, incluso en la adhesión a Blanchot y en la identificación, hay una marcada dificultad para involucrarlo como marco de referencia, siendo que se involucra como una perspectiva o “operador de intensidad” en palabras de Panesi. Allí surge lo irreductible: aquello que identificamos con la palabra “Blanchot” está en un lugar especial de la perspectiva. Con esto podemos explicar que, a excepción de Cueto, casi no haya escritos que se ocupen de desarrollar un tema específico Blanchot de los participantes de los grupos rosarinos durante la década de los 80 y 90.

Entonces, en cuanto a los vínculos entre *Paradoxa* y el *Boletín*, podemos situar el cambio de enfoque a partir de la posibilidad de comenzar a pensar el proyecto editorial en términos de una “política de la literatura”, cuestión que no aparece planteada en *Paradoxa* pero que permea por la proximidad de ambas revistas con *Sitio*, donde como vimos estas

118 Sobre esta colección, remitimos al reciente artículo “Oscar del Barco editor: la construcción de una política de la teoría en Ediciones Caldén” (2021) de Verónica Luna.

discusiones sí aparecen. En este sentido, el artículo “Notas para una política de la literatura” firmado por Sergio Cueto y publicado en el número 3 del *Boletín* (1993) presenta los argumentos centrales discutidos por el grupo a lo largo de esos años: “la irreductibilidad de la literatura a cualquier otro dominio y su valor inmediatamente político, no por los contenidos ideológicos, sino por la apuesta estilística” (Podlubne y Yelin, 2021, s/n). A partir de esta cita nos preguntamos si es posible leer algo como una “influencia” de Blanchot en la tesis que se allí se afirma, ¿podemos decir que es un postulado “blanchotiano”? Como afirmamos desde el comienzo de nuestra investigación, contestar una pregunta así requiere hablar en términos de *resistencia*. De acuerdo con nuestra hipótesis inicial, las particularidades de la perspectiva de Blanchot, sobre todo en relación con el movimiento de la literatura como impugnación de la cultura, ejercen una fuerza tal que nos permite conjeturar una resistencia como aspecto estructurante del proceso de recepción.

Así, los primeros cuatro números del *Boletín* se publicaron en paralelo con la última etapa de *Paradoxa*, aunque ésta mantuvo siempre su carácter de desprendimiento para-universitario mientras que el *Boletín* suponía una inserción institucional dentro del espacio de la Universidad. De hecho, desde el comienzo de *Paradoxa* uno de los desafíos para su publicación fue conseguir los fondos para editarla. Los dos primeros números fueron financiados por los propios miembros de la revista, mientras buscaban infructuosamente recuperar el dinero invertido por medio de su venta y distribución. Estos números tuvieron una tirada de 200 ejemplares y se realizaron en la Imprenta del Colegio San José —que trabajaba con tipos móviles—. A partir del tercer número, publicado en 1988, la editorial de la Universidad Nacional de Rosario se hace cargo de la impresión, mientras que el equipo editorial sigue a cargo de la composición, distribución y venta de la revista. El número 6 se publica en 1991 mediante un convenio con la Municipalidad de Puerto General San Martín de la Provincia de Santa Fe facilitado por Horacio González, quien dirigía la colección *Cuadernos de la Comuna* de esa ciudad. El apoyo de la Dirección de Cultura de la Municipalidad contribuyó a que la tirada del número 6 sea de 1000 ejemplares, una cantidad considerablemente mayor a los 200 ejemplares por número que venía editando la revista. Los últimos dos números publicados en 1993 y 1996 tuvieron una tirada de 300 ejemplares cada uno, y se realizaron en colaboración con la editorial Beatriz Viterbo, hecho que impacta directamente en el diseño de la revista.

El nexo entre la editorial Beatriz Viterbo y *Paradoxa*, facilitó el ingreso de César Aira a la revista. En 1991, las integrantes del Grupo de estudios que estaban por fundar la editorial Beatriz Viterbo entran en contacto con César Aira. Sandra Contreras le lleva a Aira el número

4/5 de *Paradoxa*, donde ella y Alberto Giordano habían escrito dos ensayos sobre su obra en la sección del número que se tituló “Las formas de la superficie”. Ambos ensayos forman parte de las primeras escrituras de crítica literaria sobre la obra de César Aira en el ámbito universitario. En ese momento, Analía Capdevila y Nora Avaro estaban trabajando con la obra de Roberto Arlt. En una encuesta de la revista *Humor* sobre cuáles eran las mejores diez novelas de la literatura argentina, César Aira elige todas las novelas de Roberto Arlt y las de Manuel Puig. Cuando Giordano conoce a Aira en 1991, éste le regala el número de una revista brasileña dedicada a Manuel Puig donde había publicado el ensayo “El sultán”, que no se conocía en Argentina. A raíz de esto, Giordano invita a Aira a publicar este ensayo en el número 6 de *Paradoxa*, que, así, además de las tradicionales secciones “Más allá de la representación” y “Notas”, cuenta con una sección titulada “El arte de narrar: Puig - Saer” donde aparece el ensayo de Aira sobre Arlt, junto con contribuciones de Giordano, Contreras, Capdevila y Astutti.

Por último, es destacable el vínculo que, desde el inicio, es posible establecer entre *Paradoxa* y las revistas *Conjetural* y *Sitio*, que incluso sirvieron de modelo e inspiración inicial a la hora de concebir el proyecto de la revista rosarina. Por ejemplo, Juan Ritvo publica ensayos de manera recurrente en *Conjetural. Revista psicoanalítica*, desde el número dos de noviembre de 1983. La revista era dirigida por Jorge Jinkis, quien también participaba de la redacción de la revista *Sitio*, donde Ritvo en 1985 publica el ensayo “El filósofo sublime” en el dossier “El ensayo que vendrá” del número 4/5; este es, probablemente, el número que más influyó en el proyecto de *Paradoxa*. Pueden verse estos contactos en dos “Documentos” de *Paradoxa*: la elogiosa presentación de la revista que escribe Eduardo Grüner para el número 3 de 1998, y la carta publicada recién en el número 8 de 1996, que Ramón Alcalde envía a Ritvo agradeciéndole por hacerle llegar el primer número de la revista e incitándolos a seguir publicando.

Paradoxa. Literatura/Filosofía fue el lugar donde confluyeron muchas historias de órdenes divergentes y temáticas, a primera vista, heterogéneas. Convivieron textos sobre Platón, Aristóteles, los románticos alemanes con crítica literaria sobre escritores como Felisberto Hernández, Puig, Saer y Borges. Fue también uno de los espacios donde más fuerza tuvo la recepción y circulación de teoría literaria extranjera, con textos claves de y sobre autores como Foucault, Deleuze, Blanchot, Barthes y Benjamin. La apuesta de la revista por la traducción y, principalmente, por el ensayo como forma, la distinguen del resto de las revistas de la época, sobre todo por la cantidad de proyectos individuales y colectivos

que *Paradoxa* irradia desde finales de los 80 en adelante. En muchos de ellos, como veremos a continuación, la presencia de Blanchot es determinante.

3.1.4. J. B. Ritvo: *La edad de la lectura y Cátedra “Teoría de la lectura”*

Los modos en que Juan Bautista Ritvo se relaciona con la obra de Blanchot constituyen uno de los fenómenos determinantes para leer su recepción argentina en términos de *resistencia*. Aunque determinante, la presencia efectiva de referencias a Blanchot en los textos de Ritvo es muy escasa y, hasta “La desaparición del discurso sin derecho” (2016), nunca había escrito sobre él, de manera que podemos pensarla operando en un modo que impugna el par presencia/ausencia.

A propósito de esto, Ritvo afirma:

Comencé a leer a Blanchot en la década de 1970. Recién en las últimas épocas he empezado a hablar de Blanchot, escribir sobre él. Pero Blanchot a mí nunca me interesó para escribir sobre él. Siempre me pareció maravilloso, pero lo que sentí es que ‘hay que recoger el gesto y seguir’, no comentar. Me parece absurdo comentar a Blanchot, aún hoy en día, por su prosa tan intrincada y su modo de pensamiento que expulsa al comentarista. No al lector, al comentarista. Blanchot te cura del discurso académico. Me curó de la epistemología, me curó de las taxonomías (Comunicación personal, 10 de diciembre de 2018).

Conjeturamos, a partir de esta afirmación, un modo de la resistencia particular que opera en Ritvo y podemos hacerlo extensivo a gran parte de este segundo momento que venimos estudiando: nos referimos a la lectura de Blanchot en el marco de la institución universitaria, pero como una forma de impugnarla. Tanto para Ritvo como para las personas que se formaron con él e ingresaron como docentes y/o investigadores en el ámbito universitario, los distintos desprendimientos del encuentro con Blanchot contribuyeron a fortalecer modos de lectura crítica caracterizadas por prevenirse respecto de lo excesivamente moral del discurso académico.

Además, Ritvo destaca que Blanchot lo inspiró a escribir, a pensar. Blanchot siempre fue una referencia importante para Ritvo, y lo leyó en contacto con Heidegger pero también con Freud y Lacan. Hasta el año 2016, el mayor impacto de la lectura de Blanchot que hace Ritvo se encuentra en el ámbito del psicoanálisis y, tal como venimos reconstruyendo, de la enseñanza. Dice Ritvo: “A partir del ensayo de Blanchot sobre Artaud donde establece que ‘pensar es sufrir’, escribí un artículo identificando el ‘monto de afecto’ de Freud con el ‘puro pensamiento’ que resultó llamativo en el ámbito del psicoanálisis” (Comunicación personal,

10 de diciembre de 2018). Ante esto, Ritvo tuvo que advertir que esa idea la tomó de Blanchot: el hecho de que el pensamiento literario es traumático, y que intentamos disimularlo con el lenguaje sobrio de la academia o de la crítica cultural. El movimiento de sorpresa, reparo y retracción tiene lugar en la “lectura” –que es, como veremos en lo que sigue, uno de los aspectos fundamentales a la hora de ingresar en el trabajo de Ritvo–.

En este punto de nuestra investigación la distinción entre “objeto” y “método” se torna difusa: analizar los desarrollos de Ritvo en torno al problema de la “lectura”, focalizando en la presencia/ausencia de Blanchot en ellos, constituye tanto un aporte específico para el estudio de la recepción de Blanchot en Argentina como también un herramienta teórica-metodológica fundamental para nuestra investigación. Así, leemos este episodio de recepción entonces como un punto de cruce, histórico y teórico, entre cuatro nombres propios: Juan Ritvo, Walter Benjamin, Paul de Man y Maurice Blanchot. Para realizar esto, en primer lugar analizaremos el libro *La edad de la lectura* y luego la clase inaugural de la cátedra “Teoría de la lectura”, ambos textos firmados por Ritvo.

La composición de *La edad de la lectura*, publicada en octubre de 1992 en la editorial rosarina Beatriz Viterbo, depende de múltiples fuentes. Los ensayos allí reunidos fueron publicados antes en *Paradoxa* y *Conjetural*, la primera una revista de literatura y filosofía, y la segunda de psicoanálisis. En ambos casos la participación de Ritvo fue fundamental, de manera que las coordenadas temáticas y disciplinares de las revistas orientan las búsquedas de un libro cuyos capítulos son ensayos de alguna manera independientes. Los ensayos tomados de *Conjetural* son: “La lectura alegórica” (Nº4, 1984), “Escritura áurea y discurso mítico” (Nº6, 1985), “Mediación y repetición” (Nº10 y Nº14, 1986 y 1987) y “El acto y el humor” (Nº25, 1992). De *Paradoxa*: “La lengua de la traducción” (Nº1, 1986), “Creencia y argumentación” (Nº2, 1987) y “Walter Benjamin y la retórica de la ciudad” (Nº3, 1989). La conformación de este conjunto de ensayos en libro –cabría preguntarse si también en *obra*–, estuvo a cargo de Alberto Giordano, quien propuso el orden de los ensayos y también escribió el prólogo del libro titulado “Una lógica de la sensibilidad”. *La edad de la lectura* se reeditó en 2017, pero esta vez la edición estuvo a cargo de Carlos Surghi.

Volviendo a la construcción teórica de la noción de “lectura” de Ritvo, sobre todo al impacto de Blanchot en ella, es preciso destacar el impacto del ensayo de Paul de Man “La circularidad de la interpretación en la obra crítica de Maurice Blanchot” publicado originalmente en el número 229 dedicado a Blanchot de la revista *Critique* (1966), y traducido al español por *Eco. Revista de la Cultura de Occidente* en el número 238 durante el año 1981. Juan Ritvo tenía en los ochenta varios números de esta revista, entrando en

contacto con Paul de Man justamente a partir de su ensayo sobre Maurice Blanchot. De esta manera nuestra hipótesis es que la propuesta de Paul de Man, que como vimos en el capítulo 1 consiste en describir el movimiento de lectura teorizado por Blanchot como “deconstrucción” de la polaridad sujeto/objeto en el acto de interpretación, puede entenderse en línea con los desarrollos de Juan Ritvo también sobre el tema de la lectura –con la particularidad de que en Ritvo, adepto a la discusión filosófica como Blanchot y De Man, la tendencia al psicoanálisis es sustancialmente mayor a la de los otros dos–. Así, mientras de Man lee el ida y vuelta, la circularidad, entre Blanchot y la poesía de Mallarmé, Ritvo replica el movimiento pero entre Benjamin y Baudelaire. La clave está en el movimiento de lectura que rompe la polaridad sujeto/objeto (y diríamos también, la circularidad) y habilita también, en nuestra investigación sobre Blanchot en Argentina, entender los procesos de recepción a partir de la deconstrucción del par presencia/ausencia.

La noción de “lectura” en el corpus de autores que trabajamos se construye a partir de una concepción específica de la “obra literaria”, que se destaca por un modo particular de concebir sus vínculos no sólo con quien la escribe y quien la lee, sino también con la cultura en términos generales. En todos estos casos, hay un distanciamiento respecto de la hermenéutica de Heidegger (particularmente de las reapropiaciones de Gadamer), que en el caso de Ritvo se da en relación con una crítica al positivismo y su impacto en la constitución de las ciencias humanas. Como vimos con *Sitio*, sobre todo en el caso de “El ensayo un género culpable” de Grüner, todo esto supone un posicionamiento específico respecto del saber en el que se reformulan las nociones de sujeto, lenguaje, obra literaria, cultura e historia. La noción blanchotiana de obra, construida a partir de la dialéctica hegeliana pero también de la hermenéutica heideggeriana, constituye uno de los puntos centrales de este movimiento, que se complejiza cuando también entra en juego la lógica de la impugnación proveniente de Nietzsche y la tentativa por impugnar los valores en su crítica a la metafísica occidental. Esto lo veremos más adelante cuando analicemos la clase inaugural de la cátedra “Teoría de la lectura” dictada por Juan Ritvo en 1985.

Pero volvamos a *La edad de la lectura*, libro donde uno de los ensayos centrales es el dedicado a Walter Benjamin. Ritvo señala a propósito de Walter Benjamin que desde un punto de vista conceptual su obra puede parecer inconsistente al enlazar, por ejemplo, mesianismo con marxismo, o al proponer expresiones contradictorias como la de “imagen dialéctica”, en la que “imagen” se sustrae del movimiento dialéctico, lo cual le ha valido “el reproche de haber yuxtapuesto (...) elementos de la estructura con la superestructura” (Ritvo, 2017, 28). ¿Cómo leer esta mezcla de elementos disímiles? La propuesta de Ritvo consiste en

distinguir “metáfora” de “concepto” –y explicar en estos términos, por ejemplo, la disputa teórica entre Adorno y Benjamin–: mientras el concepto tiende a la generalización y la totalización, la metáfora tiende a la “destotalización” porque implica que cada acto del lenguaje arroja un “residuo de indeterminación semántica” –para utilizar un término de De Man– que excede y desbarata cualquier intento lógico por asirlo. Ritvo afirma entonces que “Benjamin presupone los conceptos y lo hace sólo para dejar que irrumpa en ellos la metáfora” (2017, 195). En Theodor Adorno el concepto operaría de manera inversa: si bien se lo considera como abierto y fragmentado, el sujeto en última instancia sigue siendo capaz de lograr su unidad: “el movimiento del concepto, de la cosa misma, es también al mismo tiempo el movimiento reflexivo explícito del sujeto que contempla” (2017, 199 dice Adorno sobre Benjamin a propósito de *La obra de los pasajes*). De esta manera, la crítica de Adorno a Benjamin se basa en que “no advierta que la reflexividad –la de la cosa, la del sujeto– es una y la misma” (2017, 203), apelando a un esquema propio de la dialéctica hegeliana.

En este punto es pertinente recuperar una referencia histórica: Ritvo publica *La edad de la lectura* en 1992, libro que como vimos recopila ensayos escritos en distintas revistas durante los años ‘80, mientras que en 1996 aparecen publicadas en *La ideología estética* las últimas clases de Paul de Man dictadas entre 1977 y 1983. Como destaca Andrezej Warminski en la introducción de este libro, De Man plantea aquí una deconstrucción de los sistemas filosóficos modernos de Kant y Hegel, argumentando que que la estabilidad de ambos sistemas depende de una categoría de lo estético que desconoce –o mejor, debe desconocer– las trampas a las que nos expone la retoricidad del lenguaje. En relación a esto, tal como vimos en el capítulo 1, De Man en “Signo y símbolo en La estética de Hegel” puntualiza el lugar incómodo que se le otorga a la alegoría: “la alegoría narra, en términos de Hegel, la separación/desarticulación del sujeto respecto del predicado [die Trennung von Subjekt und Prädikat]” (1996, 104). Para que el discurso tenga sentido y pueda significar, argumenta De Man, esa disyunción entre sujeto y objeto necesariamente debe tener lugar, aunque sea incompatible con la exigencia de generalidad de todo concepto; la apuesta se da aquí por la alegoría: “la alegoría funciona como la defectuosa piedra angular [defective cornerstone] de todo el sistema (...) la filosofía de Hegel [la dialéctica] es de hecho una alegoría de la disyunción entre (...) la experiencia literaria y la teoría literaria” (1996, 104). Nos interesa volver reponer al menos brevemente esta lectura en la medida en que por los mismos años en que Paul de Man escribiera estos artículos, Ritvo explica de manera análoga la discordancia entre Adorno y Benjamin. Para Ritvo, en Benjamin “el retorno desde los seres y cosas a la subjetividad se registra de un modo oblicuo y a través de la alegoría, historias,

descripciones, citas y citas de citas” (2017, 204). Ritvo parece llegar, por otro camino, al mismo lugar que Paul de Man: “La metáfora asiste al derrumbe del inmenso y rico edificio de Hegel” (2017, 206). La lectura que Ritvo propone de Benjamin se basa en la posibilidad de vincular la experiencia de la ciudad moderna con el surgimiento de un modo de pensar alegórico/metafórico. Y esta vinculación se sostiene en tanto supone la deconstrucción de la polaridad entre sujeto-objeto propuesta por la filosofía moderna (Kant y Hegel principalmente), que se resume en la siguiente cita:

Los objetos que yuxtapone Benjamin son calles, casas y avenidas vacías, barricadas que crecen hasta desalojar a los insurrectos, miniaturas que parecen sobrevivientes de una catástrofe (...) El objeto, por fin, se acaba de liberar de la correlación sujeto/objeto. Hermosa liberación que muestra el poder solitario de convocación que tiene un objeto cuyo aura es precisamente su aura en ruina, cuya historia tiene el vértigo y el espesor del pasado, cuyo futuro es la extinción. Un objeto solitario hace señas a un lector solitario (2017, 39-40).

La lectura así entendida es el espacio donde tiene lugar la deconstrucción de la polaridad sujeto/objeto¹¹⁹. Incluso, recordemos que Paul de Man le asigna un lugar central a la lectura ya que la tensión entre gramática y retórica, al punto que es en la lectura que se manifiesta la *resistencia* en la medida en que “es el proceso del que necesariamente participan ambas. Resulta que la resistencia a la teoría es, de hecho, resistencia a la lectura” (De Man, 2002, 15). Recordemos que para establecer la idea de lectura como experiencia ambivalente, De Man cita *El espacio literario*:

El acto de lectura no cambia ni agrega nada a lo que ya estaba allí; deja que las cosas sean como son; es una forma de libertad, pero no la que otorga o quita, sino una libertad que acepta y consiente, que dice sí. Sólo puede decir sí y, en el espacio abierto por esta afirmación, permite que la obra se establezca como la inquietante decisión de su voluntad de ser – y nada más (Blanchot, 1955, 202).

A continuación, nos proponemos rastrear estos problemas en la clase inaugural de la cátedra “Teoría de la lectura” dictada por Juan Ritvo en la Universidad Nacional de Rosario durante el año 1985, y editada como libro en *No hay Teoría de la Lectura* (2017) por Eduardo Elizondo y Ricardo Bianchi. Empecemos por un dato histórico: en 1982 Paul de Man publica por primera vez el artículo “The Resistance to Theory” en la *Yale French Studies* número 83, tras no haber podido publicada en el volumen de la MLA titulado *Introduction to Scholarship in Modern Languages and Literatures*. Luego de su muerte en 1983, Wlad Godzich publica *The Resistance to Theory* como libro que contaba con el ensayo homónimo, una introducción del editor, una entrevista a Paul de Man, una lista bibliográfica con sus textos y cinco ensayos

119 La traducción es nuestra.

más¹²⁰. Recién en 1990 Elena Elorriaga y Oriol Francés traducen el libro compilado por Godzich al castellano, en la editorial madrileña Visor.

Esta contemporaneidad entre Ritvo y De Man, por supuesto historizable, responde sin embargo a “algo” que excede la historización. La simultaneidad y coincidencia en torno a la “lectura” se ubica en el fenómeno de la “resistencia” como un problema inherente al lenguaje y, por tanto, a la labor teórica. En este esquema la “lectura” tiene una potencia radical, mucho mayor a lo que el discurso académico puede admitir, en la medida en que interrumpe el nexo de continuidad entre un determinado fenómeno y su construcción teórica, señalando así su propia causa: la disyunción entre lenguaje y percepción. La unión entre estos dos elementos constituye uno de los fundamentos básicos de la cognición, sobre la que se construyen instancias como la “percepción, conciencia, experiencia y la lógica de la comprensión, por no mencionar a la estética que les acompaña” produciendo “un cambio total en la organización y la conceptualización del conocimiento, del cual el lenguaje, concebido como un doble sistema de tropos y persuasión, es decir como una entidad retórica, emerge como la dimensionalidad ineludible de toda cognición” (Godzich, 2002, X). Es a partir de este punto que nuestra investigación entiende la recepción de Blanchot en Argentina como “resistencia”.

Proponemos a continuación un análisis de la clase inaugural de “Teoría de la lectura” dictada por Ritvo, asumiendo el riesgo de performar la propia operación que el texto está poniendo en cuestión. Nos detenemos en esta clase en tanto es un momento de condensación de las problemáticas que venimos trabajando en esta investigación, porque como veremos es una ocasión de institucionalización pero al mismo tiempo de sustracción de Blanchot respecto del ámbito universitario. Aunque en la clase no hay referencias a Blanchot, podemos identificar en distintos momentos su presencia como ausencia –en el que es otro modo de describir la lógica de las influencias–, de modo que nuestra tarea, en esta lectura del texto, consiste en ir en búsqueda de eso que no está, de eso que falta. Por supuesto, la única manera de hacerlo es conjeturar. Entonces cuando leemos la clase de Ritvo transcrita en forma de texto, lo comentamos pero también realizamos otra operación que excede el comentario. Se trata de la lectura de las resistencias, en este caso específico, de lo que llamamos la resistencia a Blanchot: aquello por lo cual emerge cuando falta, y difiere o resta cuando está presente.

La exposición de Ritvo tiene todos los elementos de una clase inaugural, donde se anuncian las decisiones teóricas y metodológicas que sostienen la propuesta del plan de trabajo de la cátedra, que cuenta con cuatro secciones: “lectura a la hermenéutica” (Ritvo, 120 *Cursivas en el original.*

2017), la instauración de la Filosofía como género cultural, la problemática del par leer-escribir y, por último, un segmento dedicado a leer textos enfrentados (los ejemplos que se dan son Pascal-Descartes y Hegel-Kierkegaard). En la clase inaugural se presenta la primera parte del programa que Ritvo denomina “lectura a la hermenéutica”, con la particularidad de que la transcripción de esta clase en forma de texto escrito incorpora distintas intervenciones de los estudiantes, otorgando al texto la forma de diálogo o conversación.

Teniendo en cuenta el tema a desarrollar en la primera clase, Ritvo construye una descripción del acto de interpretación y luego lo deconstruye por medio de una interrogación detenida de cada elemento de la descripción, a partir de un movimiento reflexivo que indaga en todos los elementos que la descripción supone, dado que su objetivo es justamente discutir los criterios de interpretación establecidos en la lectura. Para Ritvo, si se interroga la evidencia de la lectura “se produce un escándalo, un escándalo de tal bulto que tiene que cuestionarse forzosamente todo (...) incluso la existencia misma de la Filosofía” (2017, 19). En las materias metodológicas que “enseñan a leer” según los protocolos universitarios, dice Ritvo, primero se trata de captar aquello que quiso decir el autor (por esto es mejor entrar en contacto con el texto en su idioma original). Luego de esto, la operación vira hacia la problemática de entender qué es lo que el autor está diciendo en el marco de una época, de un contexto histórico determinado en el que se inscribe. Por último, el tercer paso consistiría en juzgar el texto leído, estableciendo criterios morales que permitan decidir si el texto es bueno o malo en función de aspectos racionales (tiene o no razón, por tanto acuerdo o desacuerdo) e incluso estético (es bello o no). Para Ritvo este es el esquema básico de la comprensión o exégesis de textos que predomina en la enseñanza universitaria argentina, consistente en una primera operación de lectura basada en la dimensión literal del texto que sirve como condición preparatoria para la elaboración de un juicio crítico sobre lo leído.

A partir de este esquema, Ritvo comienza por una pregunta básica: “¿qué es esto de que alguien quiera decir?” (2017, 19), que evidencia la presuposición de la existencia de un autor que se expresa en su obra. Para deconstruirlo recurre, pero sin mencionarlo por su nombre, a la distinción blanchotiana entre autor y obra de arte, tal como se desarrolla en *El espacio literario*: el elemento que garantiza la unión entre alguien que escribe y “su” obra es el libro publicado, firmado por la persona que lo escribió. Pero como venimos viendo a lo largo de nuestra investigación, una de las distinciones fundamentales de la propuesta blanchotiana es la distinción entre obra y libro como forma de problematizar e impugnar el proceso hermenéutico. Esta forma de concebir la obra excede la categoría de libro y también

la de autor, poniendo en cuestión la pretensión inicial de “extraer el sentido literal” (2017, 20) del texto, sobre la que se basa el proceso hermenéutico de interpretación.

De esta forma, podemos rastrear en la reflexión de Ritvo acerca de la hermenéutica varios aspectos de la propuesta de Blanchot sobre el mismo tema. En este sentido, creemos que la singularidad compartida por las lecturas de Blanchot y Ritvo consiste en una particular articulación entre dialéctica hegeliana y hermenéutica heideggeriana, que puede entenderse como su deconstrucción. En el texto de Ritvo que estamos analizando, esto se ve de forma clara en las críticas que realiza a la figura de Hans Gadamer, principalmente en torno a su libro *Verdad y Método*¹²¹, a quien acusa de simplificar el pensamiento de la dialéctica hegeliana en sus teorizaciones sobre la hermenéutica. Para desarrollar este tema y explicar qué es la hermenéutica, Ritvo analiza una cita de Martín Lutero: “«Quien no entienda (se podría traducir entienda o intuye, pero no es lo mismo, vamos a dejarlo así) a las cosas, no puede de las palabras extraer el sentido»” (2017, 21). El punto de partida de la interpretación es entonces la aprehensión mediante un acto directo e inmediato cuyo objeto, en el caso de la lectura, es un signo artificial definido a nivel verbal por sonidos y palabras.

Este esquema se construye a partir de una polaridad doble (interioridad / exterioridad; lo mismo / lo otro) que implica por tanto un conjunto determinado de presupuestos acerca del funcionamiento del lenguaje. Así, habría un pensamiento interior que se vuelca en la palabra como instancia de pasaje hacia el exterior. En este proceso el riesgo que se corre es que lo interior se pierda en su exteriorización, de modo que la tarea de interpretación consiste en recobrar esa interioridad enajenada: “al exteriorizarse se objetiva y al objetivarse se pierde, se corre el riesgo de que ese sentido espiritual interior, se vuelva exterior y al exteriorizarse sea irrecuperable, se vuelva, como se suele decir, extraño” (2017, 22). Aquí entra en juego la tarea de la interpretación, que entonces consiste en “volver extraño lo otro a la mismidad del espíritu” (2017, 22). Ritvo no sólo reconoce los elementos hegelianos de su argumentación sino que los profundiza. La pérdida de lo interior, de lo espiritual, en la palabra se puede revertir cuando, a partir de esa exterioridad que es la palabra, extraemos su sentido interior. La tarea del hermeneuta es:

extraer de la letra el espíritu que lo anima, la letra es muerta y el espíritu es vivo, pero a la vez la letra, inversamente, mata el espíritu, es decir, que el hermeneuta tendría que volver Uno lo que es Otro, volver para sí lo que es para otro o perdido (2017, 22).

Podemos reconocer aquí una de las principales sentencias de Blanchot en “La literatura y el derecho a la muerte”, donde afirma que la esperanza de recobrar lo rechazado por el lenguaje

121 De este tema nos ocuparemos especialmente en el apartado 1.6. del capítulo 3.

se encuentra en el lenguaje mismo, en el hecho de que las palabras también son cosas: “¿Dónde reside, pues, mi esperanza de alcanzar lo que rechazo? En la materialidad del lenguaje, en el hecho de que las palabras también son cosas (Blanchot, 2007a, 290-291)”. Ritvo lo establece en términos similares: “Reconocer en lo extraño lo propio (...) lo extraño sería el texto tomado en su materialidad, cuando uno escribe, algo se pierde, se pierde el espíritu y hay que tornarlo familiar” (Ritvo, 2017, 23). El movimiento del espíritu (en términos hegelianos) consistiría así en animar la letra muerta, en volver familiar lo extraño, investirlo de sentido, por medio de la tarea de lectura e interpretación.

Volviendo a la descripción de las tres instancias del proceso hermenéutico, tenemos entonces la presuposición de que hay un autor, de que hay una obra con un sentido concluso y de que existe algo como el “espíritu de época” que puede ser captado a partir de la inscripción de las primeras dos instancias en un tiempo y espacio determinados. El impacto de este esquema en el ámbito académico se plasma, para Ritvo, en la tendencia a la construcción de periodizaciones que segmentan la historia del pensamiento, espíritu y letra escrita, en escuelas y movimientos como el romanticismo, el clasicismo, el idealismo, etc. Estamos ante un esquema que resuelve dialécticamente las polaridades interior / exterior y lo propio / lo extraño, garantizando el proceso de comprensión del sentido como parte fundante de la constitución del saber. Ritvo reduce estos presupuestos al máximo en la siguiente frase: “alguien cuando escribe se expresa en el texto, en el sentido de que algo interno va hacia afuera” (2017, 29).

Ahora bien, precisamente en este punto podemos decir que las propuestas de Ritvo, así como también la de Blanchot, se distancia tanto de la hermenéutica heideggeriana como de la dialéctica hegeliana y construye una conjetura singular sobre el acto de lectura que supone y demanda una reorganización de los elementos que constituyen el espacio del saber. Recordemos que Levinas, cuando circunscribe la cercanía y la distancia de Blanchot respecto de Heidegger, afirma que en Blanchot el movimiento de retorno hacia la obra, hacia el lenguaje como “cosa” material, no constituía el encuentro con la verdad como en Heidegger sino que, por el contrario, la búsqueda de la anterioridad, el movimiento de Orfeo en búsqueda de la imagen de Euridice, no conduce hacia la verdad del ser sino a su oscuridad, extrañeza y errancia¹²². En línea con esto, dice Ritvo que cuando alguien lee usualmente se tiene “la impresión de que no me está hablando a mí sino a otro” (2017, 25). Esto supone que se está ante un mundo extraño, mientras que uno, cuando lee, está en casa. Pero ¿qué es esta familiaridad y esta extrañeza? Podemos entender la puesta en cuestión de esta relación a

122 El resaltado es nuestro.

partir de la afirmación de Levinas sobre Blanchot: lo conocido es tan desconocido *para mí* como lo desconocido mismo. Es el reverso oscuro del círculo de interpretación hermenéutica, que lee en espejo y rechaza la diferencia para apropiarse del espíritu, de la unidad del sentido, a partir de la interpretación de la letra. Pero al hacerlo, rechaza la diferencia y “en lugar de leer el texto lo que hace es imaginizarlo” (2017, 26).

Estamos ante el punto de llegada de la argumentación de Ritvo que, como desarrollamos, se encuentra íntimamente ligado no sólo a los desarrollos de Blanchot en torno a Hegel y Heidegger que venimos describiendo en nuestro trabajo, sino también a la tesis de la resistencia a la teoría de Paul de Man. Ritvo afirma que el “alcance metodológico que podría tener esta materia [es] introducir aquello que está habitualmente censurado” (2017, 32), aquello que históricamente se ha designado con un sinfín de palabras y metáforas por la imposibilidad misma que supone la denominación de un fenómeno que resiste a ser denominado. Lo censurado, lo transgresor, lo inconsciente, la diferencia o, para decirlo con Blanchot, lo *neutro*. Recordemos que la resistencia a la teoría es para Paul de Man una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje, y podemos ubicar esta resistencia para Ritvo en el reverso de la lectura hermenéutica: “¿Qué encubre el espíritu hermenéutico? Que hablar de lenguaje es obsceno, mientras que hablar del pensamiento es tranquilizador” (2017, 32). Para concluir este apartado, que busca describir las teorizaciones de Ritvo, Blanchot y Paul de Man como parte de un movimiento que coincide en tomar la resistencia como fenómeno constitutivo del lenguaje y la subjetividad, recuperamos el párrafo final del texto de Ritvo donde podemos ver que los efectos de estas teorizaciones en torno al problema de la lectura se extienden al campo del saber, a la vez que se describen por medio de la metáfora temporal del “por-venir” utilizada por Blanchot y también recuperada por *Sitio* en el Anexo titulado “El ensayo que vendrá”. Situados en la década de 1980, esta es la modulación fundamental que adquiere la recepción de Blanchot en el segmento de la crítica literaria y cultural argentina que venimos describiendo:

Pero eso que he leído, eso que de algún modo he entendido, es algo familiar, pero familiarmente extraño, puesto que no lo sé. El escándalo de la lectura revela el reverso de la operación hermenéutica. Revela que he entendido cosas que no sé. Que estoy, como lector, dividido por ese saber que me implica y que no hago más que interrogar, hacia atrás, qué es lo entendido. Pero para tratar de captarlo en el futuro, como un saber por venir, que habrá de venir (Ritvo, 2017, 32).

3.1.5. De *Paradoxa* al *Boletín*: A. Capdevila sobre Blanchot y la novela

Las investigaciones de Analía Capdevila en torno al problema de la novela, más específicamente de la novela corta, nos permiten rastrear la presencia de Blanchot en el pasaje de *Paradoxa* al *Boletín*. En el segundo número de *Paradoxa* del año 1987 Capdevila publica el ensayo “Blanchot y la novela”, donde lee en conjunto las reflexiones blanchotianas sobre la novela con el libro de Marthe Robert *Novela de los orígenes y orígenes de la novela* editado por Taurus en 1973. A partir de estos autores Capdevila afirma que el “poder de la novela” radica en los “efectos de lectura” que puede producir, y para argumentar su hipótesis parte del procedimiento blanchotiano consistente en presentar una serie de polaridades en torno al problema de la novela pero sin intentar resolverlas dialécticamente: “Formulados a la manera de oposiciones nunca resueltas –ningún término ‘reduce’ al otro sino que ambos se mantienen en un espacio paradójico– plantean cada uno la cuestión de la esencia de la novela” (Capdevila, 1987, 95). Las polaridades presentadas son: real/imaginario, verdad/mentira y vida/novela. En términos generales, su propuesta discute el modo en que el género “realismo” define el lugar de la literatura a partir de las dicotomías mencionadas. Siguiendo varios textos de Blanchot (un total de dieciséis textos, que aparecen prolijamente referenciados al final del ensayo), Capdevila desarma las oposiciones y teoriza una forma alternativa de concebir tanto la “novela” como el “realismo”. La lista bibliográfica de los textos con los que trabaja son de suma importancia para nuestra investigación, ya que nos permite reconstruir los materiales de Blanchot con los que contaba el grupo rosarino. Capdevila las “Digresiones sobre la novela” de *Falsos pasos* (Pre-textos, 1977), particularmente “Mallarmé y el arte de novelar”, “Lautréamont”, “El arte de novelar en Balzac”, “La joven novela”, “El enigma de la novela”, “La novela *L'Étranger*”, “El ángel de lo extraño”, “Chaminadour” y “Tiempo y novela”. De la edición de *El libro que vendrá* (Monte Ávila, 1969) cita “No cabe la posibilidad de un Buen Final”, “El infinito literario: el Aleph”, “El fracaso del Demonio: la Vocación” y “La vuelta de tuerca”. Y también cita “La novela, obra de mala fe” publicado en la revista colombiana *Eco* (número 253, 1982) y “La literatura y el derecho a la muerte” publicada en el libro de Maurice Nadeau *La novela francesa después de la guerra* (Monte Ávila, 1971). Esta última mención, respecto del ensayo “La literatura y el derecho a la muerte”, puede pasar desapercibida si no destacamos su singularidad: como venimos viendo desde el comienzo de nuestra investigación, este ensayo es determinante en el conjunto de la obra crítica de Blanchot sobre todo si consideramos su temprana publicación y el fuerte impacto que tuvo en las décadas siguientes. A su vez, teniendo en cuenta que la primera traducción completa del ensayo al español ocurre recién en 2007 con la publicación de *La parte del fuego* en la editorial Arena Libros, la traducción que

referencia Capdevila en su estudio constituye la única versión del ensayo en castellano que se encontraba disponible durante aquellos años, y que además tiene la característica de contar sólo con algunos fragmentos y no con el texto completo.

No obstante, aunque no aparezca citado, buena parte de la argumentación de Capdevila se sostiene a partir del ensayo “Las dos versiones de lo imaginario” de *El espacio literario* –uno de los motivos más trabajados por los grupos rosarinos–. De esta manera, la apuesta consiste en pensar “lo real como imaginario” en la novela, distanciándose de la estética realista que supone lo imaginario como una copia de lo real. Para hacerlo, Capdevila recurre a la concepción blanchotiana del lenguaje como tensión entre la presencia y la ausencia que se encarna en la imagen. En línea con esto, para discutir la opción del realismo entre “verdad” y “mentira”, Capdevila afirma que la verdad de la novela es la “fascinación novelesca” (recordemos que, en el texto “Las dos versiones de lo imaginario”, la imagen es aquella instancia capaz de producir fascinación en la mirada del lector). Respecto de la última polaridad, Capdevila analiza la vida “en” la novela a partir del ensayo de Blanchot sobre *Otra vuelta de tuerca* de Henry James. En esta utilización podemos rastrear la influencia de *Las letras de Borges* de Sylvia Molloy, ya que Capdevila también se detiene en la teorización blanchotiana sobre la “presión narrativa” para analizar la novela de James: “La presión que ejerce la narración sobre la verdad de la narración, con el objeto de provocar en el lector ‘la sugestión de un efecto’, ‘el extraño temblor de espanto’ que impresione su sensibilidad” (Capdevila, 1987, 98). Así, podemos ver que en este ensayo Blanchot aparece como parte fundamental de una perspectiva crítica que focaliza en un particular modo de concebir “lectura” literaria, lo cual puede entenderse en el contexto de los desarrollos que todo el grupo de *Paradoxa* realizó en torno del problema de la lectura.

Ahora bien, como mencionamos anteriormente, resulta interesante analizar el recorrido de las investigaciones de Analía Capdevila en el pasaje de *Paradoxa* al *Boletín*. En el primer número del *Boletín*, publicado en 1991 aparece “Apuntes sobre la novela corta” donde Capdevila recupera y amplía los temas desarrollados en el ensayo “Blanchot y la novela”¹²³. Pero esta no es la única referencia blanchotiana del número inaugural del *Boletín*, ya que allí también Sandra Contreras traduce “El lenguaje de la ficción” de *La parte del fuego* (libro que todavía no tenía una circulación extendida en español, que se realizaría

123 La articulación del “tono” con la narración de voces es un movimiento que también se encuentra en el libro de Giordano *Manuel Puig. La conversación infinita* (2001). Como mencionamos anteriormente, este libro recoge la tesis doctoral de Alberto Giordano, donde los temas de la “micropolítica” y el “devenir menor” (Deleuze y Guattari) de la literatura se desarrollan a partir de una idea del “tono” como silenciamiento del discurso y manifestación de la presencia de lo singular, que está muy marcada por la obra de Blanchot.

algunos años más tarde), y Sergio Cueto escribe un comentario de ese texto de Blanchot con un título homónimo (“El lenguaje de la ficción”). Sumado a esto, Giordano firma el ensayo “De la subjetividad en la lectura”, lo cual nos permite redondear los intereses del grupo en torno, no sólo a Blanchot, sino también al problema de la lectura.

A su vez, en este punto podemos ver que la recepción de Blanchot en Argentina se da en contacto con la de Deleuze, sobre todo a partir del mayor grado de institucionalización que adquiere el grupo de Rosario cuando comienzan a presentar solicitudes de subsidios para realizar sus investigaciones. En “Apuntes sobre la novela corta”, Capdevila reúne las obras de Deleuze y Guattari con la de Blanchot sobre el tema de la novela corta, refiriendo a un ensayo de Nora Avaro en el que se destacan las similitudes entre la definición de Blanchot sobre el “arte de narrar” en Henry James, con el capítulo de *Mil mesetas* “1874. Tres novelas cortas, o ‘¿qué ha pasado?’”. Luego de reponer una cita de cada texto¹²⁴, Capdevila afirma: “No necesitamos subrayar las dos últimas frases de cada una de las citas para poner en evidencia las similitudes. Más bien queremos servirnos de ellas para iniciar nuestro comentario acerca del género que nos ocupa” (1991, 16). De esta manera, a lo largo del texto Capdevila busca circunscribir de manera más precisa aquello que presentó en el ensayo de *Paradoxa*. Así, desarrolla la problemática de la novela corta en relación con el “tiempo” que ella presenta, tiempo que aparece como un presente expandido que anula las tres dimensiones temporales frecuentes en la narrativa (pasado-presente-futuro). En este sentido, el *efecto* de la novela se define como un “momento en el que el mundo se suspende en un presente” (1991, 17), lo cual le permite recalibrar lo que en *Paradoxa* había definido en términos de “el efecto como *poder de la novela*”. Sin perder el énfasis característico en torno al problema de la lectura, concluye Capdevila:

sería mejor hablar de *efecto de suspensión*, en tanto lo que se juega en el lector es una fascinación por el secreto, por lo que ante él se sustrae misterioso (...) La forma del secreto en la novela corta es la expresión de esa ambivalencia sutil del *tono* del escritor, que sugestiona al lector al atraerlo hacia lo que se mantiene a distancia (1991, 18).

3.1.6. Fuerza y resistencia: Maurice Blanchot. Un ejercicio de paciencia y “Notas para una política de la literatura” de Sergio Cueto

¹²⁴ No obstante, más adelante cuando trabajamos con la tesis doctoral de Judith Podlubne, haremos mención a Manuel Puig. *La conversación infinita* (2001) ya que allí Giordano desarrolla el concepto de “tono” con una fuerte impronta blanchotiana en su articulación teórica, para leer la singularidad de las voces en la obra del escritor argentino Manuel Puig.

Entre los participantes del grupo de *Paradoxa* y el *Boletín* Sergio Cueto es quien más cercanía tuvo con la obra de Maurice Blanchot. Podemos rastrear la presencia del escritor francés en muchos de los ensayos y libros publicados por Cueto desde mediados de la década de 1980 en adelante. Entre ellos, por supuesto, se destaca *Maurice Blanchot. Un ejercicio de paciencia* (publicado por la editorial Beatriz Viterbo en 1997), el primer libro enteramente dedicado a Blanchot en Argentina. A diferencia de Giordano y Ritvo, para quienes Blanchot fue una referencia para abordar de forma crítica tanto el estructuralismo, los estudios de epistemología y la crítica ideológica, Cueto afirma que para él:

Blanchot era otra cosa. No me servía para deconstruir el estructuralismo. Yo lo empecé a leer en relación con Heidegger. Me interesaba la filosofía de la literatura pero nunca encontraba que leer. Y un día descubrí a Blanchot, en la casa de Analía Capdevila en el año 80. Abrí el libro [se refiere a *El espacio literario*] y me dije: ‘esto es lo que hay que hacer’. No pensaba a Blanchot en el horizonte de algún problema, por ejemplo el de la epistemología o el estructuralismo. A mí me encantaba lo que Blanchot hacía con la literatura: partía de la idea básica de que la literatura era pensamiento, que la literatura pensaba de manera extraña (Comunicación personal, 10 de diciembre de 2018).

Así, se demarca de los acercamientos respecto de la obra de Blanchot de sus compañeros de grupo. Cueto se destaca por ser el que estableció relaciones más íntimas con la obra de Blanchot, constituyéndose al interior de su grupo de estudios como una referencia ineludible sobre el tema. No obstante, esta forma tan singular de relacionarse con Blanchot no le impidió involucrar segmentos de su obra en textos críticos y teóricos con distintos objetos, como por ejemplo en el caso de *Seis estudios girrianos* y “Notas para una política de la literatura” (ambos publicados en 1993). En lo que sigue, primero proponemos analizar la presencia de Blanchot en este último ensayo y, a partir de esto, ingresar a *Maurice Blanchot. Un ejercicio de paciencia*.

“Notas para una política de la literatura” encabeza el número 3 del *Boletín* publicado en 1993, que también cuenta con los textos “Literatura y poder según Roland Barthes” de Alberto Giordano, “Adorno y el problema de las mediaciones” de Sandra Contreras, “Para una lectura política de la traición de Astier” de Analía Capdevila y “Victoria Ocampo: V. O.” de Adriana Astutti. Como mencionamos anteriormente, el texto de Cueto ocupa un lugar programático para el grupo de investigación, sobre todo en lo que concierne a los desafíos crítico-teóricos cuando se intenta trabajar con las políticas de la literatura –lo cual constituye una de las apuestas centrales en la transición de los primeros grupos de estudios rosarinos a su institucionalización por medio del ingreso de sus participantes a organismos académicos y científicos, así como también por el otorgamiento de subsidios para la investigación–. A su

vez, este texto puede leerse en línea con el de Giordano, que es un antecedente inmediato de *Barthes. Literatura y poder* (1995). En relación con estos dos casos, nuestra hipótesis es que tanto en Giordano como en Cueto podemos encontrar una modulación singular en la crítica literaria argentina de la idea blanchotiana de la literatura como impugnación de la cultura tal como aparece en el ensayo “Los grandes reductores”. De hecho, en la contratapa de la esporádica colección de *Paradoxa* llamada “El ensayo literario” y dirigida por Alberto Giordano, encontramos la frase de Blanchot de “Los grandes reductores”¹²⁵ que funciona como guía de lectura para los participantes del grupo. Es importante destacar que parte del ensayo de Cueto también apareció publicado en el número 36 de *Diario de poesía* (1996), lo cual constituyó una instancia de visibilidad no sólo para los trayectos de los participantes del grupo, sino también para la circulación de la propuesta blanchotiana respecto de la literatura como impugnación de la cultura¹²⁶.

Ahora bien, ocurre que en un caso más de lo que denominamos *resistencia*, no aparecen en los fragmentos recortados para *Diario de poesía* las distintas referencias a Blanchot, pero sí las de Deleuze y Guattari en torno a la micropolítica. Justamente, una de las particularidades del ensayo de Cueto consiste en reunir los aportes de Blanchot en torno a la relación entre literatura y cultura, con las teorizaciones sobre la política de Deleuze y Guattari. La apuesta de Cueto consiste en repensar los vínculos entre literatura y política sin proponer una nueva “teoría” sobre la literatura, sino repensando qué entendemos por política. Pero para hacerlo, primero establece una determinada forma de pensar la relación entre literatura y cultura que depende en gran parte del acercamiento blanchotiano. Es por esto que las referencias a Blanchot se concentran en la primera parte del texto, mientras que desde la mitad hasta el final las referencias que sobresalen son las de Deleuze y Guattari.

De esta manera, en el comienzo del texto, Cueto discute con los posicionamientos críticos que reducen la literatura a una manifestación cultural –especialmente con lo que se identifica como crítica ideológica, según la cual “La literatura, no importa de qué modo y con qué matices, forma parte de la *cultura*, es una manifestación cultural” (Cueto, 1993, 2)–. El sentido de la palabra “cultura” utilizada por Cueto está fuertemente influido por Blanchot. La cultura es vista como homogeneización, totalización, apropiación, acumulación y preservación. De esta manera, “cultura” refiere al ejercicio del poder, al movimiento

125 Con la siguiente frase concluye el ensayo de Blanchot sobre Borges: “La diferencia entre lo real y lo irreal, el inestimable privilegio de lo real, reside en que hay menos realidad en la realidad por no ser esta más que irrealidad negada, apartada por el enérgico trabajo de la negación y por esa negación que es también trabajo” (1969, 112).

126 Esta cita es de la clase inaugural de la cátedra “Teoría de la lectura” en la Universidad Nacional de Rosario durante el año 1985. Lo analizaremos específicamente en el capítulo 3.

dialéctico de apropiación de las diferencias: “Conservación y progreso son los valores de la cultura: conservación del pasado, construcción del futuro sobre ese fundamento a favor de una estricta continuidad del presente (...) La confirmación última y más gloriosa del poder humano, del hombre como poder” (Cueto, 1993, 2). A esta forma de reducir la literatura a la cultura, Cueto opone la perspectiva de Blanchot: la literatura no sólo no está justificada sino que se caracteriza por interrogarse a sí misma de forma radical:

puede decirse, con Blanchot, que la literatura es lo irreductible, lo irrecuperable para y por la cultura, que es contestación del poder establecido, de lo que es, del lenguaje y de las formas del lenguaje literario, es porque en primer lugar es contestación de sí misma como poder (1993, 2).

Como venimos viendo, el hecho de que este tramo de la recepción de Blanchot en la crítica literaria que supone su circulación en ámbitos académicos puede entenderse por medio de lo que denominamos *resistencia* a Blanchot: su crítica al devenir institución de la literatura por parte de la cultura es, paradójicamente, parte del movimiento que se replica por parte de un sector de críticos y profesores argentinos con inserción institucional.

Para delimitar esta resistencia, que puede ser vista como una contradicción, es necesario analizar detenidamente los argumentos esgrimidos, tanto por Blanchot como por muchos de sus lectores argentinos, respecto de la intrincada relación entre literatura y cultura. Podemos reunir estas argumentaciones en torno de la figura del “desdoblamiento” que, como vimos, es una de las características más destacadas del pensamiento blanchotiano. Tal como ocurre con las dos versiones de la imagen, la literatura supone y demanda, pero también resiste e impugna, los vínculos con la cultura. En ese espacio emerge la fuerza de su afirmación: la literatura afirma que existe, que “hay” literatura. Ese “hay”, tomando como referencia el “il y a” levinasiano con toda su consonancia con el *neutro* de Blanchot, es lo que permanece como resto una vez que “la cultura o las fuerzas culturales-políticas lo han recuperado todo para el movimiento dialéctico (...) la obra sólo dice que es, y nada más, enuncia el azaroso, incausado, inefectivo, neutro, irreductible ser de la literatura” (Cueto, 1993, 3).

En este punto damos con una de las apuestas fundamentales de la propuesta de Cueto, que se caracteriza en última instancia por constituir la “forma”, el “estilo” literario, como el objeto a indagar por parte de la crítica. Con esto como horizonte para redefinir la dimensión política de la literatura, Cueto reordena una constelación variada de enfoques sobre el arte y la literatura:

A la aserción de Blanchot: la obra sólo dice que es, cuyo origen está en Heidegger, hay que contraponer o adjuntar la de Deleuze-Guattari y la de Foucault: la obra es una

caja de herramientas, cuyo origen está en Nietzsche (...) lo político ya no pasa por el ‘texto’ sino por las fuerzas de apropiación del texto (1993, 4).

Como decíamos, Cueto no propone una nueva teoría sobre la “literatura” para delimitar, a partir de ella, las relaciones entre literatura y política, sino que repiensa el concepto de “política” basándose en los aportes de Deleuze y Guattari para argumentar que la literatura es política sin necesidad alguna de mediación. Lo interesante de este enfoque es que el objeto de análisis crítico deseable para responder a la literatura como fuerza y como resto de la cultura, se ubica en el “estilo”. En este sentido vale la pena destacar que, del mismo modo que ocurría en el momento anterior de la recepción de Blanchot en Argentina, en este caso las referencias a Blanchot también se dan en el marco de una crítica literaria que construye como objeto de análisis la forma y el estilo de la obra literaria –en un movimiento en el que reconocemos, sin lugar a dudas, la influencia del Barthes de *El grado cero de la escritura*–. A propósito de esto, Cueto en el final del ensayo concluye:

Si la literatura sólo es inmediatamente política en el sentido ‘menor’ de esta palabra, como micropolítica; si lo político no se encuentra en los contenidos ideológicos en ella representados sino en lo que muy sucintamente llamamos estilo, es decir, en esa afirmación vacía que destituye todos los poderes en tanto siempre son el poder del no; si el estilo opera así una relación entre lo singular y lo múltiple y no ya entre lo individual y lo colectivo; en una palabra, si lo político debe ser *leído*, en sentido estricto, y no ya ‘reconocido’ en la obra, si no es algo presente en ella sino aquello que tiene que volver a ser afirmado como tal, esto es, la afirmación, entonces hay que preguntarse, una vez más, por la función política de la crítica, por lo que es y debe ser una crítica literaria rigurosamente política. Quizá de ese modo pueda plantearse correctamente la diferencia entre interpretación y uso, repetición y creación. Quizá entonces hasta que volver a la mismidad de esa diferencia (1993, 10).

Cuatro años después de la publicación de “Notas para una política de la literatura, Sergio Cueto publica *Maurice Blanchot. Un ejercicio de paciencia*, que funciona como una reorganización de los distintos aspectos de la obra de Blanchot con los que Cueto trabajó durante los años anteriores. En este sentido, podemos considerarlo como un ensayo largo que recorre la obra de Blanchot a partir de los términos de “ejercicio” y “paciencia” que Cueto ya había utilizado en trabajos anteriores (por ejemplo, en *Seis estudios girrianos*). Podemos describir “ejercicio” y “paciencia” como dos figuras para referir a esa imposibilidad de escribir que es la literatura, dos figuras para mantener la tensión de cualquier polaridad (aparición-inaparición; posibilidad-imposibilidad).

Es necesario destacar que este ensayo no está exento de dificultades a la hora de su lectura. Creemos que estas dificultades pueden describirse a partir de la relación que este ensayo establece con un libro de Blanchot en particular: *La escritura del desastre*. Por ejemplo. La noción de paciencia y de pasividad, que constituye uno de los objetos

privilegiados del ensayo de Cueto, aparecen desarrolladas en este libro de Blanchot. Pero si bien consideramos que el vínculo más fuerte del ensayo de Cueto es con *La escritura del desastre*, también ocurre que desde un punto de vista formal la distancia entre uno y otro son enormes. Por un lado, *La escritura del desastre* se construye como un libro fragmentario, es decir, como una sucesión de fragmentos separados por un espacio en blanco y, por momentos, sin una progresión clara de argumentos que habilite el salto intempestivo de un tema a otro. Por otro lado, *Maurice Blanchot. Un ejercicio de paciencia* es un largo ensayo continuado, sin marcas o interrupciones paratextuales de ningún tipo que permitan delimitarlo de alguna manera. No obstante, las marcas de espacio se encuentran en las palabras, en los argumentos que se desarrollan en ellas, lo cual constituye inevitablemente un desafío para su lectura. Similar y opuesto a *La escritura del desastre*, el ensayo de Cueto esconde en las palabras las marcas que permiten dividir un desarrollo en apariencia continuo. El efecto inmediato de lectura que genera esta disposición formal consiste en la aparente falta de argumento. Así, el ensayo se construye a partir de una multiplicidad de citas de Blanchot que, en apariencia, carecen de un hilo que las ordene. A causa de esto, “hay” una imposibilidad de distinguir la voz de Blanchot de la de Cueto.

Desde nuestra perspectiva, creemos que “hay” un argumento en este ensayo justamente a partir de la imposibilidad recién mencionada. De manera que el argumento comienza con el llamado a ser leído en el marco de un conjunto de disposiciones formales que parecen ocultarlo. “Leer” y no “interpretar”, tal como lo venimos desarrollando en nuestra investigación a partir de los aportes de, entre otros, Blanchot, De Man y Ritvo. Las coordenadas iniciales del argumento del ensayo de Cueto tienen que ver entonces con la *resistencia*, con la dificultad que supone la tarea de escribir *sobre* Blanchot por la propia resistencia que ejerce su lectura. Cueto lo presenta por medio de la figura de la desgracia: “Lo que llamamos la ‘obra’ de Maurice Blanchot es el continuado pensamiento de la desgracia de la imposibilidad de la literatura” (1997, 7).

Uno de los intertextos fundamentales para el ensayo de Cueto es Levinas, específicamente su ensayo sobre Blanchot. A partir de eso, Cueto circunscribe las relaciones de Blanchot con la obra de Heidegger, así como también define la posibilidad de pensar aspectos de la obra de Blanchot a partir de la noción de “experiencia”: “El arte tiene que convertir a la errancia en camino (...) El arte es un camino errante. Este camino errante es lo que Blanchot denomina *experiencia*” (1997, 33). Desde esta perspectiva, la experiencia de la obra es lo que le confiere un estatuto ontológico tanto al artista como a la obra, de manera que la obra en tanto experiencia de búsqueda vinculada a la errancia se entiende por medio de

las figuras de “operación” según dos orientaciones desdobladas: *obrar* como búsqueda de la obra y *desobrar* en tanto lo que se busca es la anterioridad que siempre queda afuera de la obra. Cueto vincula “operación” con “ejercicio”, refiriendo a una frase de Blanchot de *El libro por venir* en la que leemos “toda mi obra es sólo un ejercicio”. La orientación de la búsqueda de la obra, como en el caso de Orfeo y Eurídice, es hacia su anterioridad, hacia lo que permanece siempre afuera de ella. Pero como venimos viendo, la vuelta hacia atrás en búsqueda del origen no culmina en un encuentro con la verdad, sino con la imposibilidad del origen, con la errancia:

Un movimiento cuya esencia parece ser la imposibilidad de ser alcanzado, como si estuviera ahí sólo para que el movimiento se cumpla o sólo estuviera porque me encamino a él (...) Hay que entender la exigencia como el llamado del afuera, llamado que conduce los caminos al afuera y es el afuera de todos los caminos” (Cueto, 1997, 38).

Entonces si entendemos la obra a partir de su experiencia, ¿quién es “responsable” de ella? De nuevo, para articular la dimensión ética del pensamiento blanchotiano Cueto recurre a Levinas. Responder a la pregunta inicial de la obra es la “responsabilidad” de quien escribe, que “no puede responder sino indirectamente sino a través de una obra, ignorando la exigencia a partir de la que nunca hay obra” (1997, 45). En este esquema, la “responsabilidad” no escapa de las tensiones contradictorias a las que está expuesta cualquier tarea vinculada con lo que se denomina “literatura”.

Para Cueto el lugar de la responsabilidad de la obra es la *subjetividad*, “algo” que no coincide con el escritor ni con el sujeto. Esta *subjetividad* Cueto la entiende a partir de la idea de “pasividad” desarrollada por Blanchot, principal aunque no únicamente en *La escritura del desastre*, como una instancia anterior a la distinción entre lo activo y lo pasivo que se vincula entonces con lo *neutro*. A continuación, incorporamos una larga cita de Cueto donde define el lugar de la subjetividad en relación con la exigencia de escribir:

La subjetividad ese ese lugar del que el sujeto nunca tomará posesión; lugar que quizá señala una herida en el sujeto, pero herida constitutiva o siempre reconstituida, como un pasado abierto desde antes de todo presente, y de ningún modo una herida del sujeto, un sujeto herido (*ED*, 71). La subjetividad no supone al sujeto, es el sujeto el que supone ese lugar por el que se relaciona con el tiempo y con la muerte, y cuyo retraimiento funda la conciencia. Es preciso hablar entonces de una *subjetividad sin sujeto* (*ED*, 32) subjetividad que para el sujeto permanece desconocida, no puede ser identificada al modo del Yo, pero sí puede ser indicada con una pregunta: ‘¿Quién?’ (...) la subjetividad, esto es, ‘quien’ recibe la exigencia, es el lugar de la pregunta, sitio en el que la pregunta se ‘oye’ a partir de la respuesta (...) Así, pues, el escritor no escribe. Quien escribe es la exigencia de escribir (1997, 47-48).

Esta forma particular de entender la subjetividad y la experiencia tiene efectos sobre el acto de escribir y, más específicamente, sobre la relación entre escritura y saber. La escritura como experiencia no constituye, entonces, una forma de adquirir conocimientos. Aquí vuelve a entrar la noción de “ejercicio”, ya que escribir no constituye un aprendizaje en la medida en que se relaciona de forma neutra con el saber: “Escribir es solamente un *ejercicio*: recomienzo sin conservación ni progresión, intención ni meta. El ejercicio designa la paciencia o el padecimiento (*subissement*) de la espera de la experiencia; y la experiencia, el encuentro de un ‘súbitamente’ (*subitement*) que no llega” (1997, 51). Ahora bien, luego de reponer las diferencias entre Blanchot y Heidegger tal como las desarrolla Levinas, Cueto señala sus consecuencias en relación con el saber. Cueto alude a la conocida figura de Blanchot del “por venir”, utilizada también por Ritvo en el cierre de la clase inaugural de “Teoría de la lectura”. Estas conclusiones, enmarcadas en lo que podríamos denominar “teoría literaria”, posee implicancias fundamentales no sólo para los estudios literarios sino también para los estudios culturales:

Los pensamientos de la literatura son pensamientos todavía no pensados, todavía sin sentido y sin verdad. No por eso se los puede calificar de incompletos o defectuosos, como si destinados a ser verdaderos estuviesen afectados de una transitoria insuficiencia (...) Los pensamientos de la literatura no dicen la verdad, dicen la forma, ese esplendor suficiente que recibió antaño el nombre de belleza. Sin duda, están referidos al ser, pero al ser anterior a la revelación (o aún mejor: anterior a la oposición revelación-ocultamiento, visible-invisible), y por eso a la inocencia pero también a la inquietud del ser, a su ambigüedad (1997, 55).

Un acercamiento formal y estético de la literatura, que implica que el conocimiento que puede dar sólo es conocimiento de ella misma, obviamente está sujeto a muchas críticas a causa de los limitados alcances metodológicos que puede tener.

Por último, para concluir con nuestra lectura del ensayo de Cueto, queremos destacar la vinculación que realiza entre la “paciencia” y las recurrentes instancias de lo “neutro” y el “desastre” en Blanchot. Así, según Cueto, estas dos instancias claves para leer a Blanchot se caracterizan por ejercer la fuerza de la paciencia en el sujeto. Por un lado, lo “neutro” como lo que desarticula la oposición negativo-positivo, la estructura atributiva del lenguaje, lo que niega ni afirma el ser sino que lo suspende y, por tanto, se escapa del poder hermenéutico de la comprensión. El desastre como aquello que no sucede, que suspende a la vez que funda la dimensión temporal, no ocurre en el presente y no termina de pasar. Estamos aquí ante el argumento del ensayo de Cueto:

La paciencia no constituye simplemente un motivo constante en el pensamiento de Blanchot. Inclusive táctica, soporta desde el comienzo la inesencial esencia del acontecimiento literario, la pasividad que no hace obra pero hace de la obra un

ejercicio, el silencio que la obra no alcanza porque es el encaminamiento de su camino (1997, 69).

Así, el argumento de Cueto consiste en enfatizar las nociones de ejercicio y paciencia para leer la “obra” de Blanchot. En relación con esto, si bien los desarrollos blanchotianos sobre la “paciencia” que recupera Cueto se encuentran en *La escritura del desastre* (texto tardío de Blanchot), su hipótesis es que están desde el comienzo, que *son* el comienzo (diferente a sí mismo) de la obra. Las menciones sobre la pasividad y la paciencia de Cueto responden en gran parte a *La escritura del desastre*, que constituye la singularidad de la lectura de Cueto en el ámbito de la crítica literaria argentina. Lo neutro, la desobra, el fragmento, el afuera, el desastre: son el ejercicio de la paciencia.

3.2. Institucionalización y recomienzo: Blanchot en investigaciones doctorales

3.2.1. A. Giordano: *Modos del ensayo, Barthes. Literatura y poder*

Entre los participantes de *Paradoxa* y el *Boletín*, Alberto Giordano es uno de los que más vinculación tuvo con la obra de Blanchot desde mediados de la década de los ochenta en adelante. Una de las características del caso de Giordano es que se inscribe en el doctorado en Letras a principios de los 90, e ingresa como investigador a CONICET en 1995 con un tema sobre el ensayo en Argentina que lo llevó a desarrollar sus investigaciones sobre esto y también sobre literatura argentina. En ese momento, la carrera de CONICET no estaba ligada al doctorado, de modo que era posible ingresar como investigador sin necesidad de contar con el título de posgrado. Giordano defiende su tesis doctoral sobre la obra de Manuel Puig en 1999, y de allí sale el libro *Manuel Puig. La conversación infinita* (2001) donde ya desde el título se puede leer la filiación blanchotiana. Si bien la tesis es sobre Puig, Giordano incluye en ella muchos de los trabajos que venía realizando desde los ochenta en torno al problema del ensayo desde un punto de vista teórico. Consideramos que todos los libros que Giordano publica desde finales de los ochenta en adelante pueden leerse como parte de un trayecto de investigación doctoral que, como dijimos, concluye en 1999. Repasemos los títulos: *Borges y Bioy Casares ensayistas* (1988), *Modos del ensayo. Jorge Luis Borges - Oscar Masotta* (1991), *La experiencia narrativa* (1992), *Barthes. Literatura y poder* (1995), *Las operaciones de la crítica* (Ed.) (1998), *Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política* (1999) y *Manuel Puig. La conversación infinita* (2001). Si bien este último libro recoge estrictamente su tesis doctoral, para nuestra investigación analizaremos específicamente *Modos del ensayo* (1992)¹²⁷ y *Barthes. Literatura y poder* 1995 (dejando afuera del recorte los tramos de su trabajo sobre literatura argentina)¹²⁸, no sólo porque podemos rastrear allí la paradójica presencia de Blanchot ligada a la institucionalización del ensayo, sino también porque esos dos libros en particular tienen un claro impacto en las investigaciones doctorales que desarrollan Judith Podlubne y Silvio Mattoni que analizaremos en el próximo apartado.

127 Sobre esta polémica y los términos de su desarrollo, ver Gasparri, Javier. *Néstor Perlongher. Por una política sexual* (2015).

128 Recuperamos algunas de los autores que Grüner menciona: Benjamin, Olson, Curtius, Frye, Steiner, Propp, Todorov, Greimas, Eco, Foucault, Schklovski, Bloom, Bajtin, Bergson, Freud, Guinzburg, Spitzer, Schleiermacher, Dilthey, Morelli y Genette.

Los intereses de Giordano en torno a nombres como los de Barthes, Blanchot y Deleuze se dan en la medida en que desactivaban las pretensiones de la crítica ideológica, impulso que viene de Juan Ritvo para la crítica a la noción de ideología. Otro aspecto destacable del caso de Giordano¹²⁹ es el gesto de buscar construir una genealogía crítica que, no obstante, carece del carácter inaugural de una estructura histórica genética, dado que la genealogía que se busca construir está ligada a la tradición del ensayo en Argentina y por tanto responde a exigencias éticas y epistemológicas que ponen en cuestión una versión genética de la historia (en línea con lo que trabajamos en la introducción sobre el texto de De Man “Genesis and Genealogy”). A su vez, es relevante para nuestro trabajo que buena parte de esa genealogía se corresponde en buena medida con algunos de los primeros episodios de recepción de la obra de Blanchot en Argentina, como ocurre por ejemplo con el caso de Oscar Masotta.

En relación con el conjunto las investigaciones doctorales (Giordano, Mattoni y Podlubne) que involucran, en mayor o menor medida, aspectos de la obra de Blanchot –lo cual las constituye como episodios clave de la recepción en Argentina–, nuestra hipótesis es que el gesto en común consiste en revalorizar el lugar de la literatura en los distintos discursos historiográficos, teóricos e intelectuales sobre la crítica literaria y académica en Argentina. En relación con esto, consideramos decisivos los aportes de la obra de Blanchot a esa construcción de una dinámica específica entre literatura y cultura/historia. Hay en esto una decisión crítica, epistemológica y también política, que consiste en no reducir la literatura a una manifestación cultural que debe encontrar su estructura en procesos históricos específicos. En suma, con Giordano comienza el segmento de la recepción de Blanchot que se caracteriza por releer y discutir tramos de la historia de la crítica literaria argentina que coinciden con los primeros episodios de recepción de Blanchot tal como lo venimos trabajando en nuestra investigación.

La presencia de Blanchot en los trabajos de Alberto Giordano también puede ser considerada en términos de *resistencia* si tenemos en cuenta que sus principales trabajos teóricos no son sobre Blanchot sino sobre Deleuze y principalmente Barthes –o, en última instancia, un Barthes “blanchotiano”–. A su vez, otro aspecto vinculable a la *resistencia* tiene que ver con que Giordano es sin dudas uno de los protagonistas de la institucionalización del ensayo en Argentina desde finales de la década de los ochenta en adelante, pero desde una perspectiva que intenta sustraerse, por ejemplo, de la exigencia de intervención de la crítica

129 El epígrafe dice: “No escribimos según lo que somos; somos según aquello que escribimos. (Maurice Blanchot)” (Crespi y Orsi, 2016, 42).

literaria. En ambos casos, la referencia a Blanchot es fundamental, ya sea como clave de lectura para leer a Deleuze y Barthes o como parte del conjunto de referencias teóricas empleadas por un segmento específico de la crítica ensayística argentina. Además, si bien en los ochenta y noventa Giordano no escribió textos específicos sobre Blanchot, sí formó parte de su práctica docente ya que dictó numerosos cursos de grado y posgrado principalmente en Rosario pero también en distintas universidades del país.

Detengámonos en *Modos del ensayo* para leer allí la presencia de Blanchot en relación con la construcción de la genealogía crítica que mencionamos anteriormente. Hay dos aspectos que se destacan del modo de leer de Giordano: la polémica y la filiación –en cuanto a las polémicas, Giordano entra en discusión con Beatriz Sarlo, David Viñas y Ricardo Piglia; mientras que las principales filiaciones son con Oscar Masotta, Juan Ritvo y Sylvia Molloy–. Los “modos del ensayo” constituyen los objetos en torno de los cuales Giordano organiza las polémicas y filiaciones: ironía, política de la literatura, lectura, la relación entre literatura y cultura, subjetividad y saber desde una perspectiva psicoanalítica, son algunos de los motivos que sobre los que Giordano desarrolla los modos del ensayo.

Hay aquí disputa con los modos de leer la literatura de la sociología literaria que describen el fenómeno cultural de la literatura en términos de un campo de batallas en el que los diversos actores disputan legitimidad. El caso de Borges es uno de los más referidos por Giordano para plantear estas problemáticas. En términos generales, en *Modos del ensayo* se busca impugnar estos modos de lectura desde el propio texto de Borges, enfocándose en el dispositivo de la ironía. En este sentido, podemos afirmar que está discutiendo con los modos de lectura de Beatriz Sarlo y lo que, en varios tramos de nuestra investigación, se identifica con “la crítica ideológica”. La apuesta de Giordano consiste en “no limitar las intervenciones ensayísticas de Borges a la efectuación de una política literaria o cultural determinada” (2005, 18). Borges sirve de caso paradigmático para impugnar la idea de política literaria de la “crítica ideológica” cuyas coordenadas coinciden, principalmente, con los trabajos de Beatriz Sarlo.

Así, Giordano toma como punto de partida una resistencia por parte del estado de la cuestión a leer los ensayos de Borges sin remitirlos a sus poemas o cuentos:

Parecía evidente, a los ojos de los lectores especializados, que el valor de los ensayos de Borges era relativo a la posibilidad de iluminar, a partir de ellos, algún aspecto de su obra literaria: los ensayos valían en tanto facilitaban la comprensión, orientaban la lectura de los poemas y de las ficciones (Giordano, 2005, 27).

Ya en los años 90 los modos de leer a Borges serían otros, permitiendo por un lado leer aquello que se dice en los ensayos (es decir, sus opiniones acerca de la literatura, filosofía, etc), pero también “lo que, en el modo en que eso está dicho (las estrategias enunciativas), se muestra” (2005, 28). Esta lectura que juega entre lo enunciado y la enunciación, permite llevar los ensayos al ámbito de la literatura. La polémica se sitúa respecto del estado de la cuestión de los ensayos de Borges, dividiéndolos en dos: de un lado “aquellos estudios que sirven de complemento a desarrollos anteriores (...) sin que esto provoque ninguna clase de conflictos” (2005, 8). Del otro lado, estarían aquellos estudios más cercanos a “los artificios de la literatura, están aquellas tentativas que perturben y discuten algo de lo ya conocido, que transforman la imagen de Borges ensayista con la que estábamos familiarizados” (2005, 28). Giordano solo deja entrever la hipótesis metodológica que organiza su lectura del estado de la cuestión sobre el Borges ensayista: los estudios que rompen con la imagen establecida de Borges son aquellos que se centran en lo formal, en el artificio de la literatura. Teniendo en cuenta el recorrido que venimos realizando en nuestra investigación, podemos identificar uno de los episodios más productivos de la recepción de Blanchot en Argentina en la construcción de este acercamiento formal respecto de Borges, realizada por varios protagonistas en un período más bien amplio de tiempo. En nota al pie, Giordano refiere los casos que componen este modo de lectura: “En esta dirección polémica situamos *Las letras de Borges* de Silvia Molloy (los momentos de ese libro en los que la autora se ocupa de Borges ensayista) y los ensayos de Juan B. Ritvo, Sergio Cueto y Luis Peschiera” (2005, 48).

Giordano también retoma, para discutir, el texto “Borges en Sur: un episodio del formalismo criollo”, de Beatriz Sarlo publicado en el número 16 de *Punto de vista* (1982). Lo define como ensayo porque se escapa de los tópicos comunes para leer a Borges y no se limita a ningún método en específico. El corpus que Sarlo lee también es marginal: notas publicadas por Borges en *Sur* a comienzos de los treinta que quedaron fuera de sus posteriores compilaciones. Giordano es elogioso respecto de este desplazamiento: “De acuerdo con la estrategia de desplazamiento que anima a los mejores ensayos, Sarlo descubre en esa marginalia la formulación de una poética: hace sensible algo fundamental donde un lector menos inteligente sólo hubiese encontrado algo curioso” (2005, 29). A este gesto le suma otro aún más fuerte: la tentativa de Sarlo por producir el encuentro “de un argentino extraviado en la retórica [Borges] y un teórico del formalismo ruso” (29). Aunque desacuerda con “los resultados” del modo de leer de Sarlo, no deja de destacar la fuerza de una lectura que busca en “la escritura ensayística de Borges y la posibilidad de encontrar en ella (dicha o actuada) una poética” (2005, 29). Si bien es clara la disputa con Sarlo en torno de los modos

de leer los ensayos de Borges, nos interesa destacar el mecanismo con el que Giordano desarrolla la polémica, en tanto hace operativa la pregunta por la ética del ensayo en el campo de la crítica literaria y académica:

Por eso no hay respuestas directas para las preguntas que nos formulamos. Por eso no queda otro camino que hacer la prueba de la polémica: poner a trabajar una creencia contra otra. Quizá de esa confrontación podamos obtener algo: algo que eche luz sobre la literatura de Borges, la crítica de Sarlo y sobre nosotros (2005, 31).

De esta manera, Giordano reúne y comenta algunas citas de Borges que se oponen a la afirmación de Sarlo que subraya en el aspecto formalista, sintáctico, artificioso y técnico de la literatura de Borges. Giordano apela a una lectura “contextual” para situar el afán borgeano por la técnica en una disputa por los modos de leer críticos que “reducen la literatura a la servicial –pero subsidiaria– función de documento” (2005, 36). Es decir, para Giordano el formalismo de Borges es motivado por una disputa polémica que ocurre por la tensión entre literatura y cultura. Como venimos viendo, considerar esta tensión desde la perspectiva de la impugnación es uno de los gestos clave que se toman de Blanchot.

En relación con Borges, Giordano lee la heterogeneidad de las fuerzas enunciativas divergentes en el mismo texto, sin intentar reducirlas o sintetizarlas, sino buscando mantener la fuerza de la diferencia. “En él se afirman dos acontecimientos enunciativos divergentes, y se los afirma de un modo tal que es la divergencia misma –en su valor positivo– lo que se afirma” (2005, 45). Aquí la cita de autoridad teórica no viene de Blanchot sino *La lógica del sentido* de Deleuze¹³⁰. La apuesta está en la imposibilidad de decidir si Borges está hablando en serio o en broma, lo cual se dirime en el espacio abierto de la lectura tal como la entiende Juan Ritvo a partir de sus trabajos en *Paradoxa* y en la cátedra Teoría de la lectura. Dice Giordano:

A esta incertidumbre de la enunciación, a esta inestabilidad del sentido, la lectura, complicada en el juego de la diferencia, responde afirmando lo incierto e inestable: mostrando que si se quiere fijar un enunciado (como serio o paródico), no se puede evitar que él continúe moviéndose en su lugar bajo la sospecha de que disimula un aspecto diverso (2005, 46).

Sobre el final del ensayo se nota de manera más clara la apuesta teórica, sumando conceptos de Deleuze, Ritvo y Schlegel, por ejemplo en relación con la ironía como forma. Con esto se busca destacar la dimensión conjetural del ensayo, que se define entonces “como intrusión de la subjetividad –del cuerpo– en el discurso del saber” (2005 75).

130 Al respecto, ver los artículos “The Resistance to Theory” y “Reading and history”, publicados en *The Resistance to Theory* (1986). La crítica demaniana a la estética de la recepción de Jaus “modelos hermenéuticos tradicionales que no permiten la problematización del fenomenalismo de la lectura y, por tanto, permanecen acriticamente confinados en el marco de una teoría de la literatura enraizada en la estética” (1986, 18).

Pasemos ahora a la lectura que Giordano realiza de Oscar Masotta. El punto de partida es la encuesta realizada a Masotta sobre la crítica literaria, dirigida por Adolfo Prieto desde la Universidad Nacional del Litoral, que ya trabajamos en el capítulo 2 de nuestra tesis. Esta respuesta es leída como un ensayo, destacando que allí se experimenta *en* la escritura la imposibilidad de realizar el ejercicio de la crítica literaria o, cuanto menos, se pone en cuestión esa posibilidad. Giordano analiza en detalle el modo en que Masotta repone las dificultades teóricas y metodológicas que enfrentaba la crítica literaria argentina en pleno auge del estructuralismo, focalizando en cómo la aparición de Blanchot en el discurso de Masotta refiere a ese estado de la cuestión teórico:

Si la literatura es, como lo quiere Maurice Blanchot (“un crítico excelente”, dice Masotta en otro momento de la respuesta), una experiencia que suspende el poder de comprensión, que se orienta hacia un más allá o un más acá de la comprensión, la dificultad de comprender, la fuga sin perspectiva del sentido, testimonia el encuentro de la crítica con la literatura, la pertenencia del discurso crítico a la improbable búsqueda literaria (2005, 135).

De esta manera, toma de Masotta varios de los lineamientos para la formación de la ética del crítico ensayista. Es por esto que el gesto –aunque escaso e indirecto– de Masotta hacia Blanchot opera como contraseña para la lectura de estos ensayos críticos sobre el ensayo

En “La búsqueda del ensayo” Giordano continúa la articulación entre Masotta y Blanchot. Podemos tomarlo como un caso de resistencia en la medida en que la fascinación que Masotta ejerce sobre la lectura de Giordano afecta la estabilidad de los posicionamientos que busca sostener. Ubicamos esta resistencia en la construcción de la polémica como valor. El énfasis en el carácter polémico de la intervención de la figura del ensayista crítico encarnada en “el joven Masotta” choca inevitablemente con el poder asignado a la literatura y la crítica a partir de, entre otras, la obra de Blanchot: suspensión, sustracción, impugnación del debate cultural, resistencia a que la escritura (literaria, crítica, ensayística, filosófica: aquella que intente ser pensamiento en acto) sea sometida y reducida al mundo de los valores. Deseo que se manifiesta, ¿de manera inevitable?, según el modo de la resistencia –tensión entre experiencia y teoría–. En este sentido, leemos: “Al joven Masotta, al de los mejores momentos de *Sexo y traición en Roberto Arlt* y de *Conciencia y estructura*, lo imagino tal como Maurice Blanchot imaginó a Foucault: como un hombre en peligro” (2005, 143). Borges no ejerce la fascinación que ejerce Masotta y su poder de desmitificación. El riesgo asumido es terminar convirtiendo al “joven Masotta” en una suerte de doble opuesto a David Viñas.

Los aspectos (no exclusivamente) blanchotianos de esa ética pueden sintetizarse en cuatro tópicos: el fracaso, la experiencia de los límites, el recomienzo y la búsqueda. Estos tópicos apuntan a la actitud, al posicionamiento ético, que adopta (o debe adoptar) el ensayista crítico cuando realiza su actividad: leer y escribir. Desde nuestra perspectiva, en estos actos ocurre la tensión entre literatura y cultura que emerge como interrupción de la dinámica entre sujeto y objeto, es decir, de la dialéctica. Dice Giordano respecto de esto:

No hay crítica literaria sin la experiencia de sus límites, que la crítica, si es literaria, si consigue recomenzar –desde otro lugar, con otros medios, la inagotable búsqueda de la literatura, sólo se hace posible cuando experimenta el desfallecimiento de sus poderes, la imprevista metamorfosis de las fuerzas que la animan (2005, 136).

Así, el ensayo según esta alianza entre Masotta y Blanchot es saber del fracaso, de su propio fracaso por intentar involucrar el saber con eso que el saber llama literatura. Hay, entonces, una fascinación por la forma en la que el joven Masotta realiza el ejercicio de la crítica. Este ejercicio tiene un fuerte componente ideológico, al punto que parece ser una alternativa opuesta al tipo de labor crítica que se realizaría en un escritor como Viñas. Lo paradójico, es que la fuerza del ejercicio crítico que intenta conceptualizar Giordano a partir de los ensayos de Masotta pretende impugnar en lugar de oponerse. Es decir, por más que en estos textos de Giordano se destaque la ética de la crítica ensayística como el movimiento de sustracción, impugnación de los debates culturales, la resistencia propia de esta afirmación se manifiesta en el vocabulario, en el modo fascinado con el que describe la tarea de Masotta en oposición a Viñas.

Giordano involucra en su perspectiva la palabra "obra" según el modo en que Blanchot la utiliza, excediendo su uso en tanto una categoría conceptual. La "obra" se entiende como "búsqueda", a partir del ensayo "Los caracteres de la obra de arte", publicado en *El espacio literario*. Tal como afirma Diego Peller en el prólogo a la reedición de *Conciencia y estructura*, Giordano es uno de los primeros en revalorizar y jerarquizar los textos de crítica literaria del "joven" Masotta. En este sentido, la operación consiste en disputar qué es lo que hay que entender por la palabra "obra", es decir, qué nombramos con la palabra "obra" en el ámbito de los estudios literarios. Podemos ver entonces en funcionamiento la referencia a la idea blanchotiana de obra para intervenir en un tramo específico de la historia de la crítica literaria argentina, justamente un tramo que se caracteriza también por constituir uno de los primeros episodios de recepción de la obra de Blanchot. Dice Giordano:

Tomada desde el punto de vista cuantitativo, la obra ensayística del joven Masotta se presenta, en el conjunto de la crítica literaria argentina, como poco relevante. Tanto es así, que nos parece un exceso hablar de "obra" para referirnos a sólo una decena de

ensayos y un breve libro. Pero si emplazamos la perspectiva en otro lugar, orientada ya no hacia los resultados obtenidos (la obra como trabajo realizado) sino más bien hacia la experiencia que se disimula en ellos (la obra como búsqueda), tal vez nos sea posible sentar las bases de otra evaluación y apreciar en este conjunto discreto de ensayos uno de los momentos más intensos y más lúcidos de la crítica literaria en nuestro país (2005, 146).

Si tomamos el vínculo entre Giordano y Masotta, explicitando los nexos que unen a la literatura con el psicoanálisis e involucrando los avatares de la recepción de las obras de Lacan y Blanchot en Argentina de manera conjunta, podemos decir que en el discurso sobre el ensayo que venimos refiriendo en nuestro trabajo consiste en postular una forma, una relación específica con el saber, justamente entendido a partir de la búsqueda. El trabajo crítico de Giordano durante los ochenta y noventa apunta a esta particular unión entre literatura y psicoanálisis como forma del saber que toma cuerpo en el ensayo:

En el origen de la búsqueda, cuando ésta se deja determinar por el epíteto “esencial”, hay una carencia y el deseo de superarla, el reconocimiento inquietante de una falta que no es posible, por el momento, colmar. Sólo busca el que se confronta con la precariedad de su situación, el que no encuentra en lo existente (en lo que tiene, en lo que sabe) lo que desea. La autenticidad de una búsqueda, la prueba –por decirlo así– de que se trata de una búsqueda, la encontramos en su relación insistente con ese estado de precariedad y carencia, en el modo en que la búsqueda responde a esa insuficiencia que la determina (2005, 148).

Así, Giordano analiza la relación de Masotta con las diversas "teorías" que marcaron su trayectoria desde la idea de "fidelidad", desarrollando la filiación teórica con el marxismo a partir de la figura de Sartre junto con su posterior interés por el psicoanálisis lacaniano. La búsqueda de Masotta en torno a una “dialéctica paciente” es para Giordano el hilo que guía su recorrido: "Masotta prefiere una “dialéctica paciente” que aplaza el momento de la síntesis para darse la posibilidad de descubrir lo irreductible en lo diferente y las mediaciones por las que él participa de la totalización en marcha" (2005, 150). Desde nuestra perspectiva, estamos ante el recurrente problema de la siempre extraña circulación de saberes (en forma de doctrinas, de teorías y filosofías) extranjeros en Argentina. En este sentido, creemos que el desafío consiste en cómo responder los inevitables desencuentros, discordancias, divergencias que aparecen cada vez que comienzan a circular distintos saberes escritos (provenientes) en otras lenguas.

En Giordano, esto toma la forma del problema en torno a la mediación y la síntesis dialéctica. En este sentido, el punto que más le interesa es la relación entre literatura y política en tanto dominios heterogéneos. Tal como venimos viendo, el modo en el que se intenta solucionar esta tensión es por la vía del ensayo y la búsqueda. Desde un punto de vista

metodológico, tanto en el caso de Masotta como en el anterior sobre Borges, el movimiento consiste en un desdoblamiento de lo legible, enfatizando en los modos enunciativos del texto en lugar del contenido explícito de lo que se dice. Ya no lee al pie de la letra, sino que el gesto (irónico) consiste en no tomarse tan en serio aquello que se lee. Aquí situamos una disputa polémica clara con el modo de leer que toma “demasiado en serio” a la literatura, encarnados en nombres como David Viñas y Beatriz Sarlo.

Formulamos el aspecto de la resistencia a Blanchot en las investigaciones de Giordano de la siguiente manera: si bien hay una apuesta activa por un posicionamiento ético (la del crítico ensayista) que responda al poder de impugnación de la literatura, a la negativa a reducir la literatura a un documento de cultura o la labor crítica a un hecho de intervención, el desdoblamiento metodológico con el que Giordano busca disputar, mediante la polémica, los modos de leer literatura, suele retrotraerse a una posición similar pero opuesta respecto de la que busca distanciarse. No conviene leer esto sino aquello, no conviene leer de esta forma sino de esta otra. Creemos que estos movimientos de avance y retroceso respecto de una determinada postura no tienen que ser tomados como "errores" o "contradicciones" que un posterior trabajo debería "solucionar" o "rectificar", sino como síntomas de una resistencia: aunque se lo intente, no hay escapatoria del mundo de la cultura y los valores, en la medida en que escribir, hablar, comunicar por medio de un lenguaje cualquiera nos somete a su orden. La tarea imposible de impugnar el mundo de los valores no significa intercambiar un valor por otro.

En “Del ensayo” podemos encontrar una argumentación y desarrollo teórico de la frase que aparece expresada en uno de sus subtítulos: “Del ensayo como único modo de dialogar con la literatura” (2005, 223). Este ensayo cuenta con un largo epígrafe de Grüner que apunta a la genealogía crítica de la propuesta de Giordano, en este caso situando como antecedente la revista *Sitio* para desarrollar una articulación teórica entre lectura y ensayo. A su vez, en este texto de alguna manera programático también encontramos muchas referencias a Blanchot que permiten dar cuenta de la importancia que tuvo el discurso sobre el ensayo en Argentina para la recepción de su obra. El epígrafe dice: “La respuesta auténtica siempre es la vida de la pregunta”, y se toma del ensayo de Blanchot “La novela, obra de mala fe”. A partir de otra frase de Blanchot donde se afirma que la literatura está “Determinada por su indeterminación”, Giordano delimita los alcances metodológicos del pensamiento del ensayo:

la búsqueda del ensayo es errática. El ensayista se encuentra siempre, para decirlo de algún modo, dispuesto a los juegos del azar, y en su búsqueda suele encontrar algo

que no buscaba o, lo que es lo mismo, algo que buscaba (que se buscaba) sin saber. ¿Qué ocurre cuando el ensayo se intersecta con las teorías, cuando se liga con saberes a los que se les supone un alto valor explicativo? Si la fuerza del ensayo es la dominante, la consistencia de esos saberes se descompone. La lectura deja ver (produce) grietas en las que se anuncia el inminente derrumbe del edificio teórico. Si, por el contrario, es la fuerza teórica la que domina, la búsqueda del ensayo se desvía de su error: se orienta, adquiere sentido” (2005, 232).

También en esta línea leemos la publicación de *Roland Barthes. Literatura y poder* (1995), un punto de singular interés para nuestra investigación, debido a que en él también se empareja Blanchot con el ensayo en el ámbito de la crítica literaria argentina. Giordano realiza una lectura de la obra de Barthes que no sólo supone un distanciamiento de los usos dominantes de su obra durante las décadas del setenta y el ochenta –a partir de las firmas de Sarlo y Gramuglio, entre otras– sino que además involucra a Blanchot en dicha lectura: el ensayo “Los grandes reductores” funciona como eje fundamental para leer otras zonas de la obra de Barthes y para poner en juego otra manera de entender a la literatura en relación con el lenguaje y la historia. Esta apuesta crítica se basa en la lectura del “último” Barthes, el Barthes nietzscheano de *El placer del texto*, que por lo menos hasta los años noventa, había generado mayor rechazo y resistencia. Para Giordano, mientras que las críticas que se le realizaron a Barthes en sus últimos años apuntan a una supuesta división arbitraria entre alta y baja cultura que se sostendría en la posibilidad de que la literatura encarne valores moralmente positivos y tradicionales, el principal mérito de esta inflexión teórica consiste en intentar pensar la singularidad de la lectura literaria.

Es importante tener en cuenta que en ese período Barthes vuelve a citar de modo recurrente a Blanchot. En los últimos años se han publicado algunos textos que intentan pensar esta relación. Así, por ejemplo, Christophe Bident presentó la ponencia “R/M, 1953” en el marco de un coloquio organizado en Rio de Janeiro en el año 2007 llamado “Barthes/Blanchot: ¿un encuentro posible?” y publicado luego por la revista *Instantes y azares* en un dossier dedicado a la obra de Blanchot. Bident repone una serie de referencias cruzadas, algunas convergentes y otras divergentes, en torno a la noción de lo “neutro” en ambos autores, a la vez que sitúa el año 1953 como punto de inflexión con la publicación de *El grado cero de la escritura*, así como también la reseña que Blanchot le dedica en la revista *NNRF* –luego formará parte de *El libro por venir* (1959) bajo el título “La búsqueda del punto cero” – y la publicación en la revista *NRF* de “La soledad esencial” que luego será el primer capítulo de *El espacio literario* (1955). El impacto de la lectura de *La parte del fuego* publicado en 1949, sobre todo en relación a los ensayos sobre Kafka y Mallarmé, puede

observarse a lo largo de todo *El grado cero* y contrasta, tal como veremos más adelante, con la reseña que le dedica Blanchot a ese libro. Ante esto, la respuesta de Bident es clara y, quizás, demasiado tajante:

¿cómo explicar esta incompatibilidad inaugural y casi profética, esta ocurrencia inmediata de un discordema? En 1953, Barthes y Blanchot no están en el mismo lugar en referencia a lo neutro (...) por largos años Barthes y Blanchot serán asediados por la relación entre la dialéctica de lo posible y la neutralidad de lo imposible, entre la afirmación y la suspensión del sentido (Bident 2012, 348-350).

Marcelo Vilena propone una periodización similar en “Barthes/Blanchot: ¿quizás en pintura?”, ponencia que leyó en el coloquio “Barthes/Blanchot: la exigencia de discontinuidad” organizado en Chile en el año 2016. Según Vilena, luego del mencionado contrapunto durante los años 50, se sucede un período entre 1967 y 1976 en el que los textos de Barthes no nombran a Blanchot. En relación a esto, es necesario agregar una afirmación muy fuerte que Barthes efectúa en una entrevista para la revista *Les lettres françaises* justamente en marzo de 1967: “Blanchot está en el ámbito de lo inigualable, lo inimitable y lo inaplicable. Está en el ámbito de la escritura; en esta transgresión de la ciencia que constituye la literatura” (2012, 356). La singularidad de la escritura de Blanchot es, sin dudas, uno de los clichés más recurrentes entre quienes pretenden decir algo sobre su obra, a la vez que se convierte en la excusa que explica las complicaciones que históricamente surgieron a la hora de establecer vínculos con pretensiones de objetividad y exhaustividad entre su obra y alguna disciplina específica (crítica literaria, teoría literaria, filosofía, etc.); en otras palabras, la forma de su escritura es la que imposibilitaría, en el ámbito del saber, la construcción de la obra de Blanchot en tanto objeto de estudio. La “inaplicabilidad” a la que alude Barthes aquí se condice con las valoraciones mencionadas de Todorov y Hewson que recuperamos en la introducción de nuestro trabajo.

Volviendo a Barthes, en 1976 con el ensayo “Sobre la lectura” reaparece en su obra el nombre de Blanchot, curiosamente, retomando la valoración realizada en la entrevista de 1967 pero con el gesto crítico de ubicarlo en un lugar específico de la historia literaria: Blanchot aparece, junto con Proust, Kafka y Artaud, en la nómina de escritores que no generan “ganas de escribir sobre ellos (ni siquiera como ellos) sino de escribir” (1994, 47). Vilena destaca que este gesto no es una ruptura sino la apuesta por “encontrar el espacio justo, el espacio vacío, distante, desde donde aproximarse (y no aproximarse) a Blanchot sin falsedad” (2016, 5); el movimiento de Barthes consistiría entonces en correrlo del lado de los contemporáneos al lado de muertos, lugar simbólico prefigurado desde *El grado cero*. Por último, y para concluir esta breve periodización, debemos decir que los autores aquí citados

afirman que, en lo que se ha denominado la última etapa o etapa tardía de Barthes, las referencias a Blanchot vuelven a aparecer con insistencia, sobre todo en *Fragmentos de un discurso amoroso* (1977), *Lo neutro* (1977-1978) y *La preparación de la novela* (1978-1980).

Nos permitimos realizar este breve excursus sobre la relación entre Barthes y Blanchot ya que consideramos que la propuesta crítica de Giordano no puede entenderse sin prestar especial atención a la forma en que articula referencias teóricas a ambos escritores para desarrollar un modo de lectura que ilumina zonas de la crítica literaria y cultural argentina donde la presencia de Blanchot se da como una particular ocurrencia que permite repensar los modos en que se estableció las relaciones entre literatura y cultura como impugnación. En este sentido, retomamos la modulación “operador de intensidad” de Jorge Panesi para circunscribir la presencia de Blanchot en este tramo de su recepción en la crítica literaria argentina, vinculado con el tema del ensayo y la lectura. La siguiente frase de Panesi en su presentación de *Barthes. Literatura y poder* delimitan con mucha precisión los alcances, no sólo de la búsqueda crítica de Giordano sino también de los otros itinerarios críticos vinculados con Blanchot que venimos desarrollando en nuestra investigación:

Si Giordano se ocupa de Barthes (y me vuelvo a preguntar '¿por qué Barthes?'), es para señalar que todo cuanto en él no ha sido leído en sus articulaciones políticas, dibuja la torpeza de una crítica -la argentina- que ha sabido desde siempre qué cosa es la acción política, qué cosa es la literatura, y qué cosa es lo social. La crítica que lee de antemano la propia respuesta en el gesto de anticipación ciega (1996, 118).

3.2.2. S. Mattoni, *Las formas del ensayo en la Argentina de los '50*

En el año 2003 Silvio Mattoni publicó la tesis doctoral *Las formas del ensayo en la Argentina en los años '50* en la editorial Universitas, financiada por el Consejo de Investigaciones Científicas de Córdoba y la Agencia Córdoba Ciencia durante el período 1996-2000. La tesis está compuesta por un primer segmento referido al problema del ensayo como forma, principalmente a partir de Montaigne y Baudelaire. Luego, en el centro de la tesis, Mattoni analiza en detalle los casos de Borges, Martínez Estrada, Murena, Jitrik, Viñas y Masotta, mientras que sobre el final estudia la ensayística de Revol y Terzaga. Como se puede ver en la enumeración, muchos de estos nombres están vinculados con el primer tramo de nuestra investigación sobre la recepción de Blanchot en Argentina, lo cual refuerza la productividad de pensarla en relación con el discurso sobre el ensayo en Argentina. A su vez, las figuras con las que Mattoni encabeza cada capítulo (a saber: “Ancestros”, “Padres”, “El hijo pródigo”, “Huérfanos” y “Hallados”) pueden explicarse, como vimos antes con

Giordano, en términos de la construcción de una genealogía que de manera paradójica problematiza la historia entendida como génesis y filiación. Si bien por el recorte de nuestra investigación solo analizaremos la tesis doctoral de Mattoni, es preciso advertir que sus vínculos con Blanchot van más allá de los límites temporales con los que trabajamos aquí. Este vínculo, fuerte e insistente, alcanza un punto cúlmine en el reciente libro *¿Qué hay en escribir? De Maurice Blanchot a Fernanda Laguna* (2021). Además, como mencionamos anteriormente, en Córdoba también está el caso de Carlos Surghi que se formó con Mattoni y publicó libros como *Los nombres del fantasma (Ensayos sobre Literatura)* (2010), *La experiencia imposible (Blanchot y la obra literaria)* (2012) y *La aventura negática* (2021), todos con una fuerte impronta blanchotiana.

Volviendo a Mattoni, a lo largo de su tesis es posible encontrar varias referencias a los trabajos de Giordano, principalmente a *Modos del ensayo*. Sin ánimos de establecer una relación filial que el propio objeto de nuestra investigación pone en cuestión, nos interesa por un lado señalar lo productivo de leer la recepción de Blanchot en Argentina en torno al problema del ensayo, y por otro, el hecho de que en nuestro punto de llegada de la investigación situado en esta paradójica institucionalización de Blanchot, encontramos un gesto hacia los comienzos de este proceso de recepción, en la medida en que los objetos construidos por Giordano, Mattoni y Podlubne coinciden en buena medida con los episodios inaugurales de la recepción de Blanchot en Argentina –aunque, obviamente, éste no haya sido un objetivo específico de ninguna de las tres investigaciones–. Entonces, en el caso de Mattoni, delimitamos dos dimensiones de la presencia de Blanchot: como parte de la construcción teórica para establecer el objeto del “ensayo como forma”, y también como parte del corpus de lectura de los ensayistas argentinos en la década de 1950. De esta manera, Mattoni no sólo utiliza y menciona textos de Blanchot, sino que esos usos se involucran en una relectura histórica cuyo objeto de discusión también son parte de los primeros usos de Blanchot en Argentina.

El ensayo, entonces, es entendido por Mattoni como forma de interrogar el presente según dos maneras: qué experiencia podemos tener del presente, y también qué significa el presente como tal. En cuanto a su metodología de lectura, Mattoni plantea al “nombre” como forma del ensayo, en tanto que genera imágenes del ensayo, de una manera similar a Blanchot para quien generalmente los nombres de los autores que lee funcionan también como una suerte de imagen. Dice Mattoni: “Leemos cada nombre de autor como un caso que define y proporciona una imagen del ensayo, donde la serie de imágenes, su procesión, se erige como teoría del ensayo” (2003, 6). Partiendo de la lectura de Emir Rodríguez Monegal

quien consideraba como “parricidas” tanto a Murena como a los escritores de *Contorno*, Mattoni en cambio se aparta manifiestamente de este tipo de lectura enfocada en los desplazamientos de perspectiva desde un punto de vista histórico, y procura leer en cambio a Viñas, Jitrik y Masotta como ensayistas, “como escritores de una forma que sigue desplegando figuras de la modernidad y constelaciones de la subjetividad en el presente” (2003, 6). Mattoni los identifica como “huérfanos” respecto a la tradición del ensayo que heredan, conformando una manera de leer que se instala en la crítica académica “y que por momentos renegará del ensayo como forma” (2003, 7). De esta manera, se problematizan los distintos lineamientos que la historia intelectual –o su variante, la historia de la literatura– recuperó como las marcas de esa época: política y ciencia. Mattoni propone que centrarse en los ensayos “en sí mismos” y no en la “historia de las ideas” es interrogarse por su presente. Esto le permite ocuparse de nombres olvidados por las crónicas y las historias literarias: Revol y Terzaga; en la medida en que se destacan por el regionalismo que podría leerse en ellos sino por retomar esos “grandes temas” del ensayo. De esta manera, aunque discuta con algunos modos de leer de la historia, Mattoni no deja de justificar el recorte histórico del período que estudia. Esta justificación se basa en “la constatación de que posteriormente el ensayo sería relegado al espacio de la literatura, es decir, excluido del saber sobre ésta en ciertas instituciones o instancias” (2003, 8).

En el centro de este problema Mattoni destaca los libros sobre Quiroga y Arlt de Jitrik y Masotta respectivamente, lo cual nos interesa particularmente porque son dos libros fundamentales para la temprana recepción de Blanchot en Argentina. De esta manera, podemos situar la presencia de Blanchot en el que sin dudas es uno de los acontecimientos más destacados de ese tramo de la historia intelectual argentina, sobre todo si tenemos en cuenta la extrema singularidad de los modos de leer que allí se construyen. Dice Mattoni:

A pesar de sus ulteriores negaciones de la forma ensayística (lo hemos señalado en el caso de Jitrik), las lecturas que realizaban entonces los autores vinculados a *Contorno* no se apartaban de esa modalidad donde el problema son las palabras y no la vindicación de alguna suerte de metalenguaje, aun cuando esto se asomaba ya bajo la forma de un desplazamiento de la atención que partía de la literatura para llegar a su exterior (¿social?), a su "contorno". El estilo en el que se autorizan tanto el libro de Masotta sobre Arlt como el de Jitrik sobre Quiroga quizás permitirá ver hasta qué punto ese afuera del texto era una construcción imaginaria” (2003, 8).

El énfasis que comparten esas lecturas es el problema de la palabra, y es a partir de esto que Mattoni considera los ensayos como literarios, es decir, en tanto espacios donde la literatura se piensa. Este posicionamiento lleva a Mattoni a centrarse más en la singularidad que convertía a cada ensayista en escritores que a sus posicionamientos ideológicos. Su lectura de

los distintos contrapuntos entre los ensayistas “no redundan en una reconstrucción de campos intelectuales por afuera de los textos mismos” (2003, 9). Por eso busca plegarse “casi miméticamente” al ensayo, pero este apego a la singularidad de cada ensayo no significa que se obture la posibilidad de su verdad. De esta forma, Mattoni construye un modo de leer que se aparta de la reconstrucción histórica de la literatura y crítica argentina para así

inscribirse en una rememoración cairológica (de cairós: "ocasión; momento oportuno") del escribir en la Argentina, única forma de salir de la utilización documental de los textos literarios, única vía para que el ensayo no se vuelva mero vehículo de los saberes sino el dispositivo proteiforme de sus constituciones y destituciones, y sobre todo de la configuración de una subjetividad en ese espacio de conflictos donde el saber se supone y la ideología lo pone (2003, 9).

Más adelante, para delimitar su propuesta en torno al ensayo recurre al famoso texto de Adorno “El ensayo como forma” y también cita el “Entredicho” de la revista Sitio del número 4/5 dedicada al ensayo. Mattoni destaca como mención compartida entre ambos textos el tema de la irrupción de la subjetividad, enfocándose en la pregunta por la relación entre saber, escritura y academia. En términos generales, se destaca el ensayo como forma en la medida en que supone otra relación con el saber científico, otra construcción conceptual y “visión” del lenguaje y la escritura, pero también otra concepción tanto del tiempo y del sujeto, como de la relación entre el lenguaje y su afuera. Luego de situar el ensayo en relación con la filosofía y el discurso de la ciencia, y de considerarlo respecto a la literatura y los “géneros literarios”, Mattoni afirma que el ensayo es el lugar donde “la literatura se mira a sí misma, donde la libertad formal permite una crítica de la fijeza de las formas y donde se elaboran y se discuten las posibles orientaciones sucesivas de los demás géneros” (2003, 29).

En cuanto a las referencias teóricas para delimitar el problema del ensayo como forma, se mencionan a Rest¹³¹ (*El cuarto en el recoveco*), Grüner (“El ensayo como género culpable”), Lukács (“Sobre la esencia y forma del ensayo”), Bense (*Estética*), Gusmán (“El ensayo de los escritores”) y concluye la primera parte de su tesis con referencias a dos ensayos de Blanchot presentes en *El libro que vendrá* (particularmente los apartados “La desaparición de la literatura” y “El libro que vendrá” del capítulo “A dónde va la literatura”). A partir de Blanchot, dice Mattoni: “El ensayo es el reino de lo posible, de la promesa que el pensamiento le hace a la percepción y al saber de un viaje hacia lo que todavía no está dicho”

131 Sobre este tema, consultar el libro *Material Events. Paul de Man and the afterlife of theory* (2001), en el que participan, entre otros, Hillis Miller, Warminski, Laclau, Butler y Derrida. En la introducción los editores del libro distinguen tres registros heterogéneos de la “materialidad” en De Man: una versión involucrada en cierto modo particular de ver y percibir; otra que se relaciona con la materialidad de la letra como inscripción, y una tercera que se enuncia como “la materialidad de la historia real”: “Estas versiones de la materialidad demaniana están cercanamente asociadas con la reformulación de De Man, en sus últimos ensayos, de la relación entre lenguaje performativo y lenguaje constativo” (Cohen, Hillis Miller y Cohen, 2001, 17).

(2003, 43). A continuación, nos detendremos en las lecturas específicas que Mattoni realiza de Rest, Jitrik y Masotta, identificando los momentos en que involucra referencias a Blanchot.

En el caso de Rest, Mattoni pone en juego principalmente la lectura de Borges. Lo que nos interesa rescatar de Mattoni es que utiliza la categoría blanchotiana de Obra para releer a Borges: “Si hay un texto en Borges sería el de la Obra, no el del Libro, según el sentido que le diera Blanchot a esta oposición en *La ausencia del libro*¹³²” (2003, 89). En segundo lugar, como vimos anteriormente, Jitrik utiliza a Blanchot de modo decisivo para pensar la experiencia literaria en Quiroga. Mattoni describe el modo de leer y la propuesta de Jitrik en su tesis, sin enfocarse específicamente en Blanchot, pero tiende a destacar sus aspectos más blanchotianos. de hecho su hipótesis es que las lecturas de Leiris y Blanchot estructuran “veladamente” el ensayo de Jitrik. En todo momento, Mattoni articula el recorrido por el ensayo de Jitrik en relación con la obra de Blanchot., citando todos los pasajes en los que Jitrik referencia a Blanchot. Por ejemplo, el tema del engaño y la insinceridad como factores inherentes de la experiencia literaria en relación con la escritura. Pero también se detiene en los aspectos vinculados a la “muerte”, tan característicos de la propuesta blanchotiana. En relación con esto, es importante destacar que Mattoni utiliza al Blanchot de *El espacio literario* mientras que el ensayo de Jitrik es anterior a la publicación de este libro. Dice Mattoni: “En la experiencia continua, gratuita, en el enfrentamiento con la muerte que se inscribe en los textos, el caso se vuelve cosa, vale decir, eso indecible que vale para todos porque ningún discurso lo alcanza” (2003, 176).

Por último, en el caso de Masotta, Mattoni delimita en línea con Alberto Giordano, el corpus de crítica literaria de Masotta en la década de 1950 con los libros *Sexo y traición en Roberto Arlt* y *Conciencia y estructura*. Desde un punto de vista historiográfico, y en línea con la intervención de Giordano sobre Masotta (que se constata también en Peller), lo destacable es el énfasis metodológico en aspectos literarios. Si pensamos en el corpus que venimos delimitando con las investigaciones doctorales de Mattoni, Giordano y Podlubne, el gesto de focalizar en la literatura es el que nos permite agrupar la serie de trabajos que utilizan a Blanchot en los 90, y recuperan los episodios de recepción de Blanchot en las décadas anteriores. Sobre Masotta y Blanchot, dice Mattoni:

De allí que Masotta denuncie, gracias a la lectura que hace de *La part du feu* de Maurice Blanchot, la ideología de la sinceridad literaria. ¿Cómo sería posible la

132 Se puede consultar una lista bibliográfica de todos los ensayos publicados en revistas por Blanchot en el libro de Françoise Collin *Maurice Blanchot et la question de l'écriture* (1971).

autenticidad, la espontaneidad, la sinceridad de un autor si éste, en cuanto conciencia de sí, no puede ser idéntico en cada acto, en cada lectura?” (2003, 218).

3.2.3. Judith Podlubne: *Escritores de Sur*: los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo

A lo largo de nuestra investigación hemos involucrado distintos segmentos del trabajo de Judith Podlubne como parte del estado de la cuestión de temas como la temprana recepción de Barthes en Argentina por parte de figuras como las de Oscar Masotta, Nicolás Rosa y Noé Jitrik, así como también sobre la revista *Sur* —en particular, en lo que concierne al período de supuesta crisis de la revista, cuando era dirigida por Enrique Pezzoni y participaban en ella Sylvia Molloy y Alejandra Pizarnik entre otros—. En todos esos casos, como vimos, puede rastrearse la recepción de Blanchot, aunque no haya sido el objeto específico del trabajo de Podlubne. Lo mismo ocurre con las investigaciones de Mattoni y Giordano, con la diferencia que éstas se ocupan principalmente del tema del ensayo en Argentina, mientras que la de Podlubne apunta a la construcción de un problema histórico-teórico que permite releer tramos específicos de la historia intelectual argentina vinculada con la crítica literaria y la literatura. Al igual que en Giordano y Mattoni, y otros episodios de la recepción de Blanchot en Argentina, la inflexión blanchotiana de este modo de leer, consiste en concebir las relaciones entre literatura y cultura a partir del movimiento de la impugnación. Esta perspectiva habilita una forma de pensar las relaciones entre literatura y cultura que supone un cuestionamiento respecto de los modos construidos por una perspectiva histórica para leer literatura.

Veamos ahora las particularidades de esta inflexión en el libro *Escritores de Sur. Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo* (publicado en 2011 por Beatriz Viterbo) que edita la tesis doctoral de Judith Podlubne defendida en 2007. Junto con las investigaciones de Giordano y Mattoni, este trabajo constituye uno de los usos de la obra de Blanchot a partir de los 90 en tesis doctorales (lo cual supone cambios en los grados de institucionalización) que, a la vez, tienen la característica de que los objetos de lectura que se construyen allí coinciden con los primeros episodios de recepción de Blanchot. Es por esto que constituyen un buen punto de llegada para nuestra investigación sobre la recepción de Blanchot en Argentina. Por supuesto no constituyen un cierre del proceso, ya que de hecho la presencia de Blanchot a partir de los 90 y entrados los 2000 tiende a aumentar

considerablemente respecto de las décadas anteriores. De esta manera, nuestra intención es enfatizar en el carácter circular y de recomienzo para pensar la recepción de Blanchot en Argentina: por eso destacamos que los episodios de recepción a partir de los 90, cuando adquieren un mayor grado de institucionalización al darse en el marco de investigaciones doctorales financiados por universidades o organismos de ciencia y técnica estatales, apuntan a los comienzos de su recepción y la relanzan, la hacen recomenzar y a partir de ese movimiento habilitan nuevos modos de leer las relaciones entre literatura, cultura, historia y teoría en Argentina.

Podlubne tuvo una participación activa en el *Boletín del Centro de Teoría y Crítica Literaria*, revista que como vimos es uno de los espacios destacados para leer la recepción de Blanchot en el ámbito universitario argentino a partir de la década de 1990. Si tomamos los primeros diez números de la revista, entre marzo de 1991 y diciembre de 2002, Judith Podlubne publicó artículos en cuatro ocasiones (tres de ellos sobre Silvina Ocampo y uno sobre Sarlo y González)¹³³. Hacemos esta mención porque buena parte de estos textos forman parte de lo que será después su tesis doctoral, sobre todo los que tratan sobre la narrativa de Silvina Ocampo. Esto se puede ver en la estructura del libro *Escritores de Sur*, cuya primera parte que presenta un análisis de corte más histórico-teórico se titula “Morales literarias en tensión (*Sur* 1935-1945)”, mientras que la segunda “Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo” presenta un análisis crítico-literario de las obras de estos dos autores en particular. En ambas partes, como veremos a continuación, es posible rastrear la presencia de Blanchot.

Respecto de nuestro eje de análisis sobre la recepción de Blanchot, la tesis de Podlubne nos permite complejizar aspectos de la residual y heterogénea presencia de Blanchot en la revista *Sur*, así como también continuar estableciendo vínculos entre Blanchot y la obra de Borges. Como vimos en varios tramos de nuestra investigación, una de las características fundamentales de la recepción de la obra de Blanchot en la crítica literaria argentina tiene que ver con su utilización para leer, de distintas maneras y con distintos enfoques, a Borges. En este sentido, la recepción de Borges en el propio contexto de la revista *Sur* (ya sea como consagración o rechazo) constituye la variable con la que Podlubne delimita los distintos momentos de la revista y, también, con la que relee y discute las cristalizaciones de la historia intelectual sobre la revista. Entonces, ¿qué hizo *Sur* con la literatura de Borges? Podlubne relanza esta pregunta, recurrente en la bibliografía crítica

133 Para el análisis de este apartado tomamos como referencia la traducción al español de “La resistencia a la teoría”, a cargo de Elena Elorriaga y Oriol Francés.

sobre la revista, y la vuelve productiva para leer las relaciones entre literatura y cultura del período histórico en el que se inscribe. La irreductibilidad de la experiencia literaria es la característica de Borges señalada por Podlubne:

Los juicios de Borges se apartan de la defensa de la especificidad, que los formalistas esgrimen contra la trascendencia estética que proclaman los humanistas, para afirmar, en una dirección heterogénea a la que regula las disputas, la irreductibilidad de la experiencia literaria a cualquier valoración moral –incluso a las valoraciones propias de la moral formalista–. Como intento mostrar en la lectura de su intervención en el debate “Moral y literatura”, hay en Borges un modo radicalmente nuevo de pensar este asunto, un modo afectado por la experiencia de la desaparición del hombre en el lenguaje (2011, 21-22).

Teniendo esto en cuenta, nuestra hipótesis es que hay una presencia de Blanchot como ausencia que nos puede ayudar a delimitar la apuesta específica de Podlubne sobre la especificidad de la propuesta de Borges en el debate en la revista *Sur*, no sólo entre formalismo y humanismo, sino también entre contenido y forma. Esta presencia como ausencia es, como venimos viendo en nuestro trabajo, un modo recurrente de lo que llamamos la resistencia a Blanchot en la crítica argentina. Además, es importante destacar que hay un tramo del período histórico que toma Podlubne para analizar la revista que es anterior a la recepción de Blanchot en Argentina, ya que el comienzo de su trabajo se sitúa a principios de la década de 1940. No obstante, hay otro segmento de la revista posterior que efectivamente coexiste con la presencia de Blanchot en *Sur*, sobre todo en lo que concierne al período de la revista bajo la dirección de Enrique Pezozni. En términos generales, podemos decir que Podlubne discute y problematiza la generalización de la crítica especializada de considerar que *Sur* era la revista “de” Borges.

En buena medida las discusiones del período de la década de 1940 están marcadas por el reordenamiento del ámbito intelectual a partir del final de la Segunda Guerra Mundial. En el caso de la revista *Sur*, es interesante los puentes que establecieron con la revista francesa *Nouvelle Revue Française* en los tiempos de la Ocupación Alemana en Francia¹³⁴. Recordemos que la obra de Blanchot está muy ligada a esta revista y la editorial *Gallimard*, donde publica casi todos sus libros. Estas disputas, en ambos continentes, redefinieron también el lugar de la literatura en relación con la cultura a partir de la conocida. En este sentido, Podlubne analiza la alianza entre obra literaria y moral en las lecturas críticas de Victoria Ocampo y Eduardo Mallea. Desde esta perspectiva, “la obra literaria es siempre una prolongación del yo de su autor, de sus cualidades humanas y espirituales” (2011, 42) en la

¹³⁴ Tomamos como referencia la edición facsimilar en dos volúmenes publicadas por la editorial Eduvim en 2013.

medida en que “alejada de las complicaciones de la letra, la obra es percibida como una superficie diáfana y transparente” (2011, 49). Con este recorrido, Podlubne demuestra que el presupuesto de estas lecturas es la concepción de una “misión moral del escritor” que se vincula con los presupuestos iniciales del proyecto del sujeto moderno europeo. Aunque no aparezca en Podlubne, podemos afirmar que esta posición es la que Blanchot impugna en un ensayo como “La literatura y el derecho a la muerte”, donde el énfasis en la impersonalidad de la literatura funciona como modo de intervenir en el debate entre compromiso político y vanguardia estética. Leemos en Podlubne una reflexión teórica acerca de la alianza entre moral y literatura en *Sur*:

El requisito de este movimiento de autorreflexión es un modelo expresivo del lenguaje que presupone la interioridad de los sujetos y se funda en la capacidad de manifestarla. De acuerdo con este modelo, cuya tradición se remonta a los orígenes mismos de la metafísica occidental, el lenguaje es la expresión de un adentro subjetivo (un alma, un espíritu, un temperamento, una personalidad) que se exterioriza en un afuera ‘que se ofrece como significativo no-exterior, no-mundano, por lo tanto no-empírico o no-contingente’ (Derrida 1971, 13). Sustentado en los privilegios de la voz, en lo que Derrida denomina el ‘sistema del oírse-hablar a través de la sustancia fónica’, el modelo expresivo concibe la relación entre lenguaje e interioridad como una relación unívoca, natural y espontánea (2011, 52).

El modo de leer de Podlubne deconstruye estas polaridades al interior del discurso de la revista *Sur*, principalmente al centrarse en el problema de la forma y la "experiencia" literaria como irreductibilidad respecto de la cultura.

Según Podlubne, recién en los 40 de la mano de Victoria Ocampo *Sur* comienza a discutir explícitamente las “morales literarias antagónicas” que recorren la revista. Uno de los objetivos de su investigación consiste en focalizar en la “potencia” con la que Borges se aparta de la moral literaria humanista que pregonan en la revista. Podlubne sitúa el desagravio que *Sur* le dedica a Borges en 1942 por no haber obtenido el premio por *El jardín de los senderos que se bifurcan* un momento clave en la historia de Borges con la revista, analizando las distintas disputas en torno a su obra. Así, por ejemplo, Podlubne lee una resistencia de Mallea a la "impersonalidad" de la obra de Borges, en el momento en que la posibilidad de encontrar lo "humano" y lo "personal" en la literatura consistía en uno de los mecanismos para garantizar el funcionamiento moral de la literatura en el marco de la cultura: “Altura metafísica, precisión poética y perspicacia lingüística definen, para Mallea, las cualidades principales de un escritor a quien, a pesar de los méritos consignados, su singular autenticidad lo convierte en destinatario de los ‘más parciales rechazos’” (2011, 8). De esta manera, mientras que la posición asociada a Mallea le reprochaba a Borges su falta

de humanismo, los partidarios de Borges al interior de *Sur* intentan subsanar esta falta apelando al estilo borgeano. Así, el estilo garantiza la presencia del “espíritu” del autor en la obra:

Elogiar el estilo de Borges resulta desde este punto de vista otro modo de devolverle a su literatura el carácter vital y humano que le discute la interpretación oficial. Es además, y fundamentalmente, contribuir a restituirle (por vía de una denodada rehumanización) el derecho a ser considerada una escritura representativa, de auténtico carácter nacional (2011, 118).

Justamente porque la falta de "vitalidad" y la imposibilidad de considerarla como literatura "representativa" eran hacia 1942 los tópicos recurrentes para criticar a Borges. Se le critica a Borges la falta de representatividad nacional y sus referencias cosmopolitas, en el marco de un “recrudescimiento” del debate entre nacionalismo y cosmopolitismo que desde 1930 en adelante enfrenta a la revista *Sur* con otros sectores del pensamiento nacional. “Las limitaciones estéticas del nacionalismo literario, sobre las que Bioy había ironizado extensamente en su reseña a *El jardín de senderos que se bifurcan*, es el núcleo de mayor consenso en el desagravio” (2011, 119). Podlubne lee allí el siguiente contrapunto: mientras Bioy cuestiona la crítica a Borges por falta de representatividad, los autores del desagravio buscan poner de manifiesto justamente la dimensión representativa de los textos de Borges.

En relación con esto la propuesta de Podlubne es que, por un lado, Bioy y Borges resuelven la problemática de la relación con la cultura europea (central para *Sur*), de una manera diferente a sus compañeros de la revista. Por otro, afirma que ninguno de los participantes del desagravio están dispuestos a comprender el énfasis en aspectos “de índole específicamente literaria (sea la invención de mundos imaginarios, el afán de construir tramas rigurosas o tantos otros), que perciben y evalúan como un intolerable desinterés por los acuciantes problemas del hombre” (2011, 125).

Ahora bien, la propuesta de Podlubne es que recién a partir de la década del 50 con los trabajos de Enrique Pezzoni primero y Sylvia Molloy después, comenzaría el reconocimiento de la obra de Borges en *Sur*, cuando ya no se la juzga según “acuerdos ideológicos” sino por su “cualidad diferencial” (Podlubne, 2011, 129). La hipótesis sobre el carácter inaugural de la lectura de Pezzoni es contundente: el ensayo que publica en la revista *Sur* a propósito de *Otras inquisiciones* constituye “una de las líneas de reflexión crítica más agudas e interesantes sobre la obra de Borges, cuyos efectos se proyectan hasta *Las letras de Borges* de Sylvia Molloy (1979) y aún más allá, es el primero en destacar sin dobleces la singularidad de su literatura” (2011, 219). Previo a eso, según Podlubne hay una resistencia por parte de *Sur* ante la irreductibilidad de la literatura borgeana a causa de la “moral

literaria” de la revista. En este punto se ubica la hipótesis histórica de su trabajo, que problematiza y complejiza las lecturas que se hicieron sobre este período de la revista:

La idea, extendida entre los lectores de *Sur* y no revisada todavía, de que los años cuarenta marcan la centralidad del escritor en la revista, se sostiene si se atiende a la indiscutible cantidad de colaboraciones y se soslayan las profundas divergencias que ligan, no sólo a Borges con la revista, sino también a la inversa (2011, 129).

Como venimos viendo en los casos de Rest, Pezzoni y Molloy, la cuestión de la “forma” (en la clásica oposición con el “contenido”) es la dimensión literaria sobre la que se articulan los debates en torno a Borges. En línea con esto, en la tesis de Podlubne se recuperan las distintas “resistencias” a la forma por parte de la moral literaria de la revista *Sur*: “la forma, el estilo literario, resulta un elemento imprescindible de la obra a condición de que se mantenga siempre al servicio de los cometidos trascendentes de la literatura” (2011, 143). Así, por ejemplo, el afán por jerarquizar la forma es uno de los puntos de ataque de Benda *La France Byzantine ou le Triomphe de la littérature pure*. En la opción por favorecer la forma en detrimento del contenido, habría una despreocupación por la función intelectual y las morales del arte y el artista. En este sentido, Podlubne enmarca los rechazos a la obra de Borges en un reproche de época contra los escritores que subsumieron el valor de la literatura al desarrollo de la forma. Es por medio de esto que se explican las resistencias de Mallea para leer a Borges:

Si en el caso de Mallea esta diferencia se vincula, como vimos, con su resistencia a considerar la dimensión formal de la literatura como un orden distinto de la dimensión moral (una diferencia que retrotrae la discusión a la falta de interés específico que *Sur* manifiesta en los años treinta), en el caso de Borges, en cambio, la distancia que lo separa de los criterios predominantes en el debate (una distancia máxima, que sin embargo pasa inadvertida para sus compañeros) remite a la audaz apuesta en favor de la irreductibilidad de la literatura que sus enunciados entredicen de un modo sesgado y precavido” (2011, 158).

De esta manera, la operación crítica de Podlubne consiste en discutir y repensar estos debates en torno a las cualidades literarias en el marco de *Sur*, focalizando en problematizar distintas cristalizaciones establecidas por el estado de la cuestión de la revista, como la mencionada idea de que *Sur* era la revista “de” Borges. Nuestra hipótesis es que Podlubne involucra de manera decisiva algunos aspectos de la obra de Blanchot justamente para poner en cuestión la alianza entre moral y literatura que se constituye como una de las líneas predominantes de la revista.

Teniendo esto en cuenta, creemos que la siguiente cita de la investigación de Podlubne pone de manifiesto la centralidad de la lectura blanchotiana, en contacto con Barthes, para uno de los desarrollos fundamentales de su investigación doctoral:

Los patrones de calidad literaria responden a los dictados del *escribir bien* que rigen la realización formal. *Escribir bien* y transmitir un significado moralmente bello, o mejor aún, *escribir bien* para que ese significado, siempre anterior y fundamental, pueda ser transmitido, es la consiga que, en líneas generales, sintetiza la concepción sobre la literatura que impera en la revista. Retomando una afirmación de Maurice Blanchot (1976a, 61) podríamos decir que, en ‘Moral y literatura’, queda establecido que, para *Sur*, ‘escribir es siempre escribir bien, y escribir bien es, en consecuencia, hacer el bien, reconocer el bien (...) armonizar con el mundo de los valores’ (2011, 153).

Pero las referencias a Blanchot no sólo son determinantes en la primera parte de su tesis, sino que también aparecen en relación con las lecturas críticas que Podlubne realizó de la obra de Silvina Ocampo desde los años 90 en adelante. Blanchot es utilizado en este caso para leer en los cuentos de Ocampo los gestos a lo olvidado, es decir, “la fuerza de lo imaginario” (2011, 267) como una instancia pre-subjetiva a la que apuntan los cuentos de Ocampo. Los modos de leer blanchotianos que focalizan en los “momentos irreductibles”, en la “voz narrativa”, en “la ley secreta del relato” son retomados por Podlubne para destacar la extraordinaria excepcionalidad de los cuentos de Silvina Ocampo. Al igual que con Borges, las referencias a Blanchot en esta investigación entran en juego a la hora de destacar aspectos literarios que generaron resistencias en el interior de la revista: “indiferentes a las morales del grupo, estos cuentos respondieron ante todo a la fascinación de Silvina Ocampo por la infancia, esa fascinación que, como escribió Molloy, ‘es la materia misma de su literatura’” (2011, 292). Esto se trabaja específicamente en el apartado “*Viaje olvidado*: la voz rarísima”, donde Podlubne pone en juego la noción de “tono”¹³⁵ en vínculo con la “voz narrativa” para leer a Silvina Ocampo:

un *tono* narrativo único, singularísimo, distingue *Viaje olvidado*. Antes que la originalidad de las anécdotas o la excentricidad de los personajes, la extrañeza de la voz narrativa resulta el centro magnético de estos relatos. ¿Quién los cuenta? ¿Quién habla en ellos? La pregunta, que se deja oír con cierta crispación en la reseña de Victoria, inaugura la literatura de Silvina Ocampo” (2011, 270)¹³⁶.

135 En la web del Archivo Histórico de Revistas Argentinas están disponibles de forma digital todos los números de *Paradoxa*. Ver en <https://ahira.com.ar/revistas/paradoxa/>

136 Se pueden consultar todos sus números en el Archivo Histórico de Revistas Argentinas. Ver en <https://ahira.com.ar/revistas/sitio/>

3.2.4. ¿Blanchot más allá? Entre crítica literaria y filosofía

Es, entonces, a partir de 1990 que el nombre de Blanchot aparece con insistencia en la crítica argentina, luego de un par de décadas de relativo silencio: Nicolás Rosa lo cita al comienzo de *El arte del olvido*, publicado en 1990, relacionándolo con Barthes para teorizar acerca de las funciones de la crítica literaria. Como vimos, buena parte de la obra crítica de Alberto Giordano retoma a Maurice Blanchot para leer literatura argentina, como ocurre en *Modos del ensayo, Jorge Luis Borges y Oscar Masotta* (1992), *La experiencia narrativa* (1992), *Roland Barthes. Literatura y poder* (1995) o *Manuel Puig: La conversación infinita* (2001). En esta línea, también se destacan publicaciones como “La experiencia y la voz romántica” (1990), *Seis estudios girrianos* (1993), “Notas para una política de la literatura” (1993) *Maurice Blanchot. El ejercicio de la paciencia* (1996), “Un discípulo tardío. El Kafka de Borges” (1997) y “Kafka y el arte del diario” (2007) de Sergio Cueto; “Apuntes sobre la novela corta” (1991), “Sobre la teatralidad en la narrativa de Arlt” (1993) de Analía Capdevila; “El poeta en la guerra: de Cabo Haitiano a Dos Ríos de José Martí”, de Susana Zanetti (1997); *Las letras de Borges*, de Sylvia Molloy, que se reedita en 1999 (la primera edición es de 1979); la traducción de dos artículos de Blanchot en la revista *Confines*, “Encuentro con el diablo” en el número 3 (1996) y “Los intelectuales en cuestión” en el número 6 (1999); *Fantasmas: Imaginación y sociedad*, de Daniel Link (2009); *El silencio y sus bordes*, de David Oubiña (2011); *Escritores de sur*, de Judith Podlubne (2011); *La experiencia imposible. Blanchot y la obra literaria* (2012), “Lo que jamás concluye. Pasillos, habitaciones, huellas misteriosas o el resplandor de lo ausente” (2016) y *La aventura negativa* (2021) (de Carlos Surghi; *Temas lentos*, de Alan Pauls (2012); *Realismo, cuestiones críticas*, de Sandra Contreras (2013); *El fragor del mundo: escritos para Oscar del Barco* (2008), *Muerte, alma, naturaleza y yo* (2014), “Blanchot: la detención de Orfeo” (2014), “¿Qué hay en escribir? El espacio de la muerte y el poder que saca del encierro” (2017) de Silvio Mattoni; *El Fantasma de un nombre. Poesía, imaginario, vida*, de Jorge Monteleone (2016); “La desaparición del discurso sin derecho” (2016) de Juan Bautista Ritvo.

Es de suma importancia la creciente circulación de la obra de Blanchot en el ámbito académico, tanto argentino como latinoamericano, en la medida en que se organizan distintas publicaciones y eventos científicos específicos sobre su obra. Podemos destacar la publicación del número XI de la revista *Instantes y azares. Escrituras nietzscheanas* (2012)

dedicado enteramente a Maurice Blanchot, el número XVIII “O fora em Blanchot” –donde participan Gabriela Milone, Silvio Mattoni y Carlos Surghi – de la revista *Outra travessia* (2014) publicada por la Universidad Federal de Santa Catarina (Brasil) y el “Dossier Maurice Blanchot” publicado en el número VIII de la revista *Pensamiento Político* (2017) de la Universidad Diego Portales (Chile). En cuanto a eventos científicos, el PRIG “Las nociones de materialidad y lenguaje en el pensamiento de Maurice Blanchot” (FFyL, UBA) organizó la *I Jornada Maurice Blanchot, Fragmentos para una filosofía* (2015) y la *II Jornada Maurice Blanchot, Guardar (el) silencio* (2017), a partir de la cual Noelia Billi compiló el libro *Maurice Blanchot. Fragmentos para una filosofía* (2019); por otro lado, en 2016 se realizaron en Chile el *Coloquio Internacional “Blanchot. Escritura y poder”* organizado por la Universidad Diego Portales, y el *Seminario Barthes y Blanchot: la exigencia de discontinuidad* organizado por la Universidad Andrés Bello. Resta agregar que el *I Coloquio “La resistencia a la teoría: literatura, escritura, lectura”* (2017), organizado por el PIP-CONICET “La resistencia a la teoría en la crítica literaria en Argentina”, cerró con una mesa dedicada a Maurice Blanchot.

Podemos agregar también, con el objetivo de completar este panorama, la pregunta por el lugar de Blanchot en el ámbito de la filosofía argentina – sobre todo si tenemos en cuenta, tal como lo mencionamos anteriormente, la creciente importancia que está tomando la obra de Blanchot en dicha disciplina. En este sentido, es esclarecedora la lectura de Mónica Cragolini en “Nietzsche en la Argentina entre 1880 y 1945: Alusiones y citas en los márgenes”, publicado en el número I de la revista *Instantes y azares* (2001). Si bien el recorte temporal es diferente al nuestro, muchas de las caracterizaciones que Cragolini hace sobre esa recepción podrían pensarse en consonancia con lo que sucedió con Blanchot años más tarde. Sumado a esto, la importancia de Nietzsche en la obra de Blanchot es central, así como también lo es la figura de Blanchot al momento de introducir el pensamiento de Nietzsche en Francia, lo cual habilita la pregunta por la posibilidad de pensar ambas recepciones en conjunto. La figura de Cragolini es central para la institucionalización de las obras de Nietzsche y Blanchot en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En una entrevista que le realizamos, afirma:

Tras la recuperación democrática hubo un sesgo muy importante de la filosofía analítica en Puan y eso determinaba que Nietzsche, Blanchot y Derrida eran autores que no eran vistos (...) Recién en los noventa empecé a dar seminarios sobre Nietzsche luego de doctorarme en 1992 y ahí se formó el grupo que comienza a publicar la revista *Perspectivas nietzscheanas* que en el 2000 pasó a llamarse

Instantes y azares (Comunicación personal con Mónica Cragolini, 3 de mayo de 2019).

Cragolini destaca que recién en el año 2004 comienza a dar seminarios sobre Blanchot y que hasta ese momento muchos estudiantes de filosofía interesados en los escritores “postnietzscheanos” cursaban con Jorge Panesi - a causa de su temprana formación en Derrida- o en otra cátedra de Teoría Literaria para poder estudiarlos. Cragolini comienza a leer a Blanchot a partir de *Parages* y *Demeure* de Derrida, en línea con el pensamiento de Nietzsche:

Me dediqué muchos años a Nietzsche (...) pronto me dí cuenta que si uno se quiere considerar nietzscheano tiene que ser postnietzscheano [...] hay autores que toman elementos de Nietzsche pero también lo abandonan (...) empecé con Derrida (...) cuando empecé a leer Blanchot quedé estupefacta: Derrida está todo acá, es impensable sin Blanchot (Comunicación personal con Mónica Cragolini, 3 de mayo de 2019).

Conclusiones

Tal como intentamos argumentar en el marco de esta tesis doctoral, el estudio de la recepción de la obra de Maurice Blanchot en el espacio de la crítica literaria argentina pone de manifiesto una serie de ocurrencias en las que emerge lo que llamamos la resistencia a Blanchot. Las modulaciones sobre el poder de la literatura –como aquello que se sustrae, interrumpe e impugna el funcionamiento dialéctico de la cultura– que se desprenden de la obra de Blanchot plantean desafíos particulares a la hora de estudiar su recepción en el espacio particular que definimos para nuestra investigación (ocurrencias textuales de lo que identificamos como crítica literaria y cultural argentina, en el intervalo que va desde las primeras traducciones al español de Blanchot en Argentina, las primeras menciones y usos, a la posterior inclusión de la obra blanchotiana en investigaciones doctorales). Como vimos, el sustrato dialéctico sobre el que se basan la sociología de la literatura, los estudios de recepción y buena parte de las historizaciones sobre la crítica literaria argentina es un escollo metodológico que permite explicar los avatares y modulaciones de una obra que se caracteriza por poner en cuestión esos presupuestos epistemológicos.

Desde nuestra perspectiva, el ensayo “Los grandes reductores” es una referencia fundamental para la leer las tensiones que caracterizan la recepción de Blanchot en Argentina porque pone de manifiesto las dificultades que surgen cuando intentamos historizarla mediante esquemas dialécticos: “Los grandes reductores” y su teoría de la literatura como impugnación, a la vez que permite explicar la resistencia a Blanchot en la crítica literaria argentina, es uno de los textos más citados por aquellos críticos que han retomado su obra para leer distintas firmas de la literatura argentina. Creemos que este modo de ocurrencia contradictoria se da en la medida en que, al mismo tiempo que hay una resistencia a que la obra de Blanchot forme parte del conjunto de herramientas teóricas de la crítica argentina, hay también una resistencia de dicha obra a dejarse apropiar.

Según el recorrido de nuestra investigación, lo que ejerce resistencia es el pensamiento de la literatura y la crítica de Blanchot basada en su apuesta por el “poder de impugnación” del arte, en contraste con la constante histórica de que la literatura –más allá del modo en que se efectúe y del modo en que se la lea– debe intervenir en los debates culturales. En este contexto, el pensamiento del poder del arte no cultural, que encuentra su agencia en el movimiento de desligarse de su función cultural, sólo puede ser introducido y retomado de modo tangencial: el juego entre la exigencia de intervención y el poder de

impugnación blanchotiano nos permitió establecer los modos por los cuales la crítica literaria argentina se relaciona con cierta teoría, así como también qué literatura elige leer. Nuestra propuesta de analizar resistencias de manera general, y leer la resistencia a Blanchot en la crítica literaria argentina específicamente, intenta responder a la lógica de la impugnación en lugar de la negación/superación –procurando, a la vez, no reducir nuestra propuesta a la idea de que la crítica literaria argentina resiste a una obra como la de Blanchot, ya que el dispositivo metodológico de la resistencia a la teoría que adoptamos como perspectiva incluye esa tesis pero también va más allá–.

En Blanchot la literatura es una efectuación más de esa extrañeza radical que la cultura intenta, una y otra vez, negar y reducir para ejercer su poder de asimilación. Si el modo de comprender de la dialéctica hegeliana y la hermenéutica heideggeriana se caracteriza por la fuerza de la negatividad, la literatura nos propone la lógica de la impugnación:

La literatura es quizá esencialmente (no digo única ni manifiestamente) poder de impugnación: impugnación del poder establecido, impugnación de lo que es (y del hecho de ser), impugnación del lenguaje y de las formas del lenguaje literario, en fin, impugnación de ella misma como poder (1971, 63).

Como mencionamos, esta conceptualización de la literatura como poder de impugnación es el aspecto que ejerce, y sobre el que se ejerce, lo que denominamos la resistencia a Blanchot.

De esta manera, a diferencia de la negación y la superación hegelianas, la impugnación interrumpe la conciliación dialéctica. Ante la voluntad de comprensión total, la especificidad de la literatura pasa por proponer una experiencia “por la que somos puestos a prueba de lo absolutamente otro, de lo que escapa a la unidad” (1971, 60). La exigencia dialéctica de la unidad supone que la estructura de las diferencias es, en sí, binaria: “y se reduce a una oposición rigurosa de términos a términos siempre separados dos a dos” (1971, 147). La pluralidad entonces se concibe a priori como reductible en dos: lo bajo y lo alto, lo dominante y lo dominado, vanguardia estética y vanguardia política, lo nacional y lo extranjero, análisis intratextual y extratextual. Según propone Blanchot, la discontinuidad vacía que recubre la conjunción copulativa “y” en todos estos casos es el elemento neutro, siempre diferente, que implica un corte inevitable porque es suplementario a la unidad y funcionalmente nulo: “el corte –la disyunción– infinitamente pequeño conservaría la no-relación radical a la que el Uno no podría aplicarse” (1971, 148). Es importante destacar que la palabra “impugnación” proviene de un verbo con sentido activo, es decir, un verbo transitivo que supone una acción con un objeto determinado. De hecho, en francés también

existe el verbo “impugner”, que difiere de la palabra “contestation” que aparece en el texto en francés. De modo que la decisión de traducir por el español “impugnar” es una operación crítica ensayística que para nosotros permite marcar el camino de lo que ocurre con Blanchot en la crítica literaria argentina. Nuestra hipótesis es que lo que Blanchot llama “literatura” se despliega como su poder de impugnación. Pero ¿de qué? De los valores, pero también de ella misma como poder. Si bien la fórmula “literatura como poder de impugnación” mantiene cierta connotación dialéctica en tanto la voz “impugnar” tiene un sentido activo y transitivo, ésta se deconstruye hacia el final de la cita de Blanchot cuando afirma que es impugnación de ella misma como poder. Pero, ¿cómo lo hace? ¿es un ejercicio, una acción, un efecto que va de suyo? Consideramos que este poder de impugnación se efectúa en dispositivos que desarrollamos como la voz narrativa, la interrupción no-dialéctica, el afuera, la desobra, la palabra errante y el neutro.

En nuestra tesis hicimos un recorrido por las distintas ocurrencias de lo que llamamos la resistencia de Blanchot. Eventos textuales inscriptos en la historia de la crítica literaria argentina en los que, además de rastrear la recepción de la obra de Blanchot en distintas escrituras críticas publicadas en Argentina, *ocurre* la resistencia. Ocurrencias con particularidades singulares, heterogéneas las unas respecto de las otras y, por supuesto, de diversa intensidad.

La traducción de *El espacio literario* en la colección “Letras Mayúsculas” de David Viñas en el año 1969 se caracteriza por su aspecto inaugural: la colección es excepcional por la diversidad y casi extrema heterogeneidad de su catálogo, lo cual bien puede ser una de las razones posibles para explicar la falta de estudios específicos sobre esta colección, es decir, estudios que la tomen como objeto. En la presentación que Viñas escribe para la colección se destaca el interés por renovar y ampliar la circulación de textos que se ocupan de pensar la literatura y la crítica como objetos, buscando establecer nexos entre esas tendencias extranjeras y la actividad crítica y literaria en América Latina. Hay una confianza en que el estudio riguroso del fenómeno literario puede contribuir a repensar la situación actual del mundo. Desde nuestra perspectiva, resulta llamativo también el afán de contemporaneidad y de intervención en el presente que se puede leer en la presentación de Viñas —que, según la hipótesis que argumentamos en nuestra investigación, tensiona con el movimiento blanchotiano de la literatura como impugnación—.

Otra ocurrencia de la resistencia, en este caso en el modo de la recepción laudatoria, es la que se manifiesta en la reseña de Jorge Bosch publicada en *Sur*: Bosch valora la obra literaria de Blanchot de forma extremadamente positiva, pero en el modo de hacerlo transmite

cierta inclinación hacia lo trascendental que no parece hacerse eco del nihilismo de Blanchot respecto de los valores. Así, en la recepción se ejerce también la resistencia, siendo dos caras del mismo fenómeno.

Mientras Bosch lee en Blanchot una de las últimas esperanzas para la supervivencia de los valores de la cultura occidental, Oscar Del Barco (traductor, editor y crítico) despliega una lectura de Blanchot durante la década de los 70 que toma la fuerza de su pensamiento para repensar los vínculos entre literatura y política desde una perspectiva revolucionaria. El espacio literario blanchotiano deconstruye el esquema que concibe el fenómeno de la literatura según la tríada autor-obra-lector, como instancias que se relacionan según el presupuesto de que la obra representa algo de la realidad por medio del poder simbólico del lenguaje. El modo en que Blanchot concibe la obra literaria desbarata ese esquema porque lo que está en juego ya no es el poder de representar algo externo a ella. Del Barco, al igual que Bosch antes que él, destaca la potencia de Blanchot para pensar la literatura por fuera del realismo: “abrir ese espacio donde la obra muestra (fuera de toda distinción epistemológica) su esplendor autónomo y su fuerza desencadenante” (Del Barco, 1969, 20). Es este gesto el que desencadena y abre el espacio de encierro en el que las dualidades metafísicas ubican a las palabras. Esta manera de concebir al arte y la literatura ya no al servicio de Dios o del humanismo, arrojan la obra a un espacio sin trascendencia, un espacio de exilio por fuera del mundo de los valores y de la verdad. Del Barco, en una de las interpretaciones políticamente más radicales de la obra de Blanchot en Argentina, afirma que si la deconstrucción del sistema ya ha ocurrido, si el libro ha desaparecido, si dios ha muerto, si se han roto los esquemas del sistema, “entonces ‘todo está permitido’, todo es posible, la escritura sin libro, sin autor, sin poseedor, despliega su trazo /la revolución/ borrando para siempre este Sistema espectral de la propiedad” (1973, 24).

Por aquellos años, analizamos otra ocurrencia de la resistencia a Blanchot en su presencia en distintos críticos vinculados con la revista *Contorno*. En relación con esto, la increíble labor de actualización teórica y enseñanza del filósofo argentino Luis Juan Guerrero sirvió como punto de apoyo para los jóvenes críticos que comenzaban a incidir de manera directa en el decurso de los estudios literarios y culturales en Argentina. Las referencias a Blanchot en la *Éstética operatoria en sus tres direcciones* de Guerrero se enlazan con autores como Heidegger, Sartre y Merleau-Ponty. Según la reconstrucción que realizamos en el capítulo 2, el impacto de Guerrero en críticos como Noé Jitrik y Oscar Masotta contribuye a delimitar la presencia de Blanchot en varios tramos de los desarrollos de estos ensayistas, donde la coexistencia heterogénea con referencias al pensamiento de Sartre ocurren como

otra modulación de lo que denominamos la resistencia a Blanchot. En el caso de Noé Jitrik la reflexión metodológica, que busca conjugar una propuesta como la de Sartre con una como la de Blanchot, radica en una forma específica de lectura narrativa. Más allá de las cristalizaciones históricas sobre la crítica argentina del período, es en el ámbito de la literatura donde se dirimen debates, posturas y criterios políticos, históricos y filosóficos.

El problema que representa la coexistencia del primer período de recepción de Blanchot con una circulación más extendida de Sartre en la crítica argentina aparece también en Oscar Masotta, otra de las firmas centrales de este recorte en particular y de la historia intelectual argentina en general. Los textos de Masotta que tomamos como objeto para nuestra investigación se inscriben en una multiplicidad de registros: participante activo del grupo Contorno, protagonista principal de la introducción del psicoanálisis en Argentina así como también de la primera recepción de Barthes, crítico de la cultura de masas y figura clave en el ensayismo argentino de mitad del siglo XX en adelante. Entre todos estos aportes hay que agregar entonces el de haber sido uno de los primeros lectores de la obra de Blanchot y, además, de haber influido con sus textos en otros sectores de la crítica literaria argentina y también del psicoanálisis. Podemos encontrar huellas directas de la lectura blanchotiana de Masotta en autores como Luís Gusmán, Germán García, Judith Podlubne, Alberto Giordano y Silvio Mattoni, entre otros.

En el marco de nuestra investigación, la obra de Masotta inaugura el espacio del ensayo como forma particular de dialogar con la literatura y, además, en tanto problema del campo del saber, como apuesta deconstructiva a la crítica de las ideologías y los culturalismos. Esto lo vemos, por ejemplo, en las reflexiones de Masotta sobre los conceptos y su formación, que enfatizan en el hecho de que se establecen en el espacio de la palabra. Teniendo esto en cuenta, es posible establecer vínculos entre la tentativa de Masotta y las reflexiones de Paul de Man sobre la “Resistencia a la teoría”, en tanto la resistencia se produce *en* el uso del lenguaje sobre el lenguaje. De esta manera, podemos ver cómo la presencia de Blanchot en este tramo de la crítica literaria y cultural argentina se ancla fuertemente en la resistencia que produce, y que se produce, siempre que en el campo del saber se reflexiona sobre el estatuto verbal de las formaciones conceptuales. Proponemos leer entonces la puesta en cuestión que realiza Masotta de la posibilidad real de encuentro entre lingüística, semiótica y psicoanálisis, como un avatar de esa resistencia inherente al lenguaje, en la medida en que alude a la crítica lacaniana de la idea de metalenguaje tal como se desarrolla en el *Seminario 5. Las formas del inconsciente* (1957-1958). Esa crítica a la posibilidad de un metalenguaje es homologable a la formulación de Paul de Man de la

resistencia a la teoría: “La resistencia a la teoría es una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje” (1986, 12). En línea con esto, recuperamos la propuesta de Podlubne, quien por un lado destaca que la afirmación demaniana “reescibe” la sentencia de Barthes en *Crítica y verdad* (1966) en su polémica con Raymond Picard y, por otro lado, afirma que el posicionamiento epistemológico de Masotta en relación con las posibilidades e imposibilidades de la tarea crítica a partir de la radical puesta en cuestión entre subjetividad y el saber que supuso en la historia de la ciencia la publicación de *La interpretación de los sueños* de Freud “abría aguas, no siempre bien diferenciadas, en los destinos de la crítica literaria y cultural argentina” (2017, 909). Creemos que el aporte de Blanchot en su labor crítica y teórica consiste en considerar los efectos de la subjetividad y del lenguaje en la configuración de los saberes. Sobre todo, si tenemos en cuenta que tanto en la conceptualización de De Man sobre la resistencia a la teoría, y las sentencias de Barthes en *Crítica y verdad*, son modulaciones en contacto con la obra de Blanchot.

En los años setenta, otra ocurrencia de la resistencia a Blanchot se da en el fenómeno de la recepción y circulación del estructuralismo francés en Argentina. Como vimos, en varias ocasiones Blanchot aparece enmarcado en el movimiento estructuralista, aunque su obra se caracteriza justamente por impugnar y deconstruir las pretensiones de cientificidad del estructuralismo. El breve texto que Beatriz Sarlo le dedica a Blanchot en el dossier sobre estructuralismo y nueva crítica de *Capítulo Universal* es una muestra de eso: aunque los términos de Sarlo no sean tan precisos, es destacable el hecho de que lo separa del estructuralismo y lo identifica con un tipo de retórica más filosófica que semiológica o lingüística, ambas dominantes en el estructuralismo. Si, como afirma Podlubne, “en el ámbito de la crítica literaria el estructuralismo había llegado provisto de su cuestionamiento” (2019, 18), podemos afirmar que, una vez instalado el estructuralismo, el modo en que se lo va a descomponer, desde dentro, con Derrida, Barthes y Foucault, ya está anunciado en Blanchot.

Otro caso es el de Jaime Rest, quien fuera supervisor de la publicación recién mencionada de Sarlo. En Rest podemos encontrar rastros y usos activos de textos de Blanchot en varios momentos de su labor crítica, principalmente en torno a la obra de Sade y también de Borges. En relación con el segundo, el ensayo que Blanchot le dedica a Borges puede leerse en conjunto con los textos que también le dedican los “nuevos críticos” franceses. Un aspecto que permite circunscribir la presencia de Blanchot en la lectura restiana es el debate metodológico respecto del enfoque “formalista”. Recordemos que Romano Luperini en su artículo sobre el “estructuralismo” situaba a Blanchot dentro del “formalismo” en la medida en que su análisis de la obra literaria no supondría necesariamente la decodificación de su

sentido. En el caso de Rest, el énfasis formalista para leer a Borges desde Blanchot es el punto en que se distancia de los modos de leer de la crítica ideológica.

De este modo, las referencias a Blanchot para discutir con la “crítica ideológica” trazan una línea que reúne distintos avatares de su recepción en Argentina. Es lo que ocurre con Molloy y Pezzoni quienes, enmarcados en el período de supuesta decadencia de la revista *Sur*, ponen en juego una perspectiva blanchotiana para intervenir y discutir con otros modos de leer –quizás más dominantes– de la crítica literaria de la época. La especificidad de estos episodios radica en que son momentos donde dos firmas centrales de la historia de la crítica literaria argentina sitúan, en relación con la crítica sobre Borges, el fenómeno de la resistencia al poder de impugnación de la literatura.

Pezzoni, por ejemplo, cuestiona el rol del intelectual que se encarga de realizar esta tarea de inclusión y normalización de la literatura, ya sea por medio de la labor periodística o de la investigación. La propuesta blanchotiana en torno a las tensiones que emergen durante los procesos de institucionalización de la literatura en los que la crítica literaria participa constituye uno de los argumentos centrales para leer su recepción en Argentina. Así, leemos en este conjunto de textos de Pezzoni una ocurrencia de lo que denominamos la resistencia a Blanchot en la crítica argentina: consideramos la normalización de la transgresión por parte de la crítica literaria que Pezzoni identifica como una modulación de la tesis sobre la resistencia a la teoría de Paul de Man.

Entonces, en tanto desarticula las lecturas evolutivas y genealógicas de las historias de la literatura que incorporan obras “transgresoras” en una narrativa mayor que las explica como acontecimientos sucesivos, para Pezzoni el horizonte del trabajo crítico con la literatura debe tender a “señalar qué hubo en ellas de invención y hallazgo” (2009, 23), es decir, identificar sus procedimientos particulares. De esta manera, podemos decir que el modo de lectura que Pezzoni construye y destaca como preferible es, básicamente, formalista; entrando en disputa con la “crítica social” que somete la literatura a una realidad exterior a ella. En cuanto a este enfoque “formalista”, recordemos que la perspectiva de Jaime Rest trabajada anteriormente también adopta ese apelativo y, como ocurre con Pezzoni, también para leer a Borges. Con estos críticos argentinos que construyen un modo particular de leer a Borges, la obra de Blanchot adquiere una de sus utilidades más activas y singulares en el ámbito de la crítica literaria argentina. De este modo, la lectura de Pezzoni siempre está pensando en los vínculos entre Borges y la “cultura”, procurando sustraerse de las opciones opuestas más comunes en la recepción de la obra borgeana. La forma de hacerlo pasa por impugnar la relación entre la “obra Borges” y la “cultura” que intercede en ella tanto externa

como internamente: “La obra de Borges se bastaba a sí misma, sólo en sí misma era necesaria; no buscaba, no ofrecía apoyos” (2009, 45).

Es destacable que tanto en Pezzoni como en Molloy, el problema de la recepción de la obra borgeana aparece como una problemática central para las propuestas críticas que estos autores desarrollan. Recordemos que Molloy destaca la importancia del trabajo realizado sobre la recepción francesa de Borges para la génesis de *Las letras de Borges*:

Surgió de mis reflexiones sobre Borges a partir del desconcierto y la inseguridad que ya había observado en su recepción en Francia. Quise seguir la pista de esa inseguridad dentro del texto, ver cómo la materia misma del texto borgeano es desasosiego (Molloy, 1992, 2).

A partir de las lecturas de Molloy y de Pezzoni, podemos pensar esta conflictiva recepción de la obra de Borges en términos de “resistencia”, tal como lo desarrollamos en nuestro trabajo para describir la recepción de Blanchot en Argentina. Son críticos argentinos que leen en la crítica argentina, y desde una perspectiva blanchotiana, efectuaciones y ocurrencias de lo que De Man denomina resistencia a la teoría. Así, en el libro de Molloy *Las letras de Borges* también encontramos modulaciones convergentes con la hipótesis de Paul de Man de que el problema de la resistencia es inherente al lenguaje y, por tanto, emerge en cada acto de lectura y delimita el horizonte metodológico de la crítica y la teoría literaria en tanto disciplinas cuyo objeto es la literatura.

En suma, los casos de Molloy y Pezzoni, sobre todo sus intervenciones críticas respecto de la obra de Borges y la crítica especializada sobre el tema, proyectan una particular condensación de los intereses de nuestra investigación, en la medida en que proponen modos de leer literatura que se caracterizan por poner en discusión presupuestos críticos que la reducen a un fenómeno cultural y, además, involucran aspectos de la obra de Blanchot para hacerlo. Según la perspectiva teórica de nuestra investigación, son ocurrencias textuales que ponen en juego, en un momento determinado y sobre un tema determinado, la hipótesis de la resistencia a la teoría y de la literatura como poder de impugnación.

A partir de los años 80, en el que delimitamos un segundo momento de la recepción de Blanchot en Argentina, el hecho de que aparezca involucrado para intervenir ante determinadas exigencias institucionales de espacios académicos e intelectuales vinculados con alguna forma del saber, constituye para nosotros un fenómeno de resistencia en la medida en que la perspectiva blanchotiana se caracteriza por impugnar exigencias como las institucionales. A partir de los años 80, este movimiento ocurre también en las revistas *Sitio*, *Paradoxa* y *Escrita*, cuando la obra de Blanchot aparece en el marco de un sector de la crítica

literaria y cultural argentina que ubica, en el ensayo como forma, una alternativa preferible para delimitar los vínculos entre literatura y cultura. Paradójicamente, en una modalidad que podemos definir como resistencia, este discurso sobre el ensayo en la crítica literaria argentina también encuentra su institucionalización cuando varios de sus protagonistas ingresan a las universidades tras la recuperación y apertura democrática.

Teniendo todo esto en cuenta, el anexo “El ensayo que vendrá” que se publica en el número 4/5 de *Sitio* en 1985 es uno de los episodios clave de la recepción de Blanchot en Argentina. Como vimos, ya desde el título “El ensayo que vendrá” podemos notar la referencia blanchotiana, que se torna determinante con el texto “El ensayo, un género culpable” de Grüner y con la traducción que cierra el dossier de “¿Qué es la crítica?” de Maurice Blanchot realizada por Jorge Jinkis. La revista *Sitio*, además, proyecta vínculos con *Paradoxa*, escrita e incluso con *Sur* en su período de supuesta decadencia.

Además, al igual que en los casos de Pezzoni y Molloy, esta es una ocurrencia donde lo que se señala es la “resistencia a la teoría” de los modos de leer dominantes en el ámbito intelectual argentino de la época. Como hemos visto en nuestra investigación, estas ocurrencias se dan en textos donde la presencia de Blanchot es decisiva para la argumentación que allí se propone. Así, por ejemplo, si bien se recupera y destaca la importancia del ensayo de Grüner en varios trabajos de la historia intelectual y de la crítica en Argentina, no se repara en la presencia de Blanchot en él. Por ejemplo, en el artículo de Crespi y Orsi (2016) ya citado, sólo se incorpora una referencia a Blanchot como epígrafe del cuerpo del texto. Así, la resistencia a Blanchot ocurre en dos dimensiones: por un lado, Blanchot aparece en el discurso de un crítico argentino para impugnar la pretensión de cientificidad y marcar las resistencias de otros modos de leer y concebir la relación entre literatura y cultura. Por otro lado, aunque hay estudios que destacan la importancia del ensayo de Grüner en la historia de la crítica argentina, no se identifica el rol que Blanchot allí juega ni mucho menos el aporte que da a la orientación general de las búsquedas de la revista. Esto se puede ver en la tesis de maestría “La revista *Sitio* y las figuras del intelectual sobre el fin de la dictadura” de Ariel Idez, uno de los primeros trabajos que toman a la revista como objeto de investigación que, no obstante, no recupera la orientación blanchotiana de *Sitio* en ningún momento.

La figura de Blanchot, que nunca tuvo inserción académica e institucional más allá de sus columnas literarias en la *nrrf*, se mantuvo como una suerte de reducto por fuera de las exigencias teóricas y metodológicas que encuadran la tarea de la crítica literaria. Así, Blanchot para Grüner es “nombre de ensayista por excelencia”, en una afirmación que

recuerda la de Masotta en su respuesta a la “Encuesta: la crítica literaria en la Argentina” realizada por Adolfo Prieto en 1963. De forma que la obra de Blanchot se involucra aquí en una argumentación donde es posible leer cierto tono anti-academicista, contra la institucionalización de la literatura y la crítica literaria, y en favor de la forma del ensayo como medio para dialogar con la literatura. En este punto surge una paradoja que delimita el recorrido de este segundo momento de la recepción de la obra de Blanchot en la crítica literaria argentina: la apuesta por el ensayo ejerce su fuerza contra la pretensión de cientificidad de los discursos sobre la literatura, pero, desde mediados de la década de 1980 en adelante, esta apuesta se convierte en perspectiva de distintos itinerarios de docencia e investigación con inserción institucional –cátedras como la de “Teoría de la lectura” de Juan Ritvo o, incluso, tesis doctorales como las de Alberto Giordano, Silvio Mattoni y Judith Podlubne–. Esta paradoja es una ocurrencia de lo que denominamos la resistencia a Blanchot en la crítica argentina.

En relación con esto, la traducción de “¿Qué es la crítica?” que Jinkis publica en el número 4/5 de la revista *Sitio* es otra ocurrencia de la resistencia a Blanchot. Pero lo que más llama la atención respecto de las decisiones tomadas por Jinkis se encuentra hacia el final del ensayo: en la versión de Jinkis leemos que la tarea de la crítica y la literatura es “preservar y liberar al pensamiento de la noción de valor ideológico”, lo cual resulta llamativo debido a que Blanchot no se caracteriza por realizar lecturas desmitificadoras y/o desideologizantes. Si vamos al texto en francés, leemos que la tarea de la crítica es “préservet et de libérer la pensée de la notion de valeur”, y en la versión de Cerretani “preservar y liberar al pensamiento de la noción de valor”. El adjetivo “ideológico” en la traducción de Jinkis es, evidentemente, un agregado que busca ser explicativo, a la vez que responde a los avatares del ámbito intelectual argentino en relación con la “crítica ideológica” tan cuestionada por los integrantes de *Sitio*. La inclusión de esta palabra no es inocente, y tampoco debe considerarse un mero error: hay que tomarla por lo que es y analizar qué puede decirnos. En este sentido, podemos considerarla una manifestación de la resistencia a Blanchot: incluso entre las personas que más lo utilizaron, entre quienes más lo leyeron y entre sus primeros traductores al castellano, podemos encontrar signos de esta resistencia. La tarea nietzscheana de liberar al pensamiento de la noción de valor, incluye también la noción de valor ideológico. La potencia de la frase de Blanchot se ve limitada por esta inclusión.

El resaltado que realizamos al término “ideológico” busca señalarlo como incrustación, incluso, como lo que Antoine Berman denomina “clarificación”, una “tendencia deformante” de la traducción que tiende a definir lo que en el original se presenta como

indefinido. Alejada de las búsquedas blanchotianas, la traducción de Jinkis cae en la tentación de reponer un significado unívoco y direccionado a lo que en el texto en francés Blanchot enuncia como crítica. El adjetivo “ideológico” en la traducción de Jinkis puede entenderse, entonces, como un agregado explicativo motivado por la polémica que en el marco de este número en torno al ensayo los integrantes de *Sitio* mantenían con el ámbito intelectual argentino y su “crítica ideológica”. Ahora bien, al mismo tiempo, la elección falsea lo que *Sitio* proponía en sus comienzos cuando proponía una ética de la literatura: la elección de un valor por impugnar se produce en la medida en que el vacío de sentido se llena con un sentido, de modo que la tensión entre estética y política, paradójicamente, se debilita.

A partir del recorrido propuesto, consideramos que la presencia de Blanchot en *Sitio* despliega una serie de problemáticas —“lectura”, “ensayo” y “traducción”— para pensar la tensión entre literatura y política que los estudios específicos sobre la revista suelen destacar como una de sus aristas fundamentales. Así, las distintas operaciones involucradas en la traducción del ensayo “¿Qué es la crítica?”, ponen de manifiesto el fenómeno de la “resistencia” operando en los dos modos de la traducción que mencionamos anteriormente: la traducción como “importación” de saberes en otras lenguas entra en tensión con la apuesta por una escritura crítica que busca afirmar la irreductibilidad de la literatura respecto de la cultura. Traducir y publicar este ensayo de Blanchot sin dudas exige cierto grado de explicación que, en este caso, se despeja por medio de involucrar su perspectiva en las disputas de *Sitio* respecto de otros modos de leer literatura.

En el año 1985 se produce otro acontecimiento central para nuestra investigación: la creación de la cátedra “Teoría de la lectura” a cargo de Juan Ritvo en la Universidad Nacional de Rosario. Los desprendimientos de los grupos de estudios rosarinos a cargo de Ritvo durante principios de la década de los 80 despliegan una serie de ocurrencias en las que las referencias a Blanchot inciden de forma fundamental, en tanto su lectura ocupa el lugar de la perspectiva que muchos de estos críticos adoptaron para el desarrollo de sus trabajos. Esto se puede ver en las revistas *Paradoxa* y *Boletín*, así como también en los trayectos críticos de Ritvo, Giordano, Capdevila, Cueto y Podlubne, entre varios otros. A partir del recorrido propuesto, conjeturamos un modo de la resistencia particular que opera en Ritvo y que podemos hacer extensivo a gran parte de este segundo momento que venimos estudiando: nos referimos a la lectura de Blanchot en el marco de la institución universitaria, pero como una forma de impugnación. Tanto para Ritvo como para las personas que se formaron con él e ingresaron como docentes y/o investigadores en el ámbito universitario, los distintos desprendimientos del encuentro con Blanchot contribuyeron a fortalecer modos de lectura

crítica caracterizados por prevenirse respecto de lo excesivamente moral del discurso académico. La centralidad de esta presencia de Blanchot radica en que a Deleuze y a Barthes los leen desde su obra –por ejemplo, la idea de lo “menor” en el primero y de “poder” en el segundo–. La pregunta es entonces por qué Blanchot, en los distintos escritos que se desprenden de los grupos y proyectos que estudiamos, no aparece con tanta asiduidad como otros teóricos franceses. Esto lo circunscribimos a partir de una fórmula de Jorge Panesi en la presentación del libro *Barthes. Literatura y poder* (1995) de Alberto Giordano, publicada en el número 5 del *Boletín*. Allí, Panesi destaca que la especificidad de la lectura de Giordano sobre Barthes radica en que la hace desde Blanchot, no como aparato teórico, metodología o marco conceptual, sino como “operador de intensidad” (Panesi, 1996, 118).

El carácter extraño de la perspectiva consiste en que no aparece de manera directa como referencia o como objeto, justamente por su dificultad o inaprehensibilidad. Lo que emerge como síntoma de la resistencia es que, incluso en la adhesión a Blanchot y en la identificación, hay una marcada dificultad para involucrarlo como marco de referencia, en tanto emerge como una perspectiva o “operador de intensidad” en palabras de Panesi. Allí surge lo irreductible: aquello que identificamos con la palabra “Blanchot” está en un lugar especial de la perspectiva. Con esto podemos explicar que, a excepción de Cueto, casi no haya escritos de los participantes de los grupos rosarinos durante la década de los 80 y 90 que se ocupen explícitamente de Blanchot.

Asimismo, en cuanto a los vínculos entre *Paradoxa* y el *Boletín*, podemos situar un cambio de enfoque a partir de la posibilidad de comenzar a pensar el proyecto editorial en términos de una “política de la literatura”, cuestión que no aparece planteada en *Paradoxa* pero que permea por la proximidad de ambas revistas con Sitio, donde como vimos estas discusiones sí aparecen. En este sentido, el artículo “Notas para una política de la literatura” firmado por Sergio Cueto y publicado en el número 3 del *Boletín* (1993) presenta los argumentos centrales discutidos por el grupo a lo largo de esos años: “la irreductibilidad de la literatura a cualquier otro dominio y su valor inmediatamente político, no por los contenidos ideológicos, sino por la apuesta estilística” (Podlubne y Yelin, 2021, s/n). A partir de esta cita nos preguntamos si es posible leer algo como una “influencia” de Blanchot en la tesis que se allí se afirma, ¿podemos decir que es un postulado “blanchotiano”? Como afirmamos desde el comienzo de nuestra investigación, contestar una pregunta así requiere hablar en términos de resistencia. De acuerdo con nuestra hipótesis inicial, las particularidades de la perspectiva de Blanchot, sobre todo en relación con el movimiento de la literatura como impugnación de

la cultura, ejercen una fuerza tal que nos permite conjeturar una resistencia como aspecto estructurante del proceso de recepción.

Ahora bien, pudimos ver que en varios puntos de nuestra investigación la distinción entre “objeto” y “método” se torna difusa: por ejemplo, analizar los desarrollos de Ritvo en torno al problema de la “lectura”, focalizando en la presencia/ausencia de Blanchot en ellos, constituye tanto un aporte específico para el estudio de la recepción de Blanchot en Argentina como también un herramienta teórica-metodológica fundamental para nuestra investigación. Así, leemos este episodio de recepción como un punto de cruce, histórico y teórico, entre cuatro nombres propios: Juan Ritvo, Walter Benjamin, Paul de Man y Maurice Blanchot. La clave está en el movimiento de lectura que rompe la polaridad sujeto/objeto (en otras palabras, la circularidad) y también habilita entender los procesos de recepción a partir de la deconstrucción del par presencia/ausencia.

Hemos rastreado estos problemas en la clase inaugural de la cátedra “Teoría de la lectura” dictada por Juan Ritvo en la Universidad Nacional de Rosario durante el año 1985, y editada como libro en *No hay Teoría de la Lectura* (2017) por Eduardo Elizondo y Ricardo Bianchi. Además de destacar la contemporaneidad de la propuesta de Ritvo con la de Paul de Man, enfatizando en las lecturas convergentes de Blanchot que estos autores desarrollan, encontramos en esta clase inaugural un momento de condensación de las problemáticas que trabajamos en esta investigación, porque como es una ocasión de institucionalización pero al mismo tiempo de sustracción de Blanchot respecto del ámbito universitario. Aunque en la clase no hay referencias a Blanchot, pudimos identificar en distintos momentos su presencia como ausencia – otro modo de describir la lógica de las influencias–, de forma que nuestra tarea, en esta lectura del texto, consistió en ir en búsqueda de eso que no está, de eso que falta. Por supuesto, la única manera de hacerlo es conjeturar. Entonces cuando leemos la clase de Ritvo transcrita en forma de texto, lo comentamos pero también realizamos otra operación que excede el comentario. Se trata de la lectura de las resistencias, en este caso específico, de lo que llamamos la resistencia a Blanchot: aquello por lo cual emerge cuando falta, y difiere o resta cuando está presente.

La contemporaneidad entre Ritvo y De Man, por supuesto historizable, responde sin embargo a “algo” que excede la historización. La simultaneidad y coincidencia en torno a la “lectura” se ubica en el fenómeno de la “resistencia” como un problema inherente al lenguaje y, por tanto, a la labor teórica. En este esquema, la “lectura” tiene una potencia radical, mucho mayor a lo que el discurso académico puede admitir, en la medida en que interrumpe el nexo de continuidad entre un determinado fenómeno y su construcción teórica, señalando

así su propia causa: la disyunción entre lenguaje y percepción. Ritvo afirma que el “alcance metodológico que podría tener esta materia [es] introducir aquello que está habitualmente censurado” (2017, 32), aquello que históricamente se ha designado con un sinfín de palabras y metáforas por la imposibilidad misma que supone la denominación de un fenómeno que resiste a ser denominado. Lo censurado, lo transgresor, lo inconsciente, la diferencia o, para decirlo con Blanchot, lo neutro. Recordemos que la resistencia a la teoría es para Paul de Man una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje, y podemos ubicar esta resistencia para Ritvo en el reverso de la lectura hermenéutica: “¿Qué encubre el espíritu hermenéutico? Que hablar de lenguaje es obsceno, mientras que hablar del pensamiento es tranquilizador” (2017, 32).

El fracaso de la distinción entre objeto y método nos conduce también al fracaso de la periodización de nuestra investigación. Esto lo vemos a partir del caso de Alberto Giordano, particularmente en el gesto de construir una genealogía crítica que, no obstante, carece del carácter inaugural de una estructura histórica genética, dado que la genealogía que se busca construir está ligada a la tradición del ensayo en Argentina y por tanto responde a exigencias éticas y epistemológicas que ponen en cuestión una versión genética de la historia (en línea con lo que trabajamos en la introducción sobre el texto de De Man “Genesis and Genealogy”). A su vez, es relevante para nuestro trabajo que buena parte de esa genealogía se corresponde en gran parte con algunos de los primeros episodios de recepción de la obra de Blanchot en Argentina, como ocurre por ejemplo con el caso de Oscar Masotta.

En relación con el conjunto de las investigaciones doctorales (Giordano, Mattoni y Podlubne) que involucran, en mayor o menor medida, aspectos de la obra de Blanchot –lo cual las constituye como episodios clave de la recepción en Argentina–, nuestra hipótesis es que el gesto en común consiste en revalorizar el lugar de la literatura en los distintos discursos historiográficos, teóricos e intelectuales sobre la crítica literaria y académica en Argentina. En relación con esto, consideramos decisivos los aportes de la obra de Blanchot a esa construcción de una dinámica específica entre literatura y cultura/historia. Hay en esto una decisión crítica, epistemológica y también política, que consiste en no reducir la literatura a una manifestación cultural que debe encontrar su estructura en procesos históricos específicos. En suma, con Giordano comienza el segmento de la recepción de Blanchot que se caracteriza por releer y discutir tramos de la historia de la crítica literaria argentina que coinciden con los primeros episodios de recepción de Blanchot tal como lo venimos trabajando en nuestra investigación.

Así, en el punto de llegada de nuestra investigación situado en esta paradójica institucionalización de Blanchot, encontramos un gesto hacia los comienzos de este proceso de recepción, en tanto los objetos construídos por Giordano, Mattoni y Podlubne coinciden en buena medida con los episodios inaugurales de la recepción de Blanchot en Argentina – aunque éste no haya sido un objetivo específico de ninguna de las tres investigaciones–. Entonces, en el caso de Mattoni, delimitamos dos dimensiones de la presencia de Blanchot: como parte de la construcción teórica para establecer el objeto del “ensayo como forma”, y también como parte del corpus de lectura de los ensayistas argentinos en la década de 1950. De esta manera, Mattoni no sólo utiliza y menciona textos de Blanchot, sino que esos usos se involucran en una relectura histórica cuyo objeto de discusión coincide con los primeros usos de Blanchot en Argentina. El ensayo, entonces, es entendido por Mattoni como forma de interrogar el presente según dos aspectos: qué experiencia podemos tener del presente, y también qué significa el presente como tal. El énfasis que comparten esas lecturas es el problema de la palabra, y es a partir de esto que Mattoni considera los ensayos como literarios, es decir, en tanto espacios donde la literatura se piensa. Este posicionamiento lleva a Mattoni a centrarse más en la singularidad que convertía a cada ensayista en escritor, que en sus posicionamientos ideológicos. Su lectura de los distintos contrapuntos entre los ensayistas que trabaja en su tesis “no redundan en una reconstrucción de campos intelectuales por afuera de los textos mismos” (2003, 9). Por eso busca plegarse “casi miméticamente” al ensayo, pero este apego a la singularidad de cada ensayo no significa que se obture la posibilidad de su verdad.

Así, mientras las investigaciones de Mattoni y Giordano se ocupan principalmente del tema del ensayo en Argentina, los intereses de Podlubne apuntan a la construcción de un problema histórico-teórico que permite releer tramos específicos de la historia intelectual argentina vinculada con la crítica literaria y la literatura en la revista *Sur*. Este trabajo constituye uno de los usos de la obra de Blanchot a partir de los 90 en tesis doctorales (lo cual supone cambios en los grados de institucionalización) que, a la vez, tienen la característica de que los objetos de lectura que se construyen allí coinciden con los primeros episodios de recepción de Blanchot. Es por esto que constituyen un buen punto de llegada para nuestra investigación sobre la recepción de Blanchot en Argentina. Por supuesto no conforman un cierre del proceso, ya que de hecho la presencia de Blanchot a partir de los 90 y entrados los 2000 tiende a aumentar considerablemente respecto de las décadas anteriores.

De esta manera, nuestra intención es enfatizar en el carácter circular y de recomienzo para pensar la recepción de Blanchot en Argentina: por eso destacamos que los episodios de

recepción a partir de los 90, cuando adquieren un mayor grado de institucionalización al darse en el marco de investigaciones doctorales financiados por universidades o organismos de ciencia y técnica estatales, apuntan a los comienzos de su recepción y la relanzan, la hacen recomenzar y a partir de ese movimiento habilitan nuevos modos de leer las relaciones entre literatura, cultura, historia y teoría en Argentina.

Bibliografía

Fuentes Primarias

Blanchot en francés

Blanchot, M. (1943). *Faux pas*. Gallimard.

Blanchot, M. (1949). *La Part du feu*. Gallimard.

Blanchot, M. (1949). *Lautréamont et Sade*. Les Éditions de Minuit.

Blanchot, M. (1955). *L'Espace littéraire*. Gallimard.

Blanchot, M. (1959). *Le Livre à Venir*. Gallimard.

Blanchot, M. (1969). *L'Entretien infini*. Gallimard.

Blanchot, M. (1971). *L'Amitié*. Gallimard.

Blanchot, M. (1973a). *Le Pas au-delà*. Gallimard.

Blanchot, M. (1973b). *La Folie du jour*. Fata Morgana.

Blanchot, M. (1980). *L'Écriture du désastre*. Gallimard.

Blanchot, M. (1981). *De Kafka à Kafka*. Gallimard.

Blanchot, M. (1982). *La Bête de Lascaux*. Fata Morgana.

Blanchot, M. (1983a). *La communauté inavouable*. Les Éditions de Minuit.

Blanchot, M. (1983b). *Après coup, précédé par Le ressassement éternel*. Les Éditions de Minuit.

Blanchot, M. (1984). *Le Dernier à Parler*. Fata Morgana.

Blanchot, M. (1986). *Michel Foucault tel que je l'imagine*. Fata Morgana.

Blanchot, M. (2007). *Chroniques littéraires du «Journal des débats» . Avril 1941 - août 1944*. Gallimard.

Traducciones de Blanchot al español

Blanchot, M. (2014) [1953]. René Char (Trad. Raúl Aguirre). *Poesía Buenos Aires: edición facsimilar*. Biblioteca Nacional.

Blanchot, M. (1967). *Sade y Lautréamont* (Trad. Marcia Cerretani). Ediciones del mediodía.

Blanchot, M. (1992) [1969]. *El espacio literario* (Trad. Vicky Palant y Jorge Jinkis). Paidós.

Blanchot, M. (1969a). *El libro que vendrá* (Trad. Pierre de Place). Monte Ávila.

Blanchot, M. (1969b). La experiencia de Proust (Trad. Patricio Canto). En *Proust*. Editorial Jorge Alvarez.

Blanchot, M. (1970). *El diálogo inconcluso* (Trad. Pierre de Place). Monte Ávila.

Blanchot, M. (1973). *La ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria* (Ed. Oscar del Barco). Ediciones Caldén.

Blanchot, M. (1976). *La risa de los dioses* (Trad. José Antonio Doval). Taurus.

Blanchot, M. (1977). *Falsos pasis* (Trad. Ana Aibar Guerra). Pre-Textos.

Blanchot, M. (1979). Reflexiones sobre la joven poesía (Trad. Ana Aibar Guerra). *Último reino, 1*.

Blanchot, M. (1982). La novela, obra de mala fe. *Eco, revista de la cultura de occidente*, 253.

Blanchot, M. (1985). ¿Qué es la crítica? (Trad. Jorge Jinkis). En *Sitio*, 4/5.

Blanchot, M. (1990). *La escritura del desastre* (Trad. Pierre de Place). Monte Ávila.

Blanchot, M. (1991). El lenguaje de la ficción (Trad. Sandra Contreras). En *Boletín, 1*.

Blanchot, M. (1992a). *La comunidad inconfesable* (Trad. David Huerta). Vuelta.

- Blanchot, M. (1992b). *Michel Foucault tal y como yo lo imagino* (Trad. Manuel Arranz Lázaro). Pre-Textos.
- Blanchot, M. (1994a). *El paso (no) más allá* (Trad. Cristina Peretti). Paidós.
- Blanchot, M. (1994b). El último en hablar (Trad. Carlos Ricardo). *Último reino*, 21.
- Blanchot, M. (1999a). *La bestia de Lascaux. El último en hablar* (Trad. Alberto Ruiz de Samaniego). Tecnos.
- Blanchot, M. (1999b). *El instante de mi muerte. La locura de la luz* (Trad. Alberto Ruiz de Samaniego). Tecnos.
- Blanchot, M. (2001). *El último hombre* (Trad. Isidro Herrera Baquero). Arena Libros.
- Blanchot, M. (2004a). *En el momento deseado* (Trad. Isidro Herrera Baquero). Arena Libros.
- Blanchot, M. (2004b). *La espera el olvido* (Trad. Isidro Herrera Baquero). Arena Libros.
- Blanchot, M. (2005). *El libro por venir* (Trad. Cristina Peretti y Emilio de González Velasco). Trotta.
- Blanchot, M. (2006). *Escritos políticos* (Trad. Lucas Bidon-Chanal). Libros del Zorzal.
- Blanchot, M. (2007a). *La parte del fuego* (Trad. Isidro Herrera Baquero). Arena Libros.
- Blanchot, M. (2007b). *La amistad* (Trad. José Antonio Doval). Trotta.
- Blanchot, M. (2008). *La conversación infinita* (Trad. Isidro Herrera Baquero). Arena Libros.
- Blanchot, M. (2010a). *Aquel que no me acompañaba* (Trad. Hugo Savino). Arena Libros.
- Blanchot, M. (2010b). *Una voz venida de otra parte* (Trad. Isidro Herrera Baquero). Arena Libros.
- Blanchot, M. (2015). *La escritura del desastre* (Trad. Cristina Peretti y Luis Ferrero Carracedo). Trotta.

Paul de Man

De Man, P. (1971). *Blindness and Insight*. Oxford University Press.

De Man, P. (1979). *Allegories of Reading*. Yale University Press.

De Man, P. (1981). La circularidad de la interpretación en la obra crítica de Maurice Blanchot. En *Eco. Revista de la cultura de occidente*, 238.

De Man, P. (1983). *The Rhetoric of Romanticism*. Columbia University Press.

De Man, P. (1986). *The Resistance to Theory*. University of Minnesota Press.

De Man, P. (1989). *Critical Writings 1953-1978*. University of Minnesota Press.

De Man, P. (1996). *Aesthetic Ideology*. University of Minnesota Press.

De Man, P. (2003). La resistencia a la teoría (Trad. Elena Elorriaga y Oriol Francés). En *Textos de teoría y crítica literaria (del formalismo a los estudios poscoloniales)*. Unam.

De Man, P. (2012). *The Post-Romantic Predicament* (Ed. Martin Mcquillan). Edinburgh University Press.

🕒 Revistas argentinas trabajadas

Escrita / N°1, 1980 - N°8, 1986.

Boletín / N°1, 1991 - Hasta la fecha.

Literal / N°1, 1973 - N°4/5, 1977.

Los libros / N°1, 1969 - N°44, 1976.

Paradoxa. Literatura/Filosofía / N°1, 1986 - N°8, 1996.

Setecientosmonos / N°1, 1964 - N°10, 1967.

Sitio / N°1, 1981 - N°6, 1987.

Sur / N°1, 1931 - N°371, 1989.

Último reino / N°1, 1979 - N° 24/25, 1998.

Corpus trabajado

- Bosch, J. (1966). Maurice Blanchot o el esplendor del espacio literario. *Sur*, 302.
- Capdevila, A. (1987). Blanchot y la novela. *Paradoxa. Literatura/Filosofía*, 2.
- Capdevila, A. (1991). Apuntes sobre la novela corta. *Boletín*, 1.
- Cueto, S., y Giordano, A. (1988). Borges y Bioy Casares ensayistas. Ediciones Paradoxa.
- Cueto, S. (1990). La voz y la experiencia romántica. *Paradoxa. Literatura/Filosofía*, 4/5.
- Cueto, S. (1991). "El lenguaje de la ficción". *Boletín*, 1.
- Cueto, S. (1993). Notas para una política de la literatura. *Boletín*, 3.
- Cueto, S. (1993). *Seis estudios girrianos*. Beatriz Viterbo Editora.
- Cueto, S. (1997). *Maurice Blanchot. Un ejercicio de paciencia*. Beatriz Viterbo Editora.
- Cueto, S. (1991). Un discípulo tardío. El Kafka de Borges. *Boletín*, 7.
- Critique*. (1966). Maurice Blanchot. N°229.
- Del Barco, O. (1969). La escritura desencadenada. *Los libros*, 5.
- Del Barco, O. (1973). Leer Blanchot. En *La ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria*. Ediciones Caldén.
- El espejo y la muerte. (2011) [1975]. *Literal*, 2/3.
- Elizondo, E. y Bianchi, E. (Comp.). (2017). *No hay Teoría de la Lectura*. Universidad Nacional de Rosario.
- Foucault, M. (1986) [1966]. El pensamiento del afuera (Trad. Graciela Ortiz). *Paradoxa. Literatura/Filosofía*, 1.
- Giordano, A. (1992). *La experiencia narrativa*. Beatriz Viterbo Editora.
- Giordano, A. (1995). *Roland Barthes. Literatura y poder*. Beatriz Viterbo Editora.
- Giordano, A. (1998). *Las operaciones de la crítica*. Beatriz Viterbo Editora.

- Giordano, A. (1999). *Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política*. Ediciones Colihue.
- Giordano, A. y Vázquez, C. (Comp.). (1999). Lo novelesco de la crítica. *Las letras de Borges* de Sylvia Molloy. *Boletín*, 7.
- Giordano, A. (2002). *Manuel Puig. La conversación infinita* (Vol. 14, Issue 14). Beatriz Viterbo Editora.
- Giordano, A. (2005) [1991]. *Modos del ensayo: de Borges a Piglia*. Beatriz Viterbo Editora.
- Giordano, A. (2011). *La contraseña de los solitarios: diarios de escritores*. Beatriz Viterbo Editora.
- Giordano, A. (Ed.). (2011). *Una poética de la interrupción. Ensayos para Juan Ritvo*. Ediciones Paradoxa.
- Giordano, A. (Ed.). (2015). *El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde los 80*. Santiago Arcos Editor.
- Giordano, A. (Ed.). (2015). *Roland Barthes. Los fantasmas del crítico*. Nube Negra.
- Giordano, A. (2017). ¿A dónde va la literatura? La contemporaneidad de una institución anacrónica. *El Taco En La Brea*, 5.
- Grüner, E. (1981). Entredichos. *Sitio*, 1.
- Grüner, E. (1985). El ensayo, un género culpable. *Sitio*, 4/5.
- Grüner, E., Alcalde, R., Gusmán, L., Jinkis, J. (1985). Entredichos. *Sitio*, 4/5.
- Guerrero, Luis Juan. (2008) [1956]. *Estética operatoria en sus tres direcciones* (Ed. Ricardo Ibarlucía). Las cuarenta.
- Gusmán, L. (2011) [1977]. Martínez Estrada: el olvido y el incesto. *Literal*, 4/5.
- Gusmán, L. (1981). Entredichos. *Sitio*, 1.
- Jinkis, J. (1981). Entredichos. *Sitio*, 1.
- Jitrik, N. (1959). *Horacio Quiroga. Una obra de experiencia y riesgo*. Ediciones Culturales Argentinas.

- Jitrik, N. (1962). *Procedimiento y mensaje en la novela*. Universidad Nacional de Córdoba.
- Jitrik, N. (2017). *Fantasmas del saber (Lo que queda de la lectura)*. Ampersand.
- Luperini, R. (1968). Estructuralismo. *El escarabajo de oro*, 36/37.
- Masotta, O. (1982) [1965]. *Sexo y traición en Roberto Arlt*. Centro Editor de América Latina.
- Masotta, O. (2010) [1968]. *Conciencia y estructura*. Eterna Cadencia.
- Mattoni, S. (2003). *Las formas del ensayo en la Argentina de los años 50* [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Córdoba].
- Mattoni, S. (2008). Sobre el acto de escritura. En *El fragor del mundo. Escritos para Oscar del Barco*. Alción Editora.
- Mattoni, S. (2014). Blanchot: la detención de Orfeo. *Outra travessia*, 18.
- Mattoni, S. (2018). Idea de lectura: Crítica del autor práctico en Oscar del Barco. *Instantes y Azares. Escrituras Nietzscheanas*, 21–22.
- Mattoni, S. (2021). *¿Qué hay en escribir? De Maurice Blanchot a Fernanda Laguna*. Estructura Mental a las Estrellas.
- Molloy, S. (1992). Suplemento Primer Plano. *Página/12*.
- Molloy, S. (1999) [1979]. *Las letras de Borges*. Beatriz Viterbo Editora.
- Oviedo, A. (2013) [1982]. Kafka, la ficción de las cartas. *Edición facsimilar de escrita*, 4. Eduvim.
- Oviedo, A. (2013). Anotaciones preliminares. *Edición facsimilar de escrita*. Eduvim.
- Panesi, J. (1996). Alberto Giordano, *Roland Barthes*. *Literatura y poder*. *Boletín*, 5.
- Pezzoni, E. (1972). Blanchot: La respuesta al deseo. *Revista Iberoamericana*, 78.
- Pezzoni, E. (2009) [1986]. *El texto y sus voces*. Eterna Cadencia.
- Pizarnik, A. (2013). *Diarios* (Ed. Ana Becció). Lumen.
- Podlubne, J. (2004). La intimidad inconfesable en los cuentos de Silvina Ocampo. *Orbis Tertius*, 10.

- Podlubne, J. (2010). Entre la gratuidad y el compromiso : el valor de lo literario en la revista Sur. *Boletín*, 15.
- Podlubne, J. (2011). *Escritores de Sur : los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*. Beatriz Viterbo Editora.
- Podlubne, J. (2011). Variaciones sobre la época. El antiperonismo en Sur. *Congreso VII Argentino de Literatura*.
- Podlubne, J. (2012). Sur en los 60. Hacia una nueva sensibilidad crítica. *Badebec*, 2.
- Podlubne, J. (2015). Masotta, del lado de Barthes. En *Roland Barthes. Los fantasmas del crítico*. Nube Negra.
- Podlubne, J. (2016). Entre Contorno y Los Libros, los críticos universitarios en Setecientosmonos. *452 Farenheit*, 14.
- Podlubne, J. (2017). “La pérdida de la inocencia”. Los primeros lectores de barthes en la crítica literaria Argentina: Masotta y rosa. *Revista Iberoamericana*, 261.
- Podlubne, J. (2017). La edad de la teoría literaria. *El Taco En La Brea*, 5.
- Podlubne, J. (2018). La operación Masotta, un ensayo biográfico. *Orbis Tertius*, 27.
- Podlubne, J. (2018). Presentación “Un arte vulnerable. La biografía como forma.” *Orbis Tertius*, 27.
- Podlubne, J. (2019). Barthes en Sarlo. *Cuadernos de Literatura*, 24.
- Podlubne, J. (2019). Nicolás Rosa , La juventud del crítico. *La Palabra*, 36.
- Podlubne, J. (2021). Un prisma. Silvina Ocampo por Mariana Enriquez. *Cuadernos LIRICO*, 22.
- Podlubne, J. G. (2019). Biografiar a Beatriz Sarlo. *Revista Maracanan*, 22.
- Podlubne, J. y Yelin, J.(2021). Literatura y vida, una introducción. En *Veinte ensayos sobre literatura y vida en el siglo XXI*. Editorial Municipal de Rosario.
- Redondo, V. (1979). [Recuadro]. *Último reino*, 1.
- Rest, J. (1971). *El marques de Sade y la crisis del racionalismo*. Alianza francesa.
- Rest, J. (1976). *El laberinto del universo. Borges y el pensamiento nominalista*. Ediciones Librerías Fausto.

- Rest, J. (1978). *Mundos de la imaginación*. Monte Ávila.
- Rest, J. (1982). *El cuarto en el recoveco*. Centro Editor de América Latina.
- Riccardo, C. (2013) [1986]. Maurice Blanchot, *La sentencia de muerte*. Edición facisimilar de escrita, 8. Eduvim.
- Ritvo, J.B. (2014). *Crítica y fascinación*. Alción Editora.
- Ritvo, J.B. (2014). *La retórica Conjetural o el nacimiento del sujeto*. Nube Negra.
- Ritvo, J. B. (2017) [1992]. *La edad de la lectura* (Ed. Carlos Surghi). Nube Negra.
- Ritvo, J.B. (2017). *El silencio femenino. Hacia (desde) la filosofía*. Nube Negra.
- Rosa, N. (1965). Sexo, traición, Masotta y Roberto Arlt. *Setecientosmonos*, 6.
- Rosa, N. (1969a). Nueva novela latinoamericana ¿Nueva Crítica?. *Los libros*, 1.
- Rosa, N. (1969b). La crítica como metáfora. *Los libros*, 2.
- Sarlo, B. (1971). El estructuralismo y la nueva crítica. *Capítulo Universal*, 49.

Fuentes complementarias

Bibliografía sobre Blanchot

- AA.VV. (2001). Maurice Blanchot. La escritura del silencio. *Anthropos. Huellas del conocimiento*, 192-192.
- Allen, W. S. (2015). To articulate the void by a void: Aporetic writing and thinking in *L'Attente l'oubli*. *Word and Text*, 1-2.
- Bailey Gill, C. (Ed.). (1996). *Maurice Blanchot. The Demand of Writing*. Routledge.
- Bident, C. (2001). Les mouvements du neutre. *Lignes*, 1.
- Bident, C. (2012). R/M, 1953. *Instantes y Azares. Escrituras Nietzscheanas*, 11.
- Bident, C. (2019). *Maurice Blanchot. A Critical Biography*. Fordham University Press.
- Billi, N. (2017). La imagen impersonal: espacio, materia y cuerpo de una resonancia inhumana. *Mnemosine*, 13.

- Billi, N. (Comp.). (2019). *Maurice Blanchot. Fragmentos para una filosofía*. Prometeo Libros.
- Borch-Jacobsen, M. (1991). *Lacan. The Absolute Master*. Stanford University Press.
- Bruns, G. (1997). *Maurice Blanchot. The refusal of philosophy*. John Hopkins University Press.
- Cragolini, M. (2012). *Instantes y azares. Escrituras nietzscheanas / Especial Maurice Blanchot. Materias de lo fragmentario*. La cebra.
- Collin, F. (1971). *Maurice Blanchot et la question de l'écriture*. Gallimard.
- Derrida, J. (1977). *Parages*. Galilée.
- Derrida, J. (1998). *Demeure : Maurice Blanchot*. Galilée.
- Gonzalo, J. F. (2012). Maurice Blanchot y el pensamiento de la no-relación. *Neutral*, 2.
- Gregg, J. (1995). *Maurice Blanchot and the Literature of Transgression*. Princeton University Press.
- Haase, U., & Large, W. (2001). *Maurice Blanchot*. Routledge.
- Hewson, M. (2011). *Blanchot and Literary Criticism*. Continuum.
- Hill, L. (1997). *Blanchot: Extreme Contemporary*. Routledge.
- Hill, L. (2010). *Radical Indecision. Barthes, Blanchot, Derrida and the Future of Criticism*. University of Notre Dame Press.
- Hill, L. (2012). *Maurice Blanchot and Fragmentary Writing. A Change of Epoch*. Continuum.
- Holland, M. (1995). *The Blanchot Reader*. Blackwell.
- Iyer, L. (2004). *Blanchot's Communism. Art, Philosophy and the Political*. Macmillan.
- Iyer, L. K. (2000). The Paradoxes of Fidelity : Blanchot , Philosophy and Critical Commentary. *Symposium*, 2.
- Lacoue-Labarthe, P. (2014). *Agonía terminada, agonía interminable*. Nueva visión.
- Marty, É. (2010). Maurice Blanchot, Roland Barthes: una “vieja conversación.” En *Maurice Blanchot et la philosophie: Suivi de trois articles de Maurice Blanchot*.

McKeane & H. Opelz (Eds.). (2011). *Blanchot Romantique*. Peter Lang.

Surghi, C. (2018). Relato, resplandor y discontinuidad del sentido en Maurice Blanchot. *452 Farenheit*, 18.

Wall, T. C. (1999). *Radical passivity: Levinas, Blanchot, and Agamben*. State University of New York Press.

Bibliografía sobre De Man

Arac, J., Godzich, W., & Martin, W. (Eds.). (1983). *The Yale Critics: Deconstruction*. The University of Minnesota Press.

Barish, E. (2014). *The double life of Paul de Man*. Liveright.

Cohen, B., Cohen, T., Hillis Miller, J., & Warminski, A. (Eds.). (2001). *Material Events. Paul de Man and the Afterlife of Theory*. University of Minnesota Press.

Culler, J. (1998). *Sobre la deconstrucción*. Ediciones Cátedra.

Culler, J. (2010). On Jacques Derrida's "Paul de Man's War." *Critical Inquiry*, 4.

Derrida, J. (2008). *Memorias para Paul de Man*. Gedisa Editorial.

Felman, S. (1985). Postal Survival , or the Question of the Navel. *Yale French Studies*, 69.

Kamuf, P. (1986). Monumental De-Facement: On Paul de Man's the Rhetoric of Romanticism. *Comparative Literature*, 4.

Warminski, A. (2013). Ideology, Rhetoric, Aesthetics. In *Ideology, , Aesthetics*. Edinburgh University Press.

Waters, L., & Godzich, W. (1989). *Reading de Man reading*. University of Minnesota Press.

Bibliografía crítica y teórica

Acha, O. (2004). "Cette chose que je déteste": Jacques Lacan y la historia. *Litorales. Revista de Teoría y Método En Geografía y Otras Ciencias Sociales*, 1–32.

- Alonso, L., Fazio Vengoa, H., & Bresciano, J. A. (2010). *El tiempo presente como campo historiográfico. Ensayos teóricos y estudios de caso*.
- Avelar, I. (2000). *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. [Tesis de doctorado, Escuela de Filosofía de la Universidad ARCIS].
- Battilana, C. (2008). *Crítica y poética en las revistas de poesía argentinas (1979-1996)*. [Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires].
- Barthes, R. (2004). *Lo neutro*. Siglo Veintiuno Editores.
- Barthes, R. (2005). *La preparación de la novela*. Siglo Veintiuno Editores.
- Barthes, R. (2011). *El grado cero de la escritura y Nuevos ensayos críticos*. Siglo Veintiuno Editores.
- Barthes, R. (2014). *El placer del texto y Lección inaugural*. Siglo Veintiuno Editores.
- Belgrano, M. (2020). *Luis Juan Guerrero lector de “El origen de la obra de arte ” de Martin Heidegger en Estética operatoria en sus tres direcciones , Tomo I (1956) . Apropiaciones y distanciamientos del pensamiento heideggeriano*. [Tesis de Maestría, Universidad Nacional de San Martín].
- Beretta, A. (2020). La voz de una carne desconocida y secreta (La voz y el instante de la angustia). *Psicoanálisis En La Universidad, 1*, 53–70.
- Beristain, H. (1995). *Diccionario de Retórica y Poética*. Editorial Porrúa.
- Berman, A. (1992). *The Experience of the Foreign. Culture and Translation in Romantic Germany*. Stanford University Press.
- Bosteels, W., & Rodriguez Carranza, L. (1995). El objeto Sade. Geanología de un discurso crítico. In *Culturas del Río de La Plata (1973-1995): transgresión e intercambio*. Iberoamericana Vervuert.
- Bourdieu, P. (1999). Las condiciones sociales de la circulación de las ideas. En *Intelectuales, política y poder*. Eudeba.
- Bueno, M. (2012). Noé Jitrik : el crítico de Sarmiento. *CELEHIS–Revista Del Centro de Letras Hispanoamericanas, 23*.
- Butler, J. (2012). *Sujetos del deseo. Reflexiones hegelianas en la Francia del siglo XX*. Amorrortu Editores.

- Canavese, M. (2015). *Los usos de Foucault en la Argentina*. Siglo veintiuno editores.
- Canavese, M. (2021). Notas para una historia intelectual de la historia intelectual argentina . Un ensayo de interpretación del campo. *Seminario Interinstitucional de "Historia Intelectual de América Latina."*
- Capasso, V., y Bugnone, A. (2016). Arte y política: un estudio comparativo de Jacques Rancière y Nelly Richard para el arte latinoamericano. *Hallazgos, 13*(26).
- Cardaci, G. (2016). Lo grupal como intervención crítica: Sobre la publicación Lo grupal en la Argentina (1983-1993). *Tesis Psicológica, 11* (1).
- Castoriadis, C. (1994). The logic of magmas and the question of autonomy. *Philosophy & Social Criticism, 20* (1/2).
- Castro-Gomez, S., y Grosfoguel, R. (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores.
- Castro, C. V. (2016). Traducir, destraducir: la desobra en acto. Entrevista a Isidro Herrera. *RECIAL | Revista Del CIFFyH Área Letras, 0* (10).
- Catelli, N. (2017). Indiscernible: literatura y psicoanálisis en una orilla atlántica. *El Taco En La Brea, 6*.
- Catta, M. V. (2015). "Libros que importan": *La experiencia de Jorge Álvarez Editor entre el éxito, la transgresión y el despertar de una nueva izquierda (1963-1970)* [Tesis de licenciatura en Historia, Universidad Torcuato di Tella].
- Cella, S. (1999). La irrupción de la crítica. En *Historia crítica de la literatura argentina Vol. 10*. Emecé.
- Cella, S., & Jitrik, N. (1999). *Historia crítica de la literatura argentina. La irrupción de la crítica*. Emecé.
- Chartier, R. (1996). *Escribir las prácticas. Foucault, De Certau, Marin*. Manantial
- Collado, P. D. (2013). Apuntes sobre la radicalización política y cultura a partir de la trayectoria empresarial de Jorge Alvarez (1963-1970). *Sociohistórica, 31*.
- Contreras, S. (2013). *Realismos. Cuestiones críticas*. FHUMYAR Ediciones.
- Cragolini, M. (2012). Las humanidades en las épocas del posthumanismo. *Espacios de Crítica y Producción, 48*.

- Cragolini, M. (2018). Tanta desconfianza, tanta filosofía: el pensamiento crítico en Nietzsche. *Representaciones*, 14 (2).
- Crespi, M. (2013). *Jaime Rest : Función crítica y políticas culturales (1953-1979) De Sur al Centro Editor de América Latina*. [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata].
- Crespi, M. (2016). *Viñas crítico. Notas, apuntes, variaciones*. 17g editora.
- Crespi, M. (n.d.). Jaime Rest: Ficción e imaginación crítica. *Boletín de Estética*, 8.
- Crespi, M., y García Orsi, A. (2016). Lugares en conflicto: la crítica y el ensayo como escrituras de la lectura. *El Matadero*, 10.
- Crespi, M., y García Orsi, A. (2018). Historizar los setenta. Ensayos y debates de la postdictadura. En *Historia crítica de la literatura argentina 12: una literatura en aflicción*. Planeta
- Cristina, M. (2008). *Convergencias y divergencias respecto de las poéticas de la década del 60 en tres proyectos de escritura*. [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata].
- Croce, M. (2001). *Historia de una ambición argentina. La obra crítica de David Viñas*. [Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires].
- Cueto, S., & Giordano, A. (1988). *Borges y Bioy Casares ensayistas*. Ediciones Paradoxa.
- Dalmaroni, M. (2004). *La palabra justa: Literatura , crítica y memoria en la Argentina, 1960-2002*. Editorial Melusina.
- Dalmaroni, M. (2005). Historia literaria y corpus crítico (aproximaciones williamsianas y un caso argentino). *Boletín*, 12.
- Dalmaroni, M. (2014). Violencia, resistencia a la lectura, *método* crítico. En *Violencia y método. De lecturas y críticas* (Comp. Gabriela Milone). Letranómada.
- Dalmaroni, M. (2015). Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría. Algunos episodios de la crítica literaria latinoamericana. *452 Fahrenheit*, 12.
- Damousi, J., & Plotkin, M. (2009). *The Transnational Unconscious. Essays in the History of Psychoanalysis and Transnationalism*. P. Macmillian.

- Darnton, R. (1993). "Francia, se te rebalsa el café". De la historia del libro a la historia de la comunicación. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 100 (1).
- De Diego, J. L. (2019). *Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición*. Colección Scripta Manent.
- Del Barco, O. (2017). *En busca de las palabras. Textos sobre literatura y arte, 1972-2014* (Ed. C. Riccardo). Fondo de Cultura Económica.
- Dosse, F. (1997). *History of structuralism - The Rising Sign, 1945-1966*. University of Minnesota Press.
- Dosse, F. (1997). *History of structuralism - The sign sets, 1967-present*. University of Minnesota Press.
- Dujovne, A. (2017). Campo editorial y traducción. Valor y formación de valor de la traducción en las ciencias sociales y humanas en Argentina (1990-2011). *Desarrollo Economico - Revista de Ciencias Sociales*, 56 (220).
- Falcón, A. (2015). La traducción editorial en Argentina. *Puentes de Crítica Literaria y Cultural*, 5.
- Farmasi, P. S. (2016). Nicolás Rosa, traductor de Barthes: la crítica en tanto escritura. *Estudios de Teoría Literaria*, 5 (5).
- Featherstone, M., y Lash, S. (1999). *Spaces of Culture*. SAGE Publications Ltd.
- Fédier, F. (2016). En torno a El Origen de la obra de arte de Martin Heidegger. *Revista de Filosofía*, 72.
- Foucault, M. (1970). *Nietzsche, Freud, Marx*. Anagrama.
- Foucault, M. (1994). Folie, littérature, société. En *Dits et Écrits II (1970-1975)*. Gallimard.
- Foucault, M. (1996). *De lenguaje y literatura*. Paidós.
- Foucault, M. (2008). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo veintiuno editores.
- Foucault, M. (2008). *La arqueología del saber*. Siglo veintiuno editores.
- García García, L. I. (2009). Entretelones de una "estética operatoria." *Prismas*, 13.

- García García, L. I. (2014). *Modernidad, Cultura y Crítica. La Escuela de Frankfurt en Argentina (1936-1983)*. [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Córdoba].
- García, D. (2014). ¿De la ilustración a la revolución?: apuntes sobre la actividad editorial de Pasado y Presente en los sesenta. *Prismas*, 18 (2), 209–215.
- Gasparri, J. (2015). *Nestor Perlongher. Por una política sexual*. [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Rosario].
- Gerbaudo, A. (2014). *La institucionalización de las Letras en la universidad argentina Notas « en borrador » a partir de un primer relevamiento*. Universidad Nacional del Litoral.
- Gerbaudo, A. I. (2018). Sobre: Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización; *Las condiciones de producción y circulación de los bienes simbólicos* y *Les écrivains et la politique en France. De l'affaire Dreyfus à la guerre d'Algérie*, de Gisèle Sapiro. *El Taco En La Brea*, 8.
- Grondona, A. (2021). Historia del presente : hacer bizarro lo evidente. *Sociohistórica*, 47.
- Grüner, E. (1993, January 14). El reino de la metáfora. *Clarín*.
- Hegel, G.W. (2005). *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio*. Alianza Editorial.
- Hegel, G.W. (2011). *Ciencias de la lógica*. Abada Editores.
- Hidalgo Nácher, M. (2015). Los discursos de la crítica literaria argentina y la teoría literaria francesa (1953-1978). *452 Fahrenheit*, 12.
- Ibarlucía, R. (2018). Luis Juan Guerrero : La Conciencia Histórica En El Siglo XVII. *Páginas de Filosofía*, 22.
- Idez, A. (2017). *La revista Sitio y las figuras del intelectual sobre el fin de la dictadura*. [Tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires].
- Incaminato, N. (2020). *Usos de Foucault, Deleuze y Derrida en la crítica literaria argentina (1980-2010)*. [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata].
- Jameson, F. (1981). *The Political Unconscious*. Cornell University Press.
- Jameson, F. (2010). *The Hegel variations. On the Phenomenology of Spirit*. Verso.

- Jameson, F., y Žižek, S. (1998). *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Paidós.
- Jaramillo-Zuluaga, J. (1989). Eco: Revista de la cultura de occidente: 1960-1984. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 26 (18), 3–17.
- Jauss, H. R. (1981). Estética de la recepción y comunicación literaria. *Punto de vista*, 12.
- Jimena, P., Ruvituso, C., y Sosa, P. J. (2018). Dossier La filosofía argentina: aportes críticos sobre la construcción de un campo académico en el sur global. *Monograma. Revista Iberoamericana de Cultura y Pensamiento*, 3.
- Jitrik, N. (1971). *El fuego de la especie*. Siglo veintiuno editores Argentina.
- Jobs, S. (2010). *Unsettling History. Archiving and Narrating in Historiography*. Campus Verlag.
- Jobs, S. (2011). *Embodiments of Cultural Encounters*. Waxmann.
- Jobs, S. (2014). Uncertain knowledge. *Rethinking History*, 18 (1).
- Kefala, E. (2008). Diez preguntas a Noé Jitrik. *Revista Iberoamericana*, 222.
- Lacoue-Labarthe, P. y Nancy, J.L. (2012). *El absoluto literario. Teoría de la literatura del romanticismo alemán*. Eterna Cadencia.
- Lander, E. (2000). *La Colonialidad Del Saber: Eurocentrismo Y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. CLACSO.
- Le Rider, J. (2002). Nietzsche, una pasión francesa. *Enrahonar*, 35.
- Levinas, E. (2000). *Sobre Blanchot*. Editorial Trotta.
- Mailhe, A., & Rogers, G. (2014). *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*. Edulp.
- Marchart, O. (2007). *Post-foundational political thought: political difference in Nancy, Lefort, Badiou and Laclau*. Edinburgh University Press.
- Marchese, A. y Forradelas, J. (2007). *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Ariel.
- Mendoza, J. J. (2010). *Maneras de leer en los '70 "El proyecto Literal "*. [Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires].

- Moraña, M. (2017). Transculturación y latinoamericanismo. *Cuadernos de Literatura*, 21 (41).
- Palti, E. J. (2014). *¿Las ideas fuera de lugar? Estudios y debates en torno a la historia político-intelectual latinoamericana*. Prometeo.
- Patiño, R. (1997). Intelectuales en transición: las revistas culturales argentinas (1981-1987). *Cuadernos de Recienvenido*, 4.
- Patiño, R. (2006a). Debates teóricos en torno a la literatura latinoamericana: el surgimiento de un nuevo proyecto crítico (1975-1985). *Orbis Tertius*, 11 (12).
- Patiño, R. (2006b). Revistas literarias y culturales argentinas de los 80. *Ínsula*, 715-716.
- Patron, S. (1999). *Critique 1946-1999, une encyclopédie de l'esprit*. Institut mémoires de l'édition contemporaine.
- Peller, D. (2012). *Pasiones teóricas en la crítica literaria argentina de los años setenta*. [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Buenos Aires].
- Percia, M. (2014). *Sujeto fabulado I: notas*. La cebra.
- Plotkin, M. (1996). Psicoanálisis y política: la recepción que tuvo el psicoanálisis en Buenos Aires (1910-1943). *Redes*, 3 (8).
- Plotkin, M., y Visacovsky, S. E. (2008). Los psicoanalistas y la crisis, la crisis del psicoanálisis.
- Prosperi, G. (2018). *La respiración del Ser. Apena y ensueño en la filosofía hegeliana*. Miño y Davila Editores.
- Ranciere, J. (2009). *La palabra muda. Ensayos sobre las contradicciones de la literatura*. Eterna Cadencia.
- Restrepo, E., y Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Editorial Universidad del Cauca.
- Retamoso, R. (2021). La recepción del postestructuralismo en la Argentina. *452 Fahrenheit*, 24.
- Richard, N. (2009). Humanidades y ciencias sociales: rearticulaciones transdisciplinarias y conflictos en los bordes. *I/C - Revista Científica de Información y Comunicación*, 6.

- Ricoeur, P. (2000). La memoria, la historia y el olvido. In *Memoria histórica*. Fondo de Cultura Económica.
- Román, V. (2016). *Anuario CEED - Edición*. Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo.
- Ruvituso, C. (2015). *Diálogos existenciales: la filosofía alemana en la Argentina peronista (1946-1955)*. Iberoamericana.
- Ruvituso, C. (2020). From the South to the North: The circulation of Latin American dependency theories in the Federal Republic of Germany. *Current Sociology*, 1.
- Ruvituso, C. (2020). Southern theories in Northern circulation: analyzing the translation of Latin American dependency theories into German. *Tapuya: Latin American Science, Technology and Society*, 3 (1).
- Sanfelippo, L. (2017). Versiones del Trauma: LaCapra, Caruth y Freud. *Historiografías*, 5 (5), 51.
- Sapiro, G. (2002). The Debate on the Writer's Responsibility in France and the United States from the 1920s to the 1950s. *Poetics*, 30 (1–2). 3
- Sapiro, G. (2002). The structure of the French literary field during the German Occupation (1940-1944): A multiple correspondence analysis. *Poetics*, 30 (5–6).
- Sapiro, G. (2005). Forms of politicization in the French literary field. *After Bourdieu: Influence, Critique, Elaboration*, 145–164.
- Sapiro, G. (2006). Responsibility and freedom: the foundations of Sartre's concept of intellectual engagement. *Journal of Romance Studies*, 6 (1–2), 31–48.
- Sapiro, G. (2010). The Debate on the Writer's Responsibility in France and the United States from the 1920s to the 1950s. *International Journal of Politics, Culture, and Society*, 23 (2/3).
- Sapiro, G. (2012). Autonomy revisited: The question of mediations and its methodological implications. *Paragraph*, 35 (1), 30–48.
- Sapiro, G. (2014). *The French Writer's War*. Duke University Press.
- Sapiro, G. (2018). *Field Theory from a Transnational Perspective*. February 2019, 1–25.

- Sapiro, G. (2019). The writing profession in France: Between symbolic and professional recognition. *French Cultural Studies*, 30(2), 105–120.
- Sapiro, G. (2020). How Do Literary Works Cross Borders (or Not)? A Sociological Approach to World Literature. *Journal of World Literature*, 1(1).
- Sapiro, G. (2020). The Transnational Literary Field between (Inter)-nationalism and Cosmopolitanism. *Journal of World Literature*, 5 (4).
- Sapiro, G. (n.d.). El espacio intelectual en Europa entre los siglos XIX y XXI ☒. *Políticas de La Memoria*, 10/11/12.
- Savignano, A. P. (2016). La recepción del pensamiento de Jean-Paul Sartre en Argentina: la generación existencialista del 25 y la nueva izquierda de Contorno. *Ideas, Revista de Filosofía Moderna y Contemporánea*, 4.
- Starckenbaum, M. (2016). *Itinerarios de Althusser en Argentina: marxismo , comunismo , psicoanálisis (1965-1976)*. [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata].
- Stedile Luna, V. (2015). Las revistas literarias de la vanguardia argentina (1948-1956): presencia de Georges Bataille y Maurice Blanchot. *IV Congreso Internacional Cuestiones Críticas*.
- Stedile Luna, V. (2017). Resistencias a la teoría y restos críticos: George Bataille y Maurice Blanchot en la Argentina de los 50. *El Taco En La Brea*, 5.
- Stedile Luna, V. (2019). *Tempo y morales de la crítica: las revistas del surrealismo e invencionismo en Argentina entre 1848 y 1956*. [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata].
- Stern, D. (Ed.). (2013). *Essays on Hegel's Philosophy of Subjective Spirit*. State University of New York Press.
- Surghi, C. (2010). *Los nombres del fantasma*. Alción Editora.
- Surghi, C. (2012). Blanchot y la crítica negativa: Acercamientos a Sade y Lautréamont. *Revista de Humanidades*, 5 (25).
- Surghi, C. (2012). *La experiencia imposible. Blanchot y la obra literaria*. Editorial Universidad Nacional de Córdoba.

- Surghi, C. (2018). Relato, resplandor y discontinuidad del sentido en Maurice Blanchot. *452 Fahrenheit*, 18.
- Surghi, C. (2019). Es-Cueto, O El Ensayo Como Distinción. *El Taco En La Brea*, 10, 28–46. <https://doi.org/10.14409/tb.v1i10.8683>
- Surghi, C. (2021). *La aventura negativa*. Nube Negra.
- Tarcus, H. (2008). El Mayo argentino. *Observatorio Social de América Latina*.
- Tarcus, H., y Agüero, A. C. (n.d.). ENCUESTA sobre librerías , libros , editoriales y lecturas. *Políticas de La Memoria*, 10/11/12.
- Tarcus, H., y All, E. (n.d.). Anuario “Las ideas fuera de lugar revisitadas.” *Políticas de La Memoria*, 10/11/12.
- Tarcus, H., y Canavese, M. (2009). Dossier “La historia intelectual y el problema de la recepción.” *Políticas de La Memoria*, 8/9.
- Tarcus, H., y Canavese, M. (2009). Dossier “La historia intelectual y el problema de la recepción.” *Políticas de La Memoria*, 8/9.
- Todorov, T. (1991). Los escritores críticos (Sartre, Blanchot, Barthes). *Crítica de la crítica*. Paidós.
- Topuzian, M. (2003). Spoilers de final de temporada Futuro pasado de la teoría. *Luthor*, 30.
- Venuti, L. (2017). *The Translator’s Invisibility: A History of Translation*. Routledge.
- Vergara, L. (1996). *Paul Ricoeur para historiadores*.
- Walker, C. (2016). Un año. Literatura argentina 1969. *Lírico*.
- Walker, C. (2016). Variaciones sobre el “telquelismo” de la revista Los libros. *Boletim de Pesquisa NELIC*, 26.
- Wallerstein, I. (2004). *Las incertidumbres del saber*. Gedisa.
- Willson, P. (2004). *La constelación del sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Siglo veintiuno editores Argentina.
- Wilson, P. (2013). La traducción y sus discursos. *ExLibris : Revista Del Departamento de Letras de La UBA*, 2.

Wolff, J. (2009). *Telquelismos latinoamericanos*. Editorial Grumo.

Zanetti, S. (1997). El poeta en la guerra, de Cabo Haitiano de Dos Ríos de José Martí. *Merida*, 37.

Zanetti, S. (2006). Diario de un escritor: La tentación del fracaso, de Julio Ramón Ribeyro. *Iberoamericana*, 22